



15'
256

LA CIENCIA PRÁCTICA DE LA VIDA

OBRAS DEL TRADUCTOR

ORIGINALES

Pedro Juan y Juan Antonio.—Novela social.—Un volumen en 8.º, 1 peseta en rústica y 2 encuadernado.

La tórtola herida, novela, 2.ª edición.—Un volumen en 8.º, dos pesetas en rústica y 3 encuadernado.

Rosa del Valle, novela, 2.ª edición.—Un volumen en 8.º, de abundantísima lectura, 2 pesetas en rústica y 3 encuadernado.

Jurar en vano, novela.—Un volumen como los anteriores, 2 pesetas en rústica y 3 encuadernado.

La Venganza de un ángel, novela.—Un volumen en 8.º, 3 pesetas encuadernado.

Oro oculto, novela.—Elegantísimo volumen, ilustrado por D. B. Gili y Roig, 2 pesetas en rústica y 3 encuadernado. (Forma parte de la «Colección Elzevir Ilustrada»)

La Sábana Santa de Turín. Estudio científico-histórico-crítico. Un elegante volumen de lujo, en 8.º prolongado, de más de 300 páginas con grabados, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Recaredo y la unidad católica.—Estudio histórico-crítico de la nacionalidad española.—Un hermoso volumen de 464 páginas en 8.º mayor, impreso en papel de lujo, 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado.

La cuestión de Marruecos y el conflicto de Melilla.—Estudio geográfico-histórico-crítico.—Un tomo en 8.º de 200 páginas, 1 peseta en rústica y 2 encuadernado.

Curso de Historia de España.—Narrativa, crítica, externa é interna.—Tomo 1.º, en 4.º menor, 10 pesetas en tela.

La Inmaculada Concepción y las Universidades españolas.—2.ª edición.—En 8.º 1 peseta en rústica y 2 encuadernado.

Las Provincias de España.—Descripción gráfica, física y política de las mismas.—(Sucesores de Manuel Soler, editores, Barcelona).—En 8.º, 2'50 pesetas en tela.

Roma y Loreto.—Guía descriptiva de la Ciudad Eterna y de la Casa de la Santísima Virgen, con planos y el itinerario completo desde Barcelona.—En 8.º, 2 pesetas encuadernado.

El origen del hombre.—Estudio crítico.—En 4.º, 1 peseta en rústica.

Curso de Metafísica.—Ontología, Teodicea, Cosmología y Psicología.—Un volumen en 4.º menor, 10 pesetas en tela.

TRADUCIDAS

De etapa en etapa.—El centro católico alemán, por A. Kannengieser.—Un volumen en 8.º de 300 páginas, 2 pesetas encuadernado.

Los católicos alemanes, por A. Kannengieser.—Un volumen en 8.º de 344 páginas, 2 pesetas encuadernado.

El despertar de un pueblo, por A. Kannengieser.—Un volumen en 8.º de 358 páginas, 2 pesetas encuadernado.

Ketteler y la organización social en Alemania, por A. Kannengieser.—Un volumen como los anteriores, 2 pesetas encuadernado.

El poder temporal y la triple alianza, por A. Kannengieser.—Un volumen en 8.º, 2 pesetas encuadernado.

Judíos y católicos en Austria-Hungría, por A. Kannengieser.—Un volumen en 8.º, 2 pesetas encuadernado.

Un cura alemán extraordinario (Kneipp), por A. Kannengieser.—En 8.º, 1 peseta en rústica y 2 encuadernado.

Compendio de Apologética, por el P. Schmitz, S. J.—2.ª edición. En 8.º, 1 peseta en rústica y 1'50 en tela (Eugenio Subirana, editor, Barcelona).

Cuentos para niños, por el canónigo Schmid.—Un volumen ilustrado por Domingo Soler y lujosamente encuadernado, 4 pesetas. (Herederos de Juan Gili, editores, Barcelona).

La cuestión social y el orden social, por el P. Alberto M.ª Weiss, dominico.—Traducción de la 3.ª edición alemana, 2 tomos en 4.º, (4.ª parte de la *Apología del Cristianismo*, Herederos de Juan Gili, editores, Barcelona).

El peligro religioso, por el P. Alberto M.ª Weiss.—Traducción de la 3.ª edición alemana.—Un volumen en 4.º, 6 pesetas en rústica. (Herederos de Juan Gili, editores, Barcelona).

Manual de Historia Eclesiástica, por Luis Knöpfler. Traducción de la 4.ª edición alemana, 13 francos en rústica y 15 en tela. (B. Herder, editor, Friburgo de Brisgovia).

P. ALBERTO M.^a WEISS, O. P.

LA CIENCIA PRÁCTICA DE LA VIDA

TRADUCCIÓN DE LA DÉCIMA EDICIÓN ALEMANA

publicada en 1904 por B. Herder de Friburgo

— POR EL DOCTOR —

Modesto Hernández Villaescusa

Rector que fué de la Universidad de Oñate

¿Qué hay de más íntimamente unido
que la sabiduría y la verdad?

Platón, *Rep.*, 6, 485 c.

La sabiduría y la justicia moran sólo
en las almas emparentadas con Dios.

Platón, *Rep.*, 10, 906 b.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

BARCELONA
HEREDEROS DE JUAN GILI
Editores CORTES, 581

MCMIX

ES PROPIEDAD

TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

Este libro no sirve de pasatiempo ni se parece á los que escriben los sabios; se contenta con mostrar el camino recto al caminante extraviado. Con tal que logre curar un solo tormento del alma, y consolar una sola vez al triste, se da por satisfecho su autor. Guárdalo para los tiempos de prueba, y que te infunda sólo paz y consuelo.

PRÓLOGO

Con mucha insistencia se me expresó el deseo de que escribiera un libro, corto en extensión, pero que tratara las principales cuestiones religiosas de actualidad, en forma tal que atrajera é instruyera al lector ilustrado, sin imponerle pesadas y eruditas disquisiciones.

A pesar de no ocultárseme la dificultad que entrañaba la conciliación de tan diversas condiciones, lograron convencerme de su conveniencia, y he aquí el resultado de mi atrevida empresa. ¡Plegue á Dios que esta pequeña apología popular no sea demasiado indigna de nuestra santa causa!

Para cumplir bien mi cometido, había de ser forzosamente una pequeña obra de arte, ya que debía relatar la más sublime de las obras de arte: la epopeya de las obras de Dios entre los hombres, el drama en que la sabiduría y el poder divinos preparan, por medio de la humanidad imperfecta y rebelde, el reino de Dios, proyectado desde la eternidad y para la eternidad dispuesto.

Al encargarme de esta empresa, tuve en cuenta, muy especialmente, la juventud madura, la que estudia. No obstante haberme expresado un amigo de confianza el temor de que un libro que no pueda leerse de un tirón, sino que obligue á pensar, difícilmente se hará simpático al carácter juvenil, abrigo la esperanza de conquistar un puesto, siquiera muy humilde, en el corazón de algunos jóvenes. Todavía conservo el recuerdo placentero de mis años de estudiante, y del celo con que me entregaba á la caza de sentencias cortas, pero contundentes, y de pensamientos agudos é ingeniosos. Por mi parte, confieso que hubiera devorado un libro de esta especie.

De todos modos, puede entregarse á los jóvenes esta colección sin temor de que perjudique su estilo, y esto siempre es recomendable.

Aun en el adorno poético del mismo he tenido presente á los jóvenes, pues de ellos principalmente dice el poeta:

«Frío deja el manjar frío; pero si logra ganar el corazón y dar ligeras alas á los pies, vuela el espíritu como llevado por dos corceles».

Por último, era mi deseo escribir un manualito que pudiera llevarse cómodamente en el bolsillo, para que sirviera de consoladora compañía en las horas de silencio y amargura. Hay momentos en la vida, y son harto frecuentes, en que abandonan al hombre todas las energías necesarias para imponerse á sí mismo; hay instantes de absoluto decaimiento físico y moral, originados por grandes tribulaciones, por trabajos excesivos y enfermedades dolorosas. En semejantes trances, no hay mejor medicina para el espíritu, que la soledad y la quietud combinadas con una ocupación ligera que evite el sumergirse en el propio dolor. El enfermero más piadoso es en estos casos un librito de corta lectura, pero que incite á pensar mucho. Como no abundan los libros de esta especie, fuí recogiendo, con frecuencia para mis propias necesidades, todos los pensamientos que hallé á mano, ya rimados, ya sin rimar, tal como me salían al encuentro, é hice una selección del material recolectado, movido á menudo únicamente de una afición tan sólo personal, bien fácil de comprender. En efecto, unos proceden del cuarto de un enfermo, ó surgieron en días de quietud forzada; otros son frutos de solitarios paseos ó de viajes aburridos; varios me endulzaron horas muy amargas y me ayudaron á soportar épocas en que el exceso de asuntos difíciles y fastidiosos me imposibilitaban para toda actividad intelectual ordenada.

Quizás el Autor de todo bien permite esas situaciones en que todos sentimos el alentar jadeante del que lleva su cruz á cuestas; quizás las bendice Dios, para que en ellas

descubran las almas que sufren y luchan un parentesco espiritual, una fuerza que las eleve hasta Él, que las reconcilie con sus sufrimientos, que recompense sus combates con la luz y la paz.

Queda dicho con esto que la misión de mi obrita no se reduce á enseñar y á demostrar constantemente. Mucho de lo que encierra sólo ha de servir para invitar á la reflexión por cuenta propia, y lo demás para tranquilizar y animar á los vacilantes. De las diversas partes de que se compone, unas ocupan, con relación al conjunto, el lugar de un simple adorno, otras servirán para refrigerar el espíritu después de un trabajo intensivo y para devolver al corazón la paz y el sosiego; otras, finalmente, están dedicadas á edificar religiosamente el alma y elevarla hasta Dios.

Espero, pues, ya que el librito está más bien sentido que pensado, que de vez en cuando hallarán en él mis lectores, no ese pesimismo de que se complace en hablar el mundo, pero sí una gotita de la sangre de mis venas, ó algún terroncito de la sal de mis lágrimas, esos dos elementos imprescindibles, sin los cuales ni tiene la mejor eficacia una obra espiritual, ni puede ser permanentemente sabrosa, ni ganarse tampoco lo más selecto de la humanidad, la comunidad de los que sufren en silencio.

Por último, debo advertir que hubiera deseado dar más importancia al aspecto agradable de la vida y á la comprensión artística de la naturaleza, si no me hubiera detenido la consideración de los límites impuestos á mi obra.

Porque conviene que sepa el mundo que el cristianismo, no sólo no rechaza el placer ni ningún goce permitido, sino que sabe hacer resaltar el aspecto mejor de las cosas que suelen despreciarse por insignificantes, y de los sucesos que esquivamos por molestos, bien sea para nuestra enseñanza, bien para nuestro esparcimiento.

Con la ayuda de Dios, dimos fin á esta empresa en otro librito titulado *EL ARTE DE VIVIR*.

Ese buen humor cristiano, que descubre, con los niños, encantos incomparables en la naturaleza perpetuamente joven y perpetuamente bella; ese alegre deseo de vivir, que halla siempre en los hombres como en los acontecimientos algo consolador y elevado, constituyen el contrapeso necesario de esa gravedad de la vida que nos impone la experiencia de este mundo y la lucha por la conquista del que ha de seguirle.

He aquí la verdadera comprensión cristiana de la vida, inmensamente rica y unificada, seria y alegre, suave y fuerte, tan á sus anchas en este como en el otro mundo.

Y esto es lo que quiero presentar al lector en este librito, para que, en paz con su espíritu y su corazón, fortalecido en su amor y respeto al cristianismo y á su divino Fundador, animoso en el servicio de Dios, y sostenido por nuevo valor, cumpla la misión de la sabiduría de la vida cristiana, ó sea, la empresa que consiste en llevar su cruz, si no con el rostro resplandeciente de alegría, con el corazón resignado al menos.

¡Quiera Dios bendecir esta obrita, escrita en honor suyo, y otorgar su paz á los que la lean!

CAPÍTULO PRIMERO

Dios

I. El camino que conduce á Dios.—¡Oh Dios mío, no hay querubín que soporte tu esplendor, ni mirada de sabio que logre encontrarte; en cambio, te descubre y te comprende fácilmente un corazón puro, recto y sencillo!

II. El libro del mundo.—Ya los antiguos decían que los libros tienen su destino, destino que depende principalmente del grado de cultura de los hombres. Para un salvaje, un libro es solamente una colección de signos misteriosos que desgraciadamente no le dicen nada. Al que sabe leer, un libro le cuesta alguna cosa, pero esto no significa que comprenda el conjunto de la obra. Para que un libro, con su completo contenido, penetre en un lector, debe éste dominarlo por completo, ó por lo menos, procurar seriamente ese dominio.

Lee el tonto, y lee el sabio, y cada cual permanece en su puesto; el sabio se eleva hasta la luz, y el tonto sigue dando vueltas en torno de sí mismo.

El libro más grande, más rico y artístico de todos los libros es el mundo, ese libro gigante, escrito por la propia mano de Dios, y cuyos caracteres están formados por sus innumerables criaturas. El hombre vulgar ve las cosas, y acaso las admira, pero no penetra su sentido. El naturalista y el aficionado al arte leen de corrido en este gran libro, y aun comprenden las leyes por las cuales se rigen sus diversas partes, pero no logran la comprensión de la obra total. El filólogo de cabellos blancos, entregado á la medición de las sílabas, sólo ve en la obra de Homero el empleo apropiado de la métrica y la gramática, de modo que,

para él, desaparece la magnificencia del poema tras la exactitud de las letras. En efecto, pocos hombres hay de espíritu superior é independiente que puedan elevarse de los versos al conjunto, de los detalles al gran pensamiento que el poeta quiso expresar en su obra.

Esto sólo puede lograrlo el hombre espiritual, que contempla con inteligencia penetrante y reflexiva el admirable poema de Dios: el mundo. Sólo él puede decir con el poeta:

«Pues vemos cosas que á vosotros se os ocultan, cosas que se nos descubren con sonidos que no podéis apreciar.»

Mientras el hombre espiritual contempla las obras de Dios, una luz interior le muestra lo admirable que es el Creador de ellas. Así se eleva, de la belleza del universo, al modelo de toda hermosura, fuente de toda belleza visible, y rompe en aquel himno de gratitud de Dschelaled-dín, que dice:

«La mirada del hombre abarca el brillo del sol y el centellear de las estrellas; recorre embriagada los océanos y descansa en las cimas cubiertas de glaciares y ventisqueros. Pero el espíritu descubre en cada rayo luminoso el misterioso reflejo de aquel eterno manantial de luz que reside en los cielos.»

III. El estado de las abejas.—He pasado largos ratos contemplando una colmena, sumido en profundas meditaciones. Así, pues—me decía,—¿tienen razón los que hallan desgraciadamente al hombre muy escaso de virtud, de entendimiento y de consejo, y en grado sumo conceden á los animales semejantes atributos?

Nunca vi tanta concordia en una sociedad humana.

Si esto es así, forzosamente un espíritu ha de gobernar este admirable pueblecillo, un espíritu que siembra también en el reino animal la semilla de la rectitud y de la sabiduría.

IV. Filosofía realista.—Reverendo señor, me haría V. un favor inmenso si quisiera explicarme la marcha que ha

debido seguir el pensamiento humano para llegar á inculcar en los espíritus la idea de un Ser Supremo.

—Perdóneme V., señor mío, pero esas cuestiones son demasiado difíciles y sutiles para mí. Soy un realista empedernido; de ello se convencerá V., si le hago una pregunta. Dígame V.: ¿qué existió primero, la gallina ó el huevo? Ya sabe V. que al mismo Aristóteles le produjo esta cuestión muchos quebraderos de cabeza.

—¡Sí, sí, véngame V. ahora con su Aristóteles! ¡Su pregunta causa risa! Pues... como es natural... claro que sí: ¿Qué existió primero? Espere V. que lo piense... Ya, ya... Esto es difícil... Oiga V.; con esa preguntita se puede uno volver loco de remate...

—¡Ea, no se sulfure V.! Hay que ser razonables. Voy á decirle lo que yo pienso sobre el asunto. Así lo explicará V. más fácilmente, porque la crítica y la negación surgen por sí mismas. Yo sostengo que existió antes la gallina, porque había de poner los huevos. Ahora bien, ¿para qué sirven todos los huevos del mundo si no hay una clueca que los empole?

—No está mal; pero ¿cómo y de dónde vino la gallina? Pues ésta á su vez salió del huevo.

—Tiene V. razón. Vaya, pues; si V. prefiere, sentaremos el principio de que el huevo precedió á la gallina.

—¡Es falso! Porque ¿de dónde vienen los huevos si no los pone la gallina?

—Eso mismo dije anteriormente, pero uno de los dos fué el primero en existir; hemos de decidirnos ó por el huevo ó por la gallina.

—¡Perfectamente! Soy de la misma opinión: Así, pues, digamos que fué el huevo... ¡Pero no, señor, eso no puede ser! Fué la gallina... ¡Pero esto también es falso!... ¡Hay para volverse loco!... No podemos seguir así hasta lo infinito. Decididamente fué la gallina. Sí, no hay apelación: La gallina existió antes que el huevo.

—Está bien; pero me parece que todo viene á quedar lo mismo. Sólo hay de cierto una cosa: que uno existió

antes que el otro. Estamos de acuerdo ¿verdad? Primero existió la gallina.

—Sí; esto parece más razonable. Pero si la gallina fué primero, antes de ella no había nada, y de la nada, nada se hace.

—También puede ser. Ello es que la gallina existe, aunque sin huevo. ¿Cómo ha podido ser eso? Antes nada, y de repente la gallina.

—¡No, no puede ser; prefiero decir que el huevo fué primero!

—Conformes. Ya ve V. que soy conciliador. Pero si primero existió el huevo, sin que le precediera nada, y de pronto aparece, ¿de dónde procede?

—¿Quién sabe! Acaso surgió de otra cosa...

—Caballero, ¿dice V. «acaso»? ¿No es eso burlarse de las ciencias exactas? En ese punto soy menos crédulo que V. Tan antipática me es la palabra *acaso* como las locuciones *por decirlo así*, *viene á ser como*, etc. Sin embargo, acepto la opinión de V.; pero, en este caso, hay que confesar que la otra cosa fué lo primero, con lo cual volvemos á la primitiva cuestión respecto á esa primera cosa.

—Bien, pero ¿no procedería la primera de otra cosa anterior, ésta á su vez de otra, y así sucesivamente hasta lo infinito? Y luego, ¿es acaso necesario que exista un primer principio? Debe saber V. que participo de la opinión de Darwin.

—Señor mío, evoque V. á Darwin para que vuelva del otro mundo, y nos explique el enigma que tanto hizo pensar á Goethe, á saber, si el buey se defiende con los cuernos porque los tiene, ó si los tiene para defenderse. Pero ciertamente, no le haría mucha gracia á Darwin el *acaso* á que con tanta frecuencia recurre V. Mas dejémonos de Darwin, ya que tenemos cabeza para discurrir por cuenta propia. Así, pues, aunque suponga V. millones de otras cosas, y aunque haya que remontar nuestro huevo hasta tocar el protoplasma primitivo, no habremos salido de

nuestro punto de partida. Por lo tanto, piense V. como realista, pero hable como hombre. Impónese, pues, un primer principio, ya que, como V. dice muy bien, no es posible proceder á lo infinito. Si no hubo un primer principio, tampoco pudo empezar nada, y allí donde no ha empezado nada, no puede haber continuación. Al segundo precedió un primero; lo primero es el principio, y antes de éste no hay nada. Por lo tanto, volvamos á nuestra gallina y á nuestro huevo. He aquí la gallina. Hemos dicho que la hacíamos aparecer en segundo lugar; luego el huevo existió antes, y antes del huevo no hubo nada. No demos más saltos. Ya tenemos gallina y huevo; ¿de dónde proceden ambos? He aquí la cuestión terminante; á ella debemos responder claramente y sin ambages.

—¡No me desespere V.! Claro que la gallina no se creó á sí misma, ni tampoco el huevo, y que antes de éste no hubo nada; pero de la nada no sale nada, y, sin embargo, existen. Según eso, ó bien se dieron á sí mismos la existencia de la nada, ó hubo una fuerza extraña que los sacó de la nada.

—A la primera parte de su disyuntiva, no tengo por qué contestar, puesto que V. mismo se contesta diciendo: de la nada, nada se hace. Esta sentencia es, según Boecio, la piedra angular de la contemplación racional de la naturaleza. Por lo tanto, sólo nos queda la posibilidad de que el huevo fué creado de la nada. Ahora tendrá V. que convenir conmigo en que nos encontramos en el punto á que quiso V. llevarme con su primera pregunta. Los hombres llegaron á la fe en el Creador, no por medio de los saltos del pensamiento ó de las aberraciones del sentimiento, sino á fuerza de maduras reflexiones; ó lo que viene á ser lo mismo: no creyeron porque fueran tontos, sino porque no quisieron llegar á serlo. Para hablar en forma absolutamente realista, contestaré: La idea de la primera causa, ó sea, Dios, existió tan pronto como el primer espíritu pensador vió la primera gallina ó el primer huevo—el huevo del mundo gaseiforme de que nos habla Laplace, si

á V. le place.—Porque dicho espíritu debió decirse: Ó creo en un Creador, ó... me vuelvo loco.

V. Dios está tan lejos y, no obstante, tan cerca...—Me sentía tan alejado de Dios, que determiné ir en su busca; hallé la tierra llena de maravillas y le pregunté: ¿Es este el reino de Dios?

La tierra me contestó: ¿Cómo puedes figurarte semejante cosa? ¿Por ventura es tan mísero el reino de Dios? Yo sólo soy la antesala vacía del salón en que se halla su trono.

Entonces me dirigí á la orilla del mar, y mis ojos no le hallaron fin. He aquí—me dije:—el manto de Dios. Aquí presiento la infinitud.

El mar, aterrado, me respondió: ¡Infeliz mortal, yo sólo soy la orla de su manto! El que ante mí se atreve á hablar de lo infinito, confunde la vigilia con el sueño.

Elevéme entonces hasta los cielos; medí el curso gigantesco de los astros, contemplé los rayos y fulgores de muchos soles, y exclamé: ¡En verdad que aquí está el mismo Dios!

Los cielos me interrumpieron diciendo: ¡Cuán grande es tu error! Conocemos al Señor, y, si así lo deseas, estamos dispuestos á mostrártelo desde lejos.

Reflexioné un momento y me dije: Será mejor que me despida de Dios definitivamente, pues, si no le encierran ni los cielos, ni la tierra, ni los mares, ¿quién contendrá su grandeza?

Perdida toda esperanza, me aislé de todo, cuando de pronto descubrí á Dios en lo más profundo de mi corazón.

¡Oh Señor, estabas dentro de mí cuando yo te buscaba por esos mundos! ¡Tú mismo me dabas señales de tu presencia, y yo, ni á mí mismo me entendía!

En vano preguntaba en torno mío: ¿Está Dios aquí; está allá? Ahora poseo á Dios dentro de mí mismo; ahora sé que nada hay en el mundo que esté tan cerca de nosotros como Dios.

VI. Las campanas en invierno.—¡Cuántas veces he

escuchado inmóvil y atemorizado, reteniendo hasta el aliento, el canto solemne de las campanas de la catedral! Mas nunca como hoy me impresionó su lejano sonido, conmoviendo hasta el fondo de mi ser.

En montes y rocas repercutían sus acentos, y hacían aletear bosques y praderas, y hasta la nieve parecía acompañar su canto. Del mismo cielo bajaba aquella voz de bronce, que hallaba un eco en mi corazón hinchándolo de gozo.

Sobre los campos y los árboles reposaba el santo silencio de Navidad; por eso resonaba más profundo aquel tañido.

¡Si en tu corazón reinara también la santa paz de Navidad, sentirías ya aquí bajo fácilmente lo que Dios te dice desde el cielo!

VII. Los dioses prueban la existencia de Dios.—1. Dicen que el miedo fué el que inventó la fe en Dios. Oscar Peschel ha querido darnos la prueba de esta afirmación, desde el punto de vista geográfico, en su *Etnología*, asegurando que la *zona de los fundadores de religiones* se extiende solamente por aquella parte de la tierra que está más castigada por el furor de las tempestades.

2. Á los pequeñuelos, que se asustan del trueno, podrán convencer con esta sabia teoría, pero un hombre reflexivo habrá de decirse que, para probar que los hombres han inventado la fe en Dios, necesitamos pruebas más convincentes de las que aquí se aducen.

¿Qué clase de hombres ha podido inventar la fe en Dios?

¿Los hombres de hierro de los tiempos primitivos, que se defendían con rocas enormes y se golpeaban con mazas de piedra? En verdad que gentes como los titanes, como Prometeo, Ayax, Grendel, Hagen, no creo que puedan ser comparados á niños miedosos que temen al trueno.

¿Serán acaso los maniquís y lechuguinos de las generaciones condenadas á desaparecer; los tísicos crapulosos; los viciosos degenerados, los glotones convertidos en papilla?

Pues habrá que convenir en que, para conocer el Dios inventado por semejante gente, nos sería forzoso recurrir á los contemporáneos de la Pompadour.

No, el miedo no ha inventado á Dios. El miedo no hace más que poner de manifiesto la verdadera convicción del hombre, esa convicción que negaba en su loca presunción. Con razón dice Lucano del miedo:

«Entonces es cuando brota de lo más íntimo del corazón la palabra sincera; cae la máscara, y se ve al verdadero hombre.»

3. Los hombres no han inventado la fe en Dios, porque, si de ellos dependiera forjarse un dios á su capricho, inventarían una divinidad más cómoda para su uso particular, pero no una que confirmase las palabras de Lucano cuando dice:

«Temen á lo que ellos mismos se han forjado.»

¿Cómo los mortales, al formarse una religión á su antojo, habían de discurrir un Dios todopoderoso, irresistible, un Testigo omnisciente, un Espíritu sapientísimo, cuya mirada es más clara que la luz del sol, que penetra los corazones y las entrañas, que nos conoce mejor que nosotros mismos nos conocemos? ¿Cómo habían de inventar un Juez incorruptible, para quien todos somos iguales, que juzga de nuestros más íntimos y secretos pensamientos y obras? ¿De dónde iban á sacar un Legislador sapientísimo, cuyas leyes son inmutables, y no puede engañarse ni engañarnos?

4. Mucho más sensatos que sus modernos secuaces se muestran en este punto los antiguos: Lucrecio, Petronio, Estacio, cuyo testimonio se invoca con frecuencia; pues nunca dijeron que el miedo engendrara la religión y la fe en Dios, sino que substituyó con dioses falsos al Dios verdadero.

En esto tienen razón, pues ya lo dijo Ovidio:

«Al que nos inspira terror, quisiéramos ver tornar á la nada.»

El miedo al Dios Santo inventó los dioses corrompidos

y sensuales de los griegos, los borrachos, glotones y pendencieros del Walhalla alemán, el decrepito y baboso abuelo del racionalismo y el nebuloso del panteísmo. El terror que inspiró el Dios Uno y Justiciero dió origen á los innumerables ídolos con cuyas debilidades trataron los hombres de apagar los remordimientos de la propia conciencia y de encubrir sus propios vicios.

5. La invención de los dioses profanos es, por lo tanto, la prueba más convincente de que el hombre cree en la santidad, y teme la justicia, del Dios verdadero.

VIII. Teología pagana.—1. Existe la impía y perversa costumbre de disputar contra Dios, ora se cometa semejante exceso por convicción, ora sólo en apariencia. (Cic., *De nat. deor.*, II, 67).

2. En vano se atreve el ingenio humano con el mismo Dios. Lo que nuestros padres nos dejaron como herencia de otros tiempos, sigue en pie, pues no logran tambalearlo todas las argucias, aunque el espíritu impetuoso de la ciencia escale las más altaneras cumbres. (Euríp., *Bac.*, 200 y sigs).

3. El malo siempre es enemigo de Dios, pero el justo fácilmente se arregla con Él. (Platón, *Rep.*, II, 352 b.).

4. Sin Dios no hay hombre bueno. (Séneca, *Ep.* 41).

5. Verdad es que hay opiniones muy diversas y muy erróneas sobre la divinidad; de ello tienen la culpa los hombres. Mas si bien difieren acerca de su naturaleza, no hay uno solo que niegue la existencia de Dios. En este punto están acordes todos los pueblos de la tierra, porque esta creencia ha sido inculcada en el espíritu por la misma naturaleza. (Cic., *De nat. deor.*, II, 4, 5).

6. No hay necesidad de discutir la existencia de Dios; yo al menos así lo creo. Pues ¿dónde hallar verdad más clara y contundente que la de que por fuerza ha de existir un ser sapientísimo que todo lo gobierna? Si hay quien me afirme que no lo entiende así, habré de creer también que duda de la existencia del sol. Si la fe en Dios no estuviera encarnada en nuestro espíritu, no hubiera podido

sostenerse á través de tantos siglos y tantas generaciones. Porque el tiempo va desechando todos los inventos vanos, pero, en cambio, sigue confirmando la voz de la naturaleza. (Cic., *De nat. deor.*, II, 2.)

7. Cuando se ve reinar en una casa la regularidad y el orden, se comprende que éstos no son hijos del azar, sino que en ella mora una persona que lo ordena en esa forma y á quien todos rinden obediencia. He aquí el motivo de que sea tan evidente la existencia de Dios, que por fuerza he de despojar de sentido común al que la niegue. (Cic., *De nat. deor.*, II, 5, 16.)

8. Los hombres llegaron desde luego al conocimiento de Dios, contemplando la belleza de las cosas creadas; porque lo bello no surge casualmente, sino que supone un arte que lo produzca. (Plut., *Plac. phil.*, I, 6, 1.)

9. Dios está muy cerca de ti, está contigo y dentro de ti. En efecto, en nuestro interior reside un espíritu bueno que vela sobre el bien y el mal que hay dentro de nosotros mismos. Tal como le tratamos, así nos trata él. (Séneca, *Ep.* 41.)

10. Si se trata de ordenar la vida del hombre por medio de leyes, debe imponerse ante todo la fe en Dios. Por esto Licurgo, Numa y Decaulión procuraron santificar á los hombres por la oración, el sacrificio y las prácticas religiosas, y despertaron el temor de Dios. Esto solo puede sostener el Estado unido y fuerte, pues es el fundamento de todas las leyes. (Plut., *Adv. Col.*, 31.)

11. Un antiguo adagio dice: «Dios es el principio, el fin y el punto central de todas las cosas.» Él conserva y ordena todas las cosas según su respectiva naturaleza, por lo cual va siempre acompañado de la justicia que castiga al hombre cuando infringe la ley divina, pero á la que basta someterse humilde y modestamente para ser feliz. (Platón, *Rep.*, IV, 716 a.)

12. El mundo ha sido creado en todas sus partes por la Divina Providencia, y seguirá gobernándolo hasta el fin de los tiempos. Ó hay que negar que existe Dios, ó confesar

que hace algo. Ahora bien, la obra más perfecta es el gobierno del mundo, y Dios mismo es el Ser perfectísimo. Él solo, pues, gobierna el mundo. Él no está sujeto á cosa alguna y domina todas las cosas. Si convenimos en que está dotado de entendimiento, también hemos de aceptar su Providencia. (Cic., *De nat. deor.*, II, 30).

13. La primera exigencia del culto divino es creer en Dios; la segunda reconocer su majestad y su bondad y tener la firme convicción de que sólo Él gobierna el mundo, lo ordena todo según su poder y tiene bajo su custodia á todo el género humano. (Séneca, *Ep.* 95.)

14. El culto más puro y más santo es aquel con que veneramos á Dios constantemente con el corazón y los labios, sin hipocresía, sin malas obras, pero con rectitud de ánimo. (Cic., *De nat. deor.*, II, 28).

15. Nunca consideré las amenazas de los hombres suficientes para hacerme faltar á la ley santa de Dios, esa ley que Él mismo nos imprimió en el corazón, y que no es de ayer ni de hoy, sino eterna. ¡Qué insensatez en temer y halagar á los hombres y recibir en cambio el castigo eterno de Dios! (Sófocles, *Antig.*, 453 y sigs.)

IX. ¿Todavía existe el Dios antiguo?—Harto de la ciudad, de donde me sacaron el vaho y la humareda, subí á la colina, resplandeciente de luz.

Fiel como siempre, seguía el sol en su puesto, con igual brillo é idéntico fulgor, repartiendo el tesoro de sus rayos sobre la cortina de niebla que envolvía la ciudad.

Todo me parecía triste y sombrío: otros reían, yo sufría; ni el trabajo me consolaba, por lo cual huí á la soledad como un corzo.

De pronto me hallé en la presencia de Dios, al que había tanto tiempo que no había visto. Mas ¡en qué hermosura celestial presentóse á mi espíritu!

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Todavía existes? ¿Dónde te ocultabas mientras yo luchaba en medio de la niebla, vacilante, suspirando, yerto de frío?

—Mortal, no fuí yo el que estaba lejos de ti; constante-

mente velaba á tu lado, pero tú levantaste un muro de niebla entre los dos. Tú sigues dando vueltas en torno de ti mismo, mientras tu corazón se derrite de pesar; entonces murmuras: «¡Ay, quién sabe si habrá Dios!» Y tu Dios, lleno de indulgencia paternal, espera tu regreso, lleva con longanimidad tu culpa, y te viste y te alimenta en secreto. Y cuando el mundo te paga con injurias, Dios tiende hacia ti sus brazos, y te dice: «¡Vuelve á mí, hijo perdido; la casa paterna está abierta para ti!»

X. No es posible perder á Dios.—Se puede perder el recuerdo de Dios, dando entrada en nuestra alma á un sinnúmero de imágenes extrañas; la disipación que éstas producen, acaba por hacernos olvidar de Dios. Mas no por eso puede borrarse del espíritu la idea de Dios, pues, en el peor caso, sólo se logra ahogar su recuerdo. En cuanto desaparecen las distracciones, surge Dios de nuevo. Muchas otras cosas que nos interesaron cien veces más, han desaparecido de nuestra memoria para siempre, sin que todos nuestros esfuerzos sean capaces de hacer revivir su recuerdo. En cambio, la idea de Dios vuelve siempre, á veces hasta contra nuestra voluntad. Es que Dios está mucho más hondo en nuestro espíritu de lo que nosotros mismos nos figuramos.

En efecto: mientras haya un espíritu pensador, la idea de Dios no desaparecerá del mundo.

XI. La marcha de las antorchas.—Explicadme lo que significa esa marcha de las antorchas y esos vivos entusiastas.

—Celebran el descubrimiento de un nuevo planeta por el gran astrónomo X.

—¡Qué bien hizo el Creador en festejarse á sí mismo con la grandiosa iluminación de los cielos, pues en el mundo nadie se acuerda de encenderle una antorcha, ni de estallar en su honor en gritos de júbilo y gratitud!

XII. Dios y todo.—Cuando niño oí decir muchas veces que, teniendo á Dios, se tiene todo. Esto indignaba á mi loco corazón, que decía: ¡Prudencia! ¡Qué me im-

porta á mí el correr tras el favor divino, si es á costa de una vida llena de placeres? Y si, para colmo de desgracia, la eternidad no es más que una ilusión, seré robado dos veces.

Amé la tierra, y con razón, pues su pecho materno me ofreció, desde el primer instante de mi vida, fuerzas y placeres que bebo con boca sedienta. La tierra, sin embargo, me amonestaba continuamente diciendo: ¡Por qué fías tanto en mí? El Señor es el que se cuida de que no te falte nada; Él me hizo madre y nodriza tuya.

Y, sin embargo, ni siquiera así le amaba.

Eternamente me hubiera reprochado el arrancar una rosa, sin acordarme del jardinero que cultivó lo que tanto me seducía. Decíame la flor: «Sé agradecido con el Señor.» El mismo lenguaje me hablaban el jugo de la vid, la luna y el lucero de la mañana; pero yo no hallaba nunca palabras de gratitud para el Señor.

He aquí el motivo de que siempre hallara engaño y ficción en todo; el vino se me tornaba hiel, y con la miel engullía también el venenoso aguijón. En vano el mundo me mostraba al Creador; sólo en aquél buscaba mi ventura, y horrorizado de que le llamase mi dios, me rechazaba con horror.

Entonces me hallé completamente abandonado, huérfano de consuelo y alegría, privado de Dios y del bien. Entonces estalló en mi corazón un torbellino como los que produce el mar en su furia. Sí, todo parecía conjurarse en contra mía; sólo me queda como refugio Aquel que perdí por mi propia locura... ¡Qué doloroso retorno!

Pero más vale retroceder que morir, volver á Aquel que no conoce el rencor, que no abandona á nadie en su necesidad, al que nadie en vano llama Padre. ¡Padre mío, protege á tu hijo que se presenta ante ti arrepentido, desengañado y solo; Señor, mi única esperanza son tus palabras salvadoras: «¡Pobre hijo mío; me compadezco de ti!»

Di entonces libre curso á la amargura de mi corazón, y esperé contrito y humillado.

El Señor abrió en silencio los brazos y me estrechó contra su pecho paternal. De pronto se iluminó la tierra ante mis ojos, y vi en ella el símbolo de la sabiduría y de la bondad: con el Creador hallé el consuelo del mundo, y desde entonces, ¡qué bien me encuentro!

XIII. La justicia, servidora del amor.—Un Dios colérico que se irrita, que castiga... ¡qué horror! Una deformidad así sólo pudieron inventarla vuestros sacerdotes, para dominarnos con el terror. Un Dios severo sólo pudieron inventarlo los hombres que se forjaron un Dios á su propia imagen y semejanza. No, amigos míos; Dios es santo, es todo amor, y no conoce los sombríos impulsos de la venganza.

—Tienes razón; la venganza no es cosa de Dios, que es todo amor, justicia y santidad. Pero precisamente es su amor el que nos hace temblar. Si consiguiéramos encolerizarle, y la ira le arrastrase al castigo, pronto hallaríamos palabras en nuestra defensa; pero tal como es el Señor, hasta en sus golpes brilla el amor; y ¡quién se atreve á elevar una queja contra el amor? El amor fué el que, para consuelo y servicio del mundo, señaló á los astros su curso celeste. El amor fué el que, con la ley, nos dió una luz que ilumina las tinieblas de nuestro espíritu; y, para que la presunción y la locura no turbasen su camino luminoso, y no convirtieran en incendio abrasador sus llamas bienhechoras, llamó en su auxilio á la justicia. Verdad es que la justicia formula á veces un juicio harto severo; pero cumple así con su deber, impulsada por el amor. Por eso, el que menosprecia el castigo, odia el amor. Sólo los que no respetan los derechos del amor, censuran el que la dulce esposa del cielo se entregue á la verdad y á la justicia. Á los que honran la verdad y ejercen el amor, la justicia no les perturba el corazón.

XIV. El juicio de Dios.—Durante mi estancia en los Alpes, me invitaron á tomar parte en una expedición. «Sería imperdonable—me decían—perder la ocasión de contemplar un paisaje de belleza extraordinaria, como

sólo puede ofrecerlo un lago rodeado de glaciares; placer que quizá ¡no volvería á experimentar en todos los restantes días de mi vida.»

No me hallaba muy dispuesto á aceptar la invitación, porque mi salud quebrantada apetece la calma y el silencio, y además porque sé por experiencia que esas excursiones campestres, en compañía tan bulliciosa y animada, ofrecen al espíritu escaso recreo, y, en cambio, dejan el corazón vacío y descontento de sí mismo. Por último, cedí, aunque de mala gana.

Pero todavía me desanimé más, cuando al día siguiente lo vi todo envuelto en una densa niebla. Sin embargo, como la cosa no tenía ya remedio y todos aseguraban que se aclararía el cielo, partimos. Mas la niebla aumentaba de hora en hora, y con ella mi mal humor. Cuando llegamos al lago, ni siquiera se distinguía la orilla opuesta del mismo.

Ya durante el camino, había manifestado mi disgusto con algunas frases entrecortadas; pero cuando la mayoría se empeñó en que, á pesar del mal tiempo, nos embarcaríamos, se me acabó la paciencia y me negué decididamente á continuar la expedición. «En verdad—decía yo—que para ver esto, no valía la pena de molestarse. ¡Glaciares! ¡Y este lago que tanto me habíais elogiado! Ciertamente que en mi vida he visto semejante niebla ni estos matices grises; no niego que merecen la caminata, pero ahora me declaro completamente satisfecho y no doy un paso más.»

Mientras pagaba en esta forma mi débito á la fragilidad humana, se levantó una brisa fresca que fué saludada por los marinos con gritos de alegría. Al poco tiempo se rasgó el velo oscuro, disipóse la niebla y apareció un sol radiante en toda la magnificencia del cielo otoñal. ¡Qué horizonte, cuánta belleza! Del pecho de todos brotaban exclamaciones entusiastas, tanto más vivas cuanto mayor había sido la desanimación anterior y más rápido el cambio operado.

Sentí una cosa extraña dentro de mí, y nadie se acordó

de vituperar mi displicencia, porque todos estaban llenos de gozo. También en mi corazón se habían desvanecido las nieblas y resplandecía el sol. Experimentaba cierta dulce, pero saludable vergüenza, la cual, si por un lado me humillaba, por otro me hacía adoptar el firme propósito de dominarme más en lo sucesivo. Si se les hubiera ocurrido censurarme, como lo tenía bien merecido, acaso por soberbia mal entendida me hubiera enfadado; pero viendo que la majestad de la belleza, radiante y silenciosa, se vengaba en mí, me avergoncé de mi conducta. Sin embargo, no era la mía aquella vergüenza falsa que rebaja, sino esa contrición interna, verdadera señal del arrepentimiento, que fortalece en el corazón el deseo y el valor de la enmienda.

En aquel momento vi en la imagen del sol á Dios que rige los destinos de la humanidad entera.

¡Qué pequeño aparece el hombre cuando Dios calla en lugar de censurarlo, y de pronto se le muestra sublime y bondadoso, en toda su grandeza! Ahora comprendo lo que será algún día su juicio, y la gran confusión en que se verá envuelto el pecador cuando vea convertidas en luz pura y en belleza inmaculada, en verdad indestructible, su amor menospreciado, su gobierno universal tan censurado, su justicia tan odiada. Si fuese Dios como aquel amo desconsiderado que nos describe el Evangelio, si destruyera con su justicia severísima á los infieles, como lo pinta el puritanismo, el pecador tendría siempre una disculpa ó al menos cierto consuelo. Pero verle como padre con los brazos dispuestos á recibirle; reconocerle como verdad y sabiduría supremas; contemplarle todo providencia, amor, paciencia y condescendencia, es más de lo que puede soportar el pecador; ante ese espectáculo se desploma el hombre y se postra ante Él, silencioso y juzgado por su propio corazón.

XV. El mismo Dios.—Hallábame cierto día sobre un acantilado contemplando el mar, que venía á estrellarse á mis pies en olas plateadas, de azul ó de esmeralda. Levanté la vista, y no le hallé fin; bajé los ojos, y no descubrí su fondo.

Espantado retrocedí...

Otro día, situado en el límite de un bosque, vi extendida ante mis ojos la llanura, clara y riente, y se apoderó de mi alma el deseo de internarme en ella; pero me retenía aquella bóveda oscura del bosque, y permanecí inmóvil.

Junto al mar, se me oprimió el corazón; en el lindero del bosque, quedé hechizado ante la belleza que descubrían mis ojos: el mismo Dios que me aterró con el furioso vaivén de las olas, era el que me encantaba ahora con aquel paisaje suave y sonriente que resplandecía á la luz del sol, que inundaba la llanura.

XVI. El Dios de los dioses.—De buen grado tolera el mundo al tirano que hace pesar sobre el débil la burla y el yugo de su poder; pero el Señor pone su mano lo mismo sobre los grandes que sobre los pequeños, y dice: «No hay más que un Dios; yo soy el Dios de los dioses».

XVII. Consuelo que procura la vecindad de Dios.—1. Para el pecador impenitente, debe ser espantoso caer en manos del Dios vivo (*Hebr.*, X, 31). Pero el pecador arrepentido tiene razón en decir con David: «Es mejor caer en manos de Dios, que en manos de los hombres». (*2 Rey.*, XXIV, 14). Claro que esto se refiere exclusivamente al Dios que ha creado los cielos y la tierra, y no á los ídolos que se han fabricado los hombres.

2. ¡Ay del mundo, cuando se abandona á las aberraciones de su propio corazón! Ha considerado una dicha el poder inventarse dioses á su antojo, y por cierto que ha aprovechado la ocasión hasta el exceso, pues ha hecho buenas las palabras de Calderón:

«¡Qué felicidad la de vivir entre un enjambre de dioses donde el hombre no tiene más que pedir á medida de su deseo, ya que si un dios se lo niega, otro se lo da».

Pero ¿cuál fué el resultado de esta invención de los hombres? Muy sencillo: el que se fabricasen dioses extraños á los que sufren, dioses que miran con envidiosa rivalidad á los felices de la tierra; dioses á los que sólo puede uno acercarse imitando sus vicios; dioses que ahogaban á los humanos en sus brazos de fuego.

3. ¡Qué diferente es nuestro Dios! El Dios de los cristianos se acerca al triste para consolarlo, y á los puros de corazón para que se recreen con su vista. (*Mat.*, V, 4, 8). Dios está cerca de todos los que le llaman de veras, pero con humildad, paciencia y confianza. (*Ps.* LXXXIV, 10). Dios está junto á los que le temen, á los que tienen el corazón apesorado y son humildes de espíritu. (*Ps.* XXXIII, 19). Dios se acerca á los que padecen, pues Él mismo sufre en ellos, que son sus miembros más débiles. Pero de su más estrecha vecindad, gozan aquellos á quienes Él visita con tribulaciones; aquellos que, á imitación de su Hijo, pueden exclamar: «¿Por qué me has abandonado?» Apenas la mujer del Evangelio, se había sometido á su severidad, cuando venció su corazón, y hubo de concederle el auxilio que, para probarla, le había negado anteriormente.

Sólo han de temer á Dios los presuntuosos, los soberbios y los obstinados; pero el que reconoce humildemente su debilidad—hablo de esa humanidad verdadera, que sufre, se arrepiente y desea la enmienda,—goza del supremo consuelo de ver á Dios muy cerca.

XXVIII. ¡Señor, qué espléndido eres!—¡Qué mísero es el hombre! Mas cuando tú recompensas, Señor, ¡qué riqueza la tuya!

Tú nos amonestas en vano, nos amenazas... y no pegas. Señor, ¡qué espléndido eres!

El malvado te injuria, y tú callas, como si no lo oyeras. Señor ¡cuánta riqueza la tuya!

Cae el malo, y le levantas del polvo. Señor, ¡qué espléndido eres!

Tú rehaces lo que él malgasta. Señor, ¡cuán rico eres!

Y en tus brazos le llevas á descansar. Señor, ¡qué espléndido eres!

XIX. Dios todo lo hace bien.—Me entregué al sueño, y mi trigo prosperó: Dios todo lo hace bien. Ofendí á mi enemigo, y mi víctima me perdonó: Dios todo lo hace bien. Se levantó un huracán, pero la quilla de mi barca lo venció: Dios todo lo hace bien. El mundo se convirtió en

mi enemigo, pero contribuyó á que consiguiera mi fin: Dios todo lo hace bien.

Ya me desesperaba, cuando cobré nuevos ánimos: Dios todo lo hace bien.

Lo que yo suponía que era malo, se tornó en mi provecho: Dios todo lo hace bien.

XX. Pequeña teología para las primeras necesidades de la vida.—1. Más fácilmente se reconoce á Dios con el corazón que con el entendimiento.

Su sabiduría está fuera de nuestro alcance, pero basta con que nos permita amarle como á nuestro Bien supremo.

2. Al perfecto conocimiento de Dios puede llegar sólo aquel que trata de asemejársele.

3. Nadie puede decir que ha visto á Dios; pero no hay uno que pueda afirmar que no le ha experimentado en el fondo de su corazón.

4. Nadie puede decirte lo que es Dios, ni es preciso que nadie te diga lo que hace: hónrale en las obras que ves, y espera con paciencia el día en que puedas verle en toda su magnificencia.

5. El hombre ha investigado mucho; pero que luzca el sol y la muerte, esto sigue en manos de Dios. Sin embargo, á veces daría el hombre toda su ciencia por poder procurarse una hora de sueño.

6. Dios sabrá el por qué no ha hecho iguales los cinco dedos de la mano.

7. Dios entiende todas las lenguas, pero sólo habla una.

8. Dios no consiente que los hombres le fijen la hora.

9. Dios usa de suave policía, pero no tolera que nadie se meta en su oficina.

10. Dios puede permitir á los hombres que sean todo lo hábiles que quieran; pero no lo serán nunca tanto como Él.

11. El que pretende evitar á Dios, hará bien en crearse otro mundo nuevo.

12. El que quiera engañar á Dios, sólo conseguirá engañarse á sí mismo.

13. Á ti se te ha acabado muchas veces la paciencia contigo mismo; Dios nunca la ha perdido contigo.

Aquí tienes la contestación á la pregunta que haces con tanta frecuencia: ¿Cómo es que no se estrella esa nave cargada de locos que llamamos mundo?

14. No es difícil comprender la historia cuando se recuerda el proverbio:

La sabiduría de Dios y la locura humana gobiernan juntas el mundo.

15. Las manecillas del reloj de Dios caminan con lentitud, pero con seguridad.

16. Para Dios no todos los días son de pago, pero lleva estrecha cuenta, y lo paga luego todo de una vez.

17. Los molinos del Señor muelen muy menudo, y las escobas de Dios barren con mucha limpieza.

18. Dios es el último en dar el fallo; por eso de su juicio no hay apelación.

19. Cuando Dios quiere castigar al hombre, ó le cierra los ojos ó le abre todas las puertas.

20. Si Dios obra contigo según su voluntad, todo irá bien para ti; pero si cede á la tuya, estás perdido.

21. Cuando Dios quiere hacer una tortilla, permite que los tontos ó los archiprudentes se sienten encima de los huevos, pues los impacientes siempre se le adelantan.

22. Dios nunca ha roto la pierna al que se ha entregado sumiso en sus manos.

23. Los golpes del Señor ponen siempre un poco de bálsamo en la herida.

24. Dios cura; al médico se le paga, y á ninguno de los dos se muestra gratitud.

25. Á Dios le podremos sacar mucho á fuerza de ruegos, pero nada por la violencia.

26. Lo que Dios no da en trigo, lo resarce en paja.

27. Todos tenemos feudos del Señor, y, sin embargo,

no hay señor feudal que tenga menos vasallos en que fiar que nuestro Dios.

28. Lo que Dios planta, también lo riega.

29. Las fuentes de Dios siempre vuelven á dar agua.

30. Tener fe en Dios, honra al hombre, y poner su confianza en Él, honra á Dios.

31. Dios no cierra una puerta sin abrir otra.

32. Antes de manifestarse las obras del Señor, nadie cree en ellas, y después de realizadas, nadie hace caso.

33. Confianza en Dios, conciencia tranquila y paciencia; he aquí las tres mejores medicinas.

34. El tener un Dios misericordioso, da sosiego al corazón.

35. Dios tiene una mano poderosa y un leal corazón de padre.

36. El que á Dios sirve, buen amo tiene.

37. El que tiene á Dios por amigo puede resistir á muchos enemigos.

38. Con Dios y su derecho, nadie hará largo tiempo mal camino.

39. En la tienda de Dios se vende todo á cambio de trabajo y aplicación.

40. Con la bendición de Dios y el sudor del hombre, se termina felizmente la empresa más arriesgada.

41. Dios ha creado el pozo, pero no el cubo.

42. Dios da con exceso, pero al hombre toca abrir la mano.

43. Lo que se quita á Dios, se cede al diablo.

44. Á Dios y á la tierra se le puede prestar con usura, pues son los que pagan la renta más segura.

45. Los que esperan en Dios con constancia, encuentran por fin el mejor pago.

46. Donde Dios no sirve de guía, podrá emprenderse una ascensión más elevada, pero llegará un momento en que habrá que retroceder.

47. Con Dios por comienzo, el final será bueno, aunque la marcha sea difícil.

48. Todo depende de la bendición de Dios.

49. Haz que en todas tus empresas sea Dios el principio y el fin.

50. Nada puede satisfacerte fuera de Dios. Si le posees, tendrás la paz, y entonces te contentarás con poco.

XXI. Lo que es Dios.—1. El mundo reniega á veces de todas las cuestiones que le agitan, tanto de la escolar y social, como de la política y científica, que no tienen fin ni medida. Natural es que sean interminables, pues se pregunta, en apariencia, sin el deseo de obtener contestación, anhelando que sea de nuestro agrado. Cuanto más se pregunta, tanto más aumenta la oscuridad; así, el mayor castigo consiste en la multiplicación de las preguntas.

Hay una cuestión que pone término á todas las demás, en cuanto ha sido resuelta afirmativamente: la de la existencia de Dios. Porque si Dios existe, ya sabemos también que Él es la majestad y la sabiduría, la santidad y el poder, la verdad, la misericordia y la gracia. ¡Oh Ser maravilloso, del cual nos basta saber que existe para poseer en su existencia toda verdad y todo bien!

2. «En cuanto te sea posible—dice San Agustín,—debes representarte á Dios como Bondad infinita, que no se fracciona en porciones diversas; grande, sin límites, sin medida ni extensión. Dios está presente en todas partes, sin depender del espacio; es eterno, sin sucesión de tiempo; es inconmensurable, sin superficie ni partes. Él creó el mundo sin que le fuera necesario; ha hecho todo lo variable, sin variar Él jamás; obra siempre, sin esforzarse ni cansarse. Dios es la vida, de la que participa todo ser viviente, sin igualarla jamás; Él es la superabundancia de todos los dones, que reparte abundantemente á todos los seres, sin agotarse. En una palabra, Dios es siempre igual en todas las perfecciones, sin aumentar ni disminuir en ninguna de ellas.

3. Dios, que posee en sí mismo todas las riquezas, que no tiene principio ni fin, es el creador y sostenedor de todo bien; produce, conserva y perfecciona todo lo activo, to-

do lo que vive y se mueve. Para el alma, es luz, fuerza y bondad; en los buenos se manifiesta como ayuda, consuelo y recompensa, y en los malos como la justicia que han rechazado y que para su mayor espanto encuentran siempre dentro de sí mismos.

4. Para nosotros, Dios es la luz que nos hace conocer la verdad, la fuerza por medio de la cual realizamos el bien, y la felicidad que nos produce todo lo verdadero y lo bueno, en cuanto lo permite nuestra limitada capacidad.

En sí mismo, Dios es luz, fuerza y bienaventuranza, sin limitación alguna, y, por lo tanto, la luz suprema, la fuerza suprema y la bienaventuranza suprema. Lo bueno que poseemos y el bien que hacemos, no son otra cosa que participación del manantial de todo bien, ó sea, de Dios.

5. El que habla del ojo de Dios, se representa á Dios como viéndolo y penetrándolo todo. Al hablar de la mano de Dios, se refiere uno á que Dios es el que lo hace todo, y al citar el poder de Dios, queremos dar á entender que todo lo puede. Pero Dios es todo ojos y todo manos, como es todo sabiduría, todo poder y todo santidad.

Su sabiduría no difiere de su voluntad, ni su querer de su poder; la palabra es su voluntad y su voluntad es su obra. Su eternidad es su existencia como lo son su justicia y su amor. Su poder es Él mismo, su bondad es Él mismo y su santidad es Él mismo. Lo que es, lo es completamente. El que no acata una sola de sus palabras, falta al mismo Dios; el que aspire á su amor, debe darle asilo en su propio corazón, con todo lo que sale de Él, con sus leyes, sus penas y alegrías.

6. No necesitas salir en busca de Dios, pues no hallarás lugar en donde no esté presente. Aun en los infiernos está, del mismo modo que en el cielo. Representáte á Dios como puedas, búscale donde quieras, ya le halles perdonando, castigando, creando ó destruyendo, siempre hallarás el mismo Dios inmutable, el Dios de la verdad, de la justicia y de la santidad.

7. El imposible de los imposibles es intentar huir de

Dios. Sólo lograrás pasar de su justicia á su misericordia, de su severidad á su bondad, del Dios irritado al Dios pacífico.

8. Dios es tan grande y está tan por encima del pensamiento y de la palabra humanos, que es mucho más seguro callar que hablar de Él. El modo mejor de comunicarnos con el Señor, es diciéndole estas cortas palabras: «Señor, creo en ti, porque eres la verdad sin mancha; espero en ti, porque eres padre lleno de bondad; te amo, porque eres el origen y el resumen de todo lo que es bueno, bello y consolador. Me someto á ti, á tu Providencia sapientísima y llena de misericordia; me entrego á ti por completo, como á mi único Señor y poderoso protector.»

9. Lo más sublime que podemos decir de Dios son estas palabras: Uno y Todo. Sólo hay un Dios y lo es todo. Es único, y fuera de Él no hay nada. Él lo es todo para sí y Él solo se basta. Es todo para ti, Él solo te basta. Si estás sin Él, no eres nadie, pues estás solo; pero si eres suyo, te perteneces, y todo te pertenece, porque Él solo es todo, sólo Él.

CAPITULO II

La duda y la negación

I. Los negadores de la armonía.—Siempre me ha sorprendido la impresión que causa la música en la gente sencilla, pues los sonidos melódicos parecen conmoverla hasta el fondo de su ser. Basta observar cómo el tosco campesino se queda con la boca abierta ante el organillo del mendigo, y cómo parece hechizado por el ruido del pandero golpeado por el mono para hacer bailar al oso. Lo mismo ocurre con el muchacho, que, medio desnudo, salta á la calle para acompañar á los soldados, á pesar de las inclemencias de la lluvia y de la nieve, desatendiendo los gritos de su atribulada madre.

¡De cuán diferente modo se me ofrecen los sabios del mundo cuando les pregunto: ¡No véis en la sucesión del día y de la noche, en la hoja ya verde, ya caída; en el mosquito, alimento de la golondrina; en la flor, cuyos encendidos matices sirven de refugio al escarabajo; en el instinto de las aves de paso; en el canto delicioso del ruiseñor; en la luz y la sombra tan artísticamente repartidas; en la disonancia del mal y en el bien purificado por el mismo furor del mal; en la dicha asociada á la virtud; en el encumbramiento y caída de los imperios; en una palabra, en la vida, en el mundo, en el universo entero; no observáis, repito, una armonía llena de tal dulzura y claridad, que sólo el supremo maestro, sólo la sabiduría y el poder excelsos pudieron inventarla y crearla?

Cuando ya no hallé palabras que decirles, y esperé oír un sí rotundo á mis preguntas, sólo me contestaron obstinados y burlones: «¡Bah! ¡No prosigas, porque en parte

alguna vemos ni veremos esa armonía! Allí donde la simpleza habla de armonía, lo único que ve el sabio investigador es confusión, casualidad; para nosotros, el mundo no es más que caos y ruina.

Ahora comprendo lo que tantas veces me dijeron, aunque produciéndome siempre gran indignación: así como el ave nocturna carece del sentido de la luz; así como no es posible acostumbrar al perrillo á los sonidos del violín, ni á fuerza de palos ni á fuerza de caricias; así como la naturaleza ha privado á las piedras de oído musical, así, no lo dudes, hay personas que no apreciarán jamás ni la armonía, ni la melodía, ni la sublime imagen de la belleza, como tampoco el aspecto solemne de la verdad. No quieras averiguar si esto es efecto de su propia culpa; resignate á tratarlas con compasión, y ejerce con ellas tu paciencia; tienen la red nerviosa más enmohecida y callosa que el más endurecido campesino.

II. La ciencia sin hipótesis.—1. «Para ser filósofo, dice Taine—quiere decir: para rechazar y combatir á sangre fría toda religión,—hay que empezar muy temprano. Las conversiones tardías dejan siempre el alma enferma. Á los veinte años, ya es uno demasiado viejo (para ser filósofo). El que quiera renegar de la religión, debe hacerlo prematuramente, porque después ya no es posible arrancársela sin conmover todo su ser.»

Hasta aquí el célebre historiador.

2. Esta franca confesión, esta expresión prosaica del anhelo desesperado del Británico de Racine:

«¡Ojalá pudiera odiarla á sangre fría!»;

esta declaración leal nos da la clave para comprender la educación moderna y la actual política escolar, al propio tiempo que nos muestra la razón de que la pedagogía contemporánea niegue á la religión la capacidad necesaria para dirigir las escuelas y la educación. Ahora comprendemos la afirmación de Jacobowski cuando asegura que la enseñanza cristiana ahoga en la juventud el espíritu de la

verdad histórica y el inocente placer de la poesía y del bello sensualismo. Ahora comprendemos las palabras del catedrático Guillermo Schuppe cuando compara la educación religiosa á una cárcel, en la cual es encerrado el espíritu juvenil para que, privado del fresco ambiente del progreso, languidezca y se petrifique. Ahora penetramos por completo el principio que Harald Höffding formula como la primera exigencia del espíritu moderno, el principio de que «la educación debe ante todo formar un hombre, no en modo alguno un ser creyente ó incrédulo.»

Todas estas fórmulas no son más que hipócritas circunloquios de la idea única: Evitar por todos los medios que la fe arraigue en el corazón de los jóvenes. Porque es difícil que uno siga á ciegas á semejantes guías, si ha de decirse luego con Jouffroy. «Durante mucho tiempo satisfizo la fe cristiana todas mis necesidades espirituales, y me evitó ese desasosiego que la vida produce en el alma.»

3. La falta de lógica en la irreligión es muy incomprensible, pero lo que no acabamos de entender es la audacia con que habla de su «ciencia sin hipótesis». Verdad es que ya nos ha acostumbrado el mundo á su inconsecuencia; sin embargo, se toman generalmente como comprensibles por sí mismas las contradicciones entre la ciencia y la vida, entre la palabra y la obra; pues ya Pacuvio supo caricaturizar á los héroes de la palabra cuando dijo:

«... los que se vengan de sus sabias palabras á fuerza de hechos locos.»

Pero en este punto la ciencia se contradice á sí misma. Porque, mientras por un lado se jacta de la fuerza irresistible del pensamiento moderno, desfigura, por otro, la historia, así para los niños como para los adultos, en forma tan frívola, que la posteridad habrá de juzgarla de un modo terrible. En efecto, esto no es óbice para que Hæckel, bien por convicción, bien por fanatismo, publique, sobre la evolución del hombre y de los animales, grabados que los peritos en la materia califican de error intencionado, con objeto de asegurar la victoria al darwinismo. Tampoco lo es para que le

pedagogía, con sus huecas frases de ciencia autoglorificada, acabe por marear á la juventud precisamente en una época en que la embriaguez de la sangre y el ansia de libertad hacen perder la cabeza tan fácilmente. Y esto ocurre—dice Taine con el mayor aplomo—porque los adultos no saben fortalecerse de otro modo en la incredulidad.

Mas ¿es esto una prueba de la confianza que inspira la victoriosa fuerza de la ciencia incrédula? ¿Dónde está esa falta de hipótesis, dónde esa ciencia pura tan decantada? ¿Por ventura la hallaremos en esa supuesta filosofía ó en la fe cristiana que dice con Pablo: «Examinadlo todo, y abrazad lo que es bueno.» (1 Tesal., V, 21.)

III. Condición primordial para ser escéptico.—1. Uno de los hombres más desgraciados fué el autor del famoso artículo: *Como acaban los dogmas*, el infeliz Jouffroy. Había renegado de la fe, y consideraba la duda como la mayor desgracia, y así decía de sí mismo: «Era desgraciado y odiaba la incredulidad.» Se jactaba de pertenecer al gremio de los que, desde los tiempos de Voltaire, se llaman en Francia *filósofos*, y exclamaba suspirando: «Sin embargo, la filosofía es un asunto del alma.»

En efecto, para aquel pobre hombre, la cuestión de la fe y de lo por venir era un penoso asunto de conciencia. «Las dudas que engendran esas cuestiones—solía decir—son terribles, cuando no se halla su solución inmediata en la fe.» «Pero yo había perdido la luz de la fe, y así, sólo me quedaba la luz de la inteligencia, y con ella hube de contentarme.»

Pero con la lucecilla del entendimiento no le iba muy bien al infeliz Jouffroy, quien decía: «¿Cómo ha de vivir uno en paz y sosiego cuando ignora de dónde viene, á dónde va y lo que ha de hacer aquí bajo?»

2. Jouffroy sufría lo indecible con estas luchas por la verdad, y no cesaba de preguntarse continuamente, como solía hacerlo más adelante Arturo Fitger:

«¿Voy bien encaminado en su busca? ¿Será mi camino recto y seguro para encontrarla? Pues observo que todos

los puentes y todos los senderos oscilan temblorosos bajo mis pies.»

Raro será el escéptico que haya encarnado mejor las palabras del citado poeta:

«Su vida estaba hecha astillas, y giraba como la aguja magnética de un polo á otro polo.»

Baunard describe á Jouffroy con las siguientes palabras: Era un segundo Werther; su existencia fué un martirio; ó, para repetir textualmente sus palabras: «una revolución melancólica, para la que no se ha hecho la debilidad humana.» Siempre repite la misma expresión: «Mi alma—dice—no podía avenirse con una situación tan poco conforme con la debilidad humana.» Y, en efecto, el desgraciado sucumbió á esos combates interiores á la edad de 46 años.

3. Jouffroy era una naturaleza delicada; poseía una sensibilidad exquisita y un alma muy impresionable. «Para los espíritus de esta clase—afirma Taine,—la conversión de cristianos á filósofos viene á ser una revolución sangrienta y no un tranquilo descubrimiento.»

Extirpar los dogmas tan arraigados en ellos, equivale á arrancarles las partes más vivas y sensibles del corazón. Al adjurar de la fe, creen haber renegado también de su padre y de su patria.

En otros términos: Es necesario tener un sistema nervioso á prueba de bomba y un espíritu poco estético, en el que no hagan mella ni los combates ni las disonancias, para soportar el estado de ánimo que produce la adjuración de la fe.

4. No obstante, aun los hombres dotados de más tosca envoltura, experimentan, en ciertas épocas, gran malestar. Jorge Sand, como sabemos, estaba muy acostumbrada á la discordancia, y, sin embargo, escribía á María Cailland: «No conviene pasar con demasiada rapidez de una creencia á otra. Es preciso tener fe, porque, de lo contrario, la fiebre consume el talento en el alma vacía, y muere. A mí me ha costado treinta años de vida el hallarme tan á gusto en la filosofía como anteriormente en la fe, y para ello

he tenido que pasar por el tormento de las más horribles dudas.» También Víctor Hugo hizo parecidas experiencias, y dice de sí mismo en momentos de franqueza:

«Conozco mucho malo, pero no hay peor enemigo que la duda que albergo en mi propio corazón; cuando ella ve emoción y fervor, le entran ganas de gruñir y se ríe burlesonamente del corazón deshecho que llora de pesar.»

IV. ¿Puede el hombre prescindir de la religión?—1. No hay quien pueda contestar mejor á esta pregunta que el príncipe que más privado se hallaba de religión, y que, al parecer, se pasaba sin ella mejor que los demás mortales; me refiero á Federico II de Prusia. Con todo, la burla cínica con que atacaba frecuentemente el Cristianismo y la Biblia, cinismo tan indigno del hombre culto como del soberano, demostraba su malestar interior, pues sabido es que, en esa forma, sólo truena contra la religión aquel á quien ésta no deja sosiego ni tranquilidad. No faltan momentos mejores en los cuales desahoga Federico su pecho en expresiones de amargo dolor por su incredulidad; y próximo al sepulcro, en esos momentos solemnes en que se impone la mayor gravedad, exclamaba: «Daría una de mis manos por poder dejar el reino á mi heredero en la forma en que me lo dejó mi piadoso padre.»

2. Enrique Fechner dice con razón: «Federico II no fué ateo; su decantada filosofía era una especie de narcótico con el cual intentaba acallar su conciencia, en el fondo, cristiana, respecto de los medios políticos que creyó deber emplear. Mas como resultaban vanos sus esfuerzos, de ahí su rencor contra el Cristianismo, al que atribuía su malestar interior. Para probar lo poco consoladora que era para él su propia sabiduría de la vida, bastará decir que, por propia confesión, pensó varias veces en el suicidio. Todavía se conserva como reliquia el veneno que llevaba constantemente consigo durante la guerra de los Siete Años, para el caso de que le abandonase su filosofía.

Aun este espíritu fuerte viene á confirmar la verdad de estas palabras: «Sin Dios—sin ancla.» (*Schubert*).

V. Requemado como la escoria.—1. Adolfo Gerecke, de Nueva York, el celoso propagandista de la honra de la cultura judía, ha escrito un libro horrible, tanto por la forma como por su contenido, que debe contarse entre las producciones más perversas de la literatura contemporánea. Titúlase *La bancarrota futura del moralismo*. Cada una de las explosiones de su furia irreligiosa recuerda al lector la confusión de Mathán en la *Atalía*:

«Y, sin embargo, es inútil que lo oculte; el recuerdo del Dios que he abandonado despierta en mi alma terrores secretos que duplican y encienden aún más mi furor.»

2. Pero, esto aparte, el libro es signo característico de la época. El sempiterno sermonear sobre la moral sin religión se ha convertido ya en una verdadera plaga, como ocurría en los días del racionalismo. Ahora bien, cuanto más se esfuerzan los predicadores de la moral libre y de la cultura ética en repetir que existe sólo una religión adecuada á la época, esto es: una vida honrada; que el mayor crimen del cristianismo está en haber mezclado la fe con la religión, y que nuestro primer deber consiste en crear una religión sin dogmas, una religión puramente humana, que sólo exija al hombre moralidad sin relación alguna con lo sobrenatural, tanto más pronto reaccionará el sentido común del hombre.

De esta misión se ha encargado Gerecke, sin percatarse, de ello. En efecto, emplea toda su artillería de grueso calibre contra la manía de moralizar, como sólo puede cargarla y dispararla el más empedernido materialista. Fiel siempre al consejo de Goethe:

«El que yerra, sustituye con la violencia su falta de razón y de fuerza»,

trata Gerecke á todos los moralistas como hipócritas inmorales, como enfermos infecciosos, como farsantes peligrosos, tan perjudiciales y dañinos como los vendedores de aguardiente y los comerciantes de opio.

3. El que lea los citados desahogos y amenidades—que son, por cierto, de los más suaves y decentes que em-

plea el autor,—tendrá que decirse que Gerecke no es ni beato, ni neurasténico. La estética no es su fuerte. En efecto, en todos los sentimientos del alma sólo ve movimientos físicos. Ha renegado por completo de la fe en Dios, en el alma y en la eternidad, y se jacta con soberbia de ser el enemigo irreconciliable de la moral. «En este punto—dice,—he perdido todas las ilusiones, y estoy requemado como una escoria.»

4. Mas he aquí que este Don Juan con nervios de Leviatán y corazón de lava, acaba por confesar que también él sufrió mucho tiempo, «atormentado por las preocupaciones» que «le amargaban todo placer.» Sólo desde que hubo arrojado lejos de sí la «fe en la moral,» hallóse tan bien y tan á sus anchas, que ya empezaba á engordar.

No nos proponemos ahora investigar esta nueva y sorprendente demostración del consuelo que puede ofrecer semejante nihilismo religioso y moral. Pero es sumamente importante para nosotros la triple confesión que entraña. En efecto, nos muestra que aun un carácter tan feroz como Gerecke paga su lucha contra el legislador y testigo de su interior con insoportables tormentos morales; que no pudo esquivar esos combates hasta que no hubo atrofiado su conciencia, y que aun el estado actual en que se halla sólo puede compararlo con una escoria, es decir, con una masa dura, requemada y sucia, á la que nadie puede acercarse sin mancharse ó herirse.

5. En verdad que la irreligión nos ofrece un espectáculo muy extraño: como resultado final de una lucha interior horrible, una conciencia petrificada, un corazón fósil y arrastrar toda la vida una mina de carbón en nuestro pecho.

¡En verdad que la imagen con que la incredulidad se reproduce á sí misma, es harto triste y desconsoladora! Como Eróstrato, arroja la tea incendiaria en el templo del corazón del hombre, y luego se aleja, orgulloso de su acción, declamando con la mayor sangre fría:

«Muy pronto será un montón de cenizas esta guarida de salvajes asaltos.» (*Schiller*).

VI. La incredulidad es más funesta que la idolatría.

—1. No hay un cristiano de los que creen todavía en Dios—suponiendo que su fe sea sincera—que no sepa que la santidad del Señor le impone el deber de santificarse á sí mismo.

Un pagano puede ser personalmente mucho mejor que los dioses que inventó su débil inteligencia y su loca fantasía. Y ciertamente hubo muchos griegos y romanos que no fueron ni con mucho tan imperfectos como los dioses en que creían; se hubieran indignado si se les hubiera creído capaces de lo que á aquéllos atribuía la leyenda.

La fe en Dios es un aguijón para la virtud más sublime; la fe en los dioses malos venía á ser para los espíritus más elevados como una defensa contra el mal; porque presentaba los vicios de sus divinidades como un ejemplo horripilante en que podían medir la bajeza y degradación á que puede descender la humanidad.

2. ¿Qué hace, pues, el que roba á los hombres su fe en Dios? Los priva de estímulo y de modelo para su perfeccionamiento, del horror que inspira el mal, de la justa medida del bien y del mal, y entrega su moralidad al capricho y al despotismo humanos.

3. Verdad es que dicen que el hombre puede ser honrado sin religión. Aceptemos la posibilidad y veamos la realidad. ¿Cómo es que muchos literatos y maestros, «á manera de escorpiones muerden á diestro y siniestro á la justicia y á la castidad?»

No queramos averiguarlo: el ateo no reconoce regla alguna de conducta religiosa superior al hombre, y que, por lo tanto, esté obligado á respetar; por eso forma á su gusto máximas morales, que valen lo que él.

¿De dónde proceden esa repelente satisfacción de sí mismos, esa autosantificación, esa presunción de virtud farisaica que observamos en Protágoras, Fichte, Schopen-

hauer y Nietzsche? Todos estos hombres renegaron de Dios, haciendo al hombre único arbitrio de la perfección, declarándole autónomo y creador de su propia moral. Todos ellos se creen ser—y en esta creencia educan también á sus discípulos—lo que dijo Shakespeare:

«Un hombre elegido por el mal y el bien, para que haga de tribunal arbitral en un litigio irresoluble.»

4. No preguntamos si las cosas han de llegar tan lejos. Bástenos saber que la soberbia corrompe al hombre, á veces hasta la insolencia, cuando le han despojado de su Dios.

«Porque todo lo perdió el que ha perdido á Dios.» (Tiedge).

VII. ¿Por qué tantos enigmas?—¿Por qué tantos enigmas en la naturaleza, en la historia, en la vida y en la religión? La respuesta es muy sencilla: para que el hombre tenga en qué pensar, porque es muy poco lo que piensa.

Bueno; pero debieran solucionarse estos enigmas; porque los enigmas que no sabemos adivinar sirven tanto como las revelaciones que no llegamos á entender y las profecías que no podemos explicar.

En efecto; las tres sirven para inculcar en el hombre la modestia, pues no obstante verse éste obligado á confesar que no entiende muchas cosas, no por eso es menos soberbio; ¿quién podría soportarlo si lo entendiera todo?

VIII. Enigmas.—La vida es un enigma; la muerte, la nada, lo eterno, lo presente lo son también. Enigma es lo visible, enigma el espíritu, enigma lo que en tiempos anteriores anheló, alcanzó y perdió la humanidad. Enigma es el gusano, y enigma eres tú...

Pero enigma sobre todos los enigmas es atreverse á luchar con el Creador de todos ellos.

IX. Incomprensible y comprensible.—Lo que no comprendo es que personas que tanto se preocupan de su honra, nieguen un dogma porque no lo entienden.

Lo que comprendo perfectamente es que personas que tanto aman su tranquilidad, nieguen ciertos dogmas porque los comprenden demasiado bien.

X. El ateísmo, miedo á Dios.—Hay una circunstancia que me llena de la mayor veneración hacia Dios, y es que aquellos que por lo general creen en Él, se tornan pasajeramente ateos, cuando se empeñan en hacer algo malo: por un momento expulsan á Dios de su inteligencia.

En presencia de Dios, no hay quien se atreva á pecar, porque todos comprenden que la impureza no puede subsistir con la pureza. Por este motivo, los que abominan de toda disciplina reniegan del Señor para siempre; los demás sólo durante el tiempo de su corta embriaguez. Ambos atestiguan con su conducta que temen á Dios y huyen de Él á causa de su santidad.

XI.—Dios y los dioses.—El que se somete á disgusto á la voluntad ajena, se entrega á muchos amos á la vez; á todos trata de complacer, y así lleva una vida libre y suave.

Un Dios único resulta incómodo—dice para buscar prosélitos;—con muchos dioses se vive agradablemente porque me los fabrico á mi antojo.

He aquí por qué no acaba de desaparecer la idolatría: si se reconoce un solo Dios, hay que servirle; pero si contamos con muchos, deben servirnos á nosotros.

Sólo que no todos los ídolos son iguales: fácilmente se destruye á los de piedra; pero el que una vez ha sentado sus reales en el corazón, difícilmente suelta su presa.

XII. La gravedad de la incredulidad.—1.—Desgraciado y querido amigo, ¿permitirás que te haga una pregunta? No quisiera que ésta te molestara lo más mínimo. Cuando afirmas que no hay Dios ni eternidad, ¿hablas según tu convicción, ó lo dices sólo por decir algo?

—Bien has hecho en disculparte por anticipado, pues, de otro modo, me hubiera molestado altamente tu suposición de que pueda yo hacer semejantes declaraciones sin estar convencido de ellas. ¿En qué concepto me tendrías, y debiera tenerme á mí mismo, si no hablara con formali-

dad de este asunto? Pero, esto es resultado natural de vuestros prejuicios. Los cristianos no podéis imaginar lo mucho que hiere á un librepensador la suposición de que habla únicamente por hablar. Tened, pues, la seguridad de que tan grave le resulta á él la cuestión como á vosotros, ya que no á poca costa llegó á sus convicciones, sino á fuerza de terribles luchas con su espíritu. ¿Quién sabe si el hacer decir á nuestro corazón: «¡No hay Dios!», no nos ha costado á nosotros mayores sacrificios de conciencia y más profundo pavor que á vosotros el repetir las palabras de vuestros rígidos maestros: «¡Creo en Dios!»?

2.—Querido amigo, muy distante estaba de mi ánimo el querer herir tus nervios; pero ya sabes que á veces hay que fingir por fuerza. Tú mismo habrás observado que hay muchos que atacan furiosamente la fe, y de los cuales no se puede decir nada bueno, pues recuerdan las palabras de Horacio:

«Al templo llaman barraca, y á la virtud hoga de histrión.»

Sólo deseo hacerte ver una cosa: Tú, que hallas deshonorosa la suposición de que puedas hablar sin formalidad de Dios; tú, que calificas la cuestión de saber si existe la inmortalidad como una disposición de conciencia que te ha costado luchas muy prolongadas y amargas, ¿es posible que creas que basta negar la existencia de estas terribles cosas para que queden suprimidas definitivamente? Y si lo crees así, ¿me dirás que esto es serio? Comprendo un incrédulo que se burle de todo lo que es religioso; pero cuando un hombre me habla emocionado de la religión, y, á pesar de ello, asegura que no tiene fe, no puedo menos de acordarme de los que se ríen de los fantasmas porque el pensar en ellos les causa espanto.

«Tú, que eres sabio, ya entiendes lo que quiero decirte.»

XIII. La flecha en el corazón.—1. Se les echa en cara á los sacerdotes que, con sus amonestaciones inoportunas sobre Dios y la eternidad, dan á las relaciones sociales un tono disonante é inarmónico.

2. Si tales recordatorios suenan tan mal en los oídos del mundo, lo que me asombra es que éste no se dirija á sí mismo ese reproche. Hay que llamarse afortunado cuando, durante un viaje en ferrocarril, ó durante la lucha febril por procurarse los costosos bocados de una mesa de fonda, no le enzarzan á uno en una discusión religiosa. Si por distraerse hojea uno un libro mundano, se corre el peligro de ver atacada la inmortalidad del alma y la creación del hombre por Dios, en cuanto llega al capítulo de los monos; y si se trata de la lectura de una historia de caza, pronto nos saldrá al encuentro la censura de las monjas y de la caridad cristiana.

Cuanto más incrédulo es el autor, con tanta mayor frecuencia habla de la fe, más difícilmente se despoja de ella, y más claramente descubre la emoción de su corazón. Gizycki, uno de los apóstoles incansables de la incredulidad moderna, ha publicado un manual sobre moral sin religión, tan mediano en mérito como en extensión, dividido en 10 capítulos, de los cuales dos, de 166 páginas, tratan únicamente de teología. Leopoldo Schefer, el más activo de los poetas que han consagrado su vida á la extirpación de la fe en un Dios vivo, escribe nada menos que tres libros sobre la verdadera religión y la verdadera manera de adorar á Dios.

3. ¿Á qué debemos atribuir este extraño interés que les inspira la fe? Seguramente que no se debe á su entusiasmo personal. Prantl confiesa que escribe la historia de la escolástica sólo para que á nadie se le ocurra volver á ocuparse de semejante antipática labor. Así como su afición al servicio del altar no indujo á Iliano el Apóstata ni á José II á oficiar de sacristanes, así tampoco arrastra á los chapuceros teológicos á enmendar la plana á los misioneros el deseo de compartir con éstos el martirio. Los induce á ella una secreta necesidad interior, como le ocurría á Matán, de quien dicen:

«La vista del templo le enardece; por eso quisiera destruir al Dios que abandonó tan deslealmente.»

Los librepensadores no pueden guardar silencio sobre Dios y la eternidad, porque su conciencia tampoco calla sobre estos puntos; y no dejan á nadie en paz con sus impetuosos discursos sobre religión, porque ésta tampoco los deja en paz á ellos.

El Sabio debió pensar más en ellos que en los vulgares y modestos charlatanes de oficio, cuando dijo: «Como flecha clavada en la cadera es la palabra de Dios en el corazón del necio.» (*Eccles.*, XIX, 12).

4. En verdad que Dios es un buen tirador, y su palabra, flecha aguda y ardiente. También ellos se han visto alcanzados por esta flecha; y que se ha clavado profundamente en ellos, lo demuestra con evidencia la circunstancia de que la herida que les ha abierto nunca acaba de cerrarse, por lo cual se ven precisados á molestar continuamente al mundo con sus quejas. Podrán jurar cien veces que han terminado para siempre con la fe; en el fondo, cada uno piensa para sí lo que Eurípides:

«La lengua jura, mas el corazón nada sabe de semejante juramento.»

XIV. ¿Por qué tantos distingos sobre Dios?—Años atrás te sentías feliz con tu fe de niño, y no tenías mayor anhelo que gozar pronto de la compañía de Dios. Hoy te causa espanto pensar que cada paso que das te acerca más á la presencia del Señor, y que ante Él has de comparecer algún día. Lo mismo ocurrió á Adán; mientras fué fiel á Dios, la presencia del Señor era su consuelo para él: en cuanto pecó, trató de ocultarse á sus ojos.

Dios es la alegría del justo y el terror del pecador; ¿no es esta una de sus más hermosas prerogativas?

XV. El hombre hecho á imagen de Dios.—Los dioses á semejanza del hombre.—Mucho disgustaba al hombre la idea de que nada valía por sí mismo, sino únicamente como obra hecha á imagen de Dios, y de que estaba obligado á formarse á semejanza de Dios, si quería alcanzar la perfección á que está destinado. En su locura, abandonó al Dios vivo y se forjó dioses á su gusto y semejanza.

La historia nos relata lo que, al obrar así, consiguió hacer de Dios y de sí mismo. En lugar de la amorosa Providencia, puso al destino férreo, el cual, envidioso de la felicidad de los hombres, pisotea fríamente al indefenso, ó una legión de demonios ó trasgos, que se complacen en chasquear á los tímidos, en asustar á los miedosos y en extraviar á los cándidos. El Dios que endereza el tallo caído y no apaga la mecha moribunda, fué convertido en Moloch abrasador, en sanguinario mamarracho. El Dios de la castidad, el modelo de toda santidad fué sustituido por la diosa de la voluptuosidad y el padre adúltero de los dioses.

Los dioses que el hombre se fabrica según su propia fantasía, son monstruos y producen monstruos; todo el que los adora, queda sujeto á su influencia y produce monstruos análogos.

Sólo el Dios Uno y Santo, el que ha formado los hombres á su imagen y para sí, es humano y digno; y sólo el que se forma según tan santo modelo, abraza la esperanza de llegar á ser un hombre verdadero y perfecto.

XVI. Dios, señor del tiempo.—Los hombres han luchado á menudo, durante mucho tiempo y con el mayor ardor, por cuestiones que ya nadie recuerda, á no ser el sabio que ha de desenterrarlas de entre el polvo de los antiguos escritos. Por la fe en Dios y en la eternidad, se sigue luchando hoy como en los tiempos pasados, y aun con más violencia que nunca. Es decir que esta fe todavía no ha muerto ni morirá mientras le hagan la guerra; de eso se cuidan muy especialmente sus peores enemigos. Sólo cuando todo el mundo calle, podremos decir que ha desaparecido. Mas por ahora hay pocas probabilidades de que esto ocurra. Al contrario, cuanto más se acerquen los tiempos á su término, más se enardecerá la lucha por Dios y sus elegidos. Así, la historia de la humanidad muestra que Dios es dueño y señor de los espíritus. Los hombres de la antigüedad, con su fe en la palabra divina, dieron testimonio de Dios; en los tiempos modernos lo dan con esa guerra de rebelión que ya profetizó su Hijo Unigénito.

XVII. La ingratitud del mendigo.—Había una vez un mendigo que se presentaba todos los días á la puerta del palacio real, donde recibía un socorro como si á él tuviera derecho. Ya llegase de noche, ya de día, siempre encontraba dispuesta la limosna, y era recibido afablemente, sin que nadie le molestara lo más mínimo.

Ni una sola vez tuvo que disgustarse porque le faltara la limosna, ni avergonzarse del donante, pues nunca llegó á ver la mano que le socorría.

El mendigo, al parecer, era hombre de mal talante, pues con el orgullo propio de los miserables, pensó: «Lo que aquí encuentro me pertenece de derecho; pero mi honra queda muy malparada con que este príncipe me trate como á un cualquiera. ¿Por qué ha de encargar á sus criados que me entreguen la limosna, sin que él se presente nunca ante mí? Mientras él en persona no se digne acercarse á mí, le juro odio eterno y negaré aun su misma existencia.»

Al oír esto los servidores del rey, fueron al encuentro del soberano y le hablaron en estos términos: «Señor, por tu propia honra debes castigar tamaño ultraje. El que en vez de honrar á su bienhechor se atreve á injuriarlo, ha de verse con justicia privado de sus dones.»

Pero el rey, lleno de indulgencia, reprendió suavemente á sus servidores, diciéndoles: «Un corazón de rey no se arrepiente de obrar bien, pues sólo anhela la felicidad de los pobres. Mi bondad era la que daba, y no el mérito del mendigo el que la obtenía. Nadie diga: ¡Dios me guarde de que un día pueda decirse de mí que la indignidad del pordiosero dió al traste con mi generosidad. ¡No le pagamos diariamente al Creador por modo más injurioso? Ya con quejas, ya con murmuraciones, ya con injurias, paga el criado á su Señor. Y Dios, en vez de castigarle no hace más que amontonar favor sobre favor; por añadidura, concede al ingrato tiempo para reflexionar y para arrepentirse de su falta, y hace sentir al hombre cómo la ingratitud se llena á sí misma de oprobio, y cómo con el servicio fiel

y el agradecimiento se honra el hombre á sí mismo del modo más hermoso y digno.

XVIII. Dios saluda á muchos que no le devuelven el saludo.—Con delicadeza admirable, dice el pueblo que Dios saluda á muchos que no le devuelven el saludo. No es posible una condenación más amarga de la incredulidad y de la ingratitud para con Dios.

Cuando un superior ó un rico desprecia, sin contestarlo, el saludo respetuoso de un inferior, todo el mundo le censura y piensa: Debe ser un hombre á quien ha favorecido la suerte sin merecerlo, un enriquecido por el trabajo ajeno, ó por lo menos, uno á quien viene ancha la fortuna; un hombre sin cultura, sin educación.

Pues bien, ¿cómo hemos de calificar una conducta semejante del hombre para con Dios?

¡Qué sentencia más decisiva la que cada cual pronuncia sobre sí mismo!

«El que acepta el beneficio y no se acuerda de dar las gracias, no es hombre noble y digno»—dice Sófocles.

¡Cuántas veces me he deshonrado yo, pobre criatura, mísero pordiosero, con este vergonzoso proceder para con mi Creador y mi Dios!

¡Oh mortal, devuelve á Dios con decoro y humildad el saludo con que diariamente te sale al encuentro; pero no te creas que con eso le haces algún regalo! Podrás hacer por Dios todo lo que quieras; sólo responderás al saludo con que Él se ha anticipado á saludarte.

XIX. Botiquín casero contra el malestar en cuestiones de fe.—1. La incredulidad se parapeta tras la escasez de nuestro conocimiento de la naturaleza y la seguridad de que nunca llegaremos á descubrir por completo sus misterios. Cuando su sabiduría la abandona, se disculpa siempre con que la verdadera explicación de todas las cosas se halla en ese abismo insondable, que tampoco ella ha logrado investigar todavía.

Lo extraño es que este sistema, que tanto se jacta de su sabiduría, no tenga más defensa que nuestra propia

ignorancia. ¡Qué bien lo demuestra Tegnér cuando dice:

«En vano conjurarán á la sublime verdad con fórmulas obscuras, pues precisamente ésta no soporta las tinieblas, sino que mora siempre en la luz!»

2. Aprende á conocerte á ti mismo, y pronto experimentarás la necesidad de algo mejor; con esto habrás cumplido la condición más importante para acercarte á Dios.

3. Ser recibido en una casa como huésped, recorrerla á su placer, revolver y probarlo todo, apropiarse lo que agrada y destruir lo que no se comprende, y por añadidura burlarse y censurar al dueño y ordenador del conjunto, es una falta de cultura y educación. Pues bien, ¿no somos nosotros huéspedes del mundo, que es la casa de Dios?

4. Beber del manantial, y después escupir en él, es una gran majadería. Así habla el pueblo ordinario, que al fin y al cabo recibe mucho menos del Manantial de todo Bien, que muchos opulentos maldicientes.

5. La filosofía que se inventa cada cual depende del modo de ser del hombre mismo.

6. ¿Qué calificación merecen, y cómo deben juzgarse, esos hombres cuyo ideal se funda en un barco sin timón, en un carruaje sin auriga, en un ejército sin jefe? En la vida corriente, suele llamárseles aturdidos; en la oficina ó el negocio, revuélvelo todo; en la política, anarquistas, y en religión, ateos. De los hombres sin seso huye uno en cuanto los ve; á los enredadores se les quita el empleo y se les coloca bajo curatela; á los anarquistas se procura hacerlos inofensivos. ¿Y todavía pretenden que reverenciamos á los ateos como héroes del espíritu y bienhechores de la humanidad?

7. Los corazones enfermos y los estómagos llenos no gustan de elevarse á las alturas.

8. El que tiene la sangre podrida, no oye nada á causa del zumbido de sus oídos, y todo le parece negro ante sus ojos en cuanto penetra en ambiente más puro y elevado.

9. Las palpitaciones del corazón producen vahídos; por eso se desvanecen algunos en cuanto oyen hablar de Dios y la eternidad.

10. Al que le palpita el corazón y le zumba la cabeza, vuélvenle loco las campanas de la iglesia. En cambio, un corazón tranquilo se alegra; una cabeza libre se yergue; el que trabaja con gusto salta del lecho; el que á Dios busca corre hacia la iglesia en cuanto oye sonar la campana.

11. Los bobos de antaño aseguraban que su humo daba más luz que la llama de otras partes; y los de hogaño afirman con no menos presunción que su velita de sebo sustituye ventajosamente al antiguo Dios con todos sus soles. Sólo cuando en una catástrofe minera ó en un incendio de teatro se inutilizan las lámparas de seguridad y las luces eléctricas, conceden pasajeramente que el sol y el que lo creó pueden servir para algo.

12. El mejor médico es aquel á quien acuden los hombres cuando con su propia sabiduría han logrado hacer incurables sus males. Por eso no hay médico que supere á nuestro Dios.

XX. Medicina popular para los burlones y escépticos.—1. Se adula á la madre y se mira con el rabillo del ojo á la hija; se alaba el libre pensamiento y se piensa en la vida libre.

2. Cuanto más noble es el hombre, menos puede defenderse de la sátira grosera: esto explica la causa de que la religión se halle tan indefensa.

3. La puerta de la burla siempre está abierta para todos; pero allí donde las puertas están de par en par abiertas no puede haber mucha limpieza interior.

4. Hay quien se burla con atrevimiento y agudeza, y, sin embargo, da pruebas de escaso ingenio y poca sal.

5. El servir á la verdad no es esclavitud.

6. El que siembra zizaña en su campo es un loco si se lisonjea de recoger buena cosecha.

7. La zizaña crece antes y tiene vida más larga que el trigo.

8. Afirmar, no es probar, pero tampoco prueba el que niega.

9. El decir que *no*, es la sabiduría más barata.

10. Un necio puede arrojar fácilmente una piedra al pozo, y siete discretos no lograrán sacarla; por lo menos, esto afirma el proverbio.

11. Conócese á los niños por sus preguntas; preguntan por preguntar, y sin escuchar la respuesta.

12. Tal pregunta, tal contestación.

13. Haciendo preguntas, se ilustra uno, con tal que se pregunte discretamente; pero el saber preguntar es un arte que entienden muy pocos.

14. Si la verdad fuese un arroyo, todos los hombres padecerían de hidrofobia.

15. La verdad no halló asilo; por eso hubo de nacer Jesús en un establo.

CAPÍTULO III

La verdad

1. **Ciencia y arte; verdad y sabiduría.**—1. La ciencia es una esclava que se compra y se vende y tiene que pasar por todo lo que disponga su despótico señor. No en balde es tan temida y esquivada la verdad; soberana y señora, que no permite bromas, que ni se vende ni consiente que nadie la venda, exige una sumisión completa y sin reservas.

2. La ciencia y la verdad están tan distanciadas una de otra como el profetizar y el decir verdad.

3. Los hombres de ciencia exigen que cambiemos la verdad probada por sus afirmaciones variables á cada momento. ¡Si al menos quisieran decirnos en qué punto están acordes!... Mientras no lo sepamos, no podemos establecer la igualdad entre la ciencia y la verdad.

4. Ocurre á muchos eruditos lo que al buen padre Noé, que confundiendo el fin con los medios, bebió con exceso del vino fortalecedor, y perdió todo su vigor. Mientras el pobre sabio se enreda en las mallas de sus anotaciones y cálculos, y patalea impotente, se le escapa la verdad, sin que haya llegado siquiera á vislumbrarla á su sabor.

5. Se puede respetar la ciencia sin entusiasmarse con la expresión *Epoca de la ciencia*. Más orgullosa podía mostrarse nuestra generación si alguien se atreviera á afirmar que vivimos en la época de la verdad.

6. Si se preguntase al que presume de su saber lo que es la ciencia, contestaría, con desprecio, que á un hombre ignorante hasta ese punto sería imposible hacérselo comprender. ¡Extraña cosa, en verdad, es la ciencia que

puede uno imaginarse sin poder explicarla á los demás! Toda especialidad científica seria merece respeto, pero la *ciencia en general como tal* tiene algo de fantasma, y hay que creer sencillamente en ella porque no es posible comprenderla.

7. Si los señores de la ciencia no pueden explicarnos qué es la ciencia, que no se enfaden porque nos la representemos con toda la claridad, sencillez é inocencia que permite nuestra ignorancia. Una obra histórica moderna, «como texto, un girón de niebla sutil colocado encima de una cordillera del primitivo caos»; ¿no es esto la ciencia? Una obra clásica de literatura universal, como la Historia de Bossuet, en la que se halle encerrada una erudición abundantísima, de modo que se lea sin que moleste al lector el material en bruto y el bullicio de la composición, no es ciencia. Es decir que la ciencia nos conduce al solar en construcción en el cual vemos esparcidas vigas, bloques é instrumentos de trabajo, mientras que el arte nos hace gozar de la obra maestra acabada. En otros términos: la ciencia es trabajo material y prestación personal, y el arte es la corona y el complemento de la ciencia.

8. Cuando un joven me dice que quiere dedicarse exclusivamente á la ciencia, me asusto, lo mismo que cuando una muchacha se mete á acróbata ó á bailarina. La infeliz desarrolla únicamente las piernas, y el estudiante solamente la cabeza, es decir, que ambos se convierten en caricaturas. Porque la verdad es que resulta monstruoso un hombre con la cabeza inflada y falto de corazón y de carácter, en una palabra, de educación. Ahora bien, si todo partidario de la ciencia se dejara convencer de que han de marchar á compás la iluminación del espíritu, la purificación del corazón y la fortaleza de la voluntad; de que á cada nueva conquista del espíritu, ha de determinarse más la voluntad á cumplir con su deber, y el corazón á servir á Dios con mayor gusto y perfección; en una palabra, de que en vez de aspirar á la ciencia, ha de anhelar la sabiduría, sólo tendría motivos para felicitarle. La ciencia

sola es una deformación parcial de la cabeza, pero la sabiduría es el desenvolvimiento armónico de todo el hombre. Por eso no leemos en la historia de Jesús que brillase por su ciencia, sino que creció y se desarrolló en sabiduría.

9. Con razón dice Goethe: «En el arte y en la poesía, la personalidad lo es todo.» ¡Ojalá llegue el día en que comprendamos también nosotros que lo mismo ocurre con la ciencia! Porque, desgraciadamente, la ciencia, en castigo á su falta de consideración para con la religión y la vida cristiana, ha perdido todo contacto con el vivir y sentir humanos, llegando hasta el extremo de que considere como perdido para la ciencia al que tiene en cuenta la vida real, y sobre todo, la vida interior. Entonces sabrían los señores sabios por qué la vida pública y activa rehuye su trato; pero esto sería con seguridad obrar atenta y debidamente. Allí donde faltan hombres, nadie piensa en los que ponen todo su orgullo en no hacer caso de los hombres.

10. Respeto merece toda ciencia profesional, siempre y cuando se haga respetable respetando á Dios, el Señor de toda ciencia. (*Reyes*, I, 2, 3).

La mayor veneración merece el arte, cuando comprende que su misión consiste en ordenar, afinar, embellecer y perfeccionar, hasta hacerlo útil al hombre, todo el material amontonado por la ciencia. (Platón, *Rep.*, I, p. 341 d).

Abandonémonos en todo á la verdad, manantial y norma de todo saber, á la verdad, que, con su inseparable compañero el bien, integra la belleza, como el alma y el cuerpo integran el hombre. Si el hombre se entrega por completo á estos tres soberanos, lo verdadero, lo bueno y lo bello, con todo su espíritu y toda su voluntad y todo su corazón y toda su actividad, de modo que en nada se quede corto, habrá realizado la suprema belleza y la suprema perfección á que puede aspirar en esta vida; he aquí la verdadera sabiduría. (Platón, *Leg.*, 3, p. 689 d).

II. Sol de invierno.—Nunca me hace tanta falta el verano como cuando el sol fuerte y chillón, desde lo al-

to de un cielo claro de invierno, me llena de flores los cristales.

Sí, podéis ensalzar la ciencia, que yo también la honro; pero prefiero la verdad; ésta alumbrá y calienta más.

III. Galanteando á la verdad.—Los que, con Lessing, se entregan únicamente á la investigación, pero desdeñan la posesión de una verdad invariable, rebajan la verdad hasta convertirla en instrumento de caprichosos galanteos. Proceden como Semiramis que elegía pasajeraamente un miserable cualquiera y lo quitaba de en medio—como ciertas arañas—á fin de conservar plena y completa libertad á sus pasiones.

IV. Lo que una vez es verdad, lo es siempre.—¿Es por ventura la verdad cuestión de moda que varía todos los años? ¿Es acaso mercancía averiada que hay que pregonar para que se venda?

La verdad es el pan del alma, el aire que alimenta á la inteligencia; y el pan y el aire son hoy lo que han sido siempre; lo que una vez es verdad, es verdad eterna.

V. La más extraña de las libertades.—La más extraña libertad que exige el espíritu de la época, es la llamada *libertad de pensar*. ¿Qué significa esta palabra? ¿Libertad *de* pensar ó libertad *para* pensar?

—Se trata, naturalmente, de la libertad para pensar.

—Está bien; pero ¿libertad de qué? ¿de las leyes del pensamiento? ¿Es cuestión de suprimir también, con la escolástica, la fuerza de la lógica y el rigor de la conclusión?

—Pero ¡qué enredo de palabras! ¿Hay que interpretar siempre las cosas del modo más ridículo? No se piensa en libertar el modo de pensar, sino solamente en que cada cual piense lo que quiera. No nos tenga V. por hombres desprovistos de buen sentido.

—Por Dios, no se enfade V.; pero vamos á cuentas. Por lo visto, no tanto se trata de la libertad para pensar, como de la libertad para el objeto del pensamiento; no para el medio, sino para el fin.

—Perfectamente, ¿y qué tiene V. que objetar á esto?

—Sin embargo, tengo un pequeño escrúpulo. Dígame V.: si dos van por el mismo camino, ¿son libres de llegar por él á diversos destinos?

—Claro que no: el que va por un camino determinado, tiene que llegar al fin á que éste conduce; para evitarlo ó llegar á otro, sólo dispone de dos medios: ó abandonar el camino emprendido ó cambiarle la dirección. Pero si son varios los que siguen la misma ruta, tendrán que llegar por último al mismo destino.

—Perfectamente. Pero ¿qué es pensar, sino seguir el camino que conduce al objeto del pensamiento? Ahora bien, para conseguir este objeto, debo emprender la vía que conduce á él, esto es, tengo que observar las leyes de la lógica. Evidentemente, puedo prescindir de tomar el camino, pero entonces no llego á ningún término. En cambio, si emprendo el camino, tengo forzosamente que llegar al término á que conduce. Si pretendo alcanzar otro fin cualquiera, á mi capricho, he de variar forzosamente la ruta. Del mismo modo, puedo abstenerme por completo de pensar, con lo cual no obtengo resultado alguno. Pero si pienso, he de conformarme con el que ofrecen las leyes de la lógica, suponiendo que sepa pensar debidamente. Si, por lo tanto, quiero alcanzar un resultado según mi libre elección, sólo me será posible á condición de que varíe el pensar mismo, ó sea, las leyes del pensamiento. Ya ve V. que para el objeto del pensar, ó el término del movimiento del pensamiento, sólo hay libertad cuando se emplea la libertad para el pensar mismo, es decir, cuando se varía la lógica ó se le da libertad completa.

—En esta forma no he estudiado yo la cuestión, y dudo que haya un hombre que interprete la expresión *libertad de pensar* de un modo tan radical, ó mejor dicho, tan insensato.

—Entonces siento decirle que se vale V. de palabras cuya significación é importancia desconoce V. por completo. Por lo demás, está V. muy mal enterado si cree que

nadie piensa en la forma que acabo de explicarle. Los llamados modernistas declaran con la mayor suficiencia que hay que romper con toda la lógica antigua como con la mohosa tabla de multiplicar y la petrificada geometría. Así, los nuevos sabios recomiendan la sugestión y el hipnotismo, diciendo que estos oscuros dominios están llamados á introducir una nueva ciencia del pensamiento.

VI. Pensamiento y realidad.—1. El que se halla en un apuro, se contenta con cualquier solución, y no es raro que el hombre, azarado, se meta en un callejón sin salida.

Una escapatoria por el estilo ha hallado el racionalismo espoleado por el terror que le inspira Dios. Así, dicen Kant y sus partidarios: ¿De qué nos servirían las pruebas de la existencia de Dios? En caso favorable, sólo nos obligarían á pensar en Él, con lo cual no quedaría probada su existencia, porque la necesidad de pensar una cosa no implica su realidad.

2. ¿Qué contradicción más extraña! Primero declaran los racionalistas que sólo es valedero lo que la razón enseña como verdadero, y luego llegan al extremo de asegurar que es muy posible que algo sea verdadero y aun necesario, y, sin embargo, no exista. Es decir, que dan lugar á suponer que existe y no existe algo.

3. ¿Cómo llegó Kant á negar, por modo tan insensato, á la razón lo que tan generosamente le había concedido antes? Muy sencillo: siguiendo su procedimiento acostumbrado.

Cada vez que Kant tiene una ocurrencia feliz, la exagera hasta el punto de perder toda noción de la misma. Mucha verdad es que Dios no existe porque estemos obligados á imaginárnoslo, ni deja de existir porque alguien crea poder negar la realidad de su ser. Ciertamente, sería un pobre Dios si su existencia dependiera de nuestro pensamiento. Pero ¿á quién podía ocurrírsele semejante disparate sino á los racionalistas de la extrema izquierda? Entre éstos suele, efectivamente, sostenerse á veces dicha opinión. Recordamos aquí un sabio que hacía depender del pensamiento, no sólo la existencia de Dios, sino la realidad de

todas las cosas. Para él no existía nada *verdadero*, sino en cuanto él lo sabía positiva y personalmente; ni ocurría un suceso en el momento en que se verificaba, sino hasta que él tenía conocimiento del mismo. Que un hombre sensato pudiera estudiar historia y ciencias naturales, le parecía tan incomprensible como al célebre paladín del budismo, al catedrático Rosny, de París, para quien la historia tiene el mismo valor que un chisme de servicio. Él mismo organizaba á su sabor su manera de pensar. Si alguna vez se hallaba en contradicción con la realidad, aseguraba que el error no estaba en él, sino en la naturaleza, á semejanza de Hegel que la despreciaba como «un reino ilógico de acontecimientos imprevistos.»

Esta manera de pensar atribuye al pensamiento una fuerza creadora extraordinaria, y el que insista consecuentemente en ella, acabará por afirmar que el tiempo no es la medida para el reloj, sino que el reloj crea el tiempo, y el calendario el año, y que no sólo el astrónomo con su catalejo produce la revolución de los cometas, sino hasta los astros mismos. El ya citado sabio no sólo aseguraba que el hombre no piensa porque existe, sino que alcanza la existencia solamente al elevarse al pensamiento, llegando á ser así, en cierto modo, su propio creador.

Ante semejantes aberraciones, no deja de tener Kant, el «demoledor universal,» cierta parte de razón. Porque Dios no existe porque pensamos en Él sino que debemos que pensar en Él porque existe. Dios no es un producto de nuestro pensamiento, sino el creador de nuestra fuerza pensadora, y causa y norma de las leyes del pensamiento.

4. ¿Ha de inferirse de esto que el pensar nada diga de la realidad? ¡Cómo si sólo fueran posibles dos extremos: ó crear las cosas por el pensamiento, ó ignorarlas por completo! Nosotros no pensamos bien sino cuando nuestro pensamiento se pone de acuerdo con la realidad.

Cuando, por lo tanto, tenemos que pensar algo y no podemos pensar de otro modo, la cosa existe indudablemente, no porque nosotros la pensemos, sino porque la realidad

nos obliga á pensar así, y no de otro modo, en el caso de que queramos pensar y pensar sensatamente. Por eso mismo es Dios real, porque todas las conclusiones de la razón nos llevan ineludiblemente al pensamiento de su existencia. El que niegue esto, declara el pensar la más inútil y engañosa de todas las actividades humanas.

5. En realidad sólo hay dos caminos lógicos: ó declarar, con Kant, á la razón instrumento de engaño, ó admitir que el verdadero pensamiento enuncia algo sobre la realidad; por consiguiente, algo también sobre la existencia de Dios.

VII. Tres clases de pensadores.—La lucha entre el idealismo y el realismo, empeñada hoy en todos los dominios de la cultura con tanta violencia, que casi ha llegado á proclamar la soberanía absoluta del naturalismo, ó mejor dicho, del materialismo, ardió ya en el siglo XI, con el nombre de lucha entre el nominalismo y el realismo, y aun siglos antes de Jesucristo, siendo entonces tan sangrienta y cruel como la actual. ¿Por qué ha vuelto á ser Lucrecio el filósofo de moda, como en tiempos de la Pompadour, sino porque supo popularizar, tan bien ó mejor que Helvecio y Nietzsche, la doctrina de Epicuro y los atomistas, esa doctrina que enseña que no es el hombre el que piensa y quiere, ni, por lo tanto, es responsable, sino que las imágenes sensibles suscitan en él sus ideas y sentimientos; ó en otros términos, que la materia exterior obra en forma puramente sensitiva é irresistible sobre la materia de su interior?

2. Por lo contrario, parece que se oye á Schelling y á Hegel cuando leemos la manera de filosofar que tenían los sofistas griegos. Según ellos, ni hay una verdad siempre invariable, ni existe una ley moral objetiva, invariable, que obligue á todos por igual. Lo verdadero es para cada individuo aquello que él mismo tiene por verdad; bueno y justo lo que en aquel momento considera como tal; hoy así, mañana de otro modo; para uno esto, para otro aquello. Protágoras llega á hacer del hombre única

medida de las cosas, absolutamente como Schopenhauer. Imitando á Stirner y á los demás románticos, concede al hombre y con especialidad á los llamados genios, completa libertad para poner por obra lo que su fantasía ó su capricho le sugiera como bello ó justo. Gorgias, el nihilista religioso, el anarquista moral, concluye de esto, con Fierbach y Strauss, con K. Vogt y Bebel, que no existe nada fijo, ni nada cierto, nada fuera del hombre, que sujete al hombre: ni Dios, ni religión, ni dogma, ni ley natural, ni orden elevado.

3. Así oscila el mundo entre los idealistas, esos sultanes del pensamiento que creen poder tratar la realidad, la historia, la naturaleza, la moral y la ley como Jerjes al mar, á latigazos; y los naturalistas, los positivistas, los empiristas, en una palabra, todos esos esclavos del pensamiento, á quienes el peso de todo lo que hallan en los antiguos escritos, en la retorta y bajo el microscopio, oprime, de tal modo contra el suelo, que los imposibilita para abarcar con la mirada el mundo en su conjunto, y con el pensamiento el espíritu.

4. ¿No valdría más que el mundo se refugiara al lado de esos maestros del pensamiento, que si ven los árboles, también abarcan el bosque, que toman las cosas tales cuales son, pero conservando el sentido suficiente para deducir, de los hechos de la experiencia y de la percepción, un principio sensato y razonable?

5. Que el mundo haga justicia ó no á esos pensadores, á esos maestros, debe serle igual á un espíritu serio, ya que se pone de su parte porque comprende que no puede hacer cosa mejor que decir con el viejo Mysón: «No debe medirse las cosas por las palabras, sino las palabras por las cosas; porque las palabras y los hechos de los hombres importan poco á la realidad, pero exige que las palabras estén de acuerdo con ella.» Además, el hombre reflexivo piensa como ellos, porque sabe que el mundo no ha rebatido nunca las sabias palabras de Heráclito: «Verdad es que mis preferencias están por lo que veo y oigo, pero

también sé que los ojos y los oídos son testimonios engañosos, y que la erudición no hace ni con mucho sensato al hombre. Por esto no puede ser declarada verdad incondicional lo que así parece al individuo, sino únicamente lo que acepta como verdadero la razón, común á todos y en todos subsistente. Por último, sólo hay una sabiduría segura, que consiste seguir á aquellos espíritus que tienen poder suficiente para penetrar todas las cosas en todos sus detalles, y suficiente modestia para hablar y obrar según la verdad y la justicia, cuya existencia han reconocido por la naturaleza de ellas.»

VIII. Corrección moderna á un clásico antiguo.—

Al dividir Hesiodo los hombres en diferentes clases según el grado de su utilidad en la vida, dice:

«El mejor es sin duda aquel que lleva en su propia conciencia la justicia, y que en todos los pasos que da investiga lo que ha de conducirle á su fin. También es siempre digno de estima el que se guía por un consejo sensato. Pero el que no sabe nada, y no quiere someterse al consejo de otros, es un ser tan vanidoso como inútil.»

¿Por qué no señalará el poeta una cuarta clase de hombres: la que comprende los que no saben nada, y que en vez de dejarse enseñar, roban á los creyentes y sabios la verdad para rebajarlos á su propio nivel? Nos referimos á esos individuos de los que dice un poeta moderno, Ad. Strodtmann:

«Su palabra es veneno, y en puñal se convierte su pluma.»

¿Por ventura considera el poeta á tales ladrones indignos de figurar entre los representantes de la humanidad, ó no existieron en su tiempo? La verdad es que hoy son tan numerosos, que no es posible dejar de hablar de ellos. La antigüedad conoció ya muchos que, como dice el Apóstol, el amor á la verdad no existió en ellos (2 Tes., II, 13). Desgraciadamente, tampoco escasean ahora los que no quieren ofrecer á la verdad hospedaje alguno. Si el poeta escribiera en nuestros días, tendría que añadir:

«Pero el peor de todos es aquel que desfigura de tal

modo la verdad, que, á fuerza de astucia y engaño, logra arrancarla de los espíritus y de los corazones.»

IX. ¿Por qué se abre tan lentamente paso la verdad?—Si existe una verdad; si, como sucede con la doctrina cristiana, ésta es la verdad revelada por Dios, ¿cómo explicarnos que se abra tan lentamente paso mientras que un descubrimiento dudoso arrastra á los espíritus como un huracán?

La contestación ya nos la dió Tácito cuando dijo: «Para encariñarse con la verdad, es preciso contemplarla despacio y desde muy cerca; el engaño y la ficción agradan, porque, á manera de los fuegos de artificio, se deshacen rápidamente en chispas y luces.» (*Ann.*, II, 39).

X. Orfeo antes y ahora.—Aun las almas piadosas y creyentes suelen volverse débiles, cuando ven que la verdad no causa ya impresión alguna. En otro tiempo, recibíanla los pueblos con un entusiasmo tal, que Clemente de Alejandría comparaba á Cristo con Orfeo, que con su lira domaba los leones y daba vida á las piedras. Mas por ventura ¿se han roto hoy todas las cuerdas de la lira de la verdad, ó se ha roto la lira misma, de debilidad senil? No ciertamente; pero casi es un milagro que existe y resuene todavía. En efecto, hace ya mucho tiempo que ocurre con el cristianismo lo que dice el antiguo adagio:

«Al que toca la verdad, en prueba de gratitud, le rompen el violín en la cabeza.»

XI. Sentencias de los siete sabios.—1. No es cosa fácil pensar con exactitud. (Tales).

2. La precipitación y la temeridad siempre son peligrosas, lo mismo en pensamientos, que en palabras y acciones. (Periandro).

3. Si has cometido un error, no te avergüences de enmendar el yerro. (Periandro).

4. No hables nunca por divertirme á ti mismo. (Periandro).

5. Obra y habla solamente de modo que no tengas que arrepentirte. (Periandro).

6. Conócete á ti mismo. (Aquilón).
7. Refrénate á ti mismo. (Sosiades).
8. Témete á ti mismo. (Sosiades).
9. Sé severo con tu propio espíritu. (Sosiades).
10. Debes estar siempre dispuesto á conocer lo mejor. (Tales).
11. De Dios ha de hablarse como conviene hablar de Dios. (Bías).
12. Adorar á Dios es el primero de todos los deberes. (Pitaco).

XII. Doce máximas pitagóricas...—1. El que carece de la verdadera sabiduría, podrá llevar encima todo un arsenal de máscaras y capuchones; pero en cuanto se despoja del disfraz, ¿qué aspecto ofrece?

2. Al infatuado de sí mismo, su propio espíritu le dibuja las líneas de las cosas como mal pintor, falto de simetría.

3. La presunción conduce al hombre de aquí para allá como un mal pastorcillo su rebaño.

4. Hay filósofos que, siendo sobrios, hablan como ebrios.

5. Cuando Sócrates veía un hombre rico falto de ciencia, exclamaba: «Otro esclavo dorado.»

6. Los que desprecian toda verdad, y, en la orgullosa confianza de su saber, todo lo critican, se parecen á los perros recientemente comprados, que no sólo ladran á los extraños, sino á los de la propia casa.

7. Tomar un ciego y un consejero de poca confianza por guía, viene á ser una misma cosa.

8. La lengua que sólo sabe injuriar y criticar, denota un corazón enfermo.

9. La vida del que carece de la verdad es como el sueño de un enfermo, á quien la confusa fantasía presenta únicamente fantasmas engañosas.

10. Mientras no te conozcas á ti mismo, tente por insensato.

11. Ante gente perversa, no es posible hablar de Dios;

pues, ante esta clase de personas, tanto peligro hay en hablar de Él en verdad como en mentira, en frases elevadas como en términos bajos.

12. Dios no tiene en la tierra morada más digna de Él, que la que le ofrece un corazón puro.

CAPÍTULO IV

El espíritu

I. ¿Existe un espíritu?—¿Qué es el alma?—preguntó el médico disecando el cadáver.—Convinceos por vosotros mismos, y abrid bien los ojos.—¿Qué habláis de un Creador?—exclamó burlona la química.—Sé muy bien que el agua procede del vapor: no hay tal Creador!—¿Qué estáis hablando de Dios?—murmuró el filósofo.—Hace mucho tiempo que preno á la razón, y no la he encontrado aún.

La crítica comienza por vaciar la Escritura, como la zorra el huevo, y luego exclama: «Decidme, ¿dónde hay aquí una palabra de verdad?»

Lo mismo hizo el salvaje cuando, para apoderarse del sonido, hizo trozos el violín y sufrió un desengaño.

Hay un espíritu, en efecto; tú mismo puedes apreciar cómo se revela; pero cuando bruscamente quieres apoderarte de él, huye de ti y se aleja.

II. **Moral distinguida.**—El Sr. Conde de X., de sangre archiaristocrática, no tenía más divisa que esta: ¡Siempre distinguido, nada que trascienda á plebe! Por lo cual se quedaba el domingo en casa, sin afeitarse, ó contemplando aburrido y hastiado el *Derby*.

El Sr. Conde había heredado de su padre grandes minas de carbón y el arte de amaestrar perros á palos. Toda su ciencia se reducía á poseer á la perfección el sublime arte de Brillat-Savarín.

Para conversar, era demasiado apático, y sólo se enardecía cuando quería demostrar lo alejado que se sentía del populacho soez. Su espíritu, adormido casi siempre, despertaba tan sólo cuando el Burdeos hacía surgir del mismo algunas míseras burbujillas.

Festejando sus 21 años, hallábase el aristócrata reuniendo con sus amigos, á los que obsequiaba con un banquete y gran derroche de exquisitos vinos, lo que puso á los caballeros animados y alegres por demás. Entonces dijo el conde: «¿Habéis visto lo tonto que hoy viene el correo? Yo nunca leo nada, y menos un libro; leer es cosa muy ordinaria; pero hoy cojo el periódico y veo que declara haber quedado plenamente confirmado el darwinismo. Ahora sí que no creo en él; ahora sí que lo considero ordinario del todo, pues semejante sabiduría populachera sólo puede ocurrírsele á la plebe. El que posee un solo pergamino se ríe de ella y califica la doctrina de Darwin de pura infamia. ¡Comparar al hombre con un mono que no sabe distinguir entre el Burdeos y el Champaña! Si no saboreamos con el alma, ¿con qué se saborea? Yo creo que un darwinista come con el mismo gusto la berza que el espárrago.

Los comensales exclamaron: «¡Conde, el que no sepa apreciar tu bodega no merece tener alma! ¡Viva eternamente tu alma en compañía de la nuestra; Si no fuera por ese viaje inseguro al otro mundo!...»

«Pero ¿estáis locos?—contestó el conde.—Admito la existencia del alma, mas no la inmortalidad. En el más allá piensa sólo aquel á quien espanta la vida, y el esclavo que me trabaja la mina, es decir, toda esa gentuza indecente, que aquí bajo no hace nada que valga la pena; por eso sueña con mostrar en el otro mundo su poder. Nosotros, por nuestro propio valer, nos vemos libres de semejantes fantasmagorías; la gloria que nos espera después de muertos; he ahí nuestra inmortalidad.»

Diciendo esto se durmió el conde. El ayuda de cámara se lo llevó á la cama y dijo á la servidumbre congregada en la cocina, mientras empuñaba el jarro: «A los señores todo les parece fácil. Con la botella en la mano deciden quién es bestia, quién es hombre y quién es inmortal. Tanto mejor si en el otro mundo todo ha de salirles á medida de sus deseos y han de hacer lo que quieran como

en éste. En todo caso, me doy por satisfecho con que nadie me pregunte por los méritos que tiene mi señor para aspirar á la inmortalidad.»

III. **¿Y todavía dices: no hay espíritu?**—1. Seguramente que todo el mundo conoce, ya en ésta ó aquella edición especial, al buen José Sedley, á quien Thackeray describe tan admirablemente en su *Feria de las vanidades*. Este héroe tallado en Hércules, que sólo trata con militares y no puede ver una pistola; esta fina boca de estómago de avestruz; este fanfarrón, ante cuyas amenazas sangrientas tiembla la servidumbre, mientras él huye hasta de una sombra, á semejanza de esas muñequitas melindrosas que salen todos los años á centenares de nuestros colegios, ó como dice Shakespeare: «Mocito aterciopelado con boca de cañón, por la que escupe montañas, truenos, rayos y muertes; y habla con tanta confianza del tigre real, como la colegiala de su perrillo faldero.»

2. Si el espíritu no es más que materia ó la suma de sus fuerzas, este hombre cómico es un enigma. La razón que se alega de que el desarrollo de su cerebro es tan escaso comparado con el desarrollo enorme de su cuerpo no explica nada, porque se entra en un terreno en que, como es sabido, nada es posible deducir. No ha sido demostrada aún la relación entre el cerebro y la fuerza del espíritu. El cerebro del perro y el del castor es mucho menos complicado que el del carnero y el del asno. Gambetta tuvo un cerebro muy pequeño (1314 gramos) y energía para conducir á todo un pueblo. El chino, según acusan muchas medidas tiene un cerebro mucho mayor (1428, 1482, 1518 gr.) que el europeo (1410 gr.). Según Broca, el cráneo del groenlandés (1539 gr.) es el que más se acerca al del parisiense (1558 gr.); pero el de la groenlandesa (1428 gr.) es mucho mayor que el de la parisiense (1337 gr.). Virchow asegura que el cráneo de los griegos antiguos era mucho menor que el de los modernos. De quince sabios célebres, cuyo cerebro midió Bischoff, tres tenían un ta-

maño regular y cuatro un tamaño muy pequeño. El cerebro de Döllinger sólo pesó 1207 gramos, Zernoff halló el de Skobeleff mucho más ligero que el de 40 de sus soldados. El peso del cerebro en proporción al total del del cuerpo, es en el gorrión doble que en el hombre, y en la curruca y el mono americano mucho mayor.

3. El espíritu y el carácter no dependen del cuerpo, sino más bien están con frecuencia en oposición con él. Eso lo demuestran los grandes hombres del mundo, y sobre todo los santos. Jaime Watt, Pascal, Basilio y Gregorio el Magno, fueron hombres cuyo cuerpo apenas tenía las fuerzas suficientes para mantenerse en pie. No parece sino que el Creador ha querido demostrar, de un modo patente y valiéndose de semejantes hombres, el contraste entre su exterior y su interior. Y todavía hay quien dice: «¡No existe el espíritu!» Un Alberto Magno, un Gregorio VII, un Napoleón, he ahí hombres potentes que llenan el mundo con la fuerza de su espíritu y de su voluntad, en tanto que, para su propio cuerpo, sólo quedó un espacio reducidísimo.—¿Y no hay espíritu?

IV. Los santos testifican la fuerza del espíritu.—

Á menudo ofrecen las personas piadosas y justas, y sobre todo los santos, un extraño contraste entre fuerza externa y vida interna. Mientras gozan de buena salud, cumplen con su deber y aun hacen algo más, sin desarrollar ninguna actividad extraordinaria. Pero cuanto más pierden físicamente tanto más incomprensible es la actividad que despliegan y tanto mayor la influencia que ejercen sobre los demás.

«El cuerpo se deshace como cae silenciosa la niebla de la mañana, mientras el alma, como el sol radiante, ilumina las más elevadas cumbres.»

Y cuando por fin caen en la tumba, el mundo se queda como cuando expiró Jesús: diríase que un velo de tinieblas obscurece repentinamente el sol.

He ahí el triunfo del espíritu, patentizado en ellos de un modo tan activo y claro, que no se trata sólo del es-

píritu natural, sino también del espíritu divino con quien obran en armonía; prueba palpable de lo que puede el espíritu humano, aun en medio de la debilidad de la carne, cuando sigue el impulso de la gracia divina. Por eso se realizan en ellos las palabras de la Santa Escritura: «El camino del justo es como esa luz brillante que sigue su camino y aumenta hasta el mediodía.» (*Prov.*, IV, 18).

V. Los negadores del libre albedrío ⁽¹⁾.—Se comprende muy bien que, á la vista de vuestras propias acciones, exclaméis: «¿Podíamos hacer otra cosa? Primeramente la tentación y la astucia de Satanás, luego la fuerza de la débil carne. Dios mismo lo ha dispuesto así, puesto que nos ha dado esta naturaleza.»

A nadie agrada confesar las faltas cometidas, ni al criminal que ha robado, ni á la niña que ha sustraído algunas golosinas. Pero entonces ¿á qué vienen esas protestas de independencia y personalidad, si los mismos autores de los hechos se niegan á reconocer sus actos? Cuando se os escucha antes de obrar, parece que oímos á Ayax; pero una vez cometida la acción, os parecéis á la niña golosa. Sólo hay una cosa que prueba la virilidad: el arte de obrar callando. El niño se muestra siempre jactancioso, rompiendo... y huyendo.

VI. La verdadera razón de la negación del libre albedrío.—Los negadores del libre albedrío alegan todas las razones imaginables para hacer aceptar sus teorías al sentido común, al que tanto repugnan. Unos, como Lutero y Calvino, emplean los supuestos motivos teológicos; otros, como Kant, los filosóficos; otros, como La Mettrie y Moleschott, los brutalmente materialistas; otros, en fin, como Schopenhauer, tratan de desconcertarnos con interjecciones enérgicas, en lugar de convencernos con demostraciones científicas. Pero el motivo verdadero viene á ser ese mismo sentimiento de debilidad que ataca al enfermo perezoso cuando el médico le dice que debe salir del hospital

(1) *Apología*, I, 151 y sigs.; II, 271 y sig. Edición *Herederos de Juan Gili*.

y volver al trabajo. Un solo hombre fué lo bastante leal para confesarlo con franqueza, y, lo que es más extraño, precisamente el más fuerte de todos los llamados espíritus fuertes: Lessing.

VII. El suicidio y el libre albedrío.—1. Suele aducirse el suicidio como prueba de que el hombre no puede ser libre. Nadie, dicen, se destruye á sí mismo por su propia voluntad; lo que demuestra palpablemente que en el hombre obra un poder oculto que le hace violencia.

2. Sin duda que existe, en efecto, tal poder oculto, que obscurece, paraliza y encadena la voluntad hasta llevarla á los horrores del suicidio: el poder del mal. No obstante, el hombre mismo es el que por su propia mano y su propia libertad destruye su vida. Precisamente en esta acción terrible da pruebas de una energía que no manifiesta en ninguna otra circunstancia.

3. Entre todos los instintos naturales, el de la propia conservación es el más fuerte y el más irresistible, por lo mismo que es el más natural. Es imposible de todo punto que la naturaleza se destruya á sí misma; por esto no se observa el suicidio entre los animales. Para calificar de suicidio, como lo hace Daumer, la muerte, que presencié, de un gato, preciso es tener una fantasía *daumeresca*, de la cual, afortunadamente, disponen pocas personas. Allí donde obran únicamente las fuerzas naturales, no hay poder capaz de domeñar el instinto de conservación, esa tendencia que supera á todas las demás, las subyuga y sacrifica.

4. Sólo el hombre goza del triste privilegio de quitarse la vida. Por lo tanto, debe haber en él un poder superior al de la naturaleza sensitiva en su impulso más enérgico; por consiguiente, un poder que no pertenece á su parte sensible: el libre albedrío.

5. No queremos decir con esto que el hombre proceda siempre en esta obra de destrucción con la voluntad perfectamente libre, y que, por lo tanto, se muestre en ella completamente consciente y responsable. La responsabili-

dad de la acción depende de la relación entre la fuerza del conocimiento y la determinación de la voluntad. Cuestión es esta que sólo puede resolverla sin engañarse uno solo: Aquel que penetra en las profundidades del espíritu.

6. Lo único cierto es: que la capacidad del suicidio supone la existencia de un poder superior al fortísimo instinto de conservación, y que este crimen prueba tanto más la preeminencia de la voluntad sobre las potencias sensitivas, cuanto más contrario y destructor se ofrece á la naturaleza.

VIII. Una broma mal entendida.—Para comprender una broma y hacer un empleo adecuado de una ironía, se necesita cierta cultura y libertad de espíritu, que no posee todo el mundo. El Educador de la especie humana, por razones pedagógicas, quiso hacer observar á su discípulo, por medio de una ironía, el abismo en que podría caer en el caso de olvidar su dignidad natural y los deberes que le impone su alma reflexiva é inmortal. Ya el viejo Ennio lo comprendía así cuando exclamaba:

«No hay animal más feo que el mono, ni que más se parezca al hombre.»

El Creador creyó deber tener en cuenta la torpeza humana, por lo cual subrayó vigorosamente su ironía, (como hace el hombre cuando fabrica un espantajo), y creó el gorila. Sin duda que debe decirse actualmente que todavía tuvo del hombre en concepto demasiado elevado, porque éste, tomando en serio la broma, consideró la caricatura que debía aterrarle como padre y hermano suyo, como su maestro y su ideal; y se acercó, lleno de entusiasmo á este horrible ser, y le dió la mano, aun á riesgo de caer en el mismo precipicio de que había de salvarle su deforme aspecto.

IX. Hombre y animal.—Aunque el animal nace débil, adquiere pronto toda la fuerza que le ha destinado su Creador, fuerza que conserva en su juventud y en su vejez.

El espíritu no cesa de progresar, pero adquiere su ma-

durez en cierta época de la vida. Entonces, entre el hombre de antes y el de ahora, media una diferencia tan grande como entre el día la noche. Y aun preguntan los sabios en su ceguera: ¿qué tiene el hombre más que el animal?

¡Insensatos! ¿cómo comprobaríais la existencia del espíritu, si os falta la inteligencia y el sentido de la vista?

X. El abismo entre el hombre y el animal.—El hombre, con su impaciencia en la desgracia y haciéndose esclavo de los placeres sensuales, puede llegar á un grado tal de embrutecimiento del espíritu que se atreva á exclamar: «¡Qué felices son los animales; su suerte es preferible á la del hombre!» Mientras viven, pueden entregarse sin temor á sus instintos, sin que los encadene ley alguna, ni el remordimiento les oprima la conciencia. Ponen por obra lo que les place, y cuando les llega su última hora, se apagan tranquilamente sin temor á lo por venir, pues para ellos, con la vida, se acaba todo. ¡Oh, si fuera yo también una bestia, cuánto más despreocupado viviría; ni habría ley ni temor á responsabilidad alguna para mí, y el más allá me tendría perfectamente sin cuidado!»

¡Terrible aberración del corazón, pero, también, precioso testimonio de la verdad! Precisamente en el momento en que el hombre se rebaja hasta donde le es posible, es cuando comprende mejor la diferencia que hay entre él y el animal. Es un abismo profundo que ni aun la aspiración á la animalidad puede llenar.

XI. La filosofía del arte de vestirse.—1. De creer es que nos entenderíamos perfectamente con el profesor Ferrero si entráramos en discusión con él. De buen grado le concedemos que la moda da mucho que pensar, no sólo á las señoras, sino también á los caballeros, por lo menos á los que ejercen la honrosa profesión de esposos, padres y estéticos. Sin embargo, nos consideramos con derecho á señalar un lugar muy secundario, entre las ramas de la cultura que suelen citarse como testimonio del vigor del espíritu humano, al arte de vestirse y al arte culinario.

2. No obstante, declaramos que el arte de vestirse es

prueba de la existencia y superioridad del espíritu humano. No hay animal que se confeccione su propia vestimenta. El Creador se encarga de que reciban á su debida hora el abrigo de invierno. Si el hombre le despoja de este vestido, ó lleva al animal desprovisto del mismo á un clima más rudo, podrá ocultarse en un lugar abrigado, pero no se le ocurrirá hacerse un vestido con el que pueda desafiar la intemperie y vagar libremente.

Desde el punto de vista del alimento y del vestido, depende el animal de lo que le ofrecen la propia naturaleza y el medio en que vive. Al estornino no se le ocurre proveerse de comestible ó abrigo, como medida de precaución, al emprender su viaje á las comarcas inhospitalarias que visita en la primavera, y la golondrina se moriría de hambre en el granero más repleto faltándole los mosquitos.

El americano Macgowan asegura que ciertos monos de China hacen vino de dos clases, tinto y blanco, que luego conservan en pucheros; pero, por de pronto, colocaremos esta aseveración en el depósito-almacén de americanismos, como también el libro de su paisano Garner sobre la lengua de los monos, á la que supone la primera edición imperfecta del idioma humano. También guardaremos prudente silencio sobre las hormigas agricultoras, de las que habla Mac-Cook, como sobre el cultivo artístico de las setas, que Belt y Möller aseguran haber observado en las hormigas de Nicaragua.

Unicamente el hombre, obligado por la necesidad, hace inventos, pues aguza su inteligencia como la muela el cuchillo. ¡A qué admirables productos artísticos, y á cuántas habilísimas obras de reflexión y arte no le ha impulsado una cadera torcida, una joroba ó una pierna coja! Ahora bien, donde no hay nada que aguzar, todas las muelas resultan inútiles; por eso no hay inundación que enseñe al perro á trepar por los árboles, ni hambre que haga carnívoro al toro. Hasta el loco tiene capacidad intelectual suficiente para preservarse del frío. En cambio, el perro inteligente hace millares de siglos que corre detrás del hom-

bre sin haberse enterado aún de la diferencia que hay entre la ropa de invierno y la de verano; y la astuta zorra no ha comprendido todavía la conveniencia del paraguas, debajo del cual, sin embargo, podría ocultar admirablemente sus travesuras.

3. Por escaso que sea el valor del arte de vestirse, demuestra indudablemente que en el hombre anida una fuerza extraña y superior á la bestia.

XII. El higrómetro, medida del espíritu.—Debajo de mi ventana hay un higrómetro público. En verano, en la temporada de las excursiones, y en invierno, á las horas frías de la mañana, mi higrómetro es objeto de la curiosidad general. Yo suelo perder mucho tiempo contemplando á los concurrentes.

Dirígense los obreros al trabajo, pero antes de entrar en las fábricas y talleres, donde han de asarse en la siempre ardorosa temperatura de los hornos, por lo que debe serles del todo indiferente el frío que haga fuera, se acercan á ver los grados que marca el termómetro. Veo pasar en dirección á la estación del ferrocarril, sofocado bajo el peso de bultos y paquetes, un matrimonio. Con dificultad alcanzarán el tren; la mujer, causa del retraso, domina la curiosidad y pasa de largo, pero el hombre no puede menos de echar una ojeada, para ver qué tiempo señala el barómetro, á pesar de que la esposa impaciente insiste en que no se pare. Almas piadosas que salen de la iglesia, hermanas de la caridad que vuelven de velar á los enfermos, criadas de servicio que, olvidándose del tiempo y de sus obligaciones, se pasan charlando las horas en el mercado, y aun las colegialas que se encaminan al templo de la sabiduría, todos los que no tienen asuntos perentorios, como los chicos de la escuela deseosos de llegar al hielo para patinar, y los siempre sedientos estudiantes, se encaminan al kiosko meteorológico. Sólo el perro, compañero cotidiano del anciano en su paseo matutino, contempla áquel monstruo molesto con descortés indiferencia. Mientras el amo, con toda la parsimonia que le permiten el reuma y

sus ocupaciones, se entrega, frente al aparato, á sus estudios meteorológicos, el animal disciplinado permanece allí, temblando, con el rabo encogido, el lomo encorvado y la pata levantada, animado sólo del deseo de seguir adelante, puesto que moviéndose no se siente tanto el frío como parado.

Al animal le basta saber que hace frío; el hombre quiere saber el grado de frío que hace; el animal sufre la temperatura sin reflexionar; el hombre cree que le basta comer, beber y hablar irreflexivamente, pero quiere helarse reflexivamente.

XIII. Un privilegio honroso desconocido del hombre.—Ved aquí un hombre, ved un animal. ¿Llegáis á comprender la diferencia? El animal se precipita sobre la presa que ve; el hombre sabe abstenerse y ayunar.

XIV. El entendimiento de los animales.—En el huerto veo una clueca; entre los pollitos hay uno enfermo; al parecer no podrá sobrevivir al día. Sus hermanitos siguen á la madre en su continuo movimiento, pero el enfermito se queda rezagado; su debilidad no le permite correr como los otros. La gallina, al principio, hace los posibles para llevárselo, pero al notar que todo es inútil, se aleja con los demás y abandona á su suerte al desgraciado. ¿No comprende el estado del pollito ó carece de sentimiento? De todos modos, vese aquí la diferencia que hay entre el animal y el hombre. La madre humana abandonaría á sus hijos fuertes y robustos para colmar de cuidados al que más necesitado se hallara de ellos.

2. En el momento de escribir lo que antecede, penetra en mi habitación una golondrina. Las ventanas, cuyos cristales están fijados con plomo, son tan vetustas como el edificio que habito, por el cual han pasado muchas generaciones. Aunque los cristales están bien limpios, todas las limpiezas y fregados no consiguen quitarle la ceguera de la vejez que llevan encima. Yo hallo una notable diferencia entre mirar al jardín por la vidriera abierta ó á través de los cristales; pero la golondrina no parece hacer esta

distinción, y en sus ansias de libertad, se arroja continuamente contra los cristales, hasta que tengo por último que levantarme y abrirle la ventana de par en par.

3. El profesor Siegmundo Exner, según una memoria presentada á la Academia de Ciencias de Viena, hizo varios experimentos con palomas mensajeras para demostrar que lograrían hallar el camino del palomar, á pesar de todos los esfuerzos imaginables para desorientarlas. Llevó sus palomas á comarcas que les eran completamente extrañas, cubrióles la cabeza con capuchas negras é hizo llevar continuamente el cesto de las palomas ora hacia adelante, ora hacia atrás, para que los animalitos perdieran hasta el menor recuerdo del trayecto recorrido. No obstante, casi todas llegaron á su destino, y más pronto que las que tenían los ojos descubiertos y conocían el terreno. Por último, trató de perturbarlas por medio del mareo galvánico y aun las echó á volar atontadas con narcóticos; el resultado fué igualmente satisfactorio. De modo que sólo nos queda que hacer la siguiente declaración; ó son las palomas superiores al hombre en vigor intelectual ó el don que poseen es puramente un instinto natural, en el cual no hacen mella alguna las influencias perturbadoras que confundirían el espíritu humano reflexivo y pensador.

4. El Jueves Santo del año de 1888 hube de hacer una expedición con varios compañeros. Pasamos junto á una casa de labranza; la cerca del huerto corría á lo largo del camino que seguíamos. En el terreno blando y arenoso se había abierto el perro de la finca una salida secreta que le permitía hacer ciertas excursiones prohibidas. Su amo descubrió la intriga y tapó el agujero con fuertes palos cruzados. En el momento en que pasábamos nosotros debió proponerse el animal—un perro perdiguero, hermoso y avisado—emplear aquellos momentos de libertad para hacer su habitual expedición. ¡Cómo pintar su sorpresa al encontrarse tapada la salida que con tanta habilidad y paciencia había logrado construir! Daba lástima ver las tentativas que hacía para abrirse paso. Todos nuestros es-

fuerzos para hacerle desistir de su propósito fueron inútiles. Por último, desesperado del todo, echóse delante de la obra de su ingenio, tan cruelmente destruída por la malicia de los hombres, y metiendo el hocico entre el hueco de los palos, trató al menos de gozar de una parte de aquella libertad que se negaba á concederle la dureza de su amo. Cerca del animal, á la escasa distancia de dos metros, habíase hundido el terreno á causa del deshielo que siguió á un invierno muy crudo, produciendo debajo de la cerca una depresión que hubiera permitido escapar á muchos perros con la mayor comodidad posible.

He aquí la tan cacareada inteligencia de los animales. Al oír asegurar á Chamberlain que el negar á los irracionales el entendimiento es un «abismo de brutalidad filosófica,» que produce asombro, no puedo menos de decir que su modo de hablar y su incomprensible audacia producen también asombro.

CAPÍTULO V

El hombre

I. Las lágrimas.—Una mañana cogí una rosa, y al desdoblarse la flor, hallé en su cáliz una lágrima. Aquella perla sobre la hoja aterciopelada me llenó el corazón de dulcísimo dolor y elevó mi espíritu hacia el Dador de todo bien.

En la mañana de la vida, cogió también el Señor con lágrimas la rosa más hermosa, el objeto de sus más tiernos cuidados, el niño, en medio de la miseria. Por eso son tan sagrado tesoro las lágrimas, ornamento de los padres, para que mantengan en ellos la nostalgia de la verdadera patria.

II. Le has colocado muy poco debajo de los ángeles.—En medio de mi cobardía y mi debilidad, me hacen suspirar las luchas que sostengo, y envidio á los ángeles que gozan de la bienaventuranza sin sufrir. Y, sin embargo, los ángeles, cuando en mis combates y pesares me sostienen con su ayuda, sienten profundo respeto por mí; y aun experimentan cierta confusión de que Dios no les haya dado á ellos, sino á mí, esa muestra de su confianza, y tan estrecha semejanza con su Hijo. Si los espíritus angelicos fueran capaces de sentir celos, envidiarían eternamente la suerte feliz de poder fortalecer mi debilidad por medio de la lucha y acrisolar mi imperfección natural con mi propio esfuerzo y mis tribulaciones con la ayuda de Dios, mientras que ellos sólo han sido agraciados con la vista de la magnificencia admirable, con la participación de la vida de Cristo, pero no con la imitación de sus más sublimes obras.

III. Nobleza del hombre.—¿Quién podrá explicar el corazón? Ya es fuego ardoroso, ya hielo. Una vez se eleva hasta el cielo, otra vez gira en torno de sí mismo como un loco. Ya lucha por un mundo, ya juega como un niño irreflexivo, y cuando pierde la victoria, se convierte en torbellino.

¡Oh hombre, en eso conocerás la nobleza de tu sangre! El cuerpo es barro y hielo, el alma fuego soberano; la tierra atrae al cuerpo, el espíritu, aliento de Dios, es consumido por el ardor de la nostalgia hasta que vuelva á Dios.

IV. Del viejo el consejo, del joven la obra.—1. En presencia de un sabio respetable por los años y la experiencia, conviene que el joven hable poco y sólo con gran modestia. Ante la Sabiduría eterna, el anciano de 70 años es sólo una criatura.

¿Cómo hemos, pues, de juzgar á esos hombres que no solamente abren la boca en presencia de Dios, sino que también hablan de su providencia y sabiduría con la mayor irreflexión? ¿quién ha visto mayor impertinencia?

2. ¿De modo—se me contesta—que ante Dios, el hombre sólo tiene derecho á guardar silencio? ¿Es decir que ha de dejarlo todo á Dios y contentarse con el papel exclusivo de fatalista?

No es esto lo que he querido decir. Al hombre le queda siempre su derecho y su especial misión, y aun puede presentarse á todas horas en el consejo de Dios, privilegio del que únicamente gozan los más próximos parientes. Si se le pide su opinión, puede darla libremente, pues Dios, en su bondad, le concede la palabra más veces de lo que merece la pobreza del humano entendimiento. Pero aun cuando no sea consultado su parecer, hállese bastante honrado con que se le permita la entrada en el consejo. Si realmente tiene interés en aprender algo, debería felicitarse de poder tomar parte como oyente en deliberaciones de tanta importancia.

En todo caso, misión suya es ejecutar lo acordado en el

consejo de Dios. Aquí viene de molde el refrán: «el viejo al consejo y el joven á la obra.» No es una pequeñez verse encargado de la realización de lo dispuesto por el Anciano, y me parece que el hombre elevado á tan alta misión no tiene motivo alguno para meterse en lo que Dios se ha reservado exclusivamente para sí.

V. El fin del hombre.—Todas las riquezas no me satisfacen, y con lograrlo todo, no me parece haber ganado nada; por eso es claro como la luz del sol que únicamente Dios constituye mi fin.

VI. Llamamiento y vocación.—La vocación es el cumplimiento de los deberes propios de la situación particular en la cual llama Dios á los hombres á la vida eterna; es el término medio entre la predestinación y la bienaventuranza. La fidelidad á la vocación, con valor y paciencia, es el medio más seguro para salvarse; abandonarla no significa perder la bienaventuranza, pero sí dificulta mucho el camino para conseguirla. No te preocupe tu vocación, pero cuida mucho de perseverar en ella.

VII. La ausencia del fin es imposible.—El pino busca la luz, el agua las profundidades del suelo, las llamas del Vesubio surgen aun cuando hayan estado ocultas muchos años.

Encadenada debe estar el águila para que no se escape veloz como el viento; y tú, mortal, ¿serás el único que pidas al polvo tu descanso?

VIII. Contradicción contenida en la palabra hombre.—Una prueba de que el hombre no es pecador por naturaleza, sino que el pecado se ha convertido en él en segunda naturaleza, consiste en la reflexión que hace el que cae en alguna falta, pues dice: «¿Qué queréis? ¡Soy un hombre!», es decir, un pobre pecador.

IX. ¿Por qué huye el hombre de la verdad sobre sí mismo?—1. Hay un ser sobre el cual el hombre no acaba nunca de ponerse de acuerdo: el hombre mismo, ora lo considere en la vida real, ora en la literatura. Hoy le ensalza hasta las nubes; mañana no halla expresión bastante enér-

gica para dar á conocer el horror y la repugnancia que le inspira. ¡Qué contradicción tan palpable tratándose de un ser que todos debiéramos conocer á la perfección! Sabemos hablar de todo, discutimos las costumbres de los hombres primitivos en el período del gorila, y la situación de la tierra en su estado gaseoso; pero cuando se trata de hablar del hombre real, de nosotros mismos, de nuestro modo de ser, afirmamos que todo ello nos es desconocido. Verdad es que á lo mejor sale un duque de Gothland, enloquecido por sus propios crímenes, que balbucea en Grabbe las terribles palabras:

«El hombre lleva un águila en la cabeza, pero tiene los pies hundidos en el lodo. ¿Quién fué el loco que lo creó? La demencia omnipotente fué su creador.»

2. Esta espantosa blasfemia es indicio de una contestación cierta, para los que deseen hallarla.

El citado duque de Gothland, que fué, según palabras textuales del Tasso,

«La brutalidad en su grado inaccesible, y en crímenes únicamente comparable á sí mismo», es el hombre de que se trata. Poco antes había sido un héroe magnánimo, la gloria de su casa y el orgullo de su pueblo; pero la envidia y la desconfianza le convirtieron en fratricida, y ya en la escala descendente, fué bajando con rapidez vertiginosa hasta ser traidor á su patria, usurpador de la corona y teófobo que saluda al infierno con una maldición horrible, al abrirse para tragarse.

3. ¡Con cuánta amargura y verdad dice por ello Malsburg:

«Lo peor de las pasiones es que consumen en nosotros la humanidad.»

El Todopoderoso, lleno de misericordia, creó al hombre noble y generoso, pero sus propias malas obras devastaron de tal modo su interior, que se apodera de su espíritu la demencia en cuanto se contempla á sí mismo. Por un lado, vese convertido en monstruo, como no suelen serlo ni las fieras, y, por otro, no puede ocultarse que no hay vida

criminal, ni perversidad bastante que puedan borrar en él los rasgos originales de su semejanza con Dios. Es, por lo tanto, muy natural que rehuya conocer la amarga verdad sobre sí mismo.

X. El hombre "término medio".—1. La estadística moral se esfuerza, desde Quételet, en destruir las doctrinas cristianas fundamentales sobre el libre albedrío y la responsabilidad personal, amontonando números y casillas, bajo cuyo peso excesivo suele perder á menudo la perspectiva total y la claridad debida. No contentándose con afirmar que existen ciertas leyes á cuyo influjo se halla sujeto el hombre en la vida moral, como las hay que rigen á los astros en la vida física, trata de sacar, del fárrago de cifras que representan los matrimonios, los nacimientos, los crímenes, los suicidios y las demencias, por el camino de la abstracción, el llamado término medio, que le permita fijar, por modo preciso, las leyes que determinan la voluntad y la actividad humana; es decir, propónese hallar la idea del *hombre medio*; mostrar lo que el hombre hace ordinariamente impulsado por las supuestas tendencias irresistibles y la presión que ejercen sobre él las circunstancias externas.

La ética moderna está tan convencida de la cuestión, que ya no habla de leyes morales, sino de conformidad con las leyes. A ella va unida una tendencia muy generalizada en la historia de la civilización, tendencia que trata de explicar el desenvolvimiento de la sociedad, de la historia y aun de la moral como el resultado de leyes físicas, lo mismo que la emigración de las aves y la formación de las rocas de coral. Esta tendencia lleva el nombre de *sistema social de la moral*, y tiene por fiel escudero la llamada sociología, y especialmente la psicología social, ciencia recién inventada. (Véase cap. 23, VIII.)

2. No cabe duda alguna en que la sociedad tiene su actividad y su moralidad propias, que en modo alguno coinciden con la moralidad privada del individuo; de modo que, no solamente éste, como tal individuo, sino el Estado, la humanidad entera, es responsable ante Dios. So-

bre este punto insistiremos más adelante. (Cap. 23, VIII.)

Sabido es que el hombre vive en relaciones de dependencia y sujeción con la sociedad y las personas que le rodean, y que frente á ellas no es, ni con mucho, tan autócrata como afirman, tanto el absolutismo racional de Kant y Fichte, como el liberalismo, y sobre todo las doctrinas de Nietzsche sobre el superhombre y la moral soberana.

3. En este punto sólo debemos gratitud á la ciencia moderna por los esfuerzos que hace en favor del restablecimiento de las ideas de moral pública, posición moral, y conexión del hombre con la comunidad.

De hecho, la antropología debe ser sociológica, y así lo es realmente la antropología cristiana. Ésta no presenta al hombre como individuo aislado, sino como miembro de un organismo estrechamente unido á su destino. En esto se basa el dogma del pecado original, el cual no quiere decir que todos los individuos hayan pecado personalmente antes de nacer, sino que todo el género humano hízose pecador, como conjunto, por medio de nuestros primeros padres, y que todos tenemos participación individual en este pecado, porque por nuestro origen formamos parte del todo. (Cap. 23, VIII.)

También la doctrina cristiana sobre la misión del hombre es altamente sociológica. Según ella, el hombre, por su naturaleza, no ha sido creado exclusivamente para sí mismo, sino que, en virtud de sus cualidades intelectuales y físicas, depende de la comunidad, á la que está obligado á servir con su persona y con su hacienda.

La moral cristiana ostenta también carácter sociológico. La ética del librepensamiento fundó, en armonía con su individualismo estrecho y miope, todos los derechos y deberes del hombre, en la consideración exclusiva de lo que pueda convenir y perjudicar á su persona. Tal parcialidad y exclusivismo está muy lejos del sentido cristiano, por más que se le eche en cara que impulsa á los hombres á una piedad egoísta y estéril y que nada útil hace en pro de la comunidad.

El que tal dice no tiene ni la más remota noción de que aun las virtudes privadas, según las miras cristianas, realizan una misión social, es decir, que son ejercidas para el bien de la comunidad. Los santos, no sólo cumplieron fielmente sus respectivos deberes sociales, sino que lo que ahorran con sus abstinencias y ayunos lo empleaban en limosnas y aun entregaban su propio cuerpo como rescate. El Cristianismo impone al religioso el deber de preferir el bien común al bien propio, pero ordena á todos los hombres, que aspiren á este ideal, y les hace ver que no cumple con su fin el que sólo piensa en sí mismo y no quiere servir á la comunidad. Este espíritu cristiano animaba también al poeta cuando decía:

«El que sólo para sí trabaja, es un miserable; el que se sacrifica por los demás, se protege á sí mismo.»

4. Esto difiere mucho de esa moderna tendencia que quisiera suprimir al individuo en aras de la sociedad humana. La influencia de la opinión y de la moral públicas, la fuerza del ejemplo, y especialmente del ejemplo público; en una palabra, todo lo que ahora se denomina sugestión é hipnotismo de las masas, era conocido hace tiempo, y ha sido defendido por toda psicología y moral sanas. Dante se expresa respecto á este punto con tanta sencillez como ingenio cuando dice:

«Así como al salir el sol abandonan el redil las ovejas, de una en una ó de dos en dos, rastreando el suelo, como inquietas y miedosas, y lo que una hace, lo hacen todas, así obra y habla el hombre lo que sabe por los demás.»

Aceptando lo que sin exageración puede aceptarse de esta materia, diremos que el hombre es siempre y constantemente lo que él mismo se ha hecho. Claro está que la suerte externa del hombre depende de las circunstancias de su vida; sin embargo, es muy verdadero el adagio: «Cada cual es autor de su propia suerte.» También convenimos en que las ideas generales de una época y el vaivén de la moral y de las costumbres públicas no pasan por uno sin dejar huella, lo cual viene á confirmar el dicho

de que todos los hombres son hijos de su tiempo. No obstante, insistimos en que cada individuo es autor de su propio carácter y en que su destino eterno es consecuencia inmediata de sus propias obras.

5. De aquí se infiere que no existe realmente el hombre como término que sirva de medida normal ó de noción de la especie, como se empeñan en hallarlo la estadística moral por el camino de la deducción y la síntesis, y Herberto Spencer por la análisis y la evolución inductiva. Si es inútil buscar una ardilla ideal ó una hoja de higuera normal, menos éxito tendrá el intento de producir, á fuerza de cifras y caracteres distintivos, un hombre considerado como término medio, que sea, según Quételet, el prototipo de la belleza y de la bondad. Para conseguir tan extraño producto, habría que destilarlo hasta convertirlo en *homúnculo*, es decir, despojarle de todo su carácter distintivo y personal: el residuo que quedara sería el hombre ideal.

Con lo cual queda dicho que este hombre ideal sólo podría ser inventado como una cosa abstracta, pues en cuanto entrara en la vida, como individuo, volvería á discrepar de la imagen primitiva por su conducta peculiar.

El hombre no puede ser una vana noción de la especie, sino que forzosamente ha de ser un ser individual, libre; de aquí el gran error de la pedagogía y de la política modernas al querer cortar á todos los hombres por el mismo patrón.

6. La cuestión de si es posible llegar, por medio de la observación psicológica, á formar ese hombre medio, ó sea, un hombre tal cual vive y se mueve en la realidad, difiere mucho de la anterior y ha de contestarse afirmativamente. Sólo debo advertir que tal término medio real y verdadero será todo menos un ideal de belleza y de bondad.

«El hombre medio—dice el estadístico, no el moralista, Max Haushofer—es ante todo un término medio de bien y de mal, un fantasma formado por vía de adición, que encierra en sí todas las debilidades y pasiones, pero tam-

bién todas las virtudes del género humano. De cada infamia y de cada acción noble y generosa toca una pequeña participación á la conciencia del hombre medio. Lo propio ocurre con las cualidades intelectuales: es una mezcla de necesidad y sentido común, de cultura y bestialidad.»

Palabras textuales del citado sabio confirmadas por todos los ascetas.

7. Concedemos, pues, á la historia de la civilización y á la estadística, que el hombre, según aparece por lo regular en el mundo, debe una buena parte de sus cualidades, y especialmente de sus defectos, á sus relaciones con la humanidad que le rodea.

Esta teoría concuerda perfectamente con la doctrina cristiana de la solidaridad. Precisamente los esfuerzos de la ciencia moderna para explicar las cualidades personales exclusivamente por el estado y el modo de ver de la sociedad, nos demuestran la verdad innegable, contenida en los dogmas cristianos, sobre la unidad de toda la especie y la influencia del estado de la generalidad sobre la situación moral de los individuos aislados, es decir, que están basadas en el dogma del pecado original y en el de la necesidad de la Iglesia.

8. Si la estadística redujera á sus justos límites la doctrina sobre el hombre medio, y reconociera, á la vez que la influencia de la comunidad sobre el individuo, la libertad personal de éste, y considerara cada una de las obras libres del mismo como concausa de la salud ó enfermedad del conjunto, merecería toda nuestra aprobación.

XI. El juicio del mundo, prueba de su caída.— Entre las muchas y acertadas observaciones de Juan Pablo, merece consignarse la siguiente: «Cuánto más grande es el genio y más hermoso el rostro, tanto más indulgente se muestra el mundo; pero cuanto más grande es la virtud, menos clemente se manifiesta.»

Esta última aserción honra especialmente á la virtud, porque demuestra el respeto que inspira al mundo, respeto tanto más profundo, cuanto más involuntariamente

obligado se cree á limpiar hasta la mancha más insignificante que descubre en el ropaje y en el calzado de la misma.

Pero la cita completa evidencia también el espíritu del mundo, pues para sí mismo prefiere, al bien, el oropel y las apariencias vanas, y, en cambio, exige de la virtud la pureza y el brillo más exquisito de la santidad.

Nueva prueba de la caída de la humanidad, pero también de que, á pesar de su pecado, conserva la más íntima y profunda veneración á la pureza; en una palabra, ello prueba que la humanidad es mala, sin haber logrado despojarse del todo de su bondad ingénita.

XII. La corona real perdida.—La corona real cayó de tu frente, pero vese todavía en ella la roja marca que dejó su peso. Aunque reniegues de tu estirpe y ahogues la chispa divina que te anima, hasta los niños al verte dirán: «¡Ese llevó corona real en otro tiempo!»

XIII. El castillo en ruinas.—Leí una tradición sobre un castillo en ruinas, en torno del cual giraban varios espíritus lanzando gemidos. Ahora comprendo por qué no hallamos descanso nosotros: ¿quién logra resignarse á la pérdida de un castillo?

XIV. En parte bueno, en parte malo.—Todo el mundo quiere haber obrado bien, pero nadie quiere hacer el bien. Todo el mundo quiere obrar el mal, pero nadie quiere haber hecho nada malo.

Esto prueba dos cosas: que en el hombre existe la inclinación al mal, y que el odio al mal y la tendencia al bien no se borran en él nunca.

Suele decirse que tan verdad es juzgar al hombre arbitrariamente y según ideas preconcebidas, como querer hallar los dogmas de la Iglesia en las Sagradas Escrituras.

Prescindimos del último reproche por ahora, para discutir el primero, que es el que aquí nos ocupa exclusivamente, y preguntamos: ¿Por ventura los indecisos y los cobardes son los verdaderos representantes de nuestra especie?

En manera alguna. Tampoco deben serlo esos hombres que se jactan de su perversidad, como lo hacía aquel monstruo, Werner de Urslingen, que llevaba continuamente un escudo de plata en el pecho con la inscripción: «Enemigo de Dios y de toda misericordia.» El hombre honrado se guardará muy bien de imitar á semejante escoria de la humanidad. Por otra parte, poco tenemos también de común con los ángeles.

Es decir, que vuelve á confirmarse la doctrina cristiana de que el hombre es en parte bueno y en parte malo, y que á él mismo toca decidirse por el bien ó por el mal.

XV. La estirpe del pecado.—Engendrado por el orgullo, crióle su madre la mentira; no es de extrañar, pues, que este hijo de la vergüenza, el pecado, engendre á su vez una pollada de embusteros.

Todos faltan como la cosa más natural, y luego dicen: «Tuve la debilidad... me sedujeron... fuí un necio»; pero nunca se les oye exclamar: «Ay de mí, pecador!»

XVI. Orgullo de aristócrata y hambre.—Un noble de elevada alcurnia había llegado á un estado de pobreza rayano en la miseria, en parte, por culpa de sus antepasados y, en parte también por sus propias locuras y excesos. Lo único que de la ruina había logrado salvar era su orgullo de aristócrata, y á él se agarraba con tal obstinación, que llegó á convencerse á sí mismo que debía morir antes que confesar su penuria. No obstante su disimulo, todo el mundo estaba enterado de su situación. Algunos amigos le ofrecieron auxilio, pero lo rechazó diciendo que nada necesitaba. Por último, su situación llegó á oídos del rey, quien le hizo saber que bastaba con que le dijera la cantidad que necesitaba para entregársela inmediatamente, en forma tal que su honor no sufriera menoscabo alguno. Esto acabó de exacerbar al orgulloso noble, quien no sólo se empeñó en negar su miseria con más tesón que nunca, sino que determinó cerrar á todos la puerta de su casa para acabar con las habladurías que tanto le molestaban. Y dicho y hecho. Vendió los muebles que le que-

daban á un ropavejero; se calentaba quemando las puer-
tas interiores y el entarimado, pero en cambio se presen-
taba en público más atildado y compuesto que nunca y
echándoselas de más gastador y exigente cuanto menos
recursos le quedaban.

Consumido todo, murió de inanición, triste y misera-
blemente. Cuando penetraron en su vivienda, halláronlo
en un estado de pobreza y desnudez imposible de descri-
bir.

Imagen fiel del hombre que no quiere humillarse ni an-
te Dios, ni ante los hombres, y prefiere perecer en medio
del abandono general á decir: «¡Soy un pobre pecador!»

XVII. ¡Oh Dios mío, qué es el hombre!—Rugen las
olas, se balancea el barco. ¡Dios mío, qué es el hombre!

Surgen las llamas, zumba el viento Norte. ¡Dios mío,
qué es el hombre!

Tiembla la tierra, crugen las rocas. ¡Dios mío, qué es el
hombre!

Luchan los pueblos, suena el fragor de los combates.
¡Dios mío, qué es el hombre!

Despiértanse las pasiones, hierve la sangre. ¡Dios mío,
qué es el hombre!

Obro mal á sabiendas. ¡Dios mío, qué es el hombre!

XVIII. Pequeño poder y gran desdicha.—Una de las
máximas más saludables que pueden inculcarse en un jo-
ven á su entrada en el mundo, es: conozco la pequeñez de
tu poder; cuida de conservarlo. (*Apocalipsis*, III, 8).

Todo maestro conoce muy bien el escaso bagaje con que
el joven penetra en la vida, á su salida de la escuela, y el
trabajo que le ha costado. Por lo general, sólo merced al
auxilio extraño ha logrado hacerse con él. Pero el joven
entra en el mundo como el hijo pródigo, como si todo el uni-
verso le perteneciera, y tan despabilado como cuando, con
los primeros reales que recibió para el día de su santo,
creyó poder echárselas de espléndido hasta el día del jui-
cio final. Pero el mundo le aventaja en astucia, y así, aun-
que el capital del muchacho fuera cien veces mayor, pron-

to sabría despojar del mismo á tan inexperto novato. Necesita, para acabar con él, cortísimo tiempo, y el joven otro tanto para dar fin á sus escasos recursos, sin haber producido nada, porque

«el que pasa su vida sin mérito y sin honra, sólo deja en el mundo rastros de sí parecidos al humo en el aire y á la espuma en el agua.» (*Dante*).

Pero en cambio, el daño que ha hecho y los perjuicios que ha ocasionado son innumerables. Ha derrochado su patrimonio sin haber realizado con él una sola obra útil ó provechosa; en cambio, ha producido montañas de locura y disparates; no ha hecho feliz un solo corazón, pero ha amargado, manchado y desesperado centenares de corazones; no ha contribuído á nada bueno, bello ó noble, pero ha logrado destruir, no sólo dentro de sí mismo, sino dentro de tantas y tantas almas, la obra maestra de Dios, la que el Señor creó con su poder, rescató con su sangre y embelleció con su amor.

Ved, pues, cuánto desastre puede ocasionar un necio con su escaso poder.

XIX. ¡Oh mortal, acércate y mira!—«¡He dado fin á la obra! Hace mucho tiempo que no me salió otra tan bien y acertada como ésta.»

El pintor invita á los amigos á admirar su obra de arte, cuando he aquí que de repente salta un mono sobre el cuadro y raspa y pinta el lienzo de un modo que da horror.

¡Oh pintor, no te enojas con el animal, pues á Dios das iguales motivos para encolerizarse contigo. Honras como artista la obra de Dios, pero, como hombre, ¡acércate y mira!

XX. Semejanza de los hombres entre sí.—El orgullo de un piel roja por los adornos artísticos de su piel no puede compararse con el de algunos de nuestros estudiantes que

«comen, beben, duermen, y vuelven á beber como si tuvieran por hermana la pereza,» (*Dante*)

á causa del tatuaje antiestético que ostentan y que suelen procurarse en la sala de armas, ó bien, según cuentan malas lenguas, en una barbería.

Al que se atreviera á decirles que por sus venas corre la misma sangre del salvaje, le considerarían como enemigo de su honor y de la ciencia. Á pesar de lo cual, ponen singular empeño, como todo el que pretende ser culto, en rebajar á nuestra civilización, á fuerza de beber y alborotar, al mayor nivel posible con las costumbres de los salvajes.

El *Tomahawk* y la costumbre de escalar se consideraban ya entre nosotros como el mayor honor. Ahora úsase también el tatuaje.

Hay miembros de la aristocracia inglesa que, siguiendo el ejemplo del duque Alberto de Clarence y Avondale, se han hecho imprimir en la piel, por artistas japoneses, todos sus títulos, escudos y armas; probablemente para facilitar su penoso trabajo al mayordomo mayor de la Corte celestial el día de la resurrección de la carne.

El sexo débil sigue con ardor el mismo procedimiento. Las damas americanas, en punto á tatuaje, tratan de competir con las pieles rojas y con nuestros presidiarios. Pero en esto, como en las pretensiones que muestran nuestras europeas en materia de peinados, tienen que quedarse á la cola de las papúas y monbuttús.

Mayor éxito obtienen en el terreno moral. Imposible es que un negro pase el día jugando y danzando con más despreocupación é indiferencia que muchas damas cultas; ni es posible que un salvaje embote más sus sentimientos que algunas de nuestras elegantes, que, porque sus criados tienen la sangre roja, creen que la suya ha de ser por lo menos azul ó de color de oro, sin que por ello dejen de ofrecer diariamente la prueba de que, entre ellas y la llamada clase baja, hay muy poca diferencia.

En dos cosas, al menos, se asemejan todos los hombres: en el arte de satisfacer su inclinación al mal y en su aspiración á presentarse ante el mundo mejores de lo que son y á ocultar cuidadosamente su fealdad interna.

XXI. La avaricia, un recuerdo del paraíso perdido.

—Con amargura contemplo al avariento revolver sus montones de oro: ¿no viene á ser como si amontonara polvo del paraíso perdido?

En la misma forma revuelve el pobre las ruinas, una vez apagado el incendio, de su cabaña. Así también, el rey, deshecha su corona, busca piedras, arena y grava.

XXII. La inclemencia de la naturaleza.—La profundidad de la malicia que hay en la naturaleza humana, queda demostrada con la dureza del estudiante para con sus profesores y superiores. Para él no existen consideraciones, y con tal de proporcionarles un disgusto, no escatima molestias ni fatigas.

Pero ¿já qué hablar de los estudiantes? Aun el varón hecho y derecho se revuelve airado contra las autoridades, y parece complacerse por modo extraño cuando ve á sus jefes censurados ó en apuro. Si ocurre algún desorden, ellos tienen la culpa; si quieren introducir alguna mejora, todos se complacen en ponerles inconvenientes. Si por casualidad aciertan en algo, se les suponen los móviles más bajos; si, por el contrario, fracasan, ya pueden contar con que todos se alegrarán de su desgracia. La censura y la crítica pesan constantemente sobre ellos, lo mismo si obran bien que si obran mal.

Sólo cuando las amargas experiencias personales nos inspiran sentimientos más blandos y simpatía por los que sufren, esa simpatía que en los budistas degenera en compasión por los animales, nos compadecemos de las humillaciones ajenas, y aun casi siempre por amor propio.

XXIII. Grandeza caída ⁽¹⁾.—Dice un espíritu fuerte: «El ciego instinto es el que fija al animal la medida y el tiempo; pero el hombre es su propio dueño, y está siempre dispuesto al placer y á la buena mesa.»

Sólo una grandeza caída puede emplear este lenguaje. El peor de los beodos es el que ha perdido, por su

(1) *Apología*, II, 391 y sigs. Edición *Herederos de Juan Gili*

culpa, una posición en otro tiempo próspera é inmerecida.

XXIV. Carrera de la vida.—Personas hay cuyos trabajos y penalidades sólo merecen que se pronuncie sobre ellas este juicio: «Pertenece al número de los que han recibido la vida en vano, ó se la han jugado.»

XXV. Nuestras faltas no son hongos, sino erupciones.—Entre las ilusiones más funestas debemos contar las quejas sobre la humanidad, á cuyas faltas achacamos las nuestras, y la esperanza de que nos enmendaríamos inmediatamente, si nos viéramos libres de las circunstancias molestas que nos rodean. Pero nuestras faltas no son como las miasmas que nos inficionan desde fuera, ni tampoco surgen espontáneamente como los hongos, sino que brotan de dentro como una enfermedad producida por sangre corrompida. Por eso las llevamos encima, en unión de nuestras quejas y nuestro malestar, á todas partes donde vamos, yapestamos con ellas los lugares que elegimos por residencia.

XXVI. Trasmisión de la culpa.—Por una vez que pecó Adán, ¿eternamente han de penar sus hijos? ¿Ha de transmitirse así la culpa? Eso que lo crea quienquiera. Sin embargo, conocéis la frase: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» Los padres pronunciaron la maldición, y los hijos la soportan aún.

XXVII. La corrupción hereditaria.—1. Hay dos cosas indiscutibles: Primera, que todos tenemos que olvidar más que aprender. Al que no le parezca así, que se presente, que nos apresuraremos todos á venerarle como un santo de carne y hueso, ahora que el mundo está, según dicen, hartó necesitado de santos nuevos. Pero no hay cuidado que nadie se atreva á presentarse, pues es un hecho probado que necesitamos emplear más tiempo y trabajo en deshacernos de las malas inclinaciones de nuestra naturaleza que en adquirir ciencia y buenas costumbres. La mayoría de las veces se da por terminada nuestra educación antes que se nos haya ocurrido siquiera libertarnos de nuestra perniciosa herencia; y con frecuencia ocurre

también que hemos acabado la carrera, y alcanzado un puesto oficial, y la fama de hombres completos, de sabios y jefes de escuela, y, sin embargo, no hemos pasado aún de los rudimentos del arte de olvidar, si es que alguna vez emprendimos formalmente tan difícil empresa.

2. El estancamiento sobre este punto es tanto más extraño cuanto no podemos ocultarnos la amarga verdad contenida en estas palabras que tan severo juicio encierran para nosotros: «El no haber olvidado nada es tan vergonzoso como el no haber aprendido nada.» En efecto, se puede ser culto sin saber gran cosa, y hay muchos hombres que pasan por cultísimos siendo su ciencia muy escasa. Mas nadie llevará con justicia el nombre de hombre culto mientras no se haya despojado en parte de la piel de culebra con que vino al mundo.

3. De lo cual se infieren tres cosas: La primera es que nadie penetra en la vida en forma de *tabula rasa*, es decir, bueno y puro. La segunda es que entre las cosas escritas en la pizarra de nuestro corazón—y conste que no hablamos del espíritu,—ó mejor dicho, entre todo lo que brota y crece en lo más hondo de nuestras entrañas, hay mucho malo; no tratamos de averiguar si el mal está en mayor proporción que el bien; nos basta saber que hay gran cantidad del primero. La tercera es, por consiguiente, la sentencia un iversalmente experimentada, aunque no siempre confesada, á saber, que la verdadera formación del corazón exige el olvido, la purificación.

¿No es este el sentido exacto del dogma cristiano sobre la corrupción hereditaria?

XXVIII. El silencio elocuente.—El mundo, que es capaz de todo, menos de guardar silencio, sólo se confía al que sabe callar. Vive como le parece, pero no gusta de descubrir las interioridades de su vida al primer advenedizo, y considera al que sabe callar como un verdadero hombre. Pero entonces ¿cómo es que el mundo está tan mal con Dios, el gran Silencioso? Porque si bien el Señor calla, no por eso está muda la voz interior que dice con

toda claridad como testigo y aviso: «El Señor que calla es el mismo que habla por medio de la conciencia.»

XXIX. La falsa conciencia.—Muchos hombres son como el elefante, que digiere masas enormes de groseros alimentos, y tiembla ante un ratón.

XXX. La enfermedad más extraña.—Hace poco vi un enfermo que padecía una extraña enfermedad. Parecía sano de la cabeza á los pies, y, sin embargo, se arrastraba penosamente. En ninguna parte hallaba reposo, y la noche y el silencio eran sus enemigos, á pesar de lo cual, en cuanto salía el sol, deseaba para sí la triste suerte de los ciegos.

Cada hoja le parecía un traidor, un testigo cada suspiro del viento, y si le tocaba alguna zarza, creía oír la palabra: «criminal».

En cada hombre cree ver un vengador, pero más terror se causa todavía á sí mismo, de quien desearía huir como de un ladrón.

Si pudiera olvidarse de su propia persona; si no supiera nada de la vida ni del tiempo y no hubiera eternidad, se consideraría felicísimo.

Sus heridas le mortifican horriblemente; pero tanto el médico, como las medicinas, como la confesión de su estado, se le hacen insoportables.

Prefiere darse por perdido y renunciar á consolarse y salvarse, semejante á Caín, que obstinadamente renegó de la bondad de Dios.

Para reconocer esta extraña enfermedad, no necesita médicos ni libros; es la maldición del pecado cuyas llagas le consumen.

XXXI. La mayor miseria.—Reconozco la magnitud de mi miseria en que precisamente noto mi mayor impotencia contra el enemigo que con más facilidad puedo echar por tierra: yo mismo.

XXXII. Eterna vendimia.—No hay nadie tan perfecto, que no tenga siempre algo que corregir en sí mismo. Y en el supuesto de que logre podar todos los brotes perjudiciales, no tardan en brotar de nuevo. De modo que no

«El trabajo de una hora no puede destruir la costumbre de muchos años.»

Podrás hacer los mayores progresos, á pesar de lo cual andarás equivocado si crees que has exterminado de raíz tus defectos. Quiéraslo ó no, lo creas ó no, tu enemigo mora dentro de ti; podrás subyugarlo, pero no destruirlo. Aun el mismo San Pablo dice: «Sé que el bien no mora en mí.» (*Rom.*, VII, 18.) Y no contento con esta afirmación, confiesa que, por el contrario, el mal es el que vive en su interior. «No hago el bien que quiero—dice,—sino el mal que no quiero; eso es lo que hago, y si no yo, el pecado que mora en mí.»

Y ¿osarás elevarte sobre el Apóstol? Pues entonces haz lo que él hizo: no cesó nunca de castigarse y de esclavizar su cuerpo.

XXXIII. Castigo y penitencia.—Cuando Dios emplea el castigo, vuelve á restablecer los derechos de la justicia y de la verdad que el pecador menoscabó vilmente. Y cuando el pecador hace penitencia, se trueca en el justo que reclama el auxilio de Dios para convertirse en asilo de la justicia.

XXXIV. La justicia de Dios y de los hombres.—Hay dos cosas distintas que nadie puede mirar con tranquilidad: la muerte cruel y el tormento eterno.

Hay dos cosas distintas á las que el Señor se vió forzado á dar la existencia, vuelvo á repetirlo: la muerte cruel y los tormentos infernales.

Dios hizo de buen grado la vida, la bendición y la alegría; en el plan divino no entraban en modo alguno, ni el veneno, ni la destrucción, ni el dolor. Contempla, pues, aterrado, ¡oh mortal!, lo que ha creado tu pecado, y reflexiona temblando lo que será el pecado.

XXXV. El hombre y la naturaleza.—¿No he de poder coger una rosa sin que me hieran sus espinas? ¡Ay mortal!, el mundo sería un jardín si no fueras tú su jardinero!

XXXVI. Preguntas enigmáticas sobre el hombre.
—1. ¿Qué cosa es tan necesaria como superflua?

basta que se haga una sola vez la operación, sino que debe repetirse con frecuencia, ó mejor, continuamente, porque, según dice Miguel Ángel:

Mostrar al hombre que no es bueno.

2. ¿Qué cosa hay increíble?

No poder convencer al hombre de su inclinación al mal y de su debilidad.

3. ¿Cuál es la mayor contradicción?

La tendencia del hombre á creerse siempre más de lo que es en realidad, y la creencia de que puede hacer más de lo que le permiten su corrupción ó la debilidad de sus fuerzas.

4. ¿Qué sería un milagro?

Que hubiera un hombre sin *peros*.

5. ¿Qué es lo infamante para nosotros?

El sentimiento de que podríamos hacer mucho más de lo que nos creen capaces, á pesar de todo nuestro orgullo.

6. ¿Qué es nuestra propia condenación?

La seguridad de que lo podríamos todo en Dios y en su gracia.

7. ¿Qué cosa es difícilísima de hallar?

Un hombre que no se enorgullezca más de sus propias locuras, que de todo el bien que Dios haya obrado en él.

8. ¿Qué privilegio es el que no discute criatura alguna al hombre?

La capacidad de convertirse en monstruo.

9. ¿Qué don es el que envidian al hombre todos los seres?

La posibilidad de perfeccionarse.

CAPITULO VI

Los frutos del árbol prohibido

1. El mundo va de mal en peor.—1. No hay contradicción alguna en decir que Dios ha creado el mundo y en aconsejar la huída del mismo, calificándolo de poder perverso. Precisamente porque veneramos al Señor como Creador y Conservador del mundo, condenamos la idolatría con que se adora á éste, y no debemos consentir que sirva de instrumento de rebelión contra Dios, sino que, salvamos lo que tiene de bueno, procurando conservarle su destino natural, ó sea, el servicio de Dios. Al censurar, pues, la maldad del mundo, no combatimos sólo por la honra de Dios, sino también por el verdadero honor del mundo.

2. Todos sabemos perfectamente que pecamos á diario, y que, por lo tanto, no debemos considerarnos mejores que los que viven en el mundo; esto no obstante, tenemos derecho á censurar á los siervos del mundo, y el deber sagrado de renunciar á él. Porque la caída no constituye el mundo, sino la persistencia en la caída. Cuando se habla del mundo, no se entiende por tal los que pecan por debilidad, sino los que ponen su energía en el pecado, los que se jactan de pecar como de un derecho, y los que en pecar hallan gusto y honra.

3. A la pregunta ¿qué es el mundo?, contesta un santo varón del siglo VII, el abad Isaías (*Orat. 21 de poenit.*): «El mundo es la inclinación á seguir el espíritu del mal.» El mundo consiste en seguir lo que es contrario á nuestra verdadera naturaleza y en hundirnos en los bienes sensuales como si pudieran satisfacernos sus placeres. Por eso dice el Apóstol: «No améis al mun-

do porque el mundo está sumergido en el mal.» (*I Juan*, II, 15; V, 19).

4. Sabido es que el Apóstol dice que todo lo que piensa y desea el mundo se reduce á tres cosas: «la concupiscencia de la carne, la de los ojos y la soberbia de la vida.» (*I Juan*, II, 16). No son estas para el mundo palabras muy lisonjeras que diríamos, pero, por desgracia, vienen á ser la clave que explica gran parte de la historia universal, y á ellas asienten, aunque con el corazón dolorido, todos los que conocen al hombre y han contemplado más tiempo y más de cerca el mecanismo del mundo.

La funesta fórmula de encantamiento.—1. Difícil es dar con un hombre tan capaz de informarnos, por propia experiencia, sobre los motivos que conducen al pecado, á la duda y á la incredulidad, como el llamado Heine francés, ó sea, el desgraciado Alfredo de Musset, «el hijo más incrédulo del tiempo más vacío de creencias,» como suele llamarse él mismo, en parte por orgullo, en parte por melancolía y en parte por disculparse á los ojos de Dios.

Entre las diversas causas que enervaron su brillante ingenio é hicieron tan desventurado aquel admirable corazón, cita muy conmovido una que justifica nuestro juicio sobre el poeta, á saber, que desde el principio del mundo pocos hombres habían conocido mejor el modo de ser del pecado y el germen más oculto del desvío hacia Dios, que Alfredo de Musset.

La frase que expresa dicha causa es la clave de las profundidades del mal y de los móviles secretos de la rebelión contra Dios. Esa frase nos explica cómo suele encenderse la yesca de la concupiscencia que tantos desastres ocasiona; esa frase nos muestra el origen de la incredulidad y nos hace comprender cómo puede complacerse el hombre en cosas que repugnan á su naturaleza esencialmente buena. Con semejante cebo cazan sus víctimas los falsos profetas de la libertad, de la glorificación personal y del progreso. Ese condimento es el que presta en-

canto á los productos más abominables de la literatura y del arte, pues quema como la sal arrojada á los ojos, confunde el espíritu y excita el corazón.

¡Cuánta malicia no encierra esa frase que se llama *la curiosidad del mal*!

2. En verdad que el poeta sabía bien lo que se decía cuando escribió: «*La curiosidad del mal* es una enfermedad vergonzosa que nace de todo contacto impuro... Esta curiosidad es un tormento indescriptible con que Dios castiga á los que se niegan á servirle. Sólo que ellos no se dan cuenta, sino que buscan el mal, pelean por él y triunfan cuando lo han hallado. Y ¿por qué? Sólo por la curiosidad del mal. Lo bueno no les satisface y quieren verlo por detrás; sólo la apariencia del mal les divierte, y reniegan de la vida para ser dueños del mal.» Así se expresa el desgraciado poeta.

3. Sí, en efecto, Musset conocía el mundo y el corazón humano; con esta frase: *¿Quién sabe, quién sabe?*, logró iluminar abismos insondables y tenebrosos.

¿Quién sabe, quién sabe? ¿No podéis ser también vosotros como Dios y conocer el bien y el mal? He ahí el grito de guerra de Satanás en su campaña.

¿Quién sabe, quién sabe? Ya hemos salido de la infancia para poder ver ciertas cosas. He aquí el santo y seña con que los hombres se encaminan hacia su propia muerte.

¿Quién sabe, quién sabe? Detrás de todo eso hay un extraño misterio que nos ha tenido engañados hasta ahora. He aquí la fórmula mágica que los impulsa á continuar por el camino del mal hasta que caen en el abismo.

¡Oh fatal curiosidad del mal!

III. El orgullo, causa de la caída.—Cuando el orgullo del corazón sube á la cabeza, empieza por cegar la inteligencia, la vista se oscurece y todo el cuerpo se queda completamente rígido. He aquí por qué los que padecen de semejante enfermedad están tan fácilmente expuestos á quebrarse el cuello y las piernas cuando marchan por tan resbaladizo terreno.

IV. Voluptuosidad y mentira.—Todos los vientos nos impulsan hacia los embusteros. Sin embargo, para hallar las gentes que respiran y personifican la mentira, preciso es hacer rumbo hacia la bahía de la voluptuosidad. El que se embarque para el bosque de Venus, por fuerza ha de fingir, y para el que la voluptuosidad se hizo costumbre, la mentira se tornó en segunda naturaleza.

V. Voluptuosidad y crueldad.—¿Te parece extraño que haya existido un Nerón, que pudiera existir tan cobarde molicie unida á tan sanguinaria crueldad? ¿No puedes enlazar ambas cosas? Pues ¿qué es placer? Un juego criminal de vida y muerte con el empezar á ser. Aquellos á quienes el placer no convierte en asesinos, no han realizado su fin.

VI. Ser malo es peor que hacer el mal.—Suelen decirnos: «Vuestros continuos sermones y vuestra manía de moralizar causan tedio; nos tratáis como si fuéramos criminales, como si nos precipitáramos de pecado en pecado; en resumidas cuentas, ¿qué mal hacemos?

2. Pero ¿quién dice que el mundo hace constantemente el mal y sólo el mal? Hay personas que no hacen mucho mal, pero son malas, lo cual es muchísimo peor. Por ejemplo, he ahí una señora á la que nadie puede reprochar un mal paso; sin embargo, al hablar de ella, todos se encogen de hombros, porque la sociedad en que vive, y su trato ligero y vano, son de tal naturaleza, que el mundo no puede menos de preguntarse si no habrá alguien con valor suficiente para convencerla de la inconveniencia de su conducta y del peligro que corre exponiéndose á dar, como un acróbata, una caída mortal.

Aquel caballero tampoco hace nada malo; pero falta cuando, por consideraciones humanas, se aviene á proteger á personas de procedimientos sospechosos y equívoca conducta, que saben llevarle por donde quieren. He ahí un joven. No anda precisamente por mal camino; sin embargo, todos los suyos están justamente irritados contra él porque, además de no cumplir sus deberes para con Dios

y su alma, descuida por completo el prepararse debidamente para una profesión. En esa forma viven millares de seres, en apariencia intachablemente, y aun respetados en su actividad pública, pero al propio tiempo encerrados en un ambiente saturado de los miasmas de la avaricia, de la ambición, de la concupiscencia y del amor propio; y es indudable que es malsano respirar, sin necesidad, semejante atmósfera envenenada, por cuanto nos expone al peligro de morir á cada momento.

3. Pero también es malo no hacer el bien que podemos y debemos hacer. Al hablar del pecado, sólo se tiene en cuenta las *faltas de acción*, sin caer en la cuenta que todavía son más numerosos los *pecados de omisión*. He aquí por qué todos aquellos que con más ligereza descuidan sus deberes, aquellos que, parecidos á los parásitos, viven á costa de la sociedad humana, ó sea, los miembros más molestos é inútiles de la humanidad, son también los que más confiadamente pasan la vida, porque nadie—dicen con mucha razón—puede reprocharles una mala obra.

4. Por último, también obra mal el que no trata de salir, ó no hace esfuerzo alguno por librarse del estado de mal en que se encuentra; del estado de pereza, de tibieza, de mal humor, de rencor, de complacencia personal, de falsa tranquilidad.

Por eso, todos los que hemos hecho mal alguna vez debemos preguntarnos si, desde entonces, no nos ha ocurrido algo peor. Pues con no volver á cometerlo, no queda el mal remediado; si no lo borra la penitencia, subsiste el pecado, y, lo que aun es peor, se sigue viviendo en él. Ahora bien, cuanto más se prolonga este estado, tanto más aumenta el peligro de que el mal se convierta en segunda naturaleza.

5. Por lo tanto, malo es hacer el mal, pero con frecuencia es peor ser malo. ¿Y quién puede considerarse completamente libre de este reproche?

VII. El juicio sobre el mundo.—1. Se escandalizan algunos de que el cristianismo condene con tanta severidad el espíritu del mundo.

En efecto el juicio que le merece el mundo es severo, y con sobrada razón. Sin embargo, no emplea nunca las expresiones inhumanas y amargas que usa el mundo. Schelling llama á la vida «comedia ó novela insípida;» Feuerbach, «casa de locos y de pillos;» Schopenhauer la denomina «una estafa ó engaño insigne,» «un episodio inútil y perturbador en el reposo continuo de la eterna nada» y Swinburne, en su *Atlanta*, la denomina época «rica en días cuya vista nos hace temblar, y rica en noches que no nos atrevemos á nombrar;» y hasta Mauricio Block afirma que, en toda la historia de la humanidad, de tal modo predomina el mal, que sólo es posible hacer una estadística de las acciones inmorales, pero no de las buenas.

2. Y, en efecto, así pudiera creerse al revisar lo que la pluma ha considerado digno de ser anotado de los tiempos antiguos y modernos. Las páginas que hablan de nobles hechos se leen muy pronto, pero las que tratan de los crímenes y locuras de los hombres parecen interminables. Se avergüenza uno de llamarse hombre cuando lee historias de la civilización como las de Wachsmuth, Kolb, Lippert y otros. Tan escaso es lo bueno que pueden decir de la humanidad, que toda la cultura se reduce para ellos á crímenes é infamias.

También la bella literatura se mueve en la misma impura esfera, pues se nutre casi exclusivamente de las debilidades de los hombres. Desde que existió la poesía, fueron los defectos del mundo abundante motivo para la sátira, la comedia y toda especie de sermones morales, lo mismo en la India, en Grecia y en Roma, que en la corte de Luis XIV, cuyas principales glorias literarias, Molière, La Rochefoucauld, La Bruyère, debieron su fama á la censura despiadada de la vida mundana. Lo propio ocurre en los círculos del moderno pesimismo, donde sólo se sabe describir á la humanidad en la forma en que lo hace Puschkin, como un aquelarre, «en el que las brujas rugen una canción obscena y bailan alrededor de ídolos que ellas mismas se han fabricado.»

3. ¿Cuándo un maestro cristiano ha juzgado al mundo en forma parecida? Mientras que gentes como Séneca no le dejan hueso sano, y sólo predicán la máxima de que el sabio debe tratar de abandonarlo cuanto antes mejor, afirma San Agustín que no debemos confundir el mundo creado por Dios con el corrompido por los hombres, y que hay que soportar este último, procurando mejorar el primero.

En realidad los doctores cristianos antes recomiendan la paciencia con el mundo que la violenta intervención contra las maniobras del mismo. Mas precisamente esto es lo que les reprochan sus adversarios, como cobardía, como secularización y apostasía de sus principios.

4. No, señores; no condenamos el mundo, ni desesperamos de él; le concedemos algo bueno, aunque sólo sea para evitar esta acusación:

«El que no cree en la virtud, es porque no la posee.»

Sin embargo, tampoco podemos nada contra la verdad, la cual nos dice que en el mundo hay mucho, pero mucho malo.

Condenamos el mal, pero compadecemos á los malos, porque, según dijo Gregorio Magno, «si la justicia falsa es amarga, la verdadera es misericordiosa.»

VIII. Los límites naturales.—Ruge el mar, y avanza con estrépito, como un gigante terrible, cuando de pronto se rompen sus olas porque siente el freno del Creador y su voz de mando que le dice: «¡De aquí no se pasa!»

En cambio, la avaricia, la ambición y el afán de dominar no necesitan muros de roca en que estrellarse, pues se deshacen por sí mismas y se rompen en el: «¡Más, más!»

IX. La felicidad del mundo.—1. Dicen que la doctrina cristiana forma caracteres afeminados y tristes, con la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo; y que si se le concediera influjo en la vida pública, acabaría por ahogar el poder y el bienestar de los pueblos. Porque, ¿no equivale, por ventura, á matar toda la alegría de la vida,

toda la energía necesaria á las grandes empresas, el amenazar á los hombres á cada paso con la paralizadora amonestación de la ley de Dios? Además, ¿qué sería de la cultura de los pueblos y de los Estados, si se tratara de introducir en la vida pública las doctrinas del catecismo y de la Biblia sobre la propiedad individual, la sinceridad, la lealtad, la modestia y el culto divino? De este modo—dicen—se podrá gobernar una sala de asilo, pero no una casa y menos un municipio ó un Estado que aspire á la supremacía universal. Sólo los espíritus fuertes, libres de preocupaciones; sólo los corazones independientes y movidos por enérgicas pasiones; sólo las gentes poco escrupulosas en la elección de los medios, son capaces de lograr su propia felicidad y la del mundo.

2. ¿Qué podemos responder á semejantes discursos? Pues lo mismo que dicen estas mismas personas en los momentos graves de la vida.

¡Cuántos hombres no sospechosos de beatería, al colocar llorando sobre el féretro de su hijo la corona de flores, no murmuran entre dientes. «¡Oh, cuánto envidia tu suerte, pues abandonas el mundo antes de conocerlo! ¡Feliz tú, que entras en la paz antes que las pasiones hayan empañado el espejo de tu alma, antes de sentir sus crueles combates! Sólo me resta decir con Baquilides:

«Dichoso el que no ha visto el sol, ese sol que no alumbrá á ningún afortunado.»

Esto es exagerado, pero es la respuesta que da el mundo á la engañadora filosofía sobre la felicidad del mundo, «miseria felicidad para mísero tormento.»

3. Por lo que se refiere á esa política maquiavélica, que ve en la lucha contra los mandamientos divinos la prenda segura de cultura y bienestar públicos, no será necesario demostrar que las palabras de la Escritura han sido siempre confirmadas por la historia, estas palabras que encierran la mejor filosofía de la historia: «Los afanes de los pueblos se reducirán á nada; serán consumidos por las llamas.» (*Jer.*, LI, 58).

Sí, en efecto, «la justicia eleva á las naciones, mas el pecado hace miserables á los pueblos.» (*Prov.*, XIV, 34).

X. Voluntad propia y voluntad divina.—Cuantas veces queremos conseguir por fuerza lo que Dios nos niega por amor, tan pronto como empezamos á realizarlo, sufrimos un desengaño y un pesar.

La voluntad propia se quebranta á fuerza de girar en torno de sí misma, y si, por fin, se para la rueda, gime porque desea ponerse de nuevo en marcha.

No es posible castigar á un niño más severamente que haciendo su voluntad. ¡Cómo debe dormir en paz todo el que reposa en la voluntad de Dios!

XI. La miseria del mundano.—Da compasión ver cómo los hombres se agarran á ese mundo que desprecian en el fondo de su corazón; cómo se rebajan á sí mismos por alcanzar su favor, no obstante maltratarlos en la misma proporción en que se humillan ante él; cómo se quejan de su amargura, y, sin embargo, corren tras de él, como los chicos en busca de un terrón de azúcar; cómo se dejan explotar por él con vanas promesas, hasta que el mundo los arroja como fruta exprimida. Y bien, todo eso les ocurre solamente porque no tienen valor bastante para volver como el hijo pródigo á los brazos de su padre diciendo sinceramente: «¡Me he engañado; he pecado!»

XII. La recompensa del mundo.—Un poeta inglés, contemporáneo de Shakespeare, Roberto Greene, de quien el gran dramaturgo tomó, como se ha probado, muchas cosas, llevaba la vida de tantos hombres á quienes Dios ha concedido dones extraordinarios.

«Primero fué seducido y luego sedujo». (*Bodmer*).

Al cabo de poco tiempo estaba perdido de cuerpo y alma. Después de la última orgía, en la que acabó de echar el resto, cayó gravemente enfermo. Sus amigos, escritores jóvenes y de talento en su mayoría, entre ellos el ateo Marlowe, le abandonaron á su suerte y buscaron nuevos excesos en que derrochar la vida. Sólo un pobre y piadoso zapatero recogió y cuidó al calavera repudiado

por el mundo, cuando ya no pudo divertirle con su ingenio. El artesano y su excelente esposa, no sólo atendieron esmeradamente al cuidado de su cuerpo, sino que le hicieron aún mayor servicio logrando que renaciera en él la fe y el espíritu de penitencia.

2. Rodeado de tan buena compañía, escribió entonces el poeta, «con el corazón vibrando de arrepentimiento», (*Platón*) su última obra titulada: *Un céntimo de broma por un millón de pesares*. A punto ya de morir, dirigióse á sus tres amigos predilectos, compañeros favoritos de desórdenes, diciéndoles: «No necesito describiros mi desgracia, pues bien la conocéis, pero perdonad si os pido encarecidamente que toméis de mi situación un ejemplo provechoso. No me imitéis: evitad la blasfemia, la embriaguez y la voluptuosidad; separaos de los calaveras cuya vida ligera os ha hecho apartar de la religión, y cuando traten de seduciros con palabras halagadoras en las que son tan versados, acordaos de que Roberto Greene, á quien tanto adularon, carece hasta de lo necesario. Vuestra vida es un cabito de cera que lleváis en la mano; basta un ligerísimo soplo para acabar con ella. La luz de mi vida oscila débilmente; mi mano está cansada y apenas puede sostenerla. Todo ha acabado para mí; termino por donde debí empezar. He aquí por qué deseo que viváis vosotros mientras yo muero».

En efecto murió pronto, pero valerosamente, arrepentido y enmendado; y para hacer más conmovedora y penetrante, por medio de un hecho significativo, su última amonestación á los amigos, suplicó el poeta á la zapatera que engalanara la mísera tumba en que debían reposar sus restos con una corona de laurel. La pobre mujer satisfizo el deseo del moribundo, á pesar del sacrificio inmenso que le suponía; y los restos de Greene fueron inhumados en el cementerio nuevo de Bedlam. Los gastos de su entierro subieron á unas 8 pesetas, mucho menos de lo que al poeta había costado cualquiera de sus alegres festines.

XIII. La verdad sobre la muerte predicada por el

suicidio.—1. Entre las virtudes principales de un espíritu fuerte, cuéntase, desde tiempo inmemorial, la baladronada del desprecio de la muerte ⁽¹⁾. Pero, en realidad, estos hijos del mundo se cuidan y conservan—sirva de ejemplo Schopenhauer—de un modo tan exagerado, que el hombre sencillo, que confiesa francamente que le da miedo pensar en la muerte, no puede menos de burlarse de ellos. Y es que en este caso, como en todos, se confirma plenamente la sentencia de Schiller:

«Siempre más osado en palabras que en actos».

2. Sin embargo, no pretendemos reprochar aquí, á los estoicos antiguos y modernos, la contradicción entre sus palabras y sus obras; nos contentamos con cogerlos por la palabra.

Así, pues, es ilógico é incomprensible que esa filosofía celebre tanto el suicidio y lo ponga por obra con tanta frecuencia. Evidentemente hay aquí algo que desentona mucho.

Ó la muerte es sencillamente una extinción, un retorno á la nada, en cuyo caso debe calificarse de cobardía el acto del hombre que, cansado de vivir, se desembaraza de la vida, y de bajeza sin igual, el del criminal que evita el castigo merecido, el del deudor insolente, el del comediante silbado, el del hombre, en fin, del que dijo Sófocles que «se arrastra como un muerto por la vida», y que abandona voluntariamente, para evitar el ridículo, el campo de batalla de la vida, como busca su retiro el héroe tras brillantes hechos de armas;

Ó bien, el suicidio es el acto grandioso por excelencia, como se complacen en calificarlo, y entonces el salto voluntario y mortal, que describe Schack en las siguientes palabras: «Salto terrible á un precipicio, frente al cual todos los hombres tiemblan de espanto», es algo terrible, algo tan espantosamente grande, que aun las víctimas y los perseguidores del hombre sin honor, del calavera, del estafador,

(1) *Apología*, II parte, 413 y sigs. Edición *Herederos de Juan Gili*.

contemplan con asombro la sima en que se han precipitado.

3. La verdad es que la muerte es cosa tan seria «porque Dios no la ha hecho». (Sabiduría, I, 13), sino que «es fruto del pecado». (Rom. VI, 23), y porque es la puerta de la eternidad, de aquel más allá en que hemos de dar cuenta de nuestra vida y recibir la recompensa de nuestra conducta aquí bajo.

4. Sólo hay una cosa más terrible que la muerte; el suicidio; y esto por lo mismo que el hombre se presenta violentamente á responder, sin haber sido llamado, de su vida, de una vida que ha cortado y ha convertido en ruinas por modo criminal.

XIV. Cuestión de honra.—1. Á menudo se oye decir que hay circunstancias en que el duelo y el suicidio se convierten en cuestión de honra, por consiguiente, en un deber.

2. Á eso no es fácil contestar, porque tan difícil es ponerse de acuerdo en materia de honor como en materia de gustos.

Una Ninón nos contestará riendo y soltándonos un chiste, si le representamos que con la vida que lleva, á estilo de Epicuro y Leoncio, perjudica su honra; pero en cambio se sentirá profundamente herida en su honor si se le dice que el color de las cintas del sombrero le sienta muy mal al rostro.

Un hidalgo de la Guardia imperial alemana no cree deshonrarse aceptando el convite de un usurero en grande escala, pero no vacila en matar en duelo, con la mayor sangre fría, á su mejor amigo, «detrás de valla y maleza, donde acechan los rufianes, pero no en campo abierto, donde tiemblan los hombres de honor.»

¿Y por qué? Porque atacó su honra calificando de bestia estúpida á su perro de presa.

3. Nosotros los cristianos vinculamos la honra de un hombre en que sepa sobreponerse á los chismes de las ma-

las lenguas, demostrando con ello que las habladurías de las almas bajas no llegan á la altura en que se halla. En el mundo suele tenerse por hombre de honor al que los chismes de un chicuelo imberbe aplanan profundamente, ó soliviantan hasta el punto de coger la pistola y acabar con el chismoso ó consigo mismo.

Nosotros los cristianos honramos á un Zaqueo, porque reparó cuatro veces sus engaños, en vez de dejar al mundo el encargo de pagar sus deudas.

Jesucristo mismo promete al buen ladrón el paraíso en recompensa de su penitencia pública por sus públicas fechorías. El mundo exige en cambio que el capitán de caballería Meyerinck se ahorque en la cárcel, como Judas, después de haber servido de gancho para que usureros y estafadores explotasen y abusasen de sus compañeros de armas.

4. Ciertamente, no es este el camino apropiado para lograr y restaurar el honor, por lo que puede decirse con Ariosto;

«Con esto no se repara la culpa.»

De una moral que justifique semejantes crímenes, y aun los convierta en cuestión de honra, diremos con Shakespeare:

«La sabiduría, que antes recetaba con tanta frialdad un remedio á la pasión, se convierte ahora en frenesí.»

Nadie ha demostrado mejor que Boulanger el falso concepto que del honor tiene el mundo. En efecto, hacía ya mucho tiempo que venía representando el papel de la triste figura con el apodo de «el valiente general». Esto acabó de hacerle la vida insoportable, pues con Herwegh hubo de decirse:

«Mi sombra me persigue como un espía.»

No fué capaz de llevar la carga de su insignificancia, ni se sintió con fuerzas para acometer nuevas locuras; toda la inmensa grandeza que había prometido al mundo y á sí mismo le pareció tan mezquina, que acabó por considerar también como nada lo infinito, lo inconmensurable de la

eternidad, que se abría ante sus ojos. Y al minarse él mismo bajo los pies el terreno firme en que se apoyaba, se hundió en el abismo. Pero desapareció del mundo representando el papel de héroe de mentirijillas, jactancioso y fanfarrón, de toda su vida. Como no pudo hacer nada glorioso, escribió al menos el testamento de su gloria; y después de colocarlo cuidadosamente sobre su mesa de despacho, para que sirviera de documento á sus futuros historiadores, dió el último paso, el único que podía proporcionarle á los ojos de una generación corrompida cierta apariencia de grandeza: en vez de morir por la patria, se pegó un tiro por una ramera; el adúltero cayó sobre el sepulcro de una adúltera.

XV. Psicología del suicidio.—1. En China, el país de los suicidas, suele ocurrir con frecuencia que una mujer, que vive en desacuerdo con su marido, se precipite á un pozo, ó se ahorque, con el propósito de suscitar al compañero de su vida un conflicto con los tribunales.

Verdad es que los hombres suelen vengarse de sus enemigos en la misma forma cobarde y astuta. Y ¿quién sabe si fuera de China no ocurre lo mismo?

2. Por abominable que sea esta conducta, expresa acertadamente la impotencia de los rencores femeninos. Cuanto mayor es la debilidad de uno, tanto más insensata suele ser la forma en que desahoga su furia, tanto más malicioso el placer de poder herir al objeto de su odio, y tanto mayor el rencor porque, en su falta de medios, no puede dañarle cuanto quisiera.

La razón de que la cólera de la mujer sea tan irreconciliable y tan cruel, consiste precisamente en su impotencia, en su pequeñez. La mujer de mal carácter siente un placer extraño en cerrar las puertas con una violencia capaz de hacerlas saltar en astillas, para que todo el mundo sepa lo enfadada que está el ama de la casa; y cuando el esposo y la servidumbre intentan saber el motivo de su disgusto, se encierra en su aposento y no contesta una sola palabra, gozándose tanto más en su mutismo cuanto más apre-

miantes son las súplicas del desgraciado para que se tranquilice y sosiegue. En las afectuosas exhortaciones del esposo sólo ve la prueba de la debilidad de éste, y en su necia obstinación, el testimonio de su propio poder y fuerza, por lo cual no le sería difícil permanecer encerrada aun á riesgo de perecer de hambre. Más aún; bastaría que el desventurado le dijera que se expone á aniquilarse, que está decidido á no moverse de la puerta hasta verla salir, para que determinase permanecer encerrada hasta que la debilidad y la inanición no le permitiesen descorrer el cerrojo, aunque quisiera hacerlo.

3. Tal es exactamente la evolución psicológica del suicida. Por vanidad pueril, y porque no halla otro medio de demostrar á Dios y al mundo que también es él alguna cosa, da, como suele decir el pueblo, á su Creador y Legislador con la puerta en las narices. Si Dios le sigue como á la oveja descarriada, se encierra en la impotencia de su obstinación femenina y goza tanto más en su resistencia cuanto mayor es la dulzura con que Dios habla á su corazón. Finalmente, de tal modo se desarrolla en él el rencor y el endurecimiento, que se ve obligado á arrojar lejos de sí la llave del encierro, para imposibilitar así el que pueda ceder ó rendirse, ó, como él mismo dice, mostrar debilidad. Entonces es cuando se apodera de su espíritu tal rigidez y confusión, que su ruina es segura y casi natural.

El suicida rara vez da este último paso con clara conciencia de su acto. Pero, por lo general—no decimos siempre,—se ha colocado por su propia culpa en una situación en que este acto horrible es para él un resultado inevitable.

XVI. Deserción y resistencia.—Un antiguo lo dijo por terquedad y los modernos siguen repitiéndolo:

«¿Quién se atreverá á censurar que el hombre rompa el yugo de la existencia? El sabio abandona por su propia voluntad el banquete de la vida, en tanto que sacan inmóvil al final del festín al convidado vulgar.»

¿Es decir que para vosotros la vida no es más que una

orgia brutal? Ahora comprendo que no os agrade estar mucho tiempo respirando sus fétidos vapores. En cambio, para nosotros es una lucha decisiva, un campo de siembra y de trabajo; por eso permanecemos en él á pie firme, y sólo cedemos el puesto cuando la muerte lo ordena.

XVII. Tántalo.—1. Difícil es hallar un modo de pensar que más nos haga enrojecer por la dignidad de nuestra especie, que el expresado por Beranger en su poesía: «Mis pecados», la cual empieza con las palabras siguientes

«A los 60 años, descansa en el puerto un rey grave y serio. Todavía este anciano, este esclavo del pecado, siente latir su corazón, joven y ardiente, con el recuerdo de los pasados placeres; por esto te suplico ansiosamente, ¡oh ventura!, que me devuelvas mis pecados!»

A cualquiera se le ocurre que si un anciano de 60 años encontrara estos versos entre los restos de sus poesías juveniles, debería entregarlos inmediatamente al fuego, para evitar que el mundo pudiera algún día echar la vista encima á semejante memorial de locas aberraciones. Pero no sucede así; con siete estrofas más, el jovenzuelo tullido, de cabellos blancos, continúa su empresa de perpetuar su propia deshonra, ofreciendo á la fantasía todas las obras perversas de una juventud disipada. Mas incapaz de seguir gozando como antes, estalla en la vergonzosa súplica:

«Por esto te suplico ansiosamente, ¡oh ventura!, que me devuelvas mis pecados.»

2. Tal es la situación de un alma muerta, que ha bajado al infierno con todos sus pecados; tal es el modo de pensar de un condenado en vida. El viejo pecador se ve abandonado de todos, de sus livianas compañías, á las que hoy causa asco, pero con las que antes sabía hacer tan seductor el vicio; y aun le abandona su último consuelo, su última fuerza: la capacidad de seguir pecando. En cambio, abraza nerviosamente los pies del vicio, que se aleja de él con desprecio; y del propio modo que el loco, en su jaula del manicomio, con el palo por caballo y la cuchara en la amenazadora mano, se cree ser Napoleón en la batalla

capitaneando á su guardia, así también, aquel esqueleto viviente se jacta de lo que avergonzaría y haría ruborizar aun á los mismos galeotes. En su larga vida de sesenta años no halla una sola acción noble de que poder enorgullecerse; por eso se envanece de sus infamias, pues «faltas hay en él como estrellas en el cielo».

El anciano monarca, cuya mano temblorosa no puede sostener ya la espada, cuenta con jactancia muy justificable los enemigos que ha vencido y las batallas que ha ganado. Pero este mísero anciano se siente más orgulloso que un rey, al recordar las copas que vació en los festines de antaño; y el que ahora escasamente puede sorber una sopa; el que difícilmente distingue hoy si sus espejuelos están claros ó turbios, en otros tiempos fué considerado por las sirenas lo bastante hermoso y simple para engancharle en sus redes.

3. Y ahora figurémonos que en el otro mundo sólo hay por un momento un cielo, y que el Dios misericordioso trata de colocar á este poeta entre las filas de los transfigurados, de los que se han acrisolado hasta alcanzar la claridad del sol á fuerza de pureza, de sacrificios, de generosidad, de penitencia, de obras de caridad. ¡Cuál sería el estado de ánimo de este hombre, que confiesa espontáneamente:

«Esta virtud, que sólo debo á la vejez, me aburre. ¡Ay, si tuviera la fuerza y la esbeltez de la juventud, volvería á gozar de los pecados de los jóvenes! Por esto te ruego encarecidamente, ¡oh ventura!, que me devuelvas mis pecados?»

Es indudable que este desgraciado no podría soportar el cielo y preferiría, á tan aburrido lugar, el infierno:

«Lugar eternamente desprovisto de luz, salvaje esposa del aire, que nunca descansa.»

4. Ciertamente, si no existiera el infierno, el pecador empedernido tendría que crearlo.

Y no sólo el infierno, sino también sus tormentos. Aunque Dios no hubiera dispuesto el castigo, un espíritu de esta clase llevaría consigo tormentos suficientes, dolores

eternos. También aquí confirma todo pecador las palabras del gran poeta sueco:

«No soportas el yugo ajeno, sino el tuyo propio, mil veces peor; el esclavo del placer lleva constantemente dentro de sí mismo su propio tirano.»

Halla esto doble confirmación en el condenado en el otro mundo. En efecto, sólo conoce un placer: el goce de una perversa pasión que ya no puede satisfacer; y sólo sufre un dolor: la falta de fuerzas para pecar, fuerzas que, en efecto, han desaparecido.

5. He aquí todo lo que constituye el infierno: el gusano roedor, hambre y sed eternas, la parálisis de la maldad; en una palabra, el tántalo de la antigüedad.

XVIII. El balance del mundano.—Uno de los libros modernos más feos, y que, por lo mismo, no queremos nombrar, para no darle mayor publicidad; uno de esos libros, de los que dijo Francisca de Rímini: «Tentador es el libro y quien lo escribió,» contiene una frase que textual y desgraciadamente puede aplicarse á la mayoría de los mundanos: «En la hora de la muerte nos parecemos todos al bolsista que, al recorrer con la vista el boletín de cotización, se entera de que únicamente lleva en su cartera títulos sin valor alguno.»

CAPÍTULO VII

El mundo

1. Críticos y predicadores sin vocación.—1. Hace años murió un sacerdote muy respetado, buen predicador y sabio distinguido. Sin embargo, debía en parte su reputación á la manera como había sabido asimilarse las obras de otro sabio muerto antes que él separado de la Iglesia.

El buen sacerdote tenía la particularidad de no subir nunca al púlpito sin hablar de penitencia y mortificación. Esto hubiera estado muy bien, pues, desgraciadamente, no se insiste lo bastante sobre arte tan necesario, si no hubiera dado la casualidad ó la desgracia de que el buen predicador fuese de una corpulencia realmente deforme. Tal constitución corporal no tiene nada de vergonzoso ó pecaminoso, pero para nuestro orador era un verdadero tormento y una humillación inmerecida; porque la verdad es que, para un apologista de la penitencia, la obesidad resulta y resultará siempre la propiedad más equívoca y contraproducente. Por lo cual hubiera sido mucho mejor que el excelente orador, que adolecía de la falta de experiencia del mundo, que distingue á todo sabio, hubiera elegido en su celo apostólico otro tema más apropiado para sus sermones. Llegó la cosa al extremo de que hasta los oyentes piadosos movían la cabeza diciendo: «Algún guasón ha debido elegirle el tema de sus sermones para ponerlo en ridículo.»

2. Siempre que leo los juicios despreciativos sobre la virtud y la caridad cristianas, juicios que, desde los tiempos de Spinoza, se han convertido en la salsa imprescindible de

toda obra liberal, ó siempre que oigo los ditirambos con que se enaltecen las famosas cuestaciones benéficas con que terminan por lo general las fiestas masónicas, me acuerdo del citado orador. Con esto no trato de menoscabar en lo más mínimo el honor de las personas de que aquí se trata; posible es que sean mucho más sabias y cuidadosas del bienestar general que los cristianos de todas las épocas, y aun me alegraría en el alma que el día del juicio resultara que han excedido á nuestros santos en pureza, verdadera piedad y perfección oculta; pero sobre una cosa debieran guardar silencio por prudencia; me refiero á la verdadera beneficencia, pues aquí vienen como de molde las palabras de Shakespeare: «Así habla la doncellita de cañones, de tambores y de heridas.»

3. No será yo quien se atreva á ponerles el espejo ante los ojos; en cambio creemos que de un conocedor y pintor del mundo tan admirable como Dickens no podrán suponer que haya alterado la verdad por prejuicios teológicos ó apologeticos; á él cedo la palabra; que él hable, pues, por mí.

Dickens describe con su pluma inimitable la verdad desnuda sobre Sir José Bowley, miembro del Parlamento y fundador de un asilo benéfico con miras electorales. Con la mano puesta en el pecho, habla este venerable filántropo al mísero Trotty Beck—que por sesenta céntimos había pasado el día de San Silvestre á su servicio haciendo recados—sobre la importancia y sublime significación del año nuevo. Con la sana intención de amonestar al mozo, que tiembla de frío y de hambre, le dice lo siguiente: «Todo hombre sensato y sensible debe pensar, al llegar este importante período de la vida, en un deber de conciencia gravísimo, el de arreglar sus asuntos con su banquero. Yo—añade gravemente clavando los ojos en su retrato que tiene enfrente,—yo sentiría verdadera vergüenza si empezara el año nuevo con una cuenta sin saldar ó el más mínimo retraso en mis asuntos. Sin embargo, no es ésto lo más importante, sino que me he propuesto

dar principio al año con una buena obra, esto es, fundando una institución benéfica. Sí, desventurado, quiero cuidar de ti, ser tu padre. Claro es que debes saber que no has nacido para gozar como los irracionales, sino que tienes que someterte á la dignidad del trabajo que te eleva y te ennoblece. Sal, hombre, sal al aire refrigerante y fortificador y... y... permanece fuera. Vive con economía y frugalidad, ejercítate en la abnegación y el sacrificio, teme á Dios, paga tus deudas con la puntualidad de un reloj y tendrás siempre en mí un padre y un protector.»

Con tan consoladoras palabras despide el miembro del Parlamento al infeliz galopín, sin pagarle un céntimo por el tiempo precioso que ha perdido escuchando su monserga filantrópica, pero acompañado de una carta para el alcalde Cute, en la que suplica á éste que ponga una temporada á la sombra al desventurado Trotty, librándole á él así de un hombre que ya empezaba á serle un poco incómodo y molesto. Luego se prepara para el gran banquete que ha de dar á sus amigos en honor de Lady Bowley, su esposa, que cumple años el primero de Enero. En una sala vecina ha reunido cierto número de pobres, que devoran algunos miserables *puddings*, y termina el día jugando una partida de bolos con los aldeanos de los cuales depende su elección en la próxima legislatura. Admirados y entusiasmados los campesinos de tanta condescendencia, declaran que cuando un *baronet* se complace en jugar á los bolos con gente humilde, es porque vuelve al mundo la edad de oro, é Inglaterra será el país más venturoso que haya bajo la capa del sol. Sir José Bowley se mete en cama al entrar el nuevo año, con el convencimiento de haber llevado á cabo un acto heroico de caridad como no lo habían realizado jamás todos los obispos y frailes de su patria antes de la Reforma, ni aun aquellos que la Iglesia canonizó por sus méritos para con los pobres.

4. En efecto, ese deporte benéfico, fanfarrón y brutal á la vez, que toma por pretexto la miseria para divertir á los ricos, á pretexto de humanidad y á mayor honra de

Dios, con música, bailes, exhibiciones coreográficas y bellezas femeninas; esa especie de caridad no la conocieron los antiguos. Éstos se imponían privaciones, ayunos y sacrificios para ayudar, con lo economizado así, á los menesterosos; pero les era imposible comprender que la desgracia ajena pudiera servir de motivo de diversiones, de las cuales se dedujera un tanto por ciento para los pobres.

5. No investigaremos aquí de parte de quién está la mejor manera de comprender la práctica de la caridad. Sólo nos atrevemos á asegurar que á muchos conviene guardar sobre esto un prudente silencio, no sólo porque así conservarán mejor su fama de filósofos, sino también para no obligar á que otro llame por su verdadero nombre á la humanidad que tanto predicán y ejercen.

6. En nuestro tiempo, muchos hacen alarde de dejar caer la máscara, «hartos de fingimientos y mentiras.»

Espinoza declaró hace tiempo que la compasión es una de nuestras partes flacas, y aseguró que el sabio debe evitar el amargarse el placer de la existencia con esa enervante compasión hacia la desgracia ajena. Por último, Nietzsche ha introducido lógicamente en el terreno moral la teoría darwinista, ó sea, la destrucción del débil por el más fuerte, declarando que concuerda perfectamente con la cobardía y miseria del carácter de los esclavos cristianos el que éstos sigan tan apegados á una moral anticuada y femenil, la del amor y la bondad para con el prójimo. Según él, la primera ley del código de la moral moderna ó la moral soberana debe ser: «Para que los *superhombres* puedan prosperar, preciso es que perezcan los débiles y los desgraciados, puesto que el tratar de alargar á éstos su mísera existencia ayudándolos y socorriéndolos, es más perjudicial é infame que otro cualquier vicio. Las épocas de fuerza y las civilizaciones distinguidas ven con razón en la piedad algo vulgar y despreciable; sólo puede ennoblecer á la humanidad el que tome por texto de sus predicaciones: ¡Atrás la debilidad! ¡Viva la dureza!»

II. La filantropía y la caridad cristiana.—El funda-

dor de la Sociedad de San Vicente, el noble Ozanam, solía decir: «El amor no debe mirar hacia atrás, sino siempre hacia adelante, porque el número de dones benéficos es muy pequeño, y la miseria que han de remediar, inmensa. Las sociedades filantrópicas no son otra cosa que congresos. Apenas tienen un año de existencia, cuando ya los boletines de sus sesiones se convierten en gruesos tomos. Y es que la filantropía es una coqueta que convierte sus buenas obras en adornos con que contemplarse al espejo. En cambio, la caridad cristiana es una madre que sólo clava la vista en el hijo que tiene en su regazo, y sin cuidarse de sí misma, se olvida de su belleza para pensar únicamente en su ternura.»

III. Esclavos y libres.—Se dice á menudo, y con razón, que por bajos instintos terrenos suelen ser los hombres más fieles y más justos que los cristianos por amor de Dios. La razón es sencilla y harto visible, y basta indicarla: el mundo es amargo en sus juicios, pero Dios siempre es indulgente.

El mundo usa de violencia para gritar luego: «¡Milagro!» por eso tiene innumerables esclavos, en tanto que Dios sólo tiene unos pocos hombres libres.

IV. Valor de las máximas del mundo.—1. Á mediados del año 40, escribía Heine sobre el joven Lassalle: «Es un hijo legítimo de los tiempos modernos; no sabe nada de la modestia ni de abnegación que solemos exhibir los demás con mayor ó menor hipocresía.»

2. Si, en efecto, es así; si las máximas de decencia y moralidad que enseña y practica el mundo culto tienen por única base la hipocresía, entonces, naturalmente, hemos de preferir la desconsideración y grosería del moderno Espartaco á todo el oropel del elegante ropaje de esa virtud con que las sociedades en pro de la cultura ética y de la moral libre adornan al hombre moderno á fuerza de palabrería barata y elevados precios de entrada.

En realidad, son muchos los entusiastas de Lassalle, Schopenhauer, Ibsen, Nietzsche y demás representantes

del espíritu moderno, á los que llaman verdaderos caracteres, aunque algunas veces haya que decir de ellos:

«¡Qué golpear, qué retumbar, qué estrépito tan horrible! ¡Martillean como los cíclopes en la fragua!

Al menos—dicen,—los ve uno sinceros, pues cuanto mayor es la rudeza con que se presentan, tanto más los apreciamos, sobre todo al compararlos con la elegancia escurridiza del hombre de mundo, al que sientan como de perlas las palabras de Macbeth:

«¡Pobre comediante, que durante una hora se yergue majestuoso en el escenario con frases rimbombantes, y luego se evapora!»

A esto asienten los socialistas por unanimidad, diciendo que, por su misma veracidad y realidad internas, ha de triunfar finalmente la joven tendencia realista sobre la corrupción moral del hipócrita liberalismo y de la burguesía.

3. No podemos asegurar si esa profecía se cumplirá ó no, porque no somos profetas; pero nos guardaremos muy bien de contradecir á los socialistas, que en este punto muestran su mayor fuerza.

Sin embargo, sabemos positivamente que la grosería de los nuevos principios radicales es tan hipócrita como la finura de los antiguos liberales.

De uno de estos maniqués de la virtud, los cuales, siempre que se colocaban ante el espejo—su lugar acostumbrado—sólo sabían admirarse de la perfección á que puede llegar el hombre sin necesidad de religión, de uno de estos héroes de la elegante moral de los salones, dice el poeta, algo rudamente, pero con mucha exactitud:

«Tarugo burgués repleto de honra, y, mal que pese á Dios, fanfarrón de la virtud.»

¿Qué diremos de esos descamisados de la moral que, para refutar y convencer, no conocen otros argumentos que matar y manchar? Esos cómicos modernos saben que llaman más la atención y se conquistan con más facilidad el aplauso de la generación actual arrojándose rudos bloques

y golpeándose con fuertes porras, que si, á estilo pastoril, se combatieran con flores ó *confetti* perfumados. De ahí, para hablar con Aristófanes, sus expresiones enérgicas y sus amenazas sanguinarias; de ahí las bulas de excomunión, y sus acusaciones de herejía contra la sociedad burguesa.

4. Claro está que no se les ocurre probar personalmente sus remedios á lo Doctor Sangredo, semejantes en esto á esos médicos de las damas que no se atreven á gustar sus sospechosos elixires y bombones. Sabido es el desprecio con que Lassalle hablaba de las muchedumbres que en él creían y le seguían; lo mismo hacía Schopenhauer, del que dice Paulsen:

«Su doctrina recomienda la renuncia del mundo y sus bienes, pero su vida fué la de un epicúreo, que sólo estudia su comodidad. Su sistema filosófico ensalza la compasión, y su vida parece haber sido por completo extraña á semejante sentimiento.»

El verdadero modo de pensar de los modernos forjadores de la grosería naturalista, consiste en la mentira brutal y en la mofa franca y pública; la fuerza de los antiguos fabricantes de cascarrilla estaba en la forma suave y en el engaño culto; pero por lo demás, en todo son iguales. Con la boca predicán el desinterés y la nobleza, en tanto que en la práctica sólo buscan la popularidad y su conveniencia.

Es decir que el juicio duro de Heine sobre las máximas del mundo no es del todo injustificado; sólo que él, por malicioso placer, descubre á los suyos. Lo mismo viene á hacer Lermantow cuando confiesa que «No tenemos la fuerza de la pasión ni la energía para renunciar al mundo. Cobardes, tememos más á los hombres que á Dios y no tanto al pecado como á la burla.»

5. Esto mismo repiten los que califican de hipócrita al espíritu cristiano; está visto que su propia experiencia no les permite suponer que pueda uno estar convencido de las máximas que confiesa de boca.

V. «*Corpus iuris charlatanici*.»—Pretendía escribir una obra oportuna y consulté el caso con un amigo que conoce á fondo el mundo. Díjome mi amigo:

—Te aconsejo que escribas un *Corpus iuris charlatanici*; es obra de grandísima necesidad, no tanto para los médicos como para los aduladores, los caballeros de la pluma y del dinero, los ambiciosos, los rastrosos, en una palabra, para todo el mundo.

—Amigo—le contesté espantado—para tan gran empresa es corta la vida. ¿Podrá el mundo abarcar tamaña obra y será conveniente y oportuna?

—¡Santa sencillez!—exclamó mi consejero.—¡Pero qué torpes sois los sabios! ¿Tan poco conoces el mundo? Para escribir la obra que te digo, te basta con una tirilla de papel. Extrae el jugo de toda la sabiduría escrita sobre política, sobre moral libre, sobre la vida práctica; ó mejor, observa á la gente que vive según estas doctrinas, y fácilmente adelantarás en la empresa. Mal conocería yo al mundo si todos sus principios no se resumieran en esto: Ante todo es preciso formarse una posición. ¿Cómo? ¿por la fuerza? ¿por la astucia? Poco importa con tal que se consiga el fin apetecido. Sólo debes tener en cuenta una cosa: que en lo exterior no faltes en nada y guardes debidamente las apariencias. Sobre todo te recomiendo que te presentes y conduzcas con la mayor decencia. Araña por detrás al que te parezca, pero por delante, ponle buena cara. Preocúpate de hablar bien y con respeto de la virtud y de ejercer de vez en cuando alguna buena obra, con tal que no te sea muy molesta y brille mucho á los ojos de todos. Pero especialmente y como recomendación principal, te aconsejo que allí donde estés seguro de tu auditorio ¡duro con las sotanas!; pero usa de mucha prudencia y guarda silencio donde no piensen como tú.

VI. *Civilizados y negros*.—Refiere un explorador del África, cuyo nombre no recuerdo, que una mañana no pudo conseguir que los negros que había alquilado para llevar el equipaje levantaran ni una sola caja del suelo, di-

ciendo que el calor los debilitaba tanto, que les era imposible seguir cargados. No obstante, prosiguieron su camino, aunque sin cesar de murmurar.

Hacia el mediodía, hallaron los viajeros un enorme jabalí, que un león había dejado abandonado después de hartarse; y á pesar de que el animal se hallaba ya en estado de putrefacción, los negros cargaron con él llevándolo hasta la noche, y sudando la gota mortal, para prepararse luego un manjar á su gusto.

Todos conocemos por propia experiencia negros semejantes: la pequeña mortificación que Dios, la fe, el deber y la obediencia nos imponen supera nuestras fuerzas y nos inspira una repugnancia invencible; pero por capricho ó afición cargamos con las mayores incomodidades y hallamos placer en cosas de las cuales es un débil reflejo el citado jabalí.

VII. El muftí y el cura de aldea ⁽¹⁾.—Dijo al peregrino un muftí:

—¡Qué monotonía tan triste! ¡Siempre sí ó siempre no! ¡Qué horrible tiranía os impone la Biblia! ¡Cuán diferente es el Corán, pues aunque haya dicho sí, me permite decir no.

El peregrino volvió á su tierra y refirió á sus amigos lo dicho por el muftí. Por más que lo refiriese en voz baja, lo oyó un viejo trapero judío que estaba agazapado detrás de la estufa, y lo fué repitiendo de casa en casa.

Los aldeanos, cómo siempre, exclamaron al saberlo: «¡Qué tontería tan grande!» Pero á los sabios y á los grandes no dejó de preocuparles, por lo que murmuraban: «Ya hace tiempo que nosotros pensábamos lo mismo; este yugo es demasiado estrecho; el Corán es suave, el catecismo muy severo.»

En esto llegó un señor catedrático y les dijo: «Habéis de ser más listos. Verdad es que el Corán es tolerante, pero, ni con mucho, todo lo que debiera serlo. Cree el muftí

(1) *Apología*, tomo IV, pág. 65 y sigs. Edición *Herederos de Juan Gili*.

que nos basta con poder decir sí y no. Pues, no, señores, con eso no se levanta el edificio de la cultura moderna. El que no use un lenguaje doble, no hará mucho camino; el que proceda siempre rectamente, es hombre perdido. Necesitamos poseerlo todo doble, y aun todo mil veces repetido, si es posible: el pensamiento, la palabra, la acción; toda, toda la moral. El que no sepa rezar con los frailes y aullar con los lobos, será todo un carácter, pero de ningún modo un hombre listo. El que sólo sabe ponerse de parte de la justicia y no de su conveniencia, sólo merece compasión; el pobre vive engañado. Si la razón de Estado no ha de santificar el engaño, la violencia y la astucia; si el derecho y el poder no han de ser independientes de la moral, ¿por qué no encargar de la política á cuatro santurronas, y de la justicia y de la guerra á tímidas solteronas? Mostrarse llenos de ansiedad entre el bien y el mal, es propio de cobardes, de esclavos acostumbrados al yugo; los hombres que se sienten señores y dueños de sí mismos, están muy por encima de todo eso y levantan su casa audazmente con el bien y el mal. El arte ha de ser libre de las trabas de la decencia y de la virtud; la ciencia no tiene nada de común con la fe y la oración, pues, de lo contrario, el primer carbonero serviría para catedrático y la escuela de bellas artes se convertiría en colegio de señoritas. He ahí—terminó el señor catedrático—la verdadera moral de los genios; por lo tanto, sed fuertes, libres y geniales.»

Estas palabras surtieron efecto. Todos se pusieron á practicar la nueva doctrina; hubo genios á porrillo y sin dificultad alguna. Sólo que al pobre mundo se le aumentaron las dificultades y pronto se halló con estos grandes espíritus muy mal gobernado: pagaban ellos con doble moneda, medían con doble medida, hablaban doble lengua, sin saber siquiera lo que se decían.

Al principio, como escaseaban mucho, fueron objeto de burla, y la gente decía: «¡Si tienes que tratar con genios, que Dios te proteja!» Pero por último, ya no se supo qué hacer; no había modo ni manera de entenderse con ellos,

y acabóse por no fiarse de nadie, de miedo á topar con un genio.

Había entonces un viejo cura á quien acudían todos, pues era fama que sabía sacar de todos los apuros. Era un hombre lleno de fe, de caridad y buenas obras, y se le envió una embajada para que diera su opinión en el asunto.

El cura—ya sabemos lo que son los sacerdotes viejos—dijo: «Me temo que vuestra sabiduría os convierta en chiquillos. También el molinero y el tabernero me la han hecho saber á mí; sólo que nunca se me ocurrió llamar genios á los charlatanes judíos. Nosotros no vamos nunca por cuatro caminos; al que usa doble vía, lo cazamos y lo ponemos en la picota; al que habla con dos lenguas, no se le cree jamás, y al que duplica la medida, se le lleva ante el juez. En una palabra, al que con el bien y el mal se construye su nido en el otro mundo, le obligamos á que se las entienda como pueda en el otro mundo—donde podrá mostrarse en todo el brillo de su moral autocrática,—pues para nuestro mísero mundo es demasiado ideal. Á la zorra le sienta bien la astucia, pues está en su naturaleza, pero que un hombre se engalane artificialmente con un rabo de zorra, y que para conseguirlo se paguen maestros tan costosos, he ahí lo que he creído siempre imposible, y ya soy demasiado viejo para comprenderlo. Ningún libro, ningún título de doctor cambiará jamás el bien en mal; al que anda por caminos torcidos, acabarán por salirle las cosas torcidas, y tanto más fácilmente cuanto más se pasen de listos. Porque el *sí* siempre será *sí*, y el *no* eternamente *no*. Yo creo que os convendría mucho despediros para siempre del Corán y empezar de nuevo, pero desde el principio, el Catecismo. Dejad en paz á Mahoma, á Buda y á Confucio; á nosotros nos basta con ser cristianos y hombres.»

Así habló el anciano cura.

Los mensajeros se quedaron con la boca abierta, y dijeron por último con tono vacilante: «¿Quién no asiente á esto? Pero eso del Catecismo... ¡cuando lo vea la gente! Ver-

dad es que no andamos bien así, pero, en fin, ya se verá.»

Los humildes—y eran la mayoría—observaron: «¡Qué bien ha hablado el cura! Lo más sensato es seguir sus consejos, pues ya hemos visto cuán tortuosa es la marcha que sigue la falsía; quizás sea preferible la sencillez de la paloma.»

—Así, pues, las cosas quedaron en el estado de siempre: censúrase al mundo hipócrita, pero se sigue, arrollándolo todo, la amplia vía indicada por el mufti; se politiquea y se trepa con las rodillas heridas y maltrechas, para caer luego, pasándose de listos, en el abismo.

Pero, tú, pequeño rebaño, levanta satisfecho la frente. Verdad es que corres por caminos estrechos, entre burlas y polvo: pero si los magos hallaron en otro tiempo el pesebre guiados por una estrella, también te llevará á ti la sencillez á tu fin, á tu Señor.

VIII. Ostracismo.—Los hombres perdonan muchas cosas, todo menos que otro sepa más que ellos; lo soportan todo, menos que otro tenga una convicción firme y una manera de obrar fija é invariable, en una palabra, que se guíe en todo por la justicia, y no por la opinión del día. Lo primero los hiere, lo segundo los enoja. Esto puede servir de consuelo al carácter cristiano cuando se ve atacado por el desprecio, ó mejor, por el odio de los envidiosos, porque no sabe girar como una veleta, sino que sigue fiel á sus convicciones y á la verdad invariable. En esto participa de la suerte de Aristides, que cayó en el ostracismo únicamente porque su gloria, su sobrenombre de *Justo*, le parecía insoportable al mundo.

IX. La opinión pública.—1. Dicen que la respiración de ciertos seres comunica á la atmósfera propiedades necesarias á la vida de otros seres. Sea de esto lo que se quiera, una cosa hay cierta, y es que la respiración humana es insoportable al hombre. Cuando se reúnen muchos hombres en un espacio cerrado, se producen gases que pueden llegar á ser mortales, ó cuya aspiración es de todo punto nociva y peligrosa.

2. Idéntica atmósfera se forma también por la convivencia de los hombres en sus relaciones espirituales, morales y políticas. Las máximas individuales erróneas y nocivas no tardan en difundirse por el cuerpo social, y pronto se forman círculos extraños de ideas y opiniones que envuelven á la sociedad entera como una espesa masa de vapor. Nadie puede ya vivir en semejante ambiente sin aspirar también las exhalaciones ajenas y sin que paulatinamente se halle contagiado por las mismas; por último, se presenta la intoxicación y el atontamiento, lo que hace que las masas pierdan el sentido y den traspiés, como si respiraran ácido carbónico, conduciéndose según dijo el poeta: «Tienen cabeza, sin tener cabeza, tienen voces, sin tener voluntad.»

Esta atmósfera se llama *opinión pública ó moral general*, miasmas que hacen sucumbir fácilmente las buenas convicciones y los nobles sentimientos del individuo. Sólo la huida de tan contagiosa sociedad ó la más cuidadosa separación de ella pueden protegernos. El que se empeñe en creer que no ofrece peligros para él, probablemente se halla ya contagiado.

X. Conciencia laica y conciencia cristiana.—1. Veo entrar por la puerta un elegante caballero, el cual, en la forma más tímida, me pide una cantidad prestada, pues la enfermedad de su madre le ha llevado al extremo de no poder seguir socorriéndola. Esta necesidad perentoria reclama un socorro inmediato, aunque la forma poética en que hace el relato de su miseria me recuerda otros casos parecidos en que fuí engañado como un chino. En efecto, tiempo atrás, otra señora encopetada logró ablandarme con una descripción parecida, haciéndome ver que su hija estaba en peligro de caer en el vicio, y me estafó. Ahora bien, como el perjuicio material que mi blandura de corazón había ocasionado en mi casa habíalo ya pagado absteniéndome de beber—pues el caso me ocurrió en una época en que vivía en la errónea creencia de que las bebidas alcohólicas eran imprescindibles para la vida y el trabajo,

—vuelvo á ablandarme, á hacerme más accesible. Los datos que me da mi visitante actual, son tan conmovedores y tan convincentes los informes que para mi mayor seguridad presenta, que casi me avergüenzo de haber injuriado tan delicado amor filial con mis secretas dudas. Pido, pues, para él á mis amigos, pero no sin observar que acaso nuestra generosidad resulte mal empleada, y así sucede, en efecto. El distinguido caballero, al recibir el préstamo, me promete la devolución de la suma en día determinado, pero no le vuelvo á ver el pelo. Esto nos ocurre á todos los sacerdotes y religiosos con suma frecuencia; y aunque nos rodeemos de todas las precauciones y desconfianzas, en un momento dado nos engañan, y luego se burlan, chocando los vasos, de los simples beatos, á quienes constantemente hace el corazón jugarretas semejantes cuando le describen miserias humanas.

He ahí la conciencia laica y la moral libre.

2. Otro día voy á visitar á una pobre anciana gravemente enferma. Ya he puesto su conciencia en perfecto orden, pero hay una cosa que la tiene aún intranquila: estuvo sirviendo mucho tiempo en una casa muy rica, donde materialmente se tiraba el dinero por la ventana, pero en la que para la servidumbre nunca llegaba el momento de cobrar el salario. Cierta día, hallándose por este motivo apurada la sirvienta, se apoderó de un par de botas de deshecho de la señora, pues si las hubiera pedido, seguramente la habrían despedido. ¡Cuántas veces había deseado compensar á sus amos del perjuicio, mas nunca había logrado reunir lo suficiente! Semejante pensamiento la tenía con el corazón oprimido y angustiado; no quería morir con semejante peso en la conciencia. Afortunadamente poseía un viejo crucifijo, y me hizo prometerle que se lo entregaría á los hijos de su ama, hacía años difunta, en compensación del daño causado; entonces podría morir tranquila y presentarse ante al tribunal de Dios. Verdad es que ya le habían dicho muchas veces que no debía preocuparse por lo hecho, dadas las circunstancias de ella

y de los amos; sin embargo, sería un gran consuelo para ella el que yo ejecutara su voluntad.

También nos ocurren á los sacerdotes casos semejantes con bastante frecuencia. ¡Cuánto trasto inútil y qué obras de arte más espantosas han entrado en circunstancias análogas en los conventos!

Esta es la conciencia cristiana y la moral religiosa.

XI. Moral de teatro ó moral libre.—1. El que lea la introducción de Rötcher á Molière se quedará al principio desconcertado, pues no sabrá darse cuenta de si ha de tomar la cosa en serio ó considerarla como una ironía. Dícese en ella: «En este poeta nunca sobrepuja el moralista al artista, pues aquél se presenta siempre como un predicador disfrazado que ni molesta ni aburre á sus oyentes con secos sermones morales. Con él nadie tiene por qué avergonzarse de sus debilidades, pero en cambio, el espectador es influido por el poeta por modo irresistible, merced á su moral ligera, hábil y halagadora.»

Así habla el célebre dramaturgo.

2. Tras esto, no creo que sea preciso describir minuciosamente la moral de Molière, pues ya sabemos todos que á su paternidad se deben todas las comedias de adulterio y seducción que llenan el teatro hasta rebosar. Si fustiga alguna vez al avaro empedernido ó á algunas mujeres sabihondas, su moral no causa efecto alguno, pues el reírse de los demás no hace daño á nadie y nadie está obligado á aplicar el cuento á su persona. Y en cuanto á lo referente á las estrañas máximas morales que sienta, puede aplicársele sus propias palabras:

«¡Cuántos hay que dan noticias de batallas que contemplaron á mil leguas de distancia!»

3. Con ello hemos descubierto el motivo de que el mundo eleve á tanta altura esa moral de teatro y baile, ó, como suele decir, esa moral libre. En efecto, tiene ella la ventaja de que con sus hermosas frases puede uno darse tono ante el público sin tener que molestarse en ponerlas por obra.

Nadie mejor que el mismo Molière ha logrado expresar esto cuando hace decir al infeliz Crisalo que se lamenta de su mujer:

«Es filósofa de boca, pero está bien armada de garras y dientes. Y tan metida tiene la moral en su garganta, que no ejerce sobre la bilis la menor influencia.»

4. Claro está que un mundo que sólo puede comprender la moral como una figura decorativa; que una generación de la que puede decirse con Shakespeare: «¿Te aterra ser de obra el mismo hombre que eres de palabra?»; que una época que habla de la religión *piano forte* y de la mística *de Rigi*, ha de despreciar forzosamente, y aun tratar de molesta, una verdad como la cristiana que penetra hasta el fondo de la conciencia, que no se aviene á componendas, que mantiene inflexible todas sus leyes, hoy como ayer. Si la fe y la religión se convirtieran en veleas, en brújula giratoria, en vestido de recambio elástico, ya se avendrían á ellas gustosas. Pero cuando la sabiduría divina se yergue á nuestra vista, como la vió Agustín incrédulo, al decirle: «No soy yo quien se ha de convertir en ti, sino tú en mí» (*Conf.*, VII, 10, 16), entonces no hay derecho á la tolerancia.

5. Repito que todo esto lo comprendemos perfectamente; mas lo que no llegamos á entender en modo alguno es que, á pesar de ello, se atrevan á ensalzar esta moral de comediante como el mejor medio educativo del pueblo y á sostener que el teatro tiene la misión de despertar los buenos instintos y de refrenar los malos. Falta de sinceridad grandísima, pues en el fondo del corazón piensan todos que el poeta ha expresado lo que ellos mismos sienten cuando dice al hablar de los moralistas de teatro:

«Ocultan astutamente sus secretos instintos, y llaman virtudes á los vicios manifiestos; hablan dulcemente del amor humano, y asesinan por un jamón.»

XII. Los verdaderos Tartufos.—1. Dickens, en el M. Pecksniff de su obra *Martin Chuzzlewit*, ha pintado el modelo perfecto de un orador de logia, de un Mirza Schaffi

de la moral libre y de la religión del hombre honrado, de un Aretólogo de corte moderno.

Este excelente sujeto no puede probar bocado ni tropezarse con nadie, sin coger en su jardín fraseológico su ramito de virtudes y colocárselo en el ojal. En cuanto abre la boca, surge de ella la moral más pura; todos los que le dirigen la palabra comprenden que la moral misma le escucha cuando habla Mr. Pecksniff. Siempre digno, siempre reposado, siempre rebosando noble y suave orgullo, sólo piensa en la moral, sólo habla de moral, sólo respira moralidad; en una palabra, tiene un espíritu tan moralizador, que, con sólo verle, un salvaje podría civilizarse. Las fuentes de su sabiduría no dejan de manar, ni siquiera cuando se ha excedido en el vino, sin haberle éste costado un cuarto: á penas ha sido trasladado á su cama con mucho trabajo, cuando ya le vemos de nuevo erguido sobre sus piernas vacilantes y echando agradecido á los misericordiosos samaritanos un afectuoso sermón moral. Las palabras y las moralejas de sus moralidades son tan distintas como las circunstancias en que las pronuncia, pero el texto fundamental siempre viene á ser el mismo: es la máxima en que ha basado la educación de sus hijas: «Haced todo lo que os venga en gana, pero sabed guardar las apariencias.»

Y, en efecto, las apariencias las sabe él guardar á las mil maravillas. Sólo la gente que le ha observado muy de cerca y durante mucho tiempo—tantos enemigos como cabezas, suele decir su devoto y fiel Tom Pinch,—ó sea, los que le conocen á fondo, afirman que antes se tornará el sol verde y la luna negra que ejecute este hombre una obra desinteresada y generosa, y que habría que recorrer mucho mundo para encontrar otro embustero tan falaz, otro negociante tan astuto, otro azuzador é hipócrita tan grande como el Sr. Pecksniff.

2. Desgraciadamente, la historia secreta y el fin de la vida de dicho señor justifican sus afirmaciones y nos demuestran nuevamente que los verdaderos Tartufos, ó, para

hablar con Molière: «Esos hombres, de clase especial, que no deben verse en modo alguno en su verdadero ser,» es decir, los legítimos fariseos no son los Tartufos de la religión, sino los de la moral.

3. Tantas veces hemos tropezado con este Sr. Pecksniff, que la descripción de Dickens no nos dice nada nuevo, pero nos confirma cada vez más en la convicción de que todo alarde de honradez y lealtad no informado y vivificado por una religiosidad sincera, se convierte fácilmente en tartufería hecha y derecha, y lo es todo menos compensación ó sustitución de la religión.

Eso mismo pensaría el anciano y honrado Samuel David, paisano del Sr. Pecksniff cuando suspiraba: «¡Qué cosa tan mísera es el hombre, mientras no se eleva por encima de sí mismo!»

XIII. La virtud entraña su propia recompensa.—La virtud, dices, se recomienda por sí misma y entraña su propia recompensa. Entonces: ¿qué falta me hacen la fe en Dios y la esperanza en una vida futura, para que por medio de tales añagazas me vea arrastrado penosamente á la virtud?

—¡Pobre de ti, oh justo, si la virtud fuera tu única recompensa y su belleza el único motivo que te moviera á practicarla! ¿No te chocaría que alguien te ofreciera por ella una pieza de veinte francos, no con objeto de comprarla, sino únicamente por admiración y recompensa? Ó bien, ¿no te sorprendería que alguno de tus oyentes interrumpiera tu sermón sobre la virtud desinteresada y la moral elevada, repitiéndote en son de mofa las palabras de Shakespeare: «¡Ay, á no ser por los horribles cañones, él mismo habría acabado por ser soldado!»

En efecto, si la opinión que tienes de ti mismo fuera oro y cada una de tus grandes palabras un billete de 1.000 duros, hace ya mucho tiempo que serías un Creso. Pero la recompensa y el pago no se dan por las hojas que, ora despertando esperanzas, ora produciendo con frecuencia desengaños, brotan de la tierra, sino por los frutos madu-

ros y en sazón. Por eso te conviene mucho, si esperas y deseas flores y frutos de tu virtud, que hagas tu siembra en terreno fértil, y no en la arena seca y dura de la presunción y de la jactancia, ni en el pantano de la autossatisfacción. Ó lo que es lo mismo: arroja tu semilla en el terreno bendito del temor y del amor de Dios, en el suelo firme de la eternidad ó de la religión.

XIV. Vida de arañas.—En el ángulo de la ventana cubierto de polvo, hállase en acecho una araña. Su única ocupación es el robo, pues pasa el resto del tiempo agazapada en el muro. Basta verla para comprender que el robo la alimenta más que el trabajo.

Sólo cuando una brisa ligera mueve los hilos de su red, saca los remos con ansia para salvar su propiedad. No hay enemigo fugitivo que corra lo que ella cuando se cree en peligro.

El que trabaja y practica el bien se entrega por completo á los demás; y entregado á su actividad, sólo en último término piensa en sí mismo.

Cuanto menos útil á los demás es uno, más tiembla por su vida.

XV. Construcción de una torre espiritual.—1. Se observa á menudo que personas que durante mucho tiempo parecían la puntualidad y el celo personificados varían repentinamente de tal modo, que todo el mundo se asombra y asegura que están completamente desconocidos. Lo que antes ejecutaban con una regularidad admirable, ahora les es molesto, insoportable, odioso. El mundo trata en vano de explicarse tan súbita transformación; pues bien, si los hubiera observado antes con más interés, no le causarían sorpresa alguna.

2. Eran puntuales donde les convenía ó los observaba el mundo; eran fértiles en «obras de virtud que tienen su origen, no en el corazón, sino en la vista ajena.»

Pero donde no tenían que temer la mirada ajena, ni esperar la alabanza de los demás, ó la cosa dejaba de ser de su agrado, no eran ni con mucho tan escrupulosos; toda

mezcolanza les servía de mortero y no les importaba dejar aquí un agujero y acaso más allá suprimir toda una fila de ladrillos. Si alguno los sorprendía en su chapucería, se apresuraban á echar una mano de cal en los sitios defectuosos, y nadie sospechaba el perjuicio que originaban. Y así, mientras iba creciendo en apariencia el edificio tan negligentemente ejecutado, se hundía imperceptiblemente, porque le faltaban los fundamentos sólidos, realizándose la frase: «Se desplomó por su propio peso.»

3. Grave es la enseñanza que nos da el divino Maestro con esta imagen de la edificación de la torre espiritual. El que no construye con solidez; el que al edificar no lo hace con toda lealtad, hasta en sus más mínimos detalles; el que no obra más para los ojos del Arquitecto divino que para las miradas de los hombres, bien puede decir que contribuye á una gran ruina.

XVI. Criado de verdugo y hombre de honor.— Cuando en tiempos antiguos—desgraciadamente hace de esto muchos, pero muchos años—un gran señor abusaba brutalmente de la tímida virtud, acercábasele un hombre miserable que le despojaba de su nobleza y le llevaba á la picota ó le ponía una argolla de hierro al cuello, que era tanto como declararle en entredicho.

Hoy en día sucede todo lo contrario; el que ya con violencia, ya con astucia, se apropia el más bello ornamento de la inocencia, hace para con ésta las veces de aquel hombre: la despoja de su nobleza y la sujeta, para mientras viva, á la picota de la vergüenza, como si él estuviera en su derecho.

Al primero se le llamaba criado del verdugo y se le nombraba con horror; al segundo se le ensalza como hombre galante y de honor. La justicia de los pobres es la miseria y la deshonra; el dueño de cien mil ducados siempre está en su derecho, mientras pueda pagarlo, se entiende.

XVII. La religión del hombre honrado y el cristianismo.—1. En el círculo más elevado del infierno vió Dante una multitud innumerable de condenados. Son los

que en el mundo no hicieron nada malo, pero tampoco nada bueno; gente que vivió «sin vituperio ni alabanza.»

2. Un moderno historiador de la literatura, que no puede menos de admirar la grandeza y virilidad de este pensamiento, pero que involuntariamente se pregunta lo que debería deducirse del mismo si fuera algo más que fruto de la fantasía caprichosa de un hombre, llama á este lugar verdaderamente *dantesco*. Con esto cree haberle hecho toda la justicia y haber pasado sagazmente por alto toda su gravedad.

3. Pero no; el honor se debe á quien lo merece. Mucho honra á Dante el hecho de que no poblase su cielo de nulidades, pero honra aun más al cristianismo, que es el que le inspiró dicho pensamiento. El Señor maldijo la higuera, no porque produjera fruto venenoso, sino porque no daba fruto alguno, y condenó al siervo, no por haber malgastado el talento que le había confiado, sino porque lo devolvió sin interés. El día del juicio enviará al fuego eterno á los que únicamente tenga que reprochar el no haber alimentado al hambriento, el no haber consolado al enfermo, el no haber vestido al desnudo. Por lo tanto, todos estos pertenecen, según dice Dante, «á esas muchedumbres cobardes y bajas que disgustan tanto á Dios como á sus enemigos; míseros y enclenques que nunca vivieron.»

4. Graves palabras son estas, nadie lo pondrá en duda; pero expresan más energía y virilidad que toda esa censura barata contra la santidad de las obras cristianas, y que esa conocida fórmula de la propia santificación que dice: «No sé de qué me habría de confesar: no he muerto á nadie, ni nunca he robado; vivo como un hombre de honor; todo lo demás no me preocupa.» Para tales justos tiene el poeta esta frase harto significativa: «Por mísero espíritu renuncian á lo grande; huye de ellos, no son más que cadáveres vivientes.»

5. Y no digáis: ¿Cómo puede ser tan severo el cristianismo?; antes bien, preguntad en semejante ocasión: ¿Cómo podéis ser tan injustos con el cristianismo afirmando

que sus santos no son sino beatos que sólo se cuidaron de sí mismos, pero que, en cambio, consumieron el fruto del trabajo ajeno; almas cobardes y holgazanas que enterraron sus dones en el sudario, espíritus limitados que sólo se mantenían libres del mal porque hasta para cometerlo eran demasiado incapaces?

6. Con la mano puesta en el corazón y dejando á un lado toda doblez, decidme: ¿Dónde hay mayor virilidad, dónde se honra más la naturaleza humana, entre los campeones cristianos del desierto y nuestras heroicas doncellas, de coraza de acero y silicio, ó entre vuestros papás, comodones, bien arrellenados en sus blandas poltronas, y más que en el humo de sus cigarros, «envueltos en nubes de virtud, como si fuera incienso, con toda una fábrica de frases en la boca?» (*Platen.*)

Permítasenos que no contestemos á esta pregunta; sólo diremos que, si nuestros santos no hubieran desarrollado mayor energía, si no se hubieran mostrado más útiles, útiles aun para el mundo, que esos justos de boca, de virtud cosechada en los salones, de mofletes abultados y manos vacías, también se hallarían ellos entre los que Dante vió, y que Caronte, el demonio de los ojos de carbón, recogía como un montón de hoja seca y arrojaba en su barca fatal para conducirlos al lugar en que debían descansar de sus trabajos.

7. Sin embargo, no condenamos á nadie, pues gracias que podamos evitar la propia condenación; pero sí os invitamos á salir á la palestra contra Dios y á escoger el juez que queráis para que decida entre Él y vosotros la siguiente cuestión: ¿Á quién corresponde principalmente el cielo, á los santos satisfechos de sí mismos de vuestra religión de hombres honrados, ó á los despreciados servidores del cristianismo que buscan su salvación temblando de miedo, y que, una vez cumplido su deber, sólo dicen: Somos siervos indignos y pobres pecadores? ¿Á quién corresponde preferentemente desde el punto de vista de la fuerza moral?; ¿á quién teniendo en cuenta la utilidad pú-

blica?; ¿á quién según las exigencias de la verdad y de la justicia?

XVIII. Comediantes y luchadores.—1. Entre las muchas figuras que, con fidelidad inimitable, ha fotografiado el ilustre Thackeray, el gran conocedor del mundo y de los hombres, á su paso por la feria de la vida, seguramente que la de la opulenta Mis Crawley, precavida solterona que sólo recibe en la cama temerosa de tener que guardarla por enfermedad, es una de las más perfectas. «Mientras la excelente dama—dice de ella nuestro gran escritor, con toda su crudeza inglesa,—gozaba de buena salud, propalaba unas ideas tan libres sobre moral y religión como no se las hubiera podido desear mejores el mismo Voltaire; pero en cuanto enfermaba, lo que solía ocurrir con bastante frecuencia, empeoraba siempre por el pavor horroroso que le producía la muerte, y entonces se apoderaba de la vieja pecadora una cobardía y un terror indecibles.»

2. «Nos guardaremos muy bien—continúa Thackeray—de hacer servir á la digna señora de punto de partida de un sermón. La verdad ya predica suficientemente, pues es un hecho innegable que la movilidad y la alegría que á los comediantes de la feria de la vida valen tantas atenciones y tanta admiración, no siempre suelen acompañarlos en la vida privada; antes bien en ella son acometidos con frecuencia de un gran abatimiento, de la tristeza, del amargo dolor, que les hace recordar sus triunfos de ayer con verdadero disgusto y rebajar los placeres pasados á un nivel insignificante, sobre todo cuando á ello se une el pensamiento, la incertidumbre del mañana.»

«¡Oh hermanos que hacéis sonar los cascabeles—termina el autor,—¿no hay momentos en que la risa, el chiste y la extraña música del gorro del bufón, causan verdaderas náuseas?»

Así se expresa el ingenioso humorista.

3. Nosotros preferimos decir: ¡Oh! hermanos que lleváis la carga del dolor, ¿quién de nosotros no ha conocido

épocas en que hemos visto más claro que el sol que no vivimos aquí en una feria, sino en medio de un espectáculo muy grave, el de la preparación para la eternidad? ¿Quién no comprende estas palabras: «La vida es el prólogo del libro de la eternidad»? (*Mad. Nelly Lieutier.*)

Cuando hasta el comediante tiene sus horas amargas, ¿cuán grave no le parecerá la vida al hombre que se estima demasiado para ser comediante? ¡y cuánto más al cristiano, para quien la vida es á veces un anfiteatro, un lugar de combate, donde se ve arrojado á las fieras, á causa de su santidad?

CAPÍTULO VIII

Redentor y redención

I. Condiciones primordiales de un fundador de religión.—1. Al final de la Revolución francesa nació una secta que se armonizaba en todo con el espíritu de nuestra época. Se reconoció que la religión era imprescindible, pero no se quiso volver al cristianismo. De ahí que inventaran una religión nueva, naturalmente exenta de dogmas, pero basada en el amor al Ser Supremo y al hombre, y adornada con todo género de sentencias de Confucio, Zoroastro, Sócrates, Aristóteles, Séneca, Rousseau y Voltaire. Este vino artificial y picante, en el cual había desgraciadamente muy poco jugo natural de la vid, se llamó *Teofilantropía*.

2. Fácil era de comprender que tan insípido brebaje no tardaría mucho en repugnar á la humanidad. Por esta causa, uno de los cinco miembros del Directorio, alma de la nueva religión, La Révellière Légeaux, erraba un día con aire desesperado por las calles de París. Encontróle uno de sus amigos, y le preguntó la causa de su preocupación. Refiriósele él, y respondióle el guasón: «Eso tiene fácil remedio; hágase V. matar y resucite al tercer día de entre los muertos.»

3. Sin duda alguna que este hubiera sido el medio más seguro de arreglar la cuestión, pero no era del gusto del fundador. En él, como en sus sucesores de la escuela liberal, que pretenden acomodar la religión al paladar del mundo, ó, como suelen decir ahora, reconciliarla con éste, no había siquiera seriedad bastante para exigir á la gen-

te que creyese en sus afirmaciones; se conformaban con que tributaran un poquito de honor á sus personas. Pero nunca se les ocurrió exponer la vida por sus ideas. Los modernos fundadores de la religión de la fraternidad, los socialistas, son los que muestran más empeño en convencer al mundo de la seriedad de su causa con el asesinato y la tea incendiaria; pero ignoramos si están dispuestos á perder la vida por sus creencias. Además, no vamos á tener la crueldad de exigirles semejante prueba. Ya nos contentaríamos con que los hombres que sienten en sí el impulso de erigirse en innovadores del mundo, no buscasen la salvación de éste sólo en los denuestos y la demolición, sino también en la reedificación; y sobre todo, con que se confesaran á sí mismos que el que quiere dar pruebas de ser el mensajero de una vida nueva, tiene ante todo que renovarse á sí mismo y elevarse á una vida mejor y más noble.

4. En otro tiempo el mundo era muchísimo más severo con los fundadores de religión. Mientras que hoy sigue á todo el que dice algo nuevo, con tal que lo funde en el desprecio de todo lo existente, en otras épocas se exigía, antes de reconocer á un individuo como mensajero de una religión admisible, que llenara estas cinco condiciones: hechos maravillosos, vida santa, muerte por sus creencias, resurrección de la muerte y, por último, extensión victoriosa de la ley que anunciaba.

Hasta ahora, sólo Jesucristo ha realizado estas condiciones, por lo cual el mundo insiste en reconocer que sólo su doctrina y su Iglesia es la única religión verdadera.

También nosotros abrigamos la misma convicción, sin variar un ápice, hasta que se presente otro que le supere en aquellas cinco condiciones.

II. La crítica sobre Cristo.—1. No hay necesidad de que un hombre sea precisamente muy suspicaz para sentirse profundamente molestado de que, en una reunión en la cual empieza á relatar un hecho que ha presenciado personalmente, se le interrumpa diciéndole que se le deja-

rá continuar cuando haya probado previamente su perfecta honradez.

Primeramente, se le ataca en su honor al dar cabida á una duda respecto á su honradez, sin fundamento alguno para ello; ataque tan mortificante como si á una mujer intachable se le dijera que sólo puede sentarse después que haya probado su perfecta integridad. En las cuestiones religiosas, esta primer ofensa conduce casi siempre á otra segunda. ¿Vese uno precisado á confesar que es hombre honrado, ó al menos, que no miente ni finge con intención? Pues al momento surge inevitablemente la segunda pregunta: «¿Quién sabe si será un fanático, un alucinado? ¿Quien nos asegura que, dada su sencillez y su bondad, no le hayan hecho creer como realidad lo que sólo son vanas quimeras? De todos modos, carece de erudición y espíritu crítico.»

2. Pues bien, quien tiene que sufrir á diario semejante tratamiento es nada menos que nuestro redentor Jesucristo, Dios verdadero, hijo del verdadero Dios. Con esa expresión de astucia refinada con que un juez de instrucción interroga á un malhechor, investigan nuestros racionalistas modernos al Señor, sus discursos y su conducta. Y cuando han hecho uso de toda su sabiduría, suelen decir con aire de condescendencia: «Se podrá pensar de su doctrina lo que se quiera; personalmente, fué un hombre honrado á carta cabal.»

Lo que principalmente se infiere de esto es que no se les ocurre por eso creer en Él y aceptar su palabra, sino antes bien, proceden como Pilatos, que, al principio, declaró no hallar culpa en Él, y después le sacrificó, entre desdénoso y compasivo, á la opinión pública.

Sólo aquí podemos comprender la grandeza del sacrificio que hizo el Hijo de Dios en su encarnación. Aquí tienen verdadera aplicación las palabras: «Nada hay de extraordinario en que un príncipe frecuente á un príncipe, pero lo grande es que se incline á gentes groseras desprovistas de gratitud y honor.»

4. Por otra parte, hay en esto precisamente una nueva prueba de que nuestro Redentor no es como los demás hombres. Si fuera de este mundo, el mundo le habría tratado como trata á todos; pero cuadrándole las palabras: «Gustaban de hacerle daño, y cuando ya hacía tiempo que había resucitado, guardaban aún su sepulcro.» (*H. Lingy*), el mundo mismo demuestra que le era extraño, y que llevaba en sí algo que le diferenciaba del resto de la humanidad, algo que no podía ser pasado en silencio, algo que despertaba su desconfianza, algo que exige un cuidadoso examen.

III. La solución de todas las preguntas.—1.—Confieso, amigo querido, que toda palabra de Cristo despier-ta en mí el vivo deseo de aproximarme á Él. ¡Cuántas veces no he experimentado ya que, en definitiva, toda nuestra paz y toda nuestra ventura dependen de la contestación que demos á esta pregunta: «¿Qué opináis de Cristo?» (*Mat.*, XXII, 42). Pero nunca se ofrece á mi espíritu con tanta claridad esta idea como cuando oigo declarar á alguno con plena convicción que todo lo considera polvo de la calle en comparación del conocimiento venturoso de Jesucristo, y que está dispuesto á dar por él todo lo que tiene, porque lo aprecia sobre todo lo del mundo. (*Fil.*, III, 7).

—¡Si yo supiera cómo llegar á esa convicción que tanto te envidió! Pero únicamente encuentro en todas partes dificultades y obstáculos. Si me hablas de su doctrina, tengo que decirte que también otros han pronunciado hermosas palabras, y acaso más agradables que las tuyas. Si invocas sus milagros, se me ocurren los hechos maravillosos é inexplicables que han llevado á cabo otros, sin que por eso á nadie se le haya ocurrido hacer de ellos lo que la fe cristiana hace de Jesús de Nazaret.

2.—Pues bien, entonces, querido mío, todavía te queda un medio por el cual, á pesar de todas las circunstancias puedas lograr tu objeto:

«El navegante que naufraga en el escollo, halla todavía una débil tabla.» (*A. Knapp*).

Mas á ti, no sólo se te ofrece un frágil madero, sino un barco que, por muy sencillo que sea, es más artístico y seguro que todo lo que pudo inventar la sabiduría humana; una nave que te llevará confiadamente al puerto de salvación.

3.—¿Cuál es?

—La misma persona de Cristo. Podrás dudar de todo, pero no te atreverás á atacar su santidad, pues no lo conseguirías. Él mismo invitó á los fariseos, que, en este caso, eran seguramente los más despiadados críticos, á que le convenciesen de un solo pecado, y hubieron de enmudecer. (*Juan*, VIII, 46). Ahora bien, el mismo cuya santidad no te atreves á atacar—y lo harías si pretendieras convencerle de mentira,—ese mismo se manifestó como Hijo de Dios, aceptó la adoración debida á Dios y afirmó su divinidad con la muerte más cruel y más afrentosa.

4. Más todavía: Dices que te es imposible creer en sus milagros, aunque sus propios enemigos confesaron que no era posible negarlos (*Juan*, VII, 31; XI, 47). Pero tendrás que creer forzosamente en su santidad y en su veracidad. Pero si es la veracidad, también será la verdad; y, en efecto, así se llama Él á sí mismo (*Juan*, X, 17). Mas si es la santidad, también es Hijo de Dios, pues como tal se declaró solemnemente en el interrogatorio público y oficial. (*Mat.*, XXVI, 64).

He aquí solucionadas todas las cuestiones.

5. Tú mismo pareces comprender que, tratándose de Él la prueba de su divinidad por los milagros, no te parece completamente satisfactoria. Verdad es que á los milagros se refiere el Señor para que den testimonio de Él. (*Juan*, X, 25, 37, 38). Sin embargo, si es Hijo de Dios, aun las más sublimes maravillas que obró están tan por debajo de Él, que más bien reciben éstas de Él su mayor gloria que no Él de ellas. He aquí por qué los milagros sólo pueden ofrecerte un motivo para creer en Él, pero debes creer en Él por Él mismo. Te dirán también que su palabra merece crédito, pues sólo ésta explica lo que es. Cristo

es único entre todos los taumaturgos, porque, con respecto á los otros, v. g., los profetas, cree uno que Dios obraba por mediación de ellos, mas, con relación á Cristo, creemos que Él mismo obra como Dios.

6. Lo mismo ocurre con su doctrina: podrás investigarla y examinarla todo lo que quieras; con ella sola no lograrás tu objeto. Él mismo ha dicho que sólo se vencerá de su divinidad el que practique sus preceptos. (*Juan*, VII, 17). Mas sólo los practicarás á la perfección cuando no trates de realizar exclusivamente su palabra escrita, sino cuando, ante todo, procures imitar su vida, es decir, á Él mismo, en cuanto sea posible á tu debilidad, y merced al auxilio de su gracia.

7. Por ahí verás que todo lo que desees contemplar en el Evangelio y en el cristianismo te conduce infaliblemente, desde la doctrina y los milagros de Cristo, á su personalidad.

Sólo hay un medio para resolver todas las dudas y penetrar todos los misterios de la Revelación; este sencillísimo remedio consiste en abandonarse con toda fidelidad á Aquel en quien se resume todo, á nuestro Señor y Redentor, el Hombre Dios, Jesucristo.

IV. El imán de los corazones.—Bastó una sola hora al lado de la cruz para que el ladrón se convirtiera; bastóle á Saulo una mirada, una palabra de lo alto. ¿Por qué continúo yo siendo la escoria opaca y dura que soy? ¿Soy, por ventura más duro que el hierro, ó se ha paralizado el brazo del Señor?

No, ciertamente; el Redentor está muy cerca de ti, y obra con su poder, ya desde cerca, ya desde lejos. Sólo tú te alejas del Señor y te mantienes cerrado ante Él. Ábrele pronto la cámara de tu corazón; acércate á Él por medio de la oración. No, tú no eres más duro que el hierro, y el Señor es un imán.

V. El verdadero maestro y educador.—1. Cuando tropezamos con uno de esos hombres que pretenden saberlo todo, con un sabio de esos que nos recuerdan las pa-

labras: «Le falta entendimiento para regir la carga del espíritu,» parece que no estamos á gusto en su compañía, pues nos hace la impresión de que no es dueño absoluto de aquello que sabe, ora porque haya lagunas en su ciencia, ora porque no sepa dominarse. En el primer caso, no le elegiríamos por maestro de nuestros hijos, y, en el segundo, lo rechazaríamos como educador de ellos, ya que del profesor exigimos que sea competente en su materia, pero del educador que sea dueño de sí mismo.

Es de esperar que, tratándose del cristianismo, no renunciemos á pretensiones tan justificadas.

Pues bien, ¿por qué entonces le reprochamos el que nos deje á obscuras sobre tantas cosas? Verdad es que el Evangelio no se complace precisamente en satisfacer nuestra curiosidad, y si tenemos interés en alimentarla, debemos recurrir á otra fuente que no sea la Sagrada Escritura. Por ejemplo, ¡cuánto y cuán detalladamente no saben explicar los libros sibilinos los últimos tiempos del mundo y su destrucción! Cristo dice de lo mismo muy poca cosa, pues cuando los discípulos le preguntan sobre el caso, responde que esas son cosas que están ocultas á los ángeles y aun á Él como hijo del Hombre (*Marc.*, XIII, 32). Lo mismo ocurre con los milagros. En los evangelios apócrifos, el Señor hace milagros de la más extraña especie, y los milagros que hay en la vida de Apolonio de Tiana ó en las *Metamorfosis* de Apuleyo, rebasan ya todo límite. Se ve que la afición á lo maravilloso perdió los estribos en aquella época. Á Cristo, en cambio, no le gusta, y aun censura con duras palabras, que le exijan un milagro. Cuando este deseo surge de una curiosidad impertinente, como ocurrió con Herodes, el Señor no se digna contestar una palabra; sólo la compasión le lleva á producir alguna curación milagrosa; y aun de estos milagros nos cuentan los Evangelistas sólo algunos casos aislados, según ellos mismos observan expresamente, y siempre los más insignificantes, como la multiplicación del pan y los peces, acompañados, además, de detalles tan vulgares y natura-

les, como el de sentarse el pueblo en fila y la recogida de los restos, que no parece sino que querían quitar al asunto todo carácter de hecho extraordinario.

3. Aquí tenemos, pues, cumplidas sin duda algunos de las principales condiciones de que tratábamos, pues tenemos un maestro dueño del asunto y un educador que sabe dominarse á sí mismo.

VI. La mayor locura.—Conocer la sabiduría y no vivir sabiamente, dice el refrán que es el colmo de la necesidad. ¿Cómo calificar, pues, á los que andan por caminos propios después de haber contemplado la Sabiduría divina en forma humana?

VII. La palabra escrita y la palabra viva de Dios.—

1. Suelen decirnos: Vosotros los católicos sois incomprensibles; hace un siglo que la crítica bíblica de tal modo se ocupa en las Sagradas Escrituras y en los Evangelios, que amenaza no dejar de ellos piedra sobre piedra, y vosotros á penas os preocupáis de semejante movimiento científico. ¡Os vais á ver perdidos!

2. Pero, amigos míos, por lo visto comprendéis muy mal la situación de los católicos. Ese peligro con que nos amenazáis es precisamente el que menos nos importa; en primer lugar, porque sería preciso no estar tan convencidos como lo estamos de que la Sagrada Escritura proviene del Espíritu de Dios mismo, para llegar á temer que la crítica, con su lengua de caracol, pudiera destruir semejante diamante; y en segundo lugar, porque la palabra bíblica no es para nosotros el último motivo de nuestra fe.

Para nosotros, el último motivo de nuestra fe es el mismo Dios y Aquel que fué enviado, su Unigénito, Jesucristo. He ahí por qué tendríamos la misma obligación de creer y la misma confianza en nuestra fe, aunque Dios no hubiera mandado escribir nunca su palabra, y aunque hoy mismo hiciera desaparecer los cuatro Evangelios de la superficie de la tierra.

3. ¡Creéis, por ventura, que es pura casualidad el que no atribuyamos tanta importancia á la lectura de la Bi-

blia, como aquellos á quienes no queda nada cuando les falta este libro?

Que nadie nos diga que esto es señal de menosprecio de la palabra de Dios. ¡Cómo hemos de desdeñarla los que creemos que ha salido de la boca del mismo Dios y la veneramos como verdad divina inspirada por el Espíritu Santo!

Pero ¿por qué no damos tanta importancia á la palabra bíblica como vosotros, que repetís con vuestros Jülicher y vuestros Holtzmann que el cristianismo es una religión de libro? Pues por la sencilla razón de que para nosotros el cristianismo es la religión de la vida; porque creemos en una palabra viva y eterna, ante la cual se queda muy atrás la palabra escrita en el tiempo. Nosotros, ciertamente, respetamos la palabra escrita más que vosotros, pero veneramos infinitamente más la palabra de Dios, que no salió de la boca, sino del seno mismo de la Divinidad; ó sea, la Palabra personal de Dios engendrada desde la Eternidad. Además, ¿qué otra cosa vamos á leer en la palabra de Dios impresa que no veamos ante nuestros ojos en la Palabra de Dios engendrada? Mientras llevemos al Redentor en nuestra inteligencia y en nuestro corazón, no tenemos por qué preocuparnos de llevar siempre la Biblia en el bolsillo.

4. Cristo es nuestra biblia, y aun más que todo eso, nuestro maestro, nuestro modelo, nuestra vida, nuestro todo. Su vida es su doctrina; su persona es su obra. Por eso nunca varía su enseñanza ni se hunde su obra; porque Cristo «es hoy lo mismo que ayer y toda la eternidad» (*Hebr.*, XIII, 8), la Palabra viva y personal de Dios.

VIII. Una palabra y todo.—Si consiguiera un sabio reconcentrar toda su sabiduría en una sola palabra, de modo que con ella se supiera todo, el mundo entero hablaría de él y de su ciencia como de una maravilla.

Nosotros los cristianos tenemos la suerte de poseer esta palabra que encierra «todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (*Col.*, II, 3); una palabra que, además, con-

tiene «todo el arte del vivir» (*Juan*, I, 4); esta palabra se llama *Jesucristo*.

Esta sola palabra fué la que estudiaron los Apóstoles, los Padres de la Iglesia, los Doctores iluminados; todo lo que ellos aprendieron y enseñaron procedió únicamente de esta palabra, pero ninguno logró nunca agotar la plenitud que encierra, como no se hará bajar el nivel del mar por mucha agua que se extraiga de él. De esta palabra sacaron los santos el alimento que les hacía crecer en toda perfección y les daba fuerzas para sus hazañas de gigantes, así como el tierno infante halla en el pecho materno fuentes de vida. Á esta palabra debió Pablo su fuego y su celo apostólico, Lorenzo su constancia inquebrantable y la virgen Inés su inocencia inmaculada. En este rico tesoro hallaron Isabel y Vicente de Paúl las sumas enormes que necesitaban para sus obras de caridad, cuando ya habían agotado todos los recursos terrenos.

Si no hubieran poseído dicha palabra, todos hubieran sido tan débiles y pobres como nosotros, que, por desgracia nuestra, tanto confiamos en nuestra propia sabiduría y en nuestras propias fuerzas. Si supiéramos aprovecharnos de la luz, de la fuerza y de la riqueza de esta palabra, seríamos iguales á ellos. No hay sabiduría, no hay vida, no hay salvación fuera de este Verbo, único, eterno y divino, que se nos comunica con el nombre de Jesucristo (*Hechos*, IV, 12).

IX. La palabra del Verbo.—¡Qué dulces resuenan estas palabras: «¡Yo soy!» en medio de las angustias de aquella noche pavorosa! Y, sin embargo, hacen caer por tierra, tanto al verdugo venal, como al soberbio guerrero. De lo alto de la cruz resuenan con acento moribundo estas otras palabras: «¡Todo está consumado!», y á su gemir doloroso, ábrense las rocas y las montañas, y hasta los cielos se estremecen. ¡Qué espanto, qué terror no producirán el día de la batalla final las palabras!: «¡Lejos de mí, réprobos!» ¡Cuántas caídas, cuánta confusión, qué aterradores descensos á los precipicios hirvientes, si palabras llenas

de dulzura y de dolor hieren lo mismo que el estampido del trueno!

Verdad es que son palabras del Verbo pronunciadas por Dios de toda eternidad.

X. El lenguaje del Verbo divino.—1. No dudamos un momento de que muchos, después de haber leído á Platón, á Plotino y aun á Píndaro, aseguren que es verdaderamente bello, grandioso é imponente lo escrito por estos hombres, y que es inútil buscar entre los escritores cristianos pensamientos tan poderosos, exposición y representación tan brillantes é imágenes tan sublimes. En cambio, no suelen contestar á la pregunta de si han entendido esas palabras de peso, esas frases interminables y esas comparaciones tan rebuscadas que usan dichos autores; verdad es que nadie se atreve á averiguarlo por consideración á sus personas, pues «se suele uno burlarse de lo que no entiende, y lo alaba por no tener que entenderlo.»

Además, la experiencia nos enseña que los escritores y los oradores que tanto se fijan en el brillo y pompa de la forma no son siempre los que se expresan con mayor claridad.

2. En efecto, es un hecho innegable que los clásicos superaron en la perfección de la forma á la literatura de la Revelación. Sin embargo, no puede menos de reconocerse, respecto de la segunda, una diferencia notable. Nadie se atreverá á negar que la exposición de los hechos en el Antiguo Testamento, sobre todo en el Pentateuco, en los Salmos, en el Cantar de los Cantares, en Isaías, Habacuc, Miqueas, Nahum, Ezequiel, Daniel y otros pertenecen á las producciones más sublimes de la literatura. Y es que entonces hablaba Dios con los hombres, á quienes, merced á su debilidad y dureza de corazón, hubo de hacer ciertas concesiones, como la del divorcio, la poligamia, el derecho de represalias, y habló por medio de mensajeros humanos que supieron hacer sus palabras más incisiva, gracias á ornamentos humanos. Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos y bajó á la tierra el Verbo mismo de Dios para

llevar á la humanidad la verdad lisa y llana y enseñarle el camino recto de su salvación, ya no tuvo necesidad de semejantes accesorios. He aquí la razón de la sencillez del Evangelio.

El Antiguo Testamento describe á Dios bajo la imagen del águila, del león, del martillo aplastador, del huracán del desierto, de la tormenta, del volcán, del terremoto, del mar embravecido; Cristo, en cambio, sólo usa sencillas comparaciones: el buen pastor, el cordero, la simiente, la semilla de mostaza, el manantial; imágenes todas que comprenden hasta los niños, comparaciones que se oyen en todas partes, parábolas exentas de artificio, de estudio y de premeditación.

3. Este lenguaje es el que sienta bien á la Majestad divina; esta actitud es la única que conviene á Dios. En un desfile oficial, los guardias de corps aparecen resplandecientes de oropel; en cambio, al emperador se le reconoce por la sencillez de su uniforme, con la que quiere indicar al mundo entero que no necesita de semejantes adornos. Cuando un orador anhela convencer á sus oyentes y hacerles aceptar su proposición, emplea para ello todas las artes del retórico. El rey, empleando idéntico procedimiento, sólo conseguiría rebajar su dignidad y el valor de su palabra; por lo mismo, cuanto más escueto y corto es su discurso, mayor impresión produce.

El Señor también ha hecho uso de este privilegio de la majestad y de la autoridad; habló como quien tiene poder y no como un sabio (*Mat.*, VII, 29). Sus siervos y sus mensajeros tienen que anunciar su palabra tal como lo exige el respeto que deben á su dignidad. Ahora bien, la verdad no necesita adornos prestados, pues brilla con su propia belleza. Así lo entendió aun Esquilo, el maestro de lo patético, cuando dijo: «La verdad habla con sencillez y sin adornos.»

La palabra de Dios es vida y verdad, y pierde su esplendor con el adorno externo, lo mismo que se obscurecería el sol si se le adornara con un manto de púrpura.

XI. El lenguaje de la vida.—1. El Cardenal Cheverus tenía por principio que el sermón debe superar en claridad y sencillez al estilo de una carta y á la conversación, puesto que á los oyentes les está vedado pedir explicaciones sobre lo que no hayan comprendido en él, ni es posible que se lo asimilen á fuerza de repetidas lecturas. El primer sermón que pronunció en inglés cuando no era más que un joven sacerdote, prueba lo mucho y bien que él mismo seguía esta regla. Para convencerse de si poseía suficientemente aquel idioma extranjero, á fin de hacerse comprender bien del pueblo, preguntó á uno de sus más humildes oyentes qué le había parecido su sermón. «¡Oh!—respondióle.—Su sermón de V. no es como el de los demás, pues en todo él no había una sola palabra de diccionario; todo se entendía naturalmente.»

2. Tampoco nuestro señor Jesucristo empleó esas grandes palabras que hay que ir á buscar en el diccionario. Al Verbo de vida sólo convenían palabras tomadas de la vida misma. En efecto, hubiera sido extraño que la Verdad misma hubiera necesitado un traductor. Esto debieran decirse todos aquellos que hablan únicamente para que se fije uno, lleno de rígida admiración, en sus frases rebuscadas y huera y en su ciencia muerta. El que se presenta como mensajero de la vida debe demostrar que lo es, hablando palabras vivas y comprensibles. He aquí por qué dan testimonio del Evangelio aquellos cuyo lenguaje parece demasiado sencillo y tomado con exceso de la vida.

XII. Jamás habló nadie como este hombre.—¿Te acuerdas del lago de Genesaret y de las muchedumbres que rodean al hombre de Nazaret? Todos salen á su encuentro, cargados de lamentos y de cuitas, pero vuelven alegres y contentos diciendo: «¡Jamás habló nadie como este hombre!» Conozco otros oradores de magnífico y vigoroso lenguaje; pero aquel Maestro, que en nada se parecía á un sabio, expresábase con exceso de sencillez, no exenta de vigor. Esto demuestra palpablemente que el pueblo decía la

verdad cuando exclamaba: «¡Jamás habló nadie como este hombre!»

—¡Bah! ¡El pueblo siempre es presa de ilusiones! Fíjate en quiénes son los que le siguen: pobres, enfermos, trabajadores, á quienes bendice, consuela y cura.

—Sin embargo, si las almas sencillas le entienden, verdad es lo que dicen: «¡Nunca hombre alguno habló como este hombre!»

—Pero, ¿qué es lo que dice?

—Sed pacíficos, sufrid, rezad, cumplid vuestros deberes.

—¿Y puede satisfacerte el que te hablen sólo de obras?

—Sí, porque son enseñanzas que sirven para la vida y animan á obrar hasta á los débiles. «¡Nunca hombre alguno habló como este hombre!»

—Bueno; conformes si hablara siempre. Pero es el caso que la mayoría de las veces calla deliberadamente.

—Querido mío, permíteme que te interrumpa; ahora sé todo lo que ansiaba saber. El hablar no significa gran cosa; el callar es lo que patentiza la superioridad del espíritu. «Nunca hombre alguno habló como este hombre.»

—¡Ay amigo mío! ¡Cuánta gratitud te debo por haberme abierto los ojos! Me has enseñado á creer sin vacilar, y á acudir á Él sin pérdida de tiempo. Pero aun antes de acercarme á Él, digo rotundamente con las muchedumbres que le siguen: «¡Nunca mortal alguno habló como este hombre!»

XIII. Enseña como quien tiene autoridad.—1. El cristianismo ejerce sobre los espíritus más influencia de lo que muchos se figuran. Nadie, á excepción del confesor, llega á comprender esta verdad mejor que el predicador. Al hablar el orador más elocuente ante un concurso impresionable, viene á ser como un artista que maneja el instrumento más perfecto y penetrante de todos los conocidos: la voz humana, con la cual logra alcanzar un éxito mucho más profundo y seguramente más duradero que el del músico. Pero si este mismo hombre se presenta en el púlpito en nombre de Dios, investido de una misión so-

brenatural, á menos de ser un actor consumado, le será imposible valerse de los mismos artificios y retóricas que creyó imprescindibles en la tribuna; y aun así, será mayor la impresión que produzca en sus oyentes, pues él mismo comprende que no va á dar á los que le escuchan una representación teatral, sino que sus oyentes son el instrumento que maneja, el instrumento más poderoso y complejo que pueda dominar un artista. Esto mismo es lo que comprenden también los oyentes.

El orador toca ante el público el órgano de su voz; el predicador toca sobre el público como sobre un órgano gigantesco. El público que rodea el púlpito merece en verdad el nombre de rey de los instrumentos, y el predicador el título de rey de los artistas. Sólo el que desde lo alto del púlpito se vea en presencia de millares de personas suspendidas de su voz, de millares de inteligencias que sumisas le siguen como los batallones que un general conduce al fuego, de millares de corazones que arrastra consigo como si fueran esclavos, sólo aquel, repito, podrá darse cuenta del poder que ejerce el sermón cristiano.

2. El mundo actual cree explicarlo todo hablando de la fuerza maravillosa de la sugestión, «pues en donde falta un concepto, se coloca oportunamente una palabra.»

Sólo el predicador que sabe ejercer también con fortuna el cargo de orador público, puede calcular mejor que nadie la inmensa diferencia que hay entre el influjo de la palabra humana y el poder que encierra la palabra de Dios. Por grande que sea el éxito que logre con el discurso oratorio, nunca podrá compararse con el del sermón espiritual. El orador mundano más famoso y elocuente no llegará nunca á tener la menor noción del peso y de la fuerza inmensa con que la palabra de un predicador de la penitencia, sencillo, pero lleno de Dios y de celo apostólico, penetra y enciende el alma como si fuera un rayo.

3. ¿De dónde proviene ese poder de la palabra del púlpito, á la que tan bien cuadran los términos que leemos

en la tumba de Lucano: «¿Sólo es verdadera elocuencia la que penetra los corazones?» La respuesta es muy sencilla. No se trata de la palabra humana, sino de la palabra viva de Dios, «más acerada que una espada de dos filos, que penetra los huesos y la médula y juzga los sentimientos del corazón y los pensamientos» (*Hebr.*, IV, 12). Esa palabra se ofrece como continuación del Evangelio y con la fuerza y la misión de Aquel de quien está escrito: «Y cuando hubo terminado de hablar, el pueblo se sorprendió de su doctrina, porque no hablaba como los sabios, sino como quien tiene autoridad» (*Mat.*, VII, 28, 29).

XIV. El poder más grande.—1. Los historiadores alaban como un ejemplo de alto valor y fuerza inaudita el que Alejandro Magno penetrara en medio de un grupo de soldados sublevados, cogiera con sus propias manos á trece de ellos y los entregara inmediatamente al verdugo. Fué tanto el asombro de los rebeldes ante aquel alarde de superioridad, que dejaron caer los brazos que sostenían las espadas desnudas y no hubo uno solo que se atravesara á protestar.

2. El Evangelio refiere que el divino Salvador hallóse indefenso en medio de una turba armada. Cuando á su pregunta: «¿Á quién buscáis?» hubieron contestado: «Á Jesús de Nazaret», luego que el Señor les contestó lleno de dulzura y suavidad: «Yo soy,» retrocedieron todos como heridos por un rayo y cayeron paralizados en tierra. Sólo cuando hubo demostrado públicamente que iba á la muerte por su propia voluntad, dejó que lo encadenaran.

¿Qué poder es mayor, y cuál más digno de Dios?

XV. La letra y la alegoría.—1. La crítica moderna afirma que Cristo se llamó hijo de Dios únicamente en el mismo sentido alegórico en que llama á sus partidarios hijos de Dios. Del mismo modo, interpreta sus milagros como actos simbólicos, por medio de los cuales quiso ocultar su conocimiento de las fuerzas de la naturaleza, su habilidad en la sugestión y la influencia fascinadora que ejer-

cía sobre los espíritus. Él mismo—añade esa crítica—estaba muy lejos de la interpretación que se ha dado después á sus palabras y á sus hechos, y sería el primero en protestar si quisieran tomarlos como prueba fehaciente de su naturaleza divina.

2. En efecto, Cristo prohibió á los demonios que hablaran de su divinidad (*Mar.*, III, 12; *Luc.*, IV, 41), y también cerró la boca á muchos de los que curó para que no publicaran sus milagros (*Mat.*, VIII, 4; *Marc.*, V, 43).

Obró así por dos motivos:

3. Primeramente aquellos á quienes se refiere esta prohibición no eran los mensajeros más adecuados para predicar la fe en su divinidad. Cuando hablaba con hijos de la verdad dispuestos á dar testimonio de la verdad, Jesús decía francamente: «El que contigo habla es el Hijo de Dios» (*Juan*, IX, 37); «Ve y anuncia lo que Dios ha hecho en ti» (*Mar.*, V, 19; *Luc.*, VIII, 39).

4. El segundo motivo de que Jesús se mostraba á menudo tan reservado era que no se hallaba dispuesto á demostrar su naturaleza y misión divinas únicamente por medio de milagros, ni á declararlas así con palabras expresas y tácitas como suele hacerse en la escuela.

No era Él de esos maestros que obran siempre del mismo modo, porque sólo conocen uno. Ante las almas rectas y sensibles capaces de entender los hechos como hechos y las palabras según su sentido literal, se presentaba como simple hecho y verdad.

Pero á los demás, que entendían la palabra de la vida como una vana parábola ó un enigma, y toda hazaña como un símbolo vacío, tratábalos por modo muy distinto y adecuado á sus personas. Lejos de inculcarles la fe por medio de la sugestión, lejos de hacerlos impotentes por medio del fascinador hipnotismo, abandonábalos á su modo habitual y preferido de pensar. Con ellos sólo hablaba en imágenes y parábolas (*Mat.*, XIII, 34; *Mar.*, IV, 34). Con los aficionados á interpretaciones alegóricas, empleaba expresiones alegóricas; ante ellos no se llama hijo de Dios, sino pie-

dra angular y fundamental, puerta, camino, verdad, vida, luz del mundo, pan de vida, resurrección y juicio final. Aquí tienen, pues, donde elegir; aquí pueden seguir libremente su afición á la interpretación simbólica, pues la alegoría misma los provoca.

5. Ahora bien, ¿qué han ganado con aprender á conocer á Cristo sólo en imágenes; como piedra angular que únicamente nos permite elegir entre edificar sobre ella ó rompernos la cabeza contra ella; como puerta única que conduce á la vida; como el que ha de despertar á los muertos para que salgan de sus tumbas; como el que ha de congregar á todas las generaciones humanas ante su tribunal? No otra cosa que la conformación absoluta y decisiva de las palabras entendidas literalmente: «Este es verdaderamente el Hijo de Dios» (*Mat.*, XXVII, 54).

XVI. Ecce homo.—¡Contemplad este hombre desgarrado y deshecho! ¿No ablandaría su rostro un corazón de tigre? ¿Hubo por ventura, desde que el mundo existe, criminal que sufriera tan crueles tormentos? ¿No parece que lleva las culpas del mundo entero? ¡Contemplad ese hombre! ¿Quién vió jamás otro semejante!

¡Contemplad ese hombre! La mentira, el odio y la envidia se encarnizan contra él royéndole el corazón y la honra, como los negros cuervos desgarran el cadáver. No hay infamia que no le achaquen, ni ultraje que no le hagan beber en copa rebosante. ¿Habéis observado en él, desprecio, cólera ó queja? ¡Contemplad ese hombre! ¿Quién vió jamás otro semejante!

¡Contemplad ese hombre! La maldad, exhausta, se aleja, débil y avergonzada, de aquel mártir, pues aun desde una altura más elevada que los cedros que dominan valles y pantanos, y con una calma más majestuosa que la de los glaciares en medio de las tempestades, la misma majestad de su silencio parece decirles: ¡Contemplad ese hombre! ¿quién vió nunca otro semejante?

XVII. La verdadera luz.—¿Por milagro tenéis que el sol se ocultase al morir el Señor? Cuando nace por la ma-

ñana el astro del día, se ocultan las estrellas; y cuando una nube le cubre en su radiante mediodía, parece que quiere decirnos: «¿Qué necesidad tenéis de mi luz, si poseéis ya la verdadera luz?

XVIII. Los negadores de la redención del mundo.

—1. Á los que niegan la redención del mundo por la muerte redentora de Cristo, podríamos echarles en cara que se hacen culpables de varias faltas: de incredulidad respecto á la palabra de Dios, de ingratitud con la misericordia y de embotamiento para con el amor de Dios. Pero estos reproches atañen á virtudes tan delicadas, que no hacen mella allí donde, con Strauss, se injuria la doctrina cristiana de la redención, llamándola verdadero nido de las más toscas opiniones y de un modo de ver propio de bárbaros.

2. Hay ahí dos cosas imperdonables, aun desde el punto de vista de la doctrina del derecho y de la sociedad. Los negadores creen haber acabado con la ley del pecado original y de la redención repitiendo la sentencia insípida del racionalismo: «El que comete una falta debe expiarla. ¿Cómo han de sufrir todos por uno y uno por todos?»

Con esto empiezan por negar la ley fundamental de la vida pública, la unidad y solidaridad de la especie, en una palabra, la sociedad misma (Veáse cap. 12, XV; 23, VIII).

No es de extrañar, pues, que ofrezcan miras tan estrechas sobre la justicia, tanto privada como pública; de lo contrario, habrían de verse penetrados de profunda veneración ante el grandioso pensamiento que sirve de base á este misterio, ante el pensamiento sublime de que el deber de la satisfacción, incluso el de la expiación pública por el derecho hollado en público, es tan difícil, que Dios mismo se ve obligado á encargarse de él allí donde el hombre se halla incapacitado para cumplirlo.

3. Luego habrían de convencerse también del golpe profundo que recibe tanto el orden privado como el público con la negación de este dogma, y confesar que no hay nada tan adecuado como la doctrina cristiana de la Reden-

ción para imprimir en el hombre el sentimiento de la santidad del derecho.

XIX. Jesús de Nazaret.—Los hombres saben lo que hacen cuando niegan, á Aquel que es principio y fin de nuestra fe, el nombre de Cristo, llamándole simplemente Jesús de Nazaret; pero no se percatan de que, aun así, dan testimonio de la verdad. Niegan que el Padre le haya ungido Rey de todos los pueblos, pero reconocen que es el Salvador y Redentor de todos los hombres. Este título, conquistado á fuerza de tantos trabajos, es imposible arrancárselo, porque es su propio nombre. El otro, que pregona su propia grandeza, sólo lo eligió como sobrenombre. Que se lo reconociesen ó no, le preocupaba muy poco, al parecer, porque no buscaba su gloria (*Juan.*, VIII, 50). En cambio, se cuidó mucho de que nadie pudiera pronunciar su verdadero nombre sin confesar que «no hay salvación sino en el nombre de Jesús; no hay otro nombre bajo los cielos por el que puedan salvarse los hombres» (*Hechos*, IV, 12). Todo lo entregó, á todo renunció, hasta su honra, á todo, menos al derecho de que hasta sus enemigos tengan que llamarle el Redentor, el Salvador, la única esperanza del mundo.

XX. Dulce y amarga penitencia.—Todo lo que inventaron los hombres para saciar su furor, todos los salvajes placeres de la voluptuosidad que enardecieron su sangre, hubiste de llevarlos tú, Señor, para expiar nuestras culpas. Cada una de nuestras iniquidades te embriagó de hiel; cada gota de nuestras dulzuras te costó una gota de sangre. Amargo fué para ti expiar lo amargo, pero más amargo aún expiar lo dulce.

¡Señor, tú que bebistes hasta las heces el cáliz de amargura, y que para pagar nuestros culpables placeres te hundiste en un mar de sangre, enséñame á huir de lo dulce y á expiar las iniquidades y las delicias!

XXI. Ecce Agnus Dei.—El hombre, en su sed de salvación, cogía en otro tiempo un cordero sin mancha, colocaba sobre él sus manos, para que hiciera sus veces mientras confesaba sus pecados, y luego le cortaba por sí

mismo el hilo de la vida diciendo: «Sólo por la muerte puedo esperar mi salvación; me lavaré por medio de esta sangre inocente del cieno de mis pecados; mas ¿quién me asegura que así he de abrirme las puertas del cielo? Ofrezco, verdad es, sangre inocente, pero es la sangre de un cordero.»

Dios vió entonces la necesidad de los hombres, y lleno de misericordia para con el mundo, envió á su Hijo Unigénito, para que lo salvara. Cargó con todas las culpas de los desgraciados: la vergüenza, el dolor y la muerte, amarga recompensa del pecado, y exclamó mientras en la mano esgrimía la cuchilla fatal: «¡Lavaos ahora en esa sangre que cae del madero de la cruz. No hay sangre que mejor pueda santificar y purificar al hombre, ni que más con él me reconcilie, que la derramada por el Cordero de Dios!»

La humanidad bañóse en ella llena de alegría, y así vive ahora en la paz de Dios. Sólo allí donde, falta de fe, holló esta sangre con sus pies, vese de tal modo despojada de todo consuelo y buen consejo, que contra sí misma y con violencia dirige su propia mano, por cuanto la muerte de los animales no puede procurarle el descanso. Así va en aumento la corriente de sangre humana, como olas sin dique. ¡Oh mortal, sólo te resta morir en tu propia sangre, si no quieres vivir en la sangre del Cordero de Dios.

XXII. El Señor y sus santos.—Nos acusan á los católicos de que, con frecuencia, veneramos más á los santos que al Señor. Formulado así, el reproche es falso, porque no ponemos su culto por encima del del Hijo de Dios. Sin embargo, en el fondo hay algo de verdad, pues el Salvador mismo nos dió el ejemplo sobre este punto. Como nosotros glorificamos á nuestros santos, los glorificó el Señor más que á sí mismo. Como teatro de su obra eligió el pequeño país de Judea, ó mejor, la apartada Galilea; sólo para morir eligió la capital, Jerusalén, por cierto hartos insignificante entonces. Las sedes del poder, de la riqueza y de la cultura: Grecia, Italia, Antioquía, Alejandría, Atenas, y sobre todo, la capital del universo, Roma, las reservó

á sus Apóstoles. El número de discípulos que dejó al morir fué de 500, y el de los fieles con que obsequió á Pedro después de su primer sermón, llegó á 3000. Los milagros que Él hizo fueron relativamente pequeños; pero, como predijo Él mismo, «los que creyeron en Él hicieron obras mucho más grandes» (*Juan*, XIV, 12). Es decir que Él mismo y el Espíritu Santo que les envió, rodearon á los Apóstoles y á santos de mayor esplendor que el que Él había demostrado en su persona. Al reconocer esto, sólo confirmamos un hecho histórico y veneramos las disposiciones de su sabiduría.

Pero también es falso que apreciemos más á los santos que á Aquel de quien les viene toda santidad. Los honramos únicamente como confirmación de lo que Él mismo dice: «Uno es el que siembra y otro el que recoge.» Otros han hecho la labor, vosotros sólo habéis recibido el fruto de su trabajo (*Juan*, IV, 37, 38).

El Salvador es el que ejecutó la obra, y á Él han atribuído los Apóstoles y los Santos todo el fruto que cosecharon. Al dar nosotros testimonio de que dichos frutos fueron tan abundantes y ricos, sólo expresamos el convencimiento de que el Señor obró en ellos de un modo próspero y fecundo.

XXIII. Una luz y mil rayos.—Halléme ofuscado en la altura llena de sol, con la vista en suspenso y el espíritu deslumbrado. ¡Ay, si hubiera quien me orientara en esta confusión de maravillas! Pero ¿á qué preguntar tanto? ¿No abarco con la mirada todo el encanto que me rodea? ¿No es todo este derroche de color y de brillo una sola cosa, la bendita luz?

El verdor de los prados, el azul de los bosques, ese edificio cristalino de los glaciares, ese espejo de esmeralda del hermoso lago, las líquidas perlas de la catarata, la bóveda celeste de azul turquí... ¿no es todo reflejo del sol? Mas, ¿qué mide este trocito de terreno, qué vale toda esta pobre belleza, cuando con los ojos del espíritu se recorren las naves del mundo, al curso de los tiempos?

Allí vemos á los héroes de la fe, sólidos como el granito, y á las almas santas, puras como la nieve de las cumbres alpinas, manifestando los dones del Señor y reflejándolos en la luz del sol.

Porque así como los manantiales y los ríos surgen del mar y al mar vuelven; así como el fulgor que observo en la flor y en la perla brotan del manantial purísimo del sol, así oigo decir á todo lo que encanta mis sentidos: «¡Alaba al Señor, pues Él me adornó!»

Muchos millares de flores divinas, silenciosas y desconocidas, florecen sobre la tierra, muchos millares de estrellas santas brillan junto al trono de Dios.

Á las flores les da la magnificencia de su colorido el sol de los espíritus, Jesucristo; las estrellas convierten la noche en día, porque Jesús es su luminaria.

XXIV. Artículo de fe que no puede negar nadie.—

La ciencia pretende haber acabado con todos los artículos de la fe y con todo el credo apostólico, lo mismo que asegura haber dado fin á la divinidad de Cristo, á su resurrección, á su ascensión y á todo. ¿Es realmente verdad que haya acabado con todo? Habrá que señalar, sin embargo, una excepción: queda pendiente un artículo de fe con el que difícilmente se puede hacer algo, aun empleando la mejor buena voluntad, ya que en esto se parece á la profecía, porque pertenece á un porvenir inseguro. No hay quien haga desaparecer del mundo este artículo, por mucho que se empeñen en negarlo. Por lo cual, no nos queda más remedio que esperar el desenlace. El mal está en que todas las razones brillantes de la ciencia resultan trabajo perdido para con las restantes doctrinas de la fe, si al fin y á la postre nos encontramos con que este artículo se basa en la verdad, en la sentencia que ha de decidirlo todo: «Vendrá un día á juzgar á los vivos y á los muertos.»

XXV. Cómo se halla á Cristo.—1. Los sanos no tienen necesidad de médico; sólo recurren á él los que se sienten enfermos y ansían su curación. Pues bien, que aquellos que se reputen por sanos se nieguen á reconocer á

Cristo como Redentor; á Él le basta el testimonio de que recurra á Él el pecador arrepentido y penitente, como á su médico verdadero.

2. Cristo se hizo tan pequeño y ocultó tan cuidadosamente su gloria, que es preciso tener ojos muy penetrantes para conocerle. Aquellos á quienes los jugos impuros han ofuscado la vista espiritual, no pueden verle, ó al menos, no pueden descubrir en Él nada de particular, mientras que atrae hacia sí con fuerza irresistible á los pequeños y á los puros.

3. Los escribas supieron decir á los Magos el lugar en que debían encontrar al Señor; pero ellos no fueron á buscarle; por eso no le encontraron. En los libros no se halla más que su huella; pero su persona sólo se encuentra acercándose á Él por medio de las obras y de la vida.

4. Si la doctrina de Cristo emana ó no de Dios, sólo podrá decidirlo, según sus propias palabras, el que la observe fielmente. Si Cristo es ó no Hijo de Dios, sólo puede juzgarlo debidamente el que trate de imitarle en todo.

5. El piadoso Simeón, que se había pasado toda la vida en oración, reconoce en el débil niño al Redentor del mundo. Los fariseos, muy superiores en ciencia á Simeón, pero que con su suficiencia personal y su propia justificación se hallaban hacía tiempo alejados del espíritu de la oración, presencian los milagros de Jesús, y, sin embargo, le rechazan. La oración sencilla y humilde te acercará más á Jesús, que el conocimiento de todas las ciencias y aun el de las Sagradas Escrituras.

6. Á Dios no se le encuentra corriendo de un lado para otro, sino con la voluntad sincera y el corazón puro. Se encuentra á Cristo pidiendo sincera y lealmente lo que pedía aquel pobre padre cuando exclamaba: «Yo creo, Señor; ayuda á mi incredulidad!»

7. Nadie llega al Padre sino por Jesucristo; nadie llega á Cristo sino por Cristo mismo.

8. Lo que en los demás sería contradicción, es preci-

samente en Cristo su carácter más saliente: Él es, á la vez, camino y objeto, medio y fin.

Es el camino que recorreremos, la fuerza que nos sostiene en nuestra ruta, la patria hacia la cual nos encaminamos. Es Dios y Hombre, el primero y el último, el principio y el fin (*Apocal.*, I, 8).

9. Los antiguos solían decir que es difícil luchar con un hombre que siempre lee el mismo libro. Esto sólo puede admitirse suponiendo que en este libro se halle una suma enorme de verdad; pero desgraciadamente son muy raros semejantes libros. Sin embargo, puedo citarte un libro que encierra toda la verdad, y que tiene además la particularidad de que pueden leerlo todos, aunque no sepan el abecedario, y entenderlo todos, sin haber hecho estudio alguno. Así, pues, pon todo tu empeño en estudiar sólo este libro, el verdadero libro de la vida: la vida de Jesucristo.

XXVI. La luz del mundo.—Los pobres pastorcitos velaban en noche oscura. Ya no hay lealtad ni fe en el mundo, ni un rayo de esperanza en la bóveda celeste. ¡Qué noche tan sombría!

De pronto, se abren las nubes y surge una luz clara y brillante. Los ángeles entonan el ¡Gloria! Ya ha llegado la ansiada salvación. ¡Qué luz tan resplandeciente!

La luz del mediodía se torna en noche oscura, pues en la cruz expira la vida. El infierno lanza un grito de triunfo. ¡Qué noche tan sombría!

Mas una luz resplandeciente ahuyenta al entonces confiado sueño: la tierra oscila, tiembla el infierno, sucumbe la muerte y revive el cadáver. ¡Qué luz tan resplandeciente!

Por todas partes cruje el mundo cubierto de tinieblas. Se oscurece el sol en medio de la tormenta, arde la tierra y ruge el océano. ¡Qué noche tan sombría!

Mas de la oscuridad surge de repente una luz brillante. Los coros de ángeles, haciendo sonar sus trompetas, enarbolan la cruz ante el Juez Supremo. ¡Qué luz tan resplandeciente!

¡Oh, Señor, Tú diriges el combate de la vida en la noche sombría! Cuando nos ocultas tu rostro; cuando libremente dejas obrar la malicia del malo, ¡qué noche tan sombría!

Pero ¡qué bien combate el que posee la claridad de tu luz! ¡Oh, condúcenos á través de las turbas de los enemigos y recíbenos victoriosos, oh Tú, que eres luz resplandeciente!

CAPÍTULO IX

El Cristianismo

I. El beneficio de la Luz.—Una vez viajaba yo de noche con dos hermanas condenadas á perpetua obscuridad. Las infelices eran ciegas, pero en llegando á la ciudad, al sentir que la vidriera se iluminaba, exclamaron con voz que me penetró hasta las entrañas: ¡Mira, el gas! ¡Ay el gas, el gas!

Los paganos también gritaron llenos de alborozo en otros tiempos: ¡Luz de Cristo, ven acá!

Pero nosotros, nacidos en medio de tan clara luz, hace ya tiempo que ni hacemos caso de ella.

II. La demostración del cristianismo.—1. En una revista protestante se censura nuestra obra *ORÍGENES DEL CRISTIANISMO*, diciendo que adolece del defecto común á la apologética católica; ó, en otros términos, que pasa por alto lo más importante, mejor dicho, lo exclusivamente interesante, la persona de Cristo; puesto que sólo por medio de ésta puede probarse el carácter sobrenatural y el origen divino del cristianismo. Por lo cual, afirma el crítico, los teólogos protestantes la presentan siempre como demostración y prueba del mismo.

2. ¡Cuánto nos alegraríamos de que llegase el día en que pudiéramos aceptar literalmente esta última frase! ¡Con cuánto placer no acudiríamos á la teología protestante á reanimar nuestra fe y nuestro amor á Cristo si supiera decir con más decisión, más calor y más claridad, lo que nosotros nos hemos esforzado en expresar ⁽¹⁾, esto

(1) Véase *El arte de vivir*, capítulo octavo, párrafo III-VIII, edición Herederos de Juan Gili.

es, que sólo hay una seguridad de salvarse, sólo una fortaleza en la fe, sólo una esperanza, un amor y un consuelo para nosotros: nuestro Señor Jesucristo, nuestro Dios, nuestro hermano y nuestro todo.

3. Pero desgraciadamente ¿quién ignora que nuestro severo censor ha ido á poner la mano en la herida abierta por la cual se están desangrando nuestros hermanos separados? Todavía hay algunos que se espantan cuando oyen afirmar á Harnack que le es imposible asimilarse el dogma de la Concepción por obra del Espíritu Santo y la doctrina de Cristo, pues el Evangelio de Jesús no habla absolutamente de un Logos, del Hijo de Dios, y que considera á Cristo como punto central de nuestra vida, es tocar la majestad y la sencillez del Evangelio. Á pesar de lo cual, nos vemos precisados á preguntar: ¿Dónde hallar un teólogo protestante que exprese, sin dudas ni segundas intenciones, que basta, mejor, que es necesario, confesar que Jesucristo es, en una misma persona, el Hijo de la Virgen María y el Hijo consubstancial del Padre Eterno, igual en naturaleza á Dios vivo, nuestra única salvación, nuestro pontífice y redentor, nuestro maestro, el modelo de nuestra vida, la norma de nuestros pensamientos y deseos?

4. Sin embargo, no sentenciamos á nuestros hermanos, ni nos metemos á averiguar de qué manera consideran hace tiempo la pregunta: ¿De quién es hijo Cristo? (*Mat.*, XXII, 42). Antes bien, sentiremos una viva satisfacción si vemos que vuelve á tener aceptación entre ellos las palabras preciosas, redentoras y dignas de ser recibidas por todos: «Y el Verbo se encarnó y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, una gloria como la del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (*Juan*, I, 14).

III. Uno y todo.—1. El crítico de que hablábamos anteriormente afirma también que los católicos, lo mismo en la apologética que en la enseñanza cristiana, tratamos de convencer exclusivamente al entendimiento y de obligarle con violencia á aceptar cierta suma de verdades

particulares. Y es que, asegura el autor, para el catolicismo, aun el bien supremo ó la bienaventuranza sólo es una propiedad del entendimiento, ó sea, la ciencia de Dios.

2. Primeramente debemos reputar por falsa la afirmación de que pretendamos imbuir, la fe, de un modo artificial en el entendimiento. En realidad, como demostraremos más adelante (Cap. Décimo, VII, VIII, y IX,) la fe es cosa de la voluntad iluminada por la inteligencia y sostenida por la gracia. Las llamadas demostraciones de la fe sólo prueban que las objeciones que se le hacen no son sólidas y que el entendimiento debe aceptar la obligación de someterse á ella, pero sin obligarle á aceptarla. Esta sumisión del espíritu á la fe depende de la voluntad, pues si alguno se empeña en no creer, todas las demostraciones son inútiles.

Esta doctrina tiene su origen en la esencia más profunda de nuestra religión. Sabido es que ésta no beatifica á nadie por su fe muerta ó su ciencia huera, sino que insiste cada vez más en que la fe ha de ser viva, es decir, que ha de ser traída á la vida por la voluntad y la acción (C. 10, XIII).

3. También es inexacto que el cristianismo se satisfaga con creer en algunos dogmas principales. Al contrario, el que acepta un artículo de fe y rechaza otro, mina en sí toda fe. El cristianismo no es una suma de verdades, ni un montón de fórmulas doctrinales, sino un todo vivo del cual no puede ser arrancada una parte sin destruir el total, así como no se puede quitar un pedazo á una bola de cristal sin inutilizarla por completo; en una palabra, no es un conjunto de enseñanzas de Cristo, sino Jesucristo mismo.

4. Por lo tanto, el que diga, con Lessing, que sólo importa saber lo que Cristo ha enseñado, que su personalidad es indiferente, no tiene noción alguna de la esencia del Cristianismo; y el que afirme con Harnack que la doctrina de Cristo no pertenece al Evangelio del Señor, no sabe lo que se dice.

En todo esto, Strauss tenía ideas más claras respecto de la verdad, porque, como había roto ya de tal modo con la fe, no tenía interés en ocultar aquello de que depende todo. Así dice muy acertadamente: «No es casualidad que la lucha decisiva sobre la fe cristiana se haya desarrollado en un combate contra la vida de Jesús. Tratándose de un poeta famoso, un filósofo ó un sabio, nos es del todo indiferente que personalmente obre ó no según sus propias máximas, sus palabras conservan siempre su valor. Del mismo modo, en un fundador de religión por el estilo de Confucio ó Mahoma, no importa gran cosa que hayan sido modelos de santidad; y aun si llegara el día en que se averiguase que Buda no ha existido jamás, no por eso perderían sus doctrinas nada de su valor é importancia. Pero en el cristianismo la cosa varía; porque la persona de Jesús no es sólo el objeto más preeminente de la misma, sino todo el resumen, toda la sustancia de la fe viva. Así como la fe sin obras no hace al cristiano, así tampoco pueden separarse del cristianismo, ni Cristo como artículo de fe, ni Cristo como ideal para la vida.» Así habla Strauss con muchísima razón.

5. Sólo hay un cristianismo y éste está allí donde se cree en la persona de Cristo y donde se vive como Él vivió. El que cree en todo lo que ha dicho Cristo, pero no en Él mismo, no es cristiano. Y si alguno—suponemos aquí un imposible—poseyera por sí mismo todas las virtudes que Jesús practicó y enseñó, pero no las tuviera por imitación de Cristo, tampoco sería cristiano.

6. Además, es absolutamente incomprensible que un hombre alcance la verdadera perfección sin la fe y la imitación de Jesucristo (*Mat.*, XIX, 21). Nombradme uno solo que haya sido santo sin Él; nombradme uno que se haya perfeccionado después de alejarse de Jesús. Decidme uno solo que se haya santificado sin haber sacado fuerzas de Cristo. Señaladme uno que no se haya sentido atraído más y más por Cristo á medida que se ha ido perfeccionando y santificando. Cuanto más santo, más estrecha-

mente unido á Jesús; cuanto más cerca del Señor, más seguridad de ser santo.

7. Sin Cristo, todo es inseguridad y vacilación, tanto en lo relativo á la verdad como á la virtud y á la salvación. El que posee á Cristo, lo posee todo (*Rom.*, VIII, 32). Así puede decirse sin exageración alguna: «Cristo Jesús uno y todo.»

IV. La antigua y la moderna crítica de los Evangelios.—1. La moderna crítica de los Evangelios se reduce, la mayor parte de las veces, á disquisiciones que, para expresarnos en términos vulgares, sólo parafrasean el dicho: «¡Qué lástima no haber vivido en la época en que nació el cristianismo! Aquellos tiempos eran demasiado ciegos y faltos de discernimiento para comprender toda su nulidad! ¡Nosotros hubiéramos acabado con él desde su origen!»

2. Mas nosotros les preguntamos: ¿En qué tiempo apareció el cristianismo? ¿en medio de qué sociedad dió comienzo á su actividad? Si hubiera hecho las primeras tentativas de establecimiento en siglos remotos y entre pueblos cuyo grado y circunstancias de civilización nos fueran desconocidos, como ocurrió con el budismo y el parsismo, se explicaría esta manera de pensar. Pero aquí trátase de una cultura, de una sociedad y de una época que conocemos mejor que todas las restantes de la historia. Pues es indudable que estamos mejor enterados de la historia de los Césares que de la Edad Media, y aun de la época de la Reforma.

3. Pues bien, para los que saben comprenderla, es esta una de las maravillosas disposiciones de la Eterna Sabiduría, por la cual quiere demostrarnos que ella conduce los pueblos y los tiempos como el pastor sus ovejas.

Merced á esta coincidencia, pueden aplicarse hoy en día al crítico del Evangelio las palabras con que el Señor respondió á sus jueces: «He hablado en público ante el mundo, y no he enseñado nada en la obscuridad.» (*Juan*, XVIII, 20.) No sin razón se apoyaron ya los Padres de la Iglesia más antiguos, como Tertuliano é Ireneo, en que el cristia-

nismo no tiene doctrinas ocultas, sino que todo aquel que desee enterarse de él, conocerá la verdad entera. El Evangelio había de demostrar su poder sobrenatural, no por caminos ocultos y tretas políticas, sino combatiendo y derribando en lucha abierta á su adversario el paganismo.

4. No por eso menospreciaban los cristianos, en sus enemigos, la civilización greco-romana, pues, de lo contrario, habrían rebajado su propia causa y renunciado á la verdad y á la justicia.

¿Pero de dónde sacan los enemigos del cristianismo el derecho para desacreditar la civilización de los griegos y de los romanos? En ciertas circunstancias suelen adjudicar á los antiguos una perfección que rebasa todo límite; pero en cuanto se trata de explicar la extensión de la nueva doctrina, no les da cuidado rebajar á sus tan ensalzados paganos en la misma forma desmedida. Ambos extremos son exagerados. Sólo es verdad una cosa, que por la época en que Jesús y Pablo predicaban, había alcanzado la cultura profana en el imperio romano una altura como suele verse pocas veces. La historia de la civilización no cuenta hasta ahora sino dos épocas que puedan igualarse á la de Augusto: la de Pericles y la de los Médicis.

5. Es cierto, por lo tanto, que ya aquellos tiempos tenían capacidad suficiente para examinar las doctrinas del cristianismo, para analizar y refutar las debilidades que pudieran hallar en él, suponiendo que fuese hacedero el extenuarlo. En esta parte, los griegos eran sin contradicción maestros consumados. Y aun fué admirable disposición de Dios que la doctrina de su Hijo hubiese de ser sometida primeramente al análisis de este pueblo, y precisamente en aquel tiempo, y que sólo después de haber recibido certificado de madurez de manos de los helenos, entrase á figurar en el mundo. Es verdad que entonces ya se habían despojado los griegos del espíritu y de la gravedad de sus antepasados; pero en punto á pedantería y enrevesamiento de palabras, así como en el arte de embrollar las cuestiones y la justicia, lo mismo que en el de disputar y

criticar, nunca hallaron quien los igualase. En todas estas cosas, á Dios gracias, tendrán que aprender mucho todavía, para ponerse á su nivel, todos esos académicos y catedráticos que se figuran haber sido los primeros en hacer florecer la crítica de los Evangelios. Pero no era sólo difícil sorprender á los sabios, sino que todo el pueblo participaba de la agudeza y penetración de ellos. Los griegos eran tenidos en ese punto en malísimo concepto por los romanos, más toscos, pero también más honrados, pues solían decir: nadie engañará á un griego, pero para no ser engañado por éstos necesita uno estar muy seguro de sí mismo. Aun hoy dice un refrán, sin duda con alguna exageración, que un griego da quince y raya á tres judíos. ¡Cuántos millones de judíos hubieran sido, pues, necesarios para engañar á todo el pueblo!

6. Pues bien, si doce judíos, faltos de cultura, llegaron á dominar una sociedad como aquélla, ¿no es prueba suficiente de que representaban un poder superior? ¿No ha de decirse de su fe lo que se decía de su Fundador: «Ved, habla en público y no saben qué contestarle.» (*Juan*, VII, 26.)

V. Anno Domini 64.—¿Por qué corre el pueblo, engalanado con sus ropas de día de fiesta? ¿Qué se celebra en el mercado y en el consejo? ¿Por ventura se ha vuelto á casar Nerón ó ha incorporado Thule á su imperio?

—¿Pues qué, no ves allí á los cristianos, gente llena de hechicerías y de crímenes, cómo son arrastrados al anfiteatro, encadenados como fieras? No faltes á la fiesta, que será un espectáculo magnífico. No faltará á ella ninguna persona de posición, pues asiste toda la corte y todo el pueblo.

—Ayer estuvimos nosotros, el abuelo, la mujer y los niños, pero nos aburrimos todos hasta desencajarnos las quijadas á fuerza de bostezos. ¡Sólo hubo un sacerdote anciano y tres leones!

—Pues hoy, figúrate qué magnificencia: ¡los cristianos harán de luminarias! Van á envolverlos en cáñamo y pez y

luego arderán como hachones. La doncella que dará comienzo á la fiesta ha excitado la cólera de Nerón, pues éste solicitó sus favores y ella... es esposa de Cristo. Será, pues, ella la que arderá primero; encenderán luego á los que arrastra tras de sí: hay que dar un ejemplo al mundo de lo que gana con sus resistencias. ¿Qué murmuras? Espero que no te atreverás á juzgar á Nerón. ¿Dices que hay en esto exceso de crueldad, que es un juego injusto? El Emperador lo dispone, y eso basta; lo que él rechaza, lo conceptuó engaño; lo que él exige, lo creo ley, y así huyo prudentemente de la red de la duda. Los cristianos son un pueblo aparte, al que no se parece pueblo alguno. Pues bien, ya que no pertenecen á la especie terrena, deben ser castigados con justicia más severa. ¿Por qué se atreve ese odioso pueblecillo á hundir el puñal en el corazón de todo el mundo y á hablar de la pureza de la conciencia? ¿Quién puede escucharlo con tranquilidad?

VI. El testimonio del silencio.—1. Hay muchos escritores que se admiran de que sus colegas de la época de los Césares hablen tan poco del cristianismo, y muchos se sienten inclinados á sacar en consecuencia que el número y la importancia de los cristianos debió ser sumamente reducido, pues de otro modo hubieran llamado más la atención general.

2. Ahora bien, este hecho demuestra únicamente que los hombres y los literatos de los tiempos antiguos fueron lo que son los de hoy en día y los de siempre.

Aristóteles halló tan poca consideración en la antigüedad, que esto dió lugar á la extraña, aunque generalizada opinión, de que sus obras se han perdido completamente por negligencia. Tres de los más grandes poemas, el *Helíand*, la *Canción de Roland* y el *Canto de los Nibelungos* han sido descubiertos y han alcanzado su debido aprecio en épocas recientes.

Descartes y Pascal obtuvieron de sus contemporáneos tan escasa atención, que ni á la Academia francesa se le ocurrió admitirlos en su seno. Shakespeare fué tan desco-

nocido, que hay muchos hoy en día que le discuten la paternidad de sus obras.

De modo que el cristianismo participa en este punto de la suerte de las grandes figuras de la civilización, cuya importancia y gravedad eran demasiado grandes para que el mundo pudiera compenetrarse de ellas repentinamente.

Además, si á alguno, pasados unos cuantos siglos, se le ocurriera investigar la literatura profana actual, en cuanto ésta no se haya propuesto por tema especial el combatir la fe y la Iglesia, ¿no había de sostener también que del cristianismo del siglo XIX escasamente se lograría descubrir algunos indicios seguros?

3. La cosa tiene fácil explicación. Los portavoces de la opinión pública se guardan muy mucho de hablar de aquello que no es del gusto del pueblo, su tirano; y del pueblo dice Ovidio: «Es una vergüenza, pero hay que confesar que el pueblo sólo aprecia lo que le produce utilidad.»

Los escritores están hartos de saberlo. Todo aquello que agrada y produce, que divierte al público, lo estiran y ensanchan á su sabor; en cambio, lo que no conviene al negocio, lo que no pueden dominar, lo que desagrada á todos por su superioridad, lo entierran en el más profundo silencio. Boecio hizo también la observación de que el silencio hostil de los escritores ha matado el recuerdo de algunos hombres que fueron muy célebres en su tiempo.

4. Por añadidura, dichos caballeros no suelen tener, para la vida real, ni sentido, ni corazón; temen estropearse el traje de salón poniéndose en contacto con el mundo. Sienten sólo conmiseración por aquellos que no comprenden que un hombre notable sólo debe preocuparse de los escritos de los antiguos clásicos y cronistas, pero en modo alguno de las necesidades de la vida y de la miseria de las almas. Su mayor ambición estriba en granjearse el título honorífico de espíritus distinguidos, ó sea, de indiferentes sábelotodo, que contemplan sonriendo compasivamente la lucha por las cuestiones vitales; de hombres positivos, para quienes la suerte de la humanidad sólo tiene

el atractivo de servir de tema para un artículo ingenioso. El entrar más detalladamente en semejantes pequeñeces, lo juzgan propio de espíritus mezquinos. «Un alma distinguida — dice en nombre de todos ellos el desgraciado Nietzsche— vive del egoísmo, y nada puede turbar su convencimiento de que á un ser como ella deben servir todos los demás seres; sólo las almas serviles se rebajan hasta la miseria de los demás, porque no entienden que todo interés en el dolor y el bien ajenos, todo servicio á los demás sólo conduce á rebajar la nobleza humana.»

5. Lo mismo ocurrió en tiempo de Cristo. Los ciegos recobraron la vista, los tullidos el uso de sus miembros y los muertos resucitaron á la vida; á pesar de lo cual, sólo los pobres comprendieron la palabra salvadora, y hasta hubo de llamarse bienaventurado al que no se escandalizó de ella (*Mat.*, XI, 5, 6). La gente vulgar salía de los sermones del Señor diciendo: «Así no habló nunca hombre alguno» (*Juan*, VII, 46), y los grandes maestros respondían: «¿Cómo ha de saber éste algo de las Escrituras, si no lo hemos formado en nuestras escuelas para sabio de profesión?» (*Juan*, VII, 15). Con esto quedaba sentenciado Él y su doctrina. Además ¿qué podía ofrecerles, Él, que sólo sabía hablar de verdad, de justicia y de penitencia? ¿No poseían más ciencia que Él? ¿No eran hartos justos? ¿Para qué necesitaban la penitencia? El Señor se rebajaba hasta los pobres y los enfermos y atraía á sí los oprimidos por la miseria; con esto Él mismo se excluía del círculo de ellos. De un hombre que de tal modo se envilecía, sólo podían decir: «¿Hay una sola persona culta que se acerque á Él? No, sólo le sigue el populacho necio y maldito» (*Juan*, VII, 48, 49).

De modo, que no hacían caso de Él por considerarse superiores al pueblo ordinario que creía en su palabra. Y no es que no les preocupara, pues bastantes cuidados é insomnios les proporcionó. Sólo que con un silencio afectado pretendían hacer comprender que era demasiado insignificante para que ellos se dignasen ocuparse de seme-

jante persona, por la misma razón que, en idénticos círculos, se evita hablar de deudas cuyo pago apremia, ó de muerte y eternidad. Sería una falta de urbanidad perturbar la animación de una sociedad tan elegante con el recuerdo de semejantes cosas.

Siempre los mismos hombres y los mismos fenómenos. En aquellos tiempos, se hubiera tenido por una gran falta de cultura y delicadeza de sentimientos, el haberse ocupado de la eternidad de Cristo y de su obra. Hoy en día, sería interpretado en la misma forma.

6. En realidad, debe ser considerado este silencio como uno de los testimonios más elocuentes del poder de la verdad. Se prefiere siempre enterrar en el misterio todo aquello que nos causa un secreto pavor; se espera así adormecer por el silencio al molesto predicador, entendiendo harto bien que con réplicas no se lograría hacerle callar.

VII. La ilegalidad, privilegio honroso del cristianismo.—1. En la historia del cristianismo hallamos con frecuencia la disposición de que no debían ser descubiertos los cristianos, pero si eran denunciados, que cayese sobre ellos todo el peso de la ley.

2. Basta indicar esto para que se subleve en el hombre todo sentimiento natural de justicia. Por eso exclamaban los Padres de la Iglesia, rebotando indignación: «¡Una de dos! Ó somos criminales, en cuyo caso debemos ser perseguidos, pues de otro modo el poder del Estado se hace á sí mismo responsable de los crímenes que nos imputan, ó somos inocentes, y entonces es injusto que nos denuncien, y aun es mayor la injusticia de que nos condenen únicamente por ser cristianos.»

3. Semejante procedimiento es aun más incomprensible para el juriconsulto, pues desde su punto de vista, sólo puede ser denominado monstruosidad jurídica, doblemente inexplicable en la historia del pueblo romano, que gozaba de gran delicadeza de sentimientos en lo tocante al derecho y á la justicia.

Al prohibir terminantemente á las autoridades todo gé-

nero de investigación oficial y hacer depender su intervención de la delación particular, declaró el Estado que la confesión del nombre cristiano era exclusivamente cuestión privada; por consiguiente, un asunto que sólo podía ser perseguido por particulares ó por el procedimiento civil.

No nos proponemos detallar los abusos á que esto pudo dar lugar y á que dió, en efecto, según atestigua la historia. Todo ello estaba admirablemente encaminado á servir intereses particulares; pues está en la naturaleza de las cosas que, basándose en esta ley, un hijo deseoso de heredar á un padre severo, un calavera codicioso de la mujer ajena ó un pretendiente desdeñado por una heredera joven y guapa, delataran en esa forma á sus víctimas. Sin embargo, todo esto hiere más la delicadeza de una conciencia no jurídica que al mismo jurisconsulto.

Lo que desconcierta á éste es la disposición inaudita de que la causa que debía seguirse por procedimiento civil, fuera considerada como crimen de Estado, en cuanto era presentada la denuncia, y que, para llenar la medida, se sentenciase al acusado con desprecio absoluto de todas las formas del derecho, es decir, sin haberle incoado un proceso. El acusador no tenía que aportar prueba alguna, ni el acusado someterse á interrogatorio; sólo debía declarar su nombre, su profesión y sus creencias; era atormentado para que confesase lo que ya había declarado voluntariamente; en vez de exigirle una declaración, se le quería obligar, por medio de la tortura, á lo que la ley no daba derecho alguno, y con amenazas de muerte, á que se retratase de lo que había confesado. Si no renegaba de lo que era, se le ejecutaba con pena extraordinaria é ilegal. No se le concedía consejero jurídico, ni defensor, pues la sola existencia del acusado era considerada simplemente como delito de alta traición (*Eus., Hist., Eccl.*, V, 1) y castigado en consecuencia. Si esto no es trastocar la ley, hasta el punto de mofarse de todas las ideas de jurisprudencia y suprimir la legalidad, que venga Dios y lo vea.

4. Y así seguimos desde los comienzos de la Iglesia

hasta nuestros días. Verdad es que en la culta Europa ya no se habla de persecuciones de cristianos, sino de luchas eclesiásticas ó *Kulturkampf*. Pero si «los nombres varían á menudo, no por eso varía la cosa.»

Y, en efecto, la cosa no ha variado. No hace mucho que el autor de una persecución parecida hizo saber en secreto á un gran dignatario eclesiástico que no abandonase su refugio seguro, para no caer en manos de los esbirros que le acechaban y que él mismo había apostado para que lo prendieran. Bien fuese porque, por razones políticas, desearse evitar las consecuencias de una violencia en la persona de un príncipe de la Iglesia, ó bien porque en un momento de magnanimidad personal quisiera salvar al obispo, que al fin sólo había cumplido con su deber, el hecho es que despojó á la ley, que él mismo había hecho proclamar poco antes, de todos sus efectos penales.

5. ¡Cuántas veces no ha ocurrido lo mismo ó algo parecido en estos últimos años de confusión! Dificilmente puede uno figurarse mayor desigualdad legal que la que reinaba entonces. En algunas comarcas, sobre todo en las grandes capitales, donde los empleados del Estado gozaban de mayor grado de cultura y mayor amplitud de miras, todo siguió su curso acostumbrado á la vista de las mismas autoridades; lejos de entregarse á inquisiciones vejatorias, se mostraban muy disgustados cuando la vil delación los forzaba á emplear las obligadas medidas de rigor. En cambio, en villorios y ciudades apartadas, donde se mide la seguridad legal por el número de ratones que se destruyen en un verano á costa del Estado, y en los círculos oficiales de esos empleados aduladores y mezquinos que tratan de recomendarse á sus jefes por medio de una severidad brutal con viudas mendicantes ó infelices que, muertos de frío, sustraen de los bosques algunas ramas secas, se organizaban verdaderas batidas de sacerdotes cuando se sabía que algún moribundo esperaba sus consuelos. Volvió á ocurrir lo mismo que dijo Augusto Schlegel: «Fugitivos, celebraban sus reuniones de noche,

en cuevas y sepulturas, donde los enmudecidos por las amenazas de los tiranos sólo murmuraban himnos santos y plegarias en voz baja.»

En muchos puntos se colocaron delatores y escuchas oficiales con obligación de asistir á los sermones. También se admitieron delaciones de algún adúltero ó borracho enemistado con el párroco; y aunque el acusador gozara de pésima fama y su denuncia llevara el sello característico del rencor personal, se le atendía con la mayor solicitud, y se incoaba proceso al denunciado; por lo regular, la acusación ya entrañaba la sentencia, procedimiento judicial idéntico á los seguidos en los primeros tiempos de la persecución de los cristianos.

6. Los enemigos de la Iglesia no han variado, pero tampoco ha cambiado la Iglesia. Puede decirse de ella lo que solían repetir los primeros confesores del cristianismo á imitación del pueblo de Israel: «Nuestro Dios no es como los demás dioses; de ello son testigos nuestros enemigos» (*Deut.*, XXXII, 31).

He aquí la razón de que se cumplan siempre las palabras de Schlegel: «Los enemigos fomentan por sí mismos lo que Dios ha determinado.»

VIII. Los ídolos domésticos, antiguos y modernos.

—Un día se dirigió Raquel llena de esperanza al país de los santos, creyendo hallar en él miel, leche y después los goces celestiales. Mas del hogar paterno llevóse ocultos los ídolos domésticos, pues no quería enemistarse desde el principio y para siempre con el Señor del mundo.

El que ahora quiere conquistarse el mundo y, según dicen, entiende la aguja de marear, vende su alma al espíritu y al príncipe de su tiempo; pero como no puede saber si necesitará de Dios alguna vez, le reserva un rinconcito muy exiguo y apartado, y aun así, con el mayor sigilo.

IX. El cristianismo adecuado á la época.—¡Un cristianismo adecuado á la época y de acuerdo con la ciencia! ¡Se me pone carne de gallina de sólo pensarlo!

¿Para qué se quiere semejante jugo de dragón?

¿Es decir, que aun con el agua clara y limpia pretendéis hacer uso de vuestro arte chapucero? Ora nos ofrecéis un lenguaje de vino que nos hace sudar de congoja, ora hacéis pan con cal y arena y fabricáis cerveza con cortezas de todas clases, y curáis á fuerza de cuchillos y de fuego. Pues sabed que hasta el progreso hace enfermar.

X. Los fieles á la moda.—1. El marqués d' Argéns indudablemente creía hacer un chiste ingenioso cuando afirmaba que sus opiniones religiosas dependían de la estación. De todos modos, todavía hay gente que pretende darse aires de grandeza espiritual repitiendo el chiste del marqués.

2. La cantidad de ingenio que se necesita para vivir según estas máximas, nos la indica claramente un contemporáneo del marqués, el galante abate Pellegrín, quien, además de escribir una serie de poesías cristianas, es autor de gran número de piezas de teatro, harto libres, y quien, después de traducir una Imitación de Cristo, escribió una apología de Voltaire.

Hace mucho tiempo que nadie se acordaría de él, si sólo hubiese contado con sus producciones para pasar á la posteridad; pero su falta de carácter le hace inmortal, gracias á la sátira de Remi convertida en refrán: «Por la mañana católico, por la tarde ministrante de los ídolos; saca del altar la comida y del teatro los postres.»

3. He ahí, pues, los hombres ingeniosos que poseen el miserable arte de cambiar de convicciones según la estación del año, ó sea, según el sol y el viento, ó en otros términos, según el favor humano, la opinión pública, la corriente política ó su conveniencia del momento.

Ahora bien, en la vida ordinaria solemos evitar el trato de esa gente, que, como Rachel, varía de humor según el tiempo. ¿Qué nombre merecerán, pues, aquellos que se guían en sus convicciones por el movimiento de la veleta? Sin duda alguna serán acreedores á todos los nombres, menos al honroso calificativo de ser un carácter. ¿Y hemos de considerar semejante versatilidad é inconstancia

como signo de cultura superior, como el modo de pensar de la hombría de bien? No, mil veces no. Molière no es precisamente santo de mi devoción, pero en este caso no puedo menos de decir con él: «No conozco nada tan despreciable como el exterior estirado de un celo especioso; la venal turba de esos charlatanes que, comerciando con la propia alma, y á fuerza de sacrilegios ó de santurronería, se avienen con lo que les trae provecho, mofándose de lo que al hombre suele ser venerable y sagrado.»

XI. Cristianismo distinguido.—Primero vamos á la iglesia y luego al banquete de boda; convidamos al cura al bautizo y enterramos á nuestros difuntos acompañados de cruces y estandartes, porque el significarse como ateo resulta muy ordinario.

Nunca faltamos al respeto al cura, y rezamos y cumplimos con la pascua alguna vez. Lo que hacemos es por propio gusto; por consiguiente, que no nos hablen de obligaciones, porque ser un cristiano vulgar, resulta muy ordinario.

Es cierto que somos cristianos y cristianos de ley, pero con preferencia á esto somos gente culta y distinguida, por lo cual debe el Señor rodearnos de protección especial, porque eso de que todos seamos ante Dios iguales, nos resulta demasiado ordinario.

XII. Un privilegio especial de la fe cristiana.—1. No sólo los detractores profesionales de la fe, sino aun los teólogos archimodernos, empezando por Schleiermacher y Hase y acabando con Hossbach, Dreyer, Harnack y «muchos de la turba interminable cuyos nombres envuelve la oscuridad,» todos opinan que ha llegado el momento de abrir las puertas de par en par y de hacer una limpieza general de las antiguas tendencias de la Iglesia, si ha de conservarse al cristianismo su porvenir. Aseguran que el mundo ya no puede armonizarse con la escolástica y el catecismo, por lo cual el cristianismo debe tratar de reconciliarse con el mundo, es decir, debe despojarse de todo aquello que contradice al espíritu de la época; y á lo

que haya de conservarse, darle tal transformación que no cause espanto en nuestros delicados nervios.

2. Prescindimos de que dicha teoría amanezca acabar con la creencia en el origen divino de la Revelación, pues de lo contrario, tendríamos que poner en claro que el hombre no tiene derecho ni poder para variar lo que Dios ha dispuesto.

3. Pero aun desde los puntos de vista natural, filosófico é histórico, no puede menos de sorprendernos. Ya todo el mundo está harto de saber que hay verdades que no pueden cambiar en toda la eternidad; porque llevan necesariamente su contenido en sí mismas. Verdad es también que en nuestro tiempo, que gusta de darse pisto con paradojas, se ha llegado á afirmar que la humanidad camina en pos de una tendencia del pensamiento por la cual 2×2 ya no son 4, sino 3 ó 5, y que los milagros del espiritismo y del hipnotismo acarrearán una completa transformación de las leyes del pensamiento. Gorge Halsted anuncia triunfalmente haber conseguido demostrar la falsedad de las estúpidas antiguallas de Euclides, que así es como llama él á los fundamentos de la geometría; mas por ahora, se considera todavía como una desgracia el que algunos individuos hagan semejante especie de progresos en el pensar, y para mayor seguridad, se los suele separar del resto de la humanidad, que sigue empeñada en creer que 2×2 será eternamente 4, que lo posterior seguirá á lo anterior, que la causa precederá al efecto, que un entero es siempre mayor que un quebrado, etc., etc.

Bastaría este motivo para no considerar como sometidas á variación alguna las verdades sobrenaturales. Pero hasta el recuerdo de la historia de la civilización debiera predicarnos la reserva. El mundo ya ha variado bastante, más ¿qué ha logrado con ello? El que hasta un Víctor Hugo le haya echado el piropo siguiente: «Se vió la necedad de los hombres flotar de proyecto en proyecto, desde que existe gente descontenta.»

Y cuando realmente aparecía alguna novedad, era ata-

cada lo mismo que la verdad antigua. Sócrates y César hubieron de pagar con la vida el que quisieran superar al mundo, el primero en sabiduría y el segundo en genio y habilidad políticos. Dante tuvo que subir escaleras extrañas en busca del pan ajeno, Camoens murió en la miseria, y aun hoy en día no se sabe con fijeza la fecha de su muerte. La suerte de Colón, en cambio, se sabe con toda seguridad. Al primer inventor del vidrio le fué destruída, por mandato de Tiberio, la fábrica y los útiles necesarios; al pobre Hargreaves le estropearon los tejedores de Lancashire su máquina tejedora, y al famoso Jacquard en el siglo XIX le rompieron los hombres sabios de Lyon el telar que había inventado; Federico II rechazó la proposición que le hicieron de establecer fuentes luminosas en Sans-Souci por medio del agua y del fuego, como un proyecto quimérico, y declaró al editor de los Nibelungos que no podía conceder un lugar en su biblioteca á una obra tan exenta de valor literario. En una palabra, si los grandes hombres é inventores que superaron á sus contemporáneos hubieran tomado en consideración el espíritu de su época, nunca habría sido posible el progreso. He aquí por qué les alabamos como un mérito grande y extraordinario el que, valientes y enérgicos, no se postraran de hinojos ante ese ídolo Baal.

4. Pues bien ¿por qué hemos de pretender hacer pasar bajo las horcas caudinas de la opinión pública las más elevadas de todas las ideas, á las que, como sabemos de antemano, no ha de poder elevarse el espíritu pequeño de la multitud? ¿por qué hemos de someter á semejante vergüenza las verdades religiosas y morales?

¿En qué triste y mísero espantajo se hubiera convertido el cristianismo si en tiempos del racionalismo se hubiera sometido á tan necia pretensión! ¿Qué sanguinario Moloch hubiera resultado, si hubiera pronunciado el juramento sobre los derechos del hombre de la Revolución francesa! Los regicidas le habrían saludado entonces como carne de su carne, y acaso también los salvajes achantis, pero la

humanidad se hubiera alejado de él horrorizada. Afortunadamente, ha sabido rechazar esta como otras parecidas exigencias. Verdad es que, en cambio, ha tenido que sacrificar ríos de sangre, pero aun así se mantiene en pie, firme y sereno, muy superior á las opiniones favoritas como á las debilidades y errores de un tiempo determinado ó de un pueblo especial, siempre y en todas partes igual, porque no se asemeja á ningún pueblo en particular, eternamente invariable, porque no avanza con la época. «La ciencia se humilla ante los aduladores y verdugos; la verdad se cierne libremente sobre las eternas alturas.»

5. No es posible conceder al cristianismo mayor título de gloria que cuando se le censura por no estar al corriente ni conforme con las necesidades de la época. En efecto, el cristianismo no marcha con el mundo, porque está por encima de éste, y no es de la época, porque no tiene nada que ver con el tiempo, siempre variable y destructor: es invariable, porque es eterno.

XIII. ¿Renovación ó creación?—1. Entre los dogmas del cristianismo, difícilmente se hallará uno solo sobre el que no difieran las opiniones, siendo éstas tan opuestas y contradictorias como el agua y el fuego; de modo que, para la justa apreciación de un punto doctrinal cualquiera, basta con frecuencia colocarlo entre dichas contradicciones.

Lo mismo ocurre con el origen del cristianismo.

Por un lado, hay muchos que afirman que sólo la falta de discernimiento y la absoluta ignorancia de la sociedad por la que se difundió la nueva doctrina, hacen comprensible el que tan insípida religión adquiriese tan gran preponderancia.

Por otra parte, reconocen, con aparente generosidad y condescendencia, lo que no es posible negar: la supremacía y elevación del cristianismo. Ahora bien, para disminuir el mérito de la doctrina, atribuyen á la persona misma de sus primeros mensajeros unas cualidades extraordinarias que rara vez poseyeron, y para esquivar el re-

conocimiento de su valor sobrenatural, rodean las circunstancias naturales de aquella época de condiciones tan maravillosas, que á su lado todos los milagros resultan superfluos y aun naturales.

3. El mismo procedimiento suelen seguir con Cristo. La actividad doctrinal del Maestro de Nazaret, dicen, debió ejercer un efecto extraordinario; esto sin contar con el encanto y la seducción que debieron producir en el pueblo ordinario la majestad y dignidad de toda su persona, pues hasta los hombres cultos se veían obligados á inclinarse ante un hombre que poseía como ningún otro toda la cultura de aquel tiempo. No en balde habíase preparado á su misión durante los treinta años de retiro y silencio, y hay que considerar como una circunstancia altamente favorable el que pasara su época de aprendizaje en Galilea, aquella tierra feliz en que se confundía el Oriente con el Occidente, en que lo mejor de la teología judaica se unía á las adquisiciones de la filosofía griega.

4. He aquí una crítica de la que puede decirse: «El hombre, como el niño, se complace en formar burbujas de jabón, divirtiéndose mucho cuando ve dibujarse en ellas narices deformes.» (*Victor Hugo*, en parte.)

En realidad, vemos caminar al Señor lleno de sencillez y modestia, sin llamar la atención de nadie, fuera de la de los niños, á quienes atrae precisamente por su extraordinaria sencillez. En realidad, no vemos nada impo-
nente, nada excepcional en Él, el despreciado, el más pequeño entre los hombres, el varón de dolores (*Is.*, LIII, 2, 3.) En realidad, pasó los primeros treinta años de su vida en el taller, lo que hacía decir á los judíos, entre asombrados y desdeñosos: «¿Y éste quién es? ¿No es el carpintero?» (*Marc.*, 6, 3.) «No es el hijo del carpintero?» (*Mat.*, XIII, 55.) «¿Cómo puede éste comprender las Escrituras, cuando no ha visitado la escuela?» (*Juan*, VII, 15.) En realidad, los galileos no eran ni con mucho una raza respetada; nada bueno se le atribuía (*Juan*, I, 46), y, en razón á su tosco lenguaje, era mirada con cierto des-

dén (*Mat.*, XXVI, 73); hasta Flavio Josefo, á quien los galileos eligieron por general en sus guerras, sólo sabe alabarles una cosa, la de ser terribles camorristas. (*Bell. Jud.*, III, 3, 2.)

5. Idéntica mezcla de verdad é inventiva, hallamos en lo relacionado con la actividad de los Apóstoles y sus discípulos. Habría que renunciar á toda comprensión de lo grande y sorprendente, si no lograra inspirarnos admiración el que en tan poco tiempo hubiesen conquistado el mundo; sería preciso declararnos insensibles á todo lo sublime, si pretendiéramos poner en duda que la doctrina que predicaron obscureció la sabiduría del mundo. Pero también á esto saben poner reparos los censores, á fin de negar todo origen sobrenatural al alegre mensaje de nuestra salvación, diciendo que, por una extraña coincidencia de circunstancias, comunicóse al mundo el nuevo movimiento en el crítico instante en que éste había recogido en sí todos los gérmenes de una cultura elevada; bastaba, pues, que algunos espíritus superiores se apoderasen de ella, para desarrollar una civilización universal, contra la cual era imposible que subsistiera la antigua, dislocada como estaba. ¿Qué cosa más fácil y qué época más favorable que aquella? Habría sido verdaderamente extraño que, dadas las circunstancias de oportunidad tan inaudita, no se hubiera hallado nadie capaz de entender y de aprovecharse de la situación. El imperio romano había llenado el pozo hasta rebosar, y bastaba que un transeunte abriera el depósito para que quedara fertilizado todo el terreno, preparado ya anteriormente por el trabajo intelectual de toda la antigüedad. Así se explica sin dificultad alguna la rápida extensión y el carácter cosmopolita del cristianismo. De los romanos adoptó la penetración política, el admirable don de la gobernación y el arte sorprendente de unificar á los pueblos; de los filósofos y oradores de Atenas, la agudeza de ingenio y el gusto artístico; de los sabios de Alejandría, la ciencia, la experiencia del mundo y el espíritu de adaptación.

6. A tan ingeniosa explicación podemos aplicar las palabras de Virgilio: «Sin protectores y protección de esa especie, puede pasarse el tiempo sin sufrir menoscabo.»

Sí, en efecto, y tanto en estos como en aquellos tiempos. Porque los espíritus serenos y superiores han de formular aquí tres preguntas:

Primera: ¿Quién tuvo mayores facilidades, quién estuvo más llamado y determinado á cumplir esta misión que Séneca, el preceptor del emperador, el filósofo de la corte y del Estado, y que Marco Aurelio, el filosófico emperador del mundo? ¿Por qué hubieron de perecer tan miserablemente estos desgraciados en su primera tentativa de abrir el depósito para salvar una cultura que arrastraron consigo á la perdición?

Segunda: ¿Cómo llegaron aquellos vagabundos pescadores de Galilea á descubrir y vaciar el pozo maravilloso? Insistimos en la palabra *pescadores* sin ninguna añadidura. Que no nos vengan á moler los oídos con las evidentes exageraciones respecto de Pablo; porque ¿qué habría podido sacar éste, en punto á cultura internacional clásica, de la escuela de un fariseo de miras tan reducidas? No vale la pena que nos rompamos la cabeza investigando los conocimientos que pudo haber adquirido á fuerza de largos estudios un hombre que siempre habla con desdén de su persona, que tiene la manía de emplear todos los momentos libres en hacer cuerdas y esteras y que no admite limosna de nadie para verse obligado á trabajar.

¿Es posible que haya alguna persona que crea que, en medio de un torbellino de negocios de esa índole, pueda un hombre seguir ilustrándose científicamente? Repitamos, pues: ¿Cómo estos pescadores, publicanos y tejedores, lograron apoderarse tan por completo, según dicen, del espíritu y de la herencia de los sabios, de los filósofos y de los céesares?

Última y tercera pregunta: ¿Cómo explicar la ceguedad y ofuscación de esos gobernadores y sabios paganos que odian á los cristianos como los mayores adversarios del

orden establecido, que los temen como á perturbadores de todo desenvolvimiento provechoso, que los persiguen á muerte considerándolos como asesinos de su civilización? Sin embargo, ¿quién aceptó mejor que ellos la cultura de aquel tiempo en su forma más pura? ¿Quién halló el medio más seguro de su rehabilitación? ¿Quién dió en el mismo grado la prueba de ser los herederos universales y los consumidores del paganismo? ¿Habrá quien asegure formalmente que los antiguos fueron tan obtusos que no supieron distinguir entre progreso y retroceso, entre renovación y creación; en otros términos, entre lo natural y lo sobrenatural?

XIV. La moza campesina y la dama noble.—A menudo, al considerar la sabiduría del mundo, me ruborizaba de vergüenza pensando en la palabra divina. La primera se presenta en la plaza como los iroqueses, ostentando sus galas guerreras, cubierta de hojas de oro que suenan   cada paso. El viento hace erguir y ondear soberbias plumas de pavo real y las espléndidas colas de zorro que la adornan, y alrededor del cuello luce los trofeos robados   las antiguas generaciones.

La segunda avanza llena de timidez; apenas se la oye hablar; es tan sencilla y llana, que hasta los niños la entienden. La verdad es su único adorno, y ya sabéis cuán despojada de adornos se muestra la verdad; hasta parece avergonzada de sí misma; tal es su modestia y su reserva.

Pensando y meditando en esto hasta enardecerme el corazón, hall me de pronto perdido en medio del tumulto de la feria. Observ  entonces un grupo de mozas campesinas que, bromeando y chillando, recorrían las barracas, siendo objeto de miradas codiciosas, porque las faldas rojas y las brillantes monedas de plata que adornaban sus corpiños, dejaban boquiabiertos de admiración   los bobalicones que las contemplaban.

Cerca de las mozas pasó una dama noble, atravesando las filas—una sola dama, porque rara vez es del gusto de ellas

el festejo;—finura y distinción era el sello de su vestimenta, sumamente sencilla y desprovista de adornos; nadie la miró, nadie se fijó en ella. Silencioso y tranquilo, salí entonces del barullo avergonzándome de mi anterior vergüenza: la nobleza no necesita adornos; pero, ¿quién sabe apreciarla?

XV. La doble misión del hombre.—Cuando la censura no logra hallar un dogma especial que le permita formular un reproche contra el cristianismo, ataca en conjunto y en general las bases y la construcción del edificio doctrinal del mismo; prueba evidente de que también sus enemigos entienden algo de esa minuciosa elección y recuento de palabras y preguntas simples que tanto gustan de echar en cara á la doctrina cristiana.

Así, aseguran que al cristianismo no se le ocurrirá nunca entrar en competencia con los sistemas científicos, pues se vería perdido de antemano, por faltarle la primera condición primordial: un pensamiento fundamental unificado, del que puedan derivar y al que puedan referirse todas las demás enseñanzas; de aquí que por todas partes se vea surgir, como un hilo rojo, el dualismo no resuelto, ó más bien, la contradicción irresoluble.

En teología, ofrece la oposición de lo natural y lo sobrenatural; en el dogma del origen de las cosas, la de Dios y del mundo; en la doctrina del hombre, el reino duplicado del cuerpo y el alma; en la vida externa, la obligación de dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; en la vida interior, la lucha funesta entre la carne y el espíritu que imprime al carácter cristiano un sello de división, y arrastró á los mismos Apóstoles á exclamar desesperados: «¡Desventurado de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?» (*Rom.*, VII, 24.) Por una parte, eleva sus pretensiones á demasiada altura, y, por otra, está en absoluto pegado á la tierra. En todos los casos, adolece de falta de unidad y también de la capacidad de unir entre sí cosas que son decididamente incompatibles.

Este ataque encierra dos reproches:

El primero tiene fácil contestación; en efecto, el cristianismo no pretende en modo alguno entrar en competencia con las doctrinas científicas; no es una filosofía; enseña una sola ciencia y un solo arte, pero éstos son más difíciles y más graves que todo lo que filósofo alguno haya tratado de inculcar á sus discípulos, porque son el arte y la ciencia de la vida. Ahora bien: «La vida es un sendero estrecho, rodeado de profundos precipicios; un paso en falso y caemos al fondo del abismo.»

De poco servirán aquí todas las sutilezas del pensamiento, pues es cuestión de decir, en forma lisa y llana, con el Cid: «Demasiado precioso es el tiempo para emplearlo en palabras.»

Ved por qué dijo el Señor que sólo hay un medio para interpretar claramente su doctrina: la ejecución de aquello que prescribe (*Juan*, VII, 17). He ahí la particularidad de la Revelación, lo que la pone á la cabeza de todas las escuelas científicas. Los buenos, los que quieren reservar al cristianismo un modesto lugar en el mundo moderno aconsejándole que se siente en las aulas junto á los sabios, y que se someta á un examen para obtener la licenciatura de su erudición, harían mucho mejor en decirse á sí mismos, y á nosotros, que sólo vencemos al mundo por el valor y la fuerza de la fe (*I Juan*, V, 4), por la necedad de la cruz (*I Corin.*, I, 21) y por la verdadera santidad (*Juan*, XVII, 17).

Cristo no pensó nunca en superar á los filósofos con la erección de una escala artística de conceptos muertos; en cambio, se preocupó de todas las empresas del hombre vivo, de todas las necesidades del espíritu, del corazón, del sufrimiento, de la vida, de la muerte, del tiempo y de la eternidad. Por esto pudo decir lo que no puede afirmar ciencia alguna. «Mis palabras son espíritu y vida» (*Juan*, VI, 64).

2. Con esto ya está contestada la segunda parte de la acusación. La vida no es cosa tan sencilla que pueda solucionarse con una fórmula ingeniosa, porque las únicas

palabras que justifican toda la misión de la vida se llaman purificación, lucha y sacrificio.

Pero si cortas son las palabras, difícil es el camino que nos designan: el que no quiera emprenderlo, no llegará nunca á la puerta que conduce á la vida. Ahora bien, el saber recorrerlo como es debido, no se aprende con unas cuantas frases en la escuela, sino por medio de una cuidadosa y hábil dirección á través de esos senderos extraviados y laberínticos, desgraciadamente interminables, de las tentaciones, de la seducción de los encantos, de los horrores del desengaño, de la explotación, de la opresión; porque tenemos que arrastrarnos todos, un día tras otro, y contentos si sólo salimos con las vestiduras rotas y no nos hemos dejado en ellas, desgarrada, la piel, y aun el corazón.

3. Hablamos aquí únicamente de la vida natural, tal como la experimenta también el pagano, que no sabe ni entiende nada de un fin sobrenatural. La misericordia de Dios se dignó bajarse hasta nosotros, no sólo para servirnos de guía á través de todas las dificultades de nuestra misión terrena, sino para elevarnos sobre nosotros mismos y conducirnos á un mundo nuevo, mucho más elevado y grande que el que conocíamos, al mundo sobrenatural. Ahora bien, ello implica el deber, no de creer con la fe muerta del entendimiento, sino de vivir según ella en sincera piedad y devoción profundamente interior. De modo que es inútil pretender que todo esto pueda ser encerrado en una sola frase científica.

4. ¿Pero sabemos llenar también esta doble misión? ¿No viene á justificar plenamente esta doctrina las dificultades indicadas? ¿Cómo hemos de poder llegar nosotros á apoderarnos de lo sobrenatural, cuando tan difícilmente logramos dominar nuestra naturaleza rebelde? ¿Cómo poner de acuerdo en nuestra vida dos mundos tan opuestos entre sí? ¿No nos exponemos al peligro de no salir nunca de esa dolorosa contradicción que precisamente tanto ha hecho gemir, y á los santos más que á nadie?

Pero dejemos estas preocupaciones; se trata de la vida: «Con palabras, la vida se resuelve en aire; el pensar y el obrar son el verdadero arte de vivir.»

Intentemos, pues, vivir formalmente, ó mejor, vivir según la doctrina de Cristo. Este es el único modo de resolver la cuestión. Millares de almas hicieron la prueba, y todas las que la llevaron resueltamente á cabo, salieron triunfantes; pues en este mundo no quedaron mal paradas y en el otro se vieron recompensadas sobre toda ponderación. Cumplieron fielmente sus deberes terrenos y alcanzaron así su perfección ante Dios; fueron santos, y por lo mismo, hombres completos, hombres de una pieza. Observaron los mandamientos de Dios á satisfacción del Señor, y hasta el mundo que los juzgaba con tanta severidad hubo de glorificarlos. Todo esto les costó amargas luchas, pero el convencimiento de pelear por la honra de Dios, por su propia purificación y por un fin supremo, los llenó de tal paz y confianza, que á menudo, y muy lejos de sentir el menor desaliento, pudieron exclamar con Pablo: «Nuestro corazón está repleto de consuelo, y en medio de todas las tribulaciones, rebosa de júbilo.» (II Cor., VII, 4.)

5. Que nadie, por temor á que el cristianismo pueda tener pretensiones exageradas é incompatibles, se retraiga de luchar por su fin último. Aquí como en todo: «El esclavo que se niega á lo que no le obliga la necesidad, sucumbe al peso del temor, aun antes de haber terminado la faena, mientras que el hombre libre escala la cima lleno de gozo.»

¡*Excelsius!* ¡Arriba! El que comprenda lo sobrenatural, hará justicia á lo natural; pues también en este sentido pueden aplicarse las palabras: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, que lo demás os será dado por añadidura.» (Mat., VI, 33.)

XVI. Humanidad profana y humanidad religiosa.

—Cristianos, ¿es posible que prestéis atención formal, de oído y de corazón, á vuestra fe? ¿Es posible que os haga bienaventurados la fe, la oración, la penitencia y la con-

fianza en la gracia divina? Vaya, dejad vuestras ilusiones y repetid lo que hace tanto tiempo decimos nosotros: Á Dios sólo agrada el que es humano.

—Pues, entonces, no estamos muy distanciados unos de otros, pues eso también nos lo asegura la fe; sólo exige ésta que demostremos que lo somos, pues ella quiere obras, no palabras. Poco le importa que uno se declare santo; ella sólo hace santo al que por sus obras se santifica. He aquí la razón de que los cristianos hablemos tan poco, pues el que habla, no obra, y á nosotros nos impulsa nuestra fe á la actividad, diciendo á nuestra conciencia: La barca de bonitas palabras no os llevará al país de la vida; á Dios sólo le conquista quien es semejante á Él, el que es humano en sus obras.

XVII. Lo natural y lo sobrenatural.—1. La ligereza con que los hombres, asemejándose á ciertos juglares, aunque con menos precauciones, arrojan en torno suyo espaldas de dos filos, sin mirar donde caen, es un ejemplo palpable del reproche que con tanta frecuencia hacen al cristianismo: el de colocar al hombre en una situación violenta, diciendo que, ó bien obliga á éste á ser infiel á sus deberes sobrenaturales, ó bien le impide cumplir con su misión terrena; pero que nunca y en modo alguno llegará á servir al mismo tiempo á dos señores tan distintos.

2. Según esta teoría, habría que declarar cesantes á todos los que se casan, porque es indudable que las preocupaciones domésticas distraen más y exponen más fácilmente á faltar á la obligación, que los cuidados del alma, ya que la mujer y los hijos tienen exigencias muy distintas de las de un Dios tan bueno y una ley tan indulgente.

Ahora bien, todo el mundo considerará como una ofensa personal el que se le diga que no puede desempeñar al mismo tiempo los deberes de padre de familia y de empleado. Mas este reproche lanzado á los cristianos no es solamente una injuria, sino también una ceguedad. En efecto, es imposible cumplir simultáneamente dos fines contradictorios, como también lo es dedicarse á dos pro-

fesiones difíciles y distintas entre sí, aunque al mismo nivel, como, por ejemplo, la de literato y la de profesor, sin que ninguna de ellas sufra menoscabo. Pero cuando se trata de perseguir una misión elevada y de cumplir lealmente otra inferior, la última no sirve de obstáculo á la primera, sino que más bien la fomenta y la estimula. Así, por ejemplo, aquel que se ocupe en la cuestión social, penetrará más profundamente el asunto si se ve obligado á estudiar científicamente las leyes de la propiedad y á intervenir prácticamente en todo lo relacionado con la beneficencia.

3. Todo depende exclusivamente de que el cristiano cumpla fielmente con su misión. Su destino sobrenatural y su misión natural no se estorban, sino que se benefician mutuamente.

El cumplimiento de los deberes terrenos es su báculo, y la fe y la oración le prestan alas para superar las dificultades que acaso le hubieran hecho sucumbir sin ellas. Aquí se trata únicamente de intentarlo, pues entonces ya se cumplen las palabras: «Según lo ejecutas, van aumentando tus fuerzas.» (*Geibel*).

XVIII. Sabio cristiano y hombre.—Hay muchos hombres de ciencia que consideran incompatibles al sabio y al cristiano, probablemente en justo castigo á lo que otros tantos que no son sabios afirman, á saber, que es imposible hallar un sabio que, como hombre, se muestre útil y normal. Ambas afirmaciones son inexactas. Es muy posible ser sabio y al mismo tiempo cristiano y varón noble y digno de todo respeto; sólo que los ejemplares de tales modelos son algo escasos.

Una excepción de esta clase era el honrado y sencillo Euler. De su importancia científica no hay que hablar, pues, según la opinión general, fué uno de los más grandes matemáticos del siglo XVIII y de todos los tiempos. Mas á la vez era un hombre de trato tan encantador, que lo mismo sus compatriotas que los rusos y los franceses le rodearon del mayor respeto y veneración. Su actividad era tan sorprendente como la multiplicidad de sus

conocimientos. La pérdida de la vista no le desanimó ni disminuyó la constante lozanía de su ingenio ni á su afán insaciable de trabajo. Nunca asistió á diversiones ruidosas y brillantes, pero en el círculo de sus parientes y amigos sabía ser alegre como un niño y participar de los juegos inocentes y de las funciones de ayo de sus pequeñuelos. Nunca se enorgulleció de su sabiduría, y cuando alguno se apropiaba sus inventos, le dejaba hacer, sin mostrarse ni ofendido ni suspicaz. Reconocía los méritos ajenos sin envidia ni recelo, y si alguna acertaba á expresarse sobre algún asunto mejor que él, era el primero en alabarlo y ponderarlo delante de todos.

Para ser tal cual era, hallaba fuerzas en su sincera piedad. Estaba penetrado de la más profunda veneración por el cristianismo, y varias veces salió á la defensa de su religión. En su hogar se consideraba sacerdote; todas las noches reunía en torno suyo á sus hijos, discípulos y sirvientes, para rendir culto á Dios, y muchas veces les echaba una pequeña plática religiosa. Observaba con la mayor escrupulosidad las prácticas de sus creencias; creía en su Salvador con una confianza absoluta, y no se cansaba de dar gracias á Dios por haber enviado su Hijo al mundo para salvarnos. Al mismo tiempo, era indulgente y tolerante con los que no profesaban sus propias creencias y sólo se mostraba severo y rígido para con los apóstoles declarados de la incredulidad.

Al morir se vió la admiración que había producido en todo el mundo la nobleza de su carácter. Hasta Condorcet le alabó y ensalzó en los siguientes términos: «Euler fué uno de los hombres más grandes y extraordinarios que ha producido la naturaleza—¡siempre la naturaleza, nunca Dios!—Llevó á cabo más obras de lo que permiten las fuerzas humanas y en todas ellas se mostró independiente. Fué un hombre cuyo cerebro estuvo en continua actividad y cuyo corazón permaneció siempre tranquilo.» Del sentido cristiano de Euler no dice una palabra el librepensador, quien publicó hasta la correspondencia del difunto en

una edición mutilada, suprimiendo los párrafos dedicados por su autor á la defensa de la fe cristiana. Los incrédulos hubieran deseado despojar á Euler de su carácter cristiano, á fin de tener un gran sabio á quien poder celebrar como hombre excelente sin religión.

Pero esto no es hacedero: un hombre así no puede ser dividido en pedazos; en él todo era completo y de una pieza: el sabio, el hombre y el cristiano. Si hubiera faltado una sola de estas partes, ya no habría podido dejar tras de sí un recuerdo tan puro y limpio, sino el de tantos otros que sólo le imitaron en su sabiduría.

XIX. El temor á lo sobrenatural.—Ved al pontífice en el altar, trono de gracia, revestido de los rojos hábitos sacerdotales. ¿Es realmente el Hijo de Dios? Vedle sangrando, temblando, clavado; no es un hombre, no, es un gusano ensangrentado. ¿Por qué sigue en pie la tierra, y se apresta el infierno al asalto?

Sólo ve por todas partes guerreros dispuestos á la lucha. Las lanzas en alto, los escudos brillantes, el temor, el espanto. ¿Esperan acaso el ataque del enemigo invasor, ó quieren proteger á la víctima del sacrificio de paz para que nadie la perturbe?

Sí, en efecto; temen á un gran poder, y lo temen con razón; pero no al Dios que, debilitado por el amor, pende desamparado de la cruz, cubierto de llagas, ni á la Madre que, traspasada de dolor, pide gracia para los enemigos, ni tampoco al pequeño grupo de los amigos que, desde lejos, contemplan al Señor, tímido y desconcertado: temen á los ejércitos de espíritus que en el cielo se preparan á la lucha; 185.000 hombres mataron en una sola noche por salvar á Jerusalén; ¿qué sería de ellos, quién lograría escapar, si, sacando las espadas, vinieran á proteger de la muerte á su Dios?

Sí, en efecto, están allí para custodiar el gran sacrificio expiatorio, anunciado desde el principio del mundo para salvar al mundo del poder de la muerte. Caifás lo ha exigido y Pilatos los ha enviado; pero únicamente obedecen al plan divino, las órdenes de Dios.

Como el Señor, así está su Iglesia, siempre encadenada y despojada, vigilada estrechamente, aunque se halle crucificada y se la crea muerta. ¿Presentís también vosotros los ejércitos celestiales que le están sometidos en silencio? Pues bien, luchad á su servicio y no peleéis contra el plan de Dios.

XX. Nuestras pérdidas y nuestra fuerza.—La historia de nuestra Iglesia conoce muchos cedros del Líbano truncados y muchos ángeles caídos, desde Tertuliano hasta Lamennais y Dollinger. Al saber la caída de Lamennais, escribía el noble Ozanam: «¡Cuán castigados nos vemos los católicos por haber puesto más confianza en el ingenio de nuestros grandes hombres que en el poder de nuestro Dios! Hemos sido castigados porque concedimos tanto mérito á sus personas y rechazamos los ataques de los incrédulos con cierta soberbia, y porque, para justificarnos á los ojos de éstos, preferimos remitirlos á nuestros pensadores y poetas que á la cruz siempre eterna. Hemos sido castigados porque nos apoyamos en una caña oscilante que se nos quebró entre las manos en vez de hacerlo en la *locura* ⁽¹⁾ de la cruz. Ahora hemos de buscar socorro allá arriba, pues, para nuestra peregrinación, no basta el báculo quebradizo del orden natural, sino que necesitamos alas, las alas sobrenaturales de los ángeles: la fe y el amor. En lugar del genio, que no se ha confirmado, la gracia ha de ser nuestro guía.» Así se expresa este pensador profundo y creyente. Si apreciáramos siempre nuestra historia con igual espíritu, ni debilitarían nuestra fe las humillaciones y tribulaciones que nos acosan, ni acabarían con nuestro valor, sino que más bien nos aproximarían á Dios, curándonos y fortaleciéndonos.

XXI. El reino de Cristo y el mundo.—Cristo sólo dice: Mi reino no es de este mundo. Pero en modo alguno quiere expresar que el cristianismo no tiene nada que ver con el mundo, ni deja de vivir en él, ni de ejercer en él su

(1) Compárese dicha expresión 1 Cor., I, 21, 25.

influencia. El Señor sólo cree necesario declarar que es, por su origen y su esencia, sobrenatural. Que para lograr su fin haya de presentarse por modo visible á los sentidos y trabajar con medios naturales, no hay necesidad de especificarlo, puesto que eso se comprende naturalmente.

XXII. ¿Qué hacer? Este hombre obra muchos milagros.—Causa general extrañeza que los maestros incrédulos en la llamada ciencia de las religiones comparadas, citen los supuestos milagros de Apolonio de Tiana ó los de Mahoma y Buda, sin hacer sobre ellos ningún género de comentarios, sin burlarse de ellos, sin discutirlos ni tratar de suprimirlos á fuerza de disputas. En cambio, cuando hablan de los milagros del Señor ó de los santos, no pueden menos de soltar unas cuantas palabras más ó menos irónicas, aunque sepan guardar, por lo demás, su apariencia de frialdad y fina reserva. En los milagros citados primeramente, no cree nadie; de modo que sería una necedad ocuparnos en su refutación. Los demás los cree todo el mundo, y aun los mismos que se entretienen en refutarlos. Porque, de lo contrario, ¿á qué discutirlos? Si es verdad lo que afirman, á saber, que no hay ya persona culta que crea en ellos, no necesitan refutarlos, pues, para los creyentes incultos, ya se sabe que no escriben. Es decir, que luchan visiblemente con la propia conciencia. Por eso, al negar los milagros del Señor, vuelven á repetir las antiguas palabras de la desesperación: «¿Qué hacer? Este hombre obra muchos milagros» (*Juan*, II, 47).

XXIII. Paganismo y cristianismo.—Si nos es permitido considerar la tragedia antigua como la verdadera expresión del espíritu pagano—y es indudable que estamos autorizados para ello,—el paganismo fué «Lucha contra Dios, que la obstinación convirtió en furia, y la falta de éxito en desesperación.»

Para lograr abarcar el espíritu del cristianismo, no debemos limitarnos á las comedias cristianas, aun las mejores de ellas y menos á las llamadas novelas cristianas, porque el cristianismo es demasiado elevado y serio para

ofrecerse en forma de distracción ó espectáculo á un público desocupado. Para comprenderlo, poseemos tragedias ejecutadas con harta seriedad, de estilo elevadísimo y muchas veces repetidas, obras maestras de la realidad y no de la fantasía; me refiero á las vidas de los santos. En ellas se expresa la esencia de nuestra fe con la claridad y pureza con que no logró expresarse poeta alguno.

Siendo esto así, nos es harto fácil comprender hasta los más recónditos pensamientos del cristianismo. Entáblase entonces una lucha del hombre con Dios, una competencia por la victoria entre la generosidad divina y la humana. Ninguna de las partes quiere dejarse vencer en sacrificio y generosidad, pero naturalmente vence, por último, Dios, tanto en uno como en otra. Mas ¡qué honrosa lucha y qué dichoso sucumbir para el cristiano! El pagano es condenado, en la lucha contra Dios, y digno de piedad en su resultado; el cristiano halla en su deseo de corresponder á la generosidad de Dios el aguijón más noble de la magnanimidad, y en la incapacidad de superarla, la prenda de su recompensa en la eternidad.

XXIV. Los testigos legítimos del verdadero espíritu del cristianismo.—1. El pretexto empleado con preferencia por los que desean sustraerse á la obligación de creer, está, como todos sabemos, en que la religión cristiana—según dicen—hace á sus adeptos intolerantes y amigos de condenar á todo el mundo, produciendo con su exagerada severidad confusión y disgusto en todas partes.

2. Es fácil que los que hacen esta afirmación hayan chocado alguna vez con un maestro duro ó un siervo de la Iglesia irreflexivo; en una palabra, con alguien que, en su exceso de celo en pro de la verdad, y acaso arrastrado por su propio é imperfecto corazón, careciese de la indulgencia y tolerancia necesarias para tratar con la debilidad de los hombres. Siempre hay almas que tienen el triste privilegio de hacer la piedad dura, critica, molesta é inhumana; y suelen ser, en la mayoría de los casos, aquellas que no se han sometido nunca á sí mismas á severa disci-

plina. Basta un solo individuo de esta especie para quitar á muchos y por mucho tiempo todo gusto y sabor de las cosas espirituales.

Estamos convencidos, sin embargo, de que los que así se lamentan, habrán saboreado rara vez estas heces que tan difíciles son de separar por completo del vino puro del cristianismo, en las bodegas de esta vida terrena. De todos modos, no habrán tenido la desgracia de tropezar únicamente con esos profanadores del nombre cristiano, con los donatistas y los husitas, los puritanos y los jansenistas. También hay figuras más amables, suaves é indulgentes entre los cristianos. No es difícil distinguir los verdaderos y legítimos representantes del espíritu cristiano, entre un Knox y un Calvino, y un Francisco de Asís y un Francisco de Sales.

Ahora bien, ¿Á quién condenaron dichos Santos? ¿No es precisamente señal distintiva de todos los que se esfuerzan en seguir el modelo del Señor el que teman pronunciar un juicio sobre los demás, hasta en su fuero interno? ¿No se ven precisados á oír, por eso mismo, el que les llamen idealistas, faltos de experiencia del mundo y de conocimiento de los hombres?

3. Repito que los que poseen el espíritu de Jesucristo no condenan á nadie, ni amargan á nadie la vida. Santa Catalina de Sena se hubiera arrojado gustosa al infierno si con ello hubiera podido cerrar la puerta, para que ya nadie pudiera entrar en él. También Pablo deseó convertirse en maldición para librar de ella á sus hermanos, y seguramente no menoscabó con ello la verdad en lo más mínimo. También él sabía reprender y castigar con severidad, pero al propio tiempo amaba á los que erraban y fallaban con el amor que muestra la nodriza al niño (1 *Tesal.*, II, 7). Estos son los verdaderos imitadores de Aquel que por nosotros se tomó á sí mismo en maldición (*Gal.*, III, 13). Ellos son también los verdaderos testigos del carácter verdadero de nuestra religión, es decir, de la mansedumbre y afabilidad de nuestro Salvador (*Tit.*, III, 4).

4. Á ellos han de volver los ojos todos los que desean formalmente investigar la verdad; no les será más difícil hallar la respuesta á la pregunta: ¿Dónde está la luz de los ojos, el consuelo del corazón? ¿dónde hallar la salud y el camino de la salvación?

¿Hállanse allí donde se desprecia al que dijo: Misericordia es lo que quiero y no sacrificios; no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores (*Mat.*, IX, 13); ó bien allí donde se adora al Hijo del Hombre como Hijo de Dios, que vino á buscar y salvar á los que estaban perdidos? (*Luc.*, XIX, 10).

CAPITULO X

Religión y fe

I. ¿Quién tiene necesidad de fe?—«Que nadie exija de nosotros que nos sometamos al yugo de la fe, pues nos bastamos á nosotros mismos, poseyendo como poseemos salud y riquezas. Bueno es que el pueblo siga rezando y confesando, porque si alguna vez reniega de Dios, atacará nuestro bolsillo y nuestra vida.»

¿Es decir que os figuráis que la fe es una policía secreta que sólo oprime á los pobres y no molesta á los ricos? No, en manera alguna: si la religión es justa, lo es para todos; si es parcial, socava el derecho. Si hay quien la necesita más que nadie, será seguramente el más débil. Pero, decidme: ¿quién es aquí el más débil? ¿quién está más en peligro? Débil es el pueblo, hartó lo sabemos, pero en modo alguno más débil que los demás, porque tiene en el trabajo y en la miseria dos genios tutelares que velan por él. En cambio, los que se ven inducidos al pecado por esa trinidad demoniaca: riqueza, voluptuosidad y poder, están en inminente peligro. Si aun el pueblo necesita del temor de Dios como de un tercer muro protector, decidme: ¿quién os salvará de esos tres enemigos?

II. Crimen contra el tesoro público.—Los que intentan despojar á la humanidad de su fe en Dios y en una justicia eterna, ante la cual se borra toda distinción, conocen muy mal el estado del mundo, ó al menos, les importa muy poco la cantidad de miseria y de angustia que hay en él; de lo contrario, difícilmente se avendrían á privar á los hombres, con tan incalificable ligereza, del único apoyo que los sostiene en medio del peso de la vida.

Mas quizás no sepan lo que pasa en el mundo. Entonces tanto peor: la vida es una peregrinación peligrosa y molesta; la vida es una lucha constante y pesada.

En nombre de la humanidad errante, dice el Schi-King: «El camino es ancho, el camino es largo. ¡Qué pesada y penosa se me hace la caminata! ¡Quién me dará en el viaje bebida y alimento?»

Y en cuanto á lo referente á la guerra, todos conven-
drían en las palabras: «Asesino es el que envía el ejército sin guía, sin alimentos y sin armas.»

¿Qué hacen, pues, los que roban á la humanidad sus pertrechos? ¿Qué les queda á los miserables si se les priva del único consuelo que los alienta en su continua y vana lucha por mejorar su situación, bajo el peso insop-
table de las cargas públicas? ¿Qué resta á los pueblos des-
graciados á quienes sólo el temor de Dios preserva de la rebeldía y de la cólera? ¿Qué resta á la humanidad entera sino convertir á la paciente virtud en violencia destructo-
ra, pulverizar el mundo y tratar de resarcirse, á fuerza de crímenes y excesos, de tantos sacrificios estériles?

Ahora bien, todo el que atenta al bien público es trata-
do como criminal contra la sociedad, aunque sólo haya hur-
tado cebada y municiones de boca para las necesidades de la guerra. ¿Y ha de quedar sin castigo el que roba y sa-
quea el verdadero y espiritual tesoro del Estado, esto es, la fe, base del orden, manantial de paciencia y sumisión, condición primordial de toda virtud pública?

III. Lo terreno y lo ultraterreno.—1. Una de las razones principales con que se trató de justificar en otro tiempo la lucha contra la religión fué la de que es imposi-
ble desarrollar el espíritu humano de una manera unifor-
me, ni satisfacer el corazón del hombre, educando á la hu-
manidad en esa especie de sistema dualista que nos invi-
ta á tener un ojo fijo en lo terreno y el otro en lo ultra-
terreno, á caminar con un pie en esta parte y el otro en la parte opuesta de un precipicio insondable.

2. Actualmente, esta táctica ha pasado de moda. Sólo

los autores que se alimentan del agua cenagosa de las cisternas abandonadas, la resucitan de vez en cuando.

Acaso hayan llegado á comprender los incrédulos que, obrando así, se cierran á sí mismos la boca. El cristianismo, no sólo nos asigna una misión doble, sino triple, aunque todos sabemos que, no por eso, carece de la uniformidad y unidad correspondientes. Esta triple misión consiste: en procurar la gloria de Dios, en cuidar de nuestra alma, y en trabajar por el bien espiritual y temporal del prójimo. Por lo tanto, si arrancamos del corazón del hombre la religión, sólo nos quedarán dos campos de acción: el propio individuo y la humanidad.

Si, por lo tanto, fuera verdad que el hombre no puede realizar dos empresas, sólo nos restaría repetir con Stirner y Nietzsche: «¿Qué me importan á mí los hombres? Si el mismo Dios me tiene sin cuidado, menos he de violentarme por un mundo loco. Yo soy mi propio dueño, y fuera de mi persona, no hay nada que me preocupe; el mundo sólo me sirve de instrumento para mis fines, pero no se me ocurre hacer nada en su obsequio. Que las almas serviles, los seres mezquinos se sometan á su yugo; yo me considero como un *superhombre*, yo soy el único que existe, y fuera de mí, nada posee el menor valor á mis ojos.»

3. Así, pues, ora por temor á la conclusión lógica inevitable, á las consecuencias naturales que la anarquía siempre está dispuesta á sacar, ora por la afición á variar de formas, lo cierto es que nuestra época ha dado otra forma al concepto que acabamos de indicar.

Dícese hoy en día que tenemos que llenar tan grandes y elevadas misiones en el corto espacio de nuestra vida, que sería un disparate preocuparnos de cosas que sólo pueden distraernos y debilitarnos, y se añade que una religión que abre al espíritu, á fuerza de dogmas trascendentes, horizontes extraños y sobrenaturales; una religión que promete llenar de felicidad al alma en un mundo ultraterreno; en una palabra, una religión que se extiende más allá de lo visible, tiene que ser por fuerza enemiga de toda

la verdadera civilización humana. No somos irreligiosos, afirman, no, pero sólo reconocemos una religión que se limite á la vida terrena. La religión que puede ocupar y satisfacer plenamente al hombre, consiste en ennoblecer el propio ser por medio de la ilustración y la moral y en contribuir en la tierra á la misión civilizadora de la humanidad. Una religión que rebase los límites terrenos es la muerte de lo de aquí bajo.

4. Este lenguaje tiene al menos el privilegio de la claridad, y adolece de una sola falta de sinceridad: la de abusar del nombre de religión. Porque una religión sin Dios no es religión; una religión que sólo sirve al yo y á la humanidad, es egoísmo ó servidumbre, de tal modo que ni siquiera es una moral; una religión de la cual son capaces hasta los animales—realmente se dice esto de ella,—no forma parte de la cultura humana. Hablar aquí de religión, sería una mentira, sería «burlarse del cielo y engañar á la tierra».

5. Descontado este punto, nos apresuramos á rendir á la nueva tendencia el testimonio de que da á conocer con claridad el objeto de las luchas espirituales de lo presente.

Se trata de llegar formalmente á la solución de Feuerbach, el cual asegura que la misión del tiempo está en renunciar al más allá y en reconcentrarse exclusivamente en lo terreno, «como el topo se esconde en su agujero».

Á este fin trabajan todos los centros simultáneamente y con el mejor acuerdo. Los demócratas sociales, los herreros del más allá fueron los primeros en aceptar las palabras de Feuerbach en toda su extensión, apresurándose á enviar al maestro un entusiasta homenaje de gratitud y dedicándose, con todo el celo posible y con el mayor éxito, á popularizar y practicar su teoría entre los correligionarios. Los pontífices de lo terreno, los autócratas del capitalismo, los superhombres de la bolsa, no han armado tanto ruido, pero, á su vez, han aprovechado tan bien el tiem-

po como los demás. Sólo faltan los maestros de escuela, los apóstoles de la cultura ética, para implantar hasta en la religión la máxima de la anarquía: «Renunciamos á lo ultraterreno; no queremos alimentarnos con lo eterno; queremos el cielo en la tierra». Y he aquí que aparecen también éstos en la palestra.

Un trío completo: y si el ingenio, el dinero y la fuerza trabajan con tanto ahinco y armonía en concentrar la humanidad en lo puramente terreno, necesariamente se convertirá el mundo en una jaula de hierro, en la cual la humanidad, «amontonada como el carbón en el horno, se retrueza como los cadáveres en el horno crematorio».

6. Acaso entonces se convenza de que, con mirar al más allá, no rebaja en modo alguno su espíritu, que sólo el esfuerzo para conseguir un bien infinito ennoblece al alma, que la esperanza en una felicidad indestructible y fuera del alcance de las miserias mundanas, no sólo no distrae al hombre de su misión terrena, sino que le sostiene y le anima en medio de las amarguras de la vida.

Ahora parece que la humanidad se ha hecho inaccesible á estas verdades. Cuando las penas y vejaciones despertadas por ella misma le hayan abierto el espíritu y el corazón, tendrá que preguntarse cómo le ha sido posible extraviarse hasta el punto de negar lo innegable y de creer que pudiera soportar ó transfigurar de un modo duradero esta vida mísera sin una religión ultraterrena.

IV. La religión y los misterios.—1. ¿Te espantan los misterios de la fe, los dogmas de la revelación divina, las verdades sobrenaturales que no podemos penetrar con nuestro torpe entendimiento? ¿Es decir, que estarías mejor dispuesto á reconocer una religión que sólo fuera humana? Entonces te compadezco, porque perteneces á los que hablan sin darse cuenta de lo que dicen. Porque, ¿qué es lo que te imaginas cuando repites hasta la saciedad las palabras: «Lo que no palpáis lo creéis á distancia inmenso; lo que no abarcáis, os falta por completo; lo que no calculáis, creéis que no es verdad; lo que no pesáis, no lo con-

sideráis de peso; lo que no acuñáis, creéis que nada vale.» (*Goethe*).

2.—Por mi parte, debo confesarte que no participo de tu temor á lo sobrenatural, antes bien eso que á ti te espanta es precisamente lo que me inclina á someterme á la fe. Lo que entiendo sin esfuerzo, no está encima de mí, y me estará permitido decir, sin alardear de soberbia, que tampoco supera al ingenio humano. Lo que tan fácilmente entra en el hombre, sale también con igual facilidad; y lo que saben hacer los demás, también lo sé hacer yo. No veo por qué he de aceptar la religión ideada por mis semejantes; por lo tanto, si éstos me ofrecen una religión despojada de todo lo sobrenatural, prefiero hacerme yo mismo una para mi uso personal, pues así sabré al menos á qué atenerme.

En cambio, lo que excede á la sabiduría humana no puede haber sido inventado por los hombres; si creo en ello, tengo al menos la seguridad de no someterme á una simple ocurrencia humana.

3. Ó bien una religión con misterios que estén muy por encima de nuestra inteligencia, y que de nuestra parte exija la fe, es decir, la sumisión á Dios; ó bien una religión de propia hechura, que es lo mismo que no tener ninguna.

V. ¿Temor ó entendimiento?—El miedo, según dice una antigua sentencia, fué el que inventó los dioses, el miedo fué en todo tiempo el arma más aguda del clero y sigue siéndolo; pues con el dogal del temor al infierno nos tiene sujetos á la fe, y con el freno del remordimiento conduce á los hombres como bestias uncidas al yugo.

Pues, entonces, atemorizad al lobo con el temor de Dios y tratad de domarlo con el terror del infierno. Vuestra será la culpa si el león sigue desgarrando su presa, y si no se amansa pronto el tigre.

Si alguna vez el vino ó la sangre os perturban el espíritu, harto sabréis entonces lo poco que pueden el temor, el honor y la vergüenza sin la razón.

VI. Tomás.—1. El verdadero escéptico, el modelo perenne de los incrédulos, es Tomás el Apóstol. Sus hermanos, que casi todos le aventajaban en edad y experiencia, habían visto, dudado y creído, cuando ya no les quedó otro remedio. Él, en cambio, no vacila en presentarse como más listo y fuerte que ellos.

Tan poco trabajo le cuesta idear el modo de proporcionarse una prueba palpable, como su jactancia en dar al mundo un ejemplo.

Y, en efecto, llega el momento de ofrecer al mundo este ejemplo, y, por una maravillosa disposición de Dios, se presenta la ocasión tal como él la ha exigido y deseado de antemano.

Y ¿qué ocurre? Que cuando ve que las cosas resultan algo distintas de lo que él había presumido, pierde su sangre fría. Tomás sólo poseía una opinión preconcebida; al desaparecer ésta, se ve en el aire, como si le faltara el terreno firme bajo sus pies. Seguramente también sus compañeros vacilaron más tiempo, pero examinaron é investigaron cuidadosamente, hasta formarse sus convicciones con todo sosiego. Lo más sensato que pudo hacer fué creer, rendirse á la evidencia, pero la confusión y el desamparo en que se vió ante los demás, fué el justo castigo de su temeridad, un triunfo para ellos y una justificación de su fe.

2. Si alguien pretendiera basar su adhesión á los milagros y hechos de la Revelación, en la investigación de aquellos cuya sabiduría se reduce á las palabras «yo solo y nada más», muy pobres serían sus fundamentos. Para eso vale más fiarse en el juicio de aquellos para quienes la presencia de lo sobrenatural no tiene nada de extraño, porque saben conservar serenos la cabeza y el corazón. Ya sabemos que las mujeres y los niños en ninguna parte son considerados como testigos de valor absoluto; pero tratándose de milagros, su testimonio tiene á menudo más peso que una comisión de médicos. Una persona histérica ó un *medium* puede hacer afirmar á estos últimos las cosas más raras. La fe de los primeros les permite entrever

lo sobrenatural por modo tan evidente, que en manera alguna se muestran sorprendidos; lo cual ciertamente no es obstáculo para que den libre curso á su curiosidad y á su malicia, procurando, por ejemplo, saber qué clase de calzado gasta la madre de Dios y si su velo está tejido en el cielo ó en Bruselas.

VII. Qué significa creer y cómo se consigue. — Amigo mío, me dicen que también tú te has metido á incrédulo, y la verdad que lo sentiría, pues, te conocí creyente y piadoso en aquellos tiempos que llama Shakespeare: «Días de compañerismo en la escuela, de inocencia infantil.»

—Sí, en aquellos tiempos creía, pero eran muy distintos de los actuales. No hablemos de lo pasado, pues acabaría por decir con Ovidio: «¡Ay! cuánto me duele la herida que me he hecho á mí mismo.» En fin, lo pasado, pasado; hoy ya no creo en nada.

—¿De modo que ya no crees que hay un Dios, un Redentor, una inmortalidad y una vida eterna?

—No, en todo eso ya no creo.

—Pero dime, el no creer ¿qué prueba? Tú podrías empeñarte en decir que el sánscrito y el griego no son afines, pero eso no cambiará en nada el hecho, puesto que lo son. Otra cosa sería si pudieras creer que Dios no existe, pues aunque esto no probaría su no existencia, al menos haría suponer en ti cierta convicción.

—Pues bien, así es, creo que no hay Dios, ni alma, ni eternidad. ¡Qué enredo de palabras!

—Está bien, ahora ya puedo decir con el poeta: «Esto ya presenta mejor cariz, pues ya sé cómo y cuándo.» (*Goethe*). Escúchame, pues, con paciencia y no me hables de enredos de palabras. Quedamos en que crees que no hay Dios. Ahora bien, el que cree, acepta un concepto por el testimonio de otro. Nosotros creemos en la palabra de Dios; éste es el único poder bajo el cual inclinamos nuestro espíritu. Tú también crees; pero ¿á quién? ¿Á tu propia inteligencia? Seguramente que no, pues eso ya no sería

creer, sino saber. Es decir que, ó bien crees á otro hombre, ó bien á lo que te dice tu propio corazón y tu propia voluntad, pero no tus convicciones, sino tu deseo, tan semejante á aquellos de los cuales dice Terencio: «No ven nada más que lo que quieren ver.»

¿Es posible que puedan bastarte y satisfacerte este móvil y esta justificación tratándose de un asunto de tanta trascendencia?

—¡Ea, basta ya, que ya estoy cansado de oírtel! Soy muy sufrido, pero no resisto tus insoportables sofisterías. Semejantes conclusiones las aprueba cualquiera y acabará por aceptarlas; pero ¿crees que con eso se consigue la fe?

—Amigo mío, no las llares sofisterías, porque la lógica en el pensar y la consecuencia natural de las conclusiones no es sofistería. Sin embargo, ya te entiendo: tú no quieres decirme que te obligo á creer desviando la cuestión, sino que me reprochas el que, empleando las justas y consecuentes leyes del pensamiento, ponga en un brete á tu inteligencia sin llevar la fe á tu corazón. Estamos de acuerdo, te doy la razón y me alegro haberte llevado al terreno donde únicamente puede resolverse tan grave asunto. Porque, hasta ahora, te has mantenido con prudencia en lo puramente externo, por lo cual también yo me veía reducido á discutir contigo en la misma forma. Es decir, que no soy yo el que tiene la culpa de lo que te complaces en llamar sofistería, sino tú mismo. Yo prefiero ir derecho al bulto, y te agradezco que me hayas facilitado el camino.

Y ahora que tú mismo has comprendido lo indigno que es lanzar palabras huecas al viento, tratándose de una cuestión tan vital como ésta, no nos será difícil hallar el punto decisivo.

Todas las razones en pro y en contra, como bien comprendes, no llevan al hombre á la fe. Lo más que puede lograr el entendimiento por su propia virtud son tres cosas: comprender que es difícil disputar contra la fe por medio de la lógica; que es absurdo rechazar un dogma

sólo porque exige fe, y, por último, que hay argumentos racionales suficientes para aceptarla. Esto, claro está, todavía no es fe, porque puede uno estar muy bien convencido por la inteligencia y no tener la voluntad de someterse, ni de que el corazón se asimile la verdad reconocida. Bien lo dice el poeta al exclamar: «¡Cuántos hay que, envueltos por el sol, ansiosos piden luz!» *Al. Kaufmann.*

A esa clase pertenecen todos los que comprenden la verdad y siguen investigando sin fe, porque no encuentran para creer ni fuerza, ni valor, ni voluntad; de modo que si no ayudas con la voluntad al entendimiento, ni te sometes con corazón humilde á la verdad reconocida, ni sigues con obediencia y sumisión el impulso bueno de tu voluntad, siempre te hallarás en contradicción contigo mismo. Sólo la sumisión á la fe puede establecer en tu interior la disciplina, el orden y la concordia. La investigación puede servirte tan sólo para mostrarte el camino recto, pero únicamente podrás recorrerlo con corazón sumiso y firme voluntad. (Capítulo Noveno, III).

Y no me contestes que ello exige violencia, porque lo mismo iba á decirte yo. Precisamente porque obliga al orgullo humano, tan satisfecho de sí mismo, á hacer inmensos sacrificios, he de añadir otra segunda parte, y es que no lo conseguirás nunca entregándote á ti mismo, sino por medio de la gracia de Dios. Por eso, ten la firme convicción de que alcanzarás mucho más con una oración corta y sincera que dirijas al Señor, que con todas tus largas investigaciones, tus deseos estériles y tus perpetuas cavilaciones, dudas y vacilaciones, las cuales, sin duda alguna, te han hecho estar muchas veces disgustado de ti mismo.

VIII. El arte de creer.—El escéptico no ve jamás á Dios; por eso dice que no cree en Él. El sabio cree, no porque vea, sino porque el pensamiento le acerca á la fe. Donde la mano palpa y el ojo ve, no tiene la fe dominio alguno. El ver no produce la fe, pero los motivos obligan á creer. «¡Ay, si yo tuviera razones!»—dicen los que dudan.—

¿Qué razones pedís? ¿Para poder creer? ¿para despojar á la fe de sus derechos? Pues has de saber, amigo, que estás en posesión de unas y otras razones, las unas para tu bien, las otras para tu mal. Llevas las primeras en tu inteligencia; las segundas en tu corazón. Cuando el corazón habla tumultuosamente, ni el espíritu mismo se entiende. ¿Cómo, pues, ha de percibir los suaves susurros de la divinidad? Créeme, lo que alimenta la duda é impide creer al espíritu, está en el corazón, y, á menudo, en la conciencia, rara vez en el entendimiento.

El espíritu puro está muy alejado de la duda, pero el corazón perverso duda con verdadero afán; y como los vapores del corazón pesan sobre el espíritu como mágicos hechizos, paralizándolo y embriagándolo, también seducen al espíritu. Por lo tanto, cuando el corazón está libre de pecado, nunca le faltan razones para creer.

¿Quiere esto decir que todo el que no cree es forzosamente pecador? Sí, porque así lo ha anunciado el mismo Dios. ¿Creéis que sólo es pecado el adulterio y el asesinato? Precisamente, en lo más profundo del corazón se oculta un pecado más mortal y feo que ningún otro, pero desconocido, como si no existiera. Pensad en este pecado, origen y fomentador de todos los demás, y sabréis también de dónde surge la incredulidad. La soberbia prohíbe al espíritu, como testifican los excépticos, investigar libremente la verdad é inclinarse ante la palabra de Dios. La soberbia endurece la voluntad contra todas las pruebas, y pone al corazón frío como el hielo y duro como el bronce. Por eso, al deshelarse el yerto corazón, puede penetrar en el espíritu orgulloso la virtud de la humildad, y entonces cree de buen grado lo que antes despreciaba; porque la humildad y la fe son dos hermanas gemelas; la humildad y la fe son iguales en todo; la primera enseña á creer y la segunda á ejercer la humildad. Por lo tanto, déjate de cavilaciones y dedícate con ahinco á la obra. No haces más que errar en las tinieblas cuando dices: «Yo desearía creer, si pudiera.» ¿Qué puede privarte de este bien? ¿Acaso la falta de cien-

cia? No; sólo la voluntad es el único, pero perenne obstáculo. Se cree cuando se quiere creer, y por eso la voluntad nos puede dar la fe. La ciencia no produce la fe, sino la voluntad, y así, creen con facilidad aquellos que quieren lo que deben querer. Si el corazón está limpio, también está dispuesta la voluntad y libre el espíritu; entonces la fe es equitativa y justa. Por lo tanto, endereza bien la voluntad y el corazón hacia Dios; en ello te ayudará la gracia, y recobrarás la fe.

IX. La gracia de la fe.—Un sabio alemán, que murió á los sesenta años, tuvo la desgracia de educarse sin ningún género de enseñanza religiosa. Pertenecía á una de las menores sectas protestantes, no recuerdo cuál. Las investigaciones y trabajos preliminares que tuvo que hacer para escribir una gran obra de ciencias naturales, le llevaron á la América del Norte, donde ingresó en la masonería, logrando al poco tiempo un puesto influyente en la secta.

¡Mala preparación para la fe! Sin embargo, la gracia halló el camino de su corazón. Era el sabio un hombre bueno, misericordioso y caritativo, de carácter franco y asequible á la verdad. Su estado delicado de salud, que hacía prever una muerte repentina, así como otras tribulaciones que le envió el Señor, doblegaron su ánimo, y se apartó del mundo. Poco á poco fué retirándose de la sociedad, con gran disgusto de sus amigos, que empezaron á sospechar de él y á observarlo con desconfianza. Esto no le impidió, sin embargo, seguir los impulsos de la gracia; sólo que, ni aun en este punto, dejó de ser el sabio alemán característico.

Procuróse, pues, catecismos, manuales y obras religiosas á granel, y con verdadero afán entregóse á su estudio. Pronto adquirió el convencimiento de que la verdad está depositada en la Iglesia católica. Para estudiarla mejor, pasó de S. á M., donde tenía amigos excelentes; allí asistía diariamente á misa y se pasaba arrodillado sobre las losas del templo horas enteras suspirando: «¡Ay, si pudiera creer!» Nadie le veía sin emoción, porque personificaba las palabras del poeta: «Á todos veo tornar á la patria;

sólo para mí no hay camino de regreso» (*K. Grüneisen*).

Un sacerdote tan sabio como piadoso, á quien consultó el alemán, creyó deber tratar á aquel infeliz como á hombre de ciencia. Á cualquiera otro le hubiera dicho: «¡Si V. ya cree!», pero á nuestro erudito le dijo, acaso atacado también de hermesianismo: «Debería estudiar V. más, hasta quedar completamente convencido.»

Así fué pasando el tiempo, y el sabio hubo de volver á su casa, desde donde escribía continuamente á los amigos y partícipes de sus luchas el mismo estribillo: «¡Rezad para que alcance la fe!» Al cabo de algún tiempo, llegó una carta rebosando júbilo; en ella decía: «¡Ahora sí que creo tenerla; por Mayo iré á visitaros y abrazaré el catolicismo; entre tanto rezad por mí!»

Poco tiempo después llegó un telegrama diciendo que había muerto de repente. No pudo hacer su pública profesión de fe, pero en lo íntimo de su conciencia era ya católico. Dios habrá tenido misericordia de su alma.

Si le hubieran enseñado bien lo que es la fe, seguramente que desde mucho antes habría sido miembro de la Iglesia de Dios y hubiera muerto en la comunidad de los fieles. El sabio entendía por la palabra fe la penetración del entendimiento en las verdades dogmáticas, por lo cual no lograba la fe, á pesar de su convicción, semejante en esto á Stolberg en sus terribles épocas de lucha. La fe, en cambio, consiste en que la voluntad, iluminada por la inteligencia y conducida por la gracia, se someta á las verdades reveladas, no porque las comprenda el entendimiento, sino únicamente porque las ha revelado Dios, sin preocuparse de que el espíritu las comprenda ó no. Esta fe la poseía el buen sabio gracias á las disposiciones de su corazón, y más aún á la gracia divina.

Porque también nos demuestra su conmovedora historia que, para alcanzar la fe, además de la sumisión del hombre, se necesita también la gracia de Dios, la cual ciertamente no abandona á nadie, y aun se anticipa á los que en apariencia la rechazan.

X. La sabiduría del catecismo.—Casi por la misma época se aproximaba á la muerte un varón mucho más notable aún que el anterior, tan gran artista como sabio, cuyo nombre inmortalizarán numerosos monumentos profanos y religiosos, que adornan tres grandes capitales europeas. Nació católico y nunca fué infiel á su religión, aunque, como suele decirse, no la practicaba mucho, ora porque su prodigiosa actividad no le dejara tiempo para ello, ora porque los empleos y distinciones con que le abrumaban le privaran hasta de pensar en sus deberes religiosos. Verdad es que se había educado en una época en que se aprende todo menos á apreciar los medios de salvación.

El último decenio de su vida produjo en nuestro hombre una sensible variación. El mundo, según acostumbra, se anticipó á depararle el golpe de la gracia, por modo tan inesperado como doloroso. En la mayoría de los hombres produce esto la misma impresión que si el verdugo les abriera el cráneo, pero en el artista fué, como en Dante, el camino para una vida nueva. Comenzó, pues, por entrar en sí mismo, que es la mejor preparación para pensar en nuestro destino eterno.

Por último, cayó enfermo aquel hombre vigoroso, y, dada su avanzada edad de 80 años, no pudo ocultarse que sería su postrera enfermedad. Entonces concentró todas sus fuerzas espirituales para ejecutar aquella última labor de su vida con la misma energía y decisión con que había llevado á cabo todas las demás y que eran en él tan características. Tenía el anciano un nietecito que empezaba á ir á la escuela; por medio de él se procuró el catecismo infantil, base de la enseñanza religiosa en los colegios de párvulos. Después de leerlo y releerlo con la mayor atención, dijo á su familia: «¡Ea, ya estoy preparado convenientemente; llamad á un sacerdote con quien pueda arreglar mis últimas cuentas!»

El sacerdote halló su misión muy fácil, porque el sabio anciano estaba perfectamente pertrechado para el último

viaje. Era natural: unía á la gracia de Dios la sabiduría del catecismo, ó, en otros términos, poseía la fe necesaria para pelear en la última lucha, para vencer á la muerte y para conquistarse una feliz eternidad.

XI. El poder de la fe.—¿Hace el mundo ostentación de su poder y se jacta de su luz? Pues yo conozco el poder de otros espíritus y de otros ejércitos, en comparación de los cuales es nulo el poder de los emperadores y la sabiduría de los eruditos. Observándolos atentamente, parece que son dueños del mundo, mostrándose en todo llenos de soberbia. Mas cuando la voz angélica dice: «¿Quién como Dios?», huyen veloces semejantes á los lobos cuando arrebatan las ovejas; hasta el hombre los hace caer en tierra cuando grita lleno de fe: «¡Enemigos, ved la cruz del Señor; el Verbo se hizo carne!»

XII. Eficacia de la fe.—Donde falta el espíritu de la fe, lo mismo la felicidad excesiva que la desgracia extrema encierran gravísimo peligro. La dicha demasiado duradera, y sobre todo, inmerecida, hacen presuntuoso, insolente, duro é inaccesible al hombre; en una palabra, suele convertirle en verdugo de todos los suaves movimientos del corazón. Las desgracia, en cambio, sobre todo cuando sucede á un bienestar anterior, y pone á prueba el orgullo, la esperanza, la paciencia y el sentimiento de justicia, suele tornarse con frecuencia en sepultura de todas las buenas cualidades.

Mas donde reina la fe, la felicidad inunda al alma, ante los secretos tribunales de Dios, de sentimientos de vergüenza y de temor, que son los medios más seguros para preservarnos de la arrogancia; y la desgracia acerca á Jesús, aun á aquellos en quienes la fe era hasta entonces débil y floja. Una vez lograda la unión con el modelo más sublime del sufrimiento viril y fuerte, la tribulación se convierte en acrisolamiento de todas las escorias, en escuela de todas las virtudes, en cuna de toda fuerza moral, y, además, afina el corazón y temple el carácter.

XIII. Lo que necesita la vida.—Solía decir el se-

ñor Lutero que, con tal que se lleve la capa de Cristo, no está uno muy alejado de la salvación. Y aun hay muchos que piensan: ¿Pues qué, no creo con firmeza? ¿no voy á la iglesia? ¿á quién, pues, le importa lo demás?

El señor Voltaire exclamaba: «¿De modo que á vosotros os hace justos la cuerda de las campanas? Pues vedme á mí: yo me burlo del papa y del yugo de la fe, y, sin embargo, todo el mundo me saluda cortésmente, pues, aunque me excomulgen, ni soy ladrón ni asesino, sino hombre de honor.»

Señores míos: tened ambos la bondad de enseñarme, al menos, el breve por el cual Dios os designó como guías de la patria celestial; mostradme los poderes que os otorgó para cortar un trozo chico ó grande de la túnica inconsútil del Señor.

En cuanto á mí, creo que el camino de la vida lo sabe Aquel que nos llevó á ella con su vida, su muerte y su doctrina; Aquel que nos enseñó á vivir por la fe y las obras y á recorrer el camino de su ejemplo con la oración y el sufrimiento. Sirvió á Dios en espíritu ante todos los querubines, y á Él levantó las manos y ante Él se postró de hinojos. Del servicio del Señor pasó al del mundo, y mostró que, donde hay vida, se une la obra al espíritu. Yo compadezco al que hace tantos discursos de la vida, porque la vida es la amarga batalla del sufrimiento y del trabajo, pero no como la llevan á cabo los animales, sino una lucha caballerosa por Dios, por el deber y el alma, por el mundo y la eternidad.

XIV. El justo vive de la fe.—La fe es la base de toda nuestra vida sobrenatural; es decir que la fe ha de ser el móvil de todas las acciones del cristiano. El que ora con fe, no reza con frialdad ni distracción, sino como el que sabe y presiente que Dios está ante él, en él y en torno suyo. El que vive con fe no abandona su papel, aunque las cosas vayan contra su gusto y sus esperanzas. El que vive por la fe, no suele lamentarse, ni se desanima y disgusta fácilmente, puesto que sabe que todo viene

de Dios y todo ocurre por ordenación especial del Señor.

Si crees firmemente, cumplirás con todos tus deberes, ordenados por el mismo Dios, y aceptarás todos los acontecimientos de tu vida, ora te los proporcionen tus semejantes, ora los seres inanimados, el tiempo, y aun la piedra del suelo, como enviados por el mismo Dios. Verdad es que entonces podrás unir cualquier práctica virtuosa á un ejercicio de fe, y convertir, aun la acción más insignificante, en ejercicio de fe, es decir, que lo podrás elevar todo á la categoría de virtud sobrenatural y convertirlo todo en méritos para la eternidad.

XV. Reconfortantes para el corazón cuando sufra ataques de debilidad en la fe.—1. El creer á todo el mundo y no creer á nadie, viene á ser una misma cosa: falta de dominio de uno mismo y de reflexión.

2. El que cree fácilmente, es engañado con igual facilidad, y el que no cree nada, se engaña á sí mismo.

3. El creer que hay algo que está muy por encima de nuestra cabeza, no puede ser una deshonra, puesto que la modestia y el amor á la verdad no afean al hombre. Pero si el honor ha de consistir en creer sólo aquello con que choca la propia nariz, ha de haber muy distintos conceptos sobre el honor varonil.

4. No se cree á nadie santo, mientras no haga milagros—decían nuestros prudentes antepasados.—¿Por qué no hemos de decir nosotros lo mismo de los *non sanctos* que exigen de nosotros que creamos en su incredulidad?

5. De la palabra de Dios no hagas correas, porque pudiera ocurrir que sirvieran á tu conciencia para azotar-te hasta hacerte morir.

6. La fe y una conciencia intranquila no duermen á gusto en el mismo lecho.

7. No es preciso que uno que no crea deje de vivir bien, pero tampoco es una pura casualidad de que precisamente aquellos á quienes falta la vida sean lo que con más celo investiguen si es necesaria la fe.

8. ¿Cómo es que los que viven sin castidad, los espíritus soberbios y los aficionados á las disputas y á la crítica, se avienen tan mal con la fe? La respuesta está encerrada en las palabras del Apóstol: «La sabiduría que procede de arriba es casta, mansa y humilde.» (*Santiago*, III, 17.) Y el refrán dice: «Las palomas acuden donde hay palomas; pero donde hay malas evaporaciones, donde se crían grajos y urracas, que sólo saben picotear y pelear, no puede haber palomas.»

9. El mismo Apóstol dice en el mismo lugar: «¿Quién de vosotros se tiene por sabio é inteligente? Pues que salga aquí á dar pruebas de su sabiduría por medio de una vida ordenada y de gran modestia. Si discutís con tanta amargura y vivís en guerra unos con otros, además de que os jactáis de vuestra ciencia y oponéis la mentira á la verdad, vuestra sabiduría no es la que viene del cielo. Porque allí donde se hacen las cosas con rencor y discordia sólo puede surgir la sabiduría de las veletas y darse al mundo una nidada de huevos podridos.» (*Sant.*, III, 13; XIII, 10.

10. Sólo al charlatán satisfacen el honor y la apariencia del éxito. La fe, en cambio, toma la cosa tan á pecho, cuando en alguna parte no puede lograr la obra y la vida, que enferma gravemente y muere.

11. Se comprende muy bien la razón de que la fe haga tan malos negocios como la verdad y las amonestaciones en pro de una gravedad moral. El mundo teme las medicinas fuertes y paga todo lo que se le pide por un brebaje de curandero. Pues ya lo dice Chamberlain: «Todo el mundo duda de su religión, pero no hay nadie que dude de su superstición.»

12. La fe sin las obras es muerta y exige todo un hombre. El que cree y no obra en consecuencia, el que piensa como cristiano y vive como pagano, tiene separada la cabeza del corazón, y ello tiene que producir forzosamente la muerte.

13. La mayoría de los dolores de cabeza tienen su ori-

gen, ó en un estómago indispuerto ó en una enfermedad del corazón, por lo cual en vano será tratar de suprimirlos curando la cabeza. También los dolores de la fe son difíciles de curar por un simple esfuerzo de cabeza. Una vez mejorado el estómago estropeado, y puesto en orden el corazón, desaparecen como por ensalmo.

14. Es muy frecuente que los dolores de cabeza provengan de un enfriamiento; en este caso se calientan bien los miembros y la sangre, y ya no duele la cabeza. Más celo en la oración, más violencia de sí mismo, más trabajo y fidelidad en el cumplimiento del deber, y la fe ya no produce dolores de cabeza.

15. Es una confesión harto extraña la que hacen los que, una vez arrojada lejos de sí la fe, no cesan de confesar que sólo entonces han conseguido el sosiego. ¿Acaso se han despojado de ella sólo por adormecer su conciencia intranquila? ¿Y qué han ganado con ello? Los fieles creyentes hablan tanto menos de la paz de que disfrutan, cuanto con mayor fidelidad guardan las prescripciones de la fe. ¿Por qué saben callar éstos? Es sabido que nadie pregonaba su ventura cuando la siente muy honda. Pues la verdadera paz no debe confiarse á ningún extraño.

CAPÍTULO XI

La Gracia

I. La liberalidad de Dios.—¿Qué podría darte, ¡oh Dios mío!, á ti, á quien debo vida y ser? ¿Cómo había de crearme á mí mismo, si me encontré al despertar?

Tú de mí no tomaste nada. Tú te adelantaste siempre á mis deseos. Yo de tus manos me recibí á mí mismo, y nunca por causa tuya perdí nada.

La gracia fué la que me colmó de mercedes, la que me inclinó á la gratitud y al sacrificio y la que me devolvió con usura todo lo que podía hacer por ti.

II. La experiencia de la gracia.—Todo hombre, al echar una mirada retrospectiva sobre su vida, ha de decirse: Aquello por lo que luché más tiempo; aquello que obligué á Dios á darme con amenazas de abandonar su servicio, es precisamente lo que me ha hecho más desgraciado, hasta el punto de que vuelvo la cabeza por no verlo; ni tan sólo quiero que me hablen de ello.

En cambio, aquello que más me aterraba, y contra lo cual más tiempo me resistía, hase convertido en mi mayor felicidad y casi en el único consuelo en medio de todos los sucesos de mi vida. Á veces, cuando cometía las locuras más extraordinarias, es cuando salía mejor la empresa, y cuando creí dar al mundo una prueba brillante de mi sagacidad, hube de horrorizarme ante el resultado final.

Además, he de confesar de nuevo que no puedo oír las alabanzas que se me hacen por lo que me ha salido bien, sin avergonzarme, porque en aquello que hallé mayor aprobación, mi mérito personal era menor ó casi nulo.

¡Testimonio palpable del influjo de un poder superior y de la misericordiosa dirección de la divina Providencia!

¿Quién no ha hecho mil veces estas experiencias en su misma persona? ¿De quién dejará de decir la gracia las palabras del guía del Dante: «Próximo estaba al abismo por su imprudencia; poco faltaba para rodar á él, cuando fué enviado para salvarle?»

Aun no ha habido nadie que se haya perjudicado por haberse entregado á este poder invisible, pero imaginable. Cuando, por lo contrario, alguien se abre la cabeza contra una roca, tiene que confesarse que sólo su impetuosidad, que le impidió oír el aviso de Dios, ó su obstinación en no cometerse á su dirección, tuvieron la culpa del percance. Y aun en semejante caso, ¿no siente uno cómo una mano suave y blanda se interpone entre su necia cabeza y su desgracia, para que no quede destrozada por completo, como bien merecido lo tenía? Tal es la gracia.

III. Debilidad del hombre y poder de la gracia.—He luchado por fines más elevados de lo que permiten alcanzar las fuerzas humanas. En muchos casos he fracasado, pero también he logrado más de lo que yo mismo creía.

Aquello por lo cual más me aventuré y en lo que más confianza tenía, yace ahora en ruinas olvidado; á mí mismo me causa espanto.

Lo que nunca hubiera esperado se realizó en una noche como un sueño. Aquello en que apenas puse las manos, creció fuerte é inexpugnable, como una fortaleza. Tal es el hombre: tanto más débil cuanto más ambiciona la fama y la gloria.

Tal es la gracia: tanto más nos aproxima á la victoria cuanto más desmaya nuestra soberbia.

¿Cómo dices, pues, con enojo: Yo no he visto la gracia por ninguna parte? ¿Jamás has emprendido nada? ¿No has sufrido jamás?

IV. Pequeñeces.—En lo grande, fuerte; en lo pequeño débil: ¿no eres para ti mismo un enigma? En lo grande te asiste la gracia; lo pequeño lo deja á tus fuerzas.

V. Dios y el hombre.—Sólo lo que Dios quiere y obra por medio del hombre, obtiene su bendición y es duradero. Déjalo todo á su cuidado, y haz y soporta por tu parte lo que Él disponga; bastante y más que suficiente es lo que acometiste por cuenta propia y en perjuicio tuyo y de tus semejantes.

VI. La lucha por la vida.—Millares de guerreros pelean, pueblos siegan á pueblos, y por todas partes, ardiendo en cólera, vomitan fuego los abismos de muerte. Como un espantoso y confuso montón de serpientes, se enroscan los enemigos unos en otros. ¡Oh qué conjunto tan horroroso, tan espantoso, tan tremendo producen! ¡Parece una fiesta infernal!

Pero, silenciosa en medio de la furia, á nadie visible, aunque próxima á todos, reina la voluntad de un general animando allí, protegiendo acullá. Su pensamiento vive en todos, lo mismo que su confianza y su valor; nadie piensa en la huída ni en la derrota, aunque en torno suyo se multipliquen los enemigos. Con el hierro y el fuego luchan los pueblos por un montoncito de arena; nosotros con el espíritu por la eternidad, la verdadera patria.

Amenazados en lo interior por la traición, y rodeados de enemigos en lo exterior, no tenemos otra perspectiva que la victoria que nos lleve á la vida, ó la derrota que nos conduzca á la muerte.

Los héroes, sin general, tiemblan cuando el premio sólo es un mojón: ¿y tú te atreves á luchar sin guía y sin la gracia por la vida ó por la muerte eternas?

VII. Á cada uno lo suyo.—Sólo á Dios corresponde echar planes que ejecutará por nosotros y con nosotros. No usurpes, pues, lo que Él se ha reservado para sí. En cambio, cúidate de ejecutar puntualmente todo cuanto te ordene... ¡Cada cual en su lugar!

VIII. La vida cristiana, el justo medio.—Cuando se oye á los censores de la vida cristiana, parece que pierde uno la cabeza y el valor. Unas veces nos acusan de justificarnos á nosotros mismos á estilo farisaico ó realmente

pagano, otros afirman que la creencia de que el hombre sin la gracia nada puede por sí mismo, conduce necesariamente á la pereza moral ó á la confianza arrogante, y aun á tentar á Dios.

Y es que los infelices miden á los demás por el propio rasero. Se jactan y hablan mucho de la dignidad humana y de la fuerza personal, pero los actos no responden á tan á elevado lenguaje.

El hombre entregado á sí mismo nunca halla el justo medio entre lo demasiado y lo poco, entre el trabajo excesivo y el negligente olvido del deber, entre las inquietudes continuas á propósito de la misericordia divina y el abandono culpable porque confía demasiado en ella.

Hay un camino sencillo, sin embargo, que evita ambos defectos; tal es la antigua regla de moral, la declaración más suscita y comprensible de la doctrina cristiana sobre la moral: Reza y confía como si todo dependiera exclusivamente de Dios, y obra como si todo exclusivamente dependiera de tus propias fuerzas.

IX. La gracia y la libertad.—1. Entre las razones que los críticos alegan para negar las enseñanzas de la fe, no hay una sola que haga tan poco honor al que la emplea como el subterfugio que consiste en invocar las supuestas y apasionadas disputas teológicas, el *furor theologicus*. Y así dicen: «Pretenden que creamos á los reverendos señores, y ellos mismos sostienen entre sí las disputas más obstinadas. Por ejemplo: ¡cuántos libros no han escrito sobre las relaciones entre la fe y la libertad! ¿Y qué han conseguido, sino fraccionarse en escuelas, entre las cuales es imposible que haya armonía? Sin embargo, hemos de repetir con ellos que sin la gracia no podemos nada, porque, sobre este punto, vuelven á estar todos de acuerdo.»

2. ¡Extraña lógica! Parecería que precisamente esto debiera afirmar la inmutabilidad de los dogmas cristianos. Si realmente los teólogos se muestran inclinados á discutir todas las cuestiones en que la palabra divina admite di-

versas interpretaciones, ¿no es esta misma debilidad humana una prueba convincente de que en modo alguno es posible tomar las doctrinas de la fe en sentido diferente de como las toman?

3. Además, estos espíritus críticos deberían deducir de esto el error en que caen al pretender que la fe y la libre investigación no acordes marchan de acuerdo. Aquí podrán convencerse por sí mismos de que la fe no pone límites al pensamiento, sino que más bien le abre nuevas vías. La censura que dirigen, pues, á los teólogos significa que éstos conceden demasiado espacio al entendimiento humano en la explicación de las doctrinas de la fe.

4. Pero concedido esto, ¿qué se infiere de que los espíritus se molesten en investigar con tanta sagacidad lo que supera definitivamente á toda explicación humana?

Dos cosas: primera, que existen misterios que son, ó demasiado elevados, ó demasiado profundos, para que pueda dominarlos el entendimiento del hombre; verdades de las que dice Dante: «Necio es el que espera que nuestro pensamiento pueda atravesar la órbita infinita.»

Segunda: que estas doctrinas no han podido ser inventadas por los teólogos que ansiosos luchan por la luz (pues en este caso, se las habrían facilitado á sí mismos), sino que derivan de una fuente suprema.

Pero el que no logremos explicarnos todas las verdades de la fe no es razón para rechazarlas. ¿Qué responderíamos al que nos afirmara que ni cree en la luz ni en la electricidad porque aún no se sabe nada de positivo sobre la esencia de estos fenómenos? Se le respondería que las leyes de los mismos son, á pesar de esto, firmes é inalterables.

Lo mismo ocurre con todos los dogmas, por ejemplo, con el de la gracia divina.

5. Es un hecho irrefutable que para todas las obras sobrenaturalmente buenas y verdaderamente perfectas, necesitamos de la gracia de Dios: así nos lo enseña la palabra divina y nuestra experiencia personal. Todos sabe-

mos lo pronto que sucumbimos cuando se trata de una obligación grave y pesada, y sobre todo, cuando hemos de cumplirla con pureza y elevación de miras, por las cuales suspiramos como por un ideal inasequible.

Además, sabemos por propia y diaria experiencia que toda buena acción depende de nuestra propia y libre actividad y que no puede realizarse obra buena alguna, á pesar de todos los impulsos interiores y exteriores de la gracia y la luz de nuestra inteligencia, si no la queremos y si no la obramos nosotros mismos.

En sí no es tan excesivamente difícil de explicar la relación entre la gracia divina y la actividad humana. La navegación ofrece una imagen apropiada de la misma. Todo el movimiento de la nave procede de la maquinaria, pero poniendo sólo ésta en acción, el barco se moverá sin plan ni concierto á impulso de las olas y se estrellará contra el primer obstáculo; para evitar el desgobierno, hay necesidad del timón; éste no da el movimiento, pero lo encauza con dirección y fijeza determinadas. De modo que el timón y la fuerza motriz unidos producen el avance ordenado del buque hacia su destino.

¿Resulta con esto explicada la cosa? No, todo ello ni siquiera explica la máquina, ni el timón, y mucho menos las leyes matemáticas, mecánicas y dinámicas que tienen aplicación al caso, sin mencionar la naturaleza íntima del movimiento. Este último ni los mismos constructores del barco lo comprenden. ¿A quién, pues, se le ocurrirá decir que ellos son los que han inventado el movimiento, y que la diversidad de sistemas que emplean los navieros es la mejor prueba de que el movimiento es solamente una ilusión de los sentidos? ¿Quién no contemplará el conjunto con admiración tanto mayor cuanto menos capaz sea de explicarse los detalles?

6. Y lo que aquí ocurre, pasa en todas partes. Los dogmas de la fe contienen bastante luz para iluminar el entendimiento y para ocuparlo por completo, y obscuridad suficiente para humillarlo por su falta de comprensión.

X. De la bendición de Dios.—En los montes cae la nieve y en los valles florece el trébol. Si sobrevienen heladas, se acabaron las flores y los frutos.

Todas las obras del hombre aquí bajo: palacios, casas, campos, ciencia, Estados y ejércitos, todo se torna humo, y todo ¡oh Señor! depende de tu voluntad.

XI. La obra de Dios y la obra del hombre.—Todavía hay quien cree que la acción que Dios mismo obra por medio de la gracia y de los sacramentos en nuestra alma, ha de conducir forzosamente al hombre á descuidar su salvación ó á tornarse negligente en sus propios esfuerzos.

Los que con toda seriedad busquen la solución de esta dificultad, hallarán pronto remedio: les aconsejamos que, en vez de largos tratados científicos, estudien una oración corta y hermosa del siglo XV que ha vuelto á reproducir el Dr. Huttler en su profundo y magnífico *Jardín del alma*. Con que una sola vez, y de lo profundo del corazón, recen lo que allí dice el pueblo creyente, obtendrán la contestación por sí mismos, sin necesidad de grandes esfuerzos. Véase la oración: «Dios Todopoderoso, por cuyo poder se vió libertado el pueblo israelita de la esclavitud y servidumbre de Faraón y conducido á la Tierra Prometida á través del desierto; líbranos también á nosotros, pobres pecadores, de la esclavitud en que nos tiene encerrados el enemigo malo y de las penas y calamidades de este miserable valle de lágrimas, y llévanos contigo al reino de los cielos, donde tú solo abres las puertas que nadie cierra y donde tú solo cierras las que nadie puede abrir. Danos un corazón contrito y humilde, para que borremos nuestras culpas con la humillación de la confesión, las lloremos con el dolor de un verdadero arrepentimiento y hagamos penitencia con la severidad de la satisfacción, á fin de que, después de la noche de esta vida, lleguemos á la gloriosa resurrección de tu Hijo querido Jesucristo en el gozo del verdadero amor. Amén.»

XII. Oración de gracias.—¡Oh Dios mío, desde los primeros días de mi vida me colmaste de favores, y con la

sangre materna me inoculaste la gracia en mi corazón!

Refrenaste mi voluntad obstinada con los mandamientos y el corazón tumultuoso con el temor, y llenaste de gozo todo el sacrificio que te hacía en secreto.

Si, infiel, me alejé de ti, me buscaste como buen pastor, compensaste mi necedad y no escribiste mis culpas.

¡Oh Dios mío! Tendría que hablar eternamente para encomiar tu bondad, mas ¡ay! no me veo con fuerzas suficientes para hacerlo, porque tu bondad es infinita. Me limitaré, pues, á balbucear como los niños, que es todo lo que puedo hacer. Acepta ¡oh Señor! mis gemidos en reconocimiento de todo lo que tu magnanimidad me concedió.

CAPÍTULO XII

La Iglesia y el camino de salvación

I. El Buen Pastor.—Hace miles de años que Dios, el sabio Pastor, guía los rebaños innumerables de las estrellas allá en la bóveda celeste, sin que ni una sola se le haya extraviado. Con paciencia inquebrantable conduce este fuerte Pastor, siglo tras siglo, el rebaño abigarrado y confuso de los hombres, en el cual se ven más ovejas sarnosas y carneros rebeldes que corderos mansos y obedientes. Y, sin embargo, no ha terminado aún con todos, con los buenos por su longanimidad interminable y con los malos por su poder invencible. ¿Y todavía temes perderte ó perjudicarte entregándote confiadamente en manos de este Buen Pastor y permaneciendo, por obediencia á su palabra, como un miembro del rebaño de su redil?

II. La cruz y el sacerdocio.—Si hay una cosa que no puedo comprender es el dicho de los que afirman: «¿Qué necesidad tengo yo de sacerdotes? ¿Han de llevarme ellos al lugar que me ha destinado Dios? ¿Van ellos á perdonarme los pecados ó enseñarme en nombre de Dios el camino de la vida?»

¿Es decir, que prefieres confesarte con un ángel, puro espíritu que no comprende cómo has caído tan fácilmente, ó comparecer ante Dios con la carga de tus pecados, ante Dios, cuya luz deslumbradora te heriría como el rayo?

¡Insensato! ¿No ves que es el colmo de la gracia el que Dios haya elegido la boca del hombre para anunciar la salvación de la humanidad? Siempre es Él el que nos cura y concede la remisión de nuestras culpas; sólo que se oculta ante nosotros para no abrasarnos con su fuego.

Si Dios solo se encargara de repartir sus gracias, la gracia misma se convertiría en causa de nuevas torturas. ¿Quién te diría entonces lo que exige para perdonarte y para que su bondad paterna te libre de tu carga?

¡Ah pecador, no sabes lo que dices cuando afirmas que quieres ser tu propio sacerdote como en otro tiempo lo fué Adán! ¡Ah, mortal, te bastas sólo para caer, pero no para hallar el camino que conduce á Dios!

Tú mismo abrirías en este camino un abismo profundo y terrible; la gracia creó el sendero que ha de conducir á la salvación, la cruz, é indicó el guía que ha de acompañarte en él. El sendero es angosto; déjate guiar por el sacerdote.

III. Fuera de la Iglesia no hay salvación.—1. En la orilla derecha de un río se alzaba una gran ciudad y en la orilla opuesta otra más pequeña, la cual, hasta cierto punto, podía considerarse como arrabal de la primera. Los habitantes de la misma veíanse obligados á atravesar el río en busca de todo lo necesario á la vida, pues á sus espaldas extendíase una comarca montañosa, árida y agreste. Para facilitar las comunicaciones, construyóse un puente que por su belleza y magnitud era la admiración de todos. Su construcción fué considerada, merced á una antigua leyenda, si no precisamente como un milagro, al menos como especialísimo socorro ó inspiración de Dios. Y en efecto, eso creía todo el que pasaba el puente, porque en aquel punto crítico, resultaba precisamente tan ancho y hondo el abismo, y tan furiosa la corriente, que parecía imposible que manos humanas hubieran podido construir aquella obra tan hermosa. Además, había una gran barca que trasladaba de una orilla á otra. Así estaban las cosas desde tiempo inmemorial y así creían los habitantes que continuarían por tiempo indefinido.

Pero de repente se apodera de la población del arrabal un espíritu inquieto y molesto, y todo á pretexto de que la ciudad de la orilla derecha exigía un pequeño portazgo, para el sostenimiento de los gastos del puente y de la barca, á todo transeunte que los utilizara. Esto fué conside-

rado por los del arrabal como una injusticia enorme, como si la capital, en los tiempos antiguos de servidumbre y oscurantismo, hubiera construído barca y puente con el exclusivo objeto de explotar á la población vecina y mantenerla en su dependencia. «Es preciso libertarnos de esta tiranía—gritaban á voz en cuello.—Todo vecino que se jacte de hombre de honor debe abstenerse de utilizar semejante medio feudal de esclavitud.»

Al momento se formó un partido de entusiastas de la libertad, cuyos miembros construyeron sus propias barquichuelas, y aun hubo muchos que pusieron todo su orgullo en pasar el río á nado, á fin de demostrar de un modo palpable á los de la capital que no necesitaban para nada su invención. Como es natural, hubo un sinnúmero de accidentes, pero en lugar de intimidarse, todavía se enconaban y se empeñaban más los ánimos. Aquellos mismos que habían reprochado á los de la capital su tiranía, ejercieron sobre sus propios ciudadanos la más terrible violencia, por aquello de que «los zapatos y las cabezas de madera ni dejan hueso sano ni puchero entero».

Todo el que utilizaba el puente fué considerado desde entonces como traidor, cobarde é idiota, quedando desacreditado á los ojos de todos. Al poco tiempo no hubo hombre que se atreviera á pasar por él; sólo las mujeres y los niños tuvieron valor para aprovecharse de la comodidad del puente y de la barca. Por medio de una hábil explotación de mezquino patriotismo, el movimiento fué adquiriendo por último el carácter de un deporte, «en el cual, el que hace más atrocidades es el que más gloria alcanza.»

Las víctimas de esta nueva locura eran celebradas como mártires de la libertad. Cuando por casualidad le salía bien á alguno aquella empresa temeraria, se anunciaba con el mayor júbilo que no había peligro alguno en acometerla. En cambio, si en la barca ó al pasar el puente ocurría el menor percance, se cacareaba y se abultaba en idénticas proporciones, y se celebraba la desgracia de los contrarios como el triunfo de la propia causa.

2. Esta es la historia de la lucha contra la Iglesia, «puente que conduce al otro mundo, probado como seguro y firme, mientras que en las profundidades ruga la corriente tragando sus víctimas.»

En la oposición contra ella están todos acordes, pero si alguno se hunde y angustiado pide socorro, todos exclaman: «¿Qué nos importa á nosotros? Eso es cosa tuya.» (*Mat.*, XXVII, 4.)

IV. Derecho á la existencia.—1. «El protestantismo—dice Hase,—que se vanagloria de conducir al combate las ideas comunes á sus correligionarios, no necesita pruebas para justificar su existencia; la mejor justificación es su propia existencia, pues lleva su derecho en sí mismo.»

2. Esta doctrina es la moraleja práctica de la conocida sentencia de Hegel: «Todo lo que existe tiene derecho á existir.» Por consiguiente, la revolución está también justificada siempre que triunfe, porque hace del derecho del más fuerte, es decir, de la ley de los puños, el derecho supremo de la historia universal, la base de todos los sucesos y la piedra de toque de todos los derechos.

3. Pero es también la filosofía de la impiedad. Desde el punto de vista del panteísmo, ya sabemos que todo suceso está justificado como un desenvolvimiento propio del ser universal y divino; pero el que crea en un Dios vivo, personal y absoluto, señor de todo lo existente, ha de rechazar semejante interpretación como usurpadora de los derechos y de las leyes divinas.

4. Nada tiene derecho en sí mismo fuera de Dios. Todo lo demás sólo tiene su derecho en cuanto lo ha recibido de Dios y en Dios puede fundamentarlo. Aun la Iglesia tiene sólo el derecho que le ha concedido Dios, y sólo en la medida en que de Él lo recibe. En este punto no hay diferencia entre la Iglesia y el Estado ó entre la posesión del poder y de la riqueza, en una palabra, entre todas las instituciones de la sociedad humana. En materia de derecho, cada uno posee únicamente el que ha recibido de Dios.

V. Poseer á Cristo y buscar á Cristo.—Yo poseo á Cristo y esto me basta, pues ya tengo asegurada la gracia; toda obra humana es un engaño, y la Iglesia sólo me serviría de obstáculo.

—En verdad que es dicha envidiable el estar ya en la tierra tan seguro de la salvación. ¡Ay, si alguno me enseñara el procedimiento, cuánta gratitud no le debería mi corazón!

—Eso está en tu mano; sostente con tus propias fuerzas; desprecia todas las hechuras humanas, pues sólo así lograrás seguro consuelo.

—¿Que me tome la salvación por mi mano? ¿Yo mismo me he de presentar como mediador ante el Señor? ¿Y á eso no llamas hechura humana? No me conviene; renuncio gustoso á semejante consuelo. Verdad es que el buscar causa tormentos, pero también el poder hallar es un favor, y el buscar tal como manda el Señor, no es en verdad el arte más pequeño. En cuanto á Cristo, no hay que buscarle en la cámara ni en la soledad del desierto; Él mismo, con la luz de su palabra, nos señala el sendero hacia la comunidad. «Allí donde haya dos ó tres reunidos en mi nombre—dice el Señor,—allí estoy en medio de ellos; el que me busque en otra parte, pierde el tiempo. El que me posee no tiene necesidad de buscarme. Buscadme, pero con prudencia. El que me busque en la comunidad salvadora de la Iglesia, me hallará infaliblemente.»

VI. Consejos baratos para la Iglesia.—1. No podemos enorgullecernos de nuestro modo de criticar. Los reproches y consejos que los historiadores de la civilización atribuyen á la Iglesia y al Clero de los tiempos pasados son testimonio elocuente de que tanto los sabios como los burócratas carecen de la facultad de compenetrarse con la vida real, pues es sabido que los últimos, desde sus pupitres oficiales, atormentan y matan, en legajos de papel, lo mismo bosques y ganados que hombres.

Por ejemplo, dicen los citados críticos: «No es de extrañar que los siglos IX y X sucumbieran á tan espantosa

barbarie, puesto que los sacerdotes eran tan incultos que no podían ejercer influjo moral alguno sobre el pueblo.»

Esto quiere decir que un hombre que no haya estudiado historia, con Mommsen, en la Universidad de Berlín, ó, en la de París, filosofía de la religión, con Renán, ó, en Oxford, con Max Müller, no puede influir de un modo benéfico en su tiempo. En efecto, los sacerdotes de aquella época descuidaron este detalle y el resultado fué la barbarie extrema: el gasto de tinta era insignificante y no existían periódicos. He ahí, poco más ó menos, la manera de pensar de estos sabios caballeros.

2. Ahora bien, á ninguno de estos severos críticos se le ha ocurrido que una actividad civilizadora de esta clase no habría tenido objeto alguno en aquellos tiempos, en que se decía: «Primero vivir y luego filosofar.» Hacer comestible una manzana silvestre, era considerado entonces como acción mucho más meritoria que el publicar un diario. Seamos, pues, sensatos. En aquella época en que los sínodos ordenaban á los sacerdotes estudiar á conciencia las Sagradas Escrituras, las homilias de Gregorio Magno y las explicaciones de los Santos Padres, procurando al mismo tiempo vigilar y dirigir el trabajo de los huertos y de los campos para enseñar al pueblo el cultivo de la tierra y poder allegar recursos con que atender á los viandantes y sostener á los pobres, la misión del clero era harto distinta de la de un académico del siglo XX.

Mas también la de los sacerdotes de hoy en día debe ser muy diferente; pues aun aquellos que entienden por ilustración la pedantería minuciosa ó estética, censuran al sacerdote que, descuidando su cargo, se entrega de lleno al estudio de la biblia hebrea ó de la arqueología, á escribir novelas ó enseñar á declamar y representar á las muchachas. Aunque no comprenden claramente la misión del clero, ni en qué consiste la verdadera cultura, sospechan por lo menos que existen otros influjos civilizadores además de los del papel de actas y de imprenta. Claro está que semejantes momentos de lucidez duran sólo cortos instantes.

3. La desgracia consiste en que toda nuestra sabiduría mundana se fabrique en las escuelas, por lo cual resulta tan áspera y seca «como restos de bizcocho después de un viaje.» (*Shakespeare*).

Nuestros críticos no saben una palabra de la vida y del hombre real. Según ellos, sólo el pedante y el vendedor de periódicos son los portavoces de la cultura, y quizá los agentes de la sociedad bíblica. He aquí la razón de que no se pueda esperar de ellos un juicio equitativo, ó, si me apuran, una apreciación sensata de la Iglesia, la cual considera la vida real como regla y medida de su conducta. Esos pedantes apenas consideran á la Iglesia como el consejo administrativo de una asociación encargada de propagar escritos populares ó de fomentar el gusto artístico. Jamás comprenderán que es una institución educadora del género humano, pues sólo la idea de que pueda ser una fundación divina para conducir á la humanidad á un destino sobrenatural, los hace retroceder con espanto.

VII. La crítica contra la Iglesia.—1. El que se dedica á la crítica sólo por el gusto de censurar, el que hoy critica á uno por una cosa y mañana le censura por la contraria, ha de aguantar que le digan:

«Un mosaico de cal y vidrio disuelto en vinagre, produce crítica. Para un estómago de piedra no será nociva semejante medicina.»

Un crítico de esta especie no debe quejarse de que no se tomen en serio sus palabras; harto se le honra si se le da solamente valor sintomático, como dicen los médicos.

2. Una crítica de este tenor es la que cultivan los historiadores como Juan Scherr y los sabios del socialismo, cuando dicen que la Iglesia, en tiempos de su poderío universal, no hizo nada para suprimir la servidumbre y la esclavitud ni para mejorar la suerte de las clases trabajadoras; que dejó que todo siguiera su curso apoyando siempre la causa de los poderosos, de los ricos y los opresores, con los cuales se arreglaba siempre por medio de donaciones.

Esto lo dicen esas mismas personas que, olvidándose de

sus juicios, escriben diez páginas más adelante: «Con el descaro y falta de consideración propia de los clérigos, atacaron éstos los derechos más sagrados, las instituciones arraigadas por tradición secular. Las doctrinas cristianas de igualdad y de libertad sembraron gérmenes de descontento en las masas, y la Iglesia se apresuró á apoyar este afán de destrucción. Fomentando una piedad falsa, consiguió que amos decrépitos desearan corregir su anterior dureza concediendo á sus súbditos en sus testamentos la libertad ó aligerando ó suavizando su servidumbre aun á trueque de perjudicar á sus herederos del modo más sensible. Si éstos últimos se oponían y defendían su derecho legítimo á la herencia, veíanse amenazados con la excomunión. Los señores tenían que andarse con la Iglesia con el más exquisito cuidado, porque allí donde las relaciones entre los amos y los criados daban el menor pretexto á la intervención de aquélla, no tardaba en hacerlo, y, dada la influencia que ejercía en la opinión pública, toda tentativa de resistencia terminaba con una nueva debilitación del poder temporal. De ahí resultó inevitablemente que todos aquellos que se hallaban en situación oprimida, ó cuya posición era intolerable, se unieran á la Iglesia. Esta unión entre la Iglesia considerada como potencia divina y las grandes masas de los que sufrían y ansiaban mejorar su situación, constituyó el gran poder moral de la Edad Media é inició aquella reforma de las instituciones sociales que tan profundamente distinguen los tiempos modernos de los pasados.»

3. ¿Dónde está la verdad? Tanto en una parte como en otra, pero sólo á medias, pues bien claras son las exageraciones. Desgraciadamente, sólo éstas interesan á los críticos, pues con ellas tienen la posibilidad de censurar siempre de nuevo y dar rienda suelta á su bilis.

«Murmuran y susurran como los álamos, y si se les privase de criticar morirían de la muerte de las abejas despojadas de su aguijón».

Censuran á la Iglesia por haber enseñado á los cristia-

nos á sufrir opresiones y persecuciones por la fe y la religión, callados como corderos—ellos prefieren decir tontos como borregos.—También le echan en cara el haber defendido con inaudita energía la libertad de conciencia y los derechos de los perseguidos contra sus opresores; acúsanla igualmente de haber destruído el paganismo y sus costumbres para implantar las leyes cristianas, según ellos dicen, con tiranía puramente clerical. También la critican, en cambio, por haber tolerado indulgentemente las renovaciones de la vida pagana en los magnates y el pueblo. Pero si hubiera predicado una cruzada contra Clodoveo y contra Brunequilda, seguramente que lo mismo la hubieran tratado de hereje, como por la que emprendió contra los albigenses y los husitas. Así, en el siglo XVIII la vituperan por su excesiva resistencia contra el galicanismo y el josefismo, mientras que en el siglo XIX le echan en cara el no haber resistido lo bastante. Los mismos que emprendían ayer contra ella el Kulturkampf porque decían que menoscababa la soberanía del Estado, la condenan hoy por haber entrado en negociaciones con el mismo.

Ved, pues, qué extraña manera de criticar, y qué bien le cuadran las palabras del poeta: «¿Á qué tan amargas re- criminationes? ¿Ha de pagar Roma el que el reloj del mundo marche por modo diferente del que vosotros soñabais en vuestras tiendas?» (*Vondel*).

En realidad debiera esto mismo inspirarnos mayor veneración á la Iglesia, porque cuando la jauría ataca, ya por un lado, ya por otro, la espesura, según dice Homero: «Ladrandos espantosamente y dispuesta lo mismo á la huída que al ataque, pero guardándose bien de acercarse á morder», ya sabe el cazador que en ella se oculta caza mayor, un león ó un leopardo, cuyo poder formidable inspira terror á los perros.

VIII. Renovación del Cristianismo.—1. En todas partes impera el sentimiento de que, dada la disolución general de la disciplina, del orden y de la moral, y ante la de-

cadencia progresiva de la fe y de la vida cristiana, si ha de conservarse el cristianismo, y ganar nuevamente su influjo sobre las masas, preciso es hacer algo. Pero la cuestión es siempre la misma: ¿Dónde hallar esa acción salvadora y cómo ponerla por obra?

2. Hay espíritus pusilánimes é impacientes que suponen que Dios mismo ha de intervenir directamente en la cuestión. Por lo cual, en vez de poner personalmente manos á la obra, se entregan á vanas fantasías respecto á los milagros que creen han de presenciar dentro de poco, y aun calculan la hora en que Dios ha de realizar sus deseos y esperanzas de que no perezca todo.

Otros, como M. de Egidy, pretenden que es preciso renunciar á las enseñanzas de la escolástica y á las disposiciones de la Iglesia, que el tiempo ha convertido en indigestas, y tener más en cuenta las opiniones favoritas de nuestra generación; porque, de no querer conciliarse con el espíritu de ésta, no es de esperar que haga causa común con nosotros ni que podamos reconciliarla con el cristianismo.

3. Pues bien, todos están equivocados. Los unos olvidan en absoluto que no podemos disponer de la palabra y de los hechos del Señor á nuestro gusto y capricho, y los otros que Cristo ha dicho que estará con su Iglesia hasta la consumación de los siglos: «En ambos lados, daño y dolor horrible y pesado» (*Gottschall*).

4. No está la salvación en esperar una nueva revelación, ni en inventar una nueva religión á gusto de la época, sino en que nos asimilemos la Revelación de Dios eternamente antigua y eternamente nueva, con celo renovado, y la realicemos en nuestra vida. El cristianismo no varía nunca ni necesita variar; lo que sí debe transformarse es la vida de sus adeptos.

Las nuevas doctrinas no han de asegurar la victoria al cristianismo actual, ni tampoco la nueva manera que tienen de defenderlo los grandes sabios, sino hombres y maestros del espíritu, que nos inculquen con su palabra y su ejemplo

la verdadera ciencia cristiana, y sobre todo, hombres dispuestos, como en los buenos tiempos antiguos, á vivir según su palabra y á morir por la verdad, pero trabajando al mismo tiempo con ahinco para que todos, en comunión con la Iglesia de Dios, nos unamos como un solo hombre, como un ejército invencible. ¡Á vida nueva, cristianismo nuevo!

IX. Ley y violencia.—Un labrador, para acortar la ruta que conducía á su casa, hizo construir un puentecillo en sus posesiones, con el fin de evitar á los caminantes el rodeo que tenían que dar por el camino real.

Mas al ver que muchos pasaban con demasiado descuido por el puente, mandó poner una doble valla, á fin de que ninguno resbalara y cayera al precipicio.

Desde entonces todos aprovechaban aquel sendero cómodo y seguro, aunque sin que nadie se acordase de darle las gracias.

Sin embargo, cierto día un rebaño de vacas se aventuró por el puente; disgustado el toro de que las vallas salvadoras impidieran sus retozos, empezó á cornear los postes, que hasta entonces á nadie habían perjudicado, y éstos á su vez con sus agudas astillas le hirieron en el testuz. Entonces furioso hizo saltar la valla, el puente cedió á sus embestidas y el furioso animal cayó de cabeza al precipicio.

Como gracia y favor del Señor debemos considerar el que nos cerrara el camino con la valla de los mandamientos, pero la terquedad de los necios convirtió la misericordia en violencia y la seguridad y protección en muerte.

X. Predicador y sermón.—La mayoría de la gente no atiende al sermón y sólo se fija en el orador. Esto explica por qué el mundo corre tras algunos predicadores, cuyos sermones apenas son legibles, y por qué algunos sacan tan poco fruto de sus pláticas, á pesar de hablar con gran elocuencia.

Si los predicadores quisieran convertirse á sí mismos en sermones, alcanzarían mucho más éxito, porque entonces

influirían en sus oyentes de dos maneras: con su palabra sobre el entendimiento y con su ejemplo sobre el corazón.

Por eso se comprende que Cristo hiciera tan profunda impresión en los ánimos. «Comenzó por obrar y, luego, enseñó» (*Hechos*, I, 1). La mayor honra del cristianismo, consiste y consistirá siempre en que, no es una doctrina muerta, sino de «verdad y vida» (*Juan*, XII, 50; XVII, 17).

XI. Confesión de los pecados.—Los primeros cristianos—según dice Gastón Boissier—pusieron todo su orgullo en pasar por malos á los ojos de los demás confesando sus faltas, arte en el cual San Agustín alcanzó verdadera maestría.

En efecto, hay en esta frase parte de verdad; el cristiano llegará á ser malo si olvida sus deberes; pero hacerse malo por orgullo equivaldría á despojarse por completo de su dignidad de cristiano. Sólo se hace malo el que persevera constantemente en el pecado, pero no el que lo confiesa; á no ser que haga la confesión con jactancia y alegría de haber pecado, como Rousseau. Por lo demás, según dice la Escritura, la justicia comienza acusándose uno á sí mismo. (*Prov.*, XVIII, 17). Al confesar uno su pecado con humildad y vergüenza, no se justifica todavía, pero, al menos, aleja de sí su maldad.

Por lo tanto, toda confesión de los pecados es para el que ha cometido faltas, la primera condición y el primer paso para su mejoramiento.

XII. La confesión. Lucha entre dos naturalezas.—¿Habrás tomado en tu vida alguna medicina? ¿Y no sentiste un terrible combate dentro de ti mismo? Es que la naturaleza enferma luchaba con la naturaleza sana; la enferma sucumbió, la sana prevaleció. Ahora dime formalmente: ¿Por qué te asusta la confesión?

XIII. Confesión y naturaleza.—Rara vez se encontrará una persona que á ser posible no prefiera confesarse en su lengua materna. Por muy bien que hable un idioma extranjero y por mucha afición que le tenga, en el confesionario desea emplear la que desde la infancia considera

como naturalmente propia. Al alemán le resulta anormal el acusarse en la elegante lengua francesa, como al francés el confesarse en latín clásico.

Esto mismo nos demuestra la importancia de la confesión, la cual viene á ser la supresión de todo lo extraño, de todos los escombros amontonados, para que vuelvan á verse libres y descubiertos todos los fundamentos de nuestra verdadera naturaleza. El pecado es un ingrediente extraño á nuestra naturaleza, un artificio ó embrutecimiento de la misma. La expulsión del pecado por medio de la confesión es el retorno á la verdadera naturaleza.

XIV. El santo sacramento del altar.—Lo que la tierra te da ¡oh Salvador mío! nos lo devuelves transfigurado en tu cuerpo y alma, en tu carne y sangre.

Lo que del cielo trajiste: gracia, paz, santidad, divinidad, vida y bienaventuranza, nos lo dejaste en herencia.

XV. La vida según la Iglesia.—1. Durante una guerra en que la patria se vió invadida por los ejércitos enemigos, se formaron en todas partes bandas de guerrilleros que obstruían el paso á los invasores y causaban á éstos grandes perjuicios. En una comarca que, por sus bosques y precipicios, era muy apropiada para este género de guerra, hubo de retroceder el enemigo ante los certeros disparos de los tiradores del país. Al saberlo el general en jefe, acudió con grandes masas de tropas regulares y ocupó militarmente la región que acababa de ser reconquistada por los guerrilleros. Los jefes de éstos se apresuraron á presentarse al general esperando obtener algunas frases laudatorias por su bizarro comportamiento; pero aquél se negó rotundamente á recibirlos, con gran asombro de los héroes, y les mandó decir por su ayudante que sentía no poder concederles la audiencia solicitada porque no los conocía. Ofendidos é irritados se retiraron los guerrilleros á su alojamiento.

Allá fué á visitarlos el alcalde del pueblo, encargado por el general de decirles que no consideraran el paso dado por aquél como una ofensa personal, pues sentía por ellos

como por los servicios que habían prestado á la patria el mayor respeto y gratitud, pero que oficialmente no le había sido posible obrar en otra forma, por habérsele presentado ellos como representantes de un poder armado de cuya existencia no tenía conocimiento oficial, y porque, según las ordenanzas militares, le estaba vedado considerar la banda como un cuerpo de ejército y á ellos como jefes del mismo. En cambio, tendría sumo gusto en recibirlos como particulares, si deseaban visitarle en tal concepto, pero en modo alguno como jefes de una entidad desconocida oficialmente.

Por último, que aprovechaba la ocasión para permitirse darles el consejo amistoso de demostrar su celo patriótico entrando á formar parte del ejército regular; pues sin desconocer los grandes servicios que habían prestado, mayores y más trascendentales los harían aún uniéndose á las fuerzas organizadas y sometiéndose al plan del jefe único, ya que, en combinación con éste, darían pruebas de su buena voluntad, pues había de advertirles que en su celo excesivo habían cometido grandes torpezas privando á la dirección suprema del ejército, con sus pequeñas é inoportunas victorias, de éxitos mucho más importantes y decisivos.

Disgustados los guerrilleros por las declaraciones del general, convocaron una reunión magna para ver de rechazar tamaña injuria.

Pero un gran número de guerrilleros se opusieron diciendo que sólo á la comunidad, y no á los jefes, correspondía tomar esta medida, pues debían tener entendido que no eran amos y señores de todos los demás, sino órganos ejecutivos por concesión de éstos; que el derecho de tomar resoluciones capitales se lo había reservado toda la banda y que ninguno estaba dispuesto á perder un ápice de su libertad personal.

De hecho concurrieron escasos miembros á la asamblea, y algunos renovaron la protesta. Por fin se llegó á la orden del día, pero cuando los jefes presentaron la proposi-

ción del general, estalló una verdadera tempestad. ¿Cómo? ¿Ellos entrar en filas y dejarse tratar como un rebaño sin iniciativa y sin voluntad? ¡Pues no faltaba más! Irían donde quisieran, pelearían como quisieran y se marcharían cuando les diera la gana. Se bastaban y se sobaban para dirigirse en la lucha. ¿Creía acaso aquel militarote que le sacarían las castañas del fuego, para que él se atribuyera toda la honra y el provecho? Pues no, señor; si quiere emprender campañas á su antojo, es muy dueño de hacerlo; en cuanto á ellos, no están dispuestos á representar el papel de comparsas.

Disolvióse la reunión entre gritos y protestas; salieron á la calle, rompieron de paso algunos cristales y faroles, y tornaron á sus casas. Con esto quedó disuelta la banda de guerrilleros.

3. El general daba, sin duda alguna, excesiva importancia á las formalidades externas, cosa que hay que disculpar á un militar en servicio. Sin embargo, en el fondo tenía mucha razón.

La actividad en una comunidad ordenada y sujeta á leyes terminantes es mucho más meritoria y fecunda que los más brillantes esfuerzos de algunos individuos y aun de corporaciones libres, fundadas á capricho, y de duración arbitraria y temporal.

4. Por eso carecen de razón los que prefieren sus gustos y aficiones á la actividad en unión con la Iglesia, y sus opiniones personales á las creencias cristianas de la totalidad. En cambio, obran bien todos aquellos que creen que su unión á la Iglesia es ya por sí sola una acción de gran virtud, y que una vida conforme á las prescripciones y al espíritu eclesiástico es mucho más perfecta que todas las buenas acciones que se ejecutan por propio capricho.

5. La Iglesia es un organismo como todas las sociedades, y por cierto, la más perfecta de todas las uniones humanas. Así también, la Iglesia como todo organismo social, es una unidad independiente que tiene actividad propia exterior y actividad propia interior, es decir, una acti-

vidad moral con un fin particular. (Capítulo Veintitrés, VIII.)

Sólo que, respecto á su actividad propia, hay en ella alguna diferencia. Si la Iglesia fuera una comunidad como todas las demás asociaciones libres, la subordinación á ella sería también un acto de virtud social, pero no podría uno entregarse á ella sino con ciertas restricciones, es decir, á medida que en cada caso particular viéramos que su doctrina concuerda con la verdad y su vida con la moral. Mas, como en virtud de su origen divino, ha conservado la verdad (*I Tim.*, III, 15) y la santidad (*Ef.*, V, 2), como dote permanente é insustituible, impónese á sus miembros, no que aseguren sus convicciones personales y su santificación separándolas de la opinión pública y de la vida de la Iglesia, sino que su perfección y su seguridad individual consiste precisamente en que cada cual ponga de acuerdo su opinión particular con las creencias infalibles y comunes de la misma, y su moralidad privada con la moral pública y la santidad del conjunto.

Ningún miembro de la Iglesia renuncia por esto á su propio modo de pensar ni á su libertad personal. Dirigir sus ideas según la Revelación, y su vida según los mandamientos de Dios, es tanta esclavitud ó servilismo como el someterse á las leyes de la lógica. En una asociación ordinaria, la subordinación está permitida en cuanto la justifiquen la virtud privada, la razón y la delicadeza de conciencia. La unión á la Iglesia, en cambio, nos asegura, merced á las promesas divinas, que hallaremos en ella la verdad y la santidad. Por lo cual podemos unirnos á ella sin temor ni reservas de ninguna especie.

6. Cumpliendo así por obediencia el mandato de Dios (*Mat.*, XVIII, 17), nuestra misma sumisión á la Iglesia se convierte en virtud sobrenatural y de gran valor social, y sirve de base á todas las demás virtudes sobrenaturales y especialmente á las virtudes públicas del cristiano.

XVI. El poder secreto del protestantismo y del liberalismo.—1. Se ha profetizado centenares de veces la

desaparición del protestantismo. Dícese que una comunidad religiosa no puede subsistir sin una religión común; por lo tanto, allí donde los espíritus directores en su mayoría, y aun gran parte de la masa, escasamente creen en un Dios personal, su disolución es inevitable.

No obstante, subsiste el protestantismo, y se acuerda de todo menos de liquidar y hacer testamento. Tardará en desaparecer; quizás desaparezca como asociación religiosa ó sea substituído por otra, pero como tendencia del pensar y del vivir, será inmortal, pues vivirá todo el tiempo que perdure la humanidad en su miseria acostumbrada.

2. La razón es obvia: los fines y dogmas religiosos inquebrantables y ordenados, no fueron nunca para el protestantismo el lazo de unión; por lo cual suelen hallarse unidas en su seno personas que, en materia de fe, están más distanciadas entre sí, que los católicos y los arrianos. No hay una doctrina común que pueda calificarse como profesión de fe de todos los protestantes en general, acaso ni siquiera la referente á un Dios personal ni á la inmortalidad del alma; la de la divinidad de Cristo ó la redención por su sangre, puede darse por descontada.

Sin embargo, entre ellos, los creyentes á la antigua usanza, que consideran al hombre como encarnación del pecado y de la condenación, siguen fieles á los que se burlan de los dogmas del pecado original y del infierno; y al revés, los avanzados, que llaman al símbolo apostólico el escarnio de la inteligencia humana, no se sienten molestados por la comunidad con aquellos que veneran en cada letra de la Biblia la inspiración directa del Espíritu Santo.

3. Lo que los une á todos entre sí, es algo muy distinto de la fe. Todos se sienten unidos por el deseo de colocar al individuo, es decir, á su propia persona, en lugar de la comunidad.

Ellos no reciben la fe y la salvación de Dios por medio de la Iglesia; ó bien, Dios ha de distribuir directamente sus dones á cada individuo, ó lo que es lo mismo, que cada cual se las componga como pueda. Eso de someterse como

miembros sumisos á una sociedad orgánica y recibir, por medio de ella, la salvación de Dios, lo consideran los protestantes como el abandono del propio *yo*.

4. Esto es lo que expresa el protestantismo por medio de eufemismos cuando dice que su base fundamental está en el derecho de la libre personalidad contra el amordazamiento de la conciencia y de la fe.

Semejante opresión no fué nunca querida por nuestro Señor cuando envió á sus discípulos con la misma autoridad que Él poseía, ó en otros términos, cuando fundó la Iglesia, para que sirviera de puente de comunicación entre Él y la humanidad.

Por esto no es exacto que el protestantismo deba su origen á la lucha por la reconquista de los hollados derechos humanos.

5. Más justo sería decir que proclamó el imperio del pueblo, ó mejor, la soberanía del individuo; es decir, que concedió á cada cual el derecho de ser su dueño ó señor y de conducirse como su propio mediador ante Dios.

En esto estriba su fuerza y su inmortalidad, como dice Pablo Chapuis, quien viene á encerrar la doctrina algo difusa de Augusto Sabatier en la siguiente frase: «El protestantismo, para lograr la inmortalidad, debe rechazar toda autoridad, incluso la de la Biblia, toda «aparición externa y todo hecho positivo» y circunscribirse «á la conciencia y al conocimiento moral.»

6. En este sentido existió el protestantismo hace tiempo, mucho antes de presentarse como comunidad religiosa. Protestantes de esta especie abundaron aun antes que el mismo protestantismo. Su pensamiento fundamental fué ya expresado en las palabras: «Seréis como dioses.» (*Gén.*, III, 5.) Y si hoy desaparece este protestantismo como confesión religiosa, durará como principio de vida para la mayor parte de la humanidad. Todo el que se sobrepone al orden común, ya á una fe que todos deben aceptar á una, ya á una ley obligatoria á todos, aunque sólo se trate del mandamiento del ayuno ó de la santificación de los días

festivos; todo negador soberbio de una autoridad que guíe el pensamiento y la vida del hombre, en una palabra, todo individualista decidido, es partidario del protestantismo y acabará en protestante, si es consecuente consigo mismo.

7. De ahí proviene la extensa y secreta parentela que asegura al protestantismo su influjo en el mundo: él mismo no sospecha siquiera los partidarios ocultos que tiene.

8. Del liberalismo no hay que hablar; éste no es otra cosa que el protestantismo, pero libertado de sus inoportunas formas externas; es el protestantismo simplificado y extendido á todos los dominios del pensamiento y de la acción, de la fe y de la religión, de la ciencia y de la moral, de la vida pública, de la política, del Estado y de la sociedad. La formación externa de la vida le es completamente indiferente, y vive tan en armonía con el catolicismo, como con el protestantismo ó con la carencia absoluta de creencias.

9. Pero aun entre aquellos que se vanaglorian de estar tan alejados del protestantismo como del liberalismo, hay muchos que están más cerca de éstos de lo que ellos mismos se figuran. Me refiero á todos esos entusiastas de la libertad de pensamiento, de la llamada libertad de conciencia, de la investigación libre y de la autonomía kantiana.

¿Cuántos hombres modernos podrán asegurar que no tienen nada de particularistas ni de separatistas?

Si yo digo, por ejemplo, que á cada individuo corresponden tantos derechos en la comunidad como deberes cumple con relación á ella, y que al usar de su libertad y de su propiedad, debe tener también en cuenta el beneficio de los individuos y de la totalidad, en seguida me tachan de ideas socialistas unos, de ideas peligrosas al Estado y á la comunidad otros. Es que cada cual, como dice el refrán, piensa según su bolsillo; nadie quiere oír hablar de la comunidad, á no ser que pretenda explotarla.

Si me encargan reorganizar una comunidad y declaro que no puedo consentir que se imponga á los unos todos los sacrificios y privaciones mientras los otros escurren el bulto; que es de todo punto preciso que cada cual se sacrifique por la totalidad y renuncie por ella á algunos privilegios y costumbres; que todos sin excepción deben observar la severa regla común, en seguida exclaman á voz en grito: «¡Abajo ese innovador insensato, enemigo de toda libertad!»

Así se comprende que el Apóstol pudiera pronunciar esta dura sentencia: «Todos buscan lo suyo, nadie la causa de Cristo.» (*Fil.*, II, 21).

Lo que nos interesa personalmente es lo único que nos preocupa. Aceptamos por necesidad las doctrinas del cristianismo que necesitamos directamente en la vida práctica y podemos realizar en seguida. En cambio, las máximas generales de la fe y de la vida cristianas, que son las que debieran regular toda nuestra existencia, así como las enseñanzas de los misterios, y los planes de Dios sobre el mundo, que han de ejecutarse en la obra de la redención, en la historia de la Iglesia y en los grandes destinos de la humanidad, nos inspiran la mayor indiferencia. Todo lo que nos daña ó nos beneficia, nos va derecho al corazón, pero del mal ó el bien de la totalidad, que se ocupe el que quiera. De ahí el llamado sermoneo de los predicadores, es decir, la importancia que dan éstos á las circunstancias mezquinas de la vida ordinaria y á los estrechos y pequeños deseos y sentimientos del individuo. Se nos hace muy extraño que un hombre llene por completo su misión cuando vive también para la comunidad. Mas el que no se preocupa del bien común aseméjase al arbusto desmedrado que brota sobre una roca alta y solitaria. Por esto nos es tan difícil decir á otro que debe salirse de sí mismo y colocarse en un círculo cuyo punto central no sea su propia personalidad.

Siempre y en todas partes hace el dichoso *yo* de centro nuestro; siempre y en todas partes el mismo modo de pensar que Rückert calificó diciendo: «Se cree hombre bas-

tante para renunciar al auxilio ajeno; sí, se cree lo bastante listo para arruinar todo el país.»

10. Este individualismo es aquel emperador secreto de cuyo advenimiento se promete el alemán rembrandiano un nuevo desenvolvimiento de las cosas. Dudamos mucho que el supuesto soberano—su nombre vulgar es Egoísmo—tenga alguna vez el valor de abandonar los *Kiffhäuser* del corazón, con cuyas místicas y tenebrosas profundidades ha logrado hasta ahora tan grandes éxitos. Si así procediera, habría de sufrir por ello, porque aun á sus más celosos partidarios maldita la gracia que les hace verle surgir á la clara luz del sol. Si es listo, seguirá siendo el emperador oculto y misterioso que ha sido siempre, pues un soberano secreto gobierna con más facilidad que otro que tenga que cargar con toda la responsabilidad de su conducta.

11. Salvo error, nos parece que el protestantismo ejerce su dominación en el país más bien como fraternidad invisible del silencio, como asociación de todos los emperadores y autócratas secretos, ó en otros términos, más como liberalismo, que como Iglesia pública y establecida.

XVII. Exceso de pueblo.—«Es demasiada gente»—dijo Dios á Gedeón.—y sólo cuando éste hubo escogido de los 30.000 hombres trescientos guerreros de confianza, entregó el Señor la suerte de los madianitas.

Casi debe creerse que también nosotros somos demasiados.

Y, en efecto, cuando llegue el momento del combate, ¿qué vamos á esperar de los que siempre se burlan de los sacerdotes, de los que se hallan obsesionados por la idea de que el papa y los obispos puedan alcanzar excesiva influencia en el mundo, de los que no abrigan otro temor que el de pasar por clericales, de los que de tan buen grado justifican su falta de prejuicios con la afirmación de que la Iglesia también puede vivir sin Órdenes religiosas, sin misiones, sin procesiones, sin fiestas, ni esa pompa medioeval tan exagerada?

¿Qué hemos de esperar de los que se ponen de parte de

todos los herejes, de los que tienen siempre y por adelantado la seguridad de que la Iglesia es injusta con los disidentes, de los que no cesan un momento de exhalar sus quejas sobre la estrechez y cortedad de miras de los obispos, sobre la intolerancia de los teólogos, sobre el espíritu dominante de Roma?

¿Qué vamos á esperar de aquellos para quienes los santos resultan demasiado inmodestos en el ejercicio de la penitencia y de los milagros; de aquellos á quienes la simple palabra sobrenatural pone en estado de excitación, á quienes repugna profundamente la oración, la devoción á María Santísima y ¡horror de los horrores! el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús, como un producto de afeminada sensiblería religiosa?

¿Qué esperar de los que refunfuñan de las Escrituras como el policía leyendo el pase de un vagabundo, de los que, con los puritanos, declaran el tesoro de las tradiciones y prácticas eclesiásticas, armería del Anticristo, que convertirían gustosos en corral ó bodega, para que los enemigos de la Iglesia les concedieran el título honroso de espíritus libres de prejuicios?

¿Qué esperar de los que podan con hacha de leñador el árbol de la fe y de la moral, limpiándole de las supuestas excrecencias jesuíticas, hasta dejarlo pelado y desnudo como un poste?

¿Qué esperar de los que acusan de hereje, calificándolo de fanático ó vulgarote en el pensar, á todo aquel que se atreve á pronunciar una palabra en defensa de la verdad, de los que ponen el estigma de extravagante ó de traidor á la ciencia al que se atreve á recomendar participación en la vida eclesiástica, el ascetismo y la aspiración á la perfección cristiana?

¿Qué otra cosa hemos de esperar de ellos sino que traigan la confusión y la vacilación á nuestras filas, que obren en connivencia con el enemigo, y, por último, que se pasen á él con todo nuestro más precioso inventario, disgustados y ofendidos porque el espíritu de Dios no comprende las

necesidades de la época, ó en otros términos, porque no quiere amoldar su actividad á las opiniones suyas?

Á todos ellos sólo podemos decir, con Gedeón, el guerrero de Dios: «El pusilánime y miedoso que se vuelva á tiempo á su casa; pero el que quiera perseverar, que se entregue á Dios con ánimo sincero y de todo corazón, sin reserva ni restricción alguna.»

XVIII. El sacrificio cuádruple.—El sacrificio que el Señor en el altar por medio del sacerdote, lo celebra también el curso del año en el gran templo de la divinidad.

Brillante de devoción, se presenta la primavera ante Dios, semejante á un sacerdote recién ordenado, para ofrecerle un sacrificio de alabanza, rico en primicias de la estación.

Al poco tiempo se ve el débil mortal amenazado de granizadas y de tormentas asoladoras; entonces se presenta el verano con su sacrificio de rogativas, y le enseña á rezar en sus apuros.

Mas, una vez recogida la cosecha, toma el otoño sobre sí la misión sacerdotal, y ofrece á Dios el sacrificio de gratitud, que acaso olvidaría hacer el hombre.

Y gracias si sólo se contenta con olvidarlo, pues con frecuencia amontona pecado sobre pecado, recibe los dones como de derecho propio y, harto y satisfecho, responde con ingratitudes á la bondad de Dios.

Entonces preséntase á su vez el invierno para cumplir con el deber de ofrecer un sacrificio de expiación; y se comprende, por sus largos tormentos, lo grande y pesada que debe ser la carga de los pecados.

¡Oh mortal! Por ti alaba, reza, da gracias y hace expiación todo un mundo. ¿Ha sido éste instituído por sacerdote tuyo, ó has sido tú encargado de ser su sacerdote? Pues si así es, sacrifica, reza y expía tú también para que no resulten vanas las enseñanzas que te da la naturaleza! ¡Ve como sacerdote ante ella, y hazte merecedor de tan gran dignidad!

XIX. La Iglesia y el Estado.—1. No nos oponemos

al dicho de que la Iglesia es mujer y el Estado hombre. Lo primero ya es sabido que también lo dice la Sagrada Escritura, y el concepto último lo expresan la mayoría de las lenguas modernas. Sólo que hay que rectificar la explicación que suele darse con frecuencia á dicha frase. «La Iglesia, según dice, por ejemplo, Bluntschli, tiene ciertamente todas las señales distintivas de una sociedad civil; sólo que difiere del Estado en que por su esencia está destinada únicamente á servir á Dios y á cumplir con los deberes religiosos, mientras que el Estado posee cuanto es necesario para satisfacerse interiormente á sí mismo.»

2. ¿Quiere esto significar que la religión sólo sienta bien á la mujer, mientras que el hombre y el Estado no tienen deber alguno que cumplir con relación á Dios, ni necesitan someterse á Él? Pues no, señor; si el hombre y el Estado se dominan á sí mismos perfectamente, ambos han de demostrarlo cumpliendo con todos sus deberes y todas sus obligaciones, lo mismo con los referentes á la sociedad y á la especie, como con los que atañen á la civilización humana, y naturalmente, con el más importante y primordial de todos los deberes, el de la sumisión á Dios.

3. De esta comparación tan manoseada no se deduce que la Iglesia esté subordinada al Estado. La Iglesia ni es esclava comprada, ni mujer legítima del Estado, sino una virgen libre, la prometida esposa del Señor. El hombre no tiene derecho alguno sobre la mujer que no le ha sido entregada en matrimonio. Por lo tanto, lo mismo por su derecho propio que por el derecho de Cristo su esposo, la Iglesia es libre é independiente. Como doncella libre debe colocarse al lado del Estado, en perfecta igualdad de calidad y condición, porque ya lo dice la antigua sentencia jurídica: Una virgen vale tanto como un varón.

XX. La Iglesia y el mundo, idéntico destino.—Vosotros ¡oh las damas y caballeros que os reís en silencio cuando despojan descaradamente á los clérigos de todo lo que es suyo!, tened paciencia, que á la mitra seguirá el casco; primero vaciarán las iglesias, luego saquearán los pala-

cios. Los que llenan de basura la cruz y la estola, no tardarán en manchar los uniformes y las preseas, y el que se atrevió á atacar calvas tonsuradas, pronto preferirá agarrar bucles perfumados. El huracán que desgaja las ramas secas, también desnuda de follaje la más frondosa arboleda. Por un lado pedirán reglas y rosarios, mas por otro exigirán collares de perlas y ricas condecoraciones. Por cada convento, una ciudad; diez casas de banca por una cabeza de monja; un reino por un arzobispo: así devolverán al derecho el honor que le corresponde.

CAPÍTULO XIII

La virtud cristiana

I. Médico, cúrate á ti mismo.—1. Los santos antiguos se retiraban al desierto, y después de curarse á sí mismos se convertían en médicos de los demás, pues eran tres las cosas que tenían siempre presentes: que el mundo está enfermo, que es capaz de mejoramiento y que, formando ellos parte del mundo, son tan imperfectos como el mundo.

2. Nosotros obramos de distinto modo: Ó, bien, desesperando de la mejora, dejamos que todo, lo mismo dentro que fuera de nosotros, ande como quiera, limitándonos á exhalar quejas y censuras estériles, ó bien nos empeñamos en transformar al mundo de repente y con violencia, prueba innegable de que nunca hemos intentado corregirnos á nosotros mismos. He aquí la razón de que no sólo no nos curemos á nosotros mismos, sino que más bien contagiemos á los demás en lugar de proporcionarles alivio.

3. Para curarnos y curar después al mundo, preciso es que tengamos siempre en cuenta que también nosotros estamos necesitados de salud. Toda mejora depende principalmente de que comencemos por curarnos á nosotros mismos, ó de que nos dejemos curar por los demás.

II. El camino más fundamental para la curación.—1. Cada individuo tiene un defecto dominante ó, al menos, unas cuantas manifestaciones externas que delatan una tendencia, de la cual ha de decirse: «¡Este es el punto por donde soy vulnerable!» (*Schiller*).

De este punto surgen todos los combates, y á él se refiere todo lo que eleva ó abate.

Todo depende, pues, de que cada cual aprenda á conocer su lado débil y á dominar á este su enemigo principal, pues aunque venza á todos los demás, si deja en pie al más fuerte, perecerá fácilmente. En cambio, si logra dominarlo, no por eso habrá vencido á todos los demás, pero, al menos, habrá llevado á cabo lo más difícil. «Porque el que protege la parte débil, protege fácilmente la fuerte.»

El hombre prudente no descuida nada, pero tendrá constantemente presente el punto más débil, que también es conocido por el enemigo, y á él consagrará toda su atención y todos sus desvelos, encaminando á evitar el peligro que desde allí constantemente le amenaza, todos sus propósitos, el examen de su conciencia, sus oraciones y penitencias.

Pero si bien todos tenemos nuestras debilidades, también poseemos remedios adecuados para triunfar de ellas, por lo cual, recomendamos que nadie se fije en lo que hacen los demás, sino en el remedio que á él personalmente conviene, para usarlo con la mayor frecuencia posible. Y decimos con la mayor frecuencia posible, porque tampoco en este punto obtendrá un éxito inmediato é igual, ya que puede ocurrir que lo que sirvió en una ocasión resulte ineficaz en otra diferente.

Es, por lo tanto, de aconsejar muy especialmente que se observe cierta libertad espiritual y cierta variación en el empleo de los medios; sólo debe seguir siempre igual y vigilante la atención á nuestros defectos y á nuestras partes flacas.

III. Sentimiento, virtud natural y virtud sobrenatural.—No es raro que una locura ó una ligereza que puede fácilmente proporcionarnos un disgusto, nos produzca mayor inquietud y arrepentimiento que un pecado con el cual ofendemos á Dios. Por ahí veremos que nos engañaríamos mucho si midiéramos el arrepentimiento y el horror al pecado por los sentimientos de nuestro corazón. Lo mismo ocurre con la compasión que nos inspira la vista de la miseria del prójimo ó del Salvador martirizado, con la

devoción en el rezo, con el entusiasmo por el bien y con muchos y piadosos deseos.

Solemos exagerar demasiado el valor de nuestros sentimientos. Á veces, cuando nuestro ánimo se ve embargado por una impresión muy sensible, nos imaginamos poseer la virtud, siendo así que es posible que estemos muy alejados de ella. Desde su punto de vista, tienen una sombra de razón esos rígidos moralistas que condenan la piedad y el amor al prójimo como una imperfección, pues únicamente ven en ello el deseo de alejar el espectáculo molesto de la miseria ajena (Capítulo Séptimo, I). Esto indica que, al menos, han debido investigar, con su mirada penetrante, lo más recóndito de sus propias almas. Lo que no debieran hacer es sacar en consecuencia que todo el mundo piensa como ellos, pues eso sería arrancar el bien de cuajo, desarraigándolo del mundo.

En efecto, semejantes impresiones sensibles no son precisamente virtud, pero tampoco son pecaminosas; son simplemente movimientos naturales que pueden y deben ser para nosotros ocasión de practicar el bien.

La virtud es asunto de la voluntad. Si, por lo tanto, acogemos y ejercemos con voluntad consciente todo aquello que nos indican dichos sentimientos, practicamos la virtud natural.

Si ésta á su vez la referimos á nuestro fin supremo, la salvación eterna, y la ejercitamos por amor de Dios, según el ejemplo y la doctrina de nuestro Salvador, se convierte en virtud sobrenatural y meritoria para el cielo.

IV. Al soldado de Cristo.—La huida te pondrá en salvo, pero no te dará la victoria; por lo cual, lucha con valor, que, aunque corra tu sangre, no por eso podrá decirse que has sido vencido.

V. Nuestras luchas son nuestro consuelo.—El Apóstol tuvo que decir de sí mismo: «Soy carnal, estoy vendido al pecado; no hago el bien que deseo, sino el mal que aborrezco; tengo dispuesta la voluntad para el bien, pero no hallo el modo de realizarlo.» (*Rom.*, VII, 14, 15,

19). Y eso mismo expresa el Señor en las palabras: «El espíritu está pronto, pero la carne es flaca.» (*Mateo*, XXIV, 41).

¿Quién, pues, ha de tener la soberbia de negar que siente en su interior idéntica lucha, ó ha de estar tan desanimado que se considere perdido porque gime bajo la ley del pecado?

Por lo tanto, lleva este yugo con valor, puesto que Dios te hace sentir su carga abrumadora, no para que te envanezcas, sino para que aspire a la libertad de los hijos de Dios con las palabras del Salmista: «¡Ay, cuando me presentaré ante la faz del Señor!» (*Salmo* XLI, 3).

Mas los que escuchan la voz de sus pasiones no evitan estos conflictos, sino los que con violencia les imponen silencio. Por lo cual, esta misma lucha interior, por penosa que sea, nos inspira cierta confianza en nuestra salvación.

Por lo tanto, exclama también tú [con dolor y amargura: «¡Ay desventurado de mí! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?»

Pero al mismo tiempo alientate y ánimate á ti mismo, repitiendo con el Apóstol: «La gracia de Dios, por Jesucristo nuestro Señor.»

Acepta, pues, por la carne, ser esclavo de la ley del pecado, pero, en cambio, procura en gran manera ser, por la razón, esclavo de la ley de Cristo. (*Rom.*, VII, 24, 25).

VI. Nuestra paz.—La paz has de buscarla exclusivamente en Dios; pero no la hallarás nunca, mientras estés en paz contigo mismo, es decir, con tus inclinaciones pecaminosas y con todo aquello que apetece contra la voluntad de Dios. He aquí, pues, la paz que has de desear: nunca des paz y sosiego á tus malas pasiones y debilidades, antes por lo contrario, pelea continua y valerosamente contra ellas.

VII. ¿Vas á enterrarte en la cama?—¿Vas á enterrarte en la cama, sobreponiéndote á los tormentos de la lucha? ¿Piensas vencer soñando, sin esfuerzos, sin combates, sin heridas?

VIII. Para alentar en la lucha.—¡Oh, alma mía, no te desanimes ni te quejes de que tengas que sufrir tantos pesares y tantas tribulaciones! ¿Por quién peleas, al fin y al cabo? Por ti, y sólo para ti. Este es un asunto personal y tú sólo recibirás la recompensa.

Mas ya sé que no peleas por el pago, sino que te impulsas á la lucha valerosa la gratitud que sientes por tu Redentor. Á Él nada le das, en efecto, pero te presta alas el amor, el amor á Aquel que sufrió sin culpa por tu culpa, como si hubiera tenido que expiar la suya propia.

Por tu pobreza abandonó su riqueza, por tu miseria, su bienaventuranza; mas no quiso reservar para sí el fruto de sus obras y de su amarguísima pasión, sino que te lo cedió, para colmarté así de riquezas. Con su abundancia remedió tu pobreza y con su felicidad, tu miseria. Hizo suyos tus pecados, y tuyas sus santas obras. Expió tus pecados como si los hubiera cometido, y á ti te dotó del mérito de sus obras como si las hubieras realizado personalmente. Él cargó con el trabajo y el castigo, y á ti te cedió la recompensa, casi sin esfuerzo de tu parte. ¡Mira qué cambio! Persevera, perseverá, alma mía!

IX. Media vida.—«No hay nada más lamentable y digno de lástima—dice Casiodoro (*Anima*, c. 10, al 17),—que el que ha vuelto la espalda á la luz de la fe ó ha hecho resbaladizo el camino de la misma, por su culpa.»

»Anda sin rumbo fijo, sin saber adonde ha de ir á parar. Como encerrada su alma en cueva tenebrosa, de la que no pudiera salir, no encuentra nada mejor que hacer que establecerse en ella como si fuera su eterno destino.

»De este modo se apasiona el alma por lo que es su perdición y aborrece lo que debiera ser su vida. En la misma proporción en que aumenta su horror á la virtud, crece también su incapacidad para el bien, su inclinación al mal y la ofuscación para con sus deberes y su salvación.

»Al poco tiempo, ni ella misma sabe lo grave que está, y sólo comprende que no se halla bien; mas ó no quiere entenderlo, ó no puede penetrar de dónde procede el origen

de su mal; se disculpa cuando debiera acusarse, y se sentencia por lo que á nadie se le ocurre culparla.

»Con razón se ha dicho que semejante estado es una muerte viva ó una vida muerta.

»Basta observar la conducta de estos infelices para darse cuenta de su infortunio.

»Todos ellos, por muy grande que sea su fingimiento, suelen tener siempre el rostro cubierto de cierta sombra; en medio de toda su alegría, se les nota siempre algún resto de tristeza, y aunque se precipiten en un torbellino de placeres, encuéntranse de repente sobrecogidos por el temor y el malestar.

»Observad lo inquieto de su mirada, lo voluble de su corazón. Ellos no gozan nunca ni de la tranquilidad, ni de la ecuanimidad; al menor contratiempo, pierden la serenidad; todo les inspira terror y desconfianza, y vense atormentados continuamente por la preocupación de lo que los demás puedan pensar ó hablar de sus personas. Han perdido el sostén propio, por cuyo motivo tienen que apoyarse en el juicio y en el favor ajenos y amoldar su conducta al gusto de los demás ó á lo que casualmente traen consigo las circunstancias.

»Por eso no logran nunca hacer nada á derechas. En el momento crítico interrumpen la obra que hacían; no se detienen mucho tiempo en la misma cosa, pues á saltos violentos pasan de un asunto al opuesto. Siempre tienen muchas cosas que hacer y nadie sabe lo que hacen. Nadie piensa en convencerlos, porque, por lo general, no hay quien se acuerde de ellos; pero ellos viven en la creencia de que los ojos del mundo los contemplan sin cesar con desconfianza, contradiciéndolos en todo.

»Es que llevan la causa de su intranquilidad en su conciencia desordenada; por eso se quejan de todo el mundo, sólo saben exhalar lamentos y reconvenciones y se creen cohibidos y perjudicados por todas partes, siendo ellos mismos su mayor tormento.»

De seguro que el desgraciado Shelley no leyó nunca es-

tas palabras, pero no hay duda que la propia experiencia le hace poner su mejor comentario, cuando dice: «Él mismo se forja la espada que ha de acabar con la paz de su propio corazón.»

X. Toda la vida.—«De todo punto distinto—continúa Casiodoro (c. 11, al 18), es la vida de las personas verdaderamente piadosas. En lo exterior apenas se diferencian de la vida ordinaria, pero, en realidad, llevan en sí el sello de la virtud.

»Han logrado someter los apetitos rebeldes de la carne, y tan larga lucha ha proporcionado á sus almas una solidez inquebrantable. A pesar de lo cual, se hallan siempre dispuestas á ensalzar el mérito ajeno y á rebajarse á sí mismas; pues aunque todo el mundo esté contento de ellas, ellas siempre están descontentas de sí mismas.

»Esto no quiere decir que sean timoratas ó mezquinas, porque el reconocer la propia pequeñez es lo que conduce á la verdadera grandeza. Cuanto más severa es la disciplina que imponen á sus sentidos, á sus pensamientos y á su corazón; cuanto mayor es el cuidado que tienen en conservar la pureza de sus sentimientos; cuanto más constante es el temor de Dios para conservarse en su presencia divina, tanto mayor es la facilidad con que se acostumbran á sostener con Dios sus relaciones filiales.

»Precisamente porque se consideran pequeñas, aspiran á engrandecerse escalando la cima de la verdadera grandeza: la de la perfección.

»Cuidadosas siempre de no herir á nadie, pasan por alto, llenas de magnanimidad, todo lo que las ha herido á ellas mismas. Aun viviendo en la carne, no sólo se asemejan á los ángeles, sino que son más fuertes que éstos, puesto que tienen que vencer mayores debilidades y sostener mucho más rudos combates. La pobreza las enriquece en paciencia y méritos, la persecución templó su valor, y la tribulación su fuerza de resistencia. El trato continuo con la majestad de Dios eleva á sus almas hasta hacerles perder toda inclinación á lo ordinario y bajo, y les inspira,

permítaseme la frase, una tendencia natural por todo lo grande y todo lo difícil.

»Todo su ser patentiza que vive en ellas, un espíritu fuerte, superior al mundo entero. En su rostro resplandece el contento y el sosiego; su cuerpo sacrificado soporta mayores trabajos que el cuerpo robusto de los mimados hombres del mundo.

»Su exterior, falto de adornos, pero limpio y decente; su mirada clara y modesta; la rectitud de sus palabras, que van desechas al corazón de los hombres sensibles é inconscientemente y sin darse cuenta de ello inspiran á los demás el amor de Dios, que destila su propio corazón; hasta el tono de su voz tan distante de la rudeza como de la suavidad fingida, testimonio visible de la medida y dominio de sí mismos, en una palabra, todo demuestra que un espíritu interior y justo ennoblece y embellece hasta el exterior del hombre.

»En el andar no muestran ni dignidad afectada, ni precipitación ó ligereza; ni el gozo las enloquece, ni las aplanan la tristeza, pues hasta sus facciones expresan la serenidad inalterable de su espíritu.

»Su trato es siempre el mismo, porque es la consecuencia natural de su virtud y está dominado por el Espíritu Santo, que ha establecido en ellas su morada.

»No conocen las falsas consideraciones humanas que, al fin y al cabo, no son más que consideraciones egoístas, ni se dejan influir en su modo de obrar por la inclinación ó el desafecto. Á nadie niegan un buen consejo, pero tampoco se presentan como maestros arrogantes: saben aunar la humildad con la franqueza y el amor con la severidad. Sienten verdadera afición al silencio, pero lo interrumpen por caridad, evitan cuidadosamente las disputas y procurando no pronunciar nunca una palabra de que puedan arrepentirse después; nunca salen de su boca frases estúpidas ó insustanciales.»

Que no me diga nadie que esto es demasiado elevado para una criatura nacida de mujer y en pecado. Millares

de veces ha sido puesto por obra, y no sólo esto, sino cosas mucho más difíciles. Miles de personas han soportado en silencio, resignadas y agradecidas, largos años de enfermedad, de vergüenza y de menosprecio, perseguidas por el mundo, y, en apariencia, hasta abandonadas del mismo Dios, para poder decir con el poeta: «Pasar á diario por las angustias de la muerte, desangrarse continuamente sin acabar de morir. ¡Ay, en verdad, la muerte sobre el tormento resultaría un verdadero refrigerante!»

He ahí la victoria de la gracia, que triunfa en los débiles del modo más glorioso, que hace que los más pequeños en el reino de los cielos aventajen en fuerza á los grandes de la tierra.

XI. El que quiera grandezas que se atreva con lo grande.—¡El que quiera grandezas que se atreva con lo grande, decía yo á menudo en los días de mi juventud. Mientras tanto se fué pasando año tras año y sigo siendo lo que fui.

Soñé siempre con grandezas, de esas que cantan los poetas.

Los bellos sueños se convirtieron en humo; las grandes empresas siguieron siendo un sueño.

Yo mismo me enredé en las mallas del refrán; lo pequeño me resultaba demasiado mezquino, y lo grande sirvió de juguete á mi soberbia holgazana, y así seguí siendo leña muerta.

He llegado á comprenderlo cuando ya es demasiado tarde: á estas horas, hubiera ya realizado lo magno, si hubiera renunciado al orgullo y me hubiera puesto lealmente á ejecutar lo pequeño.

¡El que quiera grandezas que se atreva con lo grande! Ahora puedo explicar el verdadero sentido de la frase, que es la verdad, eternamente nueva: «Sólo se llega á lo grande siendo fiel en lo pequeño.»

XII. El juicio del mundo y la luz de la fe.—El mundo ensalza muchas cosas que antes son ejecutadas por llamar la atención exterior, que por inclinación interior á la

virtud. Mirado el asunto desde su punto de vista, se comprende perfectamente, pues, á sus ojos, vale más un vestido hermoso que un alma pura. En cambio, no ve ni entiende lo que constituye la perfección y grandeza de una acción noble.

Para valernos de un ejemplo cotidiano, ¿quién aprecia el mérito de una criada que, pudiendo salir de un apuro con una mentira, dice la verdad? «¿Pues qué—se dice,—eso es mérito? Toda persona prudente se guardará muy bien de comprometerse, metiendo la cabeza en el lazo. Ahora bien, la cándida sirvienta no se atreve á mentir, porque teme cometer el pecado que ha de confesar después. Eso, llamando las cosas por su nombre, es pura estupidez, y nada más.»

Así juzga el mundo, porque no sabe apreciar la grandeza que practica aquella sencilla criatura. La cual podría ahorrarse un disgusto si, hablando humanamente, se determinara á ofender á Dios, diciendo una mentira; pero puesta á elegir entre proporcionarse á sí misma un mal rato ó dárselo á Dios, «se ofrece gustosa, como escudo, al Señor recogiendo en su propio pecho los dardos.»

¿No es esto, en verdad, una magnanimidad heroica? Creemos que puede repetirse aquí lo que Ovidio decía de Polixena: «Fuerte, afrontando el dolor con ánimo más que femenino, se adelanta rápidamente la joven al altar á ofrecerse en sacrificio diciendo: «Si necesitas sangre magnánima, aquí tienes la mía.»

¡Oh, qué grandes resultan las cosas que el estrecho espíritu del mundo trata con tanto desprecio, desde el momento en que se contemplan iluminadas por la luz de la fe!

XIII. Grandeza.—Grande es servir, como el mártir, de espectáculo á todo un mundo, y, como semilla de Cristo, hallar la muerte en las fauces trituradoras del león.

Grande es ver cómo las palabras de Bernardo flamean hasta hacer que las llamaradas toquen al cielo, cuando una de sus miradas levantaba pueblos enteros.

Mas también es grande desahogar en lágrimas, y sin

exhalar una queja, un dolor amargo; ser fuerte, no aparentar ser nada y sufrir con mansedumbre las burlas de los perversos.

Grande es poner tu honor, tu vocación, y aun todo tu porvenir al servicio de amos estúpidos que han de tratarte después como la basura de su calzado, si no pasas por todo lo que ellos quieren.

Grande es consumirse en sacrificio por la chusma venal, muy entendida en juegos y comilonas, pero muy ignorante de todo lo que significa sacrificio.

Grande es ver y desear el bien, no sólo sin ser comprendido, antes bien molestado en su cumplimiento, y hallar, en lugar de estímulo y auxilio, censura y menosprecio.

Grande es verse obligado, en vez de construir las bóvedas, á picar las piedras mientras hierve la sangre y saltan excitados los nervios por el deseo de crear y producir cosas grandes.

Grande es sufrir que la necedad y la arrogancia te roben la palma de la victoria mientras á ti te toca recibir los espumarajos de la censura y ver que coronan la cabeza del necio.

Fácil es aspirar á las más altas dignidades cuando á ellas te llevan el favor y la protección del mundo, pero la fuerza del sacrificio vale mucho más que todo el arte de los héroes.

Grande es hacer cosas magnas ante los grandes, pero ser pequeño con los pequeños y cumplir con fidelidad el deber, verse rechazado por la sociedad ó paralizado en los esfuerzos, nada tiene de pequeño.

XIV. Cooperador de Cristo.—Cuando Cristo exclamó: «¡Todo está consumado!», quedaba hecho todo lo que, por su parte, había de hacer para tu salvación.

A pesar de lo cual, te queda aún mucho trabajo, porque Cristo no te quiso dar la salvación como á un enfermo sin conocimiento, sino que deseó demostrarte su confianza eligiéndote por cooperador de tu redención.

Como tal, nada haces solo, pues, Él te ayuda en todo. Lo que tú haces tiene el mismo mérito que si lo hiciera Él. Tus sufrimientos, tus oraciones, tus sacrificios y tus luchas son para Dios las luchas y las oraciones de su Hijo.

Lucha, pues, con el dulce convencimiento de que Cristo está en ti y lucha contigo, y de que peleas por Él, como el Apóstol cuando castigaba y esclavizaba su cuerpo (I *Cor.*, IX, 27), cuando llevaba en sus miembros las mortificaciones de Cristo (II *Cor.*, IV, 10), cuando venció el aguijón de la carne (II *Cor.*, XII, 7), como también cuando se consolaba con la idea de que completaba en su cuerpo lo que hubiera podido faltar en la pasión de Cristo (*Col.*, I, 24).

XV. Verdadera y falsa humanidad.—Lo hemos visto centenares y millares de veces, pues el mundo es bastante viejo: el hombre que se toma por su propio original acaba forzosamente por convertirse en una deformidad.

Y si pretende corregir su imagen por la de otro hombre, todavía resulta doblemente mala y extravagante, porque reúne los defectos de los dos.

Por eso el hombre que desee su perfección sólo podrá lograrla siguiendo las huellas de Aquel que bajó del cielo y á él subió adornado de todas las virtudes humanas.

De aquí que las verdaderas joyas de la humanidad, en las cuales Dios y los hombres se complacen, son los que renuevan en sí mismos, según las fuerzas de la humanidad, las obras y la pasión de Cristo.

XVI. Los deseos secretos del corazón cristiano.—Muchos servidores del mundo considerarían como una gran impertinencia de nuestra parte el que le propusiéramos que nos comunicaran con toda verdad y franqueza los secretos propósitos, deseos y pensamientos que los asaltan en sus horas de silencio. Muchos nos responderían: «Antes entregaría la vida que mi secreto.»

Si se pudiera leer en el fondo del alma de todos los hombres cultos que se encuentran por las calles, de toda esa sociedad distinguida que se reúne en teatros y concier-

tos, «debiendo el vestido adornado de joyas falsas», ¿no se ocultarían bajo tierra llenos de vergüenza?

¡Cómo se enrojecería más de una dama elegante y culta ante su doncella, cuya candidez y devoción fueron para ella con frecuencia objeto de burla, si se parangonaran sus pensamientos más íntimos con los secretos del corazón que embargaban á la pobre joven en los breves momentos de sosiego, con esos secretos que constituyen la alegría de todo el día, lo mismo en las largas horas de vela en que tiene que esperar el regreso de su señora, que en los cortos ratos que pasa en la iglesia por la mañana temprano, primicias del día que roba á su escaso descanso!

Si echamos una ojeada al devocionario en que lee la muchacha á la escasa luz de su cabito de vela, pronto averiguaremos los secretos deseos que llenan su corazón. Ved cómo reza la antigua oración de la mañana que dice así:

«¡Oh Dios mío dulcísimo, cuyo poder sostiene todas las cosas en los cielos y en la tierra! Ya que sin tu divina luz y tu impulso no puede comenzarse nada bueno, ni meritorio para la bienaventuranza, yo, mísera criatura, recurro á ti, Creador, Redentor y Consolador mío, que me has hecho á tu imagen y semejanza, que me has dotado de inteligencia y libre albedrío, y entrego á tu voluntad, providencia y protección, mi alma, mi cuerpo, mi honra, mi bien, todo lo que poseo, todo lo que me has dado en materia de bienes espirituales y temporales.

»Te encomiendo ¡oh Dios mío! á todos aquellos por los cuales tengo obligación de rezar, y te ruego que tú, poderoso y bondadoso Señor, vuelvas tus ojos misericordiosos á nosotros, pobres pecadores, para que nos sean perdonadas nuestras culpas y nos veamos preservados de todo lo que pueda separarnos de tu amor, de tu gracia y de tu misericordia.

»Te ruego también que nos comuniques tu eterna sabiduría, á fin de que obtengamos suficiente comprensión y discernimiento para ejecutar nuestras obras eficazmente según tu divina voluntad.

»Igualmente te suplico que enciendas en nosotros el fuego de tu amor divino, y con tal devoción, ternura, humildad y obediencia, con tal castidad y pureza de cuerpo y alma, que podamos servirte á tu agrado en verdadera fe y vida cristiana para que merezcamos la bienaventuranza en la última hora de nuestra vida. Amén.»

XVII. Los hombres de los días de penitencia y los hombres de los días de fiesta.—La frase «hombres de los días de fiesta», usada por Juan Paul, ha despertado en mí recuerdos alegres, y, lo que vale más todavía, reminiscencias edificantes y estimulantes, pero no de tal ó cual celebridad, «que, frío, y con aire protector, alargando la mano á toda grandeza, como si fuera amigo ó compadre» (*Shakespeare*), hace recordar á su visitante las palabras de Esquilo: «Metal falso que desde el primer uso pierde el color y ennegrece las manos.»

Cuando llevo á un enfermo pobre el consuelo de la religión ó encuentro á su cabecera personas piadosas que por amor de Dios se inquietan de su miseria, siento una verdadera alegría de día de fiesta, aunque las circunstancias no se prestan al caso.

¡Y cosa curiosa! Hay personas que viven en fiesta perpetua, á quienes nadie se acerca sino llevando su mejor traje; hombres que ignoran la miseria que el pecado ha difundido por la humanidad, y que, sin embargo, suelen ser con frecuencia, para los demás, verdaderos hombres de días de penitencia. En cambio, los que lamentan el pecado tanto en sí mismos como en los demás, los que colocan la ajena y la propia miseria como combustible para el fuego sagrado del altar de su corazón; hombres de penitencia, de sacrificio, de oración, de vida espiritual, suelen ser los hombres del día de fiesta, en cuya compañía se halla uno tan bien y tan á gusto, que «de ellos, mucho tiempo después, todavía se conserva un buen sabor interior».

XVIII. Especialidad y poligrafía.—1. El dominio de la ciencia está hoy invadido por los especialistas como no lo estuvo nunca. R. Lucas sacrifica su tiempo y su ta-

lento á solucionar la cuestión de si los tricópteros poseen órganos bucales ó no. Hilberg escribe una obra de 892 páginas, en octavo mayor, sobre las *Leyes de la sintaxis en el pentámetro de Ovidio*. Al que tenga pretensiones de llegar á ser hombre de ciencia, le basta reproducir las cuentas de cocina de una boda de príncipes ó de una fiesta religiosa, y en lugar de explicar el modo de pensar y de versificar de tal ó cual siglo, reducirse á examinar la tinta con que se escribía en aquellos tiempos. El filólogo pasa años y más años en restablecer una variante ó en hallar la certeza de una conjetura; el pintor se entretiene en pintar una mano que saluda por una ventana; el médico de moda se dedica á destruir las pecas de la cara y las vegetaciones de la nariz; el crítico imita á aquel zapatero de Venecia que no dejaba hueso sano al retrato de un dux pintado por el Ticiano, porque descubrió en uno de los zapatos una costura al revés. Frohschammer tuvo razón para afirmar que ninguna academia del mundo elegiría hoy por miembro suyo al fundador de la misma. Para lograr semejante honor, tendría Platón que demostrar primeramente, por medio de tres pesadas y largas polémicas escritas, que hubiera podido ser el autor del *Filebo*. El sabio actual ha descendido á la condición del operario de fábrica que sólo conoce las ruedas del reloj y los clavos de sus zapatos, los cuales, merced á su especialidad, fabrica de un modo magistral. El pretendiente que solicitaba algo del ministro Lutz podía dar su causa por perdida si le indicaba que se había preparado para dos profesiones á la vez, ó que había escrito sobre dos cuestiones distintas, pues el poderoso señor sostenía los principios de Félix Mendelsohn-Bartholdy, que la especialidad es la condición primordial é imprescindible de la verdadera capacidad científica. Los numerosos errores y falsedades de Häckel no bastaron á destruir su fama entre los incrédulos; pero cuando se metió á unificar en un solo sistema todas las afirmaciones del materialismo, se dijo que no hubiera podido perjudicarse más si se hubiera hecho católico.

2. En la vida real todo está en oposición con estas ideas, pues en ellas reina una universalidad desconocida hasta ahora. Zola y Huysmans, Strinberg y D'Annunzio, son la verdadera encarnación de este espíritu. El farmacéutico se burla de la infalibilidad de los papas, porque dice que éstos no entendieron nada de astronomía, como lo demostraron hartó bien en su proceder con Galileo; y el maestro sastre afirma que no puede creer en la Biblia porque los descubrimientos en Egipto y Asiria demuestran que su cronología es falsa y sus datos históricos basados en errores y malas inteligencias.

Acaso las ciencias y las artes, que son exterminadas en una sola reunión de café, no puedan ser calculadas por todos los miembros de una academia científica; y lo mismo ocurre con las relaciones sociales é industriales. Todo el mundo quisiera serlo todo, ó al menos aparentarlo, intervenir en todo y ser citado en todas partes. De sus asuntos personales, que se cuide el vecino; él pertenece á todas las asociaciones y pretende ser autoridad en todo, auxiliar, guía, modelo, poste de camino ó de esquina, ó, para expresarlo con erudición: *factotum*. «En todas las fruslerías mete la nariz, y donde se abre ó se destapa algo, sale escapado del vaso.» (*Goethe*, en parte).

Vive para dar gusto á todos, sobre todo á sí mismo, pero en modo alguno para los que por oficio están necesitados de sus servicios. Está en todas partes como en su casa, menos en la propia, ó como dice Marcial: «Mora en todas partes, nunca en su casa.»

Lo más seguro es hallarle donde menos se espera, pero es inútil buscarlo, si se tiene interés en verlo, donde debiera estar.

3. Estas dos frases obscuras están íntimamente enlazadas entre sí, como ocurre con todos los extremos. La estrechez de espíritu es la causa próxima de la ampulosidad de carácter. Cuanto más reducida es la esfera intelectual de uno, mayor es la seguridad con que juzga de todo, y más pobre su opinión sobre los que no

conocen tan á fondo algún detalle de su manía como él.

4. Este mal tendría fácil remedio si aprendiéramos á pensar y á hablar como el Apóstol cuando confesaba lleno de humildad que se gloriaba de no saber nada fuera de Cristo Crucificado (*I Cor.*, II, 2). Harto más sabía, pero sólo mostraba esta sola ciencia porque era su estudio principal; todo lo demás lo cubría con el velo del silencio.

5. Esta sería la verdadera especialidad del saber: conocer mucho, pero hacer sólo uso de lo que es necesario para la vida y la salvación, esto es, de lo que exigen el deber y la caridad.

La verdadera poligrafía de la vida la demuestran aquellos servidores de quienes dice su señor: «Si digo á uno: ¡Vete!, se va; si mando á otro: ¡Ven!, se acerca; si ordeno al tercero: ¡Haz esto!, lo hace.» (*Mat.*, VIII, 9). Todos estaban dispuestos á ejecutar sus mandatos, cumpliéndolos fielmente, sin cuidarse de que fuesen demasiado molestos, bajos y humillantes, ni de que merecieran poca ó ninguna alabanza, ni de que fueran muy contados los que se dignaban concederles una mirada de atención.

La más hermosa especialidad es siempre la modestia y la humildad en el saber, y la más noble poligrafía consiste en la buena disposición para todos los sacrificios, en el espíritu de obediencia y de abnegación.

XIX. Exterioridad é interioridad.—1. Se censura á la fe cristiana el dar mucha y aun excesiva importancia á las exterioridades, y el no insistir suficientemente en que no es el hecho, sino el modo de pensar, lo que hace al hombre y al cristiano.

2. Aceptamos con gratitud la reconvención, aunque conocemos su origen. Al fin nos repite una verdad que nunca oiremos bastante. No negamos tampoco que esa tendencia del farisaísmo, tan censurada por el Señor, de buscar la justicia en una legalidad escrupulosa y en una severidad externa, pasa fácilmente en este mundo ligero y superficial por sabiduría á los ojos de los espíritus más serios. (*Col.*, II, 23).

3. Sólo que no hay que oponer á este extremo otro que dista mucho de parecérsele: tal es el saduceísmo, el cual, con el nombre de libertad de espíritu, predica el desprecio de todas las formas y prácticas externas; ese libertinismo que asegura que la ley y la religión sólo son obstáculos para el que ha logrado alguna vez la libre convicción libertadora de que cada uno debe arreglárselas con Dios dentro de la propia conciencia. Aquí vienen como de molde las palabras siguientes: «Aunque unas no vaya cargado de libros, no llegará nunca á sabio, y el que destroza brutalmente las obras, se hace acreedor á igual gloria.» (*Sadi*, en parte).

4. Sin embargo, es conveniente que estos dos extremos se combatan mutuamente, pues facilitan el conocimiento de la verdad que se halla en medio de ellos.

Para recordarnos esta verdad, dice el Salvador que hay cosas que debemos practicar sin omitir las otras (*Mateo*, XXIII, 23), y declara que sólo posee el amor el que cumple sus mandamientos (*Juan*, XIV, 21). Pero también asegura que lo principal de su ley es el aspecto interior, el amor, la justicia, la pureza de intención y fervor de corazón (*Mat.*, XXIII, 23). Él mismo demostró con su santa vida que pueden aunarse bien ambas cosas y cuán admirablemente unificada, bella y satisfactoria resulta la armonía entre la obra exterior y la intención.

5. El cristianismo ha predicado siempre esta doctrina, y los verdaderos discípulos de Jesús aspiran á vivir según su admirable ejemplo.

Donde no se manifiesta el espíritu y la fuerza de Dios (*I Cor.*, II, 4), no hay vida verdadera ó, al menos, vida sana y fecunda.

Si alguno cumpliera la ley al pie de la letra, pero no lo hiciera por amor, con corazón puro, conciencia sincera y convicción leal, no realizará en modo alguno el fin de la ley. (*I Tim.*, I, 5).

6. La obra es el cuerpo y la conciencia el alma de la vida cristiana; la unión viva de ambas constituye al verdadero cristiano.

Este es el resumen del Evangelio, pero también la idea fundamental de la vida de la Iglesia.

7. De un modo admirable hállase expresado este mismo pensamiento en un misal del siglo XV; he aquí este magnífico monumento de la fe católica: «¡Oh Padre clementísimo, concédenos la gracia de que seamos de tal modo, que te dignes gustoso permanecer y habitar entre nosotros. Prepárate una morada en mi corazón, y comunícame tu gracia y misericordia.

»¡Jesucristo, hijo de Dios, rey de los mundos y de los tiempos, Dios inmortal y eterno! Tú quieres que toda oración comience en tu nombre y termine con una acción de gracias por tu mediación. Ayuda, misericordioso, á este sacerdote y á todo este pueblo, que somos tus hijos, á orar de modo que nuestras súplicas lleguen á ti, no por la cantidad de las palabras y el sonido de nuestras voces, sino por las lágrimas, la fuerza y la pureza de nuestros corazones, á fin de que nuestro interior concuerde con lo que dicen nuestros labios ante los ojos penetrantes de tu majestad, y para que así logremos toda salvación en cuerpo y alma, y sobre todo, alabemos y glorifiquemos cada vez más tu santísimo nombre sobre la tierra.

»¡Oh dulce Espíritu Santo! Ya que este sacerdote es mensajero tuyo para con los míseros mortales y mensajero nuestro ante tu divina majestad, concédele que incluya la oración de todos nosotros en la suya, y no cese de interceder por nosotros con gemidos y lágrimas para que nos escuche misericordiosamente el Padre Todopoderoso, por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.»

XX. La libertad de espíritu.—1. Pero hay quien dice: ¿Cómo es posible que un hombre goce de la vida bajo el peso de las prácticas que le impone la ley cristiana? Á cada paso se ve perseguido por el temor de faltar aquí á una ley é incurrir más allá en castigo; y hasta cuando reza, se ve cohibido por millares de prescripciones mezquinas referentes á ritos y ceremonias, por cuyo descuido se expone al peligro de convertir hasta el servicio de Dios en

pecado. ¿No es decir esto que el cristiano está encerrado en una coraza, en la que se ve tan imposibilitado de moverse como David en la armadura de Saul?

2. Sería inútil negar que hay personas que interpretan mal las prescripciones de la vida cristiana y los usos de la Iglesia. Los espíritus miopes y los corazones estrechos, que no distinguen entre medios y fin, hallan pretexto para muchos escrúpulos tontos, con los cuales se dificultan más y más el camino de la perfección. Nunca faltará quien busque la salvación y la perfección en la ejecución servil de la fórmula más nimia é insignificante y censure el menor quebranto de la misma con dureza tanto mayor cuanto menos comprenda que «el reino de Dios no consiste en el comer, ni en el beber, sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo» (*Rom.*, XIV, 17) «y en un corazón fortalecido por la gracia.» (*Hebr.*, XIII, 9).

3. Para los rebeldes despreciadores de la disciplina y los descontentos de la libertad, esto es un motivo plausible para acusar á la Iglesia de esclavizar á los espíritus y para sacar la consecuencia de que la humanidad no logrará la libertad mientras no haga trizas el yugo abrumador de los mandamientos y los dogmas de la fe.

4. Ambas cosas denotan parcialidad. Tanto unos como otros, y sobre todo los últimamente citados, campeones de la falsa libertad é independencia, que, «semejantes á murciélagos clavados por los chicos en la puerta del pajar, tiemblan y se retuercen de impaciencia hasta que lleguen los cuervos»; todos, en general, padecen de esa tendencia carnal y pagana, de ese espíritu judío, torpe y duro que priva á los hombres de comprender y asimilarse la perfecta ley de la libertad (*Santiago*, I, 25; II, 13), porque los hace esclavos de la letra y de la forma (*Hebr.*, II, 15), y los convierte en niños que tiemblan delante del dómine.

5. Al cristianismo no le alcanza reproche alguno en este punto, porque él nos enseña la verdad lisa y llana. Él es el que nos ha libertado de aquel espíritu servil de obs-

tinación y temor, inspirándonos el sentimiento filial que nos hace exclamar, sumisos y obedientes: «¡Abba, Pater!» (*Rom.*, VIII, 15). La única servidumbre que nos impone es la de la verdad y la de la justicia (*Rom.*, VI, 20), la cual ciertamente está muy alejada de la esclavitud.

En efecto, el cristiano se somete á la verdad reconocida, sencillamente porque tal es su deber. Sin embargo, no es que ceda porque no le quede otro remedio si quiere evitar su condenación eterna, sino que se somete á la fe por amor á la verdad, lo mismo que se inclina ante la ley, no por pura necesidad, sino por amor á la justicia. Además, aviénese á todas las limitaciones y á todos los sacrificios, á los cuales se siente obligado, no con el corazón quejumbroso, sino por gratitud á la Bondad que ha hecho reflorar el bien en el mundo.

Así, ejecuta la letra de la ley por respeto al espíritu de la misma, por lo cual no le oprime su peso, ni le molestan las supuestas intolerancias de las fórmulas cristianas. «Deja que los siervos clamen contra las trabas del dogma. En cuanto á él, sigue el impulso de su propio corazón.» (*Rückert*).

Y es que no se siente bajo el peso de la ley como el esclavo que á la fuerza es sometido al duro yugo, sino que antes bien, se eleva sobre la misma, porque la considera medio oportuno para demostrar al Padre de los espíritus el sacrificio del suyo por medio de obras palpables y reales. Practica la obediencia, pero como hombre libre, fiel á las palabras del Apóstol, que no cesa de recomendar la libertad de espíritu, y, sin embargo, insiste muy especialmente en que seamos obedientes á causa de la conciencia. (*Rom.*, XIII, 5). Porque «fácil es fundar el reino de la libertad cuando se juntan una ley justa, un amo equitativo y servidores dispuestos á obedecer.»

6. Donde no hay espíritu, tampoco puede haber disciplina ni observancia de leyes y reglas. Se logrará por la violencia establecer un escrupuloso servicio de prácticas externas, pero no durará mucho tiempo. Y debemos consi-

derarlo como una suerte, porque en el trabajo mecánico y en la rutina oficinesca se entierra la vida toda.

En cambio, donde reina el espíritu, se dan naturalmente la disciplina y el orden, el recogimiento, la solicitud y la delicadeza de conciencia. Ahora bien, donde hay delicadeza de conciencia, no falta el amor á la verdad, á la justicia y al orden, y donde existe este triple amor, también vive y prospera la verdadera libertad de espíritu.

XXI. Estética cristiana.—1. Los extremos se tocan, dice el refrán. Los que rechazan la religión externa y, semejantes á los antiguos romanos, la buscan en un ceremonial frío y duro, así como los idólatras de la letra y los místicos sin disciplina, están unidos entre sí por un parentesco espiritual: todos carecen de sentido estético, del «tacto fino y del tono ajustado.» (*Schiller*).

2. El que realmente esté dotado de gusto artístico, se sentirá molestado hasta de que alguien trate de disputar sobre las relaciones entre la obra externa y el espíritu. Sólo el hombre que nada comprende de la belleza, ó que no ha llegado á conocer nunca que, tanto la religión y la vida cristiana como la ciencia, dejan de cumplir la misión que les ha sido encomendada si no satisfacen las exigencias artísticas; por lo tanto, sólo un desahuciado de la belleza puede dudar de que las prácticas externas constituyen una parte integrante de la religión y de la vida moral, aunque no llenan su cometido si sólo existen en los artículos del leguleyo ó se realizan bajo la mirada penetrante del sargento, sino únicamente cuando responden á las prescripciones de la estética.

3. La legalidad, el orden, el cumplimiento del deber y de las obligaciones del estado y de la profesión, la finura y distinción en el trato, así corresponden al culto divino y á la piedad cristiana, como á la educación profana. Nadie irá á buscar la perfección cristiana en un exterior descuidado, en la suciedad, el desorden y la brutalidad, ni en las miradas osadas, en la lengua inmodesta y en la conducta arrogante. La disciplina y el orden externos que se

exige de toda persona culta ha de suponerse naturalmente en todo cristiano.

4. Pero el cristiano que quiere honrar á su religión no se contenta con cumplir las leyes de la justicia y de la caridad, sino que trata de realizar, en la medida de sus fuerzas, las reglas del arte. Nuestros santos, y no sólo los que procedían de las elevadas clases de la sociedad, como San Ambrosio y San Francisco de Sales, sino también Catalina de Sena, Teresa de Jesús y Catalina Emmerich se distinguían de tal modo por la finura de su trato, por su amabilidad, distinción y gracia, en medio de la pobreza que los rodeaba, que hasta en eso hubo de criticarlos el mundo maldiciente.

5. Mas ellos daban tal importancia á su trato exterior porque, por una parte, comprendían que la virtud no es perfecta si no lleva el vestido de la belleza, y, por otra, se hallaban convencidos de que el refinamiento exterior resulta un medio excelente para el ennoblecimiento del alma.

6. Además, lo practicaban así para hacer la religión más atractiva. Sólo una filosofía tan desconsoladora como la de Jouffroy puede atreverse á sostener que lo bello es inútil. No es exacto. La verdadera belleza no es inútil, antes por lo contrario, facilita la aceptación de lo verdadero y la aprobación y práctica del bien. Con razón dice Ruskin que lo bello es con frecuencia más importante que lo útil. Lo mismo puede decirse de la religión. Sus prácticas no han sido establecidas para convertirnos en soñadores antipáticos é inútiles ó en autómatas, sino para que seamos personas amables, serviciales y simpáticas, y al mismo tiempo hombres de espíritu, sumisos á la voluntad de Dios, en una palabra, personas que sirvan y valgan en todas partes lo mismo para la tierra que para el cielo, ó como dice Tegner: «Profetas de la luz y sacerdotes de la verdad.»

7. Nuestros santos aspiraron, en tercer lugar y muy especialmente, á lograr la estética de la vida que trataban

de imitar con la mayor perfección posible, el espíritu de Cristo, el espíritu de la verdad, de la santidad y de la suprema belleza.

8. Y así también, el cristiano que sigue fielmente el ejemplo del Señor y de sus santos, halla la estética de la vida sin darse cuenta de ello.

Cuanto más aumenta en piedad y delicadeza moral, esto es, en hombre interior, tanto más se ennoblece su gusto y su trato externo.

En la misma medida en que se forma su exterior según el espíritu—insistimos y repetimos: según el espíritu—de la ley cristiana, se ennoblece y se acerca á Dios.

Nadie aspira á conseguir la pureza de corazón y el tier no afecto para con Dios, sin sentirse impelido á dominar la vista, á contener la lengua, á afinar las costumbres y á cumplir mejor con sus deberes para con el mundo.

El que se aplica á modelar su alma, á moderar sus movimientos, á temperar su precipitación, á limar siquiera su estilo y su lenguaje, no tardará en sentir también una influencia bienhechora en su carácter y en toda su vida interior.

9. La causa es tan clara como la luz del sol. La belleza es la armonía entre una forma bella y un espíritu superior. El espíritu no puede manifestarse ni desarrollarse perfectamente sin la forma, y ésta á su vez sin el espíritu no puede subsistir; muere.

De la exacta interpretación de esta verdad fundamental se deriva todo el arte, toda la comprensión de la fe y de la religión y toda la vida humana.

Si falta el espíritu, se forman, con disciplina externa, autómatas ó hipócritas. Si se descuida la forma, el espíritu permanece rudo é inservible.

Donde obran ambos de concierto, surge el hombre completo, honra y gloria de su especie.

10. Si todos los cristianos consideraran su misión religiosa y moral como una actividad artística y todos aspiraran á ser lo que Schiller llama hombres estéticos, la vida

nos ofrecería un espectáculo más consolador, y la aceptación y reconocimiento de nuestra fe, hallaría menos dificultades y entorpecimientos, pues sabido es que «la belleza nos arrastra como por un cabello á hacer cosas á que no nos arrastrarían la inteligencia ni el poder, ni siquiera á fuerza de cables» (*Pope*, en parte).

XXII. Más fuerte que la filosofía y la ciencia.—El Señor me concedió la gracia de poder asistir á un compañero en su última lucha, y recibí del mismo mucho más de lo que yo pude ofrecerle; porque la firmeza, la tranquilidad y la alegría con que recibió la muerte, me ahorró el trabajo de consolarle y me llenó á mí mismo de consuelo y de gozo.

Sin embargo, su juventud y sus fuerzas vitales le proporcionaron una espantosa agonía. Desgarraba el corazón contemplar los dolores que le atormentaban en la lucha terrible entre la vida y la muerte.

En aquellas horas de agonía que le arrojaban, sin reposo ni descanso, de un lado para otro, como un gusano pisoteado, clavó en mí sus ojos hundidos y sanguinolentos como pidiéndome alivio, y murmuró con voz temblorosa: «¿Qué más debo hacer?»

En aquel momento supremo cruzó esta idea por mi espíritu afligido: «¿Cuánto daría por teneros á mi lado á todos vosotros, maestros elevados de los silogismos y de las sutiles distinciones, grandes señores de los laboratorios, que os vanagloriáis de reducir la piedra y el hierro á vapor; á vosotros, emborronadores de papel, que sólo tenéis una sonrisa compasiva para el que se ocupa en otras cosas que en amarillentos códices y vejestorios arqueológicos! ¿Qué hubierais contestado á una pregunta semejante?

Mas la angustia mortal del moribundo exigía pronto alivio; así es que fijé también mis ojos en los suyos y le dije según la costumbre cristiana: «¿Qué debes hacer, hermano mío? Cumplir la voluntad de Dios.»

«Está bien»—contestó el enfermo; y se quedó nuevamente tranquilo y sosegado.

¿Acaso alguna disertación estoica sobre lo inevitable habría tranquilizado tan pronto al moribundo? No me atrevo á contestar; sólo sé que cada vez que sus padecimientos se hacían insoportables y le era imposible tragar la amarga medicina, bastábale el recuerdo de la voluntad de Dios para que inmediatamente se resignara á todo. La sola frase: «Dios lo quiere» se mostró también en aquel instante solemne—y éste sí que es el decisivo,—mil veces más eficaz que toda la filosofía y toda la ciencia, las cuales, ciertamente, no le eran extrañas. «Está bien, está bien»—repetía muchísimas veces.—Y aun perdido el conocimiento, no cesaba de repetir: «Está bien, está bien.» ¡De tal modo se había familiarizado con la sumisión á la voluntad divina! Cuando dejó de hablar, comprendí que se habían agotado sus fuerzas; prodújose entonces un silencio conmovedor, y trasladóse en paz á la casa de su Padre para ver cuán bien ordenado está todo en todas partes.

XXIII. Condición para lograr el fin.—1. El viaje de los hebreos por el desierto se compara con mucha propiedad á la peregrinación del cristiano por el mundo. Todos anhelaban llegar á la Tierra Prometida del descanso, pero el largo camino que habían de hacer hasta llegar á ella resultábales molesto y penoso. Y cuando por último volvieron los exploradores diciendo que la tierra era excelente, pero sus habitantes fuertes y numerosos, de modo que sería difícil su conquista, el pueblo comenzó á murmurar, se arrepintió de haberse puesto en camino y pretendió regresar á Egipto, lo que Dios le imputó como grave pecado.

2. Esto nos enseña que, con sólo empezar, no se llega al fin del viaje, sino que es preciso perseverar. Sin lucha no hay victoria, pero hay que luchar hasta conquistar definitivamente el triunfo. Sólo gozará de la paz del Señor el que durante el corto período de su peregrinación y combate persevera hasta el fin. Mas, alcanzado éste, podrá decir rebosante de júbilo: «Con poco trabajo, me he conquistado un gran descanso» (*Eclesiástico*, LI, 35).

XXIV. La oración como expresión del verdadero espíritu cristiano.—1. Hay un punto de la mayor importancia para la apreciación de una época y de toda una sociedad, punto al cual no se da toda la importancia debida, tanto en la historia de la civilización y de la moral como en la apologética y en la historia de los dogmas. Nos referimos al modo como se expresan los hombres sobre los cuales queremos pronunciar un juicio, en sus oraciones y cantos religiosos.

2. Imposible pasar por alto ó tratar con desdén asunto tan trascendental, á menos de desconocer nosotros mismos lo que es la oración. En ninguna parte suele reproducir el espíritu humano tan claramente lo que le conmueve como en sus oraciones, ni nada da á conocer mejor los sentimientos íntimos del hombre. Por eso ha declarado la Iglesia que sus oraciones públicas son una prueba y una norma para sus creencias, y, además, un testimonio de su espíritu.

3. Cuando sé cómo reza una comunidad religiosa, sé también lo que vale. Sabiendo cómo reza un hombre, sabemos también cómo anda en punto á cristianismo.

4. Si se prestara á este asunto más atención y solicitud, algún prejuicio contra el cristianismo caería por su base.

Sería, por ejemplo, imposible censurar al cristiano diciéndole que se alaba ante Dios por sus buenas obras, si se penetrara uno bien de la hermosa oración del venerable Gerlach Petri, escritor místico contemporáneo de Tomás de Kempis, oración que expresa admirablemente el estado de ánimo del verdadero cristiano. Dice así:

«Con espíritu de humildad y corazón contrito y arrepentido, renunciando por completo y en absoluto á todo lo que somos, pero esperándolo todo de ti, llenos de humildad, nos acercamos á ti ¡oh Dios! como pobres y errantes corderos, nos refugiamos bajo tus alas como pollitos míseros y desamparados, y te suplicamos, Señor, que nos recibas según tu gran misericordia. Amén.»

XXV. La piedad es útil para todo.—«Yo no creo

en nada, ni rezo nunca, y, sin embargo, salgo adelante en todo. Ignoro lo que es la fiebre ó la gota, y me sientan bien los bocados exquisitos que me preparan todos los días del año. Estoy bajo la salvaguardia de la suerte. ¿Para qué necesito la piedad? ¡Dicen que sirve para todo!»

¡Lo mismo podría hablar un gusano; la sabiduría del mosquito puede competir contigo! Pero ¿qué será el día en que te azote el huracán, en que las llamas del incendio se eleven por encima de tu cabeza, en que la nave de tu ventura navegue vacía y desmantelada? ¿Qué ocurrirá el día en que te ataquen la calumnia y la injuria, cuando vacile decrepito el orgulloso edificio de tu cuerpo y penda sobre tu cabeza la espada de la muerte?

Fácil es que se baste á sí mismo el que sólo ha sido el niño mimado de la suerte. Pero ¿quién librará de dar una caída en su vuelo arrogante al que la piedad no enseñó á tener moderación? ¿Y quién, sino la piedad, nos enseña el arte sublime de soportar con valor los trabajos y los pesares y de renunciar consolados á la felicidad y al favor?

XXVI. El contrapeso y el complemento de la justicia.—Suele decirse que las personas que rezan mucho son tercas, quisquillosas, poseídas de sí mismas é incapaces para los negocios.

En efecto, suelen hallarse con frecuencia personas devotas cuyos defectos visibles son muy á propósito para hacer sospechosa la piedad. Pero tampoco se necesita ser muy lince para observar que no es la piedad la que las priva de lo que debiera hacerlas perfectas, antes por lo contrario, son ellas las que despojan á la oración de lo que constituye su perfección: el recogimiento y la piedad.

En cambio, hállanse no pocos—Fichte era uno de ellos—de los cuales puede decirse que poseen todo lo que hace respetable: fidelidad en el cumplimiento del deber y escrupulosidad exquisita en todo lo que le prescriben la justicia, la profesión y las conveniencias; mas á pesar de ello, nadie se halla á gusto en su compañía; casi parece que son demasiado perfectos.

Ciertamente que no es así, pero comprende uno que les falta algo de lo que necesitarían como contrapeso y complemento de la justicia. Si despidieran más calor interior, si fueran más modestos, más considerados é indulgentes con los demás, si supieran olvidarse un poco más de sí mismos y elevarse á Dios por encima del férreo curso de los negocios; en una palabra, si tuvieran un poco más de fervor, serían hombres perfectos.

XXVII. Dormir y rezar.—¿Dices que te falta tiempo para orar, que lo necesitas todo para el trabajo? ¿Comparas, pues, la oración con el sueño que interrumpe tus tareas? Pues bien, te cojo por la palabra; precisamente por eso has de rezar más que nunca, puesto que después del sueño te levantas más despejado y fresco para el trabajo.

XXVIII. La oración y el hombre de corazón interior.—¿Cómo he de rezar?—me preguntan á menudo.—¿He de leer en el devocionario ú orar libremente, como me dicte el corazón? ¿Es mejor rezar en mi lengua nativa ó en latín? ¿No es una falta de respeto al Señor el rezar sentado en vez de hacerlo de rodillas? ¿No defraudo en nada á Cristo rezando á María y á los santos?

¡Ay alma buena, no seas tan pueril, ó mejor, tan servil! Reza como te dicte tu espíritu y según te sientas más atraído y dispuesto á la oración. Si sabes rezar sin devocionario, tanto mejor, pero si no sabes reconcentrar tus pensamientos sin el devocionario, no desperdicies esos instantes tan preciosos, como son los de la oración, con estériles esfuerzos; atente al libro devotamente.

San Francisco de Sales hacía esto mismo, y dice que no le dió mal resultado. El estar de rodillas es la posición más adecuada para el rezo, pero si estás cansado, dale facilidades al cuerpo para que no perturbe al alma. Santa Teresa no fué seguramente partidaria de la molicie, pero á todos aconsejó esto, y ella misma seguía el consejo que daba á los demás. Siéntate, ponte de pie, anda ó permanece acostado, háblale al Señor en la lengua que quieras, dirígete á Él directamente ó á su Santísima Madre, á sus án-

geles ó á sus santos; siempre rezarás á un solo Dios y Señor.

En una palabra, desecha todos los pensamientos mezquinos referentes á formalidades y cosas que no atañen directamente á Dios mismo y á tu interior. La libre elevación del espíritu y la expresión natural del hombre de corazón interior, son las que únicamente hallan precio ante Dios (I *Pedro*, III, 4), y las que por sí solas constituyen la verdadera oración. Claro está que la actitud exterior no es del todo indiferente, pero tampoco es parte integrante y decisiva. Condúctete al rezar tal como te lo enseñan las costumbres cristianas, la ley y la decencia natural; pero sobre todo sigue la máxima del Apóstol: «Oraré con el corazón y oraré también inteligiblemente; cantaré salmos con el corazón, pero también con la inteligencia.» (I *Cor.*, XIV, 15). Así realizarás también tú, del modo más perfecto, la oración según el deseo del Señor, la oración en espíritu y en verdad.

XXIX. La oración, canto del paraíso.—¡Cómo se me ensancha el pecho de gozo juvenil! Sale el sol como rejuvenecido, brilla el rocío y el canto de los pájaros despierta en mi corazón un eco de alegría.

Por hermosa que sea la tierra, resultaría un erial, si todos esos cantores alados fueron mudos ó silenciosos, y yo recorrería solitario las llanuras faltándome tan bellos intérpretes de la naturaleza.

La tierra más hermosa se torna en desierto cuando la imagen de Dios recorre en silencio sus campos, pero allí donde la oración, como el canto de la alondra, atraviesa los aires, parece que se abre ante nuestros ojos un paraíso.

El que hace callar la voz de la oración, corta la lengua á los ruiseñores de Dios; el que suprime el canto del coro y de la iglesia, se asemeja al chiquillo que destruye los niños.

Todos lamentan que se destruyan los jardines celestiales, y, sin embargo, expulsan de ellos á los que los cultivan, se burlan de los que cuidan una flor divina, injurian á los que acarician á una alondra del cielo.

Mas ¡ay! cuán fácil sería convertir toda esta hermosa tierra en un paraíso de delicias, con tal que en los pórticos contruídos por el mismo Dios resonaran alegres y vibrantes cánticos de alabanza.

XXX. Preguntas salutíferas y curativas de un experto médico del alma.—(TOMÁS DE KEMPIS). 1. ¿Qué mayor necedad que amar las cosas perecederas y vanas y aborrecer las verdaderas y durables?

2. ¿Te ha perjudicado en algo el haberte privado de una cosa prohibida?

3. ¿Por qué pretendes saber qué tal van los demás, si sigues desconociéndote á ti mismo?

4. ¿Por qué te alegras de la caída de otro?

5. ¿Qué habrás ganado cuando hayas perdido á Dios por causa de una cosa pasajera, que has de tener que abandonar muy pronto?

6. ¿No es una gran miseria la ceguera del hombre que se siente débil y pecador, pero no consiente que los demás le tengan por tal?

7. Pobre mortal, ¿por qué te empeñas en que te honren por un bien que sabes tú mejor que nadie que no te pertenece?

8. ¿De qué te sirve la vana alabanza de los hombres, si tu conciencia te reprocha el pecado y la debilidad?

9. Si te agradas á ti mismo, pero disgustas á Dios, ¿qué será de ti?

10. El que no se domina en lo pequeño ¿cómo se vencerá en lo grande?

11. Por ventura, ¿te ha ordenado Dios alguna vez cosa alguna que no haya hallado un eco en tu propia conciencia?

12. ¿Pretendes ganar cuidándote mucho la corona que los grandes héroes del espíritu conquistaron únicamente á fuerza de terribles combates?

CAPÍTULO XIV

La perfección

1. Tres clases de hombres honrados.—1. Algunos practican por necesidad los deberes externos de la religión y de su estado, pero al mismo tiempo cuidan de su cuerpo con todo esmero y miman sus caprichos y pasiones como una cosa sagrada. Hablan mucho del deber y de las prescripciones cuando se trata de proteger sus derechos y de echar una carga sobre los demás, pero les disgusta mucho oír hablar de abnegación y privaciones, de devoción y vida interior. Estos mercenarios siguen en el fondo de su corazón adheridos al pecado, y están en peligro de sucumbir á la primera tentación que halague sus pasiones; fácilmente arrojan lejos de sí toda disciplina cuando el orgullo y el corazón rebelde y muelle empiezan á hallar incómodo el yugo de la misma.

2. Hay otros que cumplen con rigurosa exactitud sus deberes religiosos y los de su estado, y llevan á la vez una vida de mortificación exterior; creen haber llegado hasta el grado sumo con tan dura puntualidad mecánica, teniéndose por mucho más perfectos que los que son menos severos. No saben una palabra de lo que es vida interior, esto es, del dominio de los caprichos y de la sensibilidad, de la humildad, del fervor y de la caridad, y si se acuerdan de semejantes cosas, ignoran el manejo de las mismas, porque las consideran más como un aditamento inútil, como un adorno, que como el alma del conjunto. Estas almas secas como maderos, y á veces, duras como el hierro, nunca logran la unidad total, y difícilmente pasan de cierta media-

nía. Pero si alguna vez desmayan bajo el peso de las prácticas externas, suelen convertirse en los más indisciplinados de los hombres y se indemnizan de su anterior severidad con el desprecio terminante de todo lo interno como de todo lo externo.

3. Por último, hay unos cuantos que tratan de formar ante todo el hombre interior, esforzándose en borrar faltas y en apropiarse virtudes y piedad. Al mismo tiempo, no descuidan ninguno de sus deberes públicos y privados, tratan á sus semejantes con todas las consideraciones que ordena la decencia y con aquella delicadeza indulgente que prescribe la caridad cristiana; además, lo mismo practican las obras de penitencia y abnegación impuestas, que las que libremente escogen. Pero se someten siempre á todas estas cosas externas con cierta reserva, medida y modestia, pues hasta en estos ejercicios temen ser víctimas de la exageración ó de la complacencia personal. No se ocultan jamás que «el ejercicio corporal es poca cosa, y que la piedad lo es todo.» (I *Tim.*, IV, 8).

En otros términos, saben que las obras externas son un medio secundario para el perfeccionamiento, debiendo ceder, por lo tanto, á consideraciones más elevadas ó al deber del propio miramiento, y que lo principal es el anhelo de interior perfección, que no permite limitación ni negligencia alguna. Estos son los que están verdaderamente en el camino de la perfección, aunque de vez en cuando flaquean y tropiecen.

II. Pasión y perfección.—Me hablas de perfección. ¡Cuánto desearía poseerla! Ha tiempo que luché por conseguirla, pero me faltaron las fuerzas. Hoy he renunciado á ella, pues diversos son los dotes de cada cual; en otros reina el natural suave del cordero; en mí, la pasión y la violencia.

—Pues bien, si sólo es tu pasión la que te dificulta el camino, y, en cambio, aguantas con paciencia y valor el choque, te aseguro que me inspira más confianza tu virtud que si te viera pacífico y santo de nacimiento.

Para lograr la virtud no se necesitan fuerzas gigantes-
cas como las de un fiero león, pero tampoco se atribuye és-
ta al gusano flojo y blando. La virtud es como un corcel
de noble sangre, al que no pesa el freno; la virtud llega á
convertirse en manantial de fortaleza contra la tempestad
de las pasiones.

III. Dos pueblos hay en tu seno.—Si formalmente
deseas servir á Dios, pronto notarás lo que cierto día ex-
perimentó Rebeca. Disputaban los dos hijos que llevaba
en sus entrañas, y Dios le dijo: «Dos pueblos encierra tu
seno, pero se dividirán, y el mayor servirá al menor.»
(*Gen.*, XXV, 23).

Hasta ahora, á pesar de su diferencia completa, tam-
bién moraron dentro de ti y en la mejor armonía dos pue-
blos distintos, porque nunca deseaste su separación defini-
tiva. Pero en cuanto te propongas el bien seriamente, pron-
to verás que se entabla una gran lucha que te ha de des-
garrar hasta el fondo de tus entrañas; porque el mal no
querrá ceder al bien la supremacía alcanzada. Sólo que
aquí el mayor no servirá al menor, sino que la carne y la
mala voluntad se someterán al espíritu.

El anhelo de perfección comienza con la lucha, y no es
mala señal que ésta sea violenta, pues demuestra que el
mal ve apurada su causa.

IV. Triple mortificación.—El primer acto de la mor-
tificación está en la abstención. Es el grado más ínfimo,
pero, sin excepción alguna, el más necesario, pues evita
todo aquello que se prevé, se ha experimentado ó se teme
con razón que pueda convertirse en tentación ú ocasión de
pecado. Esta mortificación es suficiente, pero es penosa
porque entraña el temor.

La segunda mortificación consiste en la detestación. No
es necesaria, pero sí muy de aconsejar, pues no sólo ahu-
yenta todo lo que halaga y seduce nuestros sentidos y
nuestro amor propio, sino que hace que se odie y se rechace
como algo que puede ser un peligro y disgustar á Dios.

Esta segunda clase de mortificación es un camino más

elevado y seguro, aunque menos penoso que el anterior, porque evita muchos combates y se halla ya suavizado por el amor, si bien el temor ejerce aún su influjo en este segundo grado.

La tercera mortificación consiste en la investigación. El que la elija está en camino de la felicidad. Porque el que, por amor á la cruz de Cristo y por asemejarse á su Redentor, castiga voluntariamente sus deseos y su orgullo y aprovecha todos los medios para combatir su sensualidad y su amor propio, está tan alejado del peligro como es posible estarlo en esta vida terrena; tiene bajo sus pies á su peor enemigo, y el amor á su Salvador convierte en dulce lo que su naturaleza rechaza por amargo.

V. La mejor de todas las mortificaciones.—Sin mortificación, sin victoria sobre uno mismo y sin abnegación, es imposible alcanzar el reino de Dios. La mortificación más necesaria, imprescindible y al alcance de todos, consiste en aceptar las molestias y trabajos de la vida diaria, y especialmente los de nuestra profesión, suponiendo que los soportemos todos con el mismo espíritu que Santo Domingo, quien recibía cualquiera contrariedad con las palabras: «Es mi penitencia.»

Así fatigamos el cuerpo hasta dejarle sin fuerzas para levantarse arrogante contra el espíritu; así domamos la rebeldía del espíritu sometiénolo á la cotidiana disciplina, que tanto repugna; así aprendemos, en la forma más breve, á poseer las virtudes tan necesarias de la obediencia, la humildad, la paciencia y aquella que ha de decidirlo todo: la perseverancia en el bien.

VI. ¿Yo he de llegar á santo?—«¡No te asuste la palabra *santo*!»—dice San Bernardo.—En la Escritura no son denominados santos aquellos que ya en vida alcanzaron completa santidad, sino los que se esfuerzan por alcanzarla; ni tampoco los que han acrisolado su corazón por completo, sino los que anhelan tan sólo purificarlo. «No que lo haya logrado ya todo, ni llegado á la perfección de asemejarme á Cristo; pero yo sigo mi carrera por ver si alcanzo

aquello para lo cual fuí destinado por Jesucristo.» (*Filip.*, III, 12).

Así habla de sí mismo el Apóstol.

Ya veo que tampoco él había logrado aún la meta, pero tenía el santo propósito de ser santo, y por eso lo fué.

Por lo tanto, resuélvate también á santificarte y determinate diciendo: «Es preciso que sea santo, cueste lo que cueste y sea cuando sea.» Sé fiel á tu propósito, continúa sin desmayar lo que has empezado, y no flaquees, ni dejes de adelantar diariamente. Y si alguna vez desmayas y faltas—al fin eres hombre y siempre estás sujeto á las debilidades,—levántate en el acto y continúa en tu propósito y en tu aspiración de llegar á santo; así lo lograrás.

VII. La razón de todos los obstáculos en el bien.
—¿Por qué—preguntas—no hallo verdadero consuelo en todas mis oraciones y trabajos? ¿Por qué basta la cosa más nimia para arrojarme al suelo? Creo poder decir que no me falta seriedad y buen deseo de servir á Dios y de enmendarme. ¿Cómo, pues, tengo tan poco éxito?

La misma pregunta hicieron los israelitas á Dios por medio del Profeta: «¿Por qué—decían—ayunamos tanto y no nos haces caso? Hemos humillado nuestras almas, y te haces el desentendido.» (*Is.*, LVIII, 3). Alma mía, ¿sabes lo que Dios les respondió? «Mirad la intención con que ayunáis.»

El amor propio que alimentaban con su severidad y legalidad (*Colos.*, II, 23) era la barrera que los separaba de Dios. Por eso respondió el Señor: «Sólo cuando no andes ya por los caminos que te has fabricado tú mismo y no quieras hacer tu propia voluntad, hallarás gozo en tu Señor; entonces te elevaré sobre las alturas de la tierra.» (*Is.*, LVIII, 13, 14).

Reconoce en esto á tu enemigo, al mayor obstáculo para tu perfección. Domina, pues, tu amor propio y tu carácter y hallarás mayor consuelo en el servicio de Dios, trabajarás con mayor placer y te elevarás más fácilmente sobre las miserias de la vida, aunque sobre la tierra no puedas desprenderte por completo del hombre.

VIII. Progreso sin fin.—La virtud y la perfección no conocen límites. Nunca debe creer el justo que ha conseguido su fin. «No es que yo sea perfecto, pero me esfuero en llegar á serlo»—dice el Apóstol. (*Fil.*, III, 12).

Por mucho que hayas avanzado, siempre conservarán todo su valor las palabras siguientes: «El justo justifíquese más y más; y el santo más y más se santifique.» (*Apoc.*, XXII, 11).

El mismo Autor de toda santidad, mientras predicaba en la tierra, no se desdénó de darnos ejemplo, pues de Él dicen las Escrituras: «Fué obediente hasta la muerte.»

¿Lo has oído? Hasta la muerte. Anda, pues, y no te detengas; avanza siempre y no te pares, hasta que hayas exhalado el último suspiro. «Habéis de correr en competencia hasta llegar á la meta» (*I Cor.*, IX, 24)—dice el Espíritu Santo;—y vuelve á repetir otra vez: «Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida» (*Apoc.*, II, 10).

IX. El camino más seguro de la salvación.—Sólo hay un camino que conduce á Dios; Cristo Jesús. No obstante, muchos buscan á Cristo, y por Él, al Padre, mas no hallan ni al uno ni al otro. ¡Cuánto tiempo no trató Herodes de ver á Jesús? Por fin le vió, y, sin embargo, no le encontró. ¡Cuántos hay que buscan á Cristo, pero le buscan cual los judíos, duros y sensuales, por medio de caprichosas prácticas externas, con justicia muerta, ó, semejantes á los soberbios paganos, pactando con el favor del mundo y el espíritu de la época (*I Cor.*, I, 22); es decir, buscándolo por su propia cuenta y según su propio parecer! Pero no es esta la manera de encontrarlo.

Sólo en la cruz puedes hallar á Cristo. Esta breve sentencia es el resumen del Evangelio, de la fe y del cristianismo. Que unos se avergüencen de la negación de su propio espíritu como de una verdadera necedad, ó que á otros escandalice la amonestación á renunciar al propio albedrío, ello es que no nos ha sido anunciado otro Cristo que el que pende de la cruz, ni otro camino que conduzca á Él que el de la cruz. (*I Cor.*, XXII, 3).

Al parecer, camino pesado, pero precisamente el más fácil de hallar, pues hemos de recorrerlo, querámoslo ó no, con todos los demás hombres; por lo tanto, es también el que con más seguridad ha de conducirnos al fin apetecido. ¡Qué palabras tan consoladoras las que nos dice el Señor por boca de su ángel: «No temáis, que bien sé que buscáis á Jesús Crucificado!» (*Mat.*, XXVIII, 5).

X. ¡Mírame!—Aquel ministro peruano que fué atormentado por los conquistadores ansiosos de oro, suspiraba amargamente en el tormento. A su lado, según cuentan, yacía el rey sobre ascuas, callado y sufriendo. Por último, se dirigió á su siervo quejumbroso y le dijo: «¡Mírame! ¿Por ventura reposo yo en lecho de rosas?»

Lo mismo podía decirme Jesús. Yo me quejo de los dolores, de los tormentos del alma, del menosprecio ajeno, de las humillaciones, y debiera pensar: «¿Acaso lo pasó mejor mi Señor? ¿Valgo yo más que Él?»

XI. Un medio sencillísimo para alcanzar lo más elevado.—El que considere lo que es Dios, lo que somos nosotros y lo que valen todas las cosas, se convencerá de que lo que se exige de nosotros no es demasiado, sino muy poco, y no le será difícil renunciar á todo en absoluto, á dominarse y á aspirar á lo más supremo.

XII. Una sola cosa basta.—Haz, Señor, que yo te satisfaga, pues entonces pronto hallaré en ti mi completa satisfacción. Si tú ¡oh Señor! me bastas, seré siempre rico.

XIII. Dios debe crecer, yo disminuir.—Aquel de quien la misma Sabiduría eterna dió testimonio de que no hubo otro mayor que Él entre los nacidos de mujer, el Precursor del Señor, dice de sí mismo que «debe disminuir, y Cristo crecer» (*Juan*, III, 30). Con estas palabras indica todo el contenido de su vida, porque obró siempre de conformidad con ellas. Cuanto más se acercaban los hombres á él, más los alejaba de sí encaminándolos á Aquel ante el cual quería palidecer y palideció como el lucero del alba ante el sol naciente. Cuanto más le celebraban, más hablaba de su Señor y de su propia indignidad.

¡Qué modelo para los siervos y predicadores de Cristo!

¡Cuántos hay entre éstos que ejercen su misión sustrayendo corazones á Jesús para inclinarlos á sí mismos, disminuyendo la veneración á Dios para fomentar su propia honra! ¡Cuántos siervos de los hombres y sacerdotes del propio honor! En efecto, son muy escasos los que sólo anhelan el honor de Dios en toda su pureza y lo fomentan exclusivamente, dispuestos siempre á mermar y disminuir día por día á los ojos de todos, con tal de elevar y ensalzar tan sólo á Dios.

Y, sin embargo, en esto solo descansa la bendición de toda humana actividad; en esto está el secreto único y la razón de que, en algunos, todas sus palabras y obras estén tan llenas de gracia y sean tan benditas, porque sólo conocen dos cosas: desaparecer personalmente y ver honrado únicamente á Dios.

XIV. Cómo nos prepara Dios para las grandes cosas.—Sara tenía noventa años cuando concibió á Isaac. Hasta el límite de lo posible, había esperado fruto de bendición, había llorado, rezado y hecho ofrecimientos á Dios. Todo había sido en vano. Por último, resignóse á lo inevitable, y tornóse fría é indiferente, hasta causarle el pensamiento de semejante asunto verdadera repugnancia. Mas entonces concibió, y vió cumplidos sus deseos de antaño, de un modo como no se había atrevido ni á soñarlo siquiera.

En esta misma forma debe morir en nosotros toda impetuosidad, todo deseo desenfrenado, hasta el punto de que la realización de lo que era el objeto de nuestras ansias fervientes, sea ya únicamente posible á costa de sacrificios, de modo que no podamos pensar en ello sin disgustarnos; entonces se cumplirá nuestro deseo, y por modo más abundante de lo que nunca pudimos imaginarnos. El origen más fecundo del bien es la abnegación.

XV. El camino de la paz.—Puede Dios enviarte tribulaciones, necesidades temporales, calumnias y persecuciones, como hizo con su Hijo durante toda su vida, y aun

llenarte de suprema tristeza, de tristeza hasta la muerte, como la que Cristo pasó en el monte de las Olivas; pueden atormentarte las dudas acerca de tu salvación eterna y los terrores del juicio final; puede parecerte que el Padre de los cielos mismo te abandona, como le ocurrió á tu modelo en la cruz.

Venga lo que viniere, lleno de fe y confianza, entrégate incondicionalmente en manos de Dios, y ten la seguridad de que en esta entrega absoluta de ti mismo hallarás al menos la paz del corazón, con la cual se puede sobrellevar toda tribulación por larga y penosa que sea.

Mas ésta no durará eternamente, porque Dios todo lo hace bien, es decir, á su tiempo. Mientras tanto, cumple tú con lo tuyo, y ten paciencia con Dios y con los hombres, con las circunstancias y sobre todo contigo mismo. Este procedimiento te reportará los mejores frutos (*Job.*, XXII, 21. *Luc.*, XXI, 19). Pero ¿quién es el que contra la orden y el tiempo de Dios, aun anhelando la cosa más santa, ha conseguido nunca la paz? (*Job.* IX, 4).

XVI. Lo que supera y sobrevive á todo.—Cosa grande es ser apóstol, gran maestro y estar dotado por Dios de dones brillantes y extraordinarios, aunque son muy pocos los que logran estos favores. Sin embargo, que nadie se aflija por esto: hay algo muy superior, que está al alcance de todos: «La caridad, que todo lo sufre, que no envidia á nadie, que no se enorgullece, ni se busca á sí misma, que perdura sobre todo lo demás, porque todo pasa menos ella.»

XVII. Cómo se llega á santo.—1. No hay santo que haya nacido tan perfecto como murió; todos tuvieron que llegar á serlo. En casi todos arraigó la virtud en el corazón, por modo lento, con grandes esfuerzos y después de porfiadas luchas y caídas. A consecuencia de muchas, largas y continuadas prácticas, adquirieron paulatinamente la facilidad, luego la costumbre y, por último, el estado de devoción, recogimiento, humildad y todas las demás virtudes; finalmente, llegaron á la santidad.

2. Sólo en Cristo fué todo diferente; pues nació tan

santo como murió; fué santo desde el principio y no pudo serlo más porque no era posible mayor grado de santidad. En Él no procedía la santidad de fuera hacia dentro, sino de dentro hacia fuera. Todas sus acciones no eran sino un desenvolvimiento de su perfección interior, lo mismo que cuando se abre el tabernáculo y se descubre el Santo de los Santos que mora en su interior.

3. Esto está por encima de nuestras fuerzas; sin embargo, es un gran ejemplo para nosotros.

En efecto; en nosotros, el camino de la santidad nos lleva primeramente de fuera á dentro. Sólo numerosas humillaciones nos conducen á la humildad; sólo constante y repetida concentración de los sentidos, de la fantasía y de los deseos del corazón nos llevan al recogimiento; sólo la continua abnegación nos da el dominio de nosotros mismos.

No obstante, sería trabajo perdido esperar de las obras externas nuestra santificación. Hay muchos que toman sobre sí privaciones, humillaciones y rebajamientos innumerables, pero no por deseo de santificarse, sino por necesidad, por embrutecimiento, por ambición, por cálculo, pero murmurando, por lo cual ni las humillaciones todas del mundo los hacen humildes, ni todos los sacrificios, santos. Los fariseos eran modelos de legalidad, pero también de soberbia y de dureza. Los penitentes indios superan á todos los santos en crueldad para consigo mismos, á pesar de lo cual resultan siempre caricaturas repugnantes de santidad, porque dejan tan inculto su corazón como sus uñas y sus cabellos.

4. Todo depende, pues, de la intención con que producimos las obras externas. Si nuestras violencias y nuestras luchas han de conducirnos á la santidad, deben tener origen, por una parte, en una convicción santa, como sucedía en Cristo, ó en una aspiración sincera á la santidad; y, por otra, disponer el espíritu á una imitación más perfecta del Señor y á convertirse en instrumento más capaz del Espíritu Santo. Artificios hábiles, violentos ó mecánicos

no llevan á la santidad; sólo el ennoblecimiento de todo el hombre, sobre todo del hombre interior, según el modelo de la perfección divina encarnada, en una palabra, la imitación de Jesucristo, puede procurárnosla. En este sentido se expresa también Ángel Silesio cuando dice: «Aunque Cristo nazca millares de veces en Belén, si no nace en tu interior, estarás perdido eternamente.»

XVIII. El arte más difícil.—Es el de saber sufrir, y tendrás que estudiarlo, hasta que logres conseguir que nadie note, y mucho menos sienta, que sufres interiormente.

XIX. Los discípulos y la madre.—Orgullosos, rodeaban los discípulos al Señor el día de su entrada en Jerusalén, pero en cuanto empezó su pasión, sólo pensaron en sí mismos.

Únicamente la Madre, tan alejada del Hijo en su triunfo, se hallaba cerca de la cruz, al lado de Jesús para consolarle, y ante sus enemigos para servirle de escudo.

Cuando el Señor nos colma de honores, tiene siervos numerosos; sólo los nobles se sacrifican cuando su amado se halla sumido en el oprobio.

XX. Hacer y padecer.—Cuando haces una buena obra, sólo es á medias obra de Dios; pues, aunque Dios viva en ti y obre por tu mediación, y aunque no estropees, ni con la más ligera infidelidad, la obra de Dios en ti, siempre serás tú el ejecutor inmediato de lo que haces. Lo contrario ocurre cuando sufres: entonces es Dios el que cumple sus propósitos en ti; tú solo eres el escenario de su obra; de tu amor propio, que suele estropear la mejor de sus obras, seguramente que no queda nada.

Aprende, pues, á sufrir con la elevada convicción de que Dios obra dentro de ti, y mantente quieto, y tan silencioso, que Dios pueda ejecutar sus propósitos sin ninguna interrupción por parte tuya. Lo que haces es obra humana, lo que sufres es obra de Dios.

XXI. La atracción de la Cruz.—Hay personas de las que dice Vittoria Colonna: «En algunos escogidos parece

brillar el Sol eterno con tanta intensidad, que vemos penetrar sus rayos hasta las profundidades del corazón.» Estos son los hombres que, como el bienaventurado Suzón, tienen el poder especial de consolar á otros. Y no es que posean gran ciencia, ni den muestras de ningún don extraordinario, sino que de tal modo atraen á sí á todos los que padecen, que éstos se alejan de ellos tranquilizados y consolados, á veces sin que hayan empleado muchas palabras para conseguirlo. Su aspecto y todo su modo de ser producen una impresión profunda; desagradan á las personas ligeras, petulantes y libertinas, las cuales calificanlos de pesimistas, oscurantistas y censores intransigentes, y huyen de ellos por secreto temor; pero á los cansados y desfallecidos de la vida, reanímalos una sola palabra suya.

La fuerza admirable que surge de ellos es la de la cruz. El que está bien ejercitado en el sufrimiento, puede también fortalecer á los demás, aun sin darse cuenta de ello. Sus palabras son muy diferentes de las de los mundanos muelles y satisfechos. Sus obras respiran una unción que no pueden producir ni la actitud mejor estudiada, ni el discurso más hermoso del que lleva una vida alegre y ligera.

Todo esto lo deben á su semejanza con Cristo, quien dijo: «Cuando me halle elevado en la cruz, lo atraeré todo hacia mí.» (*Juan*, XII, 32). El padecer según su ejemplo, nos hace partícipes de las bendiciones de su pasión, como expresa el poeta en las siguientes hermosas palabras: «El Redentor extendió, lleno de amor y clemencia, sus brazos en la cruz, y de esta imagen surgió una paz silenciosa que se extendió sobre la tierra.» (*Walling*).

XXII. Todo por Todo.—Si se quiere seguir al que recorre su camino como un gigante, no hay que llevar encima carga alguna. Por eso debemos renunciar á todas las cosas terrenas sin excepción, incluso á la más hermosa profesión y á la más santa actividad, y no solamente á las cosas en sí, sino también á la afición y al apego que les profesemos. El que tenga su corazón sujeto á alguna de

ellas, se quedará prendido, porque el amor á lo terreno es una cola fuerte y pegajosa.

Pero no sólo hemos de abandonar las cosas de aquí bajo, que forzosamente dejaremos un día, sino que también hemos de despojarnos de nosotros mismos y del amor que nos tenemos. Pues también Cristo se sacrificó á sí mismo por causa nuestra.

Ahora bien, ¿qué pierdes si con ello te unes á Él para no perderle ya nunca, á Él, que no sólo lo es todo, sino que además está por encima de todo? Dalo, pues, todo por Él, y así todo lo hallarás en Él.

XXIII. Juventud eterna.—En todo lo existente anidan tres deseos: el crecer sin esfuerzo, el madurar lo antes posible y el no marchitarse nunca.

No podemos disminuir el período del crecimiento y de la maduración, pues lo que Dios ha dispuesto, no hay astucia ni progreso que lo derribe.

¿Por qué, pues, tantas recriminaciones contra la vejez? Pero el hombre puede y debe evitar su decadencia. El que por ganancias temporales se extenúa, pronto le llega la noche; pero el que trabaja por lograr la recompensa de la eternidad, nunca verá acabarse el día.

El mundo chupa á sus víctimas como verdadero vampiro, y vuelve á escupirlas con horror como si fueran huevos podridos.

Pero el cielo también se cuida de sus intereses, porque quisiera poseernos eternamente; por eso nos trata con miramientos y nos conserva nuestros dones.

¿Á quién habrá hecho sucumbir el sacrificio que hizo por amor de Dios? ¿Quién no sintió, trabada lucha, los frescos impulsos de la virtud?

Á cada nuevo enemigo crece el valor, y ansiamos nuevas batallas; las cicatrices se convierten en tesoro que buscamos llenos de orgullo.

¡Cuántos serían destinados á la muerte, si Dios les diera tranquilidad; pero la lucha no les deja tiempo para enfermar!

Los que no han sufrido, pronto se marchitan; en la guerra se forman los héroes; y, según dicen todas las leyendas, los héroes no envejecen nunca.

Pero no, no sólo lo refieren las leyendas, sino que bien lo demuestra todo aquel á quien Dios ha endurecido en el combate de la vida y ha acrisolado hasta convertirle en elegido.

Las escorias han sido requemadas por el fuego, y sólo queda el oro fino; pero el oro brilla en luz más pura cuanto más lo trabaja el platero.

El que á fuerza de mimos se engaña á sí mismo, pronto se convierte en planta de estufa.

El que se arroja en el horno de Dios, pronto es joya preciosa de eterno fulgor.

Por eso, el que anhele conservar la juventud, aun en medio del brillo plateado de sus canas, que sufra callado como los santos, que nunca envejecen.

XXIV. Pequeña mística del bienaventurado Tomás de Kempis.—1. Un corazón voluble y distraído, en que no se arraigan los buenos pensamientos, es un verdadero nido del mal.

2. Cuanto más se derrama uno al exterior, tanto menor es el contenido interior que conserva.

3. Excesiva solicitud y precipitación en las acciones externas, produce desasosiego, distracción y frialdad para con las cosas celestiales.

4. El que no sabe privarse de nada, no será nunca fuerte é independiente.

5. El que se priva de cosas permitidas está más seguro contra las prohibidas.

6. El que ansía vivamente lo terreno, pierde á veces lo de aquí bajo y lo del cielo.

7. Mayor virtud es dominar sus pasiones que sacar los demonios del cuerpo.

8. El hombre vive mucho tiempo engañado acerca de su bondad y su fuerza, hasta que halla adversarios que le atormentan de firme.

9. El que se engríe demasiado, se desespera cuando algo se opone á su voluntad. El humilde, en cambio, no sucumbe ni á la persecución ni á la calumnia: nada le quita el dolor, puesto que nada se atribuía á sí mismo; pero en cambio, le impulsa á Dios, verdadero origen de toda fuerza y de toda confianza.

10. La riqueza y los honores no satisfacen; sólo el que busca á Dios hallará su satisfacción completa.

11. El que haya aprendido á no amar nada terreno, ni á sí mismo, vence fácilmente la melancolía.

12. El ánimo se verá arrojado de aquí para allá todo el tiempo que busque su consuelo en las cosas terrenas. Fuera de Dios, ni hay paz ni descanso; en Dios está únicamente la verdadera alegría del corazón.

13. El que gusta de servir á otros y presta oídos á las penas y tribulaciones ajenas, aumenta el número de sus amigos y disminuye el de sus padecimientos.

14. Aquel es verdaderamente noble que es ennoblecido por sus virtudes.

15. El que domina sus deseos es un gran señor.

16. El que está limpio de pecado y se adorna de virtudes es un hombre hermoso.

17. El que está lleno de la gracia de Dios y no anhela los honores del mundo es envidiablemente rico.

18. El tiempo nos ha sido dado para obrar el bien, y no para la holgazanería y las bromas necias.

19. El que no rompe decididamente y sin temor con las máximas del mundo, nunca llegará á ser ni sabio ni valeroso.

20. Emprende sólo aquello para lo cual, después de examinarte humildemente, halles gracia suficiente en ti.

21. Confía en el tiempo y en la práctica, que dan habilidad y experiencia, pues así se vencen muchas cosas.

22. Lee á menudo en el librito de tu conciencia para que puedas calcular si aumentas ó disminuyes.

23. Todo hombre debe vivir como si cada día debiera morir.

24. No te empeñes obstinadamente en mantener tus opiniones preconcebidas, y no hagas fácilmente un propósito irrevocable, aun en cualquier cosa secundaria, si no te hallas convencido en absoluto y ante Dios de que no es un deber para ti.

25. Cuanto más alejado se cree uno de la perfección, tanto más próximo está de ella.

26. Mientras el hombre reconoce que su interior encierra algo que debe desaparecer y mejorarse, va por buen camino.

27. Temor excesivo y exceso de confianza en sí mismo son dos males que diariamente te sirven de obstáculo.

28. Esmérate en agradar y temer sólo á Aquel que penetra en ti y en todas tus acciones.

29. Una acción encaminada únicamente al último fin, vale más que las obras sin fin de los necios.

30. Si quieres que tu obra agrade á Dios, ejecútala con corazón sumiso y placentero, no con repugnancia y amargura.

31. Á ti mismo te debes vigilancia, á tu hermano justicia, amor y buen ejemplo, y á Dios fidelidad constante.

32. El que á sí mismo busca, á sí solo halla. El que busca sinceramente á Dios, y sólo á Dios, hallará en Él, no obstante todas las tribulaciones, un amigo sincero.

33. En toda empresa buena ten el firme propósito de agradar únicamente á Dios que lee en tu corazón y ama á los sinceros y puros.

34. Un siervo de Dios debe moderar todo lo que hace con verdadera modestia. Por esto elige siempre el justo medio. Dios no quiere que maltrates tu carne, sino que no halagues tus pasiones. No seas exagerado en nada, ni en el trabajo ni en la severidad contigo mismo, ni siquiera en los ejercicios de piedad, pues, de lo contrario, fomentarás la soberbia, pero tampoco te entregues á la molicie. Basta con que en las prácticas externas imites á los más débiles entre los escrupulosos; sólo en el celo espiritual y en las virtudes internas debes tratar de crecer diariamente.

35. El sostenerse en la justa medida es la virtud del principio; la paciencia, la condición del progreso; la perseverancia en el camino del bien, la prenda de la perfección.

36. Todos tus esfuerzos han de encaminarse á domar las pasiones, á purificar el corazón, á inclinar tu espíritu á Dios y acostúmbra á tu voluntad á que ejecute con fortaleza las órdenes de tu conciencia.

CAPÍTULO XV

La educación personal

I. ¿Cuánto tiempo debe durar la educación?—Se declara terminada la educación en un momento dado, pero eso no quiere decir que un joven esté educado por completo. Sólo significa que la educación por extraños ha durado ya lo suficiente para poder afirmar que el individuo está ya en estado de continuar educándose á sí mismo.

La educación por otros es sólo una preparación á la educación personal, y ésta, á su vez, la verdadera misión de la vida entera. Por eso tiene su fin en el momento en que Dios nos llama de este mundo para hacernos partícipes de su gloria eterna. En este momento ha terminado, porque en el otro mundo ya no hay progreso.

¡Feliz aquel que durante toda su vida se haya perfeccionado, hasta el punto de que Dios mismo tenga que declarar suficiente su educación! Por desgracia, será muy reducido el número de los que en el día del juicio obtengan este testimonio, porque la mayoría terminan su educación demasiado prematuramente.

II. La ley suprema de la educación personal.—El daño principal de la educación moderna está en que se pretende instruir y formar á los niños divirtiéndolos.

Parece que los pedagogos han sacado tan funesta máxima de su propia vida, porque en la educación personal existe, desgraciadamente, desde los tiempos antiguos. Nos abandonamos al tiempo y á nuestra naturaleza, á la que, por lo demás, solemos echar siempre la culpa de nuestros errores y defectos, ó bien nos consolamos con este principio rutinario: «Todo se andará.»

Mas esto es un error; las cosas no pueden seguir así. Sólo realizaremos la educación personal, ó bien, para expresarnos en los términos de Calderón, la misión «de arrancar de nuestro espíritu y de nuestro corazón la antigua piel de culebra para poder elevarnos luego, como renacidos, al cielo», si la basamos en las palabras del Redentor: «El reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos son los que lo arrebatan.» (*Mat.*, XI, 12).

III. No esperemos una victoria fácil.—«Dios nos hace más dificultosa la victoria para que nuestra corona sea un día más magnífica.» Así habla el ilustre Ozanam, quien sólo repite lo que expresa el poeta con las palabras: «El que quiera vencer, debe saber morir,» concepto que otro hombre más grande nos da á entender en su parábola: «En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo.» (*Juan*, XII, 24 y sigs).

IV. Utilidad de la censura.—«El censurarse uno mismo—dice el sabio—es el primer paso para la virtud, pero sólo el primero. En cambio, recibir las censuras de los otros, sin disculpas ni odios, nos acerca más á la virtud.»

Si yo mismo cuido mis heridas, difícilmente sanaré, pues sólo sajaré hasta que sienta dolor. Mas si un extraño maneja el instrumento, corta hasta en lo vivo, sin contemplaciones. Esto es doloroso, pero cura.

V. Si no os tornáis como niños.—*Si no os tornáis como niños*—dice el Evangelio—*no entraréis en el reino de los cielos.* (*Mat.*, XVIII, 3). El niño también tiene sus faltas, pero puede uno corregírselas. Se encoleriza contra el que le reprende, pero inmediatamente le acaricia y le ama más que antes. Lloro de rabia ó de temor, pero en cuanto se convence de que no tiene motivo y que sólo su precipitación le ha causado miedo ó disgusto, vuelve la sonrisa á sus labios. Rechaza un objeto y lo vuelve á recibir si se le dice que es de valor, cuidándolo desde entonces con el mayor esmero.

¡A cuántos pecados no me ha arrastrado á mí la vanidad! Afirmaba y creía yo con toda sinceridad que es indigno de un hombre retractarse de un juicio irreflexivo ó enmendar una acción imprudente; y ciertamente obraba así, no por carácter ó firmeza, sino por orgullo y obstinación, los cuales me impedían reconocer mi error, «atravesándome, en cambio, el corazón con un aguijón cuyo veneno me inficionaba el alma endureciéndola como una roca.»

De esta manera han terminado muchas faltas empezadas, se han completado muchos errores á medias, y se han convertido no pocas obras ligeras en estados conscientemente pecaminosos.

Para obtener semejantes resultados, prefiero volver á ser niño. No guardaré rencor á nadie, ni me avergonzará el retractarme de lo que he dicho; interrumpiré gustoso una frase empezada ó una obra recién comenzada, para decir ó hacer lo contrario, si entiendo que he hablado ó he obrado equivocadamente. Es más hermoso un tallo capaz de ser dirigido y de convertirse en árbol majestuoso que un tronco contrahecho é inflexible.

VI. Ya no somos niños.—Todo tiene su época; se lleva en brazos á los niños; los hombres marchan por su pie. ¡Á qué viene, pues, esta constante amonestación: «Velad, estad dispuestos á la defensa; rezad y respetad el orden?» ¡No vemos ya por nuestros propios ojos lo que puede producirnos bien ó mal? ¡Ya no somos niños!

Si Dios lo hubiera querido, seríais aún inocentes, como cuando erais niños. Pero desde que os detestaron os amenazan de muerte una copa de cristal, un rostro lindo y un crujiente vestido de seda; por aquello de que: «¡Niños pequeños, pequeñas caídas; hombres grandes, grandes batacazos!»

VII. El corazón semejante á un molino.—El corazón del hombre nunca está quieto; continuamente necesita algo en que ocuparse; de lo contrario, se desgasta á sí mismo como las muelas de un molino si ruedan sin grano.

Todo depende de lo que constituya su ocupación. Si

muele buenos pensamientos, santos deseos, firmes propósitos, su trabajo es vida y bendición; pero si muele deseos impuros, proyectos ambiciosos, odios encarnizados, se deshace á sí mismo, falto de paz, y trabaja por su ruina.

VIII. El bosque nevado.—Sobre cada una de sus ramas llevan los árboles la carga pesada de la nieve, y la ostentan orgullosos como adorno real, porque á cada movimiento del aire brillan los bordes de su manto con el fulgor de perlas y diamantes.

Si soportas con valor la carga de la cruz tal como la tomé sobre sí el Señor, tu vergüenza y tus llagas serán las perlas de tu corona; cada una de tus lágrimas será un diamante, y tu alma tendrá parte en la herencia celestial.

XI. El hombre debe sufrir.—¡Oh Dios mío! cuando me veo agobiado de trabajo, ansío mayor descanso, para poder pensar más en ti y en mi alma; y cuando me das un momento de reposo, tengo que acusarme de haberte olvidado y de olvidarme de mí mismo de una manera indigna. Cuando vuelvo á recibir la antigua carga de trabajo; me pongo contento, porque entonces es cuando estoy más recogido y me esmero más en el orden y en la oración, en el sacrificio y en la pureza de alma, en una palabra, en mi verdadero bienestar.

Sí, mejor es para mí soportar el yugo, porque entonces sé que estoy constantemente bajo tu mano y bajo tu vista. Pero si me das un momento de reposo, me entrego á la negligencia y á la pereza propia de mi naturaleza.

Por eso, no escuches mis quejas, antes bien, sométeme á tu disciplina y cuéntame entre los que creas capaces de enmienda. Tú solo sabes lo que puede serme útil; y cuando mis angustias han desaparecido de mi alma, yo mismo hallo un consuelo en que tu cayado me haya empujado hacia adelante, en que hayas abatido tu vara sobre mí. (*Salmo XXII, 4*).

En efecto, me es más útil vivir bajo el peso del trabajo, que disponer libremente y á mi antojo de mi vida.

Sí, me es más saludable el arrastrarme á paso veloz

por entre los zarzales espinosos de la vida, aunque chorree sangre mi cuerpo, que se estanque éste y se pudra en el lecho de la holganza.

Por lo cual, protesto ahora de mí mismo, por si en momentos de tribulación, lleno de impaciencia y necesidad, me resistiera á tus sabias disposiciones, y te ruego que no te dignes escuchar entonces mis súplicas. Pues quisiera gozar, en la última hora de mi vida, del consuelo de poder decir: «Bueno es para el hombre haber llevado el yugo desde los días de su juventud.» (*Lament.*, III, 27).

X. Entrégate á Dios.—El rey recompensa al ejército y al general, cuando se apoderan de una fortaleza. Pues bien, tu voluntad es todo un reino; ríndela á Dios, que Él te recompensará con largueza.

XI. Formación del carácter.—Cuando nos preguntan por un hombre de confianza y de carácter enérgico, del cual pueda decirse lo del poeta: «Roca firme en lucha con las olas alborotadas,» les indicamos al que se distingue por su mortificación ó su castidad, pues estas dos virtudes dan al hombre la calidad del acero, hasta convertirle en demasiado rudo y quebradizo, si no se sumerge en el baño de la oración, de la humildad y de la caridad. La castidad sin la humildad hace al hombre soberbio; la mortificación sin el amor, le hace áspero, duro y de espíritu contradictorio.

De la formación del carácter puede, pues, decirse lo mismo que de la salvación: Ó inocencia ó penitencia, pero nunca sin humildad, caridad y fervor.

XII. Teme á lo pequeño.—Un gusanillo pequeño destroza la fruta; una leve mancha estropea el vestido; un subterfugio destruye toda disciplina, y una vía de agua insignificante anega todo el bajel de la fe.

XIII. Las puertas traseras.—«Una puerta trasera pierde toda una casa»—dice el refrán.—Ahora bien, tales puertas traseras suelen ser, en la educación, la abuela y la madre, que no van acordes con el marido, ó miman demasiado al hijo. En el matrimonio hace de puerta trasera el pensamiento de que uno no está unido para siempre. En

la fe y en la obediencia resulta puerta trasera esta restricción: «Sí, pero á condición de que concuerde con mis ideas y aficiones.»

La razón de que no prosperen ni la familia ni el Estado, ni el carácter ni la vida religiosa y moral, está en que nada nos causa mayor terror que la sumisión perfecta, el abandono sin reserva y la perseverancia en todas las circunstancias, en una palabra, en que nos figuramos imposible la vida sin puertas traseras.

Los antiguos educaban á la juventud según la máxima: «La docilidad es la primera y la última de las virtudes.» Pero á nosotros nos parece ya extraña esta virtud, hasta el punto de que ni siquiera somos ya capaces de horrorizarnos debidamente ante la afirmación vergonzosa y desleal que todo el mundo repite hoy en día: «Si la vida me resulta demasiado penosa, me queda el recurso de desaparecer del campo por la puerta trasera del suicidio.»

XIV. Modo de lograr la firmeza del espíritu.—1. Nuestro espíritu imita con preferencia á los perrillos, no sólo en la oración y en el servicio de Dios, sino también en el estudio y en la conversación ordinaria. Mientras el amo del animalito sigue el camino recto, sin paradas ni rodeos, el perro se agota con sus saltos, idas y venidas: ya salta una zanja, ya hociquea una piedra, ya corre á asustar á dos pacíficos pajarillos; no para un momento en sus correrías vanas, y es muy raro que siga obediente á su amo ó haga caso de él mientras éste no le halague ó le acaricie.

2. Es preciso que te despojes de esta volubilidad ridícula, «porque es una vergüenza para un espíritu elevado recorrer como una cometa los aires, arrastrada unas veces por el viento y otra por el bramante del chiquillo.»

Enseña por lo tanto á tu espíritu á contemplar con firmeza su destino y á avanzar en su consecución, no con rodeos ni precipitaciones, sino con perseverancia.

3. Esto sólo lo lograrás gracias á un constante ejercicio.

Nadie exige de ti que sigas el ejemplo de los santos, que

se pasaban las noches enteras en oración, ó permanecían horas y horas sumidos en profunda meditación; pero sí es preciso que te acostumbres á preservar tus pensamientos de distracciones y divagaciones vanas, á sujetarlos y fijarlos en todos los negocios y trabajos que te ocupen, para cumplir con la misión que te ha sido encomendada, á pesar de todos los obstáculos exteriores ó todas las dificultades interiores.

4. Ahora bien, esto no lo conseguirás nunca, si no llegas, por un lado, á un gran recogimiento de espíritu, y, por otro, á una gran firmeza de carácter. Ambas cosas se obtienen fácilmente por medio del ejercicio continuo de la oración y de la abnegación.

XV. Los frutos más nobles.—Un sentimiento exquisito de la verdad; una sensibilidad delicada que no molesta jamás á nadie y sabe alegrar á todos, y un corazón que se horroriza de todo lo impuro y lo ilícito, son tres frutos tan preciosos que no bastan ni el propio esfuerzo ni la ayuda ajena para hacerlos madurar: preciso es que el Dueño del jardín de nuestra alma, Dios mismo, nos ayude á cosecharlos.

Por eso no participará nunca de dichos frutos el que no se esfuerce en conseguirlos con la oración y la constante intimidad con Dios.

XVI. Temor de los hombres y temor de Dios.—Entre los mayores obstáculos para el bien, hay que contar el temor de los hombres. Contra éste no hay remedio más eficaz, ó mejor dicho, más efectivo, que el temor de Dios. El que teme á Dios no teme á los hombres (*Prov.*, XIV, 26; *Eccli.*, XXXIV, 16). El que posee el temor de Dios, no conoce otro temor que el de perderle. El temor de Dios expulsa todo lo malo (*Eccl.*, I, 27). Con palabras igualmente bellas y verdaderas, dice Arndt de nuestros piadosos antepasados: «Su lanza atravesaba como el rayo corcel y jinete, coraza y escudo. Temían á Dios, y sólo á Él; únicamente la virtud era para ellos la verdadera sabiduría.»

XVII. Un buen remedio contra la sensualidad.—Si quieres formarte una idea muy viva y real del egoísmo innoble y de la indigna bajeza que hay en la sensualidad, pasa inmediatamente después de haberte informado ó presenciado un cuadro conmovedor de la miseria humana, á una de esas reuniones mundanas en que reina la coquetería y la galantería. Te avergonzarás de todos los que en forma tan pueril y peligrosa rebajan la propia dignidad, y sentirás tal repugnancia, que, al menos, en aquellos momentos, te tendrás por insensible á todas las seducciones de los sentidos.

Créeme, el mejor remedio contra ese veneno sutil es ocuparse en la gravedad de la vida y en las miserias del género humano. No es fácil que los servidores celosos de los pobres puedan ser víctima de la embriaguez de los sentidos.

XVIII. Conservación de la paz.—«Para disputar—dice el cardenal Cheverus,—es preciso que haya dos, y yo nunca quiero ser el segundo.»

XIX. No disgustarse.—Lo primero es no enfadarme, pues el que se disgusta es un tonto. Después, no disgustar á nadie; cada cual tiene bastante con su cruz. Poner paz es mi mayor aspiración; si á ti te agrada enfadarte, hazte rabiar á ti mismo, que yo no quiero disgustarme.

XX. Artes elevadas.—Hay cuatro artes tan elevadas que están para siempre vedadas al demonio: arrepentirse, enmendarse, dejarse corregir y confesar que el hombre es falible.

Verdad es que estas imposibilidades pueden resumirse en una sola frase: doblar la rodilla. Para hacer que el demonio se arrodille, habría que variar toda su constitución, pues tal como es, podrían quebrarle las piernas, pero nunca lograrán que adquiriera la habilidad de postrarse de hinojos.

XXI. Sufrir y haber sufrido.—Todos temblamos ante el peligro; pero cuando se toma por asalto la fortaleza, to-

dos nos alabamos de haber sido los más valientes. Todos queremos haber sufrido, mas todos nos damos por satisfechos cuando nos vemos desembarazados de nuestros sufrimientos.

Tú, en cambio, sufre de tal suerte, que, haber sufrido, sea para ti una fuente de consuelo eterno.

XXII. Breve manual de educación personal.—1.
Las malas yerbas crecen en todos los huertos.

2. La mala yerba brota sin que la siembren.

3. El que á sí mismo se tiene por santuario, que no se queje de que se hagan cruces ante él.

4. Mejor es retroceder que extraviarse.

5. No pecar es la mejor penitencia.

6. Los pensamientos no pagan derechos, pero tampoco es una aduana el infierno.

7. Se varía á menudo, pero se mejora rara vez.

8. Los pecados entran riendo y salen llorando.

9. Lo que es dulce de beber es amargo de pagar.

10. Pecado de embriaguez se expía en ayunas.

11. Médico suave, herida gangrenosa.

12. Cada cual tiene su viga, y el que no lo cree tiene dos.

13. El que es de paja, que se guarde del fuego.

14. Mejor es tarde que nunca.

15. Si los ojos miran lo que no deben ver, el corazón piensa en lo que no debe pensar.

16. El caer no es vergüenza, pero sí el seguir caído.

17. El dicho: «No importa» ha perdido á muchos.

18. No es vergüenza tener defectos, sino el no querer saber ni oír nada de ellos.

19. Las faltas se te perdonan, pero no debes consentir en llegar á ser defectuoso.

20. Si quieres averiguar si eres lo bastante severo contigo mismo—y es muy importante que lo sepas,—trata de enterarte bien de si la severidad de que usas contigo mismo te hace más indulgente con los demás.

21. Las tres artes más difíciles son: callar, ser indul-

gente y tener paciencia; por eso son también las que más difícilmente llegamos á dominar.

22. El arte de mandar y de hacerse obedecer se obtiene únicamente obedeciendo.

23. No hay carácter hermoso sin la paciencia.

24. No hay hombre completo sin dominio de sí mismo.

25. No hay quien inspire confianza sin rectitud y sencillez, constancia y formalidad.

26. Se confía uno solamente al que sabe salir de sí mismo sin contrariedad é interesarse por los asuntos de los demás sin ofensiva condescendencia.

27. La mejor escuela para un corazón fuerte son los sacrificios hechos con fortaleza de ánimo.

28. La exacta mezcla de blandura y firmeza se obtiene en el crisol de las humillaciones.

29. La mejor academia para la educación del hombre son esas tribulaciones intensas que destruyen hasta el último escondrijo del amor propio.

30. Un hombre capaz de comunicar á sus semejantes el calor de la vida, debe poseer á Dios dentro de sí mismo de un modo tan vivo, que se le sienta sin que él piense en hacerlo sentir.

XXIII. Nuestro hombre.—En la juventud, castidad; en el ejercicio de la autoridad, indulgencia; fuerza y moderación en la virtud; docilidad en la obediencia, paciencia en las pruebas, arrepentido después de la falta, penitencia después del pecado, temor sólo del mal, valor y perseverancia en el cumplimiento del deber: tal es la línea de conducta que debe seguir el que quiera progresar en la virtud.

XXIV. Buen peso, buena medida.—Cuando llegue el día en que te encuentres en la tumba ó ante el juicio del Señor, no preguntarás quién habló ó pensó bien ó mal de ti.

La alabanza y el vituperio de este mundo apenas moverán el fiel de la balanza, pues tanto la amarga censura como el dulce elogio serán para ti un sueño lejano.

En aquel momento, una sonrisa no reemplazará en ti las obligaciones de conciencia, y las palabras burlescas del satírico serán nada en comparación de la sentencia definitiva.

¡Oh, cuán rica en virtudes sería tu vida si el pensamiento de la muerte y del juicio final te fuera familiar!

CAPÍTULO XVI

Ciencia práctica

I. Resumen de la ciencia práctica de la vida.—Primero pide el favor de Dios y luego obra con reflexión, pues con Dios y con paciencia todo se lleva á buen término.

II. Vive para el momento presente.—Guárdate de la funesta tendencia de diferir y prometer. Evita las frases: «¡Mañana, otro día se hará!» Lo que ha de salvarte, lo único que puede redimirte es la gracia, no la que te prometes para más adelante, sino la gracia del momento. Sólo utilizándola puedes esperar recibir la siguiente, con la cual debes seguir el mismo procedimiento. Sólo en este sentido deben tomarse las palabras: «No andéis, pues, acongojados por el día de mañana, que el día de mañana harto cuidado traerá por sí: bástale ya á cada día su propio afán.» (*Matteo*, VI, 34.)

III. Con Dios empieza y con Dios acaba.—Lo que principia sin Dios no puede acabar con Él, pero nunca es tarde para solicitar su protección; si á Él confías tu empresa, la llevará á buen término siempre que se lo pidas y practiques buenas obras.

IV. Dos recuerdos infantiles.—1. Cuando éramos niños nos decían á menudo: «¡Cierra los ojos y abre la boca!» Y entonces, ó bien nos metían en ella un terrón de azúcar, ó bien, para bromearse con nosotros, un polvito de sal.

Ya mayores, habríase resentido nuestro orgullo juvenil si alguien nos hubiera dicho que las palabras: «¡Cierra los ojos y abre la boca!» entrañan una gran sabiduría.

Pero hemos ido envejeciendo y la experiencia nos ha

hecho más cautos; ahora al menos decimos—si obramos conforme á lo dicho, es otra cuestión:—«Realmente, para vivir en paz con el mundo y con nosotros mismos, venga lo que Dios quiera y trátenos el mundo como le dé la gana, no hay mejor medio que cerrar los ojos y abrir la boca.»

2. Hay otra sentencia que en vano trataban de inculcarnos en la juventud, cuando nos la citaban como regla de conducta para el viaje por el mundo, y que ahora, cuando ya estamos hartos de darnos de cabezadas con el mundo y de mordernos la lengua, consideramos como la más natural, lógica y sabia: «¡Abre los ojos y cierra la boca!»

3. Para inculcarnos esta última, bastan la malicia de los hombres y el temor que inspiran. Pero en cuanto á la primera, habremos de confesar que sólo el temor de Dios, la devoción y un auxilio interior sobrenatural pueden hacérsela observar.

V. Botiquín casero para los días negros.—Ahora vas á confesarme lo que te pasa hoy, pues no parece sino que todo el mundo te molesta, y aun contigo mismo te muestras insoportable... cómo, por lo demás, y hablando con franqueza, te muestras con todo el mundo.

—Tengo hoy mi día negro, y quisiera saber quién podrá censurarme porque me apesadumbre el que todo el mundo se conjure contra mí. Lo que emprendo hoy lo hago al revés, y hasta en camino llano ando torcido; por una palabra amable armo una tempestad, y desearía pisotear á todo bicho viviente. Duermo mal y digiero peor; tengo los nervios de punta, la conversación me resulta vana y no desearía estar en ninguna parte. Me da rabia hasta la luz del sol, y me iría derecho al patíbulo. No sé lo qué me pasa hoy, pero me parece que todo se ha vuelto loco y me ha contagiado ó me ha embrujado con sus locuras...

—Querido amigo, cálmate. No son muy difíciles de reconocer las causas de tu locura. Examínate á ti mismo. Te crees fascinado, embrujado, contagiado por los demás sencillamente porque tu corazón no está tranquilo. ¡Tu cora-

zón! ¡He ahí tu enfermedad nerviosa, las horas negras y los malos tiempos! ¡Tu corazón! ¡He ahí tu fastidio, tu tedio, tu malhumor, tu pie izquierdo! Tu corazón es la pesadilla, el mal pie, la torpeza, la vieja y el mal de ojo que te atormentan. Del corazón surge el borbotón que pone la cabeza como hirviente torbellino; si no fuera la sangre envenenada del corazón, todos los días serían buenos.

Por eso, no busques medicinas para curarte el mal humor y el mal de ojo; el remedio está dentro de ti mismo—suponiendo que eres creyente,—y consiste en el valor viril, que consiste en dominarse y trabajar tranquilamente.

VI. El capital más productivo.—Te es más útil aprovechar los pequeños dones que poseas, que desear las grandes capacidades de los otros; te conviene más ejecutar los trabajos y oraciones diarias, que envidiar á los que rezan y hacen más por el reino de Dios que tú; te es más provechoso sufrir resignado tus pequeños males, que desear derramar tu sangre por amor de Dios. Pero, de ordinario, lo insignificante no es apreciado por los hombres, porque, ofuscados por el amor propio y la ambición no quieren comprender que poseen dentro de sí mismos un capital inagotable para progresar en la virtud y ganar el cielo.

VII. ¡Non multa, sed multum!—No digas: «¡Pero es que puedo hacer tan poco bien! ¿Qué será de mí el día del juicio?» Haz lo poco que puedas, y te irá bien. Dios no mira la cantidad, sino el bien que se hace y la manera de hacerlo.

VIII. La vara de medir y la balanza.—Cuanto más cosas diversas cautiven tu atención, cuantos más asuntos emprendas, cuanto más generoso sea el mundo en alabarte por tus vastos conocimientos, más cuidado debe darte la idea de si podrás sostenerte en la presencia de Dios, porque el mundo mide con una vara, pero Dios pesa con una balanza.

IX. Sentencia de sabiduría.—1. El exceso de ciencia hace á menudo grandes necios.

2. No es sabio el que por una necedad pierde la cabeza.
3. La sabiduría y la virtud se crían en terreno duro.

4. Mucha sabiduría se estropea en el bolsillo del pobre, pero más aún en la cama caliente y en las mesas de café y de juego.

5. Si se pudiera comprar la sabiduría y la virtud, andaría muy barata la nobleza.

6. El que pretenda tapar la boca á la gente, tendrá que gastar mucha cantidad de azúcar y más aún de buenas palabras.

7. Hay que dejarse de juegos y de bromas cuando se ocupa una posición elevada.

8. El que quiera andar por dos caminos, necesita tener las piernas muy largas.

9. Grandes vientos traen á veces poca agua.

10. Amigo de todo el mundo, hazmereir de todos.

11. Por donde hay vidrios, no se debe andar descalzo.

12. El que anda descalzo, que no siembre espinas.

13. Más vale preguntar dos veces que no errar una.

14. Las promesas y el paño sin mojar encojen mucho.

15. Exceso de sal estropea la sopa.

16. La suerte no regala nada, sólo presta á rédito.

17. Del que alaba mucho una cosa no debes fiarte.

18. Uno por uno los cazarás todos.

19. El que va en carreta de bueyes también llega al mercado.

20. No siempre es tu amigo el que te sonríe con amabilidad.

21. Hay que comer una arroba de sal con una persona antes de hacer de ella nuestro confidente.

22. Gato escaldado del agua fría huye.

23. Cuando el huésped es más querido, debe marcharse.

24. Más vale llegar á listo á fuerza de perjuicios, que á necio á fuerza de éxitos.

25. Una buena palabra hace más que todo un regimiento de mercenarios y no cuesta tanto.

26. ¿Quién por causa de los gorriones dejará de sembrar?

27. El que siempre está pendiente del viento y de las nubes, nunca hará la recolección.

28. Para asustar á un gorrión no hace falta disparar cañonazos.

29. El que siempre está agrio, perderá la sal de sus palabras.

30. Se cazan más moscas con una gota de miel que con una arroba de hiel.

31. No creas todo lo que oyes, no digas todo lo que sepas, no des todo lo que tienes, no mires todo lo que te atrae, no desees todo lo que ves, y no hagas todo lo que puedes.

32. Antes se logran muchas cosas callando y esperando, que con sermones y golpes.

33. Con la risa curarás alguna herida para la cual toda la ciencia del mundo no halla emplasto ni hierba medicinal.

34. Si el hombre pudiera quitar de su camino todas las piedras que le estorban, no le quedaría nada que hacer á Dios nuestro Señor.

35. El caballo y el carretero rara vez piensan del mismo modo; por eso es siempre bueno que Dios mantenga la razón contra los hombres.

36. Si no quieres confesar que aquello de que estabas más orgulloso fué á menudo tu mayor necedad y que aquello por lo que más apego sentías fué tu mayor desgracia, de poco te ha servido la experiencia.

X. El camino de la felicidad.—Sencillo sería el camino de la felicidad si sólo se redujese á estas cosas: atravesar y soportar, adelantar siempre, nunca retroceder, y trabajar sin descanso. Pero falta la parte principal, que se llama: ¡Renunciar!

XI. Ganancia y pérdida.—Cuanto más pesar soportes, mayor ganancia obtendrás. Cuanto más consuelo y comodidad busques, más disminuirán tus fuerzas, tus probabilidades de paz y tu recompensa final.

Tienes, pues, libre la elección; puedes escoger lo que, aunque te moleste, te es provechoso, ó lo que te satisfaga,

pero perjudicándote. Lo primero te procura enmienda y ganancia, lo segundo merma ó privación de tu recompensa. «¡Oh mortal, no creas que tu felicidad consiste en los deseos logrados, sino en los deberes cumplidos.» (*Gerok*).

XII. Ganancia y sufrimiento.—Te afanas por conocer la causa de tus muchos pesares, y acusas á los hombres, á Dios, al destino.

Mejor harías en confesar que tú mismo te has inferido las heridas de que te quejas; que tú mismo eres la causa de tus excesos; tu soberbia y tus placeres te han clavado en ese madero del tormento. Debieras, pues, golpearte el pecho, y, arrepentido, dar gracias á Dios, cuya bondad ha dispuesto, llena de ternura, que la culpa te arrastre al médico que puede curarte.

XIII. El espectáculo más grandioso.—1. Cuando presenciamos un espectáculo cuyo final conocemos de antemano y vemos al héroe perseguido, humillado, aniquilado por la desgracia y á punto de perecer, nos dan ganas de gritarle: «¡Aguanta, persevera, que todo acabará bien! ¡Cuánta honra te espera por haber dado tales muestras de fortaleza y fidelidad! Cuánto mayor sea ahora tu apuro, tanto más grande será luego tu triunfo. Todavía gimes, pero, mira, ya se acerca la victoria de la buena causa. Todavía hay justicia, todavía existe una providencia divina, y para experimentarla en ti y demostrarla á los demás, sufres y padeces. Ten constancia y resignate un poco más; Dios mismo se convertirá en deudor tuyo.»

2. Pero cuando somos nosotros mismos los que nos hallamos en igual caso, nos olvidamos de las palabras que dirigimos á los oprimidos. Entonces son otros espectadores los que nos animan con las palabras de Calderón: «Hoy son las flores de la cruz, mañana será la miel celestial.» Pues en la lucha de esta vida tenemos grandes espectadores, espectadores de más elevada alcurnia que los que presenciaron los tormentos de los mártires en el anfiteatro. Á estos espectáculos asistían sólo emperadores y césares, pero los ángeles, los santos, el mismo Dios son los que siguen y

observan nuestros pasos con verdadero interés y simpatía.

3. Representamos aquí con toda la seriedad requerida una tragedia grandiosa, un combate terrible, una batalla decisiva para la eternidad. ¡Qué sentimiento sublime debe embargar nuestra alma al pensar que ocupamos un puesto señalado en el «espectáculo que damos á los ángeles y á los hombres!» (I *Cor.*, IV, 9).

XIV. El conocimiento de sí mismo es el camino que conduce á Dios.—1. «En la medida que aumento en el conocimiento de mí mismo, aumenta también mi conocimiento de Dios—dice San Bernardo.—Porque si veo algo bueno en mí, y no me engaño á mí mismo, sino que me convenzo de lo que soy en realidad, siéntome arrastrado hacia el Único que es bueno y de quien deriva todo bien, en vez de fijarme en mí mismo. En cambio, si descubro en mí miseria y pecado, llego á convencerme de que estoy perdido en cuanto me veo abandonado á mis propias fuerzas. Por lo cual, tendré confianza y esperaré tranquilo, aun cuando me vea envuelto en el mar de mi miseria y mi pecado, pues entonces me queda aquel socorro único que constituye mi salvación, la gracia y misericordia de Dios.»

2. Este aumento en el convencimiento de la propia debilidad, por una parte, y, por otra, en la confianza de Dios, es el signo infalible de que nuestras pruebas nos conducen á la salvación ó á la perdición.

3. De compadecer es el que se siente desalentado por sus pruebas é irritado contra el mundo. La verdadera sabiduría de la vida nos enseña á decir con los santos: «Cuanto más desespero de mí mismo, tanto más aumenta en mí la tendencia á obrar bien y á perseverar en el servicio de Dios.»

XV. El convaleciente.—1. Un hombre sano, dotado de robustez y energía, podrá despreciar algunas reglas de precaución sanitaria, pero para el que acaba de dejar el lecho y sólo se halla en vías de curación, todos los cuidados son pocos.

2. Pues bien, aun el hombre más perfecto es sencillamente aquí en la tierra, y en el caso más favorable, un convaleciente; por lo tanto, debe observar todas las precauciones, privaciones y limitaciones debidas. Por eso repite la sabiduría divina con tanta frecuencia: «¡Sed vigilantes, velad y perseverad en la oración!»

XVI. La mejor sabiduría.—Digno de envidia es el que conoce el mundo, rico el que ha sufrido mucho, feliz el que sabe aprovecharse de su experiencia, sabio el que saca una enseñanza de todo esto.

XVII. La modestia.—En los días en que fermentan las fuerzas juveniles, soñamos en acometer grandes y brillantes empresas, diciendo: «Seré la manecilla del reloj del mundo.» Pero cuando la experiencia de la vida nos ha instruído, confesamos que el fin más elevado que el hombre puede ofrecer á su ambición y á su ansia de proezas consiste en ocupar un puesto humilde aquí bajo y el hacer el bien en su círculo reducido. Empezamos por vivir en un porvenir que no nos pertenece; luego murmuramos de lo presente sin utilizarlo, y, por último, ó bien nos consumimos en recuerdos de un supuesto pasado mejor, ó bien nos deshacemos en reproches contra los hechos que ya no tienen remedio y terminamos nuestra vida como Geibel, suspirando estérilmente y llenos de orgullo melancólico: «Era tuya la primavera y la deshojaste; era tuya la salvación y no creíste; poseías un corazón para amar y lo perdiste por vanas apariencias; por último, te has quedado solo, solo con tu amargura.»

Así llegan á cumplirse en la mayoría de los hombres las palabras de Julio Grosse: «El corazón del hombre es un cementerio.»

3. Pero así tenía que suceder, porque siempre queremos ir más allá de lo debido. Sólo puede contemplar con tranquilidad su vida pasada el que no tuvo más aspiración que cumplir fiel y modestamente los deberes de su cargo.

XVIII. La fuerza para soportar el mundo.—1. Una

de las pruebas más duras para el hombre es la de ver la manera como pasan las cosas en el mundo: los aduladores, los rastreros, los serviles flotan en las alturas y brillan al sol, «cargados de cintajos y condecoraciones»; los charlatanes, los farsantes, gente capaz de «vender por una pincelada de adulación su primogenitura y hasta su alma», obligan á desaparecer en la sombra á los varones que cumplen con su deber; se eclipsan cuando se trata de molestias y trabajos, pero vuelven á aparecer en cuanto se habla de honores y recompensas. Lo que peor se paga en el mundo son las virtudes viriles, la honradez, la rectitud, la formalidad y la entereza.

2. Pocos caracteres tienen el vigor suficiente para soportar estas pruebas sin quebranto. Los hay, como dice Byrón, «que tiene el corazón de la más fina porcelana que produce el género humano, y se estrellan al primer golpe»; éstos deshácense en lamentos, se acobardan y acababan por entregarse á la negligencia y á la indiferencia. Hay otros que tratan de imitar á los venturosos y seguir á sus modelos con todas las fuerzas de su alma. Pero sólo un carácter sólido y completo logra pasar por dichas pruebas sin experimentar graves perjuicios.

3. Que se pueda adquirir dicha solidez de carácter por móviles puramente naturales, es la gran cuestión. Nosotros no discutimos que sea hacedero, pero en realidad sólo podrá hallarse tan noble entereza en el que ponga todas sus obras y sus deseos únicamente en Dios, testigo de su conciencia y su juez y remunerador eterno.

XIX. Cuatro modos de considerar la vida.—1. Shakespeare dice en una poesía de su juventud: «Veo al mérito reducido á la miseria, mientras que la nulidad se mantiene de golosinas; veo al perjurio imperar como dueño absoluto, cubrir al muñeco de honores y riquezas, la casta virtud llorar su deshonor; veo que nunca obtiene perdón la dignidad, debilitada la fuerza por el poder de los pequeños, el arte enmudecido por mandato supremo, la necedad juzgando á los espíritus sublimes, la senci-

llez escarnecida como imbecil, el «bien» cautivo y el «mal» su carcelero.»

2. La contemplación de estos males sociales, de tal modo hirió el corazón del joven, que exclama desesperado: «Cansado de ver todo esto, deseo la muerte.»

El único pensamiento que le ata á la vida es el amigo á quien no debe desamparar y á quien no quiere producir el gran pesar de la separación. Esto solo basta para caracterizar al noble mancebo.

El hombre maduro hubiera dicho: «Sólo el deber, sólo la misión que tengo que cumplir me hace soportar el mundo, pues si sólo contara con el mundo, me moriría de hastío.»

El pesimista sacaría la moraleja: «¿Por qué he de ser yo solo mejor que toda esa humanidad degradada?»

El cristiano, en cambio, dice: «Pondré mayor cuidado en que el mundo no me contagie, me esforzaré doblemente en resarcir á Dios, con mi fidelidad, de los fracasos de tantas esperanzas frustradas.»

3. He ahí los beatos, nos dirán.

Naturalmente, no podemos decidir nosotros si somos tan beatos como se empeña en decir la gente, pero sí que deseamos serlo con todas las fuerzas de nuestro corazón. Lo que hay de cierto es que nuestras máximas inspiran al menos tanta lealtad al deber y tanta ciencia práctica de la vida, como las que sirven de norma y guía á los más distinguidos hombres de mundo. Al propio tiempo, ofrecen un ideal más elevado que el suyo, pues nos procuran una fuente inagotable de alegría, de fuerza y constancia en el cumplimiento de los deberes cotidianos.

XX. Sabiduría profana y la sabiduría cristiana.—1. Todas las grandes declaraciones de los filósofos antiguos respecto al resumen de la sabiduría universal pueden resumirse en este concepto: «El sabio se basta á sí mismo.»

La sabiduría cristiana de la vida—decimos sabiduría de la vida y no del mundo,—recopilada en un solo pensamiento, dice: «Sabio es sólo aquel á quien nada satisface sino Dios.»

2. El primer concepto es la sabiduría de los satisfechos de sí mismos, de los hartos de virtud y justicia personal; el segundo es la de los luchadores, la de los aspirantes á las alturas, la de los que después de haberlo hecho todo, temerosos aún de su salvación eterna, se llaman siervos inútiles.

3. Cierto que las enseñanzas de la sabiduría mundana halagan el espíritu soberbio, pero también es indudable que la sabiduría cristiana satisface más el corazón que anhela lo supremo y da testimonio de la verdad. La primera alimenta la peor clase de soberbia, el orgullo de la virtud; la segunda, el hambre y la sed de justicia.

4. La sabiduría del mundo convierte al hombre en momia beatificada prematuramente. La sabiduría cristiana, en cambio, lo convierte en discípulo sumiso de la misma perfección divina y lo impulsa á la imitación de Cristo en quien ve encarnada la santidad de Dios.

XXI. La verdadera ciencia práctica de la vida.—1. Sobre el sepulcro del cardenal Valentini, en Santa Sabina, se lee la inscripción: *Ut moriens viveret, vivebat ut moriturus.*

Sería un verdadero sabio el que pudiera decir también: «Para vivir muriendo, vivo como debiendo morir.» Porque, según Platón, la misión de la filosofía está en pensar en la muerte y aprender así á morir. También Quilón, uno de los siete sabios de Grecia, decía, según refiere Ausonio: «Piensa en la muerte, y pensarás en tu salvación.»

2. Y no es que estos hombres pretendieran dar á entender que la sabiduría de la vida está en esquivar la carga de la vida, al menos con el deseo. Semejante cobardía estaba reservada á la antigüedad decrepita, á la falsa sabiduría moderna, y á su vástago predilecto el budismo. Los verdaderos espíritus fuertes de todos los tiempos consideraron verdadera sabiduría el armarse contra las miserias de la vida y las seducciones del mundo, con la esperanza de que á esta vida ficticia seguirá una vida eterna de verdad y pureza, y que la misión de esta noche prépa-

ratoria consiste en disponernos para aquel día sin nubes, para aquella vida eterna.

3. Sólo merece el título de sabio el que vive en la tierra como un moribundo, no para esquivar el trabajo y la lucha, sino para que, á fuerza de tantear é investigar continuamente, lleguemos por fin á encontrar la estrecha puertecilla que conduce á la luz y á la vida. Porque: «Morir es la obra magna para todos; morir es la más penosa de las luchas; á mayor hazaña, mayor recompensa; al combate más rudo, la mejor corona.» (*Leopoldo Schefer*, en parte).

XXII. La mejor filosofía.—1. Como acabamos de ver, los antiguos afirmaban, con Platón, que la mejor filosofía es la que inspira el valor de morir. Los modernos viven como «leña que no cree en el poder del fuego hasta que el calor la consume.» (*Dechaleddin*); y dicen, con Spinoza, que la verdadera filosofía no debe inspirar ideas de muerte, sino la alegría de la vida. Á nosotros nos parece que la filosofía más sublime será siempre aquella que nos ayude á vivir y á morir del mejor modo posible.

2. Nadie negará que el cristianismo nos enseña á vivir bien. En cuanto á la segunda pregunta, esto es, si la sabiduría cristiana enseña á morir bien, que respondan las almas generosas que, colocándose con el pensamiento en el momento crítico de la muerte, pronuncian la antiquísima oración que dice así: «Padre Todopoderoso y Eterno, yo soy aquel mísero mortal que criaste, con tu bondad paternal y tu poder, á tu imagen y semejanza. Yo me entrego á ti en cuerpo y alma, según tu divina voluntad; líbrame del poder y la astucia de los enemigos y ten tú solo poder sobre mí.

»Bondadosísimo Señor Jesucristo, yo soy aquel mísero mortal que rescataste con tu muerte vergonzosa é inocente. Confieso que me has salvado del infierno ¡oh Señor, ó Dios de verdad! ¡Líbrame del poder y de la astucia de mis enemigos y ten tú solo poder sobre mí!

»Dulcísimo Espíritu Santo, yo soy aquel mísero mortal

que santificaste con tu gracia divina. Creo, espero y confieso que tú solo, por el abismo de tu misericordia, puedes salvarme. Líbrame del poder y de la astucia de los enemigos y ten tú solo poder sobre mí.

»Estoy dispuesto á morir, pero con mi Señor en la cruz. Padre, si es posible aleja este cáliz de mí; pero si es de tu agrado, dame paciencia; no se cumpla mi voluntad sino la tuya.

»Estoy dispuesto á morir, pero con mi Señor en la cruz. Padre, perdono á cuantos me han ofendido; perdóname tú también.

»Estoy dispuesto á morir, pero con mi Señor en la cruz. ¡Dios mío, Dios mío, no me abandones en mi miseria, para que sea purificado como el oro; porque limpio ha de estar el corazón que quiera ver á Dios!

»Estoy dispuesto á morir, pero con mi Señor en la cruz. Señor, alegra mi corazón en esta hora y dime: «¡Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso!»

»Estoy dispuesto á morir, pero con mi Señor en la cruz. ¡Oh Señor, dame á tu madre María por madre para que me enseñe á sufrir é interceda por mí ante ti!

»Estoy dispuesto á morir, pero con mi Señor en la cruz. ¡Señor, estoy sediento de ti que eres la verdad, la pureza y la vida, como el ciervo ansía el fresco manantial!

»Estoy dispuesto á morir, pero con mi Señor en la cruz. ¡Oh Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!»

XXIII. Todo tiene su tiempo.—Todo tiene su tiempo, la guerra como la paz; sólo que no debes ser tú el que te prepares la lucha cuando el Señor te deja en reposo.

XXIV. El curso de la vida.—Hoy me alaban sin medida; ayer me pisotearon como la yerba. Mañana me meterán en la caja, y pronto quedaré olvidado de todos.

CAPÍTULO XVII

El arte de la vida

I. Seguridad del éxito.—Si quieres que Dios te conceda el éxito final, has de ordenar con Dios fervorosamente el plan y los medios para conseguirlo, has de ceder el camino cien veces como hombre prudente, para volver á emprenderlo otras tantas como un valiente; has de levantarte animoso y arrepentido de la caída, y sacar fuerzas de Dios en cada piedra que te obstruya la vía.

II. Reglas de vida.—1. Un hombre arrebatado debe montar en un asno extenuado.

2. No por hartó la comida, ni por calor la capa.

3. Cuando el mosquito se empeña en poner un huevo de gallina, le cuesta la vida.

4. El que la busca, la encuentra.

5. En boca cerrada no entran moscas.

6. Hasta el mejor cochero vuelca alguna vez, pero no le perjudica si le sirve de enseñanza.

7. El que se avergüenza de preguntar, se avergüenza de aprender.

8. La vida se ha hecho para trabajar, que en la sepultura tiempo queda de descansar.

9. Barre bien delante de tu puerta para que las escobas vecinas no hallen que hacer en ella.

10. Que cada cual barra delante de su puerta y pronto estará limpia la calle.

11. El llevar la misma carga fortalece la amistad.

12. No consientas que las penas te suban más allá de las rodillas.

13. El que hiere la honra ajena rara vez tiene la suya sana; el que embadurna á los demás no se blanquea á sí mismo.

14. Si no se puede ir en coche, se va bien en carreta.

15. Los agujeros pequeños anegan un barco; los guijarros menudos tumban un carro.

16. El mejor jugador es el que no juega.

17. Ojos que no ven corazón que no siente.

18. Mejor es llevar la lengua en el corazón que el corazón en la lengua.

19. Un solo día bueno puede costar cien malas noches.

20. En la paciencia se conoce al hombre.

21. Los defectos ajenos son buenos maestros, pero el que por las faltas de otros aumenta las suyas, que tenga cuidado en no llegar á incorregible.

22. Vive y piensa como los antiguos, pero habla de modo que te comprendan los modernos.

23. Si quieres valer algo, arrímate á los demás; si quieres ser algo, tú mismo has de lograrlo.

24. Se consigue mucho cuando se poseen estas dos artes: saber esperar y no descuidarse.

25. Convertir el trabajo en juego y el juego en trabajo, viene á ser una misma cosa.

26. El que corre con la multitud es, por lo general, arrollado ó arrojado de la vía; pero si por casualidad llega á la meta, todavía es mayor el desengaño.

27. Los hombres saben siempre cómo debieran haber obrado cuando ya la cosa no tiene remedio; por eso son siempre más prudentes los que espiritualmente saben colocarse ante el tribunal de Dios.

28. El camino del cielo va á través de vallas de espino.

29. Los que consideran la muerte como un bien, son difíciles de vencer.

30. El saber morir también es un arte, y si me apuran, el mayor de todos.

III. El mejor amigo.—He encontrado un buen amigo que me enriquece y me alegra el ánimo, que goza cuando estoy contento y me consuela en las horas de amargura.

Me colma de los dones de la paz, me enseña la verdadera sabiduría, y cuando le refiero mis penas, las guarda directamente en su corazón.

Si le abandono en un momento de mal humor, en vez de dirigirme reproches, de manifestar el menor disgusto, muestra gratitud por mi regreso.

Creo que en tu vida podrás hallar amigo más leal, aunque recorras el mundo entero. ¿Deseas saber su nombre? Pero si ya le conoces: ¡es mi habitación silenciosa!

IV. Cómo se progresa.—¿Sabes, por ventura, cómo lograron los santos, esos ornamentos de la humanidad, tan grandes éxitos? En parte, por el hábil aprovechamiento de sus caídas, que les inspiraban mayor humildad, mayores precauciones y más grande confianza en Dios, y, en parte, por el justo aprovechamiento de sus éxitos. Prefirieron la censura á las alabanzas, porque aquélla les enseñaba mucho más que éstas, y, en su modestia, se mantenían tan alejados y tan por encima del elogio, que también éste les servía de enseñanza. De acuerdo con este modo de pensar, examinaban cuidadosamente toda palabra de aprobación, dudando siempre de haberla merecido; y, en efecto, siempre hallaban algo que enmendar en lo que más aplausos les valía. La fama fué para ellos un nuevo aguijón que los impulsaba á emplear más fuerzas y energías en merecerla y hacerse dignos de ella. De esta manera, cada victoria que ganaban se convertía para ellos en escuela de sabiduría y de fuerza, lo mismo que para un gran general ó un carácter enérgico, un fracaso inesperado.

Nosotros, en cambio, nos desanimamos al menor contratiempo, y si un adulador sabe llenarnos la cabeza y el corazón de vana complacencia, nuestro primer éxito viene á ser el principio de nuestro entumecimiento y de nuestra paralización.

V. Moderación.—Corazón mío, véome precisado á reprenderte, pues tú mismo te llenas de demasiadas inquietudes, no cesas de recriminarme y de hacerme preguntas, tienes demasiadas ambiciones, pocas ganas de sufrir y estás siempre dispuesto á desmayar en la tribulación.

Escucha: preciso es aprender á sufrir y á no alimentarse de sueños é ilusiones. Nada de querer volar muy alto; basta con que cumplas fielmente tus modestos deberes. No envidies la felicidad ajena, aprende á limitar los propios deseos y á tener siempre moderación en todo.

VI. Carrera de apuestas.—En la carrera del mundo, difícilmente se puede seguir el paso. Millares de excelentes varones pierden el premio aunque sólo se les adelante uno.

¡Cuán distinto es el reino de Dios! Allí hasta el más débil tiene segura su recompensa con tal que persevere hasta el fin; todos los corredores perseverantes serán vencedores coronados.

VII. Dos artistas de la vida.—1. En todas partes se encuentran personas que sólo pueden ser comparadas con los globos aerostáticos: cuánto más ligeros son más suben. Sin capacidad intelectual, ni condiciones privilegiadas de corazón, se elevan por encima de los mejores trabajadores y de los caracteres más sólidos y completos.

En el seno de la confianza suelen revelar su habilidad en el vivir diciendo: «No te pongas mal con nadie; haz buena cara á todos. Con tus principios no lograrás otra cosa que perjudicarte á ti mismo. Según el viento, coloca la vela; arrímate donde veas ganancia, y que tu norma sea: «¡Fuera escrúpulos!»

Eso es lo que le gusta al mundo y lo que recompensa con largueza; con ello sobra para vivir bien.

He ahí el resumen de la sabiduría de que los artífices de la vida se sirven para medrar, y para inspirar al mundo admiración y envidia, mientras logran mantenerse en las alturas.

Claro está que cuando uno de estos volatineros cae al

suelo, las acres burlas que resuenan por doquiera demuestran lo mucho que secretamente eran despreciados. Entonces se repiten las palabras de Esquilo: «Ha perdido su fortuna habitual, se ha estrellado contra la roca de la justicia, y nadie le compadece, nadie le echa de menos.»

2. ¡Cuán diferente es el juicio que merece la desaparición de uno de esos obreros sólidos y dignos sobre cuya cabeza se cernía el encumbrado! Durante toda su vida, pasan inadvertidos, porque todo el mundo considera natural que un hombre honrado haga esa vida; pero en cuanto mueren, todos se lamentan, como Horacio de Quintilio: «Nadie domina el dolor, pues de todos era querido; todos los buenos lamentan la falta de un varón honrado.»

No entendía nada de política, con la que chocaban á menudo sus principios é ideas. Nada hubiera hecho ni permitido contra sus convicciones, por todos los honores y todo el oro del mundo. Habló siempre según su leal saber y entender y juzgó de las cosas como eran, con lo cual se acarreó muchos disgustos, odios profundos y algunas postergaciones. Á pesar de lo cual «no hablaba mucho, escuchaba á todos, reflexionaba y obraba.»

De aquí que siempre se volviera á acudir á él cuando las cosas se ponían serias. El otro, en cambio, el que brillaba con los siete colores del arco iris, como la burbuja de jabón, desaparecía en cuanto se levantaba el menor viente-cillo. Podemos comparar el primero con el corcel de guerra que se yergue y encabrita en cuanto oye el primer disparo. Digo y repito que no se anda mal con el hombre que sólo se propone agradar á Dios. En esto consiste todo el arte de vivir del varón honrado. Muchos le miraban de reojo, pero ninguno tuvo que sufrir por su causa, á no ser por propia culpa. «Los que sólo miran á Dios y no la propia honra, sirven bien al mundo, del cual, al parecer, están tan alejados.»

Donde el otro sólo pensaba en elevarse, procuraba éste únicamente hacer la voluntad de Dios. Por eso, y no obstante su astucia acabó el charlatán rompiéndose la cabeza,

en tanto que el varón prudente halló la aprobación general al finalizar su trabajo sólido y desinteresado.

VIII. Cómo se aprende á soportarlo todo.—Estás descontento y no sabes decir por qué. Permíteme que sea yo el que descubra la causa de tu malestar. Estás disgustado contigo mismo, con nadie más.

No es de extrañar que nada sepas soportar cuando no sabes aguantarte á ti mismo. Mas esto no quieres confesártelo; por eso buscas un pretexto que te excuse ante los otros y ante tu propia conciencia. He aquí la razón de que todas las explicaciones te parezcan buenas y ninguna te satisfaga.

Deja que la experiencia te inculque esta máxima que encierra una gran sabiduría de la vida: «Si uno se sabe soportar á sí mismo, fácilmente soportará á los demás.»

IX. Dios al timón, viaje tranquilo.—Dudas confusas como olas salvajes amenazan estrellar mi barquichuela cuando mi corazón se encarga del timón; pero si á Dios entrego el corazón en rehenes, se calma el oleaje, cede el temor; Dios al timón, viaje tranquilo.

X. Una ducha para el alma.—1. Después de soportar animosos y valientes, una humillación profunda ó un sacrificio, experimentamos una paz interior tan grande, que no parece sino que hemos nacido á nueva vida. Preciso es que hagamos una confesión buena y santa, para que, tras ella, sintamos circular por nuestra alma la gracia de Dios por modo sensible.

2. La razón es muy sencilla. Por medio de los sacramentos, la vida divina inunda sin duda nuestra alma en proporciones más considerables que cualquiera otra virtud, á pesar de lo cual suele faltarnos el sentimiento perfecto de lo que sucede en nuestro interior, porque la gracia obra en nosotros de un modo puramente espiritual. Sólo una confesión que nos cueste una violencia terrible produce esa impresión que, según dice el vulgo, llega hasta el fondo de las entrañas. Es que estamos tan engolfados en lo terreno y en lo exterior, que los sucesos interiores

pasan para nosotros inadvertidos, y nos hallan tan embotados como lo está el aficionado á las historias de bandidos y asesinatos con relación á las delicadezas de un místico ó á la calma majestuosa del Dante.

3. De aquí que Dios tenga que venir en ayuda de nuestro embrutecimiento por medios violentos, para que con la excitación de nuestra sangre y nuestros nervios y un hondo estremecimiento de toda nuestra naturaleza, contribuyan á la obra de la gracia. Una curación semejante ejerce sobre el alma el mismo efecto que una ducha de agua fría: «El que en otro tiempo llevaba tan alta la cabeza siente en sí destrozada la soberbia.»

El cambio repentino que produce el terror en el perezoso curso de la vida de nuestra alma, nos refresca y reanima saludablemente. El amor divino vuelve á inundarnos con nuevo calor, lo que experimentamos principalmente en los padecimientos y en la oración, resultando de aquí una fuerza, una disposición y una actividad inusitadas en el ejercicio de nuestros deberes.

XI. Vidrio y diamante.—En una asociación benéfica heme encontrado hoy con dos nobles mujeres, antiguas conocidas mías, á quienes de niñas había enseñado el catecismo.

—¿Qué tal vais?—les pregunté.

—Yo soy muy feliz—exclamó la primera.

—Á Dios gracias, estoy contenta—respondió la segunda con el rostro transfigurado por el dolor.

¡Cuán poca cosa es tu felicidad, pobre mujer dichosa!—pensé yo al despedirme de ellas, refiriéndome á la primera. —¡Quizás tu dicha se encierre mañana en un ataúd. Tu compañera, avezada á las luchas y combates, ha logrado de Dios la paz á fuerza de largos años de sacrificio. Sí, en verdad, la felicidad y la virtud son como el vidrio y el diamante.

XII. Caracteres duros y caracteres blandos.—1. La vida es una cosa seria; el educador más duro tiene mayor consideración para con lo que agrada á su discípulo que la que nos guarda la fuerza de las circunstancias.

¡Con qué aspiraciones y esperanzas no nos presentamos en el escenario de la vida! No parece sino que el mundo nos espera, y que nuestra llegada ha de allanar los montes y rellenar los precipicios. Mas ¡ay! nos ocurrió lo que á tantos otros que nos precedieron: la helada marchitó nuestros planes más hermosos; nuestras esperanzas más floridas fueron deshojándose una tras otra; llegó el otoño antes de lo que esperábamos, y, llenos de melancolía, contamos el número escaso de frutos que han producido las innumerables flores que nos embriagaban con su perfume, frutos que ni siquiera están aún en seguridad: «La flor muere de fácil muerte. El corazón del hombre se rompe á pedazos» (según *Herwegh*).

2. Esta experiencia suele despertar en el hombre amargura y rencor, pues hay muchos que se creen el punto central del universo, y en cuanto se convencen de que éste no gira en torno suyo como un planeta, se enfurecen y se reconcentran, llenos de soberbia, en sí mismos, hasta convertirse en momias. Y aun los hay que gozarían haciendo saltar el mundo en pedazos, para que tuviera la misma suerte que la suya y la de sus esperanzas y proyectos fallidos. He aquí la verdadera causa del pesimismo actual, de la acerba crítica y de ese reconcomio amargo, expresado por el poeta: «Cuando sufren las almas mezquinas, su mayor deleite es herir á los débiles con el aguijón de su rabia.» (Según *P. Heyse*).

3. Sólo las almas alejadas del mundo por los acontecimientos y encerradas en sí mismas; sólo los que han aprendido á hacer de la voluntad de Dios el punto central de su corazón (*Salmo XXXIX*, 9), soportan esos amargos desengaños con tranquilidad, llegando, por mediación de ellos, á ese grado de purificación y de fortaleza que nos hace descubrir, en la resignación viril y en la aceptación de las tribulaciones, un manantial de paz y tranquilidad para el alma y un medio para difundir en torno nuestro la atmósfera bienhechora del sosiego y de la confianza: «Con lágrimas siembran los nobles caracteres los gérme-

nes de la vida, cuyo perfume se convierte en medicina y bálsamo para los enfermos.»

4. Modelo y ejemplo de estos magnánimos corazones es el santo Job, el gran paciente, que resumió las experiencias de toda su vida en estas palabras: «Las cosas que antes hubiera yo rehusado tocar, ahora, en la estrechez en que me hallo, son mi alimento.» (*Job*, VI, 7).

¡Oh, qué hermoso es un carácter blando, cuando no lo ha reblandecido la indiferencia, sino la paciencia y la resignación!

XIII. Sursum corda.—Cuando subes á un monte, te recuerda el guía el precipicio diciéndote: «La vista hacia arriba, nunca hacia abajo; de lo contrario el vértigo se apoderará de ti y rodarás al precipicio.»

Lo mismo hace el ángel que te guía hacia el cielo cuando te dice: «*Sursum corda*, deja la tierra si quieres lograr el descanso eterno.»

XIV. El hombre cronómetro.—1. Interviene el reloj en la perfección de la vida mucho más de lo que algunos se figuran. Una casa sin reloj recuerda aquel país de tinieblas y horrores, donde no reina el orden (*Job*, X, 22.) Un hombre sin reloj vive siempre á expensas de otro, pues se ha acostumbrado de tal modo á la ayuda ajena, á un trabajo suplementario por parte de los demás y á la paciencia de éstos, que no tiene la menor idea de la gran virtud que se necesita para aguantarlo, ni de los muchos pecados que obliga á cometer á los que tiene á su alrededor.

El que fía en las promesas de un hombre que no gasta reloj, sufrirá continuos desengaños. La gente que no da valor al tiempo, suele ser bonachona, complaciente, amable con todo el mundo, muy metida en los asuntos ajenos y olvidada de los suyos; gente dispuesta á todo, menos á cumplir con su deber; gente servicial y atenta, con la cual es imposible enfadarse, pero capaz de sumir en la desesperación á todo el mundo, verdadero azote de una sociedad bien ordenada. Un purgatorio algo prolongado debe ser el castigo que la justicia divina le reserve para su purificación.

2. La puntualidad y la exactitud en el tiempo es una de las principales virtudes. Un hombre completo es un cronómetro.

No queremos decir que el varón puntual y exacto sea, únicamente por esto, un hombre perfecto, pues para ello se necesita algo más; pero al menos se le ve inclinado á la justicia, y esto ya es una virtud y no de las más insignificantes. Además, conoce el hábito del orden y de la escrupulosidad en el cumplimiento de sus deberes, y esta es otra virtud que también se cuenta entre las grandes. Por último, ha aprendido á disciplinarse á sí mismo antes que otros sufran las consecuencias de su negligencia, y esto entraña otras dos virtudes que se llaman caridad y dominio de sí mismo; finalmente, comprende el valor del tiempo, lo cual es una gran preparación para la eternidad.

En efecto, si el hombre cronómetro no sólo se fija en el reloj que lleva en el bolsillo, sino también en el reloj de Dios, está en camino de la perfección y de alcanzar su destino eterno.

XV. Misión para los descontentos y frívolos.—Me preguntas: ¿Qué bien ha hecho Dios á la humanidad en todos esos millares de años que existe? Pues enmendar la locura, la necesidad de los hombres y rehacer lo que éstos estropean.

¿Me preguntas qué has de hacer tú mismo, sin objeto y condenado al ocio? Pues dejar descansar á Dios y hacer penitencia por tu propia necesidad.

XVI. Mi consuelo.—Cuando se desvanecen todas mis esperanzas, cuando muere lo que he querido y mi corazón se llaga y se consume de dolor, ¿qué consuelo me resta aún?

Cuando me envuelven los dardos del enemigo, cuando me injurian los amigos y aun llego á dudar de mí mismo, ¿qué consuelo me queda?

Cuando no hay ya salvación posible, pues el mundo me rechaza y hasta Dios parece abandonarme, ¿dónde hallar consuelo?

Entonces precisamente es cuando tú ¡oh Señor!, tú que provocas la tormenta que amenaza sumergirme, te ofreces como mi verdadero apoyo. Puesto que tú lo quieres, sin duda me conviene. Este es mi único consuelo.

CAPÍTULO XVIII

La casa y la familia

I. Reglas domésticas.—1. «La vida del caracol es la mejor». Siempre pegado á la casa, avanzando paciente y lentamente, pero con constancia en el trabajo, modesto, callado y retirado, así te favorecerá la dicha.

2. Primero cúidate de tu propia casa, y si luego te queda tiempo, ocúpate en lo que pasa fuera de ella.

3. Que cada cual se cuide de su casa, que Dios ya se cuida del mundo.

4. El que sale de su casa á buscar la paz, persigue á su propia sombra.

5. La mujer y el lienzo no se comparan á la luz.

6. No hay que casarse con los ojos, sino con los oídos.

7. El viudo fácilmente recobra una mujer, pero el huérfano difícilmente halla otra madre.

8. La honra del marido es la honra de la mujer y la vergüenza de la mujer es la del marido.

9. El matrimonio mejor avenido es aquel en que una parte es ciega y sorda y la otra muda y olvidadiza.

10. El que cede acaba con muchas guerras.

11. Los hombres son todos hijos de Adán y las hembras todas hijas de Eva.

12. El hombre es la cabeza, la mujer el sombrero que la cubre.

13. La casa no hace al amo, el amo ha de hacer la casa.

14. La casa no adorna la mujer; el ama ha de ser el adorno de la casa.

15. La honra de la casa está en la mujer y no en el hombre.

16. Lo que en la casa se guisa debe comerse en ella, pues si un extraño destapa la olla, fácilmente se hace pedazos la tapa.

17. Buen matrimonio, buenos hijos.

18. Los hijos malos obligan á rezar al padre.

19. Los niños pequeños pisan el regazo de su madre, los grandes le pisotean el corazón.

20. Lo que á la madre le llega al corazón, al padre no le pasa de las rodillas.

21. Un hijo, temor constante; dos hijos, niños juguetones; tres y más son los que salen bien.

22. Muchos hijos, muchos padrenuestros, mucha bendición de Dios.

23. El que tiene á Dios en su casa, mejor saca adelante diez hijos, que teniendo únicamente dos y expulsando á Dios de ella.

24. Un vicio cuesta más que dos hijos.

25. Para cada madre es su hijo el más hermoso; nada más natural, con tal que su entendimiento le haga comprender que el mejor hijo es aquel que está mejor educado.

26. Una mujer hablando latín y un chiquillo criado con vino y cerveza, ¿qué serán, Dios mío?

27. Lo que el niño habla en la calle se parece á lo que han oído al padre ó á la madre.

28. Los pequeños tienen oído.

29. Donde están los pollos, allí está la clueca.

30. El padre y la madre de familia deben tener más de cuatro ojos.

31. Un buen padre de familia debe ser el último en acostarse y el primero en levantarse.

32. Una buena ama de casa debe ser medio médica.

33. Una buena ama de casa ha de cuidarse de cinco cosas: de los niños, de la despensa, de la cocina, de la bodega y de vestidos.

34. El amo de casa trabajador, hace á su servidumbre trabajadora.

35. Una buena ama de casa es una renta segura.

36. La cocina pequeña hace la casa grande.
37. La mujer más hermosa es la mejor ama de casa.
38. No hay huerto sin ortigas, no hay rosa sin espinas, no hay hogar sin cruz.
39. La devoción casera, la disciplina doméstica y la vida de familia son la mejor bendición de una casa.
40. La verdadera felicidad doméstica depende de cuatro cosas: de un Dios misericordioso, de un cuerpo sano, de una buena esposa y de una muerte santa.

II. El verdadero hogar.—Si entro en una casa y veo resplandecer en ella el orden y el buen gusto, y adornado con amor el oratorio ó el altarcito; si observo que á ellos se acude ante todo por la mañana y á última hora de la noche, y que en ellos se celebran las fiestas y se curan los dolores y heridas del alma; si veo que la madre trabaja con afán en su apostolado, reprendiendo aquí con paciencia, predicando allá la virtud y enmendando las malas obras; y que el padre, sacerdote en el culto y rey en el mantenimiento de la disciplina y de la justicia, guía con gravedad lo mismo al hijo que al criado... al punto comprendo que en aquel hogar reinen la paz y la justicia. Los que viven en armonía con Dios no están en discordia con su prójimo; los que á Dios se ofrecen en sacrificio, nunca consideran excesiva su abnegación; pues si el hogar se convierte en templo del Señor, jamás se ve desprovisto de consuelo.

III. La gravedad del pueblo cristiano.—Lo primero que hace una recién casada en el Alto Palatinado, en cuanto pisa el umbral de la casa del esposo, su nueva esfera de acción, vestida aún con las galas de novia, es visitar la cuadra. Esta costumbre es indudablemente mucho más ingeniosa y conveniente que el viaje de novios de la clase distinguida. Los recién casados han empezado el día en la iglesia, consagrándose á Dios; luego han dedicado el resto á la alegría, á los amigos y á las enhorabuenas; la noche pertenece, pues, á la parte grave y seria, al negocio y á la vida. No esperan, juegan y coquetean hasta que la gravedad del nuevo estado; con toda la prosa aneja á él, se

impone deshaciendo violentamente las ilusiones de los jóvenes embriagados de ventura, sino que avanzan hacia el deber con claro discernimiento y firme voluntad; no consienten que la gravedad de la vida los sorprenda, sino que le salen al encuentro reflexiva y ordenadamente.

Así se demuestra también en este punto que las sencillas costumbres del pueblo religioso hacen al hombre más previsor, más activo y más reflexivo y dueño de su vida, y por lo tanto, que también ésta es más soportable, ordenada y feliz que la muelle pasividad de la llamada cultura moderna.

IV. La gravedad del matrimonio.—Donde reinan todavía las antiguas costumbres, el hombre dota á su novia; ora debe darle un manto, ora un anillo ó una moneda antigua. Rara vez falta entre los obsequios un rosario y un cirio bendito, pues bien comprenden la gravedad del paso que van á dar, por lo cual se disponen á la oración. Mas si faltara en la canastilla el devocionario de canto dorado, creerían maldita su unión, pues, según dice el refrán popular, «El amor se deshoja si se regala á la novia un libro mundano.»

El pueblo sabe por qué se deshoja tan pronto la corona florida del amor, y no ignora que sólo están libres de esa desgracia los que se unen en Dios.

V. El matrimonio y el orden.—1. Descontado el día de la muerte, no hay otro más serio en la vida, para la mayoría de los hombres, que el del matrimonio. Sin embargo, en este día, en el cual han de penetrar en la alta escuela del sacrificio y de la abnegación, es el que celebran con más embriaguez, como si estuvieran á punto de arrojar-se á un océano de placeres.

«¿Por qué no?—exclama la mayoría.—Para lo serio y grave, no faltará tiempo más adelante.»

Sin duda, pero entonces será tarde, y á veces hasta resulta ya de masiado tarde el mismo día de la boda, pues con el velo y el cinturón, se desgarran las dulces ilusiones.

Por la mañana préstanse los novios juramentos locos de

muerte para la eternidad, y por la noche, pasado el tumulto de la pasión, y con el espíritu vacío y hastiado, piensan ya en el modo de romper lo jurado, que consideran con horror como una promesa de desventura eterna.

¿Es este el cielo del matrimonio, el camino hacia el paraíso terrenal? ¿No comprendéis la gran equivocación de apreciar la vida tan sólo á través del prisma del placer?

2. No, no; desde que perdimos el cielo por un placer desmedido, sólo es posible llegar al paraíso, á la felicidad eterna, por el estrecho postigo de la penitencia y de la abnegación. Pensad, pues, en los sacrificios que os esperan cuando vayáis á dar el paso más importante de vuestra vida; haced dentro de vuestro interior el terrible juramento de morir para vosotros mismos, sin reservas, y no sufriréis un desengaño.

3. En efecto, el matrimonio puede y debe ser el cielo en la tierra, pero sólo en las mismas condiciones en que lo es el estado monástico, esto es, suponiendo que el contrayente se obligue á morir para sí mismo. Lo que son los votos monásticos para los esposos del Señor, son los juramentos matrimoniales para los novios. Si se prestan juramentos reflexivos, si prometen sacrificios sin reservas, si juran morir á todo egoísmo é interés personal, sus promesas serán puerta de vida, unión inquebrantable de paz y de ventura.

VI. En el devocionario de una novia.—Hace tiempo que dudabas si meterte monja ó quedarte en el mundo. Yo creo que no hay gran diferencia entre uno y otro estado.

En el convento te hubieras comprometido á guardar silencio, á obedecer y á alabar á Dios: lo mismo te tocará hacer en el matrimonio, pues rezar y sacrificarse en silencio es el único modo de hallar el descanso y la paz.

VII. Destrucción del sentimiento de justicia.—1. La ligereza inexplicable con que se trata la cuestión del matrimonio y todo lo relacionado con él, es una señal muy grave de que va hundiéndose y desapareciendo la

moralidad pública, el sentimiento de justicia y lealtad y la escrupulosidad y santidad de la fe jurada.

En los tiempos del paganismo decía Esquilo: «La alianza entre el marido y la mujer hecha por la mano de Dios, es más fuerte que un juramento, mientras exista el derecho.»

Pero hay cristianos á quienes cuadran las palabras de Eurípides: «Cuando el derecho se corrompe, se pervierte el mundo. ¿Quién ha de fiarse del hombre, si la lealtad y el juramento sellado ante Dios no tiene ya validez alguna?»

2. Con esto forma tristísima armonía la infidelidad con que los futuros padres desprecian la palabra que dieron de criar á sus hijos en la religión católica. La Iglesia quiso asegurar esta condición, impuesta á los matrimonios entre católicos y otros creyentes, haciéndose dar una promesa escrita ante notario, pero hoy, gracias al retroceso que sufre toda confianza pública, ha resultado también vana y nula esta única garantía. El novio suele decir al párroco: «Si V. lo desea, le daré la garantía en documento público, pero le advierto que cumpliré mi promesa lo mismo que si se la diera en privado, porque yo sabré hacer de modo que el juez no pueda exigirme la ejecución del compromiso.»

Y, en efecto, no hay cosa más fácil que anular la promesa; primeramente, porque dadas las circunstancias, la esposa católica tórnase tan indiferente en materia religiosa, que no opone resistencia alguna á que sus hijos sean enviados á una escuela protestante ó laica, y en segundo término, porque se emplean sabe Dios qué medios para someterla.

El juzgado, por su parte, considera la cuestión como puramente personal, y como no se presenta acusador alguno que haga ó quiera hacer valer sus derechos, se abstiene de pronunciar sentencia, ni de obligar al contrayente á cumplir el compromiso contraído. Faltando la violencia exterior ó el temor al castigo, subsiste la opinión que,

para vergüenza nuestra, tendremos que calificar dentro de poco de «opinión la de la sociedad culta», según la cual ya no hay tal compromiso ni tal obligación de mantener la promesa hecha á Dios.

3. Según las ideas de la sociedad actual, la Iglesia no tiene derecho alguno de intervención en las cuestiones domésticas y personales, pues como tales se consideran el matrimonio y la religión. El Estado, á su vez, si bien considera el matrimonio como cuestión de derecho público, en cambio siente la mayor indiferencia por todo lo referente á la escrupulosidad en materia moral y al cumplimiento de las promesas referentes á cuestiones religiosas.

4. Ahora bien, es sabido que la fidelidad en el matrimonio y la lealtad para con Dios son los pilares fundamentales de la sociedad. Pues bien, precisamente éstos son los más desprovistos de protección y apoyo oficial.

¿Y todavía nos sorprendemos y nos quejamos de que disminuya de día en día el sentimiento de justicia y lealtad?

5. En verdad que algo mejor le iría al mundo si volvieran á tener valor las palabras de Hermiona en *Andrómaca*:

«Violar el derecho es costumbre de bárbaros; no ha de deshonorar nuestra tierra el desastre de que un hombre tome hoy una mujer y mañana otra.»

VIII. Pequeño espejo del matrimonio.—1. Suele decirse que el matrimonio es una necesidad fisiológica, porque el afán de completarse produce la unión de dos personas.

Esta expresión, por lo menos en boca del hombre, es testimonio de una debilidad vergonzosa: el que ha de ser el apoyo de la mujer confiesa que ésta le es necesaria. Sin duda que uno de los fines principales del matrimonio es que dos partes se unan para sostenerse mutuamente, pero, para conseguirlo, se necesita algo más que medios seres, pues de lo contrario se cumplirá lo que dice Clitemnestra de su casamiento con Agamenón: «El que echa

aceite y vinagre en una misma vasija verá ambos líquidos siempre desunidos, nunca mezclados.»

El mejor matrimonio será siempre aquel en que, tanto el marido como la mujer, son seres completos, ó al menos, tratan de serlo. Si se ayudan mutuamente en esta aspiración, el matrimonio será todo lo venturoso posible.

2. El matrimonio es para la mayoría del género humano, en cierto sentido, una verdadera necesidad, porque son los menos los que cumplen satisfactoriamente con la misión de su educación personal mientras permanecen solteros. La familia, desde el punto de vista de la educación, ofrece una triple empresa: la mutua educación de los cónyuges, la educación de los hijos y la de los criados; tres medios auxiliares y poderosos para fomentar la propia cultura del carácter.

3. La riqueza y la hermosura son bienes pasajeros, pero el alma que lucha adquiere de año en año mayor perfección y belleza; y un corazón espléndido y un alma hermosa extienden en torno suyo la felicidad y el contento.

4. El que no se acerca á recibir la bendición nupcial como quien va al sacrificio, difícilmente hallará la felicidad.

5. Los casamientos serían más venturosos si los contrayentes pensaran más en hacer feliz que en serlo.

6. Los mejores medios naturales para hacer venturoso el matrimonio son: dominio de uno mismo, espíritu de sacrificio y purificación del carácter y del corazón.

7. Sería mejor que se inculcara en los novios que su matrimonio debe hacerse para el cielo, que engañarlos con la idea de que las bodas bajan de allí. El cielo de la luna de miel suele nublarse con los disgustos de las primeras semanas, pero el cielo de la felicidad eterna sólo se logra al cabo de largos años de tribulación.

8. El matrimonio se hizo para los hombres y no para los ángeles. «Los espíritus angélicos—dijo el Salvador—no viven en matrimonio.» Esto deben recordarlo ambos cónyuges mientras vivan. Cuando uno de ellos haya

llegado á ser ángel, Dios se encargará de llevárselo al cielo y de darle su puesto entre los demás ángeles: allí ya no tendrá nada que aguantar de los demás, no hallará nada que purificar en sí mismo, ni tendrá nada que esperar de la paciencia ajena.

9. «Quien bien ama, tarde olvida»; el amor se torna seco é insípido si no se le unge con el aceite de la paciencia cristiana.

10. Las atenciones pequeñas son á veces un lazo más fuerte que los grandes sacrificios y los obsequios exagerados.

11. Si quieres hacer á unos recién casados un regalo que cueste poco y valga mucho, enciérralo en este buen consejo: «Olvidad siempre lo que os sea personalmente desagradable, pero nunca lo que os agrade á ambos.»

12. El matrimonio es una de esas relaciones extrañas en que es peor callar y no tener confianza, que hablar mucho y confiar demasiado.

13. No debe haber secretos entre los casados, á excepción de aquellos á que obligan la profesión, el deber y la conciencia.

14. No importa gran cosa que se enfaden entre sí los casados, con tal que se reconcilien pronto.

15. Si hay situaciones en la vida en que el rezar y el callar valen más que un sermón, es la del matrimonio.

16. Á muchos casados les valdría más demostrarse menos cariño ante la gente y más ternura cuando están solos.

17. Es fácil que haya en el matrimonio exceso de amor, pero nunca exceso de respeto. La ventura conyugal más duradera consiste en que un esposo respete al otro y se porte de manera que pueda respetarle su compañero.

18. Es fácil recuperar el amor perdido, pero muy difícil de restablecer por completo el respeto hollado, y casi imposible la confianza perdida.

19. La mujer debe someterse al hombre; así lo pide su naturaleza. El hombre debe dominar á la mujer; esto está

en la esencia del matrimonio. Sólo que el hombre debe dominar á la mujer con cierto santo temor, como á un ser inviolable y sagrado, y la esposa debe someterse á su compañero con cierto respeto santo que le recuerde á él mismo que hay algo supremo que obra en él.

20. «El que no se cuida de los suyos—dice el Apóstol,—ha renegado de la fe y es peor que un infiel» (I *Tim.*, V, 8). En efecto, así es, pues la fe no ahoga la voz de la naturaleza, sino que la inculca con nuevas razones. El cristiano que en este punto no cumple con su deber, injuria á la naturaleza y doblemente á Dios, autor de la naturaleza y dador de la gracia que facilita al hombre el cumplimiento de la ley natural.

IX. Remedio contra las cruces domésticas y demás tribulaciones.—1. Una de las tentaciones más peligrosas que se presentan en los padecimientos es la pregunta acostumbrada: «¿Por qué soy yo precisamente el elegido por Dios para sufrir tamaño golpe?» Y, sin embargo, no hay mayor engaño para contigo mismo, mayor injusticia para con Dios ni mayor crueldad para con el prójimo; pues ¿dónde existe un solo mortal que no lleve su cruz? Verdad es que hay otros que la llevan en mayor silencio que tú, bien por estar más prácticos en el sufrimiento, bien porque su dolor es tan profundo y tan amargo que no lo quieren profanar con lamentos y gemidos externos.

2. Los estoicos, exagerados en todo, se excedieron también al afirmar que el dolor no existía más que en la imaginación del hombre. Sin embargo, encierra algo de verdad su afirmación; pues si redujéramos á sus justos límites nuestra imaginación, si fuéramos más pacientes y menos suspicaces, muchos de nuestros males se reducirían á una proporción bastante menor.

3. Cristo no trajo el sufrimiento al mundo, pero lo convirtió en cruz, ó en otros términos: la lucha estéril contra el mal, en resignación paciente, y el sucumbir bajo la carga, en refugio en Él, nuestro modelo y auxilio, y en la participación de su gloria eterna.

4. La expresión: «llevar la cruz» resulta una necedad para todo aquel que no cree en la fuerza redentora de la cruz de Cristo; pero todavía es mayor la distancia que media entre la simple fe y la aceptación generosa de la cruz, y, para recorrerla, se necesita mucha práctica.

5. Hacer de la necesidad virtud cuesta poco trabajo y alivia el sufrimiento; no obstante, necesita tener el hombre una fe sólida y un cristianismo muy vivo para conseguirlo.

6. Sin espíritu de penitencia y sin humildad, no hay quien resista la tentación de murmurar en las tribulaciones.

7. Sin el espíritu de oración y sin la virtud de la esperanza en Dios, á todos es difícil soportar largo tiempo la cruz.

8. Llevar la cruz significa hacer de la paciencia virtud cristiana con la vista fija en Aquel que nos redimió en la cruz.

9. Hay algunos á quienes destroza la cruz, otros á quienes eleva; los hay que se sienten agobiados por una sola astilla, mientras que otros llevan durante toda su vida los pesados maderos de la misma, no porque sean más fuertes, sino porque piden á Dios la gracia de poder llevar su carga. Pues si existe algo para lo que no alcanzan por sí solas las fuerzas humanas, seguramente que es la misión de llevar la cruz. Las almas derrotadas no habrían sucumbido bajo su peso, si hubieran pedido al Espíritu Santo el don de fortaleza. Porque no hay seguramente oración que sea escuchada de Dios tan prontamente como aquella en que se pide fuerza y perseverancia en el sufrimiento.

10. Suspirar y buscar consuelo no es pecado, sino un instinto de la naturaleza humana. Sólo que no debes gemir hasta debilitar tu espíritu, ni desahogar tus penas sino ante los que pueden animarte y fortalecerte en el sufrimiento, ni tampoco debes esperar de nadie mejor consuelo que el del Único que puede consolar los corazones tristes.

11. No te asombres de que tu naturaleza haga tan tenaz resistencia al sufrimiento. También Cristo luchó tres horas seguidas hasta poder llegar á articular las palabras: «¡Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya!»

12. El mundo nos enseña algo, pero hay una cosa en la que ni puede enseñarnos, ni puede instruirse, precisamente la única que hace soportable la vida: el arte de llevar la cruz. Éste sólo puede aprenderse en la escuela de Aquel que convirtió el leño del tormento y del oprobio en cátedra de la más elevada sabiduría. No hay mayor ciencia que la habilidad en hacer de la necesidad virtud y del castigo un manantial de méritos y honores. No es de extrañar, pues, que dicha ciencia no se halle en el mundo necio, sino únicamente en la sabiduría eterna.

CAPÍTULO XIX

El arte de la educación

1. **Antiguo método educativo.**—1. Los padres deben ser la providencia de los hijos.
2. Los niños son como se educan.
3. No podemos colocarnos al nivel de los niños, pues si los tratamos como iguales, ellos nos tratarán como inferiores.
4. Si no se arrancan las malas yerbas á tiempo, pronto las ortigas nos echarán del huerto.
5. El que tolera al potro los resabios, cuando sea caballo le arrojará de la silla.
6. La voluntad del niño está en la palmeta, sólo que ésta no debe convertirse en látigo.
7. El que castiga debe guardar la dignidad é imparcialidad de un instrumento de justicia.
8. Con el arrebató descubrimos al niño nuestra debilidad y le hacemos ver que ha alcanzado una victoria sobre nuestro carácter.
9. El objeto del castigo es ayudar á que lo bueno que hay en el niño venza á lo malo que encierra.
10. El que se cría sin temor, envejece sin honor.
11. Demasiado azúcar al niño produce mala dentadura al viejo.
12. El lobo morirá en su pellejo, sino se le arranca antes.
13. Juventud ociosa, vejez desgraciada; juventud trabajadora, ancianidad feliz.
14. Buen aprendiz, buen maestro.

15. Es mejor—aun para el niño—que lllore el hijo, que no el padre. Es mejor que los hijos te rueguen á ti, que no tú á ellos.

16. Los potros jóvenes enganchados prematuramente, se estropean para siempre; los pájaros que cantan muy de mañana, se los come el gato.

17. El que por combustible usa leña verde, tendrá en su casa más humo que calor.

18. La gallina tiene también dos alas, pero no se le puede enseñar á que vuele tan alto como el águila.

19. El que quiera subir la escalera, tiene que empezar por el primer peldaño.

20. Preferible es que un niño precoz muera pronto, porque así se librará el mundo de un necio más.

21. Al que le saquen los ojos de pequeño, no verá ya en toda su vida.

22. Los años de aprendiz, no son los años de amo.

23. El que quiera recoger en la vejez, que siembre en la juventud.

24. Lo primero que entra en el tonel, es lo que le da sabor para siempre.

25. La gota continua horada la peña.

26. El cristianismo no se hereda; el que quiera hijos cristianos, que los eduque cristianamente.

27. De diez hombres de valer, nueve deben á su madre lo que son.

28. El padre y la madre unidos por recíproco afecto; el padre reposado, serio y accesible al razonamiento, la madre justa y firme y dominando su ternura, hacen los buenos hijos.

29. La ciencia no es la que hace los mejores educadores de la infancia, sino el conocimiento de uno mismo, la paciencia y el buen ejemplo.

30. Si hay algo en el mundo en que es imprescindible la bendición de Dios, es la educación de los hijos.

II. Receta de actualidad para los pedagogos.—Procúrate la caldera de mayor tamaño que puedas ha-

llar en una gran fábrica de cerveza; en ella pondrás á hervir zoología, astronomía, geografía, botánica, física, mineralogía, etnografía, geometría, matemáticas, química, diplomacia, historia y mitología; de cada asignatura un tomo de los que inventó el bueno de Ollendorf. Con esta ciencia revuelta forma una espesa papilla, parecida al protoplasma del mundo primitivo.

Añade á esta sopa una ballena, que harás hervir suficientemente, y para no faltar á la moda, salpica el guisado, como si fuera azúcar, con bonitas y abundantes palabras de humanidad. De Dios echa en la caldera la menor cantidad posible, pero, en cambio, no descuides una buena dosis de formas sociales.

Hecho esto, dale al niño el cloroformo, y haz que se trague el cocimiento en el acto: ¡será un Salomón!

III. Educación falsa y verdadera.—Toda educación que no esté basada en el principio de que el hombre, naturalmente malo, debe llegar, á fuerza de enseñanza, disciplina y hábito, á dominarse y perfeccionarse á sí mismo, sólo conseguirá degenerarlo y corromperlo más, ó convertirlo en esclavo, en hipócrita, en escéptico desvergonzado, ó en obstinado destructor.

IV. Un arte superior.—Hay muchos que desdeñan la obediencia y la disciplina, no porque estos medios educativos les resulten mezquinos, sino porque los encuentran demasiado elevados y difíciles. El arte grande, escogido y superior, que encierra la obediencia y la sumisión, fué expresado por los antiguos con el dicho ingenioso: «El diablo todo lo puede, menos... ser aprendiz.»

V. Contra gustos no hay disputas.—Goethe afirma que prefiere un joven que vaya descaminado por senderos propios, á otro que ande derecho por caminos ajenos. Según esta teoría, le gustan más y encuentra más amables los tercios y los... necios.

Nosotros confesamos que exigimos algo más de los jóvenes modestos y dóciles, porque siempre hemos visto realizarse la máxima: «Sólo sabrá andar bien por el propio

camino el que haya aprendido á caminar bien por los ajenos».

VI. Goethe educador.—1. El padre que no pueda creer en la corrupción de la naturaleza humana por el pecado original, tal cual nos la enseña la Biblia, merecería, si no pagaran sus pobres hijos las consecuencias, que éstos fueran educados por Goethe, con lo cual tendría suficiente castigo. Porque ya se puede suponer lo que resultará una educación basada en el principio de que no hay que violentar en absoluto la amable naturaleza.

Afirma el gran poeta que hay que dejar á la juventud en completa libertad de acción, pues no correrá mucho tiempo tras los falsos ideales, ya que la vida se encargará de arrancárselos.

2. Seguramente que aun los que niegan el pecado original renunciarán gustosos á semejante educador, pues pudiera presentarles en su hijo el modelo descrito por Barbier: «Es un niño, pero no cree en nada y escupe á su madre; considera un engaño anticuado lo del otro mundo; sólo tiene el cerebro repleto de rebeldía y desvergüenza, y el vicio se retrata ya con todas sus señales en su frente grotesca.»

3. Por lo cual, te conjuro á tí ¡oh el mejor de los padres!, por todo lo que sea consecuencia y lógica, que tengas bien en cuenta estas dos cuestiones.

Afirmas primero, que Rousseau anduvo muy acertado al decir que todo es bueno por naturaleza y que todo degenera en mal en manos de los hombres, y luego das la razón á Zschokke, cuyas *Horas de recogimiento* tienes en tanta estima, cuando dice, en su autobiografía, que no hay arte más sencillo que el de la educación, porque el hombre debe desenvolverse por sí mismo, como las plantas y los animales, para lograr aquello que debe llegar á ser, según sus facultades intelectuales, y que el llamado pecado original es sólo la parte animal de su naturaleza corpórea.

Pues bien, si esto es verdad, ¿por qué Goethe no ha de poder sacar la aplicación práctica de estas teorías?

Y ¿cómo te atreves á rechazar al poeta por preceptor de tus hijos?

Á mi parecer, no hay hombre que esté más conforme contigo que Goethe.

4. Por lo tanto, ó fe en el pecado original, ó degeneración y embrutecimiento.

VII. El principio en el arte de vencerse.—Mira, niño, ahora escucha y pon atención en lo que te digo; si no fueras tan charlatán, ¡cuánto más me agradarías!

De día y de noche, sin parar, murmura el arroyuelo, porque no sabe hacer otra cosa; y la cigüeña castañetea hasta durmiendo, como una marisabidilla.

Los sabios callan y los discretos guardan silencio para poder pensar; el caballo tira silencioso del arado, pues le basta cumplir con su deber.

Por eso te advierto de nuevo, hijo mío, y ahora seguramente me comprenderás mejor, que si no nos atormentaras con tu charla, me agradarías mucho más.

VIII. La ciencia profana y la cristiana en la educación.—1. Filostrato nos habla, en su *Vida de los sofistas*, de un filósofo distinguido y opulento llamado Proclo, del tiempo de Adriano. Tenía el filósofo un hijo que sólo se ocupaba en riñas de gallos, en cebar codornices, en criar perros y en carreras de caballos. El padre le acompañaba en todos estos quehaceres, pues pensaba como el Simón de Terencio: «Los jovencitos tienen todos la misma afición á pegarse al deporte, ora sea éste un caballo de carrera, ora un perro de caza.»

Á todas las observaciones que se le hacían, contestaba Proclo que tenía sus razones, pues antes su hijo se hartaría de sus manías practicándolas con un viejo que con sus iguales.

2. Semejante principio educativo es bastante extraño, porque si realmente hubiera sido éste el resultado final, ¿qué habría ganado el joven hastiado tan prematuramente? Pues hubiera tratado tan sólo de cambiar un vicio por otro, prefiriendo la compañía de jugadores, calaveras

ú otra peor, á la de su simple padre y á la de los animales, despertándose en él un desprecio terrible hacia el autor de sus días.

Afortunadamente murió joven.

3. Parece natural que todo el mundo debiera comprender que, en esta forma, sólo puede corromperse al niño, pero no educarlo. Pues no, señor. Hasta Montaigne aconseja que se hastíe al niño, haciéndole tomar parte en todo, hasta en desórdenes y excesos, pues asegura que un joven debe saber superar á sus iguales, aun en la brutalidad y en la crápula.

4. En efecto, si el ideal de la educación es formar modelos como Alcibíades, según opinión de Montaigne, el educador puede proceder del modo que indica, y nuestras asociaciones estudiantiles podrán pasar por modelos de pedagogía. En cambio, si se quiere formar hombres de carácter, hombres que honren á los suyos, á su patria y á su época, es decir, hombres que sean el reverso de Alcibíades, será más conveniente atenerse al sistema educativo cristiano, el cual declara formalmente que no se hace hombres honrados enseñándolos á dar rienda suelta á su naturaleza, sino obligándolos á dominarla y á vencerla formalmente.

IX. Influencia y dificultad de la educación.—1. Este asunto nos mueve á seguir hablando de Alcibíades, personaje que nos da mucho que reflexionar en la materia que nos ocupa. Poseía este griego dotes extraordinarias, á pesar de lo cual fué en la juventud presuntuoso é impertinente, y, lo que es peor, siguió siéndolo en la vejez. En parte, debe achacársele á él la ruina de Atenas, y aunque fué el ídolo del pueblo, circunstancia que honra tan poco á sus compatriotas como á él, gozó de la popularidad de esos desventurados en los cuales un pueblo decadente ve encarnadas sus debilidades y, hasta cierto punto, justificados sus defectos; de esa malhadada popularidad de la cual dice Goethe: «Las multitudes de admiradores de todas clases tienen la vista fija en él; los corazones latén y alborotan

de tal modo que no se oye la propia palabra; se coronan mutuamente, y uno vive merced á la alabanza del otro; nadie está seguro de su vida, y el héroe se defiende en vano.»

2. ¿Cómo llegó aquel espíritu escogido á tan gran embrutecimiento?

He aquí lo que nos impulsa á hablar de él en este asunto. Después de la muerte prematura de sus padres, encargóse el gran Pericles de la educación de su pariente, pero descuidó por completo la misión que se le había confiado, por lo cual mereció graves censuras de parte de Sócrates. En efecto, confió el joven á una espartana y á un esclavo tracio, llamado Zopiro, á quien por su avanzada edad no podía utilizar para otra cosa, y esto nos explica el resultado.

«Además,—dice Sócrates tratando del asunto,—podría citar á muchos que personalmente son hombres de extraordinario mérito, y que, sin embargo, no han logrado enmendar ni corregir á nadie, ni de la propia familia, ni de los extraños.»

Aceptamos en absoluto la afirmación del sabio, pues todos conocemos, por propia experiencia, muchos casos en que los hombres que han representado un papel importante en la vida pública y se han conquistado gran nombre, han estado desacertadísimos en la educación de sus propios hijos.

3. Cuando las grandes y potentes inteligencias se muestran incapaces para tan importante misión, ¿bastará rellenar á un joven, durante unos cuantos años, de una masa indigesta de ciencia para considerarle ya como un educador perfecto?

4. ¿Qué juicio ha de merecernos el que nuestra época se figure que la adquisición de unas cuantas habilidades y fórmulas hace inútil, en el terreno de la educación, la cooperación de ese poder que dispone de una experiencia de tantos siglos?

La buena voluntad sola es tan insuficiente como el gran saber y la exquisita cultura mundana. Es seguro que el

anciano Zopiro hizo lo que pudo, y acaso tuviera instrucción bastante para enseñar al huérfano, pero tanto él como su amo Pericles ignoraban lo más esencial de la verdadera educación.

Pues bien, si todo un Pericles no pudo estar á la altura de esa misión, ¿por qué han de avergonzarse muchas personas, por cierto muy distantes de parecerse á tan insigne hombre, de aceptar la ayuda de ese poder al cual el propio Hijo de Dios ha confiado la educación de la humanidad, habiéndole instruído con este fin?

X. El arte del curtidor.—1. Cuando Esaú vió la luz del día, tenía todo su cuerpo cubierto de ásperos pelos, y su carácter se armonizaba con su rudo exterior. Desgraciadamente, no lograron sus padres sacarle el pellejo, como suele decirse, por lo cual Esaú sirvió de escasa complacencia, así á Dios como al mundo. Acaso ni se acordaron sus padres de semejante cosa, puesto que su madre creyó conveniente cubrir á su hijo favorito de una piel artificial, para hacer que se pareciera á su hermano en lo posible.

Á esta historia debían aludir los antiguos cuando inventaron el refrán: «El lobo morirá en su pellejo, si no se lo arrancan antes.»

2. Á lo cual se me objetará que no todos los niños salen como Esaú, ni son lobos carniceros. Conformes, pero su parte correspondiente, la que yace en lo más profundo de nuestra naturaleza, como el pelo en la piel, la traemos todos al mundo. Y si no sale una criatura revestida con la piel de lobo, la cubrirá el pellejo del felino ó de la serpiente, y es difícil decir cuál es la menos conveniente al hombre ó la más peligrosa para la humanidad. Clemente Brentano dió muestras de gran perspicacia, así en lo bueno como en lo malo, cuando dijo: «¿Qué misterio encierra el niño!»

3. Claro está que cada criatura puede salir del estado en que nació por medio de una educación adecuada. Mas aunque naciera con el pelo fino y sedoso del angola, necesitaría del curtidor, y entonces más que nunca, para

poder soportar las asperezas de la vida. Por desgracia, no sólo á los niños y príncipes se aplican estas palabras de Tégner: «Los pobres hijos de reyes sólo oyen ruegos y adulaciones.»

XI. Pequeño breviario del pedagogo.—1. Al educador que no ha logrado creer en el pecado original, es difícil hacerle comprender la diferencia que hay entre una escuela de educación y un picadero.

2. La educación que carece de Dios hace ateos, la que está falta de conciencia, hombres sin escrúpulos, y la exenta de temor y de virtud, hombres sin carácter.

3. En la educación intelectual importan poco las reglas; pero la educación moral y religiosa sólo prospera con la enseñanza intuitiva, por el ejemplo visto ó referido.

4. La educación puramente intelectual hace hidrocefalos, la educación de palabra, charlatanes, la educación por medio de obras, caracteres completos.

5. El corazón y la voluntad deben formarse cuanto antes mejor; la cabeza tiene espera.

6. El maestro que no reconoce, cada día más, la necesidad de sustituir al profesor por el educador, ha errado la vocación.

7. ¡Qué felices serían muchos hombres si, en vez de educarlos como una especie de prodigios, los hubieran hecho hombres sólidos y trabajadores infatigables, es decir, si en lugar de convertirlos en polígrafos y charlatanes, los hubieran educado para convertirlos en caracteres.

8. Si se pusiera tanto celo en corregir la terquedad, la mentira y la hipocresía de los niños como en evitar que se chupen los dedos, se les ahorraría, ya mayores, miles de disgustos, y al mundo muchos trastornos.

9. Hay pocas cosas que se paguen tan duramente en la vida como el haber sido educado con demasiado mimo.

10. Á nadie se agradece que sea justo y duro, pero nunca podrá nadie agradecer bastante á su educador

que le haya enseñado á venerar la justicia, á sufrir tribulaciones y á hacer sacrificios.

11. A mayor pedantería y artificio pedagógico, más indiscreta educación y vida más artificiosa y antinatural.

12. Con la pedantería excesiva se priva uno de los principales móviles del bien, esto es, de la verdadera dignidad, pues ó bien se le priva de toda fuerza de expansión, ó bien se le convierte en aguijón dañino.

13. Enseñar es bueno, acostumbrar mejor; la perfección está en dar al niño un ejemplo tan vivo, que no pueda ocurrírsele nunca ponerse en contradicción con el deber, la verdad y el orden.

14. Toda sabiduría viene de arriba; por eso resulta el niño tan discreto bajo el palmetazo de un educador razonable.

15. La palmeta debe ir acompañada del Padrenuestro, y cada golpe, de las palabras: «¡Dios la bendiga!»

16. El que quiera obtener la bendición de Dios en la educación, no debe olvidar nunca que ha recibido de Dios el discípulo y ha de educarle para Él.

XII. Cuándo y cómo se les debe hablar á los niños de religión.—1. La respetable Lady Fullerton refiere que, cuando niña aprendía á leer, halló una vez en el salón de su casa un gran libro abierto sobre una silla, y arrodillándose comenzó á deletrear en él. Chocóle mucho una palabra impresa en grandes caracteres, y tardó poco tiempo en decifrarla. Llena de júbilo, comenzó á gritar: «¡Dios! ¡Dios!» Entonces su madre la reprendió diciendo: «Así no se pronuncia nunca esa palabra, porque es una palabra santa.»

«Tenía yo entonces poco más de tres años—continúa la dama,—y, por lo tanto, no abrigaba la menor idea de lo que significaba la palabra santa; pero la expresión grave del rostro de mi madre y la voz solemne con que entonces y siempre me hablaba de las cosas santas, despertó en mi corazón un sentimiento de veneración y respeto religioso que he conservado toda mi vida.»

2. ¡Y todavía temen los educadores que perjudique á la religión el que los niños la conozcan prematuramente! Si se les diera á conocer con la misma seriedad con que se la enseñaron á la piadosa escritora inglesa, nunca sería demasiado pronto. Mucho antes de comprender la palabra *religión*, debieran apreciar los niños, por el ejemplo de las personas que los rodean, lo que es el respeto á Dios y el fervor en la oración. «¡Oh, conducid al Salvador esos pequeñuelos, pues suyo es el reino de los cielos. Un corazón puro y limpio comprende fácilmente lo que es la pureza!»

CAPÍTULO XX

Economía política y política social para las necesidades domésticas

I. Economía doméstica y popular según antiguas recetas.—1. El egoísmo mata todos los derechos.

2. Prado común, yerba corta.

3. Asno comunal, albarda caída.

4. Con tres amos, el caballo se muere de hambre, porque cada uno cree que el otro le ha echado el pienso.

5. Nuestro Señor no quiere que el pan blanco se críe en los árboles.

6. No se encuentra el pan en la calle; hay que ganarlo.

7. El hambre podrá mirar por la ventana al hombre trabajador, pero no se le entrará por las puertas.

8. Zorro dormido no caza gallinas.

9. Al que cuida del campo, el campo le cuida á él.

10. Las astillas no se hacen solas; hay que cortarlas.

11. Sólo estamos seguros de una cosa cuando la tenemos en la mano.

12. Lo que uno hace por sí mismo se lo encuentra hecho pronto.

13. El que quiera huevos, que aguante el cacarear de las gallinas, el que quiera miel, que no tema á las abejas.

14. Es mal herrero el que no puede sufrir el humo.

15. Si bien mandas, bien te harás obedecer.

16. El ojo del amo engorda al caballo.

17. Más ve el amo con un ojo que el criado con cuatro.
18. El amo que mejor manda es el que por propia experiencia conoce el trabajo.
19. Cuando el amo está fuera, no hay nadie en casa.
20. Cuanto más ciega es el ama, mejor vista tiene la criada.
21. Donde el ama gobierna, no se acaba nunca el pavo.
22. Tal ama, tal criada.
23. El ama guisa mejor con la vista que la cocinera con el cucharón.
24. Muchos oficios hacen un mal maestro.
25. Quien mucho abarca, poco aprieta.
26. Pequeños arroyos forman un gran río.
27. Gota á gota se llena el tonel.
28. Aunque se posen cien gallinas sobre un huevo, no lograrán sacar un pollito en tres días.
29. Al que no sabe trabajar, nadie le contrata.
30. La carga bien repartida á nadie destroza las espaldas.
31. El que sirve es tan bueno como el que paga.
32. Á un criado fiel nunca se le paga demasiado.
33. Trabajo sin jornal, es en parte burla y en parte injuria.
34. Según el trabajo, así la paga.
35. El jornal ganado y no recibido, clama el cielo.
36. El buen jornal hace la mano ligera.
37. Según la paga, así el trabajo.
38. Cuentas saldadas conservan la amistad.
39. Á cada uno lo suyo, y la amistad en salvo.
40. Si la gallina es mía, me pertenecen también los huevos.
41. Aprecia al vecino, pero no arranques la valla que os separa.
42. Para conservar la amistad, conviene un muro divisorio.

43. Entre los campos de dos hermanos es muy útil un mojón.
44. El que no abre los ojos, tiene que abrir el bolsillo.
45. El dar y el ahorrar son incompatibles.
46. A cada cual lo suyo; he ahí la mejor paga.
47. El que mide para sí con medida grande y para el prójimo con medida chica, es hermano carnal del ladrón.
48. En las fuentes pequeñas se apaga la sed lo mismo que en las grandes.
49. El que ambiciona mucho, es más pobre que el que tiene poco.
50. *Bastante* es mejor que *demasiado*.
51. No enganches seis caballos al coche, si sólo tienes pienso para dos.
52. La gallina de la vecina siempre pone más huevos que la nuestra.
53. No hay que echar demasiado aceite á la sopa de la mañana á fin de que quede grasa para la de la noche.
54. Más vale acostarse sin cenar que levantarse con deudas.
55. Más vale un asno que me lleve, que un caballo que me tire.
56. Los nabos en la propia mesa saben mejor que pescado y carne en casa ajena.
57. El que no aprecia el céntimo, nunca poseerá un duro.
58. Son malos carpinteros los que hacen mucha viruta.
59. El que no hace caso del clavo que falta en la herradura, llegará á perder el caballo.
60. Cuando los niños van al mercado ganan los vendedores.
61. Dinero ahorrado es tan bueno como el heredado.
62. Ahorrar vale tanto como ganar.
63. Lo que la mujer ahorra vale tanto como lo que gana el marido.

64. La mujer puede sacar de la casa en el delantal más que lo que el marido mete en ella con el carro.

65. El que primero se come el pan blando tiene que comerse luego el duro.

66. No hay que salar la sopa porque sobre la sal en casa.

67. El que quiera ahorrar, que empiece por la boca y acabe por el vestido.

68. Una olla remendada suele durar más que otra nueva.

69. Más vale una mancha que un agujero.

70. La seda y el terciopelo en el vestido apagan el fuego en la cocina.

71. No hay que tirar el cántaro viejo hasta saber si el nuevo está en buen estado.

72. Sé lo que tengo, pero no lo que me darán.

73. Los días buenos cuestan dinero.

74. Hay que fijarse en los daños pequeños, que los perjuicios grandes ya se cuidan de llamar nuestra atención.

75. Algunos arrojan la simiente antes de llegar al campo.

76. Hay quien por buscar un céntimo gasta diez en luz.

77. Lo que se gana en domingo se gasta antes de empezar el lunes.

78. Lo que se hila en domingo no dura.

79. Rezar, madrugar, dar limosna y frecuentar la iglesia no empobrece á nadie.

80. El mejor medio para empezar un trabajo y terminarlo bien consiste en implorar el auxilio de Dios.

II. Bailaba bien y guisaba mal.—La historia de muchas casas que empezaron con gran brillo y acabaron miserablemente, puede resumirse en las palabras con que el noble Justo Möser comienza una de sus excelentes *fantasías patrióticas*: «Bailaba muy bien, pero guisaba muy mal.»

III. No podemos vivir.—1. El mismo escritor nos re-

lata, con el título de *Juan no podía vivir*, una historia muy instructiva, cuya exactitud todos hemos podido apreciar en el círculo de nuestras relaciones.

Un joven listo consigue un pequeño empleo y, lleno de alegría, empieza á darse buena vida. Al poco tiempo, solicita una plaza mejor, porque no le llega el sueldo, y la obtiene. Entonces se casa, pero como ha de vivir según su nueva posición, aumentan en la misma proporción los gastos. Como tampoco así puede vivir, comienza por malversar los fondos para atender á sus nuevas atenciones. Su mujer, que se cree en el deber de vivir del modo más elegante, le ayuda á aumentar las ganancias ilícitas y á gastar insensatamente. Mas llega un día en que les es de todo punto imposible la vida, y ambos van á parar á la cárcel. *Ahora ya pueden vivir.*

Y lo que ocurre en pequeño, sucede también en grande. Nuestros demócratas socialistas no pueden en verdad quejarse de que reciben jornales para morir de hambre. Hay muchos empleados que se ven obligados á vivir con sueldos muy inferiores y tienen que llenar mayores atenciones impuestas por su posición. Sin embargo, viven y salen adelante, mientras que ellos con su jornal no llegan á ninguna parte. Cuando venga el día en que la sociedad se halle encerrada en la cárcel del Estado socialista de lo por venir, y vuelvan á tener validez las palabras que cantaba Seifried en la guerra de Treinta años: «Somos de la Orden mendicante; todos nos hemos vuelto frailes descalzos,» la vida será entonces más fácil.

2. Ni los pueblos ni los Estados pueden vivir ya; por lo visto es preciso que todos se reduzcan mutuamente á la miseria extrema, para que vuelvan á poder vivir.

3. Diríase que los hombres no pueden vivir hasta que, reducidos á la miseria, todo les parezca bien.

IV. Canción del obrero en los tiempos de fe.—Ahora, á correr mundo. ¡Caramba, cómo me mira la gente! «¡Vaya un mozo gallardo!—exclaman—¡quién lo dijera!»

¡Por qué no he de ser fuerte y sano? Hoy ya he comi-

do bastante; la madre me llenó bien los bolsillos y las alforjas hasta rebosar.

Luego, me echó la bendición, y yo me di un atracón de llorar; pero ahora ya me siento libre y franco; voy á correr mundo hasta donde luzca el sol.

En casa no he pedido nada y no llevo nada que apetezcan los ladrones, pero poseo un buen chaquetón y un hermoso mango de pipa. ¿Qué me importan las heladas y las tormentas? Corro más que el viento. Si hace frío, ni un expreso me gana, y duermo luego muy á gusto en una cama de tablas.

Un poco de fruta y un trozo de pan no hay quien me lo niegue. Hambre, en todas partes la encuentro y la sed ya la llevo conmigo.

El mundo es hermoso y siempre nuevo. También sé componérmelas con la gente, y á fe mía que Nuestro Señor tampoco me quiere mal.

Ahora decidme: ¿quién puede igualarse conmigo? Que se encargue el diablo de guardar el maldito dinero.

¡El emperador tiembla por su reino, y á mí me pertenece el mundo entero!

V. El himno socialista del siglo de las luces.—Ahora sí que se ha acabado el mundo. ¡Ay, qué ojos abrirá la gente cuando nos vea avanzar desesperados y realizar lo que pensamos!

Sí, la desesperación es natural; pues el hambre es una espada aguda; lo mío y lo tuyo la afilan admirablemente. ¿Qué nos importa la vida?

Mendigo salí de mi casa; desde entonces vivo al día; gasto alegremente lo que me dan, y no sé ya lo que es llevar una camisa entera.

Mi madre me enseñó á rezar; entonces me sentía venturoso y tranquilo, pero hoy ya no conozco á Dios, ni me acuerdo de ninguna oración. Todo ello me importa un comino.

Prefiero la noche á la luz del sol; de buen grado la apagaría de un resoplido; cuando todo arda y todo se ven-

ga abajo, me consideraré el más dichoso de los hombres.

Que nadie se atreva á ofrecerme un pedazo de pan, pues se lo arrojaré á la cara; prefiero morir mil veces de hambre que aceptar limosnas de nadie.

No creo ni espero en nada; sólo deseo segar pueblos, y en sustitución de los juicios del mundo, sembrar el incendio por doquiera.

La palabra ventura me suena á engaño; por eso no quiero ver feliz á nadie. El cielo es una mentira; que arda el infierno en la tierra.

Ahora decidme, ¿quién puede compararse conmigo? El demonio mismo respeta el dinero y se estremece ante el lago de fuego; pero á mí lo mismo me da el mundo que el infierno.

VI. Diversas opiniones sobre el trabajo.—1. Un hombre de mundo, harto y satisfecho, que coquetea con el trabajo por distraerse y matar el tiempo mientras le dura el capricho, y un mimado de la suerte que se entrega á fantasías, fácilmente pueden decir con Voltaire: «El trabajo es mi dios.»

2. En cambio, el pobre que está siempre con las manos vacías por mucho que trabaje, y al que, por añadidura, los agitadores dejan vacío de paciencia y de fe el corazón, está siempre dispuesto á decir: «El trabajo es mi infierno.»

3. Un moralista austero como J. G. Fichte, que no cree en más vida que en el corto espacio de nuestra peregrinación terrena, sólo reconoce un pecado, el descanso, y una sola virtud, el inquebrantable cumplimiento del deber.

4. Un hastiado del mundo, á quien la tierra no promete ya nada y que duda del más allá, como de todo lo verdadero y bueno que hay en el hombre, confíesase partidario de la sabiduría del persismo y del epicureísmo, y afirma que el trabajo es un tormento vano, como todo aquello en que buscamos consuelo, y que sólo honra al hombre el reposo distinguido y el placer razonado.

5. Sólo el cristiano tiene una idea exacta del trabajo, y halla en él su consuelo, aunque le resulte poco producti-

vo. Claro está que trabaja por el salario debido, ó mejor dicho, para no ser una carga á los demás y cumplir sus deberes para con el mundo. Pero además asigna á su trabajo un fin más elevado, pues lo considera como un medio de hacer penitencia, de cumplir con los deberes que le impone la vida, y, por último, y esto es lo principal, como un camino para llegar á Dios. La razón de que trabaje sin descanso, pero también sin precipitación, y de que disponga de tiempo suficiente para ocuparse en una misión más elevada y en las necesidades de sus contemporáneos, consiste en que tiene puestos en Dios su corazón y su espíritu.

VII. El deber humanitario más generalizado.—1.

Una de las máximas que menos agradecen los hombres á las Sagradas Escrituras es la que dice: «Porque el hombre nace para trabajar como el pájaro para volar.» (*Job*, V, 7). Hay quien opina que debiera haber hecho una pequeña excepción en favor de los ricos. Pero no ha exceptuado á nadie, pues no hay ser alguno que no necesite del trabajo.

2. Sabido es que el Apóstol dijo: «El que no quiera trabajar, que no coma.» (*II Tes.*, III, 10).

Esto, evidentemente, no se aplica tan sólo á los que trabajan todo el día expuestos á los ardores del sol como á la lluvia para que, «ricos en privaciones y escasos de jornal,» se ganen un pedazo de pan seco; para ellos eran superfluas semejantes palabras, pues ya se lo predica á diario la triste necesidad.

Para ti debió decir las el Espíritu Santo, para ti, hermano, que puedes decir tranquilamente: «Ya tengo la mesa puesta.» Y aun para ti sólo está puesta por el precio del trabajo. El pago adelantado impone más severas obligaciones que el que ha de esperarse aún. Cuando encargas un trabajo á un hombre tan pobre que tengas que adelantarle el precio de la obra para que pueda ejecutarla, serás más exigente con él que con el que tenga tiempo para esperar á que le pagues. Y estás en tu derecho, porque

te juegas el desembolso que haces. En cambio, si no estás necesitado de dinero, hará ó no hará tu encargo, allá él, pues depende únicamente de que quiera ó no quiera trabajar. Pues bien, vosotros los ricos habéis recibido ya el pago por adelantado, y con esto habéis renunciado á vuestra libertad. El jornalero ordinario que todavía no ha cobrado su jornal, es más libre é independiente que vosotros los que devoráis en la ociosidad bienes que harían vivir á millares de seres humanos.

3. En efecto, yo mismo sé por experiencia que el trabajo es penoso, pero precisamente esto es lo que lo llena de honra. Pero ello es sólo un nuevo motivo para trabajar de firme.

La causa principal de que el trabajo resulte tan molesto está en que no es más que un ejercicio de penitencia que Dios mismo ha impuesto después del pecado para reparar los desórdenes de éste. Y ¿querrás decir que no has pecado nunca? ¿Quieres canonizarte á ti mismo afirmando que no tienes nada que expiar? ¿Prefieres, en lugar de comer el pan con el sudor de tu rostro, comértelo con el sudor de los pobres? ¿Pretendes, en vez de hacer tú penitencia, que la hagan otros por ti? ¿No comprendes que para ti, más que para nadie, el trabajo es deber y cuestión de honra?

4. Me objetas que es una penitencia demasiado molesta. Seguramente que sí, pero por eso mismo es tan necesaria y beneficiosa. ¿Cuántas veces no repetirás tú mismo la antigua sentencia: «Si el hombre no es atormentado, nunca alcanzará su completa formación!»

La verdadera formación ó cultura no es la que se refiere exclusivamente al entendimiento, sino á la educación de la voluntad, al corazón, en una palabra, á la formación del carácter. Ésta se consigue únicamente á fuerza de violentarse uno á sí mismo, á fuerza de abnegación. Por lo tanto, cuanto más esfuerzo te cueste el trabajo, antes te conducirá á ese grado de cultura que hace al hombre verdadero y completo.

No hay mejor medio para la educación personal que el trabajo.

5. Si todos los hombres sin excepción deben templar su carácter, y formar su corazón, y perfeccionarse por la propia disciplina, claro está que obligación común á toda la humanidad es también la sujeción al trabajo. No todos están sujetos al trabajo manual; hay obras más elevadas que producen utilidad general. Me refiero á las tareas intelectuales, á las de dirección y organización y aun á las encaminadas á mantener y mejorar la sociedad. Pues bien: los trabajos corporales son los de los jornaleros.

VIII. La bendición del trabajo.—1. Á veces nos lamentamos de que el exceso de trabajo no nos deje tiempo ni para rezar. Pero cuando no tenemos ningún trabajo que nos obligue á economizar tiempo, nos sentimos tan poco dispuestos á la oración como á las demás prácticas del bien; todo nos molesta y difícilmente nos podemos soportar á nosotros mismos. En cambio, cuanto más nos apura el trabajo tanto menos tiempo nos queda para atender á nuestras inquietudes y fantasías, tanto más animosos y contentos nos hallamos, y aunque nos quejemos continuamente de que la carga nos agobia, mayor confianza y santo orgullo nos inunda y—lo que es más extraño, pero también muy verdadero—más tiempo y mayores ganas sentimos de rezar.

2. Á muchas personas sencillas las conserva el trabajo en el mismo espíritu de oración y recogimiento que á otras la meditación continua y el retiro del mundo.

3. Con tal que una persona no trabaje como el galeote, á la fuerza, murmurando y pensando constantemente en la fuga; con tal que no trabaje con la precipitación y la violencia con que una roca se arroja al agua, de modo que el trabajo le anegue y le oculte al mundo entero, por no decir como un suicida; con tal que trabaje como cristiano, con espíritu de humildad y penitencia, de sacrificio y oración y por amor al bien común, el trabajo le será una verdadera y gran bendición, un medio de salvación y de auxilio

espiritual, al mismo tiempo que un verdadero sacramento.

IX. El bálsamo del trabajo.—No importunarnos más con vuestro trompeteo disonante: «La oración es lecho de holganza; sólo el trabajo recompensa con la propia dignidad y te hace redentor de ti mismo.»

Alabáis el trabajo, pero no lo amáis. Si estuvierais sujetos á tan dura obligación, ¿hablaríais por ventura de la misma manera?

El que por darse tono coquetea con el arado, bien puede hablar de las delicias de la agricultura; pero el que del arado tiene que vivir, con suspiros pagará el pan que se coma.

Una cosa he encontrado siempre verdadera y justa: Sólo lleva en silencio y con valor el trabajo el que en la oración busca el bálsamo para las heridas que se produce en las manos.

X. Orar y trabajar.—1. Un hombre ocioso reza rara vez. Los más fervorosos son, como es sabido, los que, después de la faena del día, ó también de la de toda la vida, se han conquistado algunos momentos de descanso.

También prueba esto el valor de la oración, pues ésta es un trabajo del espíritu, tan dificultoso y serio, que sólo son capaces de ejecutarlo los que están acostumbrados á trabajar.

2. Por otra parte, no hay mejor escuela para el trabajo que la oración. El que sabe rezar, aunque no siempre el trabajo sea de su agrado, hallará al menos la fuerza de llevar su carga con valor y perseverancia.

XI. El alquiler de Dios.—¡Qué magnífica es esta casa! ¿cuánto pagas de alquiler?

—¿Pagar alquiler? ¡Qué disparate! Esta finca me pertenece. Míos son estos jardines, estos bosques y estos prados. Mía la casa con todo lo que encierra; otros tienen que pagarme alquiler por los terrenos que les he arrendado.

—¿Otros tienen que pagarte? ¡Sólo tú estás exento de pagos? Tú, que tan severo te muestras en el cobro de tus rentas, ¿le niegas el vasallaje á Dios? ¿Acaso piensas aho-

rrártelo porque el Señor no se lo toma por sí mismo? Mira esa muchedumbre de pobres; á ellos ha destinado el Señor lo que tú le debes.

XII. Solución de la cuestión social.—1. Sabemos muy bien que la cuestión social no se resuelve únicamente con oraciones, con amonestaciones á la paciencia, con vanas promesas de socorros caritativos, con la idea de la recompensa eterna.

Sin justicia no hay reforma social posible. La justicia es la primera condición para el restablecimiento del orden y la base fundamental de todas las demás virtudes personales y públicas. La caridad es el complemento de éstas; á ella corresponde unificarlas, formar con ellas un todo completo, y restablecer la belleza de la simetría allí donde no puede llegar la justicia. Por eso, toda tentativa de reforma debe apoyarse en esta sentencia primordial: «Á cada cual lo suyo». Con esto la caridad no sufre menoscabo alguno, pues bastante tiene que hacer con realizar su misión.

2. No obstante, decimos con toda confianza: El que no busque la última palabra para la solución de la cuestión social en la casita de Nazaret, donde el servicio de Dios es alimento para el trabajo, y éste, á su vez, el óleo de la oración; donde la pobreza y el sufrimiento unen más íntimamente á sus moradores entre sí y con Dios; donde la sobriedad, el amor y el espíritu celestial bendicen lo poco y aun lo convierten en manantial de bienes para los demás; donde se halla el paraíso terrenal en la paciencia, en el sufrimiento y en el sacrificio alegre y animoso; á ese sentimos decirle que debe renunciar á la anhelada solución.

CAPÍTULO XXI

La vida pública

1. Política amplia en frases cortas.—1. Dios es el derecho.

2. A mayor numero de leyes menor derecho.
3. No hay utilidad sin honradez.
4. El derecho es verdad y la verdad derecho.
5. El derecho y el vino, mejores cuanto más viejos.
6. El que una vez ha sido injusto lo será siempre.
7. Ley sin castigo, campana sin badajo.
8. El derecho ha de ir acompañado de la misericordia.
9. El derecho es para todos.
10. Donde hay acusador tiene que haber juez.
11. Un juez ha de tener dos oídos iguales.
12. Dios y la justicia no tienen amigos.
13. La verdad es superior al poder y á la violencia.
14. Si la violencia obra como amo, la justicia procede como criado.
15. Justicia doblada, justicia rota.
16. Piensa como amo y siente como súbdito.
17. Por causa de las orugas no debe cortarse el árbol.
18. Los empleos son para las personas, no las personas para los empleos.
19. Principios fijos y resolución clara: de lo contrario, se desesperan los buenos y se envalentonan los malos.
20. Muchos amos facilitan la desobediencia.
21. Muchos pastores, ganado mal guardado y guardanía cara.

22. Un niño cuida bien la cabra, dos mal y tres la descuidan.
23. Entre muchos se hace lo que uno solo no se atrevería á hacer.
24. El que quiera gobernar debe oír y ser sordo, verlo todo y cerrar los ojos sobre muchas cosas.
25. El príncipe ha de tener muchos oídos y las manos largas.
26. Es mal pastor el que de vez en cuando no se entera de si las ovejas están tranquilas.
27. Cuando el perro vela, puede dormir el pastor.
28. Cuando duerme el monarca, duerme también el consejero.
29. El empleo sin sueldo hace al ladrón.
30. El que no pueda soportar la censura, que deje el gobierno.
31. El que primero comete una injusticia es peor que el que la imita.
32. Con las cosas ajenas hay que tener más cuidado que con las propias.
33. La lealtad se compra con lealtad, la seguridad con seguridad, la franqueza con franqueza y la confianza con confianza.
34. La barca depende más del remo que el remo de la barca.
35. La obediencia es la base del orden.
36. No hay que arrancar los mojones antiguos.
37. Cuando se friega la escalera hay que empezar por arriba.
38. Al que está muy alto se le ve desde lejos.
39. Pecado de señor, penitencia de campesino.
40. Más vale sufrir una injusticia pequeña que entablar un largo proceso.
41. El que litiga por una gallina, que se conforme con un huevo.
42. Preferible es un tirano á una veleta.
43. Los bienes de la Iglesia tienen dientes de hierro;

se comen una hacienda tras otra y no llegan á la tercera generación.

44. Los santos no hablan cuando se les arranca la corona de la cabeza, pero se vengan.

45. El que roba á los muertos es un infame.

46. Todo poder viene de Dios.

47. Cuando el rey se mete en cosas de iglesia resulta ó un torpe sacristán, ó un mal clérigo.

48. Un derecho debe ayudar á otro; así se fortalecen ambos.

49. El bien común debe prevalecer sobre el privado.

50. La paz de Dios es la paz por excelencia.

II. El patriotismo.—1. El patriotismo está formado casi en su totalidad por el egoísmo, el orgullo y el desprecio colectivos de un pueblo. En otros términos, el patriotismo es el amor propio reconcentrado, la suma de todas las malas cualidades, y aun, por extraño que parezca, de todas las propiedades insociales y antisociales de la totalidad.

Seríamos tan injustos con un hombre como con una raza, si los juzgáramos por la exteriorización de su patriotismo. Por lo regular, tienen personalmente muchas mejores cualidades de las que ostentan cuando la opinión pública bajo el nombre de patriotismo, les trastorna el juicio, ó cuando la perniciosa moral pública les llena el corazón de pasiones malsanas. Grillparzer no deja de tener razón cuando dice que «la humanidad conduce fácilmente por la nacionalidad á la bestialidad.» Basta que la falsa humanidad, que tiene por ídolo á la humanidad, se apodere del llamado principio de nacionalidad, para que el patriotismo se convierta en pasión que no escucha la razón ni la humanidad, que no retrocede ante ningún crimen, que destruye los rasgos más nobles del carácter de un pueblo. Esto ocurre fácilmente cuando el amor á la patria celestial se borra ante el pensamiento de la patria terrena.

2. Pero el patriotismo, aun prescindiendo de que es un deber de conciencia, tiene también sus buenas cualidades.

Esto se demuestra generalmente cuando amenaza á la patria un gran peligro, y cuando, para alejarlo, se impone la intervención general de un pueblo. Entonces se despiertan, aun en una sociedad moralmente decaída, los buenos sentimientos en forma tan noble, vigorosa y abnegada, que nos parece verla renacer de nuevo. Es un fenómeno confirmado con frecuencia el que durante una guerra nacional disminuyan notablemente los grandes crímenes, sobre todo los asesinatos, duelos y suicidios, y que pueblos al parecer completamente degenerados, tornan á la moral y á la religión en la misma proporción en que aumentan las desventuras de la patria.

3. Estos efectos del patriotismo, tanto del bueno como del malo, demuestran la existencia y fuerza incalculable de la moralidad pública. Hay una moral de la sociedad (Cap. Veintitrés, VIII), siendo el patriotismo uno de los aspectos en que más visiblemente se presenta. ¿Quién es el responsable de los 600.000 hombres que costó la guerra de Siete años? ¿Á quién toca dar cuenta de los 6 millones de almas sacrificadas al Dios de las batallas desde 1792 á 1815? Sería injusto achacar estas hecatombes á Federico II y á Napoleón I. Ni siquiera un Napoleón empujó los pueblos á la muerte como quien arroja sarmientos al fuego. Si los pueblos no hubieran guerreado por su gusto, se hubieran desecho de Napoleón con la misma facilidad con que lo hicieron después, hartos ya de pelear. El patriotismo mal entendido, el egoísmo colectivo de los pueblos fué el que hizo las guerras, y es, aun hoy en día, el que las hace, aun cuando los individuos las deploren. La moralidad general, sana ó malsana, la moral pública, es la que introduce las leyes perniciosas y suprime las viejas instituciones.

4. El progreso político y social de un pueblo depende también de la regeneración moral de todo un pueblo, y no de la acción de reformadores individuales. Si la moral pública es sana, la sociedad será fuerte y próspera, á pesar del mal que pueda haber en cuestiones secundarias.

Pero allí donde la opinión y la vida públicas están en decadencia, es difícil que aun millares de justos consigan á la larga detener la ruina de la totalidad. Basta recordar la historia de Judea.

III. Solidaridad de la vida humana.—1. Nadie ha sido creado para sí sólo; á todos nos ha impuesto Dios obligaciones para con el prójimo (*Ecl.*, XVII, 12).

Claro está que cada cual es para sí mismo el más próximo. Todos nos pertenecemos en primer lugar á nosotros mismos, y estamos obligados á cuidarnos de nosotros mismos, á fin de que no nos convirtamos en carga para los demás.

Pero esto no es suficiente para justificar nuestra posición en el mundo; nadie vive solamente como individuo y dueño absoluto de sí mismo, sino que está enlazado con toda la especie.

2. El hombre es naturalmente administrador independiente de lo que le ha sido confiado, por lo cual está en el derecho de gozar de los frutos de los bienes que explota; pero carece del derecho de malgastarlos y estropearlos á su antojo, sin tener para nada en cuenta el bien de la comunidad; ni siquiera puede emplear sus rendimientos exclusivamente en su persona. La voluntad del verdadero Amo y Dueño debe ser siempre su regla de conducta; según ella debe obrar.

3. Ahora bien, la voluntad de Dios es que todo lo que ha creado aproveche al género humano en general. Así, pues, no sólo recompensa el trabajo de modo que todos tengan lo necesario, sino que da siempre con tal abundancia, que supera en mucho la necesidad individual. Claro está que á cada cual deja, como propiedad, el producto de sus bienes y de su trabajo, pero, en cambio, exige que algunos cedan una parte de lo superfluo á la comunidad, y que todos, aun en el empleo de lo imprescindible y en el uso ordinario de su libertad, se sostengan mutuamente por un justo reparto de las cosas indispensables á la vida.

4. Para que la propia necesidad nos obligue á recordar esta hermosa virtud de la mutualidad y de la comunidad, Dios en su sabiduría ha distribuído sus dones de un modo muy diverso: á uno le ha dado la capacidad intelectual, á otro la fuerza corporal, al tercero el menor de todos los dones: bienes terrenos. Ninguno á la larga puede sostenerse con lo que tiene por sí solo; todos dependemos de los servicios de los demás, como dice Uhland en forma tan bella: «Al hombre pequeño, caballo grande. Al brazo corto, larga espada; así debe uno, ayudar al otro.»

Los hombres en su ceguera lamentan esta desigualdad, pero en realidad es una sabia y bondadosa disposición de la divina Providencia.

5. La misma ley rige en la vida moral y en la intelectual. También en ellas se hallan muy desigualmente repartidos los dones; tampoco aquí vive nadie para sí solo, pues todos forman una gran unidad, en cuyo bienestar y perfeccionamiento debe trabajar cada individuo separadamente. Nadie debe decir que él no sirve de nada, que su persona es demasiado insignificante: semejante afirmación parece modesta y humilde; sin embargo, puede ser fácilmente la expresión de la pereza y del egoísmo.

No hay nadie tan limitado, tan pobre, ni tan débil que no pueda contribuir, aunque poco, á la solución del gran problema; ya por la instrucción, ya por la reprensión fraternal, bien por el estímulo, bien por una censura hábil.

Hay cuatro contribuciones que todos pueden pagar al bien espiritual de la comunidad; son precisamente las más importantes: el ejemplo, el sacrificio, la renuncia personal y la intercesión.

6. Por lo cual todo cristiano debe pensar que el bien de la comunidad es su propio provecho. Que nadie diga: «Tengo mi propia alma que salvar,» pues uno de los medios de salvarse uno mismo está precisamente en trabajar en la salvación de los demás.

Guárdense todos de aquel espíritu estrecho que considera el beneficio de los demás como la pérdida del propio bien.

Está muy lejos del Espíritu de Dios el que no diga con el corazón lleno de gozo por las palabras del Salmista: «Yo entro á la parte ó *tengo sociedad* con todos los que te temen y observan tus mandamientos. (Sal. CXVIII, 63).

Un verdadero hijo de Dios, un miembro vivo del cuerpo de Cristo, la Iglesia, se duele profundamente de todo perjuicio experimentado por una parte de la totalidad con el mismo dolor que si lo sufriera él mismo. Del propio modo, se alegra de todo éxito que alcanzan los demás como si lo hubiera conseguido personalmente.

Ojalá estuvieran todos animados del espíritu del Apóstol cuando dice de sí mismo, «¿Qué me importa? Con tal que de cualquier modo Cristo sea anunciado, bien sea por algún *aparente* pretexto, ó bien por un verdadero celo, en esto me gozo y me gozaré siempre.» (Fil., I, 18).

7. Por eso el sectarismo, las rivalidades de escuela y las disensiones de partido, demuestran que no comprendemos nuestra misión de hombres y de cristianos. El que está de acuerdo con Dios, se armoniza con el mundo entero; es católico.

8. ¡Y todavía disputan los hombres cortos de vista sobre si uno se pertenece primeramente á sí mismo ó á la humanidad! Entrégate tú por completo y sin reserva á Dios, pues entonces te pertenecerás á ti, sin que te pierda el mundo; entonces te poseerá el mundo, sin perjuicio alguno para ti; ocuparás el lugar que te corresponde en la tierra y serás al mismo tiempo miembro del reino de Dios invisible, parte útil de la sociedad, servidor fiel de la patria, hijo leal de la Iglesia y bienhechor de la humanidad; en una palabra, católico.

IV. Orden social.—¡Bonito se pondría el mundo si Dios concediera á los que censuran su providencia el poder de hacer una nueva creación según su propio criterio!

No hay modo mejor de avergonzar á una persona tocada de la manía de censurar que dejarla en libertad completa para enmendar las cosas á su gusto; aunque sólo se trate

del cosido de un botón, vemos realizarse siempre el refrán: «La crítica es fácil, la ejecución difícil.»

¿Qué ocurriría si esos sabios censores del orden universal dispuesto por Dios, si esos antiartísticos jueces, de quienes dice *Seidel*: «Atacan con mano torpe de estudiante la maquinaria del mundo,» ensayasen su habilidad en las mismas obras del Creador?

2. Por lo demás, ya podemos figurarnos lo que sería la vida si todo se organizase á medida de su capricho.

Lo que más suele confundirlos y asombrarlos, dada la estrechez de su espíritu y de su corazón, es la multitud y diversidad incomprensible de las obras de Dios. Su mayor censura contra el orden existente consiste en afirmar que reina en él monstruosa desigualdad. Esto no es de hoy ni de ayer, pues ya Tégner decía de su tiempo: «Domina en el mundo un espíritu de igualdad que nivela las alturas y llena los valles, que no consiente que un ser humano sobresalga de otro ni en la elevación de la cabeza, semejante al sepulturero que todo lo allana.»

En este punto se parecen todos los correctores del mundo. Su ideal era la época en que daba el tono el Rey Sol, la época en que el jardín de Versalles era recortado con regla y tijeras, la época de las carreteras monótonas, con sus hileras de álamos, y el tedio petrificado de Maunheim y Karlsruhe. Hoy tenemos la línea interminable de la vía férrea con sus palos de telégrafo. Una época poco más poética que la otra.

Y aun para el siglo próximo estamos ya provistos de un ideal magnífico; la sociedad se dividirá, según la medida socialista, en átomos ó granos de arena de igual valor, repartidos en hileras sin fin.

El establecimiento del sufragio universal es ya un hermoso principio para la supresión radical de la odiosa división de clases, con sus diferencias de categoría y posición social, que recuerdan la gradación de las criaturas; pero, en cambio, tanto lo democrático como lo burocrático será puesto en la misma horma despótica, según las máximas de la igualdad y de la fraternidad.

¿Qué aspecto tomará la vida pública con un régimen tan uniforme y democrático? ¿Qué disciplina, qué régimen cuartelario, qué ingerencia en los asuntos más íntimos y qué severidad militar no exigirá entonces el sostenimiento del orden! No sólo las casas, sino los vestidos deberán ser registradas continuamente, como sucede con los criminales presos, y si me apuran, hasta las conciencias. Por último, volveremos nuevamente al régimen de la delación y el tormento.

No negamos que los hombres han desnaturalizado con frecuencia la desigualdad natural que existe entre las posiciones y las fortunas. Sin embargo, sigue en pie esta verdad: Dios ha organizado el mundo de un modo poco aristocrático y acaso en forma demasiado feudal. En efecto, basó la naturaleza animada, lo mismo que la inanimada, en la diferencia de clases; y es que, por lo visto, no interpretó la palabra igualdad ni de un modo matemático ni de un modo mecánico. No obstante, ordenólo todo con la mayor sabiduría, según número, peso y medida, y, lleno de bondad, estableció para todos los seres una ley común, no precisamente fundada en la uniformidad, sino en la simetría y en la acción de conjunto; en una palabra, la ley del organismo.

Merced á esta ley, el poderoso mecanismo del mundo, con sus millares de ruedas y engranajes, ha seguido su marcha con regularidad, á pesar de las perturbaciones y oposición de los hombres descontentos. Y esta ley hace tanto más honor á su maestro y director cuanto más trataban de corregirla y censurarla los espíritus mezquinos y estrechos.

3. En efecto, Dios atendió á todas las necesidades, calculó la conveniencia y la utilidad y tuvo en cuenta la estética y el deseo de variar, y á veces hasta los caprichos de sus hijos extravagantes.

Esta diversidad, esta desigualdad de disposiciones, no sólo dan testimonio de su sabiduría y poder inagotables, sino también de su amorosa solicitud en favor nuestro.

Él hizo á los ricos, y á su lado colocó á los pobres, para que ambos se vieran unidos por la necesidad mutua que tienen unos de otros; los últimos, por necesitar del trabajo, y los primeros porque sin trabajadores perecerían de hambre, á pesar de su riqueza. Dotó á los grandes de influencia y á los pequeños, generalmente, de mayor energía y fuerza de voluntad; los primeros poseen la posición externa y los segundos el poder intelectual. Con todos sus dones, el pequeño no puede adelantar un paso si le falta la protección del poderoso, y, á pesar de su poder, el poderoso no podría dar el tono sin la colaboración de las clases trabajadoras, como ocurre al organista cuando falta á su instrumento el aire y los tubos.

4. Y esta ley rige todos los órdenes de seres creados por Dios; por eso dice Dante: «Las diversas voces dan hermoso sonido. Las diversas categorías y diferentes fuerzas ponen á la confusa muchedumbre en bella *armonía*.»

También el reino de la gracia es un organismo de belleza admirable compuesto de seres diversamente dotados. Si todos sus miembros fueran ojos y corazón, ¿cómo había de producirse un cuerpo vivo y completo? Así resulta que hay varios miembros y un solo cuerpo, diversos dones y un mismo espíritu, varias funciones y un mismo Dios que opera todo en todos, y que produce todos estos dones distribuyéndolos cada uno en particular según su complacencia, su sabiduría y su honor. (I *Cor.*, XII).

Hasta los santos se diferencian entre sí, como el brillante del mármol y una estrella de otra. (I *Cor.*, XV, 41). Pero todos alaban con una sola boca y un solo corazón á Aquel que ha dado á cada cual sus bienes, y todos brillan juntos, cada uno en su lugar, únicamente para honra de su Dios y Creador.

5. En efecto, el orden más hermoso es la variedad en la unidad, y la igualdad más beneficiosa consiste en que cada cual, según su clase y condición, pero lleno siempre de lealtad y celo, trabaje en su misión especial, y con mo-

destia, desinterés y abnegación, contribuya á realizar el fin de la totalidad.

V. Los partidos políticos.—1. La teoría de los partidos políticos según la han explicado Rohmer y Bluntschli no merece el desdén con que la han tratado algunos, por razones fáciles de comprender. Lo único que aminora su valor es que sus inventores llevan demasiado lejos las comparaciones que les sirven de punto de partida. Pero procediendo en esta forma, pueden desnaturalizarse las verdades más justificadas. Como todo el mundo sabe, esto es lo sucedido á la teoría social de Schaffle y de René Worms, cuyas exageraciones han logrado poner en ridículo el hermoso concepto del carácter orgánico del cuerpo social.

2. El radicalismo, si se nos permite la expresión, es el chicuelo, el granujilla, el pilluelo, «muchacho fuerte, sucio y desarrapado de ordinario; atrevido, descarado, sin que nada le desconcierte.»

Suyo es el mundo, porque ahora es él el que lleva la voz cantante, pues si bien ha tenido que esperar mucho, ya está en condiciones de mostrar su poder. Su única ambición consiste demostrar su fuerza; su carácter distintivo es la oposición, el odio á todo lo existente; ansia de renovación, cueste lo que cueste. Quiere pensar por modo diferente en todo y en cada asunto particular; pretende hablar de otro modo y obrar en forma distinta que los demás hombres, sobre todo que los antiguos. Cuando se trata de aprender, y sólo entonces, vuelve á ser el que describe Shakespeare con tanto acierto: «Chicuelo llorón, que con la cartera al cuello y los ojos soñolientos, se dirige á la escuela á paso de caracol.»

En cambio, cuando se trata de despreciar la tradición, la ley y lo antiguo, se presenta hecho un hombre. Destruir y arrasar, he aquí su placer predilecto, á veces por pura petulancia ó sólo por hacer rabiar á los demás. No se digna edificar ó reconstruir, pero no por eso deja de tener multitud de planes de altos vuelos y grandiosos proyec-

tos aéreos. Su petulancia iguala á la confianza que abriga en lo inagotable de los medios y de las fuerzas de que dispone. Tiene una idea exagerada de la capacidad reformadora de las cosas humanas. Si los que están al frente de las mismas no las perfeccionan según él sueña, la culpa está, ó bien en que no entienden nada de lo que traen entre manos, ó bien porque intencionalmente impiden toda reforma y mejora social. Se mofa de los escrupulosos, y sus cualidades esenciales se resumen en alardes de independencia, de glorificación personal, de obstinación, de terquedad y ligereza en el empleo de los medios más peligrosos, de irreflexión en todo lo referente al porvenir. La fuerza mental que más acción ejerce en él, es la fantasía; nunca habla sino en superlativo, ya sea en mal ó en bien, condenando ó prometiendo. La autoridad y la piedad son para él dos términos incomprensibles. Basta recordarle sus obligaciones para enfurecerle; amonestarle para que muestre comedimiento y modestia es el medio más seguro para ponerle en un estado de arrebató tal, que se dé de cabezadas contra las paredes ó se rompa la crisma. Sólo tiene un ideal: pasar la esponja por la historia, hacer del mundo *tabula rasa* y luego planear, con algunos garrapatos atrevidos, todo el edificio de lo por venir. La ejecución, que la realice quien pueda; él entre tanto vuelve á entregarse á sus juegos y placeres de costumbre. De aquí que su dominio dure solamente hasta el momento en que un espíritu superior toma en sus manos la dirección de los asuntos. La encarnación de este carácter es el parisiense moderno; su patrono, Voltaire; su religión, el panteísmo, cuando se las echa de persona distinguida, pero si puede mostrarse tal cual es, el ateísmo.

3. El liberalismo es el muchacho, no el mancebo ó el *juvenis* latino, sino el *adolescens*, el barbilampiño que entra en esa edad crítica en que comienza á desarrollarse la inteligencia; de aquí que sienta continuamente en la frente cierto escozor, que sólo consigue vencer frotándosela en todas partes, como el cabrito presuntuoso cuando llega la

época que apuntan los cuernos. Su fuerza estriba en la inteligencia, y no en la razón, pero en la inteligencia crítica, regañona, disputadora, sin contar con que no puede tener un momento la lengua quieta. Su pasión principal es el orgullo que siente por lo poco que sabe, porque para él todo es nuevo. Un entusiasmo ciego es su estado habitual. Se le alborota la sangre por cualquier pequeñez que pueda interesarle. En cuestiones de honor se muestra intransigente; por la menor palabrilla que juzgue contraria á su honra, es capaz del suicidio. Su amor á la libertad es ilimitado; mientras el pilluelo anhela la libertad exclusivamente para sí, el adolescente trata de conquistarla para el mundo entero, y de imponerla á éste aun á riesgo de ser molesto y de poner en un compromiso á su protegido.

En todo castigado reconoce un perseguido injustamente, que merece todo su apoyo, y cuya liberación considera como la misión de su vida. Aunque no ve, como el pillete, en todo representante de la autoridad un tirano y un usurpador natural, no por eso deja de seguir todos sus pasos con desconfianza, suponiendo siempre abuso de poder dondequiera que éste es ejercido con vigor. Lo único que no puede soportar es la censura, y la palabra de que más abusa significa tolerancia; sólo que no sabe como ejercerla con aquellos que son de opinión distinta de la suya. Es propagandista y fanfarrón por excelencia. Para darse tono emplea expresiones y se atribuye á sí mismo intenciones de tan terrible especie, que horripilan, «del propio modo que los chicos mienten por pura broma.»

Mas no hay que creerle; sólo pretende asustar y darse importancia. Mientras el chicuelo sueña únicamente en el por venir, el adolescente aspira á gozar de lo presente. Si cae en manos de un seductor hábil, que le coja por la palabra, ó, como suele decirse, por el puntillo de honor, se precipita ciego á la muerte, de miedo á que puedan decir que no tuvo valor para convertir sus palabras en obras. Muestra escaso talento de organizador y poca fuerza inventiva; pero, en cambio, gran habilidad en destruir. Sólo

cuando se trata de su objetivo final, esto es, de la dominación, despliega mucha inteligencia, mejor dicho, mucho instinto para todo lo útil y conveniente. No es escrupuloso en la elección de los medios para conseguir lo que le conviene, y muestra además gran habilidad para hacer trabajar, ahorrar y pagar á otros—singularmente á sus padres—en provecho de él, lo mismo que para saber emplear luego la herencia recibida. Mas también sabe conservar las apariencias, con la destreza del orgulloso que sólo puede disponer de escasos medios. De todos los trabajos prefiere siempre los que pueden darle brillo y producirle honores. En la conversación y modo de presentarse sabe darse gran importancia; mas no se necesita mucho tiempo para descubrir que el fondo no corresponde á la forma. El éxito le es tan necesario como el aire que respira, y si ve que las cosas se le tuercen, al momento descubre el provecho que pueden reportarle. Nada le cuesta cambiar de opinión, y es maestro en el arte de girar según sopla el viento, y de ocultar sus verdaderas intenciones con hermosas palabras. Mas no obstante variar de colores como el camaleón, su interior sigue siendo siempre lo que fué. Lessing es su héroe, y la encarnación de su esencia, el berlinés, sobre todo el hidalgué; su religión, el protestantismo en la forma del más árido racionalismo, ó el budismo, principalmente en su forma china.

4. El espíritu conservador es el del hombre; en él predominan la razón y la voluntad. El mosto espumoso de la juventud se ha clarificado convirtiéndose en vino áspero y puro, que no posee nada de lo que puede agradar al paladar delicado. Al probarlo por primera vez, llega á producir un ligero desengaño, pero una vez acostumbrado uno á su sabor, lo prefiere á todos. El hombre empieza por calcular y pesar las cosas; su juicio sobre lo existente se rige por la balanza de precisión; de ahí su reflexión y su prudencia. Antes de introducir una reforma ó una innovación, calcula con exactitud sus fuerzas, las garantías de éxito y la proporción de los medios con el fin. Para ello se vale del

álgebra corriente, porque no se fía mucho de las grandes artes del cálculo de probabilidades. En consecuencia, el sentimiento histórico y tradicional se desarrolla cada día más, y su experiencia le afirma más en sus convicciones, por lo que prefiere á la transformación de las cosas la conservación de las mismas. Cuanto más envejece, más placer experimenta en contemplar lo pasado. Á su amor por todo lo que ha recibido en herencia, se une el anhelo de dejar á la generación futura algo bueno heredado de él. Es partidario acérrimo del derecho y de la autoridad. El sentimiento de justicia se convierte en él en una especie de pasión; es jurisconsulto por naturaleza, pero mal político en el sentido corriente de la palabra. El orden y la regularidad es lo primero que exige en todo. Juzga á cada uno según el sentimiento de justicia que le anima; no se perdona á sí mismo ni á los demás la informalidad y la infidelidad á los compromisos contraídos; su palabra es para él todo el hombre. Cifra su vida entera en el trabajo, pero especialmente en la empresa de conservar, afirmar, ordenar y enmendar lo existente. Poco á poco este espíritu de conservación y embellecimiento degenera en él en culto, y aun á veces—no es posible negarlo—en un afecto casi enfermizo. Ya no recuerda ni comprende la afición del chicleo á destruir, ni la pasión del adolescente por las luchas que han sido substituídas en él por el sosiego y el afán de concordia. Sólo obligado por la necesidad, cuando ha sido hollado alguno de sus principios ó de sus sentimientos, se apresta á su defensa, pero sin obstinación. Aristóteles, el hombre de la circunspección, es su filósofo, pues éste sólo toleró una variación en las leyes y disposiciones establecidas, y esto por razones de gran importancia; su modelo es el romano antiguo, y su religión, el catolicismo.

VI. Los dos caminos lógicos de la vida.—1. El Señor ha dicho, como todos sabemos: «Nadie puede servir á dos señores.» (*Mat.*, VI, 24).

Estas palabras producirán tremendos desengaños en esas personas comodonas é incompletas, que se pasan la vida

sin saber para qué nacieron; en esos amigos de todo el mundo, que, faltos de principios y de ideas, están á bien con todo, con lo bueno y con lo malo, con lo frío y lo caliente, con Dios y con el mundo, según lo exija la opinión pública ó la ocasión, en tanto que dejan el arreglo final de cuentas, que probablemente consideran imposible, á la buena de Dios, á la misericordia divina, al tiempo ó para la hora de la muerte.

Éstos, acaso hallen alguna vez cierta disculpa en el triste pretexto de que no consideraron las cosas desde este punto de vista.

2. Pero deseamos saber cómo defenderán su causa ante el tribunal de Dios aquellos que, por principio, sirven á dos señores, y dos señores eternamente irreconciliables como Dios y Belial.

¿Y qué otra cosa hacen los que se empeñan en convencerse á sí mismos y convencer á otros de que es posible conciliar el cristianismo con las llamadas ideas modernas, siempre que se sepa ceder un poco de las máximas cristianas sobre la fe y la vida y no se tomen éstas al pie de la letra?

¿Qué otra cosa hacen los que, por lo contrario, dividen lo que Dios ha unido para repartirlo entre varios amos; ó, en otros términos, los que sostienen que la religión es asunto privado, trabajando con afán en hacer que el Estado y el matrimonio, la escuela y la ciencia, la legislación y la vida pública, sean extraños y aun hostiles á Dios y á la Revelación, lo mismo que los que colocan al hombre, al cristiano y al ciudadano en mundos completamente separados, así como los que contribuyen á establecer un antagonismo entre la fe y la razón, la Iglesia y el mundo, la moral y el arte, la religión y la política, hasta el extremo de convertirlos en enemigos irreconciliables?

3. Este sistema, que se presenta tan mezquino en sus deberes para con Dios, como generoso en sus propios derechos—por eso se llama liberalismo,—este sistema que divide al hombre en dos mitades y dedica cada una á un señor distinto, es la realización más completa del refrán malicio-

so italiano: «El que no quiera servir á un amo tendrá que servir á dos.» De todos modos trata de arrancar al hombre del dominio de Dios, porque el Señor no comparte nada con el mundo. Al que no está con él en todo y por todo le considera su adversario. (*Luc.*, II, 23).

4. Por eso hay sólo dos direcciones consecuentes en la vida. Una de ellas es la radical, el ateísmo, la impiedad absoluta que proclama al hombre su propio dueño y legislador y guerra á muerte á toda influencia divina sobre la vida y, en general, á todo lo sobrenatural.

La otra es la que cree en la unión entre el cielo y la tierra, entre lo natural y lo sobrenatural, la que sigue en todas las cosas terrenas ó espirituales, en la casa, en la escuela, en la política, en la Iglesia, en la fe, en la oración y en la obra, el mandato del Señor: «Amar á Dios de todo corazón y buscar primeramente el reino de Dios y de su justicia.»

5. Inútil investigar cuál de estas tendencias es la verdad. El Eterno, el que es la Verdad misma, es el que ha dicho: «Mío es el cielo y mía la tierra.»

VII. Parlamentos y parlamentarismo.—1. ¿De qué proviene que á los modernos partidos políticos les falte tan á menudo y en absoluto el golpe de vista político y á veces hasta el sentido del bien y del honor del Estado?

Hallamos la contestación estudiando un poco la diferencia entre los Parlamentos de antaño y el parlamentarismo moderno, ó mejor aún, entre las fracciones actuales y los partidos históricos de Inglaterra. Decimos los *partidos antiguos*, porque hoy en día se han reducido también éstos á los acostumbrados conservadores y liberales.

Antiguamente, según que gobernasen *tories* ó *whigs*, así variaban los principios de gobierno; pero los conceptos políticos grandiosos y espléndidos eran tan comunes á uno como otro partido, y á ambos pertenece la gloria de haber dado al Estado hombres importantes y de haberse señalado por actos que fomentaban la vida nacional, aunque no siempre podamos aprobarlos sin restricciones. Y es que

eran realmente partidos políticos, es decir, que buscaban el bien común de la patria, tal cual lo entendían.

En cambio, los partidos modernos, por lo general, se proponen intereses muy distintos del bienestar general. El único fin trascendental que persiguen consiste en privar á la religión de su influjo sobre la vida pública. El Estado es para ellos un medio para la consecución de sus fines particulares. Si ambicionan el poder, no es nunca con el fin de fomentar el bien general del país, sino únicamente para realizar más fácilmente sus miras privadas y sus intereses mezquinos.

Los partidos conservadores, únicos que saben apreciar el interés general, se ven empujados á esta funesta vía con gran dolor de su corazón y en justa y legítima defensa. Una prueba de que tienen miras políticas sanas, es el que no se acomoden á esta situación y que se les oiga lamentarse con tanta frecuencia de que entre los mayores males políticos de nuestra época, figura en primer término el parlamentarismo.

VIII. La cuestión de vida ó muerte para la nobleza.—La nobleza atraviesa actualmente una situación difícil. La envidia la persigue por todas partes, y esto por su propia culpa, principalmente por dilapidar frívolamente el tiempo y el dinero, por su ostentación escandalosa, por sus placeres desmedidos y su horror al trabajo, sobre todo al trabajo que le corresponde, esto es, al de utilidad general y social. Por ello ha de soportar las palabras del poeta: «Á la nada se reduce su vida, y faltos de corazón son sus anhelos.»

Con lo cual no sólo se ha perjudicado á sí misma, sino que también ha contribuído mucho á la actual situación social que amenaza devorarla en primer término.

No hay duda alguna que si la nobleza sigue por el mismo camino, se verá perdida en cuanto estalle la tormenta que nos amaga. Si comprende su época y su situación, aprenderá por de pronto á vivir para el bien de la comunidad, y no á costa de la sociedad, así como á dar al

mundo ejemplos de dominio de sí misma, de abnegación y actividad útil á la sociedad. También aquí debe repetirse el antiguo axioma: «Quema lo que has adorado, y adora lo que has odiado.»

IX. La ciencia y la vida pública.—1. Las personas que descuellan en la vida pública suelen tratar muy desdenosamente, no sólo la ciencia, sino principalmente la teología diciendo: «Dejemos á los sabios y á los eclesiásticos las ideas que hayan podido ocurrírseles á la luz del quinqué ó sobre el reclinatorio; son personas que están muy bien en su gabinete ó en el confesonario, pero no comprenden nada de la realidad.»

2. ¡Error funesto, que hubo de experimentar en su día y con gran perjuicio suyo Napoleón I! Creyó éste poder castigar con el desprecio las palabras del architeólogo alemán Fichte, y bastaron cinco años para que la tormenta que habían desencadenado aniquilaran al coloso francés.

3. Pues bien, cuando las palabras de un solo sabio encerrado en su cuarto de estudio consiguieron influir de un modo tan decisivo en la vida política, fácilmente se comprende el influjo poderoso que ejercerán las teorías filosófico-sociales en el terreno de los hechos.

4. Por ejemplo, es una cuestión puramente teórica, como suele decirse, preguntarse si existe un derecho natural, cómo debe fundamentarse y explicarse éste, y qué exigencias entraña. Sin embargo, nadie negará el extraordinario valor é importancia que tiene para la vida práctica.

Aquel mismo mundo, que en otro tiempo y bajo la influencia de Hugo Grocio, trataba de hacer derivar aun el derecho eclesiástico del derecho natural, no admite ya siquiera el citado término y cree podérselas arreglar con leyes, castigos y violencias, tranquilizándose con la máxima de Domiciano: «Poco importa que los hombres piensen lo que quieran, con tal que el miedo les haga bajar la cabeza.»

La consecuencia de este procedimiento es fácil de establecer: como los pueblos no quieren ya inclinarse, los me-

dios de violencia han sido llevados al extremo, y por modo tal, que no pueden ser ya superadas.

¿No sería preferible que en lugar de ellos volviera á convencerse á la humanidad de que el hombre, por naturaleza, es decir, por razón y conciencia, está obligado á obedecer, no porque la fuerza bruta le imponga esto ó aquello, sino porque las leyes todas emanan de una ley natural, general é invariable?

Pero ¿qué derecho natural es ese?

5. Hugo Grocio también aceptó una ley natural, pero la interpretó como si tuviera su único y verdadero fundamento en la naturaleza humana. «Por esto—decía—no debe ni puede preguntarse nunca por qué esta ley es justa y aquélla injusta. La contestación sólo podría ser ésta: Únicamente porque así está en nuestra naturaleza; así, pues, deben someterse todos sin protesta, ya que ni Dios mismo tiene poder para oponerse.»

Lo mismo dan á entender las invocaciones de Rousseau, Goethe y Schiller á la sana y hermosa naturaleza. Bajo apariencias humanitarias, en realidad materialistas, fundamentan el derecho y la moral en la naturaleza humana en abstracto, ó como diría Eduardo de Hartmann, «en lo inconsciente.»

6. Frente á estos errores, se alza el antiguo concepto del derecho, tan admirablemente expuesto por Cicerón, según el cual, sobre todos los derechos y las obras humanas, se cierne una ley eterna, santa y divina, que se nos manifiesta, por medio de nuestra naturaleza racional, como ley natural, pero que no es otra cosa sino la voluntad de Dios impresa en nuestra razón y en nuestra conciencia. En ella descansa la fuerza obligatoria de todas las leyes. La ley humana debe concordar con los principios fundamentales de la ley natural, y ésta á su vez está basada en la ley divina. De este modo vuelven, por último, todas las leyes á la voluntad de Dios, con lo cual obligan al hombre racional por su conciencia, y el justo las cumple sin necesidad de castigo ó de violencia.

Así pensaron los más excelsos paganos y claro está que la escuela jurídica cristiana hubo de darles la razón.

7. Desde el punto de vista práctico, ¿cuál de ambos sistemas ha de seguir el hombre? ¿Pueden considerarse vanas estas cuestiones, sólo propias de la cátedra, é inútiles para la vida?

Nosotros creemos que importa mucho, muchísimo, que cada cual tenga noción exacta de todo lo referente á la vida pública.

8. Pongamos un ejemplo:

El egoísmo es indudablemente un vicio perjudicial al bien público. «Peste fatal al alma como al mundo; el aliento de su boca quema como el granizo ó el fuego; el corazón se estremece y la alegría huye de la fiesta en cuanto él pone sobre ellos su mano helada.»

Ahora bien, si Hugo Grocio tiene razón, ¿quién nos da derecho á censurar al egoísta, al avaro, al dominante, al crapuloso? Ninguno de ellos halla en su propia naturaleza el impulso de hacerse útil, pero sí el instinto de satisfacer sus concupiscencias y de explotar á los demás. ¿Quién ha de atreverse á corregir este estado de cosas? La naturaleza los impele al mal; por eso tienen razón; por eso «es derecho cuanto es y cuanto sucede,» como dice Hegel.

Á esto se me objetará que por un egoísta no va á trastornarse todo el bienestar público.

Concedido; pero ¿y si son muchos los que piensan así? Entonces se realizará lo que dice Humbert: «No sólo á mí me engañó la obstinación, pues muchos fueron los que arrastró á su desgracia.»

Y ¿qué ocurrirá si transmiten esta opinión á la vida común y á la sociedad entera? Entonces, el individualismo atomístico, ó ese liberalismo que desde Adam Smith impugna toda la economía social y nuestra política actual desde la revolución francesa, se erigirán en ley social. ¿Y todo esto no ha de ejercer influjo alguno sobre la vida pública?

9. He aquí otro ejemplo. Afirma Kant que en la

vida externa, en el mundo de los fenómenos naturales, hay que guiarse forzosamente por las costumbres establecidas en la moral, en el derecho y en el trato con los hombres; pero que, en lo referente al propio modo de pensar y obrar, sólo es decisiva la opinión personal y la voluntad propia.

Contra esto no hay réplica posible, si la naturaleza es el único fundamento del derecho y de la verdad.

Mas con esto aseguramos el triunfo á ese racionalismo soberbio, que Kant y Fichte han sabido introducir en los llamados círculos ilustrados con el nombre de autonomía, esto es, de legislación personal, y justificamos esa idolatría personal que hace decir á Nietzsche: «El hombre que pertenece al vulgar rebaño humano puede hablar de ley; pero el hombre verdaderamente noble, el *superhomo*, sabe mantenerse alejado de toda idea de deber y humanidad.» Entonces aparecerá realizada esa moderna soberanía del individuo en la que cada cual llama justo y verdadero lo que le parece, pero bajo cuyo dominio acabará por convertirse en ruinas la humanidad entera.

10. ¡Qué diferencia, si la teoría de Cicerón da el tono! No se invoca ya, con el liberalismo y el materialismo, las supuestas leyes económicas, los derechos propios y los postulados científicos de la naturaleza.

En las cuestiones sociales, decidirá entonces aquella voluntad divina que anuncia la ley por medio de la razón y de la conciencia, para que todos, con su persona ó con sus bienes, sean útiles á la comunidad.

Entonces, en lugar del liberalismo individualista y sus teorías favoritas sobre la competencia libre, se establecerá la ley de la reciprocidad, de la cooperación y de la solidaridad.

Entonces, lo mismo en filosofía que en moral y en derecho, sólo será verdadero y permitido, no lo que parece bien al individuo, sino lo que concuerda con la voluntad de Dios.

Y entonces una misma ley para el pensamiento, la voluntad y la acción ligará á todo el mundo; los espíritus

cuyos esfuerzos aislados nada consiguen, volverán á estar acordes, y la sociedad, no sólo se mostrará unida exteriormente por las mismas leyes y costumbres, sino también en su interior por idénticas convicciones.

11. No hay duda, pues, de que las concepciones de los hombres representan un gran papel, en bien ó en mal, en la vida pública, según que sean falsas ó verdaderas, religiosas ó antirreligiosas.

X. El orgullo y la vida pública.—1. Esos sabios que en materia de derecho no conceden intervención alguna á la moral ni á la religión, esos estadistas que no saben mostrar nunca bastante desprecio contra lo que ellos llaman la doctrina social *teologizante*, demuestran únicamente que no les interesa el hombre real, el hombre que piensa, que siente, ó, mejor dicho, que vive.

De ahí que deban achacarse á sí mismos el que la gente se acostumbre á considerar el derecho como una vana emanación del despotismo y de la violencia, y, por lo tanto, como enemigo del hombre. Mas también deben confesar que esto es una gran calamidad, pues «el derecho no debe convertirse en instrumento de tortura, ni tampoco en un espantajo; de lo contrario, no tardarían los gorriones en cantar tranquilamente encima de él, y los pueblos se apresurarían á romper los lazos que los unen.»

2. ¿Cómo es posible que no comprendan que esto es inevitable si se separan el derecho y la moral?

Ellos, claro está, se sonríen cuando se les dice que una comunidad organizada no puede existir entre hombres que «arrobados por su propia melodía, como por el canto de Orfeo, únicamente cantan solos, nunca en coro, porque únicamente cantan sus propias obras.»

También se encogen de hombros con lástima cuando Schiller hace decir á su gran maestre: «La víbora que envenena el corazón, la discordia que sólo produce ruinas; he ahí el espíritu rebelde que se levanta soberbio contra la disciplina y desgarrá el santo lazo del orden; él solo es el que destruye al mundo.»

¡Cómo si no hubiera medio—contestan—de domar á los rebeldes! ¡Cómo si no pudiera asegurarse la moralidad de los hombres por la fuerza del derecho!

3. Pero permítanme esos excelsos señores que les diga que semejante procedimiento produce forzosamente un Estado de esclavos, y aun éste es sólo posible mientras el orgullo y la rebeldía no se conviertan en regla general.

Detengámonos aquí un momento, y reflexionemos formalmente sobre si la inmoralidad de la soberbia ó la moralidad de la obediencia significan poco ó mucho en la vida pública.

4. El orgulloso no quiere juntarse con los otros, ni someterse á un superior; tampoco se aviene á supeditar los propios intereses á los fines comunes y al bien general.

Sabido es que el egoísta, con su constante crítica, no sabe más que socavar la autoridad y las leyes, debilitar la confianza y aumentar la confusión general; rechaza todo empleo, no toma parte en ningún consejo ni obra común, por no ver turbado su sosiego, pero, en cambio, no hace caso alguno de las disposiciones de los demás, ni tarda en quejarse de que no cuenten con él para nada.

¿No ha de reportar esto perjuicios á la sociedad? Hesiodo, más prudente, dice: «Con ligereza falta el hombre en su embriaguez petulante, pero con harta frecuencia se ve obligada la sociedad á sufrir el castigo que corresponde al individuo.»

5. Suele decirse que tal persona es, en sí misma, excelente, pero que no vale para vivir en una comunidad religiosa porque carece de vocación. Esto quiere dar á entender únicamente que no sabe amoldarse á los demás, que no quiere sacrificar á los fines de la comunidad sus devociones y ocupaciones favoritas, que no se decide á renunciar en favor del bien común á la propia obra buena, ni á callar por amor á la paz, aun cediendo de su derecho. No aseguramos que sea esta siempre la única razón; á veces procede también de poquedad intelectual, pero, por lo general, tiene su origen en el egoísmo.

Si esto ocurre en la vida espiritual, ¡cuánto desinterés, abnegación, completa renuncia de la propia honra, del sosiego y comodidad, esto es, de la virtud sólida, patriótica y social, no necesitará la vida pública en medio del mundo, donde las cargas y los sacrificios son por lo general mucho mayores, y el convencimiento de sacrificarse por fines santos no facilita la violencia de uno mismo, para que las leyes puedan ser soportables y obrar de un modo beneficioso!

6. Sin virtudes sociales, la vida común resulta ó hipocresía ó violencia; pero sin abnegación y renuncia de uno mismo, sin humildad, sin espíritu de sacrificio, las virtudes sociales son imposibles.

XI. «La religión, asunto privado.»—1. Nuestros estadistas y catedráticos de derecho político afirman que la religión es tolerable como asunto particular, pero que no se le debe conceder influencia alguna en la vida pública. La sociedad como conjunto no está, según ellos, sometida á ninguna ley divina, á la que individualmente puede supeditarse el que quiera, sino que es independiente en todo, y está fuera del alcance y aun por encima de toda religión. La idea de que el poder legislativo del Estado procede de un poder más elevado que él paréceles altamente ofensiva para el Estado, pues equivale á colocarle al mismo nivel que un convento y poner en duda su autoridad para el mantenimiento del orden.

2. Que se expresen así los enemigos del orden social, que los anarquistas denominen á la religión «cuestión privada,» tiene su perfecta razón de ser, pues saben que todavía han de contar por ahora con el espíritu cristiano de los pueblos. Por eso, con astucia habilísima, fingen respetar las convicciones personales del individuo y se declaran, por de pronto y en apariencia, partidarios de la tolerancia para con las prácticas religiosas particulares, es decir, para las que se ejecuten silenciosamente y en secreto. Pero, en cambio, niegan á la religión el derecho de intervenir en cuestiones de legislación y de vida pública; harto sa-

ben ellos que es este el medio más seguro de privar al orden público de lo único que garantiza su existencia. El que así lo hayan comprendido, hace gran honor á su penetración y á su talento político.

3. Por eso mismo es tan incomprensible la ceguera y ofuscación de nuestros estadistas que parecen facilitarles la tarea. Involuntariamente se nos viene á la memoria nuestra actual situación pública cada vez que leemos en Esquilo: «Así va criándose en la casa el leoncillo, arrancado al amor de su madre, fierecilla sedienta de leche. Mansa al comenzar la vida, acariciada por los niños y mimada por los mayores, se reclina blandamente en el regazo como un infante y lame contenta la mano que sacia su hambre con abundante alimento. Pero una vez fuerte y robusta, descubre de pronto la verdadera naturaleza de su sangre y agradece los fieles cuidados de sus amos arrojándose con saña feroz y sanguinaria sobre el rebaño de cerdos que desgarran hasta teñir de sangre las paredes de la casa que la cobija.»

4. El socialismo, educado por el liberalismo, ha tomado de éste, entre otras muchas cosas, la teoría de que la religión es cuestión particular.

El liberalismo sacó de dicha presunción la consecuencia de que sólo el Estado tiene el derecho de dar disposiciones y leyes relativas á la vida pública, sin tener en cuenta las enseñanzas de la fe, ni cuidarse de invocar la conciencia ni la religión, pues, para él, existe una sola conciencia pública: la ley del Estado.

Al socialismo le vino de perlas dicha teoría, porque privaba á la sociedad del apoyo que dispensan la religión y la conciencia á sus leyes y disposiciones. He aquí el motivo de que no se canse de predicarla continuamente, pues sabe muy bien que tiene la partida ganada en cuanto ésta haya producido sus efectos.

5. Nuestros políticos y nuestros jurisconsultos siguen, no obstante, tan tranquilos en su tarea de prepararles el terreno.

¿Y no merecía esta gente—que, en situación tan grave como la actual, se atreven á tratar con tanta ligereza cuestiones de semejante trascendencia,—que recayeran sobre ellos, en primer término, las palabras de Séneca: «El maestro paga antes que nadie las faltas de su enseñanza?»

Sólo podrá decirse en su disculpa, con Esquilo: «La cólera divina envió como castigo sacerdotes de maldición.»

Sólo así se explica tan extraño modo de proceder. ¿Qué hombre perspicaz ignorará la realidad de las cosas actuales? ¿Transcurre por ventura un solo día sin que el Estado no sea castigado por su orgullosa pretensión de que puede pasar perfectamente sin religión? Ya puede publicar leyes, multiplicar los funcionarios y agentes de policía y disponer de todo un ejército en pie de guerra; no por eso impedirá que el primer mozuelo recién salido de la escuela cometa asesinatos y robos, imagine atentados y, riendo sarcásticamente, se libre de su poder pegándose un tiro. Todas sus precauciones no evitarán que la situación pública vaya asemejándose cada día más á la descrita por el poeta: «Veo acercarse cosas que claman por sí mismas por modo tan horroroso, que los muertos saldrán de sus tumbas y el mundo entero se convertirá en un solo campo de batalla.» (*Rob. Prutz*).

¿No sería más firme el derecho, no estaría más seguro el Estado, si los hombres no creyeran sólo personalmente en un Dios justiciero y en la inmortalidad del alma, sino que todos se convencieran de que el mismo Dios que manda en la conciencia individual gobierna también, como Señor y Legislador supremo, la vida pública, y ha de juzgar la transgresión de las leyes terrenas, siempre que éstas estén acordes con las suyas, con la misma severidad con que juzga el pecado secreto del particular contra uno de los diez mandamientos?

XII. Bacteriología política.—1. Si las circunstancias actuales no fueran tan tristes y lastimosas, provocarían á la risa los gestos y explosiones de asombro con que algunos las contemplan.

«¡Por Dios!—dicen los maestros—¿cómo es posible que de la noche á la mañana y por modo tan inesperado haya venido ese cierzo del socialismo, ese espíritu revolucionario, á destruir el hermoso paraíso del progreso moderno? ¡Un millón al médico que nos libre de semejante plaga! ¡Para qué queremos todos esos adelantos de la ciencia, esa policía, esos ejércitos gigantescos de mar y tierra si no saben librarnos de semejante pesadilla?»

Pues bien, para conseguirlo, no tenemos necesidad ni de pueblos en armas, ni de máquinas segadoras de hombres, sino de medios más sencillos.

2. Bastaría devolver toda su libertad á los poderes conservadores, y, en primer lugar, á la Iglesia, pero sin desconfianza, sin doblez, sin tutela y sin leyes excepcionales, con facultad para obrar según sus principios, sin restricción alguna, y reconociéndolos como aliados de igual categoría que el poder oficial; entonces se vería si tienen fuerza suficiente para prestar apoyo y ayuda eficaz en situación tan comprometida.

3. Luego, habría que investigar el origen del mal y cegarlo para siempre. En este punto, los directores de la cosa pública son tan indulgentes como los demás hombres en cuestiones de higiene, pues sabido es que los más ilustrados tienen el privilegio de cometer las mayores locuras. Primero se crían las bacterias artificialmente por millones, y luego se exige al médico que las haga desaparecer del mundo, de golpe y porrazo, como por arte de magia.

Lo mismo ocurre en la cuestión que nos ocupa. ¿Es por ventura el socialismo algún meteoro caído del cielo? ¿No hace ya tiempo que millares de bocas dieron la voz de alarma señalando los gérmenes de donde debía desenvolverse naturalmente dicha enfermedad?

Por desgracia, todo fué en vano. Se cultivaron las teorías del liberalismo, las llamadas ideas modernas, las libertades ofusadoras del entendimiento y del corazón, la explotación de los pobres por los ricos, el desenfreno, la sensualidad, el desprecio de la autoridad y de la ley, de

la fe y la obediencia, el alarde de la propia fuerza y de la glorificación personal, y todo con el mismo esmero que si se tratara de trufas y setas. Esto y otras muchas cosas son las bacterias de que hablamos; ellas han originado los peligros de los cuales puede decirse hoy en día: «El terror no se harta de mirarlos.»

Lo cual expresa Sófocles de un modo admirable en las siguientes palabras: «Un Estado, en el cual todos piensan y obran según su capricho, aunque navegue viento en popa, no tardará en hundirse en el abismo. Por eso es tan conveniente el miedo. Que nadie se figure que haciendo lo que queremos, lo que se nos antoja, evitaremos el castigo, pues éste pasa silencioso de uno á otro.

4. Ó nos permitís poner la mano en ese foco de infección, y nos ayudáis formalmente á sanearlo, ó no hay salvación posible. Si queréis curaros del socialismo, acabad primero con el liberalismo y las ideas modernas. Aquí sólo cabe repetir con Hebbel: «No os quejéis si perecéis en la miseria en que os sumisteis vosotros mismos, por haber despreciado los medios que se os ofrecían; tomad, pues, la decisión de levantaros y de salir de ella.»

XIII. Homo homini Deus.—Hace tiempo que el mundo compareció ante el trono de Dios y le dijo: «Nos bastamos á nosotros mismos, somos nuestro propio Dios, ya no queremos servirte.»

—¿Todos dioses?—contestó el Señor.—¡Imposible! Pero ya que os empeñáis, que uno por cada mil sea dios para sus iguales.

¿Cómo podíais cantar antes, cual si vivierais aún bajo el antiguo derecho: «¡El Dios que creó el hierro no quiere esclavos?»

No fuisteis hechos esclavos, sino hijos de Dios; vosotros mismos elegisteis la esclavitud; el servicio de Dios era más suave.

Ahora sacudid las cadenas, injuriad á los tiranos, preparad para la revolución un ejército de fieros guerreros; lo mismo seguiréis siendo esclavos, aunque soñéis ahora con

las venturas de un paraíso. Para alcanzar la libertad, sólo tenéis un camino: volver al servicio del Señor.

XIV. Causa y remedio de los males públicos.—1.

De repente se despierta en el mundo el anhelo de mejora y corrección; unánime es la voz que grita con afán: sin moralidad sana y fuerte, pereceremos.

El mal debe producir estragos espantosos, cuando al mismo tiempo y en todos los países del mundo civilizado se reúnen en congreso los hombres más liberales para lanzar este grito, y emperadores y ministros republicanos discurren medidas generales con que poner un dique á tan gran calamidad.

2. Sólo hay un poder que no necesita dejar oír su voz en el concierto general, pues desde hace mucho tiempo es la voz que predica en desierto: la Iglesia. Ahora al menos tiene la satisfacción de que sus desdeñadas amonestaciones hayan encontrado eco y de que la sociedad deba confesarse á sí misma: «El tiempo está enfermo y nosotros tan enfermos como él.» (*Roberto Prutz*).

3. Sin embargo, de poco servirá que el mundo se deshaga en lamentaciones, si no emplea medios enérgicos para combatir el mal.

Ante todo debe preguntarse cómo ha podido llegar hasta ese punto. Más aún: ¿Cómo no había de llegar si se gobernaba, ó mejor dicho, se desgobernaba á la sociedad con los principios proclamados hasta ahora?

4. El mal que ahora hace irrupción es un mal muy antiguo; no hay nadie que no lo conozca. Sin embargo, origina el recelo de si lo conoceremos en toda su extensión, y sobre todo de si abarcamos toda su naturaleza y su origen, lamentándonos continuamente con el poeta: «El nuevo espíritu, como una sombra errante, recorre el mundo y turba con sus porrazos terroríficos el dulce sosiego de los mortales.» (*Roberto Prutz*).

¿Espíritu nuevo, decís? Eso no es exacto, eso es falso; ya hace medio siglo que cantaba Freiligrath: «Hace tiempo que olvidamos el postrarnos de hinojos y el rezar; hoy

sólo se levantan los puños; ya no se cruzan las manos.»

Siglos ha que se lamentaba Corneille: «La palabra libertad sólo sirve para deslumbrar.»

Y en la Edad Media tronaba el Dante: «Leyes hay, pero ¿quién las cumple?»

5. En efecto, el tiempo está enfermo, gravemente enfermo, moribundo; le han inficionado las ideas modernas, aunque éstas no ofrecen novedad alguna.

Desde el tiempo de Kant, no cesa de gritarse: «El hombre es libre, es su propio dueño.» Y como el hombre, la humanidad y todo cuanto existe en la tierra. Libre y señor absoluto de sí mismo es el Estado; por lo tanto, no puede reconocer poder supremo sobre sí. Libre es la política y el derecho, pues sólo tienen por móvil la utilidad y la conveniencia; pretender sujetarlos á la religión y á la moral, sería rebajarlos. Libre é independiente es también la ciencia; exigirle que tenga en cuenta la fe y la Revelación, es condenarla al tormento. Libre é independiente es el arte, pues no puede ser encadenado á la estrecha gazoña que imponen las abuelas y las monjas á los pequeños. Libre la prensa, libre la escena y libre toda manifestación de la opinión; el avance del tiempo no tolera ya prescripciones ni inquisiciones. Libre la moral, pues sólo una moralidad que haya sabido desprenderse de los andadores del temor de Dios y de los móviles religiosos es digna de una cultura que ha alcanzado su virilidad.

Tales son los antiguos principios modernos. Con ellos hemos adelantado tanto, que los emperadores se ven impulsados á ordenar por decreto la conservación de la fe y de la moral, y han obligado á congregarse públicamente á los pueblos para discurrir medios y caminos con que atajar las influencias perniciosas del desenfreno y de la rebeldía que emanan del teatro, de la prensa y del arte.

6. ¡Ojalá fuera tan fácil conseguirlo como desearlo y mandarlo! Rápidamente se abren las esclusas, pero ¿quién vuelve luego á cerrarlas y á compensar los estragos que han causado? Sin embargo, habría remedio aún, si el mun-

do se lo propusiera formalmente, y quisiera emplear en la curación de sus males, los medios adecuados y en la forma debida.

7. Todo nuestro mal consiste en la falsa interpretación de la libertad. Dejamos rienda suelta al error, porque no podemos sufrir yugo alguno. Rechazamos toda disciplina contra el mal, por lo que, naturalmente, nos sentimos privados de valor como de fuerzas para ejercerla contra la perversidad que nos rodea. El mundo entero vive, pues, de conformidad con la máxima del poeta americano, aunque éste sólo la aplica á los genios y á los corazones amantes:

«Nosotros somos nuestra propia ley, y, extraños á todo deber, ni nos refrena ni nos espanta la ley fantástica de la tierra.» (*Stoddard*).

De ahí que tanto la perdición de las almas como la disolución de la sociedad procedan de la pecaminosa glorificación personal y de la falsa libertad. El Estado, el derecho, el arte, la vida social, todo, todo ha sacudido el yugo de la moral y de la religiosidad; la moral se ha separado de la religión, el arte de la fe y todos se han declarado independientes de Dios. «El tiempo anhela libertad, y todo poder, por suave que sea, aunque haya bajado del cielo y gobierne y guie en el reino libre del espíritu, es odiado en todas partes donde se presente.» (*Tégnér*).

De este modo queda circunscrito á sí mismo todo poder y todas las cosas, y nadie se siente capaz de dominar el mundo. Justo es, pues, que quien olvida sus deberes para con los poderes superiores pierda también su dominio sobre los inferiores; y justo es también que se rebelen contra él las fuerzas subalternas, que estaría en su mano dominar, si se apoyara en el origen de su poder. Justo es, en fin, y completamente merecido, que lo rechacen lejos de sí, como Dalila al Sansón y perjuro abandonado de Dios.

8. La sociedad se parece en su desamparo al citado héroe caído de Israel, pues ciego y cargado de cadenas, fué sentenciado á dar vueltas al molino y á llevar una vida indigna, ejerciendo de cantante de feria y de bufón.

Sansón llevó su miseria en espíritu de penitencia y tornó á Dios, por lo cual el Señor le devolvió las perdidas fuerzas. La sociedad actual se encorva y se retuerce gi-
miendo entre las cadenas que se ha forjado ella misma, porque carece de fuerza moral suficiente para romperlas, viéndose obligada á soportar la burla de hombres como Guillermo Jordán, cuando le dicen: «En secreto son muchos los que rechinan los dientes, mientras descansan las manos en el regazo; pero la mayoría ¡ay! la mayoría bosteza porque está cansada y no reflexiona.»

XV. Medio para permanecer fiel á los principios políticos.—1. Niebuhr fué un hombre que encarnó indudablemente el sentido del derecho histórico y del orden social. Á la historia consagró su vida entera, y el odio que sentía por el despotismo y la revolución tomó en él un carácter morboso, pues hasta se dice que el terror que le produjo la victoria de la revolución de Julio le costó la vida. Aborrecía las sociedades secretas y aun los círculos políticos, que consideraba como un peligro para el mantenimiento de la tradición. Con verdadera amargura de su corazón vió caer y desaparecer, una tras otra, las costumbres y las instituciones antiguas. El afán del siglo por destruir todo lo pasado, producíale tal terror que consideraba como inevitable la invasión de una nueva barbarie.

2. Pues bien, este mismo Niebuhr escribió en 1814 un folleto titulado *Derechos de Prusia contra la corte sajona*, en el cual aconsejaba á la primera, con la mayor sencillez, que procediera rápidamente á la anexión de Sajonia; y para justificarla, exponía unas razones que echaban por tierra en absoluto todos sus principios favoritos.

De aquel derecho histórico, cuya estricta observancia fué el objeto de su solicitud y de sus desvelos, no se habla ni una sola palabra en todo el folleto, pero, en cambio, afirma que «los tiempos varían, y, con ellos, los reinos; los grandes Estados deben crecer y los pequeños desaparecer; sólo merece el nombre de Estado el que conserve la

independencia suficiente para expresar sus derechos y hacerlos respetar.»

Mas aún. El 23 de mayo de 1822 escribía Niebuhr: «He de repetir á V. que soy partidario decidido de la obra de Maquiavelo *El Príncipe*, que acepto á la letra cuanto contiene, y que también creo que su autor la escribió con la seriedad y gravedad requeridas. Hay épocas en que todos los hombres deben ser considerados como sagrados, pero hay también otras en que sólo se les puede tratar como masas; la cuestión está en conocer el tiempo.»

3. Hallámonos aquí en presencia de un misterio. Hasta el mismo Bluntschli vese precisado á confesar que «semejantes manifestaciones demuestran únicamente, para mayor angustia nuestra, la facilidad con que un hombre cuyas aspiraciones morales y cuya gran mentalidad merecía todo nuestro respeto, se deja seducir por juicios y opiniones políticas que insultan todo sentimiento de justicia y todas las ideas santas de la humanidad.»

4. Pero la solución del enigma no es tan difícil como parece. Vemos en ello otro ejemplo elocuente de esta gran verdad: No es posible fiarse ni de las convicciones científicas, ni de los principios políticos, ni de las hermosas cualidades de carácter de hombre alguno, si no se apoyan en ese poder que nada tiene que ver con las oscilaciones y variaciones de los tiempos, es decir, si no se basan en la religión.»

Mas de esta fe precisamente carecía Niebuhr; él mismo confiesa en una carta de 12 de Julio de 1812: «Mis ideas fueron desde el principio escépticas; sometí mis pensamientos á las leyes naturales, y nunca observé en mi corazón la necesidad de traspasar los límites de la experiencia. Á esto contribuyeron, naturalmente, los efectos de una enseñanza religiosa muy deficiente y el estudio constante de la antigüedad clásica. Sólo cuando llegué á la edad madura, torné á la lectura de los Libros Santos, pero los leía en forma puramente crítica, es decir, sólo por enterarme de su contenido y por investigar, en su origen y como histo-

riador, uno de los fenómenos mundiales más extraños é interesantes.»

Claro está que semejante estado de ánimo no era el más apropiado para despertar la fe, pues realmente no es otro que el del protestantismo actual.

5. He ahí explicada la fatal inconsistencia de varón tan eminente. Niebuhr sintió dolorosamente este vacío, y por eso, según explica en una carta de 30 de Abril de 1817, hizo educar á su hijo Marcos en la fe bíblica más estricta, y al pie de la letra.

Personalmente conservó al menos una confianza inquebrantable en el gobierno providencial de Dios y un gran respeto por el cristianismo. Cuando le llegó la hora de la muerte, abrióse para él también el oscuro nublado y brilló el sol de la fe; de aquí que no cesara de repetir á los suyos: «Rezad, rezad, hijos míos, que sólo Dios puede ayudarnos.» La debilidad física le impedía rezar con su familia, pero en silencio se le veía pedir á Dios consuelo y fuerzas. Así murió el gran sabio; esperamos que en el otro mundo habrá encontrado la claridad y firmeza que anheló en vano aquí bajo.

XVI. El mejor súbdito.—1. Una de las figuras más gloriosas del siglo XVIII fué el canciller Carlos, barón de Moser, uno de los pocos hombres que puede ser contemplado muy de cerca sin que por ello sufra menoscabo su personalidad, pues la justa apreciación de sus méritos no disminuye con la muerte, sino que más bien aumenta.

Fué hijo de un hombre notable; el consejero secreto Juan Jacobo Moser, el cual luchó toda su vida impertérrito y decidido contra los abusos del poder, y precisamente en la época de la más vil adulación y del más pronunciado cortesatismo. Tan honrada conducta valió al venerable anciano el premio del confesor y mártir, una prisión de ocho años en una fortaleza. El pueblo, agradecido, le llamó desde entonces el «honrado Moser», epíteto que ha conservado hasta nuestros días.

El hijo fué digno heredero de la lealtad y rectitud del

padre, y, por lo tanto, de las persecuciones y disgustos del mismo. Muchas veces le suplicaron que no hablara con tanta franqueza, pues se exponía á sufrir la misma suerte que el autor de sus días; pero él contestaba que la corona del mártir no es mal adorno, que si su padre, al finalizar su carrera y cuando su frente encanecida más necesitada estaba de descanso, había abierto su boca de profeta para poder sostener hasta el fin su título de «hombre honrado y leal», también debía mostrarse él inquebrantable como hijo de tal padre. Á sus consejeros y amigos solía responderles invariablemente. «Á su próximo hijo póngale V. por nombre *Miraportí*. Yo no puedo nada contra la verdad. Casos hay en que es preciso arrancarle la enseña al abanderado y vencer ó morir al frente del ejército.»

2. Este héroe de la justicia, este estadista honrado á carta cabal publicó dos folletos sobre las dos cuestiones en que, según testimonio de Goethe, era perito como ninguno. En el uno estudió lo que se entiende ordinariamente por *hombria de honor*, y en el otro responde á la afirmación de Rousseau de que el cristiano no puede ser nunca buen ciudadano. Los títulos de ambos folletos: *El cristiano es superior al hombre honrado*; y *El cristiano es el mejor súbdito*, indican ya las ideas desarrolladas en ellos.

3. En el folleto citado últimamente, dice Moser entre otras cosas: «Si me preguntaran cuál es el soberano más feliz, confesaría que aquel que tiene muchos buenos cristianos por súbditos; porque el cristiano no es solamente buen súbdito, sino indiscutiblemente el mejor que existe. Por lo tanto, cuanto más procure un príncipe, respondiendo á su propio interés y provecho, asegurar, con el bienestar de su pueblo, su propia grandeza y felicidad, tanto más ha de procurar que todos sus súbditos sean buenos cristianos. ¡Ay! Si los grandes del mundo comprendieran la utilidad é importancia de los verdaderos cristianos, los buscarían con el mismo celo que se busca minas de oro y de plata y los considerarían como la riqueza y prosperidad de su país.»

XVII. Los verdaderos hijos de los tiempos antiguos y de los modernos.—1. Discutible es la afirmación de Lombroso al sostener que Caserio, el asesino de Carnot, si hubiese vivido en tiempos de fe y en el seno de la Iglesia, habría llegado á ser un misionero ó un ermitaño. Pero indudablemente hay parte de verdad en las palabras de Lecky: «Hombres que en tiempos pasados habrían sido grandes santos, son en la actualidad temibles revolucionarios.»

En efecto; con el heroísmo que emplean en la destrucción del orden social podrían hacer grandes hazañas en la reedificación del reino de Dios.

2. ¿Quién tiene la culpa del mal empleo de tantas fuerzas mal encauzadas?

Sin pretender negar la responsabilidad personal de cada individuo, podemos afirmar que el llamado espíritu del tiempo y el carácter público de la sociedad actual les han inspirado tan perniciosas tendencias. El mundo que tiembla ante la revolución es el primero en producirla. Ya lo dice Dante: «Cuando la perspicacia y la ciencia se unen á la mala voluntad y al poder, queda privada la humanidad de toda protección.»

Si la sociedad quisiera darles otra educación, si quisiera inculcarles el espíritu de fe y de disciplina, de modestia y de abnegación, de obediencia y de paciencia, todos esos hombres que hoy luchan hasta el sacrificio en pro de los más falsos y perniciosos principios se convertirían con el mismo vigor y la misma convicción en instrumentos de bendición y de ventura general. Tal como se cría el árbol, así crece. Cada época recoge en una generación lo que sembró en la precedente. En las plantas jóvenes no se puede apreciar si se asimilan bien la naturaleza del suelo y del alimento; pero en los troncos añejos se demuestra bien el vivero en que se criaron.

3. Pues bien, los troncos hechos que se han robustecido en el suelo de nuestra época son los revolucionarios y los socialistas. En la Edad Media el mismo terreno sólo producía santos.

XVIII. Base y cemento de la vida pública.—1. Solía decir Ofenheim, de su tiempo: «Con máximas morales no se construyen ferrocarriles;» y Maquiavelo y comparsa afirmaban que «con rezar el rosario y tener una paciencia de santo no se fundan Estados, y mucho menos grandes potencias.» Todos estos hombres consideraron la moral como los escombros de un palacio ha mucho abandonado y convertido en ruinas. Pero no estaban en lo cierto. La moral, es por lo menos—claro está que es mucho más,—el lazo de unión que une el Estado á la sociedad. Nadie será tan temerario que intente construir una vía sin clavos y una casa sin mortero. Pues bien, lo que los clavos para las rieles y el mortero para las paredes, es la justicia para la sociedad y para el Estado. Mas de poco servirían los clavos y el mortero, si los fundamentos fueran deficientes. Por eso resulta vana palabrería todo alarde de derecho, de justicia y de moral, si no se confiesa la verdad de este axioma: «Pues nadie puede poner otro fondo que el que ya ha sido puesto, el cual es Jesucristo.» (I Cor., III, 11).

2. La mayor locura que pueda uno imaginarse consiste en exigir de un hombre que ponga su conciencia de acuerdo con la ley y el deber, y hacer, por otra parte, leyes tales que ni el más celoso pueda armonizarlas con lo que sus convicciones le ofrecen como ley divina y deber personal suyo.

3. Si se prefiere el dinero, el poder y la cultura á la virtud y á la religión, queda sembrado el germen de disolución de una sociedad.

4. Sin ley no hay Estado, sin autoridad no hay ley, y sin Dios no hay autoridad.

5. El fundamento de los reinos es la justicia y el fundamento de la justicia es Dios.

6. Las leyes, según Demóstenes, son el alma del Estado; el alma de su cumplimiento, es la conciencia, y el alma de la conciencia es el temor de Dios.

7. Un Estado puede resistir perfectamente grandes

peligros sin hombres célebres ni hechos gloriosos; pero es imposible que los resista si en él no dominan la verdad, la concordia, el espíritu de sacrificio, la abnegación. Ahora bien, estas son precisamente las cualidades que el orgullo suele siempre despreciar. Verdad es que sólo puede darles la debida importancia el que las practica por móviles elevados. Pero apreciará siempre estas virtudes salvadoras del Estado en toda su magnitud el que las practique por amor de Dios.

8. Licurgo decía que las mujeres tenían una parte más considerable que los hombres en la construcción de los muros de una ciudad. Con la misma razón asegura San Pablo que los castigos no se hicieron para los hombres libres, sino para los esclavos (*I Tim.*, I, 9). Si los Estados se compusieran sólo de varones libres, de almas nobles, no habría necesidad de fortalezas, arsenales ni casas de corrección. Por eso no hay nadie que mire más por la seguridad y la honra del Estado que dicho Apóstol, pues quisiera hacer de todos los hombres reyes, cuando dice: «Toda persona está sujeta á las potestades superiores. Porque no hay potestad que no provenga de Dios, y Dios ha establecido las que hay en el mundo. Por tanto, es necesario que le estéis sujetos, no por temor del castigo, sino por conciencia» (*Rom.*, XIII, y sigs).

9. El mejor Estado será siempre aquel en que todos los ciudadanos concuerdan con las leyes y todas las leyes con la voluntad de Dios.

10. «El legislador, dice Aristóteles, al redactar la ley, debe tener sólo en cuenta acostumar á los ciudadanos al bien, y de este modo hacerlos mejores. De aquí que la diferencia entre los Estados buenos y los malos consista en que en los primeros se alcanza dicho objeto y en los segundos no.»

11. «No existe un Estado perfecto—dice el mismo filósofo,—como no hay institución humana sin alguna imperfección; pero, en todo caso, aquel en el cual reinen las mejores costumbres públicas será el mejor de todos.»

12. «Como el Estado no existe para hacer venturosos y grandes un corto número de individuos, sino para establecer en lo posible el bienestar general de todos, su excelencia depende, como es natural, de la salud de la totalidad, no de la de los individuos. Ahora bien, nada contribuye tanto á esto como lo que fomenta mejor la unidad y la igualdad. Por consiguiente, no hay mejor cemento para él que la sumisión á Dios, que da á todos la misma ley y á todos obliga por igual.»

Así se expresa Platón.

CAPÍTULO XXII

Civilización y progreso

I. Civilización mundana y virtud.—Decís que la virtud merecería todo respeto si no fuera tan adusta, pero que, por desgracia, hace un papel ridículo comparada con la educación de los hombres de mundo. En efecto, así es, si la parangonamos con vuestra cultura, pues no hay teatro, ni baile, ni pintura que no dé al traste con la virtud. ¿Qué papel haría en vuestros bailes esa religiosa que pasa su vida cuidando enfermos y huérfanos? En verdad que no sería un adorno en vuestros salones, donde perece la honra ajena en cuanto se abren unos labios coralinos, donde se corrompen la inteligencia y el corazón, entre chismes, arrullos y besos, en esa danza de mosquitos en torno de la luz.

Pues bien, si la virtud grave, pura y sencilla, y rica en obras de bendición, no puede armonizarse con vuestro espíritu, ¿no quedaría éste también perturbado por el coro de la belleza como una nota falsa en un concierto magnífico?

II. Esperanza y realización.—1. Á principios del siglo pasado, decía el desgraciado Shelley en las notas de su *Queen Mab*, fatal poema que las logias reparten á precios inverosímiles en cantidad fabulosa de ejemplares, porque hallan en él un instrumento inmejorable, no superado todavía, para la destrucción de la fe: «El estado social en que vivimos es una mezcla de brutalidad feudal y de civilización imperfecta. La moral estrecha y oscura del cristianismo contribuye á aumentar estos males. Hace

poco tiempo que hemos logrado abandonar la idea fanática de que hay que crucificar la carne por amor de Dios. Pero la civilización no hará grandes progresos si no consigue abolir por completo ese código práctico de miseria y servidumbre que fabricaron en colaboración la religión y la moral.»

2. Pues bien, desde entonces acá ha pasado todo un siglo. La súplica criminal del poeta que deseaba que el Genio de la felicidad humana arrancara hoja por hoja todas las del maldito libro de Dios—así denominaba las Sagradas Escrituras—se ha realizado; el cristianismo no forma ya parte esencial de la opinión y de la moral públicas.

3. ¿Cuál ha sido la consecuencia? La brutalidad ha aumentado y el descontento general, con ella. La religión y la moral han sido reemplazadas por el derecho del más fuerte, por la dinamita, el petróleo y las nuevas máquinas de guerra, que á grandes distancias siegan ejércitos enteros. *El Genio de la felicidad humana* se daría por satisfecho con que alguno de estos progresos no hubiera llegado á realizarse; ¡pero el libro de Dios no hubiera sido desgarrado! En cambio, ahora gime con Eurípides: «Los dones de los viles domadores están siempre faltos de bendición.»

III. Los incendios de teatros.—1. Desde el año de 1761 al de 1799 hubo 95 incendios de teatros, y desde los comienzos del siglo XIX á 1880 nada menos que 428. En el teatro Lehman de San Petersburgo, en 1838, perecieron 800 personas; el incendio del de Montpeller en 1877, costó la vida á 400; el de Brooklyn en 1876 á 280, y sobre el número de víctimas de la catástrofe del teatro Ring de Viena no se sabe nada positivo.

Desde entonces se han tomado todas las precauciones posibles, pero no han disminuído los incendios. En 1894 hubimos de contar 14, hasta el mes de septiembre, y en 1896, 12.

2. ¿Y la moral de todo esto? Muchos se apresurarán á contestarme: «El dedo de Dios está ahí. Porque ¿dónde se peca tanto como en el teatro?»

No negamos que carezca de base esta moral. Sin embargo, el Señor nos prohíbe semejantes juicios (*Luc.*, XIII, 1 y sigs.). Además, también se queman iglesias de vez en cuando, aunque una por cada cien teatros, pues de otro modo nuestra policía previsor, que prohíbe las procesiones y las misiones, en cuanto ocurriese un caso de cólera en la Meca, se apresuraría á cerrar todos los templos.

3. No obstanté, estas catástrofes deberían enseñar á nuestra época una cosa que constantemente le predicamos los hundimientos de puentes, los naufragios, los choques de trenes, las inundaciones, las tormentas, las siempre nuevas epidemias: la modestia.

Vosotros, hombres del siglo, que repetís con Buckle que las pestes de los antiguos tiempos son imposibles en las actuales, por Dios, no continuéis desafiando la cólera del Señor. Nada le cuestan á Él algunas millonadas de microbios más de los ya existentes; vosotros, en cambio, discurrís un sinnúmero de medios para evitar un desastre, y en un momento dado perecen miles de víctimas, si á un chicle travieso se le ocurre dar la voz de ¡Fuego!

IV. El antiguo amigo.—1. Todas las estaciones siguen iluminadas por el gas antiguo, á pesar de haberse introducido la luz eléctrica. Si se pregunta á qué obedece tamaño despilfarro, contestan que es una medida de prudencia á fin de que no falte luz, pues de este modo puede evitarse la desgracia de que repentinamente se quede todo á oscuras por cualquier avería eléctrica. Por el mismo motivo, sigue habiendo lámparas de aceite en los corredores y escaleras de los teatros, por si se apagan mecheros y bombillas, y aun quizás haya espectador avisado que se lleve su bujía por si estallaran también los quinqués de aceite. El edificio mismo puede ser inundado de agua instantáneamente, en caso de incendio, por una ingeniosa disposición de cañerías, á pesar de lo cual se hallan todas las paredes perforadas de puertas de escape, provistas de escaleras provisionales y en todos los rincones se ven bomberos. Si visitamos uno de esos grandiosos vapores moder-

nos, lo primero que vemos es una fila de salvavidas anticuados. Si subimos á un vagón, lo primero que se nos ocurre es buscar con la vista la manecilla del freno de alarma; en la práctica Inglaterra nos invitará el revisor á firmar un seguro de vida, y en otros países hasta el mismo mozo de fonda que nos sirve se apresura á recordarnos ese moderno *memento mori* antes de que emprendamos de nuevo el viaje.

Nos vanagloriamos mucho de las invenciones modernas, pero no nos fiamos en absoluto de ellas. Por mucho que nos aficionemos á esos grandes progresos, no soltamos los viejos amigos, las instituciones tantas veces probadas en tiempos anteriores.

2. ¿No sería conveniente que, además de nuestra ciencia y nuestro saber modernos, conserváramos también el apoyo y sostén tan antiguo, merced al cual ha logrado el mundo triunfar de tantos huracanes y tormentos? Hablo de Dios y de la fe cristiana. «No dejes el amigo antiguo—dice el Sabio,—pues no será como él el nuevo.» (*Eclesiástico*, IX, 14).

V. Los progresos de la época de las ciencias naturales.—1. Así tituló Werner Siemens la conferencia que dió en el congreso 59.º de naturalistas y médicos alemanes, el 18 de Septiembre de 1886. En él, según dijeron los periódicos, dejó entrever la gran revolución que la electricidad estaba llamada á realizar dentro de poco en la economía social, gracias á la fabricación de alimentos con los materiales que ya están á nuestro alcance.

2. Al leerlo me dió un escalofrío, porque recuerdo aún la verdura que cierto año, por el mes de Febrero, compró mi buena madre á un horticultor que se las echaba de muy progresivo y artístico, ya que tan mal nos sentó que estuvimos á punto de morir; de aquí que involuntariamente me haga repetir con cierto respeto las palabras de Eurípides en *Medea*: «Es terrible; el que con ella tiene que ver, difícilmente adornará su frente con el laurel de la victoria.»

Por eso pensé en seguida: Deseo que la electricidad, en

su afán de imitar al Señor, obtenga mejores resultados que aquel fatal horticultor artístico.

3. Al poco tiempo, fui á pasar las vacaciones con un amigo en cuya biblioteca encontré la *Bavaria*. Hojeándola un día, leí que las tentativas hechas para poner en cultivo los llamados Campos del Isar, cerca de Munich, habían tenido por único resultado arrancar millares de plantas preciosas, despojando así la campiña de su más hermoso adorno, sin haber logrado en cambio ninguna utilidad agrícola. Por lo tanto, el autor del artículo aconsejaba á la empresa que no prosiguiera semejante obra de devastación, que no menoscabara los derechos de la naturaleza, puesto que ésta no sólo es más práctica, sino hasta más habil y útil también que el arte humano.

4. Al día siguiente, hicimos mi amigo y yo una excursión por las montañas, pero, naturalmente, no una de esas excursiones en que se juega uno la vida. Al acercarnos á las últimas cabañas, llamaron mi atención unas manchas raras que aparecían en el suelo, pues su color verde pálido y extraño contrastaba por modo antipático con el tono intenso oscuro de los demás prados alpinos.

—¿Qué es eso?—pregunté á mi compañero.—Parece como si la polilla hubiera agujereado un manto de terciopelo.

—Ocurre á menudo—contestó mi amigo—que los rebaños se ven bloqueados allá arriba por la nieve. Ahora bien, como la yerba es aquí demasiado corta para segarla y convertirla en heno, se cultivan artificialmente algunos prados.

—Vaya—dije entonces,—si la cosa resulta útil, menos mal, porque como fea lo es bastante.

Y al punto referí á mi amigo lo que había leído el día anterior.

Mas al acercarnos á los puntos citados, me avergoncé por la cultura humana.

En los supuestos prados se veía, junto á los sabrosos y frescos forrajes alpinos, una mescolanza de verbajos, pa-

ra los cuales resultaba todavía excesivamente lisonjera la denominación de *mala yerba*.

La planta principal, como si tuviera la certeza de que contenía más materia filamentosa que nutritiva, se extendía llena de majestad y altivez; era una especie de acedera muy áspera é inculta. No pude averiguar lo que pensará el ganado de estos productos del arte humano cuando la necesidad les obligue á recurrir á ellos; pero no creo haber hecho un juicio temerario al murmurar continuando mi paseo: «¡Pobres animales los que se vean precisados á comer semejante yerba artificial! ¡Que Dios tenga también piedad de los hombres si nos vemos en la triste situación de vivir del pan artificial eléctrico!»

5. Si la humanidad ha de esperar á que el progreso la emancipe del Creador y Ordenador de la naturaleza, todavía tardará mucho tiempo en solucionarse la cuestión social.

Merecen todo respeto los adelantos de las ciencias naturales—y nadie deja de reconocer sus beneficios,—pero un poco más de modestia no les sentaría del todo mal.

6. Por eso no podemos dejar de manifestar nuestro asombro cuando un naturalista de la magnitud de Berthelot se atreve á afirmar que en el siglo XX no se elaborará la alimentación humana en la cuadra y en el campo, sino en los laboratorios de los químicos, y que ya hoy en día, «se conocen suficientemente los componentes de la carne, de los huevos y de la leche para poderlos fabricar artificialmente.»

El gran químico no se fijó en dos hechos innegables: que el hombre, para su nutrición, necesita materias orgánicas tal como la naturaleza se las ofrece; y que ni siquiera las conservas y extractos de carne pueden mantenerlo indefinidamente en estado de salud.

Es verdad, según dice Berthelot, que la química ha logrado sustituir el añil y la rubia por tintes artificiales, y también es fácil que logre suplantar la remolacha y la caña de azúcar por una materia dulce producida química-

mente. Pero estos no son comestibles ordinarios, por lo que sigo en mis trece: el organismo humano puede nutrirse únicamente con organismos naturales.

Pues bien, aunque se empeñen, no lograrán producir artificialmente un organismo, ni ahora ni nunca. La química podrá analizarlo en todas sus partes *pesables* y *medibles*, pero no logrará componerlos. El todo orgánico es siempre más que la suma de sus partes, y *cualitativamente*, algo distinto de ellas. Esta teoría, tan importante en ciencia social como en fisiología, podrá ser negada por el materialismo atomístico, pero no podrá ser derrocada nunca jamás. Precisamente el principio que alega Berthelot en su favor confirma nuestra afirmación. Supongamos que la química consigue demostrar que los elementos del te, del café y del cacao son idénticos entre sí; la consecuencia natural será que las tres substancias citadas encierran algo que convierte las mismas materias físicas en muy diversos productos, pero no que los laboratorios puedan hacer en lo por venir superfluos los cafetales y las plantaciones de te.

En último caso, podremos dar crédito al coronel Elsdale cuando asegura que en el siglo venidero se llegará á preparar la yerba para que sirva de alimento al hombre; pero el que crea en la broma ingeniosa de Berthelot de que llegaremos á sacar nuestras chuletas de la redoma del químico, ya puede decir que su estómago ha logrado vencer á su cabeza.

VI. Fórmula mágica.—Tomarás una onza de sal y otra de azúcar y las asarás en carbones encendidos; luego las hervirás en acedera, y, á través del cañón de una pluma, sorberás el vapor que dejen escapar: es un medio infalible contra el cólera y la gota crónica.

VII. Panacea universal.—Tomarás agua de lluvia, en la que echarás un guijarro mondo y lirondo; luego la colarás ciento treinta veces, la electrizarás con el acero de un cuchillo y la tomarás con la mayor fe: si no te cura, tampoco te hará daño.

VIII. Remedio antiguo contra idilios pastoriles y cantos lánguidos.—Toma una cucharada de céfiro primavera, hiérvolo lentamente en jarabe, al que añadirás gota á gota un poco de esa esencia que se llama «pálido resplandor de la luna;» eso te curará de un modo incomparable los ataques de nervios y los callos.

IX. Receta moderna para novelas y dramas.—Toma una libra de cal viva, heces de champaña de las más espesas y quince litros de alcohol; mézclalo todo cuidadosamente y bébetelo en el momento de su mayor ebullición. Si no estallas, es que estás hecho á prueba de bomba.

X. Afición á la pimienta picante.—1. Sabido es que el campesino tiene cierta predilección por los placeres fuertes: sus alimentos suelen ser picantes; prefiere los colores chillones y abigarrados; en la escena le gustan las acciones vigorosas; cuantos más palos y más gritería se arme, mejor; le agrada la música bulliciosa, la que desgarrar los tímpanos.

Este gusto peculiar se considera como una señal de la rudeza propia de la clase. Por lo cual dicen los historiadores que caracteriza bien á los bárbaros el hecho de que Alarico, en la conquista de Roma, exigiera al Senado como rescate, además de 5.000 de oro, 30.000 libras de plata, 4.000 vestidos de seda y 3.000 de púrpura, 3.000 libras de pimienta.

2. Pues bien, ¿qué grado de cultura revelarán nuestros actuales placeres refinados? El campesino se contenta con cualquier sabor fuerte, de la clase que sea, y las cargas de pimienta con que los astutos italianos satisficieron al rey de los bárbaros, siempre perjuro y siempre sediento, no estaban destinadas á otra cosa sino á recrear á sus soldados.

Nosotros, en cambio, excitamos nuestro paladar con el alcohol más fuerte y pimienta de Guyana. La química se encarga de añadir al vino que bebemos tanino, glicerina y anilina; á los macarrones que saboreamos, ácido nítrico; á la cerveza que nos refresca, acíbar, estrignina, coca de

Levante y azafrán. En las medicinas absorbemos, con más valor que el Dr. Eisenbart, arsénico, mercurio, belladona y nuez vómica. Pero no es esto todo, ni mucho menos.

3. Hasta la justicia tiene en cuenta, en lo posible, estas necesidades de la época. Ya ajusticiamos á los criminales con máquinas eléctricas de 2.000 y 3.600 voltios, y se intenta—al menos eso dicen de Rusia—obligar á los presos políticos, por medio de la electricidad, á hacer revelaciones más completas. En América hizo el Dr. Pile la proposición de utilizar á los criminales en la vivisección, puesto que indudablemente resultaría esto mucho más beneficioso á la ciencia que los experimentos en perros y palomas. En Alemania, Alfredo Plötz y Alejandro Tille, dos partidarios de Nietzsche, aconsejan que se supriman los niños débiles, los tullidos y los enfermos infecciosos para proteger y mejorar la raza.

4. Y no menos pimienta picante nos ofrece también el arte. La música de Ricardo Wagner y Héctor Berlioz exige á los cantantes unos esfuerzos vocales que recuerdan los del Ares herido en la Ilíada. Ya no permitimos, como es natural, que se den de palos en la escena del teatro real, pero sí que manejen armas cortantes y agudas, con las cuales esperamos que se quiten la vida dos rivales con todas las reglas del arte, y que se maten del modo más artístico los amantes contrariados. ¡Desgraciada la heroína que no sabe morir del modo más realista posible! Para que una comedia interese, preciso es que contenga, por lo menos desde tiempos de Molière, una historia de adulterio ó de seducción, y á veces dos. Tanto la pintura como la escultura especulan exclusivamente con el cosquilleo de la sensualidad, del modo más burdo y aun en mayor escala que el teatro. La poesía aspira á realizar la receta de Ibsen, su maestro supremo de tortura: «Se siente uno oso en todos los miembros de su cuerpo; en efecto, la vida, la existencia, consiste en romper, golpear, tirar piedras, dominar el ruido de la cascada mugidora, arrancar de cuajo los árboles...»

5. Solemos emplear la estación muerta para el teatro,

esto es, el verano, en descabellados concursos hípicas, en peligrosas ascensiones alpinas ó en hazañas náuticas; y cuando todas estas excitaciones deportivas no alteran ya nuestro extragado sistema nervioso, no nos queda más recurso que el suicidio, pero el suicidio en combinación con algún asesinato por lo menos, ó con algún duelo; mas no uno de esos homicidios mutuos, vulgares, en que el asesino más hábil mata al más torpe según el ritual anticuado y pedante de otros tiempos, sino un duelo á la americana, que satisfaga nuestras ansias de emociones fuertes, un duelo moderno, á muerte, tal como lo inventó Lermontow, «el héroe de nuestro tiempo, al borde de un precipicio.» Ó bien, se fundan clubs de suicidas, en los cuales la suerte destina anualmente cierto número de asociados que han de matarse según todas las reglas del arte antiguo y los estatutos de la sociedad, en presencia de testigos, naturalmente.

6. He aquí el espíritu de nuestra cultura: mucha pimienta, mucho picante en todo y para todo.

XI. El teatro.—Hoy hay ópera y baile, canta la nueva diva, ha sido renovado el vestuario; debes, pues, acompañarnos hasta por decoro.

—Me gusta más contemplar la danza de la muerte, que inspira gravedad y reflexión. ¿Pero una danza de brujas enmascaradas, un baile de fantasmas? ¡No, no; me horripila!

XII. La pasión por las investigaciones históricas.
—1. El famoso prólogo con que Tito Livio da comienzo á su obra explicará en parte la razón de que sean tantos los intelectuales que actualmente se ocupan en la investigación histórica y el que ésta goce hoy de tan gran aprecio aun por parte de los que son exclusivamente positivistas.

Dice Livio: «Lo presente ofrece al hombre serio y de talento aspectos poco gratos que le distraigan y entretengan; en lo por venir ya no hay quien crea; por eso tratamos de embellecernos la triste existencia en lo posible contemplando tiempos pasados y mejores.»

Esto revela un pesimismo absoluto.

2. Sin embargo, lejos de nosotros la idea de desdeñar las investigaciones históricas; precisamente el cristiano creyente halla en la historia tanto placer como edificación. Porque cuanto más envejece el mundo, más se alarga y se complica la trama de los designios que Dios ha realizado en la historia, á pesar de todos los trastornos y convulsiones que nos ofrece.

¡Ojalá que nuestros sabios, en vez de pretender «dominar el curso de la historia universal y á su Señor y Dueño», se dedicaran á investigar los planes del Todopoderoso, verdadera misión de su ciencia! ¡Qué atractiva y elevada sería la historia si fuera una verdadera expresión de los designios de Dios con relación al mundo! Entonces sí que no sería excesivo el trabajo dedicado á escribir la historia.

XIII. Gradación.—En la Edad Media se aspiraba á la virtud cristiana. En el siglo XVIII sólo se hablaba de las virtudes humanas. Durante la Revolución se mataban los hombres en nombre de la virtud cívica. Hoy, la virtud suprema, la única en que cree el mundo, es la guerrera, y ya comienzan á soñar los filósofos de lo por venir en la virtud de los animales.

¿Á dónde nos conducirá con el tiempo el desenvolvimento de la cultura, siguiendo el camino emprendido por el mundo?

Cedemos gustosos al mundo el cuidado de responder á esta pregunta.

XIV. La división moderna de la historia de la civilización.—El mundo no puede juzgar los tiempos pasados, especialmente la Edad Media, con mayor desdén que lo hace. En cambio, ensalza tanto la presente, que á las generaciones venideras no les quedará más recurso que admirarla, repetirla é imitarla, esto es, pararse y estancarse marchando dócilmente detrás de ella.

Según opinión de los que dicen que están á la altura de la época, abarca, pues, la historia de la humanidad tres grandes períodos: lo presente, de los gusanos de luz, lo pasado, de los monos, y lo por venir, de los rumiantes.

XV. ¿Progreso ó retroceso?—1. Roma empezó pequeña con Rómulo; con Augusto alcanzó todo su apogeo, y con Rómulo Augústulo su desdichado fin. La dinastía de Carlomagno. terminó con Luis el Niño y la casa de Barbarroja con Conradino.

Este es el curso normal de la historia, tanto en pequeña como en grande escala.

2. De la ciudad de Nínive salieron una vez ejércitos de millones de soldados, y cuando fué enviado Jonás á profetizarle su destrucción, hubo de andar una jornada entera desde los arrabales hasta el centro de la metrópoli. Sin embargo, unos cuantos siglos después, Jenofonte no logró averiguar de los pastores de las inmediaciones el nombre de la ciudad cuyas inmensas ruinas recorría. ¿Qué ha sido de los muros de Babilonia, sobre los cuales podían correr de frente dos cuadrigas? ¿Qué se ha hecho el templo de Éfeso, el laberinto, la biblioteca de Alejandría? ¿Quién puede decirnos con certeza dónde estuvo emplazado el Capitolio? ¿Por qué no producen ya nuestros poetas una *Ilíada* ó una *Divina Comedia*? ¿Por qué no surgen ya de las modernas Academias de arte ningún Fidas, ningún Rafael?

3. Y todavía discuten los hombres sobre si la historia es una prueba de la debilidad y decadencia de la civilización humana ó un progreso eterno é infinito.

La historia es un constante tejer y destejer como la tela de Penélope, de la cual dice Homero. «Á diario trabaja en el brillante y hermoso tejido, pero por la noche deshace á la luz oscilante de la lámpara el trabajo del día.»

Hasta la filosofía de la historia va del teísmo al humanismo y de éste al materialismo. En otros tiempos, la palabra *Dios* era el punto céntrico según el cual trataba de ordenar la inteligencia todos los sucesos de la vida y la clave con que intentaba resolver todos los enigmas humanos. Más adelante, debía llenar esta misión el concepto *hombre*; hoy sólo se habla ya de la naturaleza y de las duras leyes naturales, las cuales, según dicen, obran sobre la humanidad como los antiguos *hados*.

4. La humanidad no ignora que desciende lenta pero constantemente, á pesar de todos los progresos obtenidos en cosas secundarias. Este pensamiento es el que le amarga siempre el placer de sus fiestas.

Cuando Chilperico, padre de Clodoveo, se casó con Basina, vióse en su noche de bodas rodeado tres veces por diferentes animales. Primero aparecieron leones y leopardos, luego osos y lobos, por último, perros, gatos, urracas y cuervos, los cuales ora jugueteaban unos con otros, ora se desgarraban y arañaban despiadadamente: «Ahí verás —le dijo su esposa— lo que será nuestra posteridad: empezará con leones y acabará con míseros bicharracos.»

Esta interpretación del sueño de Chilperico podría considerarse como el resumen de la filosofía de la historia universal. Desde los tiempos más antiguos vienen hablando los poetas y los pensadores de la decadencia que experimentan los sentimientos más nobles, de la muerte de la virtud, de la corrupción de las costumbres. Lo mismo ocurrió en China, en Babilonia, en Grecia, en Roma y, allende los mares, en Méjico. Esta convicción halló su expresión general en la leyenda de las cuatro edades del mundo. Primero fué la humanidad, oro; luego, se convirtió en plata; después en bronce, y, por último, según afirma ella misma, en hierro.

XVI. La ley de la moda y la ley de Dios.—1. No es posible llevar más adelante el rebajamiento del hombre—descontando el pecado, por supuesto,—que condenándole á pasear diariamente por las calles la nueva invención del sastre ó de la modista. Las personas que voluntariamente se prestan á semejante oficio, parecen considerarse á sí mismas como muñecos articulados, con rellenos y postizos, ó, perdóneseme la expresión, como maniqués de escaparate.

2. Habrá algunas que me digan que sienten dolorosamente la humillación que les impone la violencia de la moda.

Lo sé y las compadezco; por eso mismo llamo con razón

á la moda una tirana que rebaja y degrada al hombre. Pero, como serían estériles todas las tentativas que se hicieran para destruir este dominio absoluto de la moda, no pienso predicar en desierto, sino que hago referencia á ella para demostrar al mundo dos cosas que debe tener muy presentes.

3. Los hombres que aprecian el mérito interior y moral se lamentan de que las exigencias sociales les obliguen á poner tanta atención en futesas y pequeñeces. ¿Por qué, pues, decir en tono de reproche que el cristianismo descuida la extērioridad? Concedo, en efecto, que hay muchos cristianos que hacen poco caso de su persona y descuidan sus deberes y trabajos terrenos por causa de la oración; mas constituyen tan raras excepciones, que apenas vale la pena de hablar de ellos; además, el cristianismo no les ha autorizado á tener semejante defecto, pues exige que tanto lo interior como lo exterior se armonicen con la conciencia. Claro está que da siempre la preferencia á lo espiritual, pues considera el adorno como secundario, y no consiente siquiera que las buenas obras, las oraciones y las prácticas de austeridad, á pesar de lo mucho que insiste en ellas, sustituyan al sentimiento íntimo. Por eso preguntó á todos los que son capaces de distinguir entre el espíritu y la moda: ¿De parte de quién está el espíritu y de parte de quién la exterioridad?»

4. Por último: ¿Dónde reside la libertad? ¿Dónde está la imposición? ¿Cómo es posible que un hombre que se inclina gimiendo bajo el yugo de la moda y de la opinión pública, un hombre de esos que describe Ebert, cuando dice: «Siempre con la cabeza baja, asiente y opina con los demás», se atreva á acusar á la ley de Dios de esclavizar al hombre? Bien sabe que esta ley sólo le enseña dos principios fundamentales: «No os convirtáis en máquinas, obrad según vuestra conciencia y vuestra convicción!»; y «¡No seáis siervos de los hombres ni consentáis que os priven de vuestra libertad!» (*Rom.*, XIII, 5; *XIV*, 23. *Efes.*, VI, 6).

XVII. Antes era más poética.—En otros tiempos ele-

vábase en los campos de trabajo, en los caminos agrestes y peligrosos y allí donde convidaba á descansar al fatigado caminante un lugar elevado desde donde pudiera contemplar el paisaje sereno y hermoso, una imagen de Cristo, dulce y consoladora, que levantaba los corazones al cielo.

Hoy, en todas las esquinas nos advierten guardias y policías: «Cuidado con que la poesía os haga olvidar la tiranía de la vida; disfrutad del mundo gota á gota, con precaución, como si fuera un medicamento.»

XVIII. Los gérmenes de la civilización.—1. Una vez salí á dar un paseo con el señor de Fafafrás, «sin saber con certeza á dónde me conduciría el destino.» (*Virgilio*).

Mi acompañante era un hombre excéntrico, muy aficionado á las cuestiones religiosas. Se vanagloriaba tanto de su religiosidad, que algunos le creían ultramontano. Mas la cosa no llegaba á tanto, pues no podía soportar la palabra católico, y continuamente hallaba algo que censurar en la Iglesia. En cambio, cuando le venía bien, y sobre todo, cuando quería mostrarse recalcitrante y dejarle á uno pegado á la pared, no había nada capaz de impedirle manifestar sus ideas cristianas con cierta brusquedad agresiva. Esto no obstante, rechazaba con tesón el dogma del pecado original y la unidad de la especie humana, y le hacía reír la historia de la creación y de la confusión de lenguas. De aquí que hubiese que tomar todas las precauciones imaginables para no provocar discusiones al hablar ante él de la fe, de la Iglesia y de la vida eclesiástica; pues aunque creyese en un dogma, lo atacaba despiadadamente en cuanto oía á otro hablar del mismo con fe y convicción. Y es que el señor de Fafafrás padecía de la enfermedad de la contradicción y tenía la desgracia, como Goethe en sus amoríos, de creer firmemente lo que decía en sus momentos de exaltación. Hacía una severa distinción entre cristiano y clerical, por la cual alardeaba de un odio feroz contra la clerecía, para demostrar así al mundo entero que uno puede ser buen cristiano sin caer en la beatitud. Por lo demás, era un infeliz á quien nadie tomaba

en serio, pero que sentía de vez en cuando la necesidad de proferir unas cuantas expresiones enérgicas para dominar las discordancias del corazón y las explosiones de su división interior. Si se le contradecía, se descomponía por completo, porque entonces parecía como si dijera: «Soy el oráculo, y cuando yo abro la boca no se mueve ni un ratón.» (*Shakespeare*).

En cambio, si no hallaba contradicción alguna, se tranquilizaba como por ensalmo y volvía á ser el hombre bondadoso incapaz de hacer daño á una mosca.

2. Con este buen señor, pues, salí á pasear un día, y quiso mi mala ventura que me olvidara un momento del precepto: «Aprende á contener tu lengua; una expresión lamentable se pronuncia muy pronto.»

Pronuncié, pues, en la conversación inadvertidamente, las palabras *civilización cristiana*. Dios mío, no habían acabado de salir de mis labios cuando me estremecí de terror, pues comprendí el alud que se me venía encima. En efecto, no me equivoqué.

—Sí, sí, he ahí la frase manoseada, ridícula, de siempre—me contestó soliviantado.—¡Es una suerte que los clérigos no sepan decir más que eso; de lo contrario, sólo Dios sabe lo que sería de nosotros! ¡Ay, cómo os conozco á los curas, qué bien os comprendo! Siempre afirmando que sólo á ellos debe el mundo su civilización actual, y, sin embargo, no hay ya quien ignore que las mejores conquistas de la humanidad, tales como la abolición de la esclavitud, la supresión de la tortura, la dulcificación en la pena de muerte, las obtuvimos en la época en que terminó el dominio de la clerecía. ¡Oh, yo también sé mi poquito de historia, señor cura!

3. En este tonillo continuó el buen señor sin parar, mientras yo iba repitiendo para mi fuero interno las palabras de Bürger: «Tu canto es comparable á la gritería de las ranas en el cercano estanque»; pero por prudencia adopté la actitud de Horacio: «Desalentado, bajé las orejas como el borriquillo ofendido», guardándome muy bien

de responder una sola palabra. Pero cuando vi que la diatriba llevaba camino de no tener fin, observé en tono de broma:

—¡Ea, no se excite V. conmigo de ese modo, pues, por mi parte, le aseguro con Horacio: «No será mucho lo que disfrute el cuervo contigo cuando estés en el palo.»

Entonces cambió de tono, pero de tal modo, que no pude menos de pensar con el poeta: «En otro tiempo fué un gigante de cien varas de altura.»

Contestóme al punto:

—Sí, sí, vosotros creéis tener el privilegio de que no se os diga la verdad, pero tened en cuenta que si nos callamos, es porque nos contentamos con pensar lo que debiéramos deciros.

4. Después de esta agresión reinó un silencio molesto, ya que él, como bueno y avisado que era, comprendió que se había excedido, y yo, por mi parte, no quería continuar por aquel camino, ni mudar bruscamente de conversación, lo que hubiera resultado para él una censura indirecta.

5. Esperaba, pues, que pasaran los efectos desagradables para dar un nuevo giro á nuestros pensamientos, cuando él rompió de repente el silencio, contento al parecer de haber hallado un pretexto para cambiar de conversación.

—¿Qué pueblo es ese que se ve en lontananza?

—Allá bajo—le contesté—no hay poblado alguno, que yo sepa.

—Vaya—replicó amoscado,—ya veo que hoy le domina á V. el espíritu de la contradicción, pero esta vez no se trata de ningún artículo de fe; así es que ya puede darme V. la razón sin comprometerse.

—¡Amigo mío—le dije,—tenga V. piedad de este pobre pecador! «¡Ay, por qué no irán de acuerdo las fuerzas con la buena voluntad!» Además, ¿qué importa que yo le dé la razón ó no? Con ello no lograré inventar un pueblo que no existe. Lo que hay en el lugar que V. indica es un gran bosque, como podrá V. convencerse de ello si se fija

un poquito; detrás del bosque, la llanura y el río, pero nada de pueblos ni poblados.

—¡Estaré soñando!—replicó con una risilla seca y dura. —Habría jurado oír campanas en aquella dirección y me figuré que sería un entierro, pues á estas horas no suelen tocar las campanas. ¡Y qué hermoso sonido tienen! Pero ¿es posible que no las oiga V.? Ahora suenan más fuerte que antes, de manera que debemos estar muy cerca de ellas.

—¡Ya! ¿Se refiere V. al sonido de las campanas? Claro que lo oigo. Mientras V. hablaba, escuchaba con placer su alegre repiqueteo. Es que tengo predilección por esa música de bronce cuando resuena tan majestuosa y solemne por entre bosques y valles. Cuando era niño, me encantaba de tal modo, que salía al campo en cuanto sabía que iban á tocar la campana mayor, y aun hoy me emociona de tal modo, que con gusto me mecería en los aires lejos de este mísero mundo! Pero ¿á dónde he ido á parar? ¿Ve V.? Me convierto en niño otra vez; dispénsame la digresión, la cual le demostrará que estaba V. muy en lo cierto. Pero ¿no conoce V. ese tañido? Son las campanas de la catedral. Repare V. la dirección del viento, que es bastante sensible. Aunque éste nos traiga el sonido directamente, la colina que tenemos delante nos priva de la vista de la ciudad y de que el sonido venga á herirnos en línea recta; por eso resuena en el bosque que tenemos á nuestras espaldas, y éste á su vez nos lo devuelve convertido en eco. Pero sobre la procedencia del sonido y su modo de llegar hasta allí, no nos ofrece el oído explicación alguna, por lo cual ya los antiguos dieron una buena lección al empirismo con el refrán: «Entre el tañido de las campanas y el sacristán hay un largo trecho.»

—¡Es extraño!—murmuraba mi compañero con un gruñido bondadoso— Parece mentira que se pueda uno engañar de ese modo, «aun en cosas en que parece que se jugaría uno la vida por mantener sus convicciones.» La verdad es que tuvo mucha razón el que dijo: «Ver con los ojos

y tocar con las manos resulta unas veces demasiado largo y otras demasiado corto; hay que dar la razón á la inteligencia; de lo contrario, hasta en día claro se da una caída.»

6. Regresamos á casa en la mayor paz y concordia; no se habló más de la disputa anterior, á no ser que se refiriera á ella el dicho de mi amigo: «Todos bailan en cuanto suena la flauta, y nadie se acuerda del músico que la toca.» Por diversas y parecidas insinuaciones y por su blandura, creí poder suponer que, en su interior, aludía al objeto que tanto le había encolerizado poco antes.

Y, en efecto, la alusión era hartó justa: sólo porque algunas conquistas de la civilización hayan llegado á ser en los tiempos modernos propiedad común de los pueblos, no puede afirmarse que deben su origen exclusivamente al espíritu moderno. Para que una idea elevada germine y fructifique en el campo de espinas del corazón humano es preciso que pase mucho tiempo. Mientras tanto, harta ya la humanidad de su bienhechor, esto es, del espíritu cristiano, se apresura á arrojarlo con insultos de su casa, olvidando los beneficios recibidos. Mas él se venga como acostumbra á hacerlo el mismo Dios, derramando sobre la tierra nuevas bendiciones sin cuidarse de si se las atribuyen á Él ó á su enemigo. En efecto, el mundo, que goza de los penosos y largos esfuerzos del cristianismo, sólo ve la mano que se los mete en la boca; pero la clase de germen que les da vida, su procedencia y origen, el viento que los ha llevado al lugar en que de ellos se benefician, eso interesa á muy contadas personas, y menos aún á los sabios imitadores del señor de Hudibras, de quien dijo el poeta: «Llevaba en la cabeza una verdadera olla de ciencia, lo mismo para el texto que para la glosa; no había pregunta á que no contestara exponiendo la razón y el por qué de la cosa.»

CAPITULO XXIII

La humanidad y la historia

I. «Después de mí el diluvio.»—La sabiduría de los hombres de ahora consiste en amontonar dudas y que las pague quien quiera, los hijos de lo que las produzcan. Hoy todavía hay para nosotros; mañana que se las arreglen como puedan.

Pero si los bosques no surgen espontáneamente, ¿por qué cortar y no replantar? Cuánta razón tienen los que nos dicen para avergonzarnos: «¡Ni siquiera vosotros mismos tenéis confianza en el mañana!»

Y ¿cómo hemos de conservar nuestra confianza? Donde antes floreció una Babilonia, una Nínive, hoy sólo vemos montes de arena, pantanos y desiertos.

Avanzamos sobre frágiles carriles; el Oriente fué la cuna de la civilización y los caminos que recorrió bien se conocen por las huellas que ha dejado: pueblos degenerados y tristes ruinas.

La historia debería enseñarnos modestia, y sólo aprendemos ligereza, orgullo y despilfarro, lo mismo que la madera, que, al pudrirse en la tierra, sólo saca del suelo jugos que aumentan la pudredumbre.

II. La filosofía darwinista de la historia.—I. Hay gente que encontraría muy ingenioso al que dijera: «Si Diógenes hubiera gastado medias de seda y bebido champaña, su filosofía se habría acercado mucho á la de Voltaire.»

Hay que atribuir seguramente á la especulación, merced al aplauso tan fácilmente alcanzado, el que la historia moderna de la civilización y de la sociología, desde Buckle

y Herberto Spencer, adolezca de la tendencia de hacer más sabrosa una sabiduría abstrusa con observaciones insípidas. Por lo demás, tampoco es nueva esta afición. Ya Montesquieu explicaba la teoría de la metempsicosis por el clima de la India, pues dice que, á causa del gran calor que hace en dicho país, que agosta los pastos y produce multitud de epidemias, es muy escaso el ganado vacuno. De ahí la creencia de que las almas de los difuntos sigan viviendo en las vacas, para recomendar en esta forma el cuidado y la vida de estos animales. En cambio, Shelley condena á muerte á todos los bueyes si han de surgir genios y grandes inteligencias en la humanidad, pues, según él, si Napoleón hubiese tenido su origen en una generación de vegetarianos, no habría desarrollado nunca el mismo valor y la energía de que dió tan brillantes pruebas.

2. Rarezas extrañas, pero que se emplean con toda formalidad para censurar las verdades cristianas, para negar el libre albedrío y la existencia de un alma inmortal, prometiéndonos, en cambio, verdadera cultura y disminución de todas las miserias terrenas. Se dice que el número de casamientos depende del precio del trigo y de la carne, y el aumento de divorcios, de las circunstancias difíciles de la vida, y sobre todo, de la distinción de clases. La *Gaceta Ilustrada* observaba en su número de Enero de 1892 que hay grandes esperanzas de que Bosnia se civilice pronto, porque los empleados austriacos activan en lo posible la introducción del deporte de patines. Los socialistas llegan á prometernos una generación de hombres como Arístides, Sócrates y Newton, cuando todos tengan un cocido suficiente, ó, como dicen ellos en la forma científica que les es peculiar, cuando les sea accesible la filosofía darwinista de la historia.

3. Está bien, muy bien; también nosotros deseamos á los obreros que hagan ejercicio y disfruten de los placeres invernales del hielo y de los patines; también nosotros nos apercibimos con harta claridad de las tristes rea-

lidades de la vida para comprender que el hambre es realmente y con frecuencia el móvil de la historia; también nosotros opinamos que el refinamiento de la vida externa ejerce cierto influjo en la cultura interior, á pesar de lo cual, no vemos ni en lo pasado ni en lo por venir otro camino que conduzca á la verdadera civilización y á la verdadera felicidad que el ennoblecimiento del espíritu, la religiosidad acrisolada y la virtud enérgica, mezclada con un poco de espíritu de sacrificio.

III. Sobre las ruinas de Roma.—¿Qué avaricia, qué furor, qué salvajismo brutal saqueó é incendió estos pórticos dorados?

Pues la misma avaricia y el mismo furor que devastaron al mundo para tallar en oro y mármol los suntuosos edificios cuya pérdida lloras.

Lo que aquí construyó el arte tosco, vino á destruirlo la barbarie salvaje, y la justicia abolió lo que había establecido la injusticia. Dos veces lo repite la Escritura y mil veces lo dicen las piedras y los escombros: «Roba ahora, ladrón, que ya llegará el día en que tú también te conviertas en despojo.» (*Is.*, XXX, 1; *Hab.*, II, 18).

IV. Jano.—Cuando la luna, triste, pálida y fantástica, me muestra, en el Palatino, aquí las ruinas de los palacios imperiales, semejantes á cadáveres, y más allá las calles bulliciosas y alegres, me parece contemplar la imagen de Jano llorando con una cara las culpas y la ruina de los antiguos y avisando con la otra á un mundo nuevo que busque entre ese montón de ruinas su salvación, pero no el hacha del verdugo.

V. La felicidad de los malos.—Los perpetuos lamentos sobre la felicidad de los malos nos recuerdan aquel campesino que, no pudiendo tolerar, en el segundo acto de una representación, que el traidor venciese á la inocencia perseguida, se puso furioso de pie y descubrió con voz estentórea los manejos del infame intrigante, avisando á los demás actores y espectadores para que no fuesen también víctimas de aquel criminal. En el acto quinto se habría so-

lucionado el drama del modo más tranquilo y satisfactorio, pero con la brutal intervención del campesino armóse tan espantosa algarabía, molesta para unos y ridícula para otros, que hubo de suspenderse la representación, y, claro está, no se llegó á la solución satisfactoria de la obra.

VI. La sociedad es un organismo.—Hay que ser un Víctor Hugo para imaginarse el origen de la Revolución en la forma siguiente: «En el gran pantano de vicios almacenados por los príncipes del siglo XVIII, fué jarrojada una vibora horrible—por lo general, denominóse la Voltaire,—que absorbió todo el veneno y todos los gérmenes de corrupción que encerraba aquel fango, y se los escupió á los hombres al rostro; esto los volvió locos, y, en su rabia, se entregaron á los horrores del terror.»

2. Pero los espíritus más reflexivos no pueden explicar la historia de un modo tan concluyente. Un hombre solo, aunque sea un Voltaire, no trastorna toda una sociedad; para ello se necesita el concurso de la humanidad entera.

Las llamadas clases elevadas de la sociedad, como dice muy bien el mismo poeta, los grandes y los ricos, por medio de su corrupción moral infecciosa, son los que dan comienzo á los trastornos sociales; más todavía, los supuestos pensadores son también los que destruyen las creencias y la vida religiosa del pueblo. Pues así como la úlcera cancerosa sigue extendiéndose cada vez más y ataca poco á poco las partes sanas del cuerpo, así también se difunde lenta pero constantemente toda la corrupción de la vida moral y religiosa por el seno de la humanidad.

3. Y esto por la sencilla razón de que la comunidad humana es un organismo vivo, del que dependen todos los demás miembros; un organismo pensador, sensible y activo que fácilmente impone al individuo su moral y su opinión particular, sustituyendo sus propios principios.

Claro está que su moral no es independiente de la de los hombres que lo componen, como quisiera hacernos creer

la moderna sociología. La moral pública es la que siguen los hombres en cuanto forman parte de la comunidad y ponen á su servicio su actividad. Por eso contribuyen todos á la formación de esa opinión y moralidad pública, cuyo poder vuelve, de rechazo, á pesar con fuerza sobre todos y cada uno de los miembros en particular. (Cap. Veintitrés, VIII; Cap. Veintiuno, II).

4. De modo que si los llamados hombres cultos se figuran tener el privilegio de saltar por encima del credo y de los diez mandamientos, dejando sólo á las clases humildes el deber de sujetarse á ellos, es porque desconocen en absoluto la asociación humana.

Cuando estalló la Revolución, se preguntaron, tan asombrados como hoy en presencia de la democracia social: «¿Qué mosca venenosa habrá picado al pueblo, para que haya podido convertirse en enemigo furioso del orden existente?»

Á nadie sino á los que hacían la pregunta, debía achacarse el mal; sus principios eran los bacilos que intoxicaban al pueblo. (Cap. Veintiuno, XII).

De las alturas surge el veneno; de allí se va extendiendo por todos los miembros del cuerpo, y cuando éste se halla ya infectado del todo, fórmase la gran úlcera en que va acumulándose el pus, y cuando se abre, sale fuera la materia. En el siglo XVIII fué Voltaire dicha úlcera; todavía no podemos decir cómo se llamará la del siglo XX.

VII. Catástrofe nacional.—Negros nubarrones oscurecen el horizonte de la patria; el huracán indica la próxima tempestad, y el corazón late con violencia. ¡Ay! ¿Habrá llegado el día en que caigamos como la yerba bajo la hoz del segador?

Pueblo mío, lo que adquiriste es lo que recoges; á ti te ha perdido la larga ventura de los días bellos y felices. Ahora Dios te priva de los ricos dones que sólo te sirvieron para cavar tu sepultura, y vuelve á llamarte á la rendición.

Consuélate, pueblo mío; todavía puedes salvarte, pues las cadenas y disciplinas del Señor son camino seguro para llegar á Él. Si sabes soportar el castigo de Dios, no desmayes ni te desalientes, porque te hallas en el camino seguro de la salvación.

VIII. Moral de la sociedad.—1. La ciencia jurídica moderna niega, casi en absoluto, un principio cuya importancia nunca será suficientemente encomiada. Este principio, reconocido por el derecho canónico, como también por el romano, y confesado por toda la antigüedad por medio de los sacrificios expiatorios que se celebraban públicamente por la ciudad, el pueblo y el Estado, dice así: «La sociedad en peso puede cometer un crimen y, por lo tanto, merecer el castigo.»

2. La negación favorita de hoy en día no es hija de la casualidad, pues concuerda con todo el espíritu de la época actual, espíritu que desgraciadamente ha invadido también el derecho.

El carácter particular de dicho espíritu es el individualismo; poco importa que surja éste de las hipótesis materialistas ó de las liberales; siempre ocurrirá que, tanto en el terreno jurídico como en el sociológico, conduce necesariamente al fraccionamiento de la unidad orgánica y solidaria del género humano en miembros aislados, que vivan y obren cada uno por sí, sin correlación alguna con los demás, y sin deberes ó responsabilidad para con la comunidad. En lugar de humanidad, tendremos entonces cifras y granos de arena; por lo tanto, es imposible una sociedad en el verdadero sentido de la palabra.

Claro está que quedan suprimidas también la moral pública y la moral social, y, por lo tanto, la vida moral, que se deriva de la comunidad y hace responsable á la misma.

3. No obstante, nuestra época habla también de moral social; más aún, de opinión pública. Á pesar de formarse ideas muy confusas y oscuras de ambas, como ya vimos anteriormente (Cap. Quinto, X), comprende al menos

que, en la sociedad, hay que reconocer una actividad superior á la de sus miembros aislados.

4. Suele entenderse esto de un modo más ó menos panteísta, como si un poder indefinido empujara á la totalidad é impusiera á los individuos sus obras y deseos. La llamada psicología colectiva ó social llega hasta el punto de afirmar, con Escipión Sighele, que la moral del conjunto vive independiente de los individuos y que comunica á éstos el microbio del mal por infección, como la influenza y el cólera. Glumpowicz no vacila en declarar que sólo ve en los individuos instrumentos ciegos y abúlicos de las masas.

5. Ambas afirmaciones son falsas. La moralidad general es producida por la misma comunidad, y, por lo tanto, corresponde también á ésta la responsabilidad, tanto en bien como en mal. Ahora bien, esta moral general surge naturalmente de los hombres que componen la comunidad. (Véase § VI). Por ejemplo, si Lord Russell afirma que el soborno del Parlamento es una necesidad política, no quiere decir que la política, esto es, la vida pública haga venal á un miembro del Parlamento contra su voluntad, sino que el gobierno se ve abligado á ejercer el soborno para que los individuos vendan su voto y hagan venales á los mismos partidos políticos

El individuo queda, pues, constantemente libre, lo mismo en la vida privada que en la pública; por consiguiente, es personalmente responsable, lo mismo de su moral privada que de su moral social, es decir, de su actividad en el servicio de la comunidad (Cap. Quinto, X).

Mas esto no desvirtúa el hecho de que cada cual vive sometido al influjo que ejercen sobre él la opinión y la moral públicas, es decir, los modos de ver y obrar de la comunidad. (Cap. Quinto, X; Doce, XV). Las razones con que Williams combate la teoría de Lombroso y las pruebas conque Tokarsky y Obolensky tratan de desvirtuar las exageraciones de Sighele, Jolly y Tarde, sólo nos demuestran que la imitación, ó mejor, la libertad personal, tiene

también su parte en la producción de la moral general, pero no desmienten la verdad de que también hay epidemias morales que se difunden por contagio.

6. En efecto, las opiniones de la comunidad suelen ser muy distintas de las de los individuos y el total suele obrar á menudo de un modo perturbador y paralizador de los principios personales. Por esto es indudable que la moralidad pública no es simplemente el estado de conciencia de los miembros aislados, sino aquel vivir y obrar que debe ser achacado á la comunidad como unidad moral y espontánea. (Cap. Veintiuno, II).

El que no quiera entenderlo así, jamás será un buen político ni un buen historiador, especialmente un historiador de la civilización. Para él serán tan incomprensibles la sociedad como la historia, porque las sumerge en un enredo incoherente de casualidades, y sólo ve un fanatismo estúpido en el concepto de una justicia divina y compensadora aquí bajo, que se manifiesta en los juicios y castigos sufridos por pueblos y ciudades.

7. Afortunadamente, el juicio de los hombres nunca acaba por ofuscarse del todo, pues aun sin darse cuenta exacta de ello, de tal modo considera la humanidad á la sociedad como un todo activo que piensa, quiere y obra, que le achaca virtudes y vicios, méritos y deméritos.

De modo que cuando dicen las Sagradas Escrituras: «Jerusalén ha pecado gravemente; por eso le ha vuelto la espalda el Señor» (*Lament.*, I, 8); cuando los pueblos, según el Profeta, exclaman triunfantes al saber la caída de Babilonia: «¿Con que tú también has sido herida como nosotros y á nosotros hecha semejante? Tu soberbia ha sido abatida hasta los infiernos y yace por el suelo tu cadáver» (*Is.*, XIV, 10, 11); cuando el Señor profetiza lleno de dolor: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas á los profetas y lapidas á los enviados, días vendrán en que tus enemigos no dejarán piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que fuiste visitada» (*Mat.*, XXIII, 37; *Luc.*, XIX, 44); cuando la fe cristiana atribuye á la Iglesia,

la más perfecta de las comunidades humanas (*Ef.*, V, 27) la santidad y las buenas obras (*Tit.*, II, 14; *Cap. Doce*, XV), usan expresiones que concuerdan perfectamente y en absoluto con los tradicionales modos de ver de la humanidad, expresiones á las cuales los mismos escépticos rinden involuntariamente homenaje, desde el momento en que un pueblo sucumbe luchando contra su propia patria.

8. Pues bien, si la humanidad es un todo que, además de la moral privada del individuo, tiene su moral común y pública, sus virtudes y vicios propios; en una palabra, si existe una moral de la sociedad, habrá que aceptar, aun desde el punto de vista de la sociología, dos dogmas cristianos que no quiere comprender el individualismo liberal: el pecado original y el juicio final. Si la humanidad es una unidad orgánica, si hay una moral de la sociedad y una moralidad pública, se comprenden por sí mismos ambos dogmas citados.

IX. Páginas oscuras de la historia.—Nunca dijo el Señor: «Castigaré al hijo por causa del padre.» Sin embargo, castigó al padre en el hijo, como lo hizo con respecto á Noé y Cham.

Los padres despilfarran los bienes, y á los hijos toca vivir en la pobreza; los hijos sufren, pero el dolor hiere el corazón del padre.

Si gime el padre en el hijo, también gimen el hijo y el nieto en el padre. ¡Ay, las faltas de uno solo resuenan en millares de seres!

El hombre embrutecido se abandona á su suerte y vive embotado, lo mismo que sus antepasados. El hombre noble sufre doblemente los golpes, por sí y por sus ascendientes. Mas el cáliz de amargura está reservado al hijo que, en el momento en que padece por su padre, es maldecido por éste.

X. Juicio de Dios y juicio universal.—La historia del mundo es el juicio universal para los pueblos, mas no para los hombres.

Los hombres pecan y los pueblos delinquen, y cada falta va seguida de severo castigo.

Al hombre le espera una vida sin fin; al universo una hora que lo devore.

A los hombres los juzga Dios desde su trono; los pueblos son juzgados aquí por otros pueblos peores que ellos.

Un pueblo abandonado de Dios se convierte en tea incendiaria; en maldición para sí y en castigo para los extraños.

Cuando la cólera divina haga arder el mundo, se habrán hecho ya polvo imperios y reinos.

¡Hombres, contad con la eternidad!

¡Estados y pueblos, temblad ante la faz del tiempo!

XI. Revista militar del Señor.—No subas hoy al monte, pues sería una verdadera temeridad; no conoces aún la cólera de nuestros torrentes impetuosos, ni la violencia de nuestras lluvias.

—Los buenos montañeses me esperan; hoy celebran su fiesta y no debe faltarles la función religiosa; se lo he prometido solemnemente.

—Pues entonces, aguarda un poco á ver si para el aguacero. ¿No ves qué relámpagos tan horribles? Es señal de que la tormenta pasará pronto.

No tuve paciencia para esperar y salí de casa. Visto desde fuera, no presentaba el temporal tan mal cariz como contemplado desde la ventana. La cuestión está en no desalentarse. En cambio, sentí en torno mío toda la majestad de los rayos; parecía que Dios mismo me tocaba con la punta dorada de su cetro. Los montes parecían rodear, como muros de una fortaleza, la tempestad, encerrándola en su centro. Los truenos retumbaban á diestro y siniestro, semejantes al paso ahogado de un ejército.

¡Otro rayo! ¡Qué estrépito! ¡El rey se acerca! Suenan las nubes como redobles de tambores, los jefes se congregan en rápido consejo y los ejércitos se quedan inmóviles como murallas colosales.

¡Otro rayo! Ya está ahí el Señor. Recorre las filas, las trompetas resuenan por todos lados, inclínanse las banderas.

¡Un rayo más! El retumbar de las salvas recorre las paredes rocosas y rueda de arriba abajo; parece que no tienen fin las grandes masas de guerreros.

Primero, el coro de querubines que le dan guardia con sus espadas flamígeras; luego el Estado Mayor de serafines que rodea al Dios de la venganza, al Dios con quien no hay ejército que pueda sostener la guerra, al Señor de quien únicamente depende la victoria ó el desastre, al Señor que, lleno de indulgencia, prefiere empuñar el cetro de la misericordia, á descargar sobre la cabeza del culpable la espada de su justa cólera.

El Señor espera, porque es eterno; concede tiempo para vencer y se mofa de la astucia de los enemigos, pues su reino no sucumbirá jamás.

No es más fuerte cuando crea, ni más débil cuando calla; en los golpes que descarga muestra su condición de padre, y cuando reparte gracias, no abdica su autoridad.

Nunca vi tan claro esto como cuando me hallé tan inmediato á Él entre el fragor de la tormenta.

¿Ha reunido Dios su ejército en son de guerra? ¡Hace tanto tiempo que calla y espera, que la humanidad pecadora tiembla ante su cólera!

¿Por ventura se contenta con pasar revista á sus fuerzas? ¿Les encarga la paciencia hasta que todos los crímenes del mundo rebasen la medida?

No lo sé; sólo presentí su presencia al atravesar las filas de su ejército y observar si todos estaban dispuestos á la lucha.

Están preparados, armados y prestos al ataque; esperan las órdenes del Señor. Tiembla, pues, ¡oh mundo!, cuando estas fuerzas del Señor, semejantes á las tormentas, te visiten.

En este estado de ánimo entré en la iglesia de la montaña, trémulo y contento á la vez. La tormenta se había convertido en sol esplendoroso al dulce tañido de las campanas.

XII. El arsenal de Dios.—Cuando las potencias de es-

te mundo se preparan á la guerra universal—y sabido es que hasta en sueños anhelan la lucha,—comienzan por reunir ejércitos, disponer capitales y hacer provisiones, como si el conflicto debiera durar una eternidad.

Al observarlo pensé: «Ahora quisiera ver cómo prepara el Señor á los que salen á pelear en su nombre. ¡Qué armamentos ostentarán las armerías divinas!» Fuí, pues, á visitarlos, y me hicieron esperar largo tiempo; por fin, me abrió la puerta un espíritu cándido y apacible, que me recordó una de las concepciones de Fra Angélico; sonriendo me dijo:

—¿Qué deseas?

—Visitar el arsenal de Dios—le respondí.

—¿No te asustarás?

—No.

—Pues sígueme.

Entramos, y lo recorrimos todo en un momento.

Yo estaba asombrado, pues antes de poder darme cuenta de nada, ya se había terminado el paseo y me hallaba junto á la puerta de entrada. Entonces oí que me decía mi acompañante:

—Ahora ya sabes cómo hace la guerra el Señor de los cielos.

¿Qué había visto? Un hierro mohoso: la llave del abismo, olvidada desde los tiempos de Noé. En la pared, la antigua espada flamígera que aun hoy veda la entrada del paraíso; el pequeño guijarro que mató á Goliath y que, rodando desde el monte, podría aún herir pueblos y Estados, y una antorcha nueva, sin estrenar, de la que me dijo el guía:

—Ésta servirá por primera vez en los últimos días del mundo.

El ángel cerró la puerta y le oí cantar en voz baja: «¿De qué se enorgullece el mundo sacudiendo sus alas rotas? El Señor es Señor de todos; los pueblos son hojarasca, basta un soplo de su boca para que todo poder se convierte en polvo.»

XIII. Dios en la historia.—1. Cuando Napoleón III se vió en el polvo, arrojado como por un rayo en día sereno, todos en Alemania exclamaron á voz en grito: «¡Esa es la mano del Señor! Hay una justicia divina que rige los príncipes y los pueblos.»

«También los reyes han de dar cuenta ante el gran tribunal de la historia.» (*Tégner*).

Y precisamente los que trataban con mayor desdén la creencia de que Dios gobierna la sociedad como el individuo, eran los que más gritaban: «He ahí que Dios mismo está de nuestra parte.»

Lo mismo exactamente ocurrió cuando se vió libertado el mundo, con la caída de Napoleón el Grande, del temor de que este funesto cometa, que con su cola brillante barría reinos y fronteras, acabase por incendiar el mundo entero. Hasta el más pagano de todos los paganos, nuestro Goethe, repitió bajo la impresión de aquel acontecimiento trascendental el credo del noble Manzoni: «Inclinamos la frente ante el Todopoderoso que acaba de dar un ejemplo, hasta ahora inaudito, de su omnipotencia.»

Los espíritus más indiferentes confesaron entonces con religioso temor al «Dios que eleva y humilla, al que envía la pena y el consuelo.»

2. Mas todo esto duró lo que aquellas críticas circunstancias; al cabo de unos años, todo se había olvidado, y los mismos que acataron la Providencia divina porque sus caminos concordaban con los propios deseos, los que habían dicho con Víctor Hugo: «Es verdad que Dios azota á los pecadores por medio de hombres perversos, pero el gran juez destruye á los que le sirven de disciplinas cuando así lo dispone su voluntad, porque no quiere destruir el mundo,» esos mismos volvieron á negarle, ya por petulancia, porque no creían necesitarle, ya por impaciencia, por no haber experimentado inmediatamente su intervención, y en la forma en que ellos mismos hubieran querido prescribirla como condición primordial de su acatamiento y sumisión.

3. Siempre ha sucedido lo mismo y seguirá sucediendo mientras haya humanidad. En la historia no reconocen más medida ni explicación que su conveniencia personal.

Para conocer al hombre en toda su mezquindad, hay que colocarle ante esos grandes acontecimientos en que más admirablemente se patentiza el poder, la sabiduría y la justicia de Dios, ante las grandes catástrofes, las crisis definitivas y los puntos decisivos de la historia.

Los que los contemplan por su lado luminoso, exclaman llenos de entusiasmo: «¡Dios es grande, Dios ha juzgado, Dios es Señor de los pueblos y de los tiempos!» Los demás no se enteran de que el rayo que destruyó su carro de combate venía del cielo; sólo saben admirarse de que la casualidad les ha sido adversa, se encolerizan contra su mala ventura y truenan contra la ciega fatalidad. Á ninguno se le ocurre pensar que han merecido centenares de veces el contratiempo que los espanta, y que sólo deben achacar á una longanimidad y paciencia infinitas el que no les haya sucedido antes.

4. Cuando la cabeza de Luis XVI rodó por el cadalso en expiación de los crímenes de sus antecesores, los príncipes todos se estremecieron en sus tronos, pues comprendieron que el golpe que hería al mejor de entre ellos amagaba á todos. El hachazo era el mejor aviso, pero ¿de qué les sirvió la enseñanza? De nada, como tampoco les habían servido los anteriores. Los mismos que en 1793 hubieran querido esconderse en las cuevas y gritar á los montes: «Caed sobre nosotros y ocultadnos á la vista de Aquel que está en el trono, pues ha llegado el día de su gran cólera» (*Apoc.*, VI, 15, 16, 17), esos mismos fueron los que en 1803 atacaron á la esposa indefensa del Señor y le arrancaron, burlándose como los verdugos de Cristo, y llenos de avaricia como los bandidos en despoblado, su más preciado tesoro; apenas le dejaron lo más imprescindible para cubrir su desnudez. Cuando Robespierre se vió hundido en aquel mar de sangre que había vertido, exclamaron todos, en un movimiento involuntario de justicia: «Así

había de suceder, para que los pueblos aprendan que la rebelión contra los poderes terrenos siempre encuentra su castigo.»

Desgraciadamente, no extendieron sus reflexiones filosófico-religiosas hasta llegar á la verdad de que el abuso de la fuerza que Dios ha puesto en sus manos, la expoliación sacrílega y la violación de los templos, excitan también la cólera del Señor. Desgraciadamente, echaron en olvido que el mismo Dios que «usa de compasión con los pequeños, ha pronosticado á los poderosos grandes calamidades» (*Sabid.*, VI, 7); desgraciadamente, no recordaron estas palabras, si es que hubo quien se atrevió á repetírselas: «Ahora, pues, oh reyes, entendedlo: sed instruídos, vosotros los que juzgáis la tierra.» (*Salmo* II, 10).

5. Pero no acusemos sólo á los príncipes, pues demuestran en este punto, como en tantos otros, que no están hechos de mejor barro que sus pueblos.

¿Por ventura obran éstos por modo diferente? ¡Con qué maliciosa alegría, con cuánta pedantería farisaica, con cuánta libertad sacristanesca no han echado en cara los alemanes á los franceses el desastre de Sedan! ¡Cuánto no se han quejado éstos á su vez de la violencia de sus adversarios, y con qué rencor y ansias de venganza, murmurando contra Dios, no han recibido la terrible lección! Lo mismo ocurrió, aunque cambiados los papeles, en Jena y Auerstädt. Pero ni los franceses ni los alemanes han sacado nada en limpio de la enseñanzas que les dió la victoria y la derrota, ni siquiera han aprendido á juzgar más equitativamente lo pasado, ni á enmendarse para lo por venir. Cuando se perdió la *Invencible*, dijeron los ingleses: *Flavit et dissipati sunt*. Un pueblo tan expuesto á las asechanzas del mar como el Reino Unido debiera tener motivos de temerlo todo de la cólera de Dios; pues bien, ni siquiera pueden oír hablar de ello los ingleses, como tampoco los portugueses después del terremoto de Lisboa. Si hoy llegara el día del desquite, seguramente que los españoles les repetirían sus propias palabras; sin embargo,

tampoco se acuerdan éstos de preguntarse si la atonía en que se hallan sumidos, única cosa que les resta, además del orgullo de haber sido tan grandes y poderosos, no será también una prueba de la justicia divina.

En una palabra, cuando una potencia cae de su pedestal, todos los demás pueblos se levantan para decirle: «Por fin te ha alcanzado la mano del Todopoderoso» (*Is.*, XIV, 10). Por fin se cumplen también en ti las palabras: «Le alcanza la maldición y le destroza la cólera enemiga, la venganza, semejante á un león enfurecido, saltó los fosos y los muros, y se cebó en la sangre del criminal.» (*Esquilo*).

Pero, por lo demás piensan—no, pensar, sería mucho decir,—por lo demás viven como si no hubiera Dios en los cielos, justicia en esta vida y recompensa en la otra.

6. Sí, hay un Dios, un gobierno divino del mundo, una liquidación aquí y allá, para grandes y pequeños, para los Estados y los pueblos.

Allí donde el hombre aparece más limitado, Dios se muestra más grande. Espera mucho tiempo con paciencia, pero no renuncia á su voluntad, ni á su sabiduría, ni á su poder. «Para Él, mil años son un día y los universos una gota de agua; lleva el peso de los mundos con tres dedos» (*Is.*, XL, 12, 15), y guía las fuerzas desencadenadas como el pastor sus ovejas, ora con el suave cayado, ora con la vara de hierro, según es necesario. De toda eternidad lo ha previsto y ordenado todo, tanto para la comunidad como para el individuo «con tiempo, lugar, medios, fines, medidas y pesos.» (*Sabid.*, II, 21). Á todos concede libertad propia, pero no deshace nada de lo que ha determinado su providencia. Los hombres pueden servirle ó rebelarse, pero, por último, habrán de convencerse de que sólo son instrumentos para la ejecución de sus designios y para la realización del último y supremo fin: la honra de Dios. El Señor hace pagar á los pueblos las consecuencias de sus pecados, les envía gobernantes tales como se los merecen, castiga á los países con el despotismo y la necedad de los que los gobiernan, y á los príncipes con la rebeldía de las

masas que han corrompido con sus leyes, su explotación y su ejemplo. El Señor arroja á los soberbios del trono y convierte á los débiles en disciplina de los fuertes. Ante Él todos son iguales: el pobre en su cabaña, el triunfador en su carro de victoria, la metrópoli y la aldea, los grandes imperios y los pequeños poblados, la monarquía y la república, los vencedores y los vencidos, judíos y romanos, griegos y bárbaros, magiars y eslavos, sajones é irlandeses, el refinamiento francés y la erudición alemana, el mundo antiguo y el moderno, los tiempos medios y los contemporáneos. Á Él no le sorprende ni le admira invento alguno, ni hay progreso que deshaga sus planes, ni le asustan todos los preparativos de guerra. Él da la victoria al que se la ha destinado, y destruye al coloso de hierro con una sola piedrecita que rueda de la montaña.

7. Á todos los pueblos, todos los países, todas las dinastías, como á todos los hombres, les llega la hora de Dios. Si reconocieran su Providencia y la sirvieran, sería también la hora de ellos. Pero como prefieren separar sus caminos de los del Señor, equivocan su fin propio y realizan sólo el de Dios, porque sólo existe una salida, del propio modo que no hay sino una entrada, aquella que dice de sí misma: «Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin.» (*Apocalipsis*, I, 8).

XIV. Mane, Thecel, Phares.—El rey Baltasar ha congregado á todos los grandes de su imperio en un espléndido banquete; en él se saborean los manjares y bebidas más exquisitos, se derrocha en un momento el sudor de los pobres, se blasfema y se hace mofa hasta de lo más sagrado.

De pronto exclaman los invitados mirando al rey:

—Pero, señor, ¿qué os pasa? Hablad, señor.

—«¿No veis esas letras de fuego? ¿Quién me explicará su sentido? Me siento como herido por el rayo; leed:

Mane, Thecel, Phares

—La interpretación no es difícil, ¡oh rey! El trigo está

maduro, se acerca la hoz que ha de segarle. Incendiaste el templo, pisoteaste á los que clamaban misericordia, desdeñaste el derecho de los pobres y sólo tuviste en cuenta tu poder. El recuerdo de la justicia no influyó para nada en tus consejos y fallos.

Mane, Thecel, Phares

Á Baltasar le alcanzó su castigo lo mismo que á su pueblo, á su reino y á su dinastía. ¡Cuántos Baltasares tendrán la misma suerte! No han escuchado los numerosos avisos que se les han dirigido; banquetean y se divierten, y para que la verdad no llegue á sus oídos, ponen una coraza á su corazón.

Mane, Thecel, Phares

Y otros Baltasares vuelven á gozar del festín, rodeados de sus cortesanos, embriagados; y nuevamente derrochan, se embrutecen y se mofan de lo más santo con risotadas brutales, y de nuevo, pero por última vez, surgen aquellas palabras flameantes que iluminaban de un modo terrible la espaciosa sala.

Mane, Thecel, Phares

Preséntase entonces el último intérprete, y exclama mientras el rey se queda rígido de terror: «La medida está llena, ha pasado el tiempo señalado. En vano esperó el Señor. Sólo usaste de la violencia, sin reconocer tus deberes ni los derechos de los demás. Has reinado como dueño absoluto despreciando la voluntad divina.»

Mane, Thecel, Phares

Cerraste los templos, saqueaste los monasterios, inoculaste en las escuelas ese veneno que hace incrédula la infancia; sólo tenías una cavilación: que el sacerdote no fuese demasiado libre y fuerte; mas ahora te quejas de que la Iglesia sea demasiado débil para contener el alud que se te viene encima.

Mane, Thecel, Phares

Consentiste que la seducción privase al pueblo de fidelidad y creencias; rompiste el báculo que le sostiene en su peregrinación por la tierra: la oración, la antigua moral, la disciplina y el pudor; instituiste nuevos derechos y hollaste los antiguos; por eso el pueblo comienza por devorar primero á Baltasar y acaba por devorarse á sí mismo.

Mane, Thecel, Phares

Estas fueron las palabras del intérprete, y así se realizaron como las predijo, pues sonó la hora del mal. Donde reina Dios, se manifiesta el Señor por medio de hombres buenos que corrigen, pero cuando se han agotado todos los buenos, entonces ve el mundo que los malos se declaran la guerra y los últimos supervivientes se devoran á sí mismos.

Mane, Thecel, Phares

XV. Juicio de los pueblos.—He tenido un sueño muy sombrío: Vi llegar los pueblos todos ante el tribunal de Dios; la tierra se parecía á un mar alborotado y el cielo estaba cubierto de negros nubarrones.

¡Pueblos del Sur, pueblos del Norte, pueblos que vivís de la expoliación, pueblos que gozáis con el asesinato, temo que vais en busca de la muerte; tened cuidado, que se acerca la noche con todos sus horrores!

Precipítanse los hunos, los persas, los romanos y los godos, cubiertos los guerreros con corazas de hierro, y brillando los príncipes como el sol en sus armaduras de oro.

La muerte, montada en un esqueleto de caballo, los hace marchar á todos delante de ella, como una bandada de chiquillos, azuzándolos en su carrera, lanzando siniestros aullidos y golpeando á los rezagados con maza de hierro.

Á los que vuelven la cabeza los paraliza el terror; á los que miran hacia adelante se les hiela la sangre; se lanzan mutuamente miradas salvajes y maldicen su mala suerte.

«Montañas, caed sobre nosotros y aplastadnos; ábrete, tierra y tráganos; bienvenidos seáis fuego, diluvio, rayos y truenos, con tal que nos salvéis de comparecer á la presencia del Señor!»

Mas de repente estos gritos expiran en sus labios al verse ante el tribunal del soberano Juez. Mudos de terror, se ordenan en inmensos semicírculos; frente á ellos está el Hijo del hombre que les dice: «Os dí tiempo y os colmé de gracias, pero vosotros amontonasteis crímenes sobre crímenes en vuestro propio daño. Me serví de vosotros como de látigo con que castigar á otros pueblos, y el mundo no pudo ya soportar vuestra arrogancia y vuestra soberbia. Os habéis reído de mis amenazas como de las leyes y justicia que había establecido; habéis abusado de los bienes y dones que os concedí y hundisteis al mundo en fango y sangre. ¿No oís como hasta las piedras claman venganza? Ya es tiempo de librar á la tierra de tanta maldición. ¡Ábrete abismo y trágate á los malos, deja sólo lo que es justo y recto!»

La tierra se abrió, oyóse un gemido horroroso y corto, elevóse una ligera humareda; luego todo había concluído. Silencio de muerte por doquiera, sólo subsistía la justicia.

XVI. La filosofía de la historia.—1. La historia de la humanidad ha tenido un principio; en eso están todos conformes, sólo se discute qué clase de principio ha sido. Según la fe, Dios es este principio; según la ciencia, monos y nieblas.

2. Una de las más hermosas expresiones del lenguaje humano es *la educación de la humanidad*. Para los primeros cristianos especialmente, fué esta expresión santa y preciosa, como nos lo demuestran las obras cristianas más antiguas, el *Pastor de Hermas* y el *Pedagogo* de Clemente de Alejandría. Mas como Lessing, por desgracia, ha logrado desfigurar y debilitar esta expresión en el sentido del más puro racionalismo, hay muchos que con razón vacilan en emplearla. Ahora bien, ¿quiépn ha de desechar un pensamiento hermoso porque haya sido violado por la mezquin-

dad y miopía humanas? ¿Por ventura la infidelidad de los hombres logró alguna vez suprimir la admirable habilidad y la paciencia inagotable con que Dios instruye á los individuos y á los pueblos? No, y, sin embargo, nunca padre ó maestro alguno tuvo á su cargo alumno más insensible, díscolo y voluble que el que cayó en manos de Dios al encargarse de educar á la humanidad. Verdad es también que no hay educador que haya alcanzado del más inteligente de sus discípulos los brillantes éxitos que obtuvo el pedagogo divino de su rebelde educando. Tomóle á su cargo en circunstancias parecidas á las de la ovejita que el pastor ha logrado arrancar en el momento supremo de las fauces del lobo, y no solamente curó sus heridas usando de todos los remedios humanos y divinos, y por modo natural y sobrenatural, sino que le reconstituyó y fortaleció tan bien, que, á pesar de la debilidad consiguiente, ha hecho prodigios de actividad y se ha elevado á un grado tal de cultura del corazón, que nadie se hubiera atrevido á suponer en él cuando se hallaba en su estado de salud primitiva y con su naturaleza intacta.

3. En las ciencias naturales se va imponiendo cada vez más la admirable ley de la unidad de las fuerzas, á pesar de que no logramos explicarnos, hasta en sus más pequeños detalles, los numerosos hechos aislados que todavía parecen contradecirla. Esta misma ley atraviesa la historia en su conjunto; sólo que aquí es mucho más comprensible, pues las pequeñas y aparentes contradicciones no son lo bastante fuertes para acabar con la soberanía de la misma. Es una exageración imperdonable que Schopenhauer compare la historia universal con una horrible pesadilla, Bahnsen con un proceso de corrupción y Van der Hoeven con el revoltijo de un hormiguero destrozado. Eso es renunciar de antemano á toda solución pacífica. Claro está que tampoco hallamos contestación alguna categórica en todas esas razones aclaratorias que amontonan de unos y de otros, y de las cuales una suele anular la otra, bien sean darwinistas, deístas, materialistas, espiritistas, matemá-

ticas, panteistas ó fatalistas. Entre ellas las hay que pueden sostenerse sin vacilación alguna, con tal que reconozcan que en todos los fenómenos externos vuelve á presentarse siempre una misma fuerza, la cual, ora se sirve de los medios sumisos, ora de los rebeldes, bien de los sensibles, bien de los libres y espirituales, para la consecución de sus fines supremos; tal es, la providencia y el gobierno universal divino, la actividad de un Dios vivo, personal, misericordioso, sabio y omnipotente.

4. En los tiempos antiguos no hubo cuestión que interesase tanto á los pueblos como el problema del origen del mal. Éste ha sido el que ha dado vida á todos los sistemas religiosos y filosóficos. Hoy en día consideramos dicha cuestión como inoportuna y la tratamos á lo sumo como una antigualla histórico científica. Pero la verdad es que los antiguos entendieron mejor que nosotros el mecanismo del mundo, pues reconocieron que se abarca el curso terreno del mundo en toda su esencia en cuanto el espíritu adquiere la claridad debida sobre las relaciones entre la luz y las tinieblas y sobre la lucha entablada entre la bondad eterna y el mal temporal. Hasta Goethe tuvo momentos en que pareció presentir que la historia universal sería comprendida tan pronto como nos diéramos exacta cuenta del contraste que existe entre lo ideal y lo real, la virtud y la perversidad, la fe y la incredulidad, la voluntad divina y la rebeldía humana, en una palabra, entre Dios y el mundo en toda su extensión.

5. En el mundo físico, dos grandes potencias llamadas fuerza centrífuga y fuerza centrípeta mantienen el curso ordenado y la unidad del conjunto, pero de modo que la última conserva el predominio sobre la primera; lo propio ocurre en la historia de los pueblos y de la humanidad. Sólo que aquí á la centrífuga se la denomina libre albedrío, y á la centrípeta, voluntad divina. Claro está que en la historia se presentan momentos, más largos ó más cortos, en que la centrípeta se retrae de tal modo, que parece ceder el predominio á las fuerzas rebeldes, con lo cual

todo se reduciría á pavesas. Pero esto sólo tiene lugar en ciertas épocas en que la sabiduría divina cree conveniente devolver la libertad á las partes indóciles del todo, para que puedan separarse y evaporarse en el espacio. Terminado el proceso, vuelve á renovarse la eficacia de la fuerza de cohesión con más vigor que antes, y el resultado final es que las partes sanas, libres ya de los obstáculos y peligros que les ofrecían las malas, se unen y armonizan mejor que antes. Esto se ha probado centenares de veces en pequeña escala durante el curso de la historia, pero se patentizará en grande en su desenlace. «Dios guía al sol, y su curso es interminable.»

6. Todos los que preguntan si realmente el cristianismo ha reportado algún provecho á la humanidad en general y á los pueblos en particular, hallarán la verdad que buscan con sólo observar el desenvolvimiento de la política moderna. Cuanto más desaparece del mundo el cristianismo, dejando únicamente lo que, por naturaleza, ó merced á la cultura de la llamada humanidad, poseen los pueblos, tanto más se desmorona la sociedad, y es reemplazada por la lucha de todos contra todos, la cual, según el modo de ver materialista, fué la característica de la barbarie original.

7. Si la erudición es el punto supremo del desarrollo humano, podemos consolarnos con la idea de que nos hallamos en la vía que conduce á él. Pero ¿cuándo la erudición hizo más venturoso y más perfecto al hombre ó á la humanidad? ¿Y no es la ventura y perfección del hombre la condición primordial de todo progreso? ¿Quién, pues, se atrevería á afirmar que los pueblos avanzan sin cesar por el camino de su perfeccionamiento? No, acaso seamos hoy más avisados y más astutos; acaso también—lo decimos con ciertas salvedades—hayamos llegado á ser más hábiles é ingeniosos, pero seguramente que no somos ni más sabios, ni más morales, ni más venturosos, ni estamos más satisfechos y contentos; sobre todo somos mucho menos religiosos. Tendremos más dinero que en otros tiempos, pero menos bienestar; habrá cada día nuevos inventos, pero

también más quejas de que la vida se hace más insoportable; nos proporcionarán nuevos y diversos placeres, pero en cambio nos dan alimentos adulterados y andan escasos el pan y las patatas; habrá infinidad de escritores, pero faltan hombres de carácter y tenemos cien libros para un solo lector. Es decir, que casi carecemos de todo aquello que debiera animarnos á hablar de nuestros adelantos con el aplomo con que solemos hacerlo generalmente.

8. El juicio y apreciación de la vida real resultan muy diferentes según que los formule un académico que ve las cosas desde lejos y bien arrellanado en su poltrona, ó un hombre ordinario que siente destrozar sobre sus propias costillas el antiguo orden de cosas y rehacer un desorden nuevo por los llamados grandes de este mundo. Si se pidiese su opinión á esa parte de la humanidad que no juzga el curso de los acontecimientos según opiniones preconcebidas ni fantasías baratas, sino por los terribles sacrificios que le cuesta; en otros términos, si se preguntase á los hombres que sienten y conocen la historia si creen provechosa ó perjudicial la influencia de lo sobrenatural en la misma, si prefieren, por ejemplo, el tiempo de Luis el Santo al de Marco Aurelio, ó el de Robespierre al de Napoleón, seguramente que la mayoría de las veces nos contestarían de un modo completamente opuesto á la opinión del erudito, pero creo difícil que nos dieran una respuesta que pudiera molestar ó zaherir al cristianismo.

9. Podríamos calificar á la historia universal de la más grandiosa y grave de las tragedias, si no nos lo impidiera la idea de que casi todas las tragedias tienen un desenlace poco satisfactorio,—sin hablar de la conclusión definitiva, puesto que casi siempre describen la lucha estéril entre el predominio divino y la rebeldía impotente de la criatura.—El gran drama del mundo tendrá un final terrible, pero gracias á la unión entre el poder y la bondad de Dios, este final será conciliador y solucionará todas las contradicciones actuales. La diferencia entre el modo de ver pagano y el cristiano está en que el primero sólo celebra

la victoria de la superioridad de Dios, mientras que el segundo reconoce y acata la ejecución de un plan universal proyectado por la sabiduría divina, determinado por el amor divino y realizado por el poder de Dios. El primero ha alcanzado su expresión más perfecta en el *Prometeo* de Esquilo y el segundo en la *Divina Comedia*.

10. Cuando falta la fe en una providencia divina gobernadora del mundo, sólo puede verse en la historia un caos inexplicable. De aquí esa multitud de expresiones confusas: *evolución*, *revolución*, *devolución*, sin que nadie se atreva á usar la única palabra consoladora: *solución*. Y, sin embargo, llegará día en que ese nudo gordiano formado artificialmente, desde hace tantos siglos, por la obstinación y malicia del hombre, se desenrede por sí solo con la mayor facilidad, sin que para ello haya necesidad de romper violentamente ninguno de sus cabos, haciendo exclamar al mundo: «Todos tejieron en el telar de Dios, lo mismo los que formaron la trama recta como los que con intención cruzaron los hilos en todos sentidos. Cuanto más trabajaban éstos en contra de los planes de Dios, tanto más artístico y admirable resultaba el dibujo. Cuando el Señor saque el tejido del marco del telar, verán todos que no sólo no han dejado laguna alguna, sino que su trabajo es sólido y duradero para toda la eternidad, una verdadera obra de arte, de tal unidad y perfección artísticas como no hubo ni habrá jamás tejido alguno.»

CAPÍTULO XXIV

Muerte y juicio

I. **La vida á la luz de la verdad.**—Heme aquí al final de mi vida; terminaron mis penas y alegrías; convirtiéronse en espuma mis grandes y atrevidas ambiciones; evaporáronse mis ilusiones. Hoy comprendo el valor exacto de las cosas; huye el amor ciego y retrocede el odio ante la verdad, como las tinieblas ante los primeros rayos de la aurora.

¡Qué mezquino resulta ahora lo que me parecía tan grande! ¡Qué insignificante la injusticia que censuré tan duramente! ¡Qué ínfimos los sacrificios que tan cuidadosamente evitaba!

Cosa de juego me parece ahora la lucha que me llevó al sepulcro, suaves mis dolores y excesivos mis lamentos, la carga ligera, vergonzosa mi cobardía y las obras que tanto me enorgullecían, hueras y vanas; débil é impotente el mundo que me aterraba; despreciable y bajo el placer que me embriagaba, y engañosa y falsa la gloria que tanto me deslumbraba.

En cambio, lo que apreciaba en tan poco ¡qué grande lo veo ahora! El pecado, que me parecía una simple fragilidad, las luchas contra la carne y los instintos perversos, el pedacito de pan dado por amor de Dios, el silencio, el sufrimiento en esta corta peregrinación por la tierra, ¡qué trascendentales é importantes resultan para la eternidad! ¡Cuán preciosa la gracia que desdeñé con tanta ligereza! La estrecha cuenta que casi no me inquietaba, hoy es lo único que absorbe mi atención. Las palabras muerte

IV. Paz invernal.—Como doncella envuelta en virginal ropaje, yace vestida de armiño la llanura toda. El pino se convierte en sauce llorón, y la naturaleza reposa en silencio sepulcral.

Pasó el año con sus amargas horas; acabáronse sus dolores, curáronse sus heridas y todo nos parece una ilusión.

¡Oh Dios mío, quiero luchar y sufrir, con tal que algún día pueda morir en paz, si no con la pureza virginal del que está exento de pecado, al menos revestido de la estola de la penitencia ó de la armadura del guerrero!

V. El juicio de los muertos.—1. Yo no sé si habrá nadie que asista con gusto á unas exequias suntuosas y oficiales. Por mi parte, confieso que siempre tengo que hacerme violencia; y esto porque ni me edifican ni se celebran con la gravedad debida, ya que todo se reduce á pompa vana y ridícula. La única verdad que ofrecen semejantes ceremonias es el juicio que merece el difunto á los asistentes, los cuales arrojan por primera vez la máscara y hablan con toda sinceridad. Mas esta verdad resulta tan insoportable como todo el oropel y la farsa oficial de la ceremonia. En los juicios mortuorios de los antiguos egipcios no podía reinar mayor severidad que la que impera con respecto al difunto á quien se tributan los últimos honores. Involuntariamente se le ocurre á uno pensar: «Apenas cae la víctima, cuando acuden los cuervos.»

2. Asistía un día á la inhumación de un hombre que había ocupado elevada posición social, por lo cual era enterrado á costa del Estado, con bullicio pagano, con bárbaro lujo y entre las conversaciones y bromas de los concurrentes. De pronto oí que uno de los acompañantes que iba detrás de mí decía á su compañero:

—No me colgaría yo de los faldones del difunto para subir al cielo.

—Pues si V. dice eso, ¿qué no diré yo? Ya puede V. darse por satisfecho de no haber vivido en intimidad con él, Le aseguro á V. que los que teníamos que tratarle de cerca, llegábamos á desesperar de la humanidad. Y no ha-

blemos de su vida privada, que no me importa, pero la verdad es que siempre he compadecido á su mujer y á su hija. No es que á mí me agraden las mujeres beatas, pero hay que respetar la paciencia que han tenido para aguantar á semejante hombre. Le digo á V. que han sido unas verdaderas mártires. Figúrese V....

Y aquí siguió, como siempre que el mundo no quiere meterse en discusiones, una serie de anécdotas á cual más edificante.

—Sin embargo—continuó el censor,—eso son asuntos privados que no hacen al caso, mas ¡si examináramos su vida pública! Ese sí que entendió la manera de encumbrarse á fuerza de hipocresía y adulación. Su norma de conducta fué siempre: «Hay que mentir cuando convenga, y si no basta, queda todavía el puñal y el veneno.» Su capacidad y su talento hubieran bastado para hacer de él un cura de aldea, pero fué incomparable en el arte de hacer trabajar á los demás y cargar él con los honores y el provecho. Así subió como el limpiachimeneas, arrastrándose hacia arriba, y escupiendo hacia abajo, siendo fiel á su sistema hasta la muerte. Trató constantemente á los hombres como un enjambre de necios, y éstos se han apresurado á seguir desempeñando su papel escoltando su cadáver. Siempre vivió á costa del país, y todavía le entierran á sus costas. ¡Cosas del mundo! De todos esos millares de hombres que por causa de él sacrifican hoy un día hermoso y estropean sus costosos uniformes y levitas, no hay uno solo que le tuviera aprecio. De afecto no hablemos, pues creo que ni á sí mismo tenía apego. Y, sin embargo, ya ve V. como todos fingen desconuelo por tan irreparable pérdida. ¿Ha leído V. el bombo necrológico que da al difunto el diario X? ¡Es ditirámico! Comprendo que le pusieran por las nubes mientras podía hacer favores, pero, muerto ya, debieran acabarse las lisonjas. Créame V., estoy muerto de curiosidad por oír los discursos fúnebres del cementerio, pero ya se sabe: «Al que vivió engañando, le entierran en medio de la farsa.»

3. Regresé á casa disgustado, descorazonado, y durante muchos días no pude arrojar de mí el profundo malestar que produce el aniquilamiento de la honra ajena; sensación extraña, parecida á la que produce el sentirse uno manchado ó desgarrado interiormente, como si los corceles de Hipólito nos arrastraran por el fango y las horrigas.

En aquella época precisamente, me anunció un conocido la muerte de un amigo de ambos, un sacerdote que desde joven se hallaba enfermo, y, por lo tanto, imposibilitado para el trabajo. Las privaciones de su vida de estudiante y los esfuerzos que tuvo que hacer para poder terminar su carrera, dadas sus escasas dotes intelectuales, habían echado los gérmenes de la consunción que puso término á su vida. La solidez de su carácter y de sus conocimientos le habían conquistado el afecto, tanto de sus profesores, como más adelante de sus superiores y de todos los que se relacionaron oficialmente con él. Á pesar de ser el hijo de un pobre albañil, llevaba impreso en todo su modo de ser una delicadeza y una distinción tan exquisitas, como sólo pueden producirlas la verdadera piedad y la modestia cristiana. El mal estado de su salud le obligó, por desgracia, á dejar su puesto, y durante trece meses consecutivos sufrió con la paciencia de un santo, hasta pasar, libre de escorias y purificado por los padecimientos, á un mundo mejor. «Pasó por el crisol de los dolores, y la muerte le transfiguró»—decía la gente que le acompañaba á su última morada.—Y es que, aunque se le había perdido, nadie le había echado en olvido. *Nihil reliquit nisi desiderium sui*, me decía un amigo al anunciarme su muerte: «Sólo el sentimiento de su pérdida ha dejado tras de sí.»

VI. Faro y Sol.—Recorriendo de noche la costa, vi destacarse, uno tras otro, los faros. ¡Oh, al que ha hallado la luz de la fe, le es fácil caminar por el sendero de la vida!

Amaneció; el sol se elevó sobre el horizonte y desaparecieron los altos y luminosos torreones. Mas durante largo

tiempo no pude dejar de contemplar agradecido los sitios en que los había visto brillar por la noche.

VII. El momento incomprensible.—Sólo el minero que enterrado todo un día en la galería subterránea ha renunciado ya á la vida, y parece resucitar cuando ve caer la roca que le aprisiona é iluminarse su sepultura; sólo un Colón, que en el momento crítico de su viaje oye el grito jubiloso de «¡Tierra, tierra!», pueden comprender claramente lo que experimentará el corazón cristiano cuando, tras largos años de prueba, tras interminables noches de dolores, perseguido por los poderes infernales y amenazado continuamente por la propia carne y el propio espíritu, oiga girar algún día los goznes de su calabozo y pueda exclamar con Inés: «Lo que esperé con temor, lo he alcanzado ya; he obtenido lo que tanto tiempo anhelé; lágrimas sembré, pero hoy hago la recolección, embriagada de gozo y gratitud.»

VIII. El deshielo.—Hace meses que la carga de nieve oculta el bosque á la vista; crujen las ramas una tras otra, pero él parece un héroe en su tumba.

Pasó el invierno con sus tristezas y sufrimientos; surge el sol, y los pinos, libres de su blanca capa de nieve, vuelven á enderezarse con nuevo vigor.

Si te parece fría é insípida la vida, sufre resignado el curso del invierno. Llegará el día en que Dios te envíe un rayo de sol, y entonces también resucitarás lleno de nuevo vigor.

IX. Habremos de presentarnos ante el juez.—¿Hablas de la soberbia religiosa, del odio á los herejes, de la paja en el ojo ajeno? Pues bien, al que le duele la viga en el propio, no debe encolerizarse contra el prójimo. Á nosotros nos incumbe una sola cosa: temblar ante la propia culpa y pedir á Dios que nos juzgue con misericordia.

¡Resurrección, resurrección, tú nos pondrás en presencia del Juez! ¿Pero estaremos á su izquierda ó á su derecha? ¿Á qué lugar seremos destinados eternamente? ¡Resurrección, resurrección, tú has de llevarnos á la presencia del Juez!

Calificas de tonta é insípida á la fe, y nos denominas esclavos de la misma; desprécianos, si te place, pero, por causa nuestra, no ataques los derechos de nuestras creencias, pues ofenderías á Dios y violentarías los impulsos de tu corazón.

¡Resurrección, resurrección, tú nos pondrás ante el Juez, y en vez de creer, veremos con los propios ojos: ¡qué desearías entonces haber hecho?

¡Resurrección, resurrección, tú nos pondrás en presencia de nuestro Juez!

Lleno de cólera dices: «¿Qué necesidad tengo de vuestra fe? ¿Por ventura no sé para qué nací?» ¡Oh mortal, eres dueño absoluto de ti mismo; por eso ha de ser tu propia conciencia la que firme tu sentencia y el libro de tu vida.

¡Resurrección, resurrección, hemos de hallarnos en presencia del Juez; las apariencias y las farsas se las llevará el viento; sólo subsistirá la verdad!

¡Resurrección, resurrección, has de presentarnos ante el Juez!

X. Entonces se disiparán las dudas.—1. Comprendemos perfectamente que los hombres que conocen el mundo—nos referimos al mundo en gran escala, esto es, al gran mundo,—que los diplomáticos, estadistas y miembros experimentados de nuestra sociedad que dan el tono, desprecien tan profundamente á los hombres y cometan grandes faltas respecto á la verdad y á la justicia. Ellos saben mejor que nadie cuán raras veces obra el mundo de conformidad con la ley y la conciencia, cuán á menudo los supuestos grandes acontecimientos son resultado de circunstancias fortuitas, lo mal recompensada que es la honradez, lo vanas y fútiles que resultan las celebridades del día que revoltean en el aire como brillantes burbujas de jabón, y el fango repugnante de vicios y necedades que se oculta bajo el suelo pantanoso en que brotan las yerbas más sabrosas y las flores más variadas, en tanto que ellos se disputan el aire que respiran entre zalemas y sonrisas.

2. Comprendemos este profundo desprecio de la humanidad, aunque lamentándolo cordialmente. Pero entendemos también—y creemos que todos lo comprenden—que dado este estado de cosas, nadie pueda estar contento de la vida, á excepci3n de las citadas burbujas de jab3n que se mecen en las alturas y disfrutan del sol. Por lo dem3s, todo el mundo ha de desear forzosamente un cambio, una nivelaci3n compensadora de tantas contradicciones, as3 como el restablecimiento de la justicia.

Impulsados por estos deseos, agotan los hombres todos los medios para acabar con el dominio de la farsa y de la explotaci3n y para establecer en el mundo una situaci3n soportable. Para conseguirlo, se valen ora de una insurrecci3n de campesinos, ora de una revoluci3n seguida de espantosas hecatombes, ya de una guerra civil, ya de conspiraciones nihilistas, anarquistas y socialistas acompa~adas de homicidios 3 incendios; 3 bien, enardecen la fantas3a popular con descripciones de estados paradisiacos que, aun trat3ndose de ni~os, resultar3an pueriles y rid3culos.

3. Todos estos esfuerzos humanos demuestran dos cosas: Primera, que no hay fracaso ni calamidad capaz de privar al hombre de la convicci3n de que existe la posibilidad de suprimir la injusticia que reina en el mundo, y que forzosamente ha de hallarse una soluci3n para evitar la confusi3n existente.

Segunda, que, seg3n todas las experiencias, no bastan la fuerza y la sabidur3a humanas para poner orden en este caos.

4. Pues bien, si todos los sacrificios, todas las fatigas, toda la sangre y todo el talento, la vida del hombre mismo y el curso de la historia, no bastan para desenredar la enredada madeja de la existencia y para restablecer la justicia; si 3 pesar de todas sus infructuosas tentativas, sigue conservando la humanidad entera, en el fondo del coraz3n, la esperanza y aun la seguridad de que alg3n d3a se solucionarán todas las contradicciones y desaparecerán todos los des3rdenes, es porque tiene que haber y habr3.

una compensación final cuando termine la vida y la historia. Entonces sonará la hora de la recompensa en el otro mundo, y la del juicio en la eternidad.

5. La humanidad está en posesión de esta creencia desde los tiempos más remotos; esta fe es la que sostiene todo el mecanismo mundial; esta creencia «sin la cual la historia universal sería únicamente un libro de horrores» (*Geibel*), es la que hace la vida soportable y comprensible. A esta creencia debemos achacar que todavía haya hombres con valor suficiente para llevar la carga de la vida, con paciencia suficiente para dejarse engañar y explotar y con el vigor necesario para «vivir sufriendo y morir callando.»

La verdad es que el único consolador del corazón humano, el reconciliador en todos los conflictos de la vida, el apoyo de la sociedad y el ángel custodio de la historia universal es y será siempre la fe en la inmortalidad, la fe en el más allá, en la justa compensación eterna.

6. Ahora, mientras caminamos por este valle de amargura, podemos aplicar á esta creencia las palabras del poeta: «Y cuando entre los rugidos del huracán preguntes murmurando: ¿Por qué?, ella te señalará hacia arriba sonriendo apaciblemente, pero muda.» (*Spitta*).

Llegará la hora en que, cogidos de su mano, pasaremos de esta tierra de sombras y de dudas al país de la luz y de la visión: «Se acabarán entonces las palabras de duda, las quejas, las discusiones, las murmuraciones, pues se abrirán de par en par las puertas doradas de la eternidad.» (*Hessemer*).

CAPÍTULO XXV

La eternidad

I. ¡Oh eternidad!—¡Oh eternidad, el que te inventó tenía más que humano poder! El espíritu del hombre mide el curso de los astros y somete el rayo á su servicio; pero en cuanto piensa en ti, se paraliza, sucumbe y retrocede avergonzado!

¡Oh eternidad, quien te menosprecia comete un crimen, pues el que hace mofa de tu vejez merece caminar sin tregua ni descanso, y el que se ríe de lo que causa espanto y respeto á los hombres nobles y grandes, merece que lo encadenen como á un loco!

¡Oh eternidad, el que te pierde se convierte en juguete de la muerte y de la vida. Huye de la vida y... vive; busca la muerte y... no la halla; ni está vivo ni muerto, pero sufre las agonías de una muerte eterna!

¡Oh eternidad, el que te logra, halla la vida cuando muere y el descanso en el corazón de Dios. Tú le abres las puertas de la casa paterna, le conduces á la mansión de la verdad, de la paz y de la seguridad, le introduces en la bienaventuranza, le das la felicidad eterna!

II. La eternidad del infierno.—1. El horror que produce la idea de la eternidad del infierno es muy natural y honra al hombre. ¡Ojalá que el horror al pecado fuese tan profundo y tan sincero en nosotros!

Un monstruo como el duque de Gotland (Cap. Quinto, IX), que se dispone á entrar en la eternidad cargado con el crimen de fratricidio y de traición, convencido de merecer el infierno, y rechazando toda idea de arrep-

timiento con las infames palabras: «¡También al infierno se acostumbra uno!»; un escéptico bribón como el viejo Béranger, que nos invita á acompañarle al banquete infernal con Epicéreo y Ninón; tales y parecidos blasfemos debieran inspirar á todo hombre serio idéntico ó mayor horror y repugnancia que el mismo infierno.

2. Pero ya que existen semejantes caracteres, á los que vienen de molde las palabras de Platón: «Hay en el alma abismos más profundos que el infierno», claro está que el cielo no es morada adecuada para ellos, pues no podrían soportar la estancia en un lugar donde sólo existen seres puros ó acrisolados por la penitencia. (Cap. Sexto, XVII).

Sin embargo, necesitan de un modo imprescindible un sitio especial para ellos, y si el espíritu inmortal permanece inflexible en su modo de ser y de pensar, ese lugar especial, esto es, el infierno, ha de ser también por necesidad eterno. (Cap. Sexto, XV).

3. Pero la cuestión está en que sea posible tanta obstinación.

Aquí en la tierra solemos ver realizado algunas veces dicho estado en hombres al parecer inaccesibles á las súplicas, á las amenazas, á los castigos. «Ni se conmueve el rostro, ni se inclina la dura cerviz, ni se emociona el corazón.»

Ciertamente que la terquedad propia y la dureza ajena pueden llevar al hombre al extremo de decir con Severo en *Poliuto*: «¿Qué ha de temer ya un corazón desesperado?»

Sin embargo—se dirá—esto sólo es posible allí donde el endurecimiento tiene su origen en la ceguedad, y por lo tanto, donde no hay más que una semivoluntad. Pero ¿ocurrirá lo mismo en el otro mundo? Si, efectivamente, hay un infierno y éste es realmente tan terrible, ¿no ha de ablandarse hasta el espíritu más endurecido? ¿Es posible que el Señor misericordioso, ó mejor, el Dios justiciero rechace lejos de sí el alma que se vuelve á Él?

4. También esta pregunta honra á su autor, pues, por

lo visto, no le cabe en la cabeza que un alma sea capaz de obstinarse eternamente en el mal, á pesar de su conocimiento del bien. Mas he de advertirle que hace demasiado favor á muchos pecadores.

Ciertamente que Dios no desterrará lejos de sí, por toda la eternidad, al hombre que desee acercarse á Él y se someta á las condiciones que ha impuesto para ello.

Pero, desgraciadamente, hay hombres que no logran vencerse hasta el punto de someterse á dichas condiciones, y menos aún cuando ya los ha alcanzado el castigo merecido.

5. Es un misterio, pero también un hecho real y positivo que en muchos hombres se recrudece la soberbia con el castigo. El orgullo es aquella fiera infernal de la que dice Dante: «Es tan perversa, tan cruel, que no hay nada que satisfaga su ardiente sed de sangre; cada víctima que traga no hace más que excitar su apetito.»

Cuando la desgracia y los castigos ablandan al hombre, la soberbia no ha llegado á su madurez. Fácil es indicar con toda exactitud el momento en que el orgullo empieza á ser incurable: cuando la desgracia merecida arrastra á la murmuración, el castigo á la obstinación, la justicia á la blasfemia y la verdad reconocida á la rebeldía intencionada.

El que sabe retroceder antes de llegar á ese límite, hállese preservado de la mayor desgracia que puede affigir al hombre: la obstinación y endurecimiento del corazón. El que lo traspase, difícilmente volverá sobre sus pasos, pues toda exhortación á recurrir á la gracia divina le causa risa, toda amonestación á la penitencia le parece una ofensa y toda visita del Señor le endurece y le amarga más y más, aumentando en él el deseo de pecar. Y si alguna vez se despierta su conciencia empedernida, sólo es para encolerizarse contra el mundo y desembarazarse de la vida.

6. Así se explican esos millares de suicidios sin causa aparente, que imprimen á nuestra época un sello tan som-

brío; así se explica ese sello de desesperación que lleva impreso en su frente. Si Dios se apiada y difiere la ejecución de sus amenazas, el mundo se ríe de los fanáticos que pintan al Señor como un inquisidor y sólo ve en la indulgencia divina una prueba más de que no hay tal Dios. En cambio, si el Señor deja obrar á su justicia, el mundo declara que esto viene á confirmar lo que él ha dicho tantas veces, esto es, que el Señor es injusto. Cuanto mayor es la miseria humana, tanto más inflexible es su obstinación contra Dios. Ocurre lo mismo que lo que dicen las Sagradas Escrituras de los últimos tiempos. «Los hombres, abrasándose con el calor excesivo, blasfemaron el nombre de Dios, á causa de sus dolores y heridas, pero se niegan á hacer penitencia por sus pecados» (*Apoc.*, XVI, 9, 11, 21).

7. Esto sucede en la vida y lo mismo sucederá en el infierno. Bastaría que los condenados dijeran contritos y arrepentidos: «Dios es justo, hemos merecido el castigo,» para que el infierno se extinguiera. Pero esta condición precisa de llegar á justos atribuyendo á Dios la suprema justicia, es la que no pueden cumplir los condenados, antes por lo contrario, se obstinan en decir con Capaneus: «Lo que fuí en vida seguiré siendo muerto.»

«La necesidad de humillarse—dice Vondel muy acertadamente—es para el orgullo y la cólera la piedra de amolar en la cual los reproches de la conciencia se aguzan en rabia contra el soberano Juez y en odio contra el Creador.»

Expresión es de la pura verdad lo que Milton dice: «¿Qué milagro ablandará al hombre empedernido, si lo que á otros doblega á él le endurece más?»

Por lo tanto, el infierno tiene que ser eterno, porque eterno es también el orgullo de los condenados, orgullo que los mueve de continuo á eterna rebeldía.

III. Eternidad de las penas.—Eternamente venturoso, pase, pero eternamente desgraciado, ¿qué corazón no se estremece de espanto ante semejante idea?

—El que seas ó no eterno, no es cosa tuya; eterno sólo

pudo hacerte Dios, pero el ser eternamente venturoso ó desgraciado, eso sí que está en tu mano.

—¿Por qué tiembles ante la palabra *eternidad*? Antes debiera asustarte la palabra *solo*! Si logras á Dios, eternamente serás feliz, porque el Señor es un océano de paz.

Si pierdes á Dios, serás eternamente desgraciado, te verás eternamente privado de todo bien y de todo gozo.

Huérfano de Dios, soledad eterna; en ella consiste el mayor tormento del infierno.

IV. Cuán fácilmente se convierte el hombre en demonio.—¿Dices que no puedes comprender cómo se ha pervertido tanto la inteligencia de Satanás y de los réprobos?

¿Consideras imposible que un ser se transforme por modo tan anormal, que llegue á odiar el bien y sólo ame el mal?

¡Ay mortal! ¿Es tan poco lo que te conoces, que no sabes lo próximo que has estado más de una vez de semejante desgracia? Acuérdate de aquel instante supremo en que Dios destruyó de un golpe todas tus esperanzas é ilusiones; piensa en aquella época en que los hombres falseaban tan indignamente tu carácter y tus mejores intenciones.

¿Qué no logra hacer de ti la cólera? Al ser más querido, que guardas y proteges como la niña de tus ojos, cuando estás enfurecido le tratas con tan refinada crueldad y exagerado desprecio, que tú mismo te desconoces. El favor del hombre á quien de rodillas suplicaste, lo rechazas entonces con tales denuestos como no te atreverías á emplear con tus peores enemigos. Rehusas con desdén, cuando estás en estado anormal, los beneficios que te ofrecen; la paciencia del ofendido no hace más que aumentar tu rabia, y las palabras de paz sólo sirven para enardecerte. Cebas tu furia en cosas que no tienen relación alguna con tu disgusto, en las puertas de tu cuarto, en la cristalería de la mesa y hasta en el perrillo que asustado busca tus caricias. Destrozas en un momento lo que á fuerza de años y trabajos has logrado reunir, y hasta te recreas en

ver convertirse en pavesas el fruto de tu laboriosidad y talento. Parece que todo se ha cambiado en ti, pues usas expresiones y términos que te repugnaban oír en labios de otros, y rebajas tu autoridad en presencia de gente ante la cual te costaba antes mucho trabajo conservarla. Surgen en ti pensamientos de astucia, de maldad, de malicia, de que nunca te hubieras creído capaz; niegas contra tus convicciones, y finges ideas que te son completamente extrañas: faltas á tu palabra y hasta evitas contestar, complacer y servir á los demás sólo por el gusto de ponerlos en un compromiso, de molestarlos, de herirlos, queriendo demostrar así que todo te es indiferente. Mientras te domina la ira, cuando «no hay miembro del cuerpo que no tiemble, gota de sangre que no afluya al cerebro y lo rodee de una túnica como la de Neso,» experimentas claramente la sensación de que no te costaría mucho atentar contra tu vida, y aun acabar con la de los demás, «pues te consume la furia como fuego interior.»

Sientes, además, verdadera inclinación á maldecir todo lo bueno que hayas podido hacer en tu vida, á blasfemar de la justicia de Dios, de su Providencia, de su Bondad, y aun á declarar á voz en grito que te importa muy poco condenarte ó no. En efecto, resulta aquí una gran verdad lo dicho por Gottschall: «Un paso más allá de este círculo de pureza, y comienza el juego de los poderes infernales, equívoco infame é insaciable.»

Sólo falta entonces que el orgullo te prohíba humillarte en presencia de los que te han visto tan pequeño y y bajo—lo cual, en efecto, exige no escasa violencia de uno mismo, sobre todo cuando actitud tan poco airosa ha durado mucho tiempo,—para que te condenes sin remisión; añade á esto la energía y tenacidad de un espíritu puro, y tendrás un demonio.

V. Obstinación y endurecimiento.—Me hallaba un día invitado en casa de un párroco amigo; todavía estábamos en la mesa cuando entró una anciana á pedir al cura consejo ó aprobación sobre una cuestión que tenía pendiente

con otra vecina. La presencia de la vieja, la expresión de su rostro, su voz, en una palabra, todo en ella, revelaba un carácter pésimo y una habilidad para el enredo, que indicaban que, aunque se la hiciera polvo, sería imposible corregirla de tan malas cualidades, pues no parecía sino que formaban parte integrante de su naturaleza.

Cuando logramos vernos libres de ella, me dijo el párroco, que había dado pruebas de una habilidad y paciencia admirables:

—A veces tropieza uno con personas que experimentan la necesidad de cometer actos de salvajismo en vísperas de su muerte.

2. Y, en efecto, la historia nos ofrece numerosos ejemplos de esta especie, tales como Herodes, que creía no poder morir si no glorificaba previamente su fallecimiento con una matanza horrible, por lo cual suplicó á su hermana Salomé, llorando á lágrima viva, que por el amor que la había tenido, por el temor de Dios y por el honor que le debía, enviase con él al otro mundo, por medio de una espantosa carnicería, á todos los grandes del reino congregados alrededor de su lecho, á fin de aguar el júbilo que había de producir su muerte con el dolor que causaría la desgracia común.

Otro ejemplo nos ofrece Tácito al referirnos la muerte de Petronio, director artístico de las orgías neronianas. Este libertino terminó sus días, según la moda de aquellos tiempos, abriéndose las venas, pero sin dejar de poner á esta muerte vulgar su sello extraordinario y característico: sigue siendo Petronio hasta en las últimas convulsiones de la agonía. En efecto, para experimentar, aun en la muerte, el encanto y la variación de sensaciones y sentimientos opuestos, se manda vendar de vez en cuando las heridas y vuelve á arrancarse las vendas, mientras continúa con sus amigos el festín que amenizan cantos ligeros y los gritos de los esclavos azotados. Aun en el último momento, redacta una misiva para Nerón llena de las más atroces injurias. Así expira Petronio, para «de-

volver á los infiernos los vicios que la envidia primitiva trajo al mundo.» (*Dante*).

3. ¡Y todavía hay quien espera que esta gente se convierta en la eternidad! ¿Quién no sabe lo difícil que es deshacerse de una costumbre inveterada, aunque sólo sea cuestión del paladar ó de postura? ¿Cómo, pues, renunciar, á los 50 ó 60 años, á un modo de pensar y de ser adquirido en la niñez y considerado con orgullo como una conquista, como una adquisición exclusivamente nuestra?

Repito que no es posible: hay en la vida del hombre una época de desenvolvimiento á la que sigue fatalmente otra de estancamiento, y, finalmente, la de paralización absoluta.

Admiramos al hombre que á los 70 años ha sabido conservar la facultades propias de la juventud, y con razón, pues es tan raro este caso que sólo puede producir asombro. Sería, pues, un milagro estupendo que el señalado con el estigma de la maldición, «sobre cuya frente se reflejan crímenes que quisieran permanecer ocultos;» que el que ya ha terminado su vida con el orgullo impreso en la frente y el corazón empedernido; que el que ha seguido en su dureza y obstinación millares de años en el otro mundo, «forjando un odio y una cólera que ya no pueden ablandar ni fundir todos los fuegos,» volviese, por último, á ejecutar aquello mismo para lo que, en los tiernos años de su juventud, sólo hubiera sido capaz con la ayuda de una gracia muy grande y especial de Nuestro Señor.»

VI. ¡Hasta el cielo!—Decías en las horas locas de tu juventud: «¿Quién puede creer en la resurrección?»

—Nadie—te contestaba en peso el coro de alegres bebedores.—¡Ea, pues, á beber, que allá arriba no nos veremos más!

La sacrílega afirmación pasó como pasan los crímenes todos, mas su eco te asusta é intimida: «¿Y si fuera verdad que nos volviéramos á ver?»

Rugen en torno tuyo las borrascas de la vida y te sientes perdido en su furor. El sacrificio, en su mudo y grave lenguaje, parece decirte: «¡Sé fuerte y fiel! ¡Hasta el cielo!»

Presencias la muerte de tu mejor amigo, quien te interroga ya con los ojos llenos de angustia; tú sólo sabes contestarle conmovido: «¡Hasta el cielo!»

Tu madrecita ha terminado de sufrir, y te pesa en el alma no haberle proporcionado mejor vida; desearías pedirle perdón, y sólo te consuela la idea de «¡Hasta el cielo!»

Huyeron las fuerzas y el vigor de tu cuerpo; los amigos rodean tu lecho y piensan gravemente en que van á decirte «¡Hasta el cielo!»

Tienes que luchar con la muerte, ves á tu mujer desechar en llanto, sientes que tu propio corazón va á estallar de pena y sólo encuentras para consolarla un «¡Hasta el cielo!»

VII. El gran ejército.—1. Si jamás hubo hombre cuya muerte pueda ser envidiada, fué seguramente el archiduque Carlos, el glorioso general. Él mismo dice en sus *Aforismos*: «La verdadera grandeza se demuestra en el lecho de muerte, donde no hay nada que pueda fortalecer nuestro ánimo, á excepción del sentimiento de nuestro propio valer, y donde nos presentamos como héroes de la virtud y de la fe.» En su muerte realizáronse por modo extraordinario tan admirables palabras. Cuando sintió llegar su última hora, dijo sonriendo á sus hijos, que rodeaban llorando su lecho: «He aquí otro soldado que va á reunirse con el gran ejército!» Y con el espíritu apacible y la misma severidad y sangre fría que había demostrado en tantos combates, salió al encuentro de la muerte, como en busca de una victoria segura y brillante.

2. Para morir así, preciso es haber vivido como este gran hombre, que se mostró elevado y justo, lo mismo como esposo, padre y cristiano, que como general, escritor y príncipe. En todas las circunstancias fué la escrupulosidad y la abnegación personificadas, y sin ser un genio, igualó á su genial competidor en actividad, sensatez y dominio de sí mismo, y le superó en mansedumbre y fortaleza en la desgracia. Así se ofrece á todos como un modelo de perfección envidiable, que todos podemos imitar dentro del círculo de nuestra profesión.

3. Tales varones son los verdaderos soldados del gran ejército de aquí bajo; con ellos el Jefe supremo puede realizar sus planes más elevados, pues constituyen el núcleo de sus tropas escogidas.

4. Pero en las filas de su ejército, ¿cuántos fueron recibidos que hacían concebir las más bellas esperanzas, y que le engañaron tanto más indignamente, cuanto mayor confianza depositó en ellos y de mayores dones los dotó?

No puede menos de extrañar que el Señor, en su generosidad, y á pesar de tantas tentativas infructuosas, siga contando aún con la dignidad del hombre y confiando en que éste ha de mostrarse, por último, digno de su amor.

Porque ¿quiénes son por lo regular los primeros que desertan del gran ejército y, siguiendo la costumbre de los prófugos, tratan de insinuarse en el ejército enemigo como espías y exploradores? ¿quiénes los que prefieren, llenos de cobardía y faltos de lealtad y de cariño á la bandera, darse á sí mismos la muerte con tal de huir del molesto servicio de las armas? Pues precisamente aquellos á quienes Dios ha colmado de mayores beneficios, aquellos en quienes más ha derrochado su bondad y su amor.

5. Pues bien, los débiles, los humildes, aquellos á quienes el Señor ha dotado escasamente de lo imprescindible para ocupar su lugar en el mundo, le proporcionan muchos menos desengaños. Allí donde los privilegiados vuelven sus dones contra el Señor, allí le sirven los pobres con lo poco que han recibido, con tal fidelidad y abnegación como si fueran responsables de los más grandes tesoros.

Pero en eso mismo estriba su honra y el honor de todo el ejército, cuya fuerza no depende en modo alguno de los grandes genios que no saben doblegarse, sino de aquellos caracteres que, llenos de disciplina y abnegación, se olvidan de sí mismos, se someten y se sacrifican al servicio del conjunto, convirtiéndose en manos del Supremo Señor de las batallas en dócil instrumento suyo. Con tan leales soldados, que defienden el puesto que les ha sido

confiado, según dice Lenau de los héroes de Aspern, «como si cada mata fuera un paraíso,» con semejantes guerreros, alcanza Dios todas sus victorias y realiza todos los proyectos para el establecimiento de su reino; con ellos se glorificará á sí mismo cuando, en la última revista, en el día del juicio, haga su entrada triunfal en la eterna metrópoli rodeado del gran ejército de sus escogidos, á quienes los ángeles aclamarán diciendo: «Los luminosos guerreros avanzan coronados de laurel y oro, pero más que las perlas y el oro brillan sus heroicas cicatrices.»

VIII. La ventura del cielo.—1. Cuanto más difícil el combate, más grande la victoria.

2. Cuanto más larga la lucha, más preciosa la corona.

3. El que quiera subir al cielo, que tenga el mundo bajo sus pies. ¡Ah, cuánto disminuye éste según vamos escalando las alturas!

4. Si las lágrimas que hace verter el deseo de poseer la patria son tan dulces al corazón, ¿qué dulzura no le proporcionará su entrada en ella?

5. Sólo el que siente á diario la esclavitud de este cuerpo, todo debilidad y vergüenza, puede comprender el consuelo que encierran las palabras del Salmista: «Entraré en el poder del Señor.» (*Ps. LXX, 16*).

6. La puerta del cielo es estrecha, pero no tanto que temamos que no sea lo bastante ancha para nosotros. Cuando la pudo pasar el Señor con su cruz, todos nosotros podremos pasarla, pues ¡hasta ofrece la particularidad de que se atraviesa tanto más fácilmente cuanto mayor sea el hatillo de nuestras buenas obras y más grande la cruz que llevemos sobre los hombros.

7. El que pasa por el borde de un precipicio en la oscuridad de la noche y descubre al día siguiente el peligro inminente en que se ha hallado, no puede menos que postarse de rodillas en silencio y expresar su gratitud y su emoción por medio de ardientes lágrimas. ¡Qué sentimiento no experimentarán los santos cuando vean surgir la luz eterna y exclamen: «Ahora, alma mía, vuelve á tu sosiego,

ya que el Señor te ha favorecido. Pues Él ha librado mi alma, ha enjugado mis lágrimas y apartado mis pies del precipicio.» (*Salmo CXIV*, 7, 8.)

8. En la tierra se nos ofrecen bienes innumerables, unos más seductores que otros, pero todos engañosos y falsos por igual. Allá arriba en el cielo sólo se nos ofrece un Bien único, que ahora tiene para nosotros tan escasos atractivos como la verdad y la bondad. ¿Es éste el que ha de satisfacernos y causar nuestra ventura? Sin duda alguna; nos lo garantiza en absoluto el que ninguno de los pequeños y pasajeros bienes de esta vida logre satisfacernos por completo. Creado el hombre por un Bien supremo, por una Verdad eterna y una Bondad infinita, y destinado únicamente para este Bien, esta Verdad y esta Bondad, es imposible que halle fuera de Dios su ventura y su contento. Claro está que, para lograrlo, necesita pasar á un estado en que no pueda haber nada que le impresione sino la pura Verdad y la Bondad infinita, lo que sólo es realizable en una vida más noble, en el otro mundo.

9. ¡Qué fiesta tan grande y solemne será aquella á la que nosotros contribuyamos con el gozo de un corazón pacificado y puro!

10. ¡Qué confianza más consoladora la de verse uno libre del único enemigo que continuamente le pone en peligro de muerte, del enemigo de sí mismo!

11. ¡Qué dulce paz aquella en la cual el corazón no experimente sosiego que no origine constantemente nuevo deseo, ni ansias que no resulten satisfechas, ni satisfacción que degenera en hartura!

12. ¡Qué venturoso estado aquel en que tres pensamientos reemplacen todos los demás: el de la misericordia de Dios al recordar lo pasado, el de la riqueza de Dios al disfrutar de lo presente y el de la inmutabilidad del Señor al considerar lo por venir!

IX. Alfa y Omega.—Los manantiales surgen del mar, y los ríos vuelven á él. Nada descubre á menudo su presencia; sin embargo, tienen un curso que siguen.

Los hombres proceden de Dios y á Dios tienen que volver. Caminan á veces por enmarañados senderos, pero todos recorren la vía que conduce á Dios.

Dios inventó el curso de los tiempos y creó el mundo para honra suya; apenas criatura alguna soporta su yugo, y, sin embargo, su honor permanece sano y salvo.

Los astutos, con todas sus intrigas, sólo logran aumentar la gloria del Señor; enredaron, obstinados, hilos y madejas, y, no obstante, fabricaron un tejido magnífico.

Los sabios discurrieron en consejo de necios, pero así realizaron el plan del Señor; los fuertes se rebelaron contra su poder, y, no obstante, se cumplió el mandato divino.

Los titanes destruyeron reinos y derrocaron tronos; los pueblos se convirtieron en barro blando, pero al levantar montañas para el ataque, se convirtieron en fortalezas del Señor.

Por muy alto que se cierna el águila en el seno de la luz, en la región á que no llega ni el aliento, ni el sonido, ni el polvillo de la tierra... Dios vive y reina todavía más alto, en el seno de su eternidad, y reinará siempre, aun cuando ni siquiera exista ya el foco del sol.

El Señor fué el que creó y dió cuerda al mecanismo del mundo, y señaló su curso á todas las ruedas. Éstas giran desde entonces numerosas y rápidas; cuando se paren, habrá sonado la hora del Señor.

¡La hora del Señor! Es y será la eternidad.

La marcha de los hombres sólo duró un instante; el curso de Dios es el descanso eterno.

FIN

ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
Prólogo	3

CAPÍTULO PRIMERO

Dios

1. El camino que conduce á Dios.	7
2. El libro del mundo.	7
3. El estado de las abejas.	8
4. Filosofía realista.	8
5. Dios está tan lejos y, no obstante, tan cerca...	12
6. Las campanas en invierno.	12
7. Los dioses prueban la existencia de Dios.	13
8. Teología pagana.	15
9. ¿Todavía existe el Dios antiguo?.	17
10. No es posible perder á Dios.	18
11. La marcha de las antorchas.	18
12. Dios y todo.	18
13. La justicia, servidora del amor.	20
14. El juicio de Dios.	20
15. El mismo Dios.	22
16. El Dios de los dioses.	23
17. Consuelo que procura la vecindad de Dios.	23
18. ¡Señor, qué espléndido eres!	24
19. Dios todo lo hace bien.	24
20. Pequeña teología para las primeras necesidades de la vida.	25
21. Lo que es Dios.	28

CAPÍTULO II

LA DUDA Y LA NEGACIÓN

1. Los negadores de la armonía.	31
2. La ciencia sin hipótesis.	32
3. Condición primordial para ser escéptico.	34
4. ¿Puede el hombre prescindir de la religión?.	36
5. Requemado como la escoria.	37
6. La incredulidad es más funesta que la idolatría.	39

	PÁGS.
7. ¿Por qué tantos enigmas?	40
8. Enigmas.	40
9. Incomprensible y comprensible.	40
10. El ateísmo, miedo á Dios.	41
11. Dios y los dioses.	41
12. La gravedad de la incredulidad.	41
13. La flecha en el corazón.	42
14. ¿Por qué tantos distingos sobre Dios?	44
15. El hombre hecho á imagen de Dios.—Los dioses á semejanza del hombre.	44
16. Dios, señor del tiempo.	45
17. La ingratitud del mendigo.	46
18. Dios saluda á muchos que no le devuelven el saludo.	47
19. Botiquín casero contra el malestar en cuestiones de fe.	47
20. Medicina popular para los burlones y escépticos.	49

CAPITULO III

LA VERDAD

1. Ciencia y arte; verdad y sabiduría.	51
2. Sol de invierno.	53
3. Galanteando á la verdad.	54
4. Lo que una vez es verdad, lo es siempre.	54
5. La más extraña de las libertades.	54
6. Pensamiento y realidad.	56
7. Tres clases de pensadores.	58
8. Corrección moderna á un clásico antiguo.	60
9. ¿Por qué se abre tan lentamente paso la verdad?	61
10. Orfeo antes y ahora.	61
11. Sentencias de los siete sabios.	61
12. Doce máximas pitagóricas...	62

CAPÍTULO IV

EL ESPÍRITU

1. ¿Existe un espíritu?	64
2. Moral distinguida.	64
3. ¿Y todavía dices: no hay espíritu?	66
4. Los santos testifican la fuerza del espíritu.	67
5. Los negadores del libre albedrío.	68
6. La verdadera razón de la negación del libre albedrío.	68
7. El suicidio y el libre albedrío.	69
8. Una broma mal entendida.	70
9. Hombre y animal.	70
10. El abismo entre el hombre y el animal.	71

	PÁGS.
11. La filosofía del arte de vestirse.	71
12. El higrómetro, medida del espíritu.	73
13. Un privilegio honroso desconocido del hombre.	74
14. El entendimiento de los animales.	74

CAPITULO V

EL HOMBRE

1. Las lágrimas.	77
2. Le has colocado muy poco debajo de los ángeles.	77
3. Nobleza del hombre.	78
4. Del viejo el consejo, del joven la obra.	78
5. El fin del hombre.	79
6. Llamamiento y vocación.	79
7. La ausencia del fin es imposible.	79
8. Contradicción contenida en la palabra hombre.	79
9. ¿Por qué huye el hombre de la verdad sobre sí mismo?	79
10. El hombre «término medio».	81
11. El juicio del mundo, prueba de su caída.	85
12. La corona real perdida	86
13. El castillo en ruinas.	86
14. En parte bueno, en parte malo.	86
15. La estirpe del pecado.	87
16. Orgullo de aristócrata y hambre.	87
17. ¡Oh Dios mío, qué es el hombre!	88
18. Pequeño poder y gran desdicha.	88
19. ¡Oh mortal, acércate y mira!	89
20. Semejanza de los hombres entre sí.	89
21. La avaricia, un recuerdo del paraíso perdido.	91
22. La inclemencia de la naturaleza.	91
23. Grandeza caída.	91
24. Carrera de la vida.	92
25. Nuestras faltas no son hongos, sino erupciones.	92
26. Transmisión de la culpa.	92
27. La corrupción hereditaria.	92
28. El silencio elocuente.	93
29. La falsa conciencia.	94
30. La enfermedad más extraña.	94
31. La mayor miseria.	94
32. Eterna vendimia.	94
33. Castigo y penitencia.	95
34. La justicia de Dios y de los hombres.	95
35. El hombre y la naturaleza.	95
36. Preguntas enigmáticas sobre el hombre.	95

CAPÍTULO VI

LOS FRUTOS DEL ÁRBOL PROHIBIDO

1. El mundo va de mal en peor.	97
--	----

	PAGS.
2. La funesta fórmula de encantamiento.	98
3. El orgullo, causa de la caída.	99
4. Voluptuosidad y mentira.	100
5. Voluptuosidad y crueldad.	100
6. Ser malo es peor que hacer el mal.	100
7. El juicio sobre el mundo.	101
8. Los límites naturales.	103
9. La felicidad del mundo.	103
10. Voluntad propia y voluntad divina.	105
11. La miseria del mundano.	105
12. La recompensa del mundo.	105
13. La verdad sobre la muerte predicada por el suicidio.	106
14. Cuestión de honra.	108
15. Psicología del suicidio.	110
16. Deserción y resistencia.	111
17. Tántalo.	112
18. El balance del mundano.	114

CAPÍTULO VII

EL MUNDO

1. Críticos y predicadores sin vocación.	115
2. La filantropía y la caridad cristiana.	118
3. Esclavos y libres.	119
4. Valor de las máximas del mundo.	119
5. «Corpus iuris charlatanici».	122
6. Civilizados y negros.	122
7. El muftí y el cura de aldea.	123
8. Ostracismo.	126
9. La opinión pública.	126
10. Conciencia laica y conciencia cristiana.	127
11. Moral de teatro ó moral libre.	129
12. Los verdaderos Tartufos.	130
13. La virtud entraña su propia recompensa.	132
14. Vida de arañas.	133
15. Construcción de una torre espiritual.	133
16. Criado de verdugo y hombre de honor.	134
17. La religión del hombre honrado y el cristianismo.	134
18. Comediantes y luchadores.	137

CAPÍTULO VIII

REDENTOR Y REDENCIÓN

1. Condiciones primordiales de un fundador de religión.	139
2. La crítica sobre Cristo.	140

	PÁGS.
3. La solución de todas las preguntas.	142
4. El imán de los corazones.	144
5. El verdadero maestro y educador.	144
6. La mayor locura.	146
7. La palabra escrita y la palabra viva de Dios.	146
8. Una palabra y todo.	147
9. La palabra del Verbo.	148
10. El lenguaje del Verbo divino.	149
11. El lenguaje de la vida.	151
12. Jamás habló nadie como este hombre.	151
13. Enseña como quien tiene autoridad.	152
14. El poder más grande.	154
15. La letra y la alegoría.	154
16. Ecce homo.	156
17. La verdadera luz.	156
18. Los negadores de la redención del mundo.	157
19. Jesús de Nazaret.	158
20. Dulce y amarga penitencia.	158
21. Ecce Agnus Dei.	158
22. El Señor y sus santos.	159
23. Una luz y mil rayos.	160
24. Artículo de fe que no puede negar nadie.	161
25. Cómo se halla á Cristo.	161
26. La luz del mundo.	163

CAPÍTULO IX

EL CRISTIANISMO

1. El beneficio de la luz.	165
2. La demostración del cristianismo.	165
3. Uno y todo.	166
4. La antigua y la moderna crítica de los Evangelios.	169
5. Anno Domini 64.	171
6. El testimonio del silencio.	172
7. La ilegalidad, privilegio honroso del cristianismo.	175
8. Los ídolos domésticos, antiguos y modernos.	178
9. El cristianismo adecuado á la época.	178
10. Los fieles á la moda.	179
11. Cristianismo distinguido.	180
12. Un privilegio especial de la fe cristiana.	180
13. ¿Renovación ó creación?	183
14. La moza campesina y la dama noble.	187
15. La doble misión del hombre.	188
16. Humanidad profana y humanidad religiosa.	191
17. Lo natural y lo sobrenatural.	192
18. Sabio cristiano y hombre.	193
19. El temor á lo sobrenatural.	195

	PÁGS.
20. Nuestras pérdidas y nuestra fuerza.	196
21. El reino de Cristo y el mundo.	196
22. ¿Qué hacer? Este hombre obra muchos milagros.	197
23. Paganismo y cristianismo.	197
24. Los testigos legítimos del verdadero espíritu del cristiano.	198

CAPÍTULO X

RELIGIÓN Y FE

1. ¿Quién tiene necesidad de fe?	201
2. Crimen contra el tesoro público.	201
3. Lo terreno y lo ultraterreno.	202
4. La religión y los misterios.	205
5. ¿Temor ó entendimiento?	206
6. Tomás.	207
7. Qué significa creer y cómo se consigue.	208
8. El arte de creer.	210
9. La gracia de la fe.	212
10. La sabiduría del catecismo.	214
11. El poder de la fe.	215
12. Eficacia de la fe.	215
13. Lo que necesita la vida.	215
14. El justo vive de la fe.	216
15. Reconfortantes para el corazón cuando sufra ataques de debilidad en la fe.	217

CAPÍTULO XI

LA GRACIA

1. La liberalidad de Dios.	220
2. La experiencia de la gracia.	220
3. Debilidad del hombre y poder de la gracia.	221
4. Pequeñeces.	221
5. Dios y el hombre.	222
6. La lucha por la vida.	222
7. A cada uno lo suyo.	222
8. La vida cristiana, el justo medio.	222
9. La gracia y la libertad.	223
10. De la bendición de Dios.	226
11. La obra de Dios y la obra del hombre.	226
12. Oración de gracias.	226

CAPÍTULO XII

LA IGLESIA Y EL CAMINO DE SALVACIÓN

1. El Buen Pastor.	228
----------------------------	-----

	PÁGS.
2. La cruz y el sacerdocio	228
3. Fuera de la Iglesia no hay salvación.	229
4. Derecho á la existencia.	231
5. Poseer á Cristo y buscar á Cristo.	232
6. Consejos baratos para la Iglesia	232
7. La crítica contra la Iglesia	234
8. Renovación del Cristianismo.	236
9. Ley y violencia.	238
10. Predicador y sermón.	238
11. Confesión de los pecados.	239
12. La confesión. Lucha entre dos naturalezas	239
13. Confesión y naturaleza.	239
14. El santo sacramento del altar.	240
15. La vida según la Iglesia.	240
16. El poder secreto del protestantismo y del liberalismo.	243
17. Exceso de pueblo	248
18. El sacrificio cuádruple	250
19. La Iglesia y el Estado	250
20. La Iglesia y el mundo, idéntico destino.	251

CAPÍTULO XIII

LA VIRTUD CRISTIANA

1. Médico, cúrate á ti mismo.	253
2. El camino más fundamental para la curación.	253
3. Sentimiento, virtud natural y virtud sobrenatural.	254
4. Al soldado de Cristo.	255
5. Nuestras luchas son nuestro consuelo	255
6. Nuestra paz	256
7. ¿Vas á enterrarte en la cama?	256
8. Para alentar en la lucha.	257
9. Media vida.	257
10. Toda la vida.	259
11. El que quiera grandezas que se atreva con lo grande.	261
12. El juicio del mundo y la luz de la fe.	261
13. Grandeza.	262
14. Cooperador de Cristo.	263
15. Verdadera y falsa humanidad.	264
16. Los deseos secretos del corazón cristiano.	264
17. Los hombres de los días de penitencia y los hombres de los días de fiesta.	266
18. Especialidad y poligrafía.	266
19. Exterioridad é interioridad.	269
20. La libertad de espíritu.	271
21. Estética cristiana.	274
22. Más fuerte que la filosofía y la ciencia.	277
23. Condición para lograr el fin.	278

	PÁGS.
24. La oración como expresión del verdadero espíritu cristiano.	279
25. La piedad es útil para todo.	279
26. El contrapeso y el complemento de la justicia.	280
27. Dormir y rezar.	281
28. La oración y el hombre de corazón interior.	281
29. La oración, canto del paraíso.	282
30. Preguntas salutíferas y curativas de un experto médico del alma.	283

CAPÍTULO XIV

LA PERFECCIÓN

1. Tres clases de hombres honrados.	284
2. Pasión y perfección.	285
3. Dos pueblos hay en tu seno.	286
4. Triple mortificación.	286
5. La mejor de todas las mortificaciones.	287
6. ¡Yo he de llegar á santo?	287
7. La razón de todos los obstáculos en el bien.	288
8. Progreso sin fin.	289
9. El camino más seguro de la salvación.	289
10. ¡Mírame!	290
11. Un medio sencillísimo para alcanzar lo más elevado.	290
12. Una sola cosa basta.	290
13. Dios debe crecer, yo disminuir.	290
14. Cómo nos prepara Dios para las grandes cosas.	291
15. El camino de la paz.	291
16. Lo que supera y sobrevive á todo.	292
17. Cómo se llega á santo.	292
18. El arte más difícil.	294
19. Los discípulos y la madre.	294
20. Hacer y padecer.	294
21. La atracción de la Cruz.	294
22. Todo por Todo.	295
23. Juventud eterna.	296
24. Pequeña mística del bienaventurado Tomás de Kempis.	297

CAPÍTULO XV

LA EDUCACIÓN PERSONAL

1. ¿Cuánto tiempo debe durar la educación?	301
2. La ley suprema de la educación personal.	301
3. No esperemos una victoria fácil.	302
4. Utilidad de la censura.	302
5. Si no os tornáis como niños.	302

	PÁGS.
6. Ya no somos niños.	303
7. El corazón semejante á un molino.	303
8. El bosque nevado .	304
9. El hombre debe sufrir .	304
10. Entrégate á Dios .	305
11. Formación del carácter.	305
12. Teme á lo pequeño.	305
13. Las puertas traseras.	305
14. Modo de lograr la firmeza del espíritu .	306
15. Los frutos más nobles .	307
16. Temor de los hombres y temor de Dios.	307
17. Un buen remedio contra la sensualidad.	308
18. Conversación de la paz .	308
19. No disgustarse.	308
20. Artes elevadas.	308
21. Sufrir y haber sufrido .	308
22. Breve manual de educación personal .	309
23. Nuestro hombre .	310
24. Buen peso, buena medida.	310

CAPÍTULO XVI

CIENCIA PRÁCTICA

1. Resumen de la ciencia práctica de lá vida .	312
2. Vive para el momento presente .	312
3. Con Dios empieza y con Dios acaba .	312
4. Dos recuerdos infantiles.	312
5. Botiquín casero para los días negros .	313
6. El capital más productivo .	314
7. ¡Non multa, sed multum! .	314
8. La vara de medir y la balanza.	314
9. Sentencia de sabiduría .	314
10. El camino de la fidelidad.	316
11. Ganancia y pérdida .	316
12. Ganancia y sufrimiento.	317
13. El espectáculo más grandioso.	317
14. El conocimiento de sí mismo es el camino que conduce á Dios .	318
15. El convaleciente .	318
16. La mejor sabiduría.	319
17. La modestia .	319
18. La fuerza para soportar el mundo.	319
19. Cuatro modos de considerar la vida.	320
20. Sabiduría profana y sabiduría cristiana.	321
21. La verdadera ciencia práctica de la vida.	322
22. La mejor filosofía .	323
23. Todo tiene su tiempo .	324
24. El curso de la vida.	324

CAPÍTULO XXII

CIVILIZACIÓN Y PROGRESO

	<u>PÁGS.</u>
1. Civilización mundana y virtud	411
2. Esperanza y realización.	411
3. Los incendios de teatros.	412
4. El antiguo amigo	413
5. Los progresos de la época de las ciencias naturales	414
6. Fórmula mágica	417
7. Panacea universal	417
8. Remedio antiguo contra idilios pastoriles y cantos lánguidos	418
9. Receta moderna para novelas y dramas	418
10. Afición á la pimienta picante.	418
11. El teatro	420
12. La pasión por las investigaciones históricas.	420
13. Gradación	421
14. La división moderna de la historia de la civilización	421
15. ¿Progreso ó retroceso?	422
16. La ley de la moda y la ley de Dios	423
17. Antes era más poética	424
18. Los gérmenes de la civilización	425

CAPÍTULO XXIII

LA HUMANIDAD Y LA HISTORIA

1. «Después de mí el diluvio.»	430
2. La filosofía darwinista de la historia	430
3. Sobre las ruinas de Roma	432
4. Jano	432
5. La felicidad de los malos	432
6. La sociedad es un organismo.	433
7. Catástrofe nacional	434
8. Moral de la sociedad	435
9. Páginas oscuras de la historia	438
10. Juicio de Dios y juicio universal	439
11. Revista militar del Señor	430
12. El arsenal de Dios.	440
13. Dios en la historia.	442
14. Mane, Thecel, Phares.	446
15. Juicio de los pueblos	448
16. La filosofía de la historia	449

CAPÍTULO XXIV

MUERTE Y JUICIO

	<u>PÁGS.</u>
1. La vida á la luz de la verdad	455
2. Vida perdida	456
3. La majestad de la muerte	456
4. Paz invernal	458
5. El juicio de los muertos	458
6. Faro y sol	460
7. El momento incomprensible	461
8. El deshielo	461
9. Habremos de presentarnos ante el juez	461
10. Entonces se disiparán las dudas	462

CAPÍTULO XXV

LA ETERNIDAD

1. ¡Oh eternidad!	465
2. La eternidad del infierno	465
3. Eternidad de las penas	468
4. Cuán fácilmente se convierte el hombre en demonio	469
5. Obstinación y endurecimiento	470
6. ¡Hasta el cielo!	472
7. El gran ejército	473
8. La ventura del cielo	475
9. Alfa y Omega.	476

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse el libro titulado LA CIENCIA PRÁCTICA DE LA VIDA, por el R. P. Alberto M.^a Weiss, traducido por D. Modesto H. Villaescusa, mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final del libro y entréguese dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

Barcelona 5 de Mayo de 1909.

El Vicario Capitular

P. A.

JOSÉ PALMAROLA, *Provisor*

Por mandado de Su Señoría

LIC. JOSÉ M.^a DE ROS, *Pbro.*

Scrío. Can.